

RICARDO SILVA ROMERO

**HISTORIA DE LA
LOCURA
EN COLOMBIA**



DIEZ AÑOS DE «MARCHA FÚNEBRE» EN *EL TIEMPO*



RICARDO SILVA ROMERO

**HISTORIA DE LA
LOCURA
EN COLOMBIA**



DIEZ AÑOS DE «MARCHA FÚNEBRE» EN *EL TIEMPO*





Camillo Roza, archivo El Tiempo

Ricardo Silva Romero

(Bogotá, 1975) es uno de los escritores colombianos más importantes de la actualidad. Su columna «Marcha fúnebre», publicada desde 2009 en *El Tiempo*, es una de las más leídas e influyentes del país. En los últimos cuatro años ha escrito una columna titulada «Archipiélago» para *El País* de España. Entre sus libros más importantes se destacan las novelas *Autogol* (2009), *Érase una vez en Colombia* (2012), *El libro de la envidia* (2014), *Historia oficial del amor* (2016) y, más recientemente, *Cómo perderlo todo* (2018), merecedora del V Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana. Su página de internet, <http://www.ricardosilvaromero.com>, es un archivo sobre su obra.

**HISTORIA DE LA
LOCURA
EN COLOMBIA**

RICARDO SILVA ROMERO

HISTORIA DE LA LOCURA EN COLOMBIA

DIEZ AÑOS DE «MARCHA FÚNEBRE» EN *EL TIEMPO*

Historia de la locura en Colombia

© 2019, Ricardo Silva Romero

© 2019, Intermedio Editores SAS

Primera edición: agosto de 2019

Edición, diseño y diagramación

Equipo editorial Intermedio Editores

Diseño de portada

Beiman Pinilla

Imagen de portada

Alexánder Cuéllar Burgos

Intermedio Editores SAS

Avda. Jiménez # 6A-29, piso sexto

www.eltiempo.com/intermedio

Bogotá, Colombia

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

ISBN

978-958-757-860-7

Impresión y encuadernación

A B C D E F G H I J

Diseño epub:

[Hipertexto – Netizen Digital Solutions](#)

CONTENIDO

Cronología

Prólogo

Historia de la locura en Colombia

Primera parte

Historia de la locura colombiana

I. Dígame usted si no es muy raro

II. Tenía que ser Colombia

III. Las mil y una guerras

IV. En busca de la nación perdida

V. La república inevitable e invivable

VI. Corte de corbata

VII. Desde los artesanos hasta los mamertos

VIII. La guerra para las drogas

IX. Refundación de la patria o catástrofe

X. Un país en medio de la guerra

Segunda parte

Historia de la terapia colombiana

I. Historia de la locura en la Nueva Granada

II. El síndrome de Colombia

III. Manchas de la tierra

IV. Todo nos llegaba tarde

V. Todos los dioses de los otros pueblos eran demonios

VI. Jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia

VII. Algo mayor que el mal rige estos mundos

VIII. Yo quiero pegar un grito y no me dejan

IX. Aquí también se da la belleza

X. Aquí está pasando algo muy raro

«Marcha fúnebre»

Diez años de columnas en El Tiempo

Tapabocas

361

Obama

Niños

Arias

Dignos

Rencor

U

Cómplices

Paisa

Duelo

Mockus

Reverso

Presidente:

[Dios](#)

[Estilo](#)

[Memoria](#)

[Droga](#)

[Siempre viva](#)

[Ola](#)

[Resignación](#)

[Octubre](#)

[Misterio](#)

[Escalofrío](#)

[Mezquindad](#)

[Impunidad](#)

[Tumaco](#)

[Petro](#)

[Protesta](#)

[Timochenko](#)

[Iglesia](#)

[Poder](#)

[Transmilenio](#)

[Fiasco](#)

[1987](#)

[Otro](#)

[Voz](#)

[Mal](#)

[Mujica](#)

[Evangelio](#)

[Interrogatorio](#)

[Procurador](#)

[Millonarios](#)

[Obituario](#)

[Elenco](#)

[Fin](#)

[Chávez](#)

[Luto](#)

[Trancón](#)

[Expresidentes](#)

[Estómago](#)

[Matrimonio](#)

[Calderón](#)

[Provincianismo](#)

[UP](#)

[Mitomanía](#)

[Viacrucis](#)

[Adopción](#)

[Fantasma](#)

[Paro](#)

[Arrogancia](#)

[Abogados](#)

[Uribismo](#)

[Rectificación](#)

[Destitución](#)

[Corruptos](#)

[Mermelada](#)

[Retiro](#)

[Capital](#)

[Constituyente](#)

[Continuará](#)

[Infierno](#)

[Nadie](#)

[Uribe](#)

[Elección](#)

[Ojo](#)

[Ejemplo](#)

[Debate](#)

[Odio](#)

[Mundial](#)

[Aniversario](#)

[Pánico](#)

[Sindicato](#)

[Familia](#)

[Primos](#)

[Imperio](#)

[Coronell](#)

[Pendejos](#)

[Cliente](#)

[Escoltas](#)

[Pero](#)

[¡2014!](#)

[Alá](#)

[Hurtado](#)

[Navarro](#)

[Salud](#)

[Alocución](#)

[Contraataque](#)

[¡Mamerto!](#)

[Fiscal](#)

[Radicales](#)

[Posconflicto](#)

[Farc](#)

[Fracaso](#)

[Nairo](#)

[Trump](#)

[Maduro](#)

[Reparación](#)

[Aplomo](#)

[Desaparecidos](#)

[Izquierda](#)

[Chequera](#)

[Apagón](#)

[Honorabilidad](#)

[25°](#)

[Lapidaciones](#)

[Independientes](#)

[Venezolanización](#)

[Oración](#)

[Abrazos](#)

[Clima](#)

[Carcajada](#)

[Tonito](#)

[YouTubers](#)

[Papá](#)

[Alivio](#)

[Teatro](#)

[Jurgo](#)

[Inmarcesible](#)

[Intolerancia](#)

[Sí](#)

[Comandante](#)

[Fuera](#)

[Víctimas](#)

[No](#)

[Mentiras](#)

[Hillary](#)

[2016](#)

[¡Sorpresa!](#)

[Escrúpulos](#)

[Coscorrón](#)

[Trumplandia](#)

[Sordidez](#)

[Balance](#)

[Histeria](#)

[Trizas](#)

[Subsecretario](#)

[Desintoxicación](#)

[Anticorrupción](#)

[Advertencia](#)

[Reguero](#)

[Mancha](#)

[Chuzadas](#)

[Catástrofe](#)

[Fútbol](#)

[Repugnancia](#)

[Desconfianza](#)

[Consulta](#)

[¡Calma!](#)

[Máscaras](#)

[Unión](#)

[Empatía](#)

[Manada](#)

[Personaje](#)

[Crispación](#)

[Encuestas](#)

[Gavirismo](#)

[Jotajota](#)

[Bajeza](#)

[Chisperos](#)

[Convivir](#)

Centro

Quiebre

Descanso

Sabotaje

Sistemático

Pésame

Posesión

Corrupción

Broma

Silva

Tendencia

[Perdonavidas](#)

[Público](#)

[Sanidad](#)

[Conejo](#)

[IVA](#)

[Retrovisor](#)

[Censura](#)

[Mañas](#)

[Contramonumento](#)

[Unidad](#)

[Paranoias](#)

[Trastornados](#)

[Futbolistas](#)

[JEP](#)

[Contexto](#)

[Curulario](#)

[Diplomacia](#)

[«Incertidumbre»](#)

CRONOLOGÍA

Mi abuelo paterno, don Antonio Silva Hernández, trabaja y trabaja como linotipista de El Tiempo en los años treinta: tengo a la mano una misteriosa fotografía de él que mi papá siempre tenía a la mano en su escritorio de maestro.

Mi abuelo materno, el senador liberal Alfonso Romero Aguirre, escribe y publica el libro ¿Por qué me duele que no me haya dolido la clausura de El Tiempo? a finales de los años cincuenta: pasa que el periódico de su propio partido ha dejado de tenerlo en cuenta.

Vengo yo. Me siento a leer el periódico, de las noticias a las columnas, de los deportes a los crucigramas, desde que tengo uso de razón: vivo, de los setentas a los noventas, en una familia de profesores y de abogados en la que hay que saber qué está pasando en el país.

Me dedico a escribir ficciones en el siglo nuevo, pero leo y releo, en las páginas políticas de El Tiempo, las reseñas de los debates de mi abuelo, las luchas de mi tío y las conquistas de mi mamá.

A mi amigo Daniel Samper Ospina, que lo vi por primera vez cuando yo tenía cinco años y él tenía seis, le da en mayo de 2001 porque yo sea el columnista de la última página de SoHo, una revista que va a dirigir: «Claro que puede hacerlo», me jura.

En abril de 2009, luego de una serie de eventos providenciales, termino sentado en la oficina del nuevo director de El Tiempo: Roberto Pombo Holguín. El editor de opinión, Ricardo Ávila Pinto, ha tenido la sensación de que sí puedo mudarme a las páginas del periódico.

Salgo agradecido –y se me va una década así porque no termino de acostumbrarme a semejante suerte– de haber dado con ese par de periodistas tan agudos y tan generosos.

Comienzo a escribir mi columna, que llamo «Marcha fúnebre» porque eso ha sido la vida aquí en Colombia, en mayo de 2009: decido titular cada texto con una sola palabra, viernes tras viernes, porque tengo la sospecha –de escritor más que de periodista– de que una sola palabra es más que suficiente.

Cada semana escribo mi columna con la misma taquicardia del principio porque no es fácil decir lo que uno piensa tal como uno lo piensa, pero sé que mis nobles amigos y compañeros de El Tiempo, Federico Arango, Carlos Bonilla, Juan Esteban Constaín y Luis Noé Ochoa, me dirán sin sutilezas si esta vez le estoy faltando a la gramática o a la verdad.

Cada semana cuento con las sensateces de Daniel, de mi mamá y de mi esposa, Carolina, que de verdad es la mejor lectora que hay, para no caer en las trampas en las que se puede caer cuando se escribe sobre lo que está sucediendo ahora.

Pasan, de golpe, diez años de columnas. Y para celebrarlos, Leonardo Archila, el noble editor de Intermedio –que se llama Intermedio en honor al periódico que publicó El Tiempo cuando fue cerrado por la dictadura–, me propone hacer esta selección de doscientas: le encuentro un titular a cada una para que el lector no se pierda y vuelva a la semana en la que fue escrita.

Y le escribo un prólogo muy personal que al final, en el espíritu de darles a las columnas su contexto –el país en el que sucedieron y en el que suceden–, resulta ser un libro en dos partes.

La primera es sobre esta república siempre partida en dos bandos, los que sea, que suelen tener en común la vocación religiosa a erradicar la diferencia.

La segunda es una reseña de los relatos que se ha estado contando esta sociedad para recobrar algo de cordura: de las terapias a los gritos, de las novelas a las telenovelas.

Y, en el peor de los casos, queda claro que lo mío ha sido tomármelo todo demasiado a pecho.

Por ejemplo: cada semana, cuando voy al consejo de las páginas editoriales del periódico, me conmueve pasar enfrente de un linotipo que parece un monumento a la paciencia y me alegra que me alegre que nada haya sido capaz de clausurar El Tiempo.

Viernes 31 de mayo de 2019

PRÓLOGO

HISTORIA DE LA LOCURA EN COLOMBIA

PRIMERA PARTE

HISTORIA DE LA LOCURA COLOMBIANA

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DE ESTA REPÚBLICA BICENTENARIA CONSTRUIDA Y DESTRUIDA ALREDEDOR DE DOS BANDOS MUTANTES QUE HAN TENIDO EN COMÚN EL TRASTORNO DEL DEPREDADOR Y LA VOCACIÓN RELIGIOSA DE ERRADICAR AL OTRO.

Y A SU MANERA CUENTA E INTERPRETA LA HISTORIA DE LA NACIÓN DELIRANTE A LA QUE SE REFIERE ESTE LIBRO, QUE ES LA SUMA DE DOSCIENTAS COLUMNAS PUBLICADAS EN UN DIARIO QUE HA SIDO TESTIGO E INVENTOR DE COLOMBIA.

I. DÍGAME USTED SI NO ES MUY RARO

Quien tenga dudas de que el hombre es su propio depredador hará bien en fijarse en el caso de Colombia. Nacer aquí, en Colombia, es nacer en un manicomio tomado por los locos: por los ilusos, por los violentos, por los sanguinarios, por los fundamentalistas, por los patrioterros, por los sapos, por los lagartos, por los lambones, por los nazarenos, por los farsantes que gritan «usted no sabe quién soy yo» cuando les piden que cumplan la ley o que hagan la fila, por los falsos embajadores de la India, por los paranoicos y sus persecutores, por los señores feudales y las policías políticas y los siervos sin tierra, por los politicastos que creen que es más rentable una Alcaldía que un embarque, por los sociópatas con don de gentes, por los machos, por los hijos negados, por las madres abandonadas, por los «doctores» entre comillas, por los acomplejados que esgrimen su apellido o su cultura o su gramática para darse su propia importancia.

Sólo aquí en Colombia –solamente en esta tierra accidentada e inexpugnable en la que hubo 725 heridos y 82 muertos durante la celebración macabra de aquel partido de fútbol de 1993 en el que la selección colombiana le ganó cinco a cero a la selección argentina– el Día de la Madre suele ser la fecha más violenta del año: el Día de la Madre del año pasado, domingo 13 de mayo de 2018, ciertas Alcaldías se vieron obligadas a decretar la ley seca y a lanzar agresivas campañas para evitar el horror de siempre, pero, de acuerdo con las cifras del Instituto de Medicina Legal, al final de la jornada maldita se contaron 5782 riñas, 479 personas violentadas en sus propias casas por sus propios familiares y 53 hijos asesinados por sus propios prójimos.

Dígame usted si esto no es muy raro. Dígame si no hay acá algo inexplicable, si no es más bien una pandemia esta cultura trastornada en la que las salvajes redes sociales son todavía más infames, si esta violencia de viacrucis, que no se da en países igual de desiguales y de educados en el maltrato y de confesionales y de abandonados por Dios, no tiene una razón de fondo que se le escapa a nuestra

comprensión: dígame si, así como en estos últimos años nos hemos visto forzados a desminar los pastizales de la guerra, no tendremos un día que pedirle a un ejército de videntes que recorran este mapa en busca de los entierros de brujería –de los atados de azufre y de pelos y de fotografías y de huesos quemados de la magia negra– que nos tienen varados en los ritos de la barbarie.

Fue en la Colombia de estos últimos setenta años en donde sucedieron los desmanes del Bogotazo, la época de la Violencia en la que los púlpitos y los altares se pusieron al servicio de una impensable manera de matar llamada «el corte de corbata», el fusilamiento de los estudiantes a unos pasos de la Plaza de Bolívar, la matanza de los enruanados que osaron abuchear a la hija del dictador en la Plaza de Toros de la Santamaría, las torturas amparadas por los estados de emergencia, la toma y la retoma del Palacio de Justicia, la campaña presidencial en la que cuatro candidatos fueron ejecutados a sangre fría, la era de las bombas en los centros comerciales y en las esquinas de los colegios y en aquel Avianca 203 en pleno vuelo, el asesinato de un jugador de la selección de fútbol por cometer un autogol en un Mundial, el collar que estalló en el cuello de una madre.

Fue en este escenario, en el que crecen y crecen y crecen los fantasmas, en donde alguna vez se dijo: «La única diferencia entre nuestros partidos consiste en que los conservadores son más ladrones que los liberales y los liberales más asesinos que los conservadores», «El indio es de la índole de los animales débiles recargada de malicia humana», «El país era mucho mejor cuando sólo robaban los ladrones», «El liberalismo es esencialmente malo», «¡Mataron a Gaitán!», «A este país lo pacificamos a sangre y fuego», «Acá todo el mundo es doctor hasta que nadie le demuestra lo contrario», «¡Lleras sí, Rojas no!», «A las nueve de la noche no debe haber gente en las calles», «Reivindicamos como justa la lucha armada y estamos también en la vía que llaman pacífica», «Todos somos iguales pero unos somos más iguales que otros», «Tenemos que reducir la corrupción a sus justas proporciones», «Aquí defendiendo la democracia, maestro», «Por Colombia, siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuera menester sea», «Mátalo, Pablo», «¡Mataron a Galán!», «Que la vida no sea asesinada en primavera», «¡Autogol, autogol, autogol!», «Fue a mis espaldas», «Que no maten a la gente», «El salario mínimo en Colombia es ridículamente

alto», «De seguro, esos muchachos no andaban recogiendo café», «¡La vida es sagrada!».

Colombia es el país de las guerras civiles, el país de las 1989 masacres, el país de las guerrillas y los grupos paramilitares y las bandas criminales, el país de los panfletos ensangrentados por debajo de las puertas, el país de los sicarios que se santiguan, el país de los 1437 feminicidios y los 702 líderes sociales y 135 excombatientes asesinados desde la firma del acuerdo de paz con las Farc en 2016. Es aquí donde ha estado sucediendo el conflicto armado interno más largo del mundo: el Registro Único de Víctimas y el Centro Nacional de Memoria Histórica cuentan 8 074 272 víctimas, 5 712 000 desplazamientos forzados, 218 094 asesinados, 27 023 secuestrados, 25 007 desaparecidos, 10 189 víctimas de minas antipersonas, 716 acciones bélicas, 95 atentados terroristas en apenas medio siglo, pero ninguna cifra de esas cabe en la cabeza.

Colombia es, según Amnistía Internacional, uno de los diez países más violentos del mundo; es, según Save the Children, el tercer país en donde matan a más niños; es, según el Banco Mundial, el país más desigual de América Latina y el cuarto país más desigual del mundo; es, según el esquizofrénico Gobierno de Trump, uno de los países más peligrosos para viajar; es, según la firma Ipsos Mori, el sexto país más ignorante del mundo y el sexto país más ignorante sobre sí mismo. Resulta profundamente conmovedor –o al menos digno de estudio– que siga doliéndonos y desilusionándonos como nos duele y nos desilusiona. Algo sigue llamándonos a la resistencia y a la alegría. Algo, que quizás sea la sombra y la costumbre de la muerte, sigue empujándonos a vivir y a seguir viviendo.

Dígame usted si no es muy raro. Dígame usted si no es digno de estudio o digno de un tríptico del Bosco. Dígame si esto no ha sido al mismo tiempo una Semana Santa eterna y un carnaval interminable.

Colombia no sólo ha sido el primero o el segundo o el tercero entre los países

más felices del mundo, sino la cultura contrahecha –avergonzada de sí misma y acomplejada hasta el paroxismo y el delirio de grandeza– que se inventó la mamadera de gallo y el ataque de risa en los funerales. Ha sido una nación de solemnes y de pomposos, «Excelentísimo Señor Don Gabriel Foción Sanz de Santamaría...», «Resulta, pasa y acontece que...», como si el clima fuera propicio para sentir nostalgia por una época señorial que jamás llegó a darse del todo, pero también ha sido, desde el principio de la vorágine, tierra de expertos en sátiras y refugio de parodiadores. Aquí hemos estado riéndonos y contándonos cuentos porque no queda más mientras vuelve la cordura. Aquí nada es serio para bien y para mal.

De qué hablamos cuando hablamos de la República de Colombia: de un país hecho de países, de una cultura hecha de culturas, cuyo territorio sigue siendo un misterio.

Más de la mitad del mapa colombiano es selva, enigma. Ni siquiera hoy, cuando las comunicaciones y las redes tendrían que habernos reunido, hemos logrado que esto deje de ser el archipiélago del que hablaba mi abuelo el senador en sus textos liberales, el suelo tan partido y tan sitiado y tan negado que hace que la existencia de un Estado fuerte sea una hazaña. Puede ser que Colombia sea el infierno. Puede ser que sea un karma y un trastorno. Y que hasta hoy estemos pagando que no sólo empezamos por el desprecio y por la aniquilación de lo que había aquí antes de la Historia, sino, como los niños perdidos de El señor de las moscas, sobre la sospecha endiablada y enloquecedora de que nadie está mirando.

II. TENÍA QUE SER COLOMBIA

Colombia se llama Colombia porque comenzó por su exterminio: por su demolición de lo que había. Colombia se bautizó a sí misma Colombia porque fue a partir de la llegada de la expedición de Cristóbal Colón –o sea, desde la llegada de la lengua castellana y del imperio del catolicismo y de una violencia endiablada y con sevicia que sólo se permiten quienes creen que Dios no ve de lejos y no es neutral– cuando se vio obligada a pasar del mito a la Historia. Todo parece indicar que aquel viernes 12 de octubre de 1492, cuando Colón, según su propio diario, puso el pie izquierdo en tierra firme, había en estos parajes alegóricos unos tres millones de indígenas habituados a los designios de la naturaleza. Suele discutirse el tamaño de la catástrofe demográfica que siguió. Pero es claro que vino un genocidio de perros bravos y una sucesión de enfermedades y una aculturación oficiada por ángeles y por demonios.

Y no sobra creerle a nuestra literatura, que al menos se ha preocupado por dar forma y dar belleza, y que algo de sanidad mental nos ha devuelto en estos siglos, que entonces la Historia despojó y desplazó y sepultó al mito: que el pensamiento católico marginó y ocultó al pensamiento mágico sin piedad. Y Colombia, como cualquier tierra de espanto plagada de campanarios, fue levantada sobre un cementerio indígena.

Fue el prodigioso Francisco de Miranda, que también dio con los tres colores de nuestra bandera, quien regresó –de su odisea por las revoluciones de la Tierra del siglo XVIII– con semejante nombre sin rima: Colombia. La verdad es que había sido pronunciado de hemisferio a hemisferio desde el siglo XVI, «Columbia», «Colonia», «Colombiada», para bautizar ciudades, universidades, poemas, ríos, en el continente barroco con el que se encontró el ejército de Colón. Pero fue Miranda, el caraqueño universal que estuvo en el parto de las naciones en las que estamos viviendo, quien en el empeño refundador empezó a preferir la palabra «Colombia» a la palabra «América», la práctica a la teoría: el territorio exuberante e infinito hallado por el formidable navegante Cristóbal Colón al

mapa fabuloso relatado por el razonable cartógrafo Américo Vespucio.

El libertador Simón Bolívar, que hasta el día de su muerte fue un semidiós, de los de su tiempo, en busca de un poema épico para la eternidad, daba por hecho ese nombre mucho antes de que fuera el nombre nuestro: «¿Habrá un solo hombre en Colombia tan indigno de este nombre que no corra a engrosar nuestras olas?», le preguntó a su ejército en 1813. Bolívar fue un quijote premeditado: el solitario errante e imperioso sobre el mar de las nubes, del óleo de Friedrich, que no sólo nació para protagonizar la reinvencción de un continente, sino que se lo creyó. Bolívar fue un héroe romántico de aquellos, megalómano e hipocondríaco, bilioso e igualado con las fuerzas de la naturaleza, obsesionado hasta el delirio con ser irrepitible, pero también fue un héroe trágico condenado a dejar su obra sin terminar.

Y liberó de España a estos pueblos tan españoles, pero no logró convencerlos de su libertad, ni mucho menos consiguió poner en marcha su transformación.

Ese sueño suyo y sobre todo suyo, que no pudo alinear a los personajes secundarios, a los figurantes y a los extras que iba dejando regados por el camino, está claro en aquella Carta de Jamaica del miércoles 6 de septiembre de 1815: si finalmente los criollos patriotas consiguen la independencia de esa España represora que ha ido de «madre patria» a «madrstra», si finalmente se logra la unión de la Confederación Venezolana y de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, dos sumas de villas coloniales en dos tierras inabarcables, entonces «esta nación se llamaría Colombia», escribe, «como un tributo de justicia y gratitud al criador de nuestro hemisferio». Seis años después, a las once de la mañana del miércoles 3 de octubre de 1821, en el Congreso de la Villa del Rosario de Cúcuta que se llevó a cabo para conseguir aquella nación, Bolívar toma posesión como el primer presidente de la República de la Gran Colombia.

«El juramento que acabo de prestar en calidad de Presidente de Colombia es

para mí un pacto de conciencia que multiplica mis deberes de sumisión a la ley y a la patria», les dijo a los cincuenta y ocho miembros del Congreso, mirándolos a los ojos, en el salón de la iglesia de piedra de la villa.

«La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea: es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos», les vaticinó. «Esta espada no puede servir de nada el día de paz, y éste debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque se lo he prometido a Colombia y porque no puede haber república donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades», les recordó. «Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un Gobierno popular: una amenaza inmediata a la soberanía nacional», les reconoció. «Prefiero el título de ciudadano al de Libertador porque éste emana de la guerra y aquél emana de las leyes», les confesó antes de terminar su discurso, «yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean».

Y entonces lanzó a la Historia una plegaria que resultó ser una condena: «Cambiadme, Señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano», oró, ante todos, a un Dios que no lo oyó.

Y el día de diciembre de 1830 en el que murió, que predijo el fin del Romanticismo y la llegada del realismo bestial, muy poco quedaba de la tal Gran Colombia. Quedaba el Estado de Ecuador. Quedaba el Estado de Venezuela. Y un país sin nombre y en guerra civil, con una bandera tricolor de bandas verticales que parecía el vestigio de una civilización, semejante en los pulsos y en los reveses a este país trastornado que ha sido un país a duras penas.

III. LAS MIL Y UNA GUERRAS

Ese país tan parecido a este hizo todo lo que pudo, durante un poco más de medio siglo, para no llamarse Colombia. Primero, y en busca de la identidad perdida en las guerras y los monólogos románticos de los héroes de la Independencia, revivió el nombre que le había dado la monarquía española: se puso República de la Nueva Granada. El caballeresco y cortés y enamorado Gonzalo Jiménez de Quesada había bautizado así la tierra tomada, el Nuevo Reino de Granada, en conmemoración del Estado musulmán que el reino católico de Castilla y Aragón había reconquistado –y había expulsado a los judíos y había convertido a los moros en moriscos– en los últimos veintipico de años. Recuperar semejante nombre era recuperar un mundo gobernado y negado desde Santa Fe de Bogotá.

El mapa de diecinueve provincias de la República de la Nueva Granada se parece al mapa de Colombia. En el afán de conseguir una nación, una comunidad con una historia y una cultura y una lengua, se promulgó una nueva Constitución –la neogranadina de 1832– para un Estado centralista y presidencialista con un congreso que representaba un poco mejor a las regiones. Se habló de departamentos y de asambleas y de gobernadores. Se volvió tradición, cuando Márquez se propuso desmontar la obra de Gobierno de Santander, aquello de construir sobre lo destruido: «Nada que huela a...». Se fueron reagrupando los criollos, barajando y rebarajando según los reveses, hasta darles vida al Partido Liberal y al Partido Conservador: fueron federalistas y centralistas, y progresistas y retrógrados, hasta convertirse en liberales y conservadores.

Por supuesto, nada es exacto, ningún gesto humano es preciso. ¿Ha visto usted a estos políticos de ahora que van cambiando de doctrinas y se van refugiando en estos borrosos partidos de ahora a la sombra del caudillo que tenga hipnotizada a una manada? Así era entonces. Podría decirse, en procura del árbol genealógico de nuestros dos partidos, que comenzaron a ser llamados «liberales» muchos

santanderistas y federalistas y progresistas y masones que abogaban por una nación libre con un Estado limitado. Y que fueron apodados «conservadores» muchos bolivarianos y centralistas y retrógrados y eclesiásticos que perseguían una nación católica con un Estado vigilante. Pero habría que agregar que tenían en común el intento de sacudirse las estructuras y las mañas coloniales.

Y tenían en común la sangre en la punta de la lengua y los miembros amputados y el salvajismo providencial que es ley en tiempos de guerra: vivieron y sobrevivieron y murieron pensando que ya vendrían tiempos mejores.

Fue en la República de la Nueva Granada en la que se volvieron frecuentes los pretextos para las guerras civiles. Por convertir los colegios en conventos en 1838. Por negar a las regiones y a sus caciques en 1839. Por aplazar en 1840 y por seguir aplazando en 1850 todo lo que tuviera que ver con Panamá. Por imponer en la Constitución de 1853 medidas demasiado liberales –fue en el Gobierno del cejijunto José Hilario López– como la abolición de la esclavitud, la expulsión de los jesuitas, el fin de la pena de muerte, el juicio por jurados, el voto popular, la libertad religiosa y la libertad de la prensa. Por darle un golpe de Estado al presidente caucano y liberal y perseguido José María Obando, hijo ilegítimo de Irigorri y enemigo del dictatorial Bolívar, en 1854: 4000 neogranadinos murieron en ese país habituado al desangre e inauguraron las estadísticas de este genocidio.

La República de la Nueva Granada fue remplazada por la Confederación Granadina en el eterno intento de contener los desmanes que habían traído tanto el pulso entre el federalismo y el centralismo como la pregunta de hasta qué habitación debía intervenir la Iglesia en la sociedad neogranadina. La Confederación logró, aunque «logró» quizás no sea la palabra, que las guerras civiles fueran guerras localizadas, pero no siempre consiguió que los conservadores derrotaran a los liberales. Y, cuando el presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez quiso que el Gobierno central recuperara algo del poder cedido, el gobernador caucano Tomás Cipriano de Mosquera lideró un levantamiento liberal que condujo a una guerra general –«por las soberanías», se

ha dicho— que duró un poco más de dos años y miles y miles de muertos.

Con la victoria de los liberales vino un país en plural, sí, un archipiélago: los Estados Unidos de Colombia.

Desde su propio nombre aseguraba que era una suma de países que no había comenzado por la Conquista sino por el Descubrimiento. En un giro típico de estos parajes, en los que se habla del horror en pasado a ver si deja de pasar, fue de la bandera tricolor de bandas verticales de las revoluciones a la bandera tricolor de bandas horizontales de los estados apaciguados, que es la bandera de Colombia: el amarillo es el tesoro de la tierra, el azul es la riqueza de los mares y el rojo es la sangre de los héroes y de los villanos. Y se expidió desde Rionegro, Antioquia, una nueva Constitución —sí— que dio origen a una era de liberales implacables que suele llamarse la era del Olimpo Radical: veinte años de estados soberanos, de libertades individuales, de educaciones laicas, de autoridad parlamentaria, de curas echados a patadas.

Puede ser que este pulso cruento, entre clericales y anticlericales, se encuentre en la base de nuestra locura. Caudillos lúcidos y demenciales como Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López y José María Obando, que en las últimas décadas habían estado comandando las batallas para imponer el liberalismo en los Estados Unidos de Colombia, pertenecían a la federalista e irreligiosa logia masónica. Y, sin embargo, el poder mundano de los jerarcas de la Iglesia católica y de los godos —que así fueron llamados los españoles por los musulmanes en el Siglo de Oro y así fueron llamados los defensores de España por liberales e independentistas— seguía dando caciques políticos y seguía produciendo una fuerza popular que no se podía tajar con un dedo.

En los Estados Unidos de Colombia hubo leyes liberales para un mundo que, habitado por 2 951 323 almas de Dios y cientos de miles de fantasmas, a duras penas salía del feudalismo. Se creó la Universidad Nacional de Colombia y se expandieron las comunicaciones. Pero también sucedieron un reguero de

elecciones presidenciales y una cadena de cuarenta guerras civiles que fueron a dar –en 1876– a una confrontación dantesca entre las fuerzas liberales y un alzamiento de clérigos y oficiales y guerrilleros conservadores. Triunfaron al final las fuerzas gubernamentales. Y el general Julián Trujillo Largacha, que llegó a la presidencia como un popularísimo héroe de guerra, desterró a los obispos de Medellín, de Pasto, de Popayán y de Santa Fe de Antioquia por haber empujado e incendiado el levantamiento godo.

Fue en la posesión del liberal moderado Trujillo, el lunes 1º de abril de 1878, cuando el presidente del Congreso pronunció una sentencia con vocación de profecía que hasta hoy sigue siendo una estrategia digna de El príncipe: «El país se promete de vos, señor, una política diferente, porque hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema –dijo el enfermizo e hipocondríaco Rafael Núñez, otro liberal moderado en ese entonces, antes de tomarse el poder–: regeneración administrativa fundamental o catástrofe». Se trataba de declarar oficialmente el desastre, que basta echar una mirada para verlo, en busca de la refundación de la patria. Se trataba de señalar el incendio para ofrecerse de bombero. Era ahora o nunca si la idea era evitar el regreso a la presidencia del Olimpo Radical.

Y así, en los dos años que vinieron, el liberalismo moderado terminó convertido en el movimiento regenerador. Y el pálido e incontinente de Núñez fue, en 1880, el presidente que siguió.

IV. EN BUSCA DE LA NACIÓN PERDIDA

Fue la Regeneración liderada por Rafael Núñez la que consiguió que este país se llamara Colombia, la República de Colombia, por siempre y para siempre. Tanto en Ecuador como en Venezuela muchos patriotas de buena memoria sintieron –y además lo dijeron– que era una afrenta y una bajeza quedarse definitivamente con un nombre que había querido ser el nombre de todo un continente, pero el debate se fue desvaneciendo en las pesadillas diarias de la región. Núñez se fue encorvando y empequeñeciendo y exasperando, por culpa de todos sus males, en el par de décadas que gobernó estas tierras. Su proyecto regenerador, que volvió a una nación de naciones cosidas por la fe, resultó ser el único remedio que le hizo efecto.

La Regeneración de Núñez recreó el Estado centralista, proteccionista, todopoderoso, confesional, que los liberales radicales habían tratado de desterrar, pero que era una cultura que estaba cumpliendo siglos y siglos. Vino otra guerra civil reticente al principio y siniestra al final, de 1884 a 1885, pues los estados soberanos del liberalismo se negaban a quedarse mudos y a encoger los hombros mientras el Gobierno acababa con años de luchas por las libertades. Sin embargo, tras la apocalíptica batalla de La Humareda, en El Banco, Magdalena, y con el apoyo de los conservadores y de los gobiernistas de turno –que el gobiernista ha sido, en realidad, el partido más sólido de la democracia colombiana–, el proyecto de Núñez se convirtió en la realidad del país.

Espantado igual que siempre por las ovaciones de su pueblo, forzado por las voces que lo aclamaban y lo beatificaban desde la calle, el presidente Núñez salió al balcón del palacio de Gobierno a pronunciar una sentencia de muerte: «La Constitución de Rionegro ha dejado de existir –le dijo a aquella multitud–: sus páginas manchadas han sido quemadas entre las llamas de la Humareda».

Colombia ya no iba a ser el experimento de los liberales, sino la sociedad de Dios, espeluznante y monárquica, que había sido desde antes de los emblecos románticos e independentistas. Desde ese momento sería el presidente de la república quien los nombraría a todos, a los alcaldes y a los gobernadores, desde las lejanas y frías lomas de Bogotá. A partir de esa victoria sería «evidente el predominio de las creencias católicas en el pueblo colombiano», advirtió. Luego lanzó una maldición: «Toda acción del Gobierno que pretenda contradecir ese hecho elemental, encallará», vaticinó. Y muy pronto se le devolvieron a la Iglesia sus privilegios y sus tierras y su dominio absoluto sobre la educación –y la vida íntima y la doble moral– de los colombianos.

Resultó ser el hispánico y católico y gramático Miguel Antonio Caro, que fue vicepresidente en 1892 y presidente en 1894 en nombre del Partido Nacional de Núñez, quien despojó de sus libertades al Estado fuerte que perseguía el movimiento regenerador. En la Constitución Política de la República de Colombia de 1886, que él mismo redactó, no sólo se advierte que «la nación colombiana se reconstituye en forma de república unitaria», sino que lo hace «en nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad», porque sólo el catolicismo y la lengua española –según repetía Caro, pues lo creía, en las salas bogotanas– podía convertir a todas esas culturas en una única cultura y a todos esos países en un único país.

El presidente Caro refundó el país como si «Colombia» ya no significara «la tierra que entró a la Historia de Occidente por obra y gracia de Colón» sino «la nación fundada por el catolicismo en español». Su Constitución de 1886 dio paso al estado de sitio como modo de Gobierno, a la represión, a la censura, a la sociedad silenciosa, de campanarios, obligada a vivir de puertas para adentro hasta padecer su propio trastorno de identidad disociativo. Su Gobierno exacerbó el miedo patológico que el establecimiento –y sus agradecidos siervos– les tenían a las manifestaciones socialistas desde las protestas de los artesanos a mediados del siglo XIX: «El ideal comunista es un ideal falso y absurdo, como hijo, al fin, de la envidia», declaró Caro, «el socialismo cristiano, que procura ensanchar la esfera de la propiedad gratuita, es un ideal generoso y científico, hijo de la caridad».

Así fue. La Regeneración, temerosa de la lucha creciente de las clases, estableció un imperio solemne y grave que remplazó el criterio de la solidaridad por el criterio de la caridad. Y, hartos de las revoluciones fallidas de las últimas décadas, hizo regresar al país a un hispanismo que sin embargo no renegaba de la independencia ni de la figura mesiánica de Simón Bolívar: «¡Libertador! Delante / de esa efigie de bronce nadie pudo / pasar sin que a otra esfera se levante, / y te llore, y te cante, / con pasmo religioso, en himno mudo», escribió el señor Caro, en su oda «A la estatua del Libertador», como si quisiera dejar en claro que su República de Colombia era también la nación hispánica que Dios le había susurrado a Bolívar. El país fue asumiendo esa visión que exacerbaba el delirio y el abuso religioso, y que los aliviaba al mismo tiempo, pero no sucedió sin violencia.

El martes 22 de enero de 1895, unas semanas después de la muerte del Regenerador Núñez, el jefe francés de la nueva Policía Nacional –el cándido monsieur Gilibert– frustró un golpe de Estado contra esa presidencia que se había conferido la facultad de detener a sus enemigos sin juicio previo. El viernes 15 de marzo los ejércitos del Gobierno liderados por el general Rafael Reyes derrotaron a las tropas liberales en una nueva guerra civil que duró un poco más de dos meses y que dejó un río de cadáveres. Hubo entonces unos pocos días de tregua. Pero cuatro años después, luego de escarceos y de conspiraciones para tumbar al Partido Nacional antes de que se lo tomara todo e impusiera su centralismo anacrónico, empezó esa brutal Guerra de los Mil Días que fue una pesadilla enfrente de todos.

Las guerrillas liberales, lideradas por caudillos como Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, apoyadas por combatientes venezolanos que no soportaban las ínfulas de los nacionalistas colombianos, se alzaron contra los déspotas persecutores en Santander, en Cauca, en Tolima, en Panamá. Y, tras un año de enfrentamientos descarnados y feroces, el partido de Gobierno no soportó más los embates de la guerra civil. Y los conservadores implacables, que no se sentían del todo cómodos con los postulados de la Regeneración, pues eran un problema para los negocios, pero que apoyaban sin titubeos al ejército nacional,

no sólo se tomaron la presidencia con argucias –con José Manuel Marroquín a la cabeza–, sino que se lanzaron a la defensa del país hasta quedárselo.

Cuando se firmó la paz en el acorazado USS Wisconsin, realmente la derrota de las desquiciadas filas liberales a manos de los monolíticos ejércitos conservadores, la República de Colombia era un camposanto: doscientos mil muertos, doscientos mil huérfanos, doscientas mil familias atragantadas e insomnes en un país de –por mucho– unos cuatro millones de personas. Empezaba, además, el siglo XX.

V. LA REPÚBLICA INEVITABLE E INVIVIBLE

El siglo XX fue el siglo de la decadencia de la razón, el siglo de la vergüenza humana, el siglo que dejó en claro, por si acaso quedaba alguna duda, que el hombre es el único ser de la creación que no le ha servido de nada a la naturaleza. Este país, que desde su nombre estaba poniendo en claro que ya no tenía que ser España pero que sentía una profunda nostalgia de los días en los que era una colonia, comenzó su siglo XX el martes 3 de noviembre de 1903. Quizás lo empezó a vivir el viernes 6, pues fue sólo hasta entonces cuando se supo en Bogotá la noticia de que un puñado de líderes panameños cansados del infierno –y apoyados por aquel Gobierno gringo, perdonavidas e impaciente, que necesitaba construir un canal interoceánico– habían constituido una República de Panamá independiente de la República de Colombia. De nada habían valido las misiones diplomáticas del Gobierno ni las bravuconadas del Congreso colombiano.

Dos semanas después, diecisiete países de la Tierra que no imaginaba el siglo XX, empezando por Estados Unidos de América y por Francia, reconocieron la soberanía de Panamá.

Y Colombia se replegó aún más, como cualquier archipiélago que se respete, en esa hegemonía de presidentes conservadores que tal vez había empezado por los mandatarios del movimiento regenerador, pero que se fue consolidando con el paso de los Gobiernos. El general Rafael Reyes montó un Gobierno autoritario pero amable con los dos partidos, y progresista en ciertos sentidos, que resultó un alivio de posguerra hasta que empezó a tomar cara de dictadura. El estadista Carlos Eugenio Restrepo, una rareza y una tregua, cumplió con su promesa de gobernar para todos los departamentos, para todas las religiones y para las dos ideologías.

Y no obstante, a su salida, aunque habría que reconocer que la guerra paró, empezaron a darse con cuentagotas las señales de la locura colombiana y los signos del resquebrajamiento de la hegemonía: del Gobierno godo de Concha al Gobierno godo de Abadía Méndez.

Desde el martes 28 de julio de 1914 se dio la Primera Guerra Mundial para dejarle en claro a quien le correspondiera que, tal como se ve en la película *La gran ilusión*, habían llegado a su fin el honor y el heroísmo en el campo de batalla: aquel horror, sepia y negro y rojo, era el rito del fracaso humano. El jueves 15 de octubre de ese mismo año, Rafael Uribe Uribe, el veterano general de la Guerra de los Mil Días que era el único liberal en el Congreso y que sospechaba que de algo podían servirle al país las ideas socialistas, fue asesinado a hachazos por un par de artesanos en la Plaza de Bolívar de Bogotá. El martes 6 de noviembre de 1917 sucedió la revolución bolchevique que empujó a una nueva generación de liberales a incorporar a sus programas las reivindicaciones socialistas tan temidas en Colombia. En marzo de 1923, el presidente Pedro Nel Ospina, el primer delfín al poder que creía firmemente que lo mejor que podía pasarnos era que «Colombia» significara «colonia de los Estados Unidos», pidió los consejos de la llamada Misión Kemmerer que había estado poniendo en orden las finanzas de varios Estados Latinoamericanos. El lunes 2 de enero de 1928 murió el jefe resuelto e inquebrantable que prohibía las divisiones del Partido Conservador: el todopoderoso monseñor Perdomo. El martes 30 de octubre de ese mismo año se expidió la Ley 69, «La Heroica», que prohibía la lucha de clases, las huelgas, los ataques a la propiedad privada: los jefes conservadores y los curas les tenían pánico –y estigmatizaban con el grito de «¡comunistas!»– a los miembros de ese creciente movimiento obrero que estaba encontrando su lugar en el renovado Partido Liberal. Y el miércoles y el jueves 6 de diciembre de semejante bisiesto sucedió aquella matanza nauseabunda, la masacre de las bananeras, que recordó y predijo una cultura de la mortandad, de la aniquilación, del exterminio como resolución de los conflictos: «Y los fusiles quedaron impregnados de mierda», se lee en *La casa grande de Cepeda Zamudio*.

Fue en la plaza de Ciénaga: unos tres mil huelguistas, de los veinticinco mil que en las últimas tres semanas se habían enfrentado a una United Fruit Company

agrandada y envilecida por aquella «Ley Heroica» que legitimaba la explotación, escucharon tres toques fúnebres de corneta y escucharon un «¡Viva Colombia libre!» y un «¡Viva el ejército!» antes de ser masacrados por trescientos soldados. El editorial de El Tiempo dijo: «Pero resta averiguar si no hay medidas preferibles y más eficaces que las de dedicar la mitad del ejército de la República a la matanza de trabajadores colombianos...». Y el representante liberal Jorge Eliécer Gaitán, de veinticinco años, subió al escenario colombiano a probar en un gigantesco y estudiado debate en el Congreso que los corruptos represores estaban detrás de la masacre de por lo menos trescientos trabajadores: «Y que no hable el presidente de la república de hechos políticos aquí donde sólo hubo por parte de los militares pecados contra los artículos del Código Penal», reclamó el valeroso Gaitán en su discurso.

La violencia es la corrupción del poder y el fin de la autoridad: el conservatismo estaba prohibiendo lo último que podía prohibirles a los colombianos, que seguían siendo piadosos y temerosos del cielo, porque –después de medio siglo de arañar posiciones en los Gobiernos de turno– era el momento de que llegara a la presidencia ese nuevo Partido Liberal con vocación al desagravio y a la redención social: el momento de que empezara ese capítulo desafiante e impulsivo, el de la República Liberal, que le impuso la modernidad a la Colombia confesional y feudal de siempre como metiéndole un sistema operativo revolucionario a una ominosa computadora vieja. Las presidencias decorosas de Olaya Herrera, López Pumarejo y Santos Montejo, miembros de aquella generación del Centenario que se había tomado el liberalismo y se había tomado El Tiempo, quisieron imponer la reivindicación de los trabajadores, la redistribución de las tierras, el reconocimiento de las mujeres, la libertad de cultos, pero, por medio de Gobiernos en los que se tenía en cuenta a los líderes godos, también trataron de alcanzar cierta estabilidad en medio de la típica zozobra.

Hasta el domingo 8 de enero de 1939: fue esa mañana cuando un mitin del Partido Conservador en Gachetá, Cundinamarca, terminó en una serie de disparos a los nervios y en una gritería entre rojos y azules y en una matanza de nueve muertos y diecisiete heridos. El líder del conservatismo Laureano Gómez Castro, el opositor inclemente que fue creciéndose y ensombreciéndose hasta ser

apodado el Monstruo por hacedores de prejuicios, asumió de inmediato que el Gobierno de su excompañero de luchas Santos Montejo estaba detrás de la masacre y prometió en los altares del senado que a fuerza de aniquilamientos y atentados –ya lo había escrito en el diario El País– haría «invivable la República». Dígame usted si no era claro desde entonces que esta no era una nacionalidad sino un trastorno.

El bolcheviquismo conquistaba a un puñado de ilusos y el fascismo conquistaba a la derecha ciega a los términos medios. Pero, como lo que de verdad entretenía y abrumaba a los líderes colombianos era lo que había estado sucediendo en España, empezaba a simularse aquí una versión inverosímil –una versión al revés– de la catastrófica y traumática Guerra Civil española. Y era notorio que los liberales se veían a sí mismos como el bando republicano que servía de refugio a los rojos de todos los tonos: el Frente Popular de acá. Y era claro que los conservadores se arrogaban la representación del bando nacionalista que reunía a los más monárquicos y a los más católicos y los más asqueados por la «revolución del proletariado».

Del viernes 1º de septiembre de 1939 al domingo 2 de septiembre de 1945 ocurrió la miserable Segunda Guerra Mundial: una parodia impía e inhumana e irreversible de la Primera –una suma de conflictos a medio resolver, nacionalismos, megalomanías, racismos, sin ningún rezago de romanticismo– que dejó llenos de ruinas a los países colonizadores del mundo más viejo y dejó por lo menos cincuenta millones de fantasmas en los dos hemisferios y dejó en claro a quienes aún tenían fe en el alma que el hombre había sido desde el principio –repito– el único animal que era su propio depredador. Colombia rompió relaciones con las potencias del Eje, la Alemania Nazi, el Reino de Japón y el Reino de Italia, el viernes 18 de diciembre de 1941: sus estrechas relaciones con los Estados Unidos, de colonia, la llevaron a indignarse por el ataque a Pearl Harbor, a perseguir y a expulsar y a encerrar a los alemanes, a declararse en estado de beligerancia luego del hundimiento de tres de sus buques.

El señor López Pumarejo, como un personaje trágico que se niega a oír los

vaticinios del resto del mundo, se dejó tentar por la reelección en 1942. Y su regreso al poder, luego de un primer mandato valeroso que emparentó al liberalismo con el socialismo, no trajo las reformas de fondo que esperaban los 673 169 que votaron por él, sino el Gobierno lánguido y decadente y escandaloso y resignado al seno de Colombia que vaticinaron propios y extraños desde la campaña presidencial. El Partido Liberal se partió en dos desde esas elecciones: los incapaces de juntarse con el conservatismo hasta permitirse esta violencia hecha en Colombia y los que insistían en que nunca había salido bien un Gobierno colombiano que despreciara la colaboración del partido opuesto.

Esa esquizofrenia liberal, sumada a las acciones domingueras de aquella Iglesia católica repugnada por las veleidades comunistas de los Gobiernos rojos, y a las jugadas del Partido Conservador, liderado por el altavoz inescrupuloso del señor Gómez Castro, de verdad hicieron invivible e irrespirable la república.

Fue invivible e irrespirable, salvo durante un par de treguas breves, en los quince, dieciséis, diecisiete años que siguieron: habrá gente que diga «durante las siete décadas que vinieron» o «por siempre y para siempre». Pero lo que es seguro es que el Partido Liberal perdió las elecciones de 1946 porque el caudillo Jorge Eliécer Gaitán, de cuarenta y tres años, se negó a apoyar al candidato Gabriel Turbay y se lanzó a encabezar una disidencia que también sirvió para convertirlo en un mito, en un pueblo, en un héroe que quería obligar al «país político» a servirle al «país nacional». Ese domingo 5 de mayo el disidente Gaitán consiguió 358 957 votos, el liberal Turbay logró 441 199, y el conservador Mariano Ospina Pérez, el nieto del dirigente conservador Mariano Ospina Rodríguez que daba mucho menos miedo que Gómez Castro, sacó 565 939.

Y esas eran las cifras de lo que vendría: una embravecida y descontrolada mayoría liberal, a punto de pegar un grito y desatar el fin del mundo, pacificada a sangre y fuego por una policía conservadora.

VI. CORTE DE CORBATA

El sábado 7 de febrero de 1948, Gaitán, que a los cuarenta y cinco se había vuelto el jefe absoluto del liberalismo porque le habían dado la razón tanto las bajezas de los oligarcas de su colectividad como las puñaladas traperas de ciertos conservadores, lideró del Parque Nacional a la Plaza de Bolívar la llamada Marcha del Silencio. Fue en aquella Bogotá de cuatrocientos mil habitantes, ante una multitud de cien mil ciudadanos con crespones negros en las solapas, cuando el caudillo denunció sin vacilaciones las persecuciones de aquella policía política que quería asegurarse de que los conservadores no perdieran el poder que tanto les había costado recuperar. Se estaban azuzando los odios –y las ganas de matarse a machetazos– entre godos y cachiporros. Se querían echar para atrás los avances en la redistribución de tierras. Se empuñaban los crucifijos para armar una guerra santa del diablo en los campos colombianos.

Y Gaitán lo dijo y fue lo único que se escuchó en la disciplinada y estremecedora Marcha del Silencio: «Señor presidente: os pedimos cosa sencilla para la cual están de más los discursos», gritó e hizo una pausa de actor en el centro del escenario en el que suele inaugurarse el desastre en esta tierra. «Os pedimos que cese la persecución de las autoridades y así os lo pide esta inmensa muchedumbre. Os pedimos pequeña y grande cosa: que las luchas políticas se desarrollen por cauces de constitucionalidad. Os pedimos que no creáis que nuestra tranquilidad, esta impresionante tranquilidad, es cobardía. Nosotros, señor presidente, no somos cobardes: somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este piso sagrado. Pero somos capaces, señor presidente, de sacrificar nuestras vidas para salvar la tranquilidad y la paz y la libertad de Colombia...».

En la Semana Santa de ese año bisiesto una multitud se lanzó a la arena sangrante de la Plaza de la Santamaría de Bogotá a despedazar con sus propias manos y sus propios dientes a un toro cansado y sudoroso que se negaba a seguir dando la batalla: «¡Carajo!», exclamó el poeta Gómez Valderrama con el índice

alzado. Quince días después el grito que se fue tomando la capital fue «¡Mataron a Gaitán!». Sucedió al mediodía del viernes 9 de abril de ese 1948. Un gaitanista frustrado le pegó cuatro tiros en la carrera Séptima con la Avenida Jiménez. Y, ya que el caudillo en verdad encarnaba a su pueblo y era obvio que el conservatismo se estaba tomando en serio esa «guerra civil no declarada», los dolidos liberales saltaron a las calles para –este fue el orden del día– protestar, hacer la revolución, vengarse, emborracharse, matar, hacerse matar, incendiar, saquear la ciudad.

Se le llamó el Bogotazo a ese estallido de ira colectiva, a ese trastorno psicótico compartido, a esa psicopatía de las masas, a esa locura de manada, a ese amago de revolución que terminó en borrachera y en vergüenza. La embajada alemana reportó quinientos muertos al final de la larga jornada de desquite, pero se dice que, luego de los destrozos y las balaceras y las quemas y los linchamientos y las violaciones de aquellas horas, quedaron en el piso unos tres mil. Y es seguro que 142 edificios incendiados se vinieron abajo con todo lo que alguna vez pasó allá adentro. Que horas después del holocausto el humo era el cielo de la ciudad y – hay fotografías espeluznantes que lo prueban– parecía como si hubiera pasado un bombardero nazi por encima. Y que el pavor y la crueldad no terminaron sino diez años después.

El día del Bogotazo, que el novelista Osorio Lizarazo llamó «el día del odio», es el día al que va a dar y el día del que viene la Historia de Colombia. Fue el primero de una época que se ha llamado la época de la Violencia, con V mayúscula, como si no hubieran sido los colombianos los que se degollaron, sino un monstruo engendrado por la nada –ese trastorno, esa plaga, ese demonio– lo que se tomó sus cuerpos. En la década de la Violencia, que fue otra guerra civil a voces entre liberales y conservadores, entre rojos y azules de nacimiento, se ensayaron las más crueles maneras de matar, fueron asesinadas unas trescientas mil personas sin ninguna clase de piedad, y fue despojada y desplazada una quinta parte de la población: dígame usted si no hay algo extraño en esta sangre.

Pasó que el Partido Liberal recobró las mayorías en las elecciones

parlamentarias del domingo 5 de junio de 1949, 69 de los 132 representantes a la Cámara, en nombre del caudillo inmolado. Fue a pesar de la propaganda goda que se regodeaba en la barbarie roja del Bogotazo. Y a pesar de los sermones virulentos de los curas del país: en su constante afán por demostrar que el liberalismo era el gran enemigo del catolicismo porque ya era indistinguible del comunismo, el incendiario monseñor Builes, de Santa Rosa de Osos, gritó en su pastoral de cuaresma «¡la revolución del 9 de abril de 1948 dejó los campos políticos colombianos perfectamente alineados con nuevos y definitivos mojones: el comunismo y el orden cristiano!».

El Partido Liberal obtuvo el 53,5 por ciento de los votos contra el 46,1 del Partido Conservador en aquellas elecciones parlamentarias: apenas 132 056 votos de más, pero una mayoría a fin de cuentas en ese país supuestamente cortado en dos. El Congreso de la República fue entonces el punto de partida y el escenario de la guerra. El severo Laureano Gómez, jefe del conservatismo y aspirante presidencial, la declaró hasta el punto de acusar al liberalismo –un basilisco «con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña cabeza comunista», dijo– de haber expedido 1 800 000 cédulas falsas para ganar elecciones. Los legisladores liberales consiguieron que las votaciones presidenciales se adelantaran para noviembre de 1949, pero, cuando quisieron y se dispusieron a hacerle un juicio político por traidor, el presidente Ospina cerró el Congreso e implantó el estado de sitio como cualquier dictador acorralado: el extrañado Darío Echandía, candidato del liberalismo, se retiró de la campaña porque el asesinato de su propio hermano –y el del representante Jiménez en una balacera en pleno capitolio– le probó que la Violencia se lo había tomado todo y que la democracia colombiana era una farsa.

Vino la purga de funcionarios y de maestros que pertenecieran al Partido Liberal. En muchas tierras contrariadas, en Boyacá, en Cundinamarca, en los Llanos Orientales, en Santander, en Tolima, se alzaron las guerrillas liberales «nueveabriléñas» con furia y con saña: «Si me matan», había vaticinado, incrédulo, Gaitán, «aquí no queda piedra sobre piedra». Y entonces la policía nacional se redujo a policía conservadora. Y se les dio fuerza y dinero a las bandas paramilitares azules que se sentían ungidas por los buenos y a bordo de una misión por el bien del país. Los «chulavitas» boyacenses se inventaron un

modo de torturar y de matar llamado el «corte de corbata»: les rajaban las gargantas a los liberales y les sacaban las lenguas por las heridas como si fueran las corbatas rojas que usaban con orgullo. Los «pájaros» del Valle del Cauca, que se santiguaban antes de matar liberales, masones, comunistas y ateos, pasaron a la historia de esta marcha fúnebre por sus masacres en nombre de su patria católica.

El domingo 27 de noviembre de 1949, Laureano Gómez fue elegido con el 39,8 por ciento de los votos: tuvo el apoyo irrestricto de 1 140 646 colombianos, ni más ni menos, en un país de once millones de ciudadanos con estrés postraumático e histeria.

Era claro que la sevicia de los unos y los otros se había tomado el mapa del país. Que el inconsciente colectivo y el método de resolución de conflictos y la lengua de los colombianos era la violencia sin mayúsculas ni glorias. Que, como anota la historiadora Viviana Quintero, seguían dándose en los campos modos de someter y de aniquilar al otro que protocolos internacionales de la tortura reconocidos por la ONU, como el de Estambul o el de Minnesota, todavía no han sido capaces de imaginar. Hasta hoy ha sido usual encontrar señales de suplicio en las exhumaciones de los pueblos masacrados y desaparecidos en este territorio inabarcable: cuerpos desmembrados, maniatados, vendados, desdentados, empalados. Como si se tratara de confirmar que esta violencia ha sido un rito, siguen hallándose cadáveres sometidos –de maneras que aún no tienen nombre– a una crueldad nunca vista.

Si los sobrevivientes de estas últimas décadas han estado hablando de los huesos taladrados, de los descuartizamientos con motosierras, de las casas de pique, los sobrevivientes de la guerra bipartidista de los años cincuenta hablaban de modos de matar repugnantes e inimaginables que hacían innecesarios los mitos y las leyendas espeluznantes que se cuentan los jóvenes en la oscuridad. Se hablaba de «corte de franela» cuando se decapitaba y se tajaban los tendones y los músculos, de «corte de florero» cuando se enterraban los brazos y las piernas en los troncos, de «picar para tamal» cuando se descuartizaba y se partían los

miembros en pedazos, de «corte de mica» cuando se ponía la cabeza cortada en el pubis: dígame usted si no ha estado ocurriendo aquí una ceremonia de sangre y una pesadilla macabra de la que pocos han conseguido despertar.

Fue en esa larga década que parece un siglo, desde 1946 hasta 1958, cuando Colombia se convirtió en un país urbano y encorbatado porque las bandas conservadoras y las guerrillas liberales despojaron de sus tierras y desplazaron a más de dos millones de ciudadanos del campo: «¡Arriba el Partido Conservador!, ¡arriba!, ¡abajo los cachiporros!, ¡mátenlos!», se oía por ahí, «¡arriba el Partido Liberal!, ¡arriba!, ¡abajo los godos!, ¡destácenlos!». Quizás titulamos esos días así, la Violencia, porque no sólo son un mito sino también un rito. Acaso entonces fue obvio que no éramos liberales ni conservadores, sino violentos. Quizás allí fue más clara que nunca nuestra manía de contar nuestra barbarie antes de que se termine porque no hemos hallado otra manera de acabarla. Tal vez Colombia haya estado contando su historia con el deseo.

El Gobierno de Laureano Gómez, lleno de ideas para el desarrollo, imaginó un nacionalismo católico semejante al del franquismo. Se trató de refundar la patria, por medio, claro, de otra redundante Asamblea Constituyente, pero sólo se logró que se agravara la violencia. Gómez tuvo que dejar la presidencia porque, en un giro típico de esta tragedia repleta de chistes sepulcrales, se enfermó del corazón y se retiró para curarse. Y el sábado 6 de septiembre de 1952, durante el Gobierno transitorio del exministro Urdaneta Arbeláez, la guerra se les vino encima una vez más a los líderes que jugaban con ella: fueron incendiados los diarios y las casas de los caudillos liberales, y los dirigentes conservadores se enfrentaron entre sí de tal modo que su dictadura terminó siendo remplazada por otra.

El sábado 13 de junio de 1953, Gómez, apenas recuperado de sus males cardiacos, trató de deshacerse definitivamente de su desleal y popular comandante del Ejército Nacional —el general Rojas Pinilla—, y le quitó la presidencia de las manos a Urdaneta, su remplazo, antes de que todo se pusiera peor, pero el plan le salió al revés. Con el paso de las horas, los jefes de los dos

partidos políticos fueron dejándolo solo y volviéndolo el chivo expiatorio, el protagonista y la encarnación de la Violencia, y fueron sumándose a una conspiración bipartidista que terminó en un sorprendente golpe de Estado y de opinión liderado – ante las negativas de Urdaneta– por el reticente Rojas Pinilla: «No más sangre, no más depredaciones en nombre de ningún partido político», dijo en su primera alocución presidencial, «paz, justicia y libertad».

El del general Rojas Pinilla fue un Gobierno conservador con ministros conservadores y fue una tregua y un saqueo hasta que resultó ser otra dictadura en aquella Guerra Fría que la Colombia antisoviética se sentía peleando al lado de los Estados Unidos de América. Hubo amnistías para las guerrillas y hubo desbandadas de las policías políticas. Ciertos exiliados regresaron. Ciertas familias sintieron verdadero alivio. Pero un año después ya era clarísimo que el país estaba en manos de una tiranía. El miércoles 9 de junio de 1954 fueron asesinados, ni más ni menos que por el Batallón Colombia, trece de los cientos de estudiantes que protestaban por el crimen de un compañero que protestaba el día anterior. El Siglo, El Espectador y El Tiempo fueron hostigados desde el principio, censurados el sábado 6 de marzo de 1954 y clausurados el miércoles 3 de agosto de 1955. Se persiguió a los protestantes y a los protestadores. Se persiguió a los comunistas.

Empezó a hablarse de reelección y a ensalzarse «el binomio» del pueblo y las fuerzas militares.

Y en la tarde bogotana del domingo 5 de febrero de aquel 1955, en las gradas de la Plaza de Toros de la Santamaría, un montón de agentes del servicio de inteligencia del Gobierno –disfrazados de taurófilos enruanados y de cachacos de bota– se dedicaron a patear y a desnucar y a dispararles a todos los que se habían atrevido a abuchear y a chiflar a la hija del dictador en la corrida del domingo anterior: era, una vez más, el espectáculo brutal de Colombia.

Diecisiete meses después, Santos Montejó, López Pumarejo, Gómez Castro,

Lleras Camargo y Ospina Pérez, estaban plenamente de acuerdo en que Rojas Pinilla tenía que irse por usurpador y por refundador y por déspota. El martes 24 de julio de 1956 firmaron en la España franquista, frente al mar Mediterráneo, un pacto de paz que luego –con el apoyo de los curas, los comerciantes, los banqueros, los estudiantes y los militares– terminó llamándose el Frente Nacional: después de un siglo de dantescas guerras civiles, convertidas la sangre y la tortura en ritos de la Colombia confesional, el Partido Liberal y el Partido Conservador pactaban un Gobierno conjunto y equitativo durante cuatro periodos. Era una buena noticia y era demasiado tarde.

VII. DESDE LOS ARTESANOS HASTA LOS MAMERTOS

La reflexión sobre la Historia, entendida como el relato de los cuerpos que se hacen conscientes de los espíritus hasta el punto de narrarlos, o como el desarrollo social que tarde o temprano conduce a la lucha de clases, o como la perenne puesta en escena de la tragedia humana que guarda la ilusión de que algún día sea la comedia, condujo a las teorías y a las prácticas comunistas a mediados del siglo XIX: la superación de la propiedad privada y de las clases y del Estado, señales de una ley de la selva que no cesa, que tarde o temprano acaba bajo la vigilancia implacable de los fanáticos y de los vivos de turno. Se habló en todo el mundo del colectivismo primitivo, del «todo es común entre amigos» que imaginaba Platón, de la igualdad espartana, de la «Conspiración de los iguales» perdida en la Revolución francesa, del socialismo utópico de 1835, del anarquismo, pero sobre todo, desde 1847, se habló de comunismo.

De Marx y de Engels. De las cuatro Internacionales Comunistas que, de 1866 a 1963, reunieron a millones de sindicalistas y de partidarios de la clase trabajadora. De cómo la primera revolución marxista que consiguió llevarse a cabo, la Revolución rusa de 1917, había tenido que darse en un país campesino que no conseguía dejar atrás el feudalismo. De cómo el viejo territorio de los zares, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se convirtió en una potencia mundial burocratizada e industrializada después de la Segunda Guerra Mundial. De cómo en plena Guerra Fría, en pleno pulso de los soviéticos con los gringos por el dominio del globo, fueron fortaleciéndose los partidos comunistas en Europa del Este, en China, en Corea del Norte, en Vietnam, en Cuba.

En Colombia siempre se le temió a la palabra como a un aullido: «Comunismo...». Desde los primeros tiempos de la república, los artesanos se enfrentaron a los librecambistas –y fallaron– en el empeño de conseguir una industria que abasteciera el mercado interno sin asistencia extranjera. Cuando se creó la Sociedad Democrática de Artesanos, en 1847, más como un cuerpo de apoyo leal a la Nueva Granada que como una agremiación con conciencia

revolucionaria, de inmediato se les recibió en ciertos despachos de las oligarquías de los dos partidos como un caballo de Troya que los judíos querían entrar en la patria católica. Pronto, cuando contaba ya con cuatro mil miembros, la Sociedad Democrática fue clave para la llegada de José Hilario López a la presidencia.

Y desde esos días quedó clarísimo que en estas tierras virulentas, jerarquizadas desde la cuna hasta la tumba, las batallas políticas entre los jefes liberales y los jefes conservadores serían aplazadas siempre que el artesanado –«la chusma», se decía– se atreviera a anhelar un poder que reivindicara las luchas de los trabajadores. Ciertos periódicos enemigos del primer lopismo, como El Día o La Civilización, se dedicaron a convertir la palabra «comunismo» en sinónimo de «delincuencia»: El Día llegó a referirse a un robo como «una sesión práctica de socialismo». Y es evidente que se eligió al doctor José Raimundo Russi, uno de los jefes del movimiento popular, como el chivo expiatorio a sepultar enfrente de todos: La Civilización llegó a llamarlo «uno de los más ardientes apóstoles del socialismo i a cuya elocuencia se debe en parte la propagación de esta doctrina».

En apenas unas semanas, desde finales de abril hasta finales de julio de 1851, el doctor Russi fue perseguido, acusado, juzgado en un juicio exprés conducido por un tribunal inventado para la ocasión, condenado y fusilado enfrente de todos en la Plaza de Bolívar por un asesinato que no habría podido cometer: desde entonces se ha hablado, en las callecitas de La Candelaria, de un fantasma que va por ahí reclamando justicia en un país que se traga vivos a todos los que se atreven a inclinarse a la izquierda.

Las sociedades artesanales del país, apenas escuchadas por los políticos en los días de las elecciones, se pasaron las décadas que siguieron de protesta reprimida en protesta reprimida, de desilusión en desilusión. Los Estados Unidos de Colombia no fueron capaces de cambiar. Y –tal como lo denunció en 1866, en el periódico La Prensa, el escritor artesano Manuel Barrera– se volvió lo común que los aristócratas supuestos apodaran «enruanados», «manetas», «guaches», «talabarteros», «indios», «zambos», con un desprecio que muchas veces era su

único poder, a «las personas del pueblo» que no consideraran de su nivel. Vino una era en voz baja. Tanto el imperio de la Regeneración, como las guerras civiles que abordaron los ricos y los pobres en el paso del siglo XIX al siglo XX, consiguieron que poco se escuchara la palabra «comunismo».

Por un rato se temió menos al color rojo. El viernes 21 de diciembre de 1917 los maquinistas de La Dorada entraron en una huelga que el diario El Tiempo elogió por haberse llevado a cabo «sin un solo acto de violencia, sin una sombra de amotinamiento, con la serenidad que hubiera precedido al más culto de los pueblos». Pero, aunque a los dueños de siempre les disgustara tanto, la industrialización del país trajo consigo a una clase obrera que empezó a pedir mejores tratos. Y desde entonces, a la caza siempre de revoluciones que jamás iban a darse, hubo cientos de persecuciones estatales a supuestos anarquistas y cientos de manifestaciones aplacadas por ejércitos al servicio de empresarios sin piedad. Fue en ese clima adverso en donde apareció, en diciembre de 1926, el Partido Socialista Revolucionario que cargó a costas la primera líder colombiana: la corajuda María Cano. Pero muy pronto la masacre de las bananeras volvió a dejar en claro, en 1928, cuál era el precio de la protesta social aquí en Colombia.

Nunca cesó el esfuerzo de esa minoría ilustrada de convencer a un pueblo lleno de renegados e hijos ilegítimos de la necesidad de buscarse una sociedad que no le temiera al socialismo como a un monstruo de la infancia. El estudiante Gonzalo Bravo fue asesinado en aquella primera manifestación estudiantil, del sábado 8 de junio de 1929, que quería impedir e impidió el nombramiento de uno de los asesinos de las bananeras en la jefatura de la policía. El Partido Comunista Colombiano, fundado en 1930, se lanzó desde el principio a la tarea de cuestionarle el poder al bipartidismo. Jorge Eliécer Gaitán estuvo al frente durante un par de años, de 1933 a 1935, de la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria. Poco consiguieron, claro, porque los dos viejos partidos supieron sumar a sus filas a los sindicatos y a los movimientos agrarios.

El Partido Liberal, en sus respetados Gobiernos de 1930 a 1946, desarrolló un

sexto sentido para recibir en su casa a los socialismos y a los populismos de esos tiempos antes de que se le convirtieran en un problema peor.

El viernes 9 de abril de 1948, cuando el crimen de Gaitán dio paso a una simulación del fin del mundo y abrió la caja que contenía todos los males de Colombia, ciertos socialistas vieron en el acabose una oportunidad para una revolución inesperada, pero todo lo humano fracasó ese día. El poeta Luis Vidales, primer secretario del Partido Comunista, fue uno de los líderes de izquierda «con fama de organizador» que hicieron todo lo que pudieron para conducir a la masa de la rabia a la insurrección: «Yo intenté hablarles en el Parque de Santander, pero nadie me oyó, e intenté hablar en el alto del Palacio de Correos y nadie me puso bolas, y gritaba y seguía la gente allá gritando y ya estaban borrachos», dice Vidales en las inagotables páginas de El Bogotazo de Arturo Alape.

Durante la Violencia, esa guerra civil salvaje que no hemos querido firmar al pie, sino que hemos nombrado y vuelto a nombrar como una enfermedad que no va a volver, el Partido Conservador y la Iglesia católica se enfrentaron contra todo lo que fuera rojo: el liberalismo no era más que un refugio y un aliado y una máscara del comunismo. De 1948 a 1958 se dieron tanto las guerrillas liberales como las guerrillas comunistas. Hay quienes dicen que en 1952 llegó a haber miles de hombres armados que habrían podido poner en jaque al régimen. Y que fue entonces cuando los Estados Unidos de la Guerra Fría decidieron reclamar nuestro territorio. Y sin «¡yanquis: go home!», y sin debates, se asumieron como propias las políticas anticomunistas de los gringos.

El general Rojas Pinilla amnistió a cerca de cinco mil guerrilleros, que dejaron las armas, y condujo a su Asamblea Constituyente de bolsillo a prohibir «la actividad política del comunismo» –se cuenta, además, que los comunistas que no se entregaron fueron atacados con napalm en la provincia de Sumapaz–, pero los Gobiernos del Frente Nacional, que en verdad pacificaron al pueblo bipartidista, encontraron un país en el que empezaban a darse lo que el congresista Gómez Hurtado –el hijo mayor de Gómez Castro– llamó «repúblicas

independientes» pues había que pedirles permiso a los guerrilleros para moverse por esos territorios. Y al principio de los sesenta, llenos de pruebas de que los comandantes amnistiados por la dictadura seguían siendo sitiados y asesinados, el contrariado Tirofijo se escondió en un corregimiento del Tolima para fundar las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) e inauguró así esta nueva república de alias.

Era demasiado tarde para la paz. Mientras los liberales y los conservadores libaban su pulso sangriento, y enfrentaban a los campesinos por siempre y para siempre, la población del país había ido de los cuatro millones de colombianos a los diecisiete. La Revolución Cubana no sólo probaba a los paranoicos Gobiernos norteamericanos que el comunismo ya no era el fantasma de sus pesadillas, sino que demostraba a los opositores y a los movimientos estudiantiles y a las guerrillas marxistas de acá –a las Farc se sumaron el Ejército de Liberación Nacional, el Ejército Popular de Liberación, el M-19– que la toma del poder no era una locura. Se decía despectivamente que Colombia estaba llenándose de «mamertos» porque el Partido Comunista Colombiano (PCC) estaba repleto de dirigentes terminados en «berto», Gilberto, Filiberto, Alberto, que eran demasiado medidos, demasiado «mamones», demasiado dados a «mamarse».

Hasta hoy, pues hasta hoy sigue usándose a la izquierda como un coco, como un espantajo, la palabra «mamerto» suele ser un estigma.

Sea como fuere, en los sesenta era claro que la clase política había hecho las paces por su bien y el de sus fieles, que no era poco, pero empezaba a verse que la Violencia tenía vida propia y que la guerra seguía.

El Frente Nacional, dieciséis años de Gobiernos bipartidistas buenos, malos y peligrosos, se mantuvo en el poder a punta de reformas de verdad, de reformas para que todo siguiera igual, de gestos populistas que aplazaron la desazón, de estados de sitio y de toques de queda. Se sostuvo a punta de política y a punta de

fuerza. El liberal Lleras Restrepo, que presidió una administración reformista e inteligente que no obstante persiguió a los revolucionarios y a los estudiantes como si fuera una dictadura, resolvió las sospechosísimas elecciones del domingo 19 de abril de 1970 –en las que el general Rojas Pinilla le ganó al frentenacionalista Misael Pastrana hasta que el Gobierno suspendió las transmisiones de los resultados electorales– con una alocución televisada en la que lanzó la célebre advertencia «a las nueve de la noche no debe haber gente en las calles: el toque de queda se hará cumplir de manera rigurosa y quien salga a la calle lo hará por su cuenta y riesgo».

El Frente Nacional se terminó, cansado e iracundo, el día que dijo que terminaría: el miércoles 7 de agosto de 1974. Y, por haberse pasado dos décadas con los ojos puestos en el desarrollo de las ciudades y en las maniobras de inteligencia para tener a raya a los movimientos alternativos, les dejó a los Gobiernos siguientes un país acostumbrado – para bien y para mal– a seguir adelante como si no estuviera en guerra.

VIII. LA GUERRA PARA LAS DROGAS

No fueron los Gobiernos siguientes los que consiguieron exorcizarles el comunismo a las guerrillas: desde los días del Frente Nacional, acostumbrados al método turbio del estado de sitio, los Gobiernos tuvieron en común que persiguieron y estigmatizaron y criminalizaron y torturaron y aniquilaron a todo aquel que encajara en su amplia definición de «subversivo». Las guerrillas colombianas no se desdibujaron y se envilecieron aún más por culpa de las autodefensas perversas que empezaron a combatir las, ni por culpa de la perestroika que acabó con la cuarteada Unión Soviética, ni por culpa de la caída del muro que durante veintiocho años pretendió proteger a la Alemania comunista de las garras de la Alemania occidental. El paso del tiempo a sus espaldas y el negocio de la droga: eso fue.

Podría decirse, sin ambages, que la Violencia siguió, que la Violencia sigue. Que, empujada por la Guerra Fría y el bipartidismo ciego y el estado de sitio permanente, la Violencia se convirtió en el «conflicto armado interno» que creció como un infierno en las tres últimas décadas del siglo XX.

El liberal López Michelsen, el hijo del presidente López Pumarejo que les ganó las elecciones de 1974 al hijo de Gómez Castro y a la hija de Rojas Pinilla, terminó su mandato con un paro cívico que acabó en un sangriento toque de queda. El liberal Turbay Ayala, que empezó su carrera política como concejal de Usme en 1936 y desde entonces estuvo presente en cada evento de la Historia del país, enfrentó a las guerrillas por medio de un Estatuto de Seguridad que produjo torturas y desapariciones y exilios y que terminó ensombreciendo su periodo: su lapsus «hay que reducir la corrupción a sus justas proporciones», que pretendía ser un llamado a la cordura en lo público, sigue usándose como ejemplo del fracaso de la política. El conservador Betancur Cuartas, que consagró su Gobierno a la paz, soportó los primeros embates del narcoterrorismo y el miércoles 6 de noviembre de 1985 fue testigo del peor holocausto colombiano desde el Bogotazo: la toma a sangre y fuego del Palacio de Justicia

en la que, en medio de la desquiciada confrontación entre enajenados guerrilleros del M-19 y delirantes soldados del ejército, hubo 98 asesinados y once desaparecidos.

Dígame usted si para ese entonces no era claro que este era un país salvaje plagado de sociópatas. Dígame si la degradación que vino luego no fue una infame redundancia.

Fue el negocio de las drogas, atizado por la prohibición de acá y promovido por la prohibición de Estados Unidos, lo que acabó de enloquecer a la sociedad colombiana y la sumió en el horror y en la indiferencia ante su conflicto armado interno. A finales de los sesenta se dio, en la costa, la llamada «bonanza marimbera»: los colonialistas Cuerpos de Paz de los norteamericanos, impulsados por la presidencia de Kennedy, estuvieron aquí cuando allá creció la demanda de aquellas «sustancias», cuando los primeros narcos, «los mágicos», empezaron a caer, y fue tomando forma, en la administración de Turbay, la guerra perversa e inútil contra las drogas. A finales de los setenta, en Antioquia, en Armenia, en la costa Atlántica, en Cundinamarca, en el Valle del Cauca, una violenta y demencial generación de mafiosos criollos no sólo se adueñó de la industria subterránea de la cocaína que se les mandaba a los mafiosos gringos, sino que se tomó la sociedad colombiana de los pies a la cabeza.

Entraron a escena narcos megalómanos e implacables, como emperadores romanos parodiados en las calles colombianas, de la calaña del Patrón Escobar, el Mexicano Rodríguez Gacha, el Ajedrecista Rodríguez Orejuela, el Señor Rodríguez Orejuela. Y muy pronto, empeñados en conseguir el reconocimiento de una sociedad jerarquizada hasta los tuétanos, mirados de reojo por los agentes de la guerra contra las drogas, obligados, por la prohibición, a la ilegalidad que era su principal fuente de riqueza, se pusieron en la tarea de quedarse con todo: con el capital, con la política, con la justicia, con el fútbol, con la fama, con la guerrilla, con el paramilitarismo, con el miedo. Y, siempre que les dijeron que no, consiguieron un sí a la fuerza. El narcotráfico empobreció a Colombia, la degradó y la envileció de punta a punta, cuando todo el mundo pensaba que caer

más bajo era imposible. Posibilitó, a su perverso modo, la movilidad social tan elusiva y tan negada desde el principio de esta sociedad, pero dejó dicho que para hacerlo había que doblegar a las élites despiadadas de este país y apelar a lo peor de esta cultura.

Había que empezar con palmadas en la espalda: «Mucho gusto, doctor, yo soy Pablo». Y, si no servían de nada los elogios, había que continuar con los regalos. Y, si seguía todo igual, con los sobornos. Y, si no, con los chantajes. Y, si no, con las amenazas. Y, si no, con los atentados. Y, si no, con las bombas.

De 1986 a 1990, el liberal Virgilio Barco hizo un Gobierno serio, y preocupado por desmontar los vicios del Frente Nacional, que a fin de cuentas consiguió la desmovilización del M-19 y el EPL y le abrió las puertas a una nueva Constitución que pusiera de manifiesto las realidades del país, pero se vio obligado a enfrentar a los mafiosos más sanguinarios de la historia de los mafiosos sanguinarios –que se llamaban a sí mismos «los Extraditables» porque preferían «una tumba en Colombia que una cárcel en los Estados Unidos»–, e hizo lo que pudo para encarar a sus cómplices y a las «fuerzas oscuras» de la ultraderecha agazapadas en todas las esquinas de la sociedad, en una guerra atroz que convirtió a esta en una nación con estrés postraumático; que dejó periodistas, jueces, policías, profesores y políticos asesinados por abrir la boca; que vio cómo cuatro candidatos presidenciales, Galán, Pizarro, Jaramillo y Pardo, eran ejecutados sin piedad, y supo demasiado tarde que un partido político de izquierda, la UP, había sido exterminado mientras se creía que el único problema eran los narcos.

En medio de esa guerra perdida contras las drogas, el liberal César Gaviria, que no estaba en los cálculos de nadie pues no había hecho la fila para la presidencia, recogió las banderas del candidato que iba a ganar, pero que fue asesinado en agosto de 1989 por enfrentárseles a las mafias sin eufemismos: el entrañable Luis Carlos Galán. Dijo Gaviria el día de su posesión: «Bienvenidos al futuro». Y tuvo algo de cierta su sentencia –y fue una sentencia en todos los sentidos– porque con su Gobierno llegó al poder una generación que fue joven en los años

sesenta, porque con su administración se implantó esta arrogante tecnocracia washingtoniana que al final resultó ser otro modo de nuestra ceguera al país, porque con su mandato se dio la Constitución progresista y garantista de 1991 que supo reconocer que Colombia ya no era la tierra perversa en la que, en palabras del escritor Eduardo Santa, se era de un color desde la cuna hasta la tumba.

Dijo el profesor Santa en un texto de 1960 sobre la crisis de los partidos: «En Colombia se nace liberal o conservador. Se es una u otra cosa por tradición. Es ésta una posición más sentimental que intelectual, más de impulso que de conocimiento, frente al problema de los partidos políticos. Casi pudiéramos decir que en Colombia el individuo nace con el carnet político atado al cordón umbilical». Pero la Constitución de 1991 fue el reconocimiento, tres décadas después, de que el país era mucho más grande y mucho más complejo y mucho más diverso y mucho más lleno de derechos de lo que se había querido ver en un principio: no había una gran zanja que nos partiera en dos, este lugar no era en blanco y negro y mudo como las películas de comienzos del siglo XX, y no era en azul y rojo como se nos había dicho desde el parto, sino en todos los colores.

Y el ejercicio inquisitorio de ponerlo en cintura, como quiso hacerlo el padre inflexible y devoto de la Regeneración, sólo lo había vuelto más violento.

Tres símbolos presidieron la Asamblea Nacional Constituyente: el liberal Horacio Serpa Uribe, exalcalde, exrepresentante, exprocurador, exministro, exsenador, encarnó los últimos días del llamado «traporojo»; el conservador Álvaro Gómez Hurtado, hijo del jefe conservador de los años de la Violencia, dedicó las últimas décadas de su vida a ganarse a pulso su fama de demócrata; el izquierdista Antonio Navarro Wolff, exguerrillero del mismo M-19 que tuvo secuestrado a Gómez Hurtado, dejó en claro su talante pacifista cuando consiguió que el asesinato del excomandante Carlos Pizarro –el popularísimo líder de la guerrilla que acababa de desmovilizarse– no desatara otro Bogotazo: «Vamos a enterrar a Carlos en paz», ordenó Navarro.

Colombia sí era –y sí es– tan compleja y tan múltiple como la pintó y la pinta la Constitución laica de 1991: un archipiélago, sí, un mapa que no da cuenta de su territorio. Pero, a pesar de ese gran pacto de paz y ese reconocimiento de la diversidad y esa redistribución del poder que fue la Asamblea Constituyente, seguía en manos de unos pocos dueños y unos cuantos señores feudales: de los magnates de siempre a los narcotraficantes, de los caciques políticos regionales a los guerrilleros, de los apellidos atávicos a las bandas paramilitares, de las multinacionales a los fanáticos que creen que el destino es la guerra, de los curas a los peligrosos nostálgicos que siguen temiéndose una conspiración masónica, de los terratenientes con arma en el cinto a las manos negras de la ultraderecha.

Y fue así, bajo la mirada de los amos de la vieja Colombia y en medio de esa vocación progresista en un país reaccionario, que se dieron los dos últimos Gobiernos del siglo XX, los dos últimos Gobiernos de los dos partidos que nos llevaron hasta allí.

El liberal Ernesto Samper se empeñó en devolverle a su partido el énfasis en lo social, pero su Gobierno turbulento pagó plenamente por una clase política que se había resignado al conflicto armado con tal de que sucediera allá lejos, por una clase política que se había dejado ocupar por el narcotráfico: desde que se empezó a investigar la campaña presidencial bajo la acusación de haber sido financiada por el Cartel de Cali, hasta que el Gobierno de los Estados Unidos, siempre encima, decidió quitarle la visa a Samper, fue un mandato tenso y una especie de milagro. Dígame usted si no fue milagroso sobrevivir a esa época. El Patrón Escobar, que le declaró la guerra al Estado colombiano en tiempos de Barco y que como un rey enloquecido puso en marcha la máquina despiadada del narcoterrorismo, fue asesinado en 1993. Pero el líbero Andrés Escobar fue asesinado por cometer un autogol en el trágico Mundial de 1994 y el respetado Gómez Hurtado fue asesinado por negarse a jugar los juegos del leviatán corrupto que él llamaba «el Régimen».

Y era claro que las repúblicas independientes, que el propio Gómez Hurtado había señalado treinta años atrás, ya no eran la excepción sino la regla: que esto

funcionaba porque le tocaba y que al tiempo era el reino de la mafia.

El conservador Andrés Pastrana, hijo de aquel último presidente «elegido» –de madrugada– durante el Frente Nacional, fue testigo mudo de una de las peores crisis económicas que recuerden las últimas generaciones, emprendió la tarea de limpiar el nombre de este país que estaba cumpliendo dos décadas de ser asociado con la droga y se jugó su Gobierno por un valiente proceso de paz con las salvajes Farc que después de tres años de diálogos terminó siendo un fiasco y una trampa. Fue durante esos últimos Gobiernos del siglo XX, del cuarentón Gaviria al cuarentón Pastrana, cuando se expandió como una mancha el infierno del conflicto, pero también cuando estalló en pedazos el bipartidismo, cuando la izquierda consiguió separarse de la lucha armada, cuando encontraron su lugar políticos empeñados en representar a una ciudadanía que poco a poco dejaba de temerles a los jefes de las generaciones anteriores.

Era un país de víctimas presidido por víctimas: Gaviria recogió las banderas de un candidato asesinado, Samper recibió trece disparos en el cuerpo, en un atentado contra el líder de la UP José Antequera, antes de llegar a la presidencia, y Pastrana fue secuestrado por la gente de Escobar diez años antes de ganar las elecciones presidenciales. Pero los colombianos que dejaron las armas antes de que fuera demasiado tarde, gente como Antonio Navarro o Gustavo Petro, consiguieron hacer una carrera brillante en lo público. Y, mientras miles de políticos saltaban de los barcos de los partidos tradicionales y montaban sus propios partidos para no ser asociados con la corrupción, ni con la guerra, ni con el narcotráfico, crecía y crecía aquella ciudadanía independiente.

Gracias a la Constitución de 1991, que llamaba a la democracia participativa antes de que esto se fuera por el despeñadero, se dieron movimientos políticos que un colombiano de los cincuenta no habría osado imaginar. Gracias a la Constitución de 1991 los colombianos se libraron de la esclavitud del bipartidismo: aquí ya no se nacía liberal o conservador, y ya no se era una u otra cosa por tradición, y el individuo no venía al mundo con el carné político atado al cordón umbilical. Aquella ciudadanía podía hallar al fin políticos irrepetibles e

imaginativos que sólo le rindieran cuentas a sus conciencias. Y fue así como los bogotanos eligieron de alcalde a un descendiente de lituanos, exrector de la Universidad Nacional, llamado Antanas Mockus.

Y fue así, en 1994, como Mockus empezó esa forma de hacer política como la haría un ciudadano.

IX. REFUNDACIÓN DE LA PATRIA O CATÁSTROFE

Después de todo pacto de paz ocurre una pequeña guerra. Pero luego de la Constitución de 1991, que fue un acuerdo lleno de coraje, el conflicto armado interno dejó de ser una tormenta para ser un vendaval. Los que habían quedado por fuera de la constituyente, las Farc, el ELN, las autodefensas, los terratenientes reaccionarios, los poderes regionales que veían amenazados sus feudos, las manos negras que sentían la muerte cuando veían a la izquierda sacudirse su pasado, siguieron haciendo todo lo posible para que el campo colombiano –que ya no era cafetero, sino cocalero– siguiera pareciendo el Lejano Oeste. Era una reacción, claro que sí, pero sobre todo una realidad que siempre había estado allí. Cuando una democracia se juega su suerte por abrirse, para que entren sus renegados y sus viejos enemigos, viene la furia de los que se han venido sintiendo sus dueños. Pero lo cierto es que, fuera como fuere, la mancha de la guerra venía expandiéndose y tomándose el mapa colombiano.

Si en algo podemos ponernos de acuerdo es que una guerrilla de sesenta años sólo puede prosperar en una sociedad que no ha conseguido serlo.

Y en que si a finales de los ochenta había habido un recrudecimiento de la violencia por culpa del narcoterrorismo, que llevó la Violencia a las ciudades, y de las manos negras que exterminaron a la Unión Patriótica, en los noventa esto fue el infierno.

Según la investigación del Centro Nacional de Memoria Histórica, titulada, con el grito atragantado, ¡Basta ya!, en las últimas décadas los frentes guerrilleros llevaron a cabo 24 482 secuestros, 3900 asesinatos, 343 masacres, 4000 reclutamientos de niños, 854 ataques a poblaciones; los bloques paramilitares llevaron a cabo 8902 asesinatos, 1166 masacres, mil reclutamientos de niños, 371 torturas; las tropas del ejército llevaron a cabo 2399 asesinatos, 182 ataques

a bienes civiles y 158 masacres. Se ha dicho que las víctimas son muchas más. Se ha estado insistiendo, desde los medios, en una espeluznante cifra de muertos que no para de crecer: de 218 094 a 262 197. Se ha llegado a asegurar, desde la Fiscalía, que las autodefensas dejaron más de 400 000 víctimas. Se ha retratado el horror: los abortos forzados por los guerrilleros, las 31 modalidades de tortura de las autodefensas, los degollados pudriéndose al sol en la cancha de básquet de El Salado, las 875 437 víctimas de violencia sexual que a duras penas se han atrevido a ir a la justicia, los paramilitares que jugaron fútbol con las cabezas de sus víctimas, las mujeres subyugadas, los campos de concentración en los que las Farc encerraban a las personas que llegaron a tener secuestradas durante dieciséis o diecisiete o dieciocho años.

Dígame si usted recuerda, en la historia de la crueldad humana, una tortura semejante.

Fue el presidente Pastrana quien desde el principio de su Gobierno, mientras llevaba a cabo sus bienintencionadas y fallidas negociaciones de paz con las Farc, acudió a los Estados Unidos del presidente Clinton para proponerles un Plan Marshall –aquél plan para la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra– para la reparación de Colombia: «Un conjunto de proyectos de desarrollo alternativo que canalizarían los esfuerzos de las organizaciones multilaterales y Gobiernos extranjeros hacia la sociedad colombiana...». De 2001 a 2016, Estados Unidos invirtió 9940 millones de dólares «en asistencia militar e institucional». Y el plan resultó ser, fundamentalmente, una estrategia para reducir la guerra contra las drogas «a sus justas proporciones».

Para evitar que las guerrillas y las autodefensas y las bandas criminales, que financiaban sus reivindicaciones del pueblo y sus refundaciones de la patria con hectáreas de coca, terminaran quedándose con todo.

Era un nombre cabal «el Plan Colombia»: quedaba claro de una buena vez que este país se llama Colombia porque tiene pretensiones de continente pero manías

de colonia.

Y, sin embargo, habría que decir que pronunciarlo produce escalofríos porque —a cambio de contener la Violencia que seguía creciendo como una bola de sangre— abrió un nuevo capítulo del horror nacional. La sociedad entera, que a regañadientes le estaba dando una última oportunidad a las negociaciones de paz que habían empezado y terminado y empezado y terminado durante los últimos veinte años, tuvo en común el odio contra las obtusas Farc cuando Pastrana se cansó de los engaños de sus interlocutores y rompió los diálogos de paz en la recta final de su Gobierno: fue ese hartazgo por los secuestros, por las extorsiones, por las intimidaciones, por las versiones de la guerrilla, lo que en agosto de 2002 llevó al poder al vaticinado Álvaro Uribe Vélez.

La desilusionada, descorazonada, desolada Colombia, en ese entonces un país de unos cuarenta millones de personas, no daba más. Y, como suele suceder cuando una sociedad es traicionada una y otra vez por sus políticos hasta que ya no se cree el cuento aquel de que «tenemos los líderes que nos merecemos», el electorado terminó decidiéndose por el populismo reaccionario. Según las encuestas, en enero de 2002 era clarísimo que el liberal Horacio Serpa le iba a ganar la presidencia a la conservadora Noemí Sanín por un buen margen, pero, apenas se dio la noticia de la ruptura del diálogo con las Farc, miles, cientos de miles, millones de personas empezaron a seguir al astuto e inclemente Uribe Vélez de tal modo que el domingo 26 de mayo —avalado por el movimiento Primero Colombia y con una altísima votación de 5 862 655— se quedó con la presidencia en la primera vuelta. Y se selló, así, el fin del bipartidismo.

No es que el exliberal Uribe Vélez fuera un aparecido en la escena política, no, su disciplina de trabajo, su vehemencia y su impaciencia con las formas democráticas habían dejado un rastro de controversias en la Alcaldía de Medellín, en la Aeronáutica Civil, en el Congreso de la República y en la Gobernación de Antioquia. Pero la verdad es que la gente votó por él porque se resistía a jugarles el juego a los desprestigiados partidos, porque era el candidato que señalaba a las Farc, porque parecía un hombre nuevo que se negaba a hablar

con eufemismos. Podría decirse que, aun cuando varios de los caciques de siempre se fueron subiendo al bus de la victoria, Uribe derrotó a las aceitadas maquinarias del liberalismo y el conservatismo gracias a la ayuda de un abrumador «voto de opinión».

Hubo normalidades y buenas intenciones en su Gobierno como ha sucedido en todos –hubo ministros serios, leyes importantes, territorios recobrados, programas inteligentes– porque esta sociedad brava y cínica se ha acostumbrado a funcionar entre fantasmas. Y, sin embargo, muy pronto fue claro que el país había caído en la trampa en la que había querido caer: en la presidencia de un caudillo todopoderoso, como un padrastro de voz queda, que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de cumplir su promesa de pacificar a Colombia –estaba dispuesto a hacer un pacto de paz con los paramilitares, a devolver al país a ese centralismo paternalista que desdibuja las regiones, a estigmatizar a sus críticos y a nombrar jefes de inteligencia que terminaron siguiendo periodistas–, pero también fue evidente desde temprano que no quería irse.

Y que el uribismo se había quedado, de rebote, con los corazones despechados de quienes habían dado la vida por esos dos partidos de siempre, que sobreaguaban, pero que se habían dividido y se seguirían dividiendo sin remedio en partidos más duraderos de lo que parecían en un primer momento: el Partido Liberal y el Partido Conservador siguieron siendo determinantes de una u otra manera, pero partidos como el Polo Democrático, la Alianza Verde, el Partido de la U, Cambio Radical y el Centro Democrático, de izquierda a derecha, soportaron el paso de las despiadadas elecciones colombianas –que suelen ser verdaderas batallas campales sin Dios ni ley– y de las componendas políticas de las dos primeras décadas del siglo XXI.

En un gesto típico de los países injustos y característico de los días del dictador venezolano Hugo Chávez, pero atípico en la Colombia de los últimos cincuenta años, Uribe Vélez se mandó reformar la Constitución para que fuera posible su reelección y se hizo reelegir por 7 397 835 colombianos en la aplastante primera vuelta del domingo 28 de mayo de 2006. Fue una victoria irrefutable: 62,35 por

ciento de los votos. Pero, como la enmienda se consiguió con un par de votos dudosos y la oposición tenía claro ya que aquel Gobierno tenía talante de régimen autoritario y demasiado pronto empezó a hablarse de otra corrección constitucional para permitirle una segunda reelección, fueron cuatro años con menos normalidades y menos buenas intenciones y con más desmanes y más afrentas contra la democracia.

Este compendio de columnas comienza en el momento justo en el que la mitad del país seguía pidiéndole a Uribe que se quedara a terminar la pacificación de la llamada «Seguridad Democrática» y la otra mitad rogaba para que se fuera.

Quedaban probados escándalos como el del soborno a una representante para que votara a favor el artículo que permitía la reelección del presidente, el de las escuchas ilegales del salido de madre Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), el de los pactos secretos para «refundar la patria» entre los grupos paramilitares y los políticos cercanos al Gobierno. Se usaba la expresión «falsos positivos», en vez de hablar de «ejecuciones extrajudiciales» o de «crímenes sistemáticos», para referirse a los 2248 civiles inocentes que fueron asesinados y disfrazados de guerrilleros por ciertos miembros del ejército empujados por los afanes e incentivos del Gobierno. Pero una buena parte del país, que quizás veía estos gestos con la lógica de la guerra, habría querido que Uribe se lanzara de nuevo.

Uribe había sabido, a fin de cuentas, hacer el papel del forastero que pone en su lugar a los políticos, encarnar al colombiano piadoso, de rodillas, que se negaba a que le decretaran el progresismo, y desperdigar a esas guerrillas que habían agotado la paciencia y abusado y secuestrado al pueblo que pretendían liberar.

Eran días de prueba para la democracia: bueno, siempre lo son. El teniente coronel Hugo Chávez, el golpista de 1992 que había sido elegido presidente en 1998, trataba de poner en escena en Venezuela lo que se había llamado «el socialismo del siglo XXI»: la alianza entre el socialismo y el liberalismo para

librarse de los yugos del estatismo y el capitalismo. Amado por buena parte de su pueblo, protegido por la bonanza petrolera de la primera década del siglo XXI, Chávez trajo a Bolívar de vuelta como el doctor Frankenstein a su monstruo. Se llamó a sí mismo «marxista» y animó el regreso de los Gobiernos de izquierda a Latinoamérica –en Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Uruguay–, y encaró a los voraces Estados Unidos de Bush padre y Bush hijo, que desde aquel 11 de septiembre de 2001, luego de los atentados de la organización Al Qaeda, se habían dedicado en cuerpo y alma a la caza del terrorismo.

Desde noviembre de 2007, por cuenta de la cercanía de Chávez con las guerrillas colombianas y de la incapacidad tanto del chavismo como del uribismo de compartir el poder, Colombia y Venezuela se enfrascaron en una relación plagada de tensiones. Se agravó hasta fondos nunca vistos el sábado 1 de marzo de 2008, cuando el ministro de Defensa, Juan Manuel Santos Calderón, dio la noticia de que Colombia –asistida, según The Washington Post, por los Estados Unidos– había bombardeado la selva de Ecuador para acabar con el campamento de un importante comandante de las Farc: semejante violación de la soberanía desató una crisis que sólo se alivió un poco en la xx Reunión Cumbre del Grupo de Río, con un apretón de manos entre populistas reaccionarios e irredentos – Uribe por Colombia, Chávez por Venezuela, Correa por Ecuador– perfecto para explicarle a Bolívar el fracaso de su sueño.

El miércoles 26 de marzo de ese 2008 murió de viejo el máximo comandante de las Farc: el histórico Tirofijo.

Pero fue otra jugada secreta de las fuerzas militares –la Operación Jaque del miércoles 2 de julio de 2008, que acabó en el rescate de quince secuestrados por la guerrilla, entre ellos la exsenadora Ingrid Betancourt– la que le dejó en claro a los sobrevivientes de las Farc que en la Colombia de este nuevo siglo era imposible tomarse el poder por las armas. Santos Calderón, sobrino nieto del expresidente Santos Montejó, heredero de El Tiempo, exministro de Comercio Exterior y de Hacienda, quedó posicionado entonces como un posible reemplazo

de Uribe Vélez. El viernes 26 de febrero de 2010 la Corte Constitucional no sólo declaró inconstitucional, por vicios de forma y de fondo, el referendo que buscaba una segunda reelección de Uribe, sino que advirtió que perpetuarse en el poder iba en contra de la Constitución de 1991.

Y así, con el reticente aval del uribismo, Santos Calderón empezó la campaña que lo llevó a la presidencia.

X. UN PAÍS EN MEDIO DE LA GUERRA

Repito: es en ese capítulo de estas mil y una noches, cuando una mitad de Colombia cantaba «oh, gloria inmarcesible» y la otra mitad cantaba «cesó la horrible noche» porque parecía el fin del uribismo, donde comienza este compendio de columnas. Santos se enfrentó al exalcalde de Bogotá Antanas Mockus, para ese momento el símbolo de una política que defendía la vida y lo público desde la experiencia ciudadana, en una campaña llena de bajezas que sin embargo despertó a una nueva generación de electores. Mockus, extraño en el mejor sentido de la palabra y reconocido en el mundo entero por su transformación de la cultura bogotana, puntuó en las encuestas hasta que la gran mayoría del establecimiento se puso de acuerdo para encarar y enrarecer su atípica candidatura: la campaña de Santos, el candidato que unía a las viejas y a las nuevas élites, supo exacerbar los típicos temores colombianos –a Dios, a la guerrilla, al comunismo– y conducir a un país que apenas salía del unanimismo para arrasarse en las elecciones.

El presidente Santos consiguió hacer un Gobierno liberal e inesperado, de acuerdo con la Constitución de 1991, que tristemente contó con el apoyo de clientelistas y politiqueros de la peor calaña, pero muy pronto, cuando empezó a reconciliarse con los rivales de su predecesor y reparó las relaciones con Ecuador y con Venezuela y dejó en claro que iba a hacer su propio Gobierno, se convirtió en el enemigo jurado de Uribe y del uribismo. No sólo defendía los derechos de las minorías, los derechos de las mujeres y los derechos de la comunidad LGBTI. No sólo reconocía la existencia del conflicto armado interno de Colombia y aceptaba la imposibilidad de vencer a unas Farc que luego del contraataque del Estado habían vuelto a las estrategias de la guerra de guerrillas. Estaba listo a buscar un acuerdo de paz.

Si algo ha redefinido la palabra Colombia en esta segunda década del siglo XXI, si algo la ha hecho significar «un país que empezó por la guerra», ha sido el perseguido y milagroso acuerdo de paz con las Farc.

Ayudados por la aparición del socialismo del siglo XXI, y por los desmanes inocultables de la dictadura que el demencial Chávez le entregó en su lecho de muerte al nefasto Maduro, los líderes uribistas –educados por la Violencia y por la Guerra Fría– han rescatado de entre los muertos el odio patológico a la izquierda: «¡Castrochavismo!», han estado gritando estos años. Y han conseguido que en las redes sociales, que llaman a la solidaridad pero potencian el pensamiento de manada, «izquierda» signifique «liberalismo», «antiuribismo», «cómplice de las guerrillas» una vez más. Y han tratado de usar el acuerdo con las Farc, un serio trabajo de seis años, para volver a partir e hipnotizar a la sociedad en dos.

Para devolver al país a los tiempos en los que los temas de salud pública o los dramas sociales eran resueltos por una moral falsa e implacable.

De la mano de un equipo de humanistas liderados por el exministro Humberto de la Calle y el filólogo Sergio Jaramillo, a pesar de una oposición virulenta y fatal encarnada por el expresidente Uribe desde el Senado de la República y desde la red social Twitter, a pesar de la pequeña pero terrible derrota de los acuerdos en el plebiscito del domingo 2 de octubre del bisiestro 2016, Santos consiguió la inconseguible paz con las viejísimas Farc y dejó una obra de Gobierno –con sus logros y sus errores– en medio de la gritería colombiana. Y, sin embargo, el uribismo regresó al poder, con sus vicios y sus venganzas a flor de piel, sobre la ola de la derechización del mundo y las heridas abiertas por los diálogos con los obtusos herederos de Tirofijo.

Dígame usted si no hay aquí un misterio que no ha podido descifrarse. Dígame si en este país el miedo y el odio no han alcanzado el tamaño de las patologías.

El expresidente Uribe hizo una alianza insólita con el expresidente Pastrana –insólita puesto que se echaban la culpa del Apocalipsis y el legado de Pastrana

iba a ser la búsqueda de la paz— para defender el «no» a los acuerdos de paz en el plebiscito de 2016, que terminó convertida en una alianza para elegir al primer presidente de la llamada generación equis: el exsenador y exburócrata de Washington y exsantista Iván Duque Márquez, hijo del exministro y exgobernador y exregistrador nacional Iván Duque Escobar, que dotado de las buenas maneras de las que carecían sus copartidarios más banderizos supo quedarse con los votos uribistas y los votos de todos los hastiados del Gobierno de la paz.

De la mano del expresidente Uribe, que lo ungió entre sus discípulos, Duque derrotó a cuatro candidatos muchísimo más preparados para el cargo que él: al exalcalde de Bogotá Gustavo Petro, al exgobernador de Antioquia Sergio Fajardo, al exnegociador de paz Humberto de la Calle, al exvicepresidente Germán Vargas Lleras. Venció al curtido Petro, que consiguió reunir a un par de nuevas generaciones que se niegan a servirle a lo peor de esta Historia, en una segunda vuelta en la que el pavor al uribismo fue derrotado por el miedo a la izquierda. Y llegó a la presidencia de un país ajeno a aquel bipartidismo que lo enloqueció, lleno de movimientos sociales que se han tomado en serio su papel, asediado por la megalomanía y por la violencia que se dan en las redes sociales. Heredó la violencia que viene después de un acuerdo de paz: más de trescientos líderes sociales han sido asesinados en los últimos tres años.

Heredó, sobre todo, el desasosiego y la desconfianza y la indignación y la ira que el propio uribismo —él incluido— avivó durante los ocho años en los que fue la oposición a todo lo que tuviera que ver con Santos.

Su inevitable dependencia del uribismo, que no estaba dispuesto a que otro candidato designado por el caudillo condujera su propio Gobierno, volvió su primer año de mandato un verdadero infierno: Duque aplazó una y otra vez su clara vocación a conseguir la reconciliación en beneficio de una fuerza política retardataria que, como si no se hubiera dado cuenta de que ni el poder ni las jerarquías son lo que eran, en vano ha pretendido sabotear la implementación de los acuerdos con las Farc, plegarse a los Estados Unidos del demencial Donald

Trump, alzarse como la gran salvadora de la arruinada y sometida Venezuela, y amordazar a sus opositores como en los días de la Violencia. Hoy Colombia quiere decir «la parodia de un país en guerra» porque empiezan a llegar noticias de tiempos peores y la expresión «tiempos peores» es un chiste.

El sábado 18 de mayo de 2019 el diario The New York Times, emblemático, más que nunca, en estos días de posverdades y de populistas y de redes, se atrevió a publicar un artículo revelador bajo el título de Las órdenes de letalidad del ejército colombiano ponen en riesgo a los civiles: reseñaba el regreso de una política de seguridad que, como resistiéndose a reconocer que la pesadilla de los «falsos positivos» sucedió en la realidad, una vez más se reducía a pedir resultados, a señalar el qué sin importar el cómo, a procurarnos una paz de camposanto sin haberse ganado primero el apoyo de los pueblos renegados, ni imaginarse siquiera la reconstrucción de las zonas de conflicto.

Días antes, el lunes 22 de abril, se encontró el cadáver de un exmilitario de las Farc –a unos pasos de la fosa que le habían cavado para volverlo un desaparecido más– en un municipio de Norte de Santander que fue llamado Convención en honor de aquella asamblea constituyente de abril de 1828 que salió tan mal que acabó en la dictadura de Bolívar. Su nombre era Dimar Torres. Pero era un cuerpo torturado y ejecutado por miembros de las fuerzas militares. Otra vez. Yo no sé cómo hacemos para no rendirnos y sentarnos a perder la cabeza. Quizás sea que no hay otra opción. Pero dígame usted si no es la pregunta de fondo cómo diablos hemos hecho para vivir en un país en el que un hombre que ha entregado las armas es desfigurado y asesinado el día en el que iba a enterarse de que él y su mujer estaban esperando un hijo.

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE LA TERAPIA COLOMBIANA

DONDE SE RECONOCE QUE LOS COLOMBIANOS HAN SOBREVIVIDO POR POCO A SU PATRIA LOCA –A SU CULTURA DE APLASTAR LA DIFERENCIA– PORQUE CIERTOS CIUDADANOS HAN ESTADO CONTANDO SU HISTORIA DE TODOS LOS MODOS POSIBLES, HAN ESTADO PONIENDO EN EVIDENCIA ESTA VIOLENCIA CON MAYÚSCULA Y RIÉNDOSE DE SÍ MISMOS PARA NO MORIRSE DE ANGUSTIA.

Y SE HACE UN RECUENTO DE VALEROSAS OBRAS DE ESTOS ÚLTIMOS SIGLOS, DE NOVELAS A TELENÓVELAS, QUE MERECEN SER CONSIDERADAS «NOVEDADES».

I. HISTORIA DE LA LOCURA EN LA NUEVA GRANADA

Sí hubo un exterminio en este camposanto. Sí se evangelizó y se aculturó y se enfermó y se ejecutó a las comunidades indígenas de esta tierra escabrosa, a pesar de la protectoría de indios dispuesta por la colonización española, en nombre de la vieja guerra contra la impiedad y la herejía. Pero los conquistadores no consiguieron borrar del mapa a las culturas precolombinas sino poner en escena un mosaico de culturas. Quiero decir que los métodos ancestrales con los que los nativos enfrentaban la enajenación de sus gentes sobrevivieron al desembarco de los «descubridores» y de sus esbirros, y a la locura que vino de España y del choque con España. Y que hasta hoy nos han llegado las danzas y las ceremonias y las matas milagrosas –la belladona, la coca, el chamico– a las que se acudía en los siglos XV y XVI para curar las enfermedades nerviosas.

Quiero decir que podría y debería decirse que en la Colombia de hoy se ha abierto paso la ciencia, pero que sigue confiándose más en lo invisible que en lo visible, más en lo mágico que en lo verificable, a la hora de encarar los dramas de la salud.

Se le debe al doctor Humberto Rosselli la reconstrucción, a finales de los años sesenta, de la Historia de la psiquiatría en Colombia. Se trata de un libro fascinante –y libre de correcciones políticas y de descontextualizaciones de la Historia– que, a la pregunta tácita de cómo hemos hecho para sobrevivir a las ceremonias macabras de este manicomio y cómo hemos hecho para conservar algo de cordura, responde con un recorrido que empieza por los chamanes y termina con la publicación de Cien años de soledad. Habla el doctor Rosselli de «brujos, adivinos y hechiceros en los bajos fondos sociales» de aquella época, 1968, para explicar que la costumbre de la magia viene de las culturas indígenas que los españoles narraron en su lengua dramática. Habla de locos amarrados, del padrejón y la madrejón que se suben a la cabeza, del alma robada y el cuerpo poseído que sólo pueden curarse con el chamanismo.

Entiende uno mucho de Colombia cuando se entera de que aquí sólo hubo hospitales psiquiátricos –y médicos pendientes de la salud mental– hacia mediados del siglo XIX. De ahí que en nuestra cultura popular, que trasciende las clases sociales, se hayan arraigado los agüeros y las magias: no sólo llevamos adentro la fe de las culturas precolombinas en que los menjurjes y los videntes nos librarán de las pesadillas, sino que heredamos de los españoles, que trajeron a la Nueva Granada el concepto de «locura», el temor al sereno, a la Luna, a las propiedades secretas de los números; la pasión por los purgantes; la costumbre de los curanderos populares, los rezadores y los ensalmadores que entre nosotros alcanzan el estatus de los médicos. Creo que sigue siendo así. Creo que un enfermo nuestro empieza por acudir a la ciencia, pero tarde o temprano termina en las manos de la magia.

Los koguis usan la confesión para el alivio de la mente, sí, podríamos haber tomado esa senda hasta llegar a la pasión por los psiquiatras que ostentan los argentinos, pero nosotros, con razón o sin ella, seguimos encendiendo velas y bañándonos en amasijos para librarnos del mal.

De España vinieron los botánicos y los médicos y los boticarios que rechazaban a los hechiceros y los curanderos y los charlatanes. Pero también vinieron las rajas de pepino que salvaban del frenesí, las hiedras que aliviaban las borracheras, los sanadores que remediaban las fantasías de las personas metiéndoles las cabezas en alambiques. Y también vino la locura, decía, pues era en la España de los Reyes Católicos, no en la América verde y apabullante, donde los médicos encerraban a los locos en centros especializados, los curas inquisidores seguían señalando a los poseídos por el demonio y las novelas paródicas de Miguel de Cervantes eran protagonizadas por trastornados de comedia que se libraban de los yugos y decían la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Como bien lo señala el profesor Esteban Estupiñán en su texto *Entre bárbaros y locos*, el sacerdote Juan de Castellanos comienza su crónica gigantesca *Elegías*

de varones ilustres de Indias, de 1589, reconociendo que se trata de una empresa de la locura. Es esa la palabra que usa: la palabra «locura». Y vale pensar que el letrado, que hacia 1560 se convirtió en el párroco de la iglesia de Tunja, quería decirles a sus lectores de todos los siglos que sólo un «hombre que ha perdido su juicio» –que así define Covarrubias «loco» en su diccionario de 1611– habría caído en la tentación de narrar el larguísimo siglo de los conquistadores, pero también quería dejar por sentado que sólo un puñado de navegantes e hidalgos que han perdido el seso, empezando por el necio de Cristóbal Colón, se habría atrevido a dar el salto desde Europa hasta América.

Hubo locura en esta tierra, pues, desde que los españoles la trajeron en sus sacos. Y, según sugieren los versos del cronista Juan de Castellanos, estaban locos los conquistadores que fueron tercios, sanguinarios e injustos, pero también los indios que, en vez de resignarse a ser súbditos de la Corona y a reconocer que los ojos del cielo eran los ojos de Dios, sintieron el afán de la venganza. Podría decirse que el choque de esos dos mundos detonó todas las locuras. Que los españoles redujeron a los indios a bárbaros, y a poseídos por el mal, para convertirse en sus jueces y en sus verdugos. Y que los indios, que tan pocas veces fueron tratados como iguales, como otros hombres, se enloquecieron por el dolor y por la furia que les produjo el hecho de verse despojados y sometidos.

La Historia está llena de noticias de la locura criolla desde mucho antes de que el país se llamara Colombia: en los textos del pasado, como asegura el doctor Rosselli, se encuentran las leyendas de la llegada de los españoles como castigo por la borrachera permanente de los indios, los abusos de la coca y el yagé, las alucinaciones y el delirio, la depresión por culpa de la chicha, el asilo dantesco del San Juan de Dios, la noticia de que el virrey Solís donó treinta mil fuertes para el primer servicio de enajenados, las falsas convulsiones en las prédicas, el desenfreno del trópico, el fanatismo religioso, la persecución del Santo Oficio a los videntes, la Expedición Botánica que a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX quiso darle su lugar a la medicina en tierras mágicas, la teoría del Sabio Caldas sobre cómo el clima puede afectar la moral, la convicción de que el cuerpo enturbia el alma y la megalomanía de los próceres de la Independencia.

Y en los archivos está claro que se dio el instinto de narrarlo todo, con la intención de exorcizarlo y de digerirlo, y en la búsqueda de la cordura perdida, desde que los españoles pisaron este continente barroco.

El diario del navegante Cristóbal Colón, de 1492, es el regreso de una alucinación. El peregrino del soldado Juan de Orozco cuenta como una hazaña, hacia 1540, el sometimiento de los indios de la provincia de Cartagena. Elegías de varones ilustres de Indias del párroco Juan de Castellanos es un poema épico con vocación de novela de caballería que narra, en 1589, las hazañas de los conquistadores en una tierra selvática y fantástica. El carnero del neogranadino Juan Rodríguez Freyle, evangelista de los conquistadores, es el recuento histórico –una suma de relatos de 1636– de la ocupación de los principales cacicazgos. El desierto prodigioso y prodigio del desierto del sacerdote santafereño Pedro de Solís y Valenzuela, la primera novela hispanoamericana hasta nueva orden, a mediados del siglo XVII se vale de todos los recursos del género para recrear no sólo el maltrato a los indígenas, sino la vocación religiosa de cuatro muchachos caballerescos de aquellos tiempos.

El escritor e historiador José María Vergara y Vergara, que en cuarenta años de vida lo hizo todo, pinta en su extraordinaria Historia de la literatura en Nueva Granada (1867) una literatura de acá que empieza en la literatura española del Siglo de Oro, recrea el exterminio de la poesía indígena a manos de la poesía hispana, retrata al cura Castellanos como el autor del gran poema nacional, describe la fundación de los colegios religiosos que sirvieron a las letras de América y educaron a los autores que vendrían y fueron «depositarios de la civilización», lleva a cabo un catálogo de obras de los escritores frailes del siglo XVII desde Guerra y conquista de los indios pijaos hasta El carnero, «llena de naturalidad y expresión», y revive los primeros días de la imprenta en este mundo dentro del mundo, y los primeros periódicos que engendraron más y más plumas brillantes, hasta dejar en claro que en esos tres primeros siglos esa cultura fue de la imitación a la originalidad, de la apología a la crítica, de la opinión a la revolución intelectual que fue a dar al grito de Independencia de 1810.

Gracias al trabajo minucioso de Vergara y Vergara, de 508 páginas ni más ni menos, puede hablarse de las odas a los místicos neogranadinos como modos de desentrañar la experiencia del Dios católico en el continente hallado. Y puede hablarse de los textos románticos de los próceres de la Independencia como modos de sobrellevar la experiencia romántica en América.

Y también puede decirse que en el siglo XIX –cuando las posesiones demoniacas resultaron ser enfermedades mentales– empieza este manicomio a dar psiquiatras y a dar obras de arte como remedios y contravenenos.

II. EL SÍNDROME DE COLOMBIA

Quizás la primera respuesta literaria al síndrome de Colombia, que es este empeño maldito de que no se dé entre nosotros la solidaridad, sino apenas la caridad –y que engendró una sociedad en la que es común reclamar, por las buenas o por las malas, el derecho inexistente a mirar a los demás hacia abajo–, haya sido el sainete de Luis Vargas Tejada que se estrenó en el Teatro Coliseo el martes 8 de julio de 1828: Las convulsiones. España había sido expulsada de América. Estaba a punto de fracasar el propósito de una Gran Colombia. Eran los días de la histeria en los países occidentales. Eran los comienzos de los hablamierda, de los buchiplumas, de los vagos que lo consiguen todo con su cháchara. Se habían vuelto costumbre los ataques nerviosos, ciertos o falsos, de las muchachas caprichosas de la alta sociedad bogotana.

Y Vargas Tejada, que fue secretario de Santander y testigo inmejorable del tortuoso arranque del país, parodia semejante simulacro con el oído del Siglo de Oro que tuvieron los poetas colombianos durante tanto, tanto tiempo:

Unas veces sin tiento ni decoro

a los hombres embiste como un toro;

otras, no me creerás lo que te digo,

toca con las narices el ombligo,

luego se tuerce, luego se acurruca,

pone los calcañales en la nuca,

dá volantines, vueltas de carnero,

con más agilidad que un maromero,

y hasta ha llegado a dar en la simpleza,

del alzarse el camisón a la cabeza.

Reseña Vargas Tejada los remedios que proponían «los falsos Hipócrates» que querían tomar provecho de las convulsiones de las jóvenes aristócratas. Habla de un sedante hipnótico llamado Jarabe Diacodón. Habla de la melisa contra los espasmos, del opobálsamo contra la ciática, del asbesto y el oxígeno contra la histeria. Y en su parodia de la farsa santafereña queda clara esa élite amanerada –afrancesada y nostálgica de España– que le había dado la espalda a un pueblo que apenas sobrevivía y que había puesto en escena el Romanticismo melodramático en las salas de sus casas. Y queda claro ese primer país obligado a ser un país por los ímpetus de los venezolanos y los intereses de los neogranadinos y los abandonos de los españoles.

El señor Vargas Tejada satiriza las primeras discusiones sobre la salud mental en esta tierra, pero lo cierto es que sólo hasta 1837 se llevó a cabo el primer

peritazgo psiquiátrico, en Antioquia, a un cura de apellido Botero que promovía una revolución contra el Gobierno y contra el utilitarismo: una junta clínica conformada por cinco doctores dictaminó, en tiempos en los que ya se hablaba de psicosis, de demencias, de manías furiosas e idiotismos, que el sacerdote era un hijo de aberrados mentales atacado por «polimanía razonante intermitente». Cuenta Rosselli que uno de los peritos, venezolano, ponía el oído en la tierra y daba alaridos «porque creía oír la trompeta del juicio» desde el terremoto de Caracas de 1812, pero asegura que el peritazgo fue serio e imparcial.

El doctor Rosselli recopila una serie de documentos para demostrar cómo era el trato que se les daba a los locos colombianos en el siglo XIX. En el decreto de sanidad que expidió el gobernador Rufino Cuervo, de 1835, nota que los locos no sólo eran considerados enfermos contagiosos, sino que eran encerrados y azotados y sepultados en vida en calabozos como del infierno: el carruaje enrejado del hospital San Juan de Dios, que recogía a los locos bogotanos, era llamado «la jaula». En la Recopilación de Leyes de la Nueva Granada de Lino de Pombo, de 1844, encuentra el artículo en el que se obliga a los policías a mandar a «hospitales u otros establecimientos de caridad» a «locos o personas furiosas» que anden por ahí.

Por supuesto, no sólo en la Nueva Granada, no sólo en la República de Colombia, se trataba a los locos como a bestias del demonio: a pesar de la ilustración, a pesar de la industrialización, el mundo entero seguía siendo un lugar sombrío y plagado de monstruos dormidos. Pero durante el siglo XIX este no fue un país sino un campo de batalla, y un camposanto, educado y vigilado por la Iglesia con una severidad que venía de los días de la Conquista. Y era común ver hombres y mujeres traumatizados, hechos de pavor, incapaces de pensar, de hablar, de caminar, de dormir. Y puede decirse que el catolicismo y el miedo a los duendes de la noche y la neurosis de la guerra, que entonces se llamaba así al trastorno por estrés postraumático, eran las columnas de la nación.

El idolatrado doctor José Félix Merizalde, recompensado por Bolívar y celebrado por Santander, fundó en 1812 la cátedra de Medicina del colegio de

San Bartolomé, pasó la juventud asistiendo a los heridos de las guerras de la Independencia y estudió a fondo la higiene mental y la higiene corporal, pero también, como si no bastara con semejante legado, escribió una serie de folletos satíricos –de El Noticiosote a El Chasqui– en los que puede notarse de una vez que la palabra y el humor han sido los vomitivos que tantas veces han salvado a los colombianos de la intoxicación: «Si no le temes a Dios, témele a la sífilis», podía leerse en la sala de espera de su consultorio. Su influencia fue clara tanto en los periódicos satíricos que vinieron, como en los programas de estudio de las cátedras de Medicina que empezaron a aparecer.

Los siete números del periódico satírico El Alacrán, de 1849, revolvieron el estómago de las fantasiosas y cínicas élites bogotanas que empezaban a unirse contra el artesanado: «La reforma de las costumbres es uno de los objetos que llevamos en mira», anunciaron en la primera página del primer número. Vinieron muchos más en las décadas que siguieron, El Duende, La Jeringa, El Trovador, La Bruja, El Chino, El Mochuelo, El Zancudo, como pruebas de que en adelante el humor –la crítica, el enjuiciamiento, la catarsis, la risa en la cara del horror– iba a ser una de las respuestas favoritas al yugo de los explotadores de esta esquina de la Tierra. En el último libro del ingeniero parisino Joseph Klatzmann, El humor judío, se recobra una frase que podría estar en el escudo de Colombia en vez de «Libertad y Orden»: «Reír para no llorar».

Habría que reconocer al doctor Merizalde, pues, como un eslabón fundamental –o como un ejemplo contundente, al menos– de esa búsqueda de la higiene mental por los atajos de la sátira, por las trochas de los textos literarios y por los pasillos de los hospitales.

En 1834 la Facultad de Bogotá –según cuenta Pedro María Ibáñez– «se ocupó del estudio de la susceptibilidad nerviosa de los habitantes de nuestros climas cálidos». En 1844 el doctor Jorge Vargas redactó para las universidades de la república un «Programa de higiene» en el que se proponía estudiar la influencia de las pasiones, las afecciones mentales de nacimiento, las afecciones mentales en que el ser ha perdido la consciencia de sí mismo y de sus actos, la

embriaguez, el delirio, la epilepsia, el sonambulismo, la simulación de locura. Pero en 1858, como si se tratara de dejar en claro que aquí siempre se acudiría a la magia, circuló el libro de «jórmulas» El médico en casa o la medicina sin médico: se propone allí tostar cuervos, beber la propia orina, echarse ceniza de cabello en la nariz, tomar sesos de urogallo, para escapar de la enajenación.

Siguen siendo célebres los locos que empezaron a tomarse Bogotá desde los días de aquel periodo que tampoco ha terminado del todo, la Patria Boba, y que podría llamarse también la Patria Loca sin ningún problema. En los volúmenes de historia de la ciudad han quedado reseñados personajes como Porquesí, Gonzalón, Runcho, el Loco Cacanegra y el Loco Perjuicios, que andaban por las calles como protagonistas de la ciudad. El pintor José María Espinosa, que cargó la bandera en tantas batallas por la independencia, fundó el arte nacional y volvió ícono a Bolívar cuando los sueños bolivarianos se fueron al demonio, y desde mediados del siglo XIX se dedicó a dibujar a los orates bogotanos con la misma pasión con la que recreó a los próceres: también la pintura y la caricatura le sirvieron a aquella sociedad –a esta– para no extraviarse, del todo, en la locura.

Si fue común encontrarse locos de fábula por las calles bogotanas, fue porque por esos años, 1858 en adelante, los hospitales pusieron miles de condiciones para recibirlos. Es cierto que hacia 1847 hubo en Bogotá un manicomio para varones que llegó a refugiar 31 locos y 79 indigentes. Pero la verdad es que sólo hasta el lunes 11 de julio de 1870, cuando fue fundado el Asilo de Bogotá, se tomó en serio la suerte de los enajenados de la sociedad: «El número de personas asistidas en el establecimiento en este periodo ha sido de 342, de los cuales 159 hombres y 194 mujeres», se lee en un informe de 1885, «las bajas han sido de 202, de ellas 19 por fuga, 61 por muerte y 122 curados o repuestos».

Vino el Asilo de San Diego, en Bogotá, en 1888. Y mientras el país iba cambiando de nombre en medio del pulso entre el centralismo y el federalismo, mientras el país se volvía el resultado del pulso entre los conservadores y los liberales, en Medellín fueron sucediéndose la casa de alienados, el hospital para

locos y el manicomio departamental. Y en los demás rincones del país fueron hallándose soluciones para los rezagados de aquella sociedad extraviada en la chicha y en la guerra.

Varias publicaciones médicas aparecieron en esa segunda mitad del siglo XIX. En los archivos de las bibliotecas es posible consultar textos viejísimos sobre la afasia, sobre la epilepsia, sobre los tumores en el cráneo, sobre el magnetismo animal, sobre el chichismo. Pero quizás lo más sorprendente, en el contexto de la proliferación de publicaciones de esos días, sean las 48 entregas del periódico satírico *El Loco*: era claro –lo es– que los locos eran personajes importantes para aquella sociedad que insistía e insistía en la desigualdad, pero también, como en la literatura barroca e irónica del Siglo de Oro, que el humor es una arma política que devuelve el mango de la sartén, reivindica lo humano antes de que sea aplastado por lo humano y hace imposible que el sometimiento sea total.

La Historia de Colombia ha sido y es un drama protagonizado por caudillos – liberales o conservadores: qué más da– que ha ido y que va enloqueciendo a todo el que se encuentra a su paso. La Historia de Colombia ha pasado por encima de su pueblo como una conquista española o una guerra civil o un Bogotazo o un fusilamiento de la dictadura o un incendio del Palacio de Justicia o una toma guerrillera o una masacre paramilitar. Podría decirse, sin temor a exagerar, que aquí no ha habido colombianos sino daños colaterales. Y que, sin embargo, desde Las convulsiones hasta hoy hemos tenido suficientes narradores del horror como para no acabar sepultados por el delirio y por el trauma.

A falta de justicia, a falta de solidaridad, ha habido resistencia y ha habido coraje. Y desde el siglo XIX los periodistas, los dramaturgos, los médicos, los retratistas, los caricaturistas, los poetas, los novelistas, los cineastas, los músicos, los artistas, los libretistas, los directores de televisión, los actores, los curadores han estado pronunciando la desmedida vida colombiana con la ilusión de conjurar su violencia.

III. MANCHAS DE LA TIERRA

Sucede igual en todas las literaturas de Hispanoamérica. Comienzan con la búsqueda de un poema nacional que, en procura del olimpo de cada tierra y en procura del héroe de la nación, ensalce los días precolombinos o las gestas conquistadoras o los apacibles tiempos de la Colonia o las batallas de la Independencia. Y empiezan así porque empiezan en pleno Romanticismo. Se va a la caza de una Ilíada o de un Cid Campeador que retraten de una buena vez el alma nacional. Siguen el realismo y el costumbrismo y el naturalismo que tratan de darle forma a lo que no lo tiene y sugieren –pero pocos lo notan– que los protagonistas del drama de una sociedad son sus personajes secundarios y sus paisajes. Después viene la ruptura: el simbolismo, el modernismo, el vanguardismo, que aquí parecen realismos pues aquí el Guernica de Picasso es la pintura de todos los días.

En la literatura colombiana, como en tantas otras, se ha librado el pulso fascinante que suele darse adentro de cada escritor. Por un lado está la ficción dramática, que trata de hallarle forma al desconcierto con la esperanza de conjurarlo. Y, por el otro, la ficción del pensamiento que trata de describir el caos como es. Pero, por supuesto, en Colombia tanto lo primero como lo segundo –que, repito, vienen y van muchas veces dentro de una misma persona– responde a una cultura conducida por la violencia y termina volviéndose prueba de que este ha sido un país en medio de la guerra: la primera novela colombiana, Yngermina o la hija de Calamar del cartagenero Juan José Nieto, de 1844, cuenta el pasado de Cartagena con la esperanza de que por fin lo sea.

De tanto en tanto pienso que El señor de las moscas, la novela de 1954 del inglés William Golding, podría ser el poema nacional de Colombia: a fin de cuentas, es la historia de un grupo de niños, perdidos en una isla, que fracasan estrepitosamente en el intento de convivir y de gobernarse a sí mismos. Pero hay que decir que, en la búsqueda de esa identidad huidiza, Yngermina, un triángulo amoroso caballeresco, quiso al mismo tiempo enaltecer la figura del buen salvaje

y contar la conquista como una épica. Y que en la exploración de ese relato en común el boyacense Felipe Pérez, que recreó las tramas incaicas y retrató la revolución de 1860 que llevó a los liberales al poder, narró en *Los gigantes* –su novela de 1875– cómo los chibchas fueron despojados por los sórdidos descubridores españoles.

El señor Pérez es el autor de *El caballero de Rauzán*, de 1887, una novela romántica con una trama ingeniosísima –mitad Dumas, mitad Poe– que no por nada se ha convertido en telenovela un par de veces: su protagonista catatónico, que se desprende de lo romántico y desprecia la idea de nación, es una señal de que en medio del conflicto los escritores con frecuencia se ven obligados moralmente a emprender un viaje que empieza en la plegaria por la identidad del costumbrismo y que con suerte termina en la pasión por narrar y narrar más allá de las tramas de la propia tierra. Si algo se ve en esas primeras novelas románticas e históricas hechas aquí, si algo es claro en *El oidor* (1850) de José Antonio de Plaza, en *Don Álvaro* (1871) de José Caicedo Rojas, en *El alférez real* (1886) de Eustaquio Palacios, es una vocación innegable a la recreación del drama social que nos quedó tras la ida de España: ese pulso entre hijos legítimos e ilegítimos.

En efecto, muchos de los males típicamente colombianos están descritos en las novelas que digo y en las muchas novelas más que vinieron en ese primer siglo de la república: en esas páginas pueden rastrearse el machismo brutal que en un principio y durante siglos fue apenas una costumbre más; las conductas pesadillescas de tiempos de confrontación sangrienta; la fobia que le tienen las élites clasistas al pueblo enruanado; la «mancha de la tierra» con la que nacía aquel que nacía en este hallazgo español; el empeño delirante de que gobernar no sea la preservación de convivencia sino un acto de misericordia; la sospecha de Bolívar, el venezolano, de que «cada colombiano es un país enemigo», y la sensación de que en una nación sin justicia lo único que queda es contar la Historia.

Se dedicó a ello, a narrar y a historiar y a definir el papel de la mujer en esta

tambaleante sociedad llena de trampas, la escritora bogotana Soledad Acosta de Samper.

Durante su larga vida, de 1833 a 1913, Acosta consiguió hacerse lugar en los campos vedados a las mujeres. Escribió veintiún novelas, veintiún tratados de Historia, cuarenta y tres estudios sociales, cuarenta y ocho cuentos. Dirigió cinco periódicos. Y quizás deba ser reconocida como una precursora del feminismo. Pero quizás convenga aclarar que, como sus colegas hombres, se le fue una buena parte de su carrera en la crítica de «las tiranías liberales» y de «la pretendida emancipación de las mujeres» y de los valores de la Revolución francesa que –decía– estaban animando el comunismo. Habría que leer María, la narración clásica de Jorge Isaacs de 1867, para dar con una novela con todas las de la ley que sólo podría suceder en este lugar y en esta versión del castellano.

Suele hablarse del costumbrismo, en la acomplexada Colombia, como se habla de un género menor, de un crimen, de una artesanía: el desprecio del costumbrismo, típicamente colombiano, no ha sido una señal de cordura. Pero lo cierto, que no se reconoce lo suficiente porque reconocerlo condena a ser de acá, es que esa primera literatura neogranadina les respondió a aquellas guerras civiles del infierno, y a esas élites que se portaban como extranjeras, y a esos desclasados que cargaban su cruz bajo la vigilancia de los campanarios, con textos brillantes e iluminadores –que no todo lo que brilla le sirve al lector– de prosistas tan finos como José María Vergara y Vergara, Eugenio Díaz Castro, Luis Segundo de Silvestre, José María Rivas Groot, José Manuel Marroquín, Tomás Carrasquilla, Ricardo Silva y Clímaco Soto Borda.

Se ve a las claras, en todos ellos, la vocación a la ficción: a fingir el mundo una y otra vez hasta que revele su secreto. De sus plumas vienen una serie de relatos costumbristas, románticos, realistas –llenos de humor y de riqueza y de crítica y de amor propio y de vocación a la modernidad en una sociedad ciega a sí misma–, que se han menospreciado como si no fueran literatura, pero que conviene leer antes de descartar: Manuela (1858), de Díaz Castro, es una novela magnífica que consigue poner a andar dramas puramente neogranadinos en los

vaivenes de esa primera república que seguía persiguiendo la utopía violenta de una nación unificada y unánime; *Las tres tazas* (1863), de Vergara y Vergara, es una pieza nostálgica pero también el reconocimiento de una sociedad que siempre está tratando de empezar; *El moro* (1897), del expresidente Marroquín, es la castellana autobiografía de un caballo más humano que los bogotanos, hombre, quién no; *Diana cazadora* (1915), de Soto Borda, es una sátira despiadada de la aristocracia santafereña encarnada en un muchacho extraviado en los bajos fondos de Bogotá por culpa de su amor por una mujer de provincia; *La marquesa de Yolombó* (1928), de Carrasquilla, es un retrato inmejorable de una mujer que se atreve a enfrentarse, una por una, a las esclavitudes colombianas.

Y sí: la María no sólo prueba que en estas tierras también sucedió la tragedia del edén perdido, y no nos queda más sino recorrer el Antiguo Testamento a ver si algún día llega el Nuevo, sino también que esa primera Colombia –que se negaba a ser sometida por la Bogotá piadosa y lúgubre de los campanarios– en todas sus regiones dio narradores como contravenenos a aquella sociedad sometida por un puñado de líderes que, repito, solían portarse como extranjeros. Y, para más demostraciones de lo que digo, para más demostraciones de que ha habido aquí desde el principio una raza de hacedores de ficciones que nos han librado de los síntomas mientras llega el día en que la justicia nos libre de la enfermedad, podría hacerse un álbum de los personajes literarios y de héroes y de caricaturas que han llegado a nuestro tiempo como mitos, como arquetipos, como alegorías que iluminan alguna parte de lo que somos.

Repito los personajes que ya he reseñado: la María, su Efraín, el Moro, Manuela, los locos bogotanos que pintó Espinosa, la Marquesa de Yolombó que se hizo a sí misma. Pero en los relatos de don Tomás Carrasquilla, el gran observador y el gran fabulador de los parajes antioqueños, están el envanecido Agustín Alzate, el corajudo Chichí, la bruja Frutos, el abnegado Peralta. Y en *Pax* (1907), la novela total y desaforada de Lorenzo Marroquín, el hijo del expresidente, y de José María Rivas Groot, una serie de personajes arquetípicos –de las ruinas de la Guerra de los Mil Días– encarnan el desmadre político, la violencia que aún no se escribía con mayúscula y la sumisión de los colombianos ante los extranjeros: ahí están el poderoso Sánchez Méndez, el afortunado Montellano, el conde

Bellegarde.

Y para subrayar la idea de que en el intento de dar con un cantar de gesta nacional –como el del Rolando francés o el del Sigfrido germánico o el del Beowulf sajón– sí se escribió aquí una extraordinaria serie de héroes y de antihéroes nacionales, quizás lo mejor sea hablar del complejo e inagotable Rafael Pombo: que dejó poemas graves para siempre, pero que en 1855, a partir del encargo de traducir del inglés al castellano una serie de canciones tradicionales, se sacó de la manga enorme que tenía a personajes tan colombianos y tan humanos como Rinrín Renacuajo, El gato bandido, Mirringa Mirronga, Simón el bobito, Juan Matachín y La pobre viejecita «sin nadita que comer / sino carnes, frutas, dulces / tortas, huevos, pan y pez».

No sólo en la literatura, sino también en las memorias nostálgicas de la Colonia y en las crónicas de viaje y en las caricaturas y en las publicaciones fugaces escritas por las mismas plumas, se retrató a los neogranadinos y a los colombianos decimonónicos.

En Reminiscencias de Santafé y Bogotá de José María Cordovez Moure, de 1893, están retratados el montaje de toda una cultura y la consiguiente lucha por la cordura en el dilatado arranque de la república. Se habla allí, en las Reminiscencias, de asesinatos escandalosos, de crímenes, de asaltos, de saqueos, de robos, de envenenamientos, de episodios sangrientos. Se cuenta el juicio delirante y la ejecución del inocente doctor José Raimundo Russi, la primera señal del miedo y el odio ante la izquierda. Se narran los pormenores de aquel escandaloso crimen, contra los antepasados del poeta Silva, en la finca de Hatogrande. Pero sobre todo queda clara la vocación de esta cultura a narrarse como si sospechara que hay algo muy raro en ella, como si repitiera a diestra y siniestra «dígame si esto no es un experimento salvaje».

Sintió lo mismo la gente de afuera. Está claro en los maravillosos diarios que, desde 1822 hasta 1884, escribieron viajeros como el periodista estadounidense

William Duane, el industrial escocés John Steuart, el diplomático brasileiro Miguel Lisboa y el botánico francés Charles Saffray. Hay que leer el libro estupendo e irónico del escritor argentino Miguel Cané, que dibuja con cariño a los fanáticos, a los poetas, a los aristócratas que soltaban sus chismes en el altozano de la catedral, para constatar que aquí había «mucha preocupación de casta», para creerle a un extraño que se daba «una cultura intelectual incomparable», para escuchar que si no fuera por la chicha el pueblo colombiano «se elevaría rápidamente en la escala de la civilización». Hay que leer el recuento del geógrafo alemán Alfred Hettner para ver con ojos precisos, de allá, el clasismo de siempre: «Como indio generalmente se califica, de manera despreciativa, al campesino pobre», escribe en 1884.

En estos parajes siempre se pensó que «hay jerarquías hasta en el cielo» y siempre estuvo el antídoto del humor, sí. Estuvo Espinosa, el primero de todos nuestros caricaturistas, pero, como recuerda la pintora Beatriz González en sus textos curatoriales a la exposición «La caricatura en Colombia desde la Independencia», es claro que el arte precolombino está plagado de muecas, que los españoles trajeron la risa que según la Biblia «es locura», que en el Nuevo Reino de Granada fueron comunes los impresos satíricos, que de la Convención de Ocaña en adelante, o sea desde 1828, se volvió usual encontrarse en los periódicos con dibujos burlescos contra los políticos de entonces, y que muy pronto llegó el humor gráfico colombiano a una edad de oro.

Ciertas caricaturas de la segunda mitad del siglo XIX, de Urdaneta, de Presas, de Greñas, de Gaitán, de Gómez, son verdaderas piezas maestras.

Y son vestigios de una civilización que quiso conjurar la locura de la violencia con la locura del ingenio.

IV. TODO NOS LLEGABA TARDE

Hay dos cosas para aclarar. La primera, que la lectura que se dio en el siglo XIX colombiano, como lo señala la profesora Carmen Elisa Acosta en su ensayo *Lectura y nación*, fue «un acto colectivo», pues tuvo que ver tanto con la consolidación de la prensa neogranadina como con la construcción nacional: la poesía, el cuadro de costumbres, la caricatura, la crítica política y la novela por entregas hallaron, en especial desde 1840, la función social de darle forma y contenido a una comunidad. Y la segunda, que la literatura que se dio en aquella proliferación de publicaciones, dado el analfabetismo que campeaba en esa nación en ciernes, sirvió sobre todo a unas élites brillantes y obtusas que –como se ve, por ejemplo, en las páginas de la *Manuela*– concluyeron que el mejor modo de lograr una nación era cambiar la diversidad por la unidad, la multiplicidad por la homogeneidad, la exuberancia por la pequeñez.

No era una conspiración, no, era simplemente un resabio transmitido de generación en generación por un pueblo hecho de predicadores. Podría decirse que, así como existe la deformación profesional, existen la deformación nacional y la deformación de clase. Y el colombiano, que es sobre todo un evangelizado, tiende a prevalecer, a pacificar, a convertir a los otros en la búsqueda obstinada – y quizás innecesaria– de una unidad que suele relacionarse con la paz. La solución al desmadre, se pensó desde el país letrado y dominante, es la compasión con ese pueblo de enruanados e indios en su largo viacrucis a la iluminación: a la higiene y al catolicismo y al castellano, y al mestizaje que celebre lo blanco, y a la sumisión al varón. La solución es, según se ha creído, uniformarnos: asumir una misma identidad. Y reducir al otro a lo que uno es suele servirle a la Violencia.

Repito: no fue de mala fe. Y me anticipo a algo que voy a decir: no por nada hemos buscado en los uniformes, de los curas, de los gramáticos, de los militares, de los deportistas, nuestra igualdad. Pero es claro que los mejores escritores colombianos del siglo XIX, que son muchos más de los que se dice,

vivieron, caricaturizaron, maldijeron, retrataron, novelaron una era violenta y bella en la que parecía urgente pensar qué diablos podía hacerse con esta tierra. Podríamos graduarlos de elitistas e indolentes si cayéramos en la trampa cada vez más común de juzgar el pasado con las reglas del presente, pero quizás sea más útil verlos como extranjeros, como conquistadores y colonizadores y evangelizadores, en su propio mundo.

Sus obras se discutieron en el altozano de la catedral como las obras de hoy se debaten en la plaza de las redes sociales. Y, aunque recrearon con compasión suma el país que vivieron y la gente que vieron para subrayar la pregunta por cómo convertir esto en lo que debería ser, en el peor de los casos cumplieron de modo brillante la tarea de mostrarlo todo como era.

Pienso en El Mosaico, en la tertulia y en la publicación, cuando escribo sobre esto. Empezó en 1858 sobre la base de una sospecha: que, aun cuando hubiera creado una serie de sociedades, academias e instituciones para estimular la creación de comunidades, no iba a ser el Estado el que supliera la necesidad de que se encontraran las principales voces de la época. Duró catorce años. Se cuidó de ser de los liberales y de los conservadores. Fue un ejemplo y fue un alivio en medio de guerras civiles y de los odios partidistas y de las politiquerías. El profesor Andrés Gordillo lo llama, desde la Sorbona, «una suerte de frente cultural levantado por la élite social bogotana» en el momento justo en el que el artesanado ganaba terreno y la prensa se popularizaba.

Quería reivindicar los usos y las costumbres de ese lugar negado por propios y extraños: «Nuestra patria es totalmente desconocida en su parte material y moral no sólo de los extranjeros que a causa de la ignorancia nos desprecian como a una turba de bárbaros, sino lo que es más triste, es desconocida de sus mismos moradores», escribió el conservador Vergara y Vergara, uno de los líderes del grupo, en el primer número de la revista. Sirvió de refugio a Rafael Santander, a José María Samper, a Salvador Camacho, a José Joaquín Borda, a José Manuel Marroquín, a Manuel Pombo, a Ricardo Silva, a Gregorio Gutiérrez, a José Manuel Groot, a Eugenio Díaz Castro, a Jorge Isaacs, entre otros. Y fue testigo

del estallido de la poesía colombiana.

En las páginas y en los salones de El Mosaico no sólo creían que los colombianos no estaban condenados al horror, pues había sucedido allí tanta belleza, sino que tenían fe en la palabra que disuade la violencia. Pero eran, al mismo tiempo, un puñado de elegidos.

Muestra el profesor Gordillo, en un minucioso artículo sobre el tema, que lo que más publicó El Mosaico fue poesía. Hubo cuadros de costumbres, relatos de viajes, traducciones. Pero sobre todo hubo poesía en una época en la que fueron poetas hombres tan disímiles como Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro o Candelario Obeso, porque dominar la lengua era un deber moral. Rescata el escritor Juan Manuel Roca, en su Galería de espejos de 2012, la figura de Rafael Pombo como un autor que fue varios autores, pero habla de José Asunción Silva como la puerta por la que entra al mundo la poesía colombiana. Fue Silva quien terminó de digerir la herencia del Siglo de Oro y el espíritu del Romanticismo. Fue Silva quien probó que el humor y la poesía requieren el mismo oído.

Confío plenamente en ese retrato de Silva, de mil páginas, que Enrique Santos Molano tituló El corazón del poeta. No se encuentra allí al supuesto poeta llorón, enamorado de su hermana, que deambulaba entre los muertos mientras tomaba fuerzas para pegarse un tiro en el corazón, sino un buen hijo de un buen padre que en 1896 fue asesinado por conspiradores –en el momento justo en el que había saldado todas sus cuentas pendientes y había recobrado el control de sus asuntos– en una ciudad que desde siempre le había tenido envidia a su talento de visionario: «Compadécete, Señor, de tu siervo y concédele la dulce paz de la infancia, por la que tanto suspiró en los cantos que tú le inspiraste», pide Miguel de Unamuno al final de su prólogo a las obras completas de Silva.

Se ve allí, en El corazón del poeta de Santos Molano, a un hombre político enterado de los vaivenes de su tiempo, extraviado en un pasado que no estaba a la altura de sus ideas modernistas y propias, dispuesto a sobreaguar en la

Regeneración y a investigar la identidad trágica de su pueblo —el regodeo en su propio fracaso, por ejemplo— en sus cuadernos de versos, en sus cartas a los grandes protagonistas de su Colombia, en las páginas a punto de ser terminadas de su novela *De sobremesa*. Se ve allí a un poeta enorme y libre, el del «Nocturno» y «Los maderos de San Juan» y *Gotas amargas*, consciente del dolor y ocupado por la ironía: versos como «El verso es vaso santo: poned en él tan sólo un pensamiento puro», «Las soledades hondas del olvido», «Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas», «Cayó gritando “¡Adiós, mamá!” el pobre recluta muerto», «Lázaro estaba sollozando a solas y envidiando a los muertos», «Sufre este mal: pensar», «¡Lo que usted tiene es hambre!» vienen a la cabeza en el momento justo.

El poeta maldito Julio Flórez declamó una serie de sonetos fúnebres para Silva el día en que lo enterraron en el cementerio de los suicidas. El liberalísimo Flórez, de sombrero flojo, de gabán negro, de bigotes levantados tanto en los camposantos como en las orgías, fue odiado por los inquisidores y despreciado por ciertos espíritus finos de su época —y ha pasado a la Historia, entre los críticos que lo sacan de contexto, como un versificador sensiblero que le hablaba a su madre y a su patria—, pero lo cierto es que fue la voz de los bogotanos de fin de siglo: «Oye: bajo la ruina de mis pasiones», «Todo nos llega tarde... hasta la muerte», «Si un muerto soy que sueña que está vivo o un vivo soy que sueña que está muerto», escribió. Y la gente lo paraba en la calle a pedirle versos redentores.

Y antes de que se le vinieran encima los años tristes, la persecución y el exilio y la resignación a ser condecorado por los conservadores en Usiacurí, reunió en el primer año del siglo XX a esa estupenda resistencia humorística, a esa descarada parodia que se llamó «La gruta simbólica».

Flórez era un alicaído perdido «en la agüita de toronjil de Hennessy», pero también un repentista. Y de 1900 a 1903 estuvo yendo a las salvajes reuniones de La gruta en la casa 203 de la Carrera Quinta, en La Candelaria, a parodiar las tertulias europeas y las tertulias de El Mosaico en plena Guerra de los Mil Días.

Eran carnavales de puertas para adentro, carnavales clandestinos y desenfrenados en aquella casa o en algún restaurante que se sumara a la locura, en los que se reivindicaban los retruécanos del Siglo de Oro, se morían de la risa en la cara del himno nacional que había escrito el presidente Núñez, se remedaban los movimientos literarios conscientes de su trascendencia, se ridiculizaba a muerte al filipichín santafereño, se aplaudía a la rebelión liberal en la madrugada y se despoticaba de la dictadura regeneradora que iba a entregar a Panamá.

Recitó el cachaco Eduardo Ortega, en la décima sesión de esa secta de liberales, una mamadera de gallo que muestra que el veneno de la violencia se ha resuelto aquí con el contraveneno del humor: «Pienso cuando estoy fumando / que todos vamos al trote, / que la vida es un chicote / que se nos está acabando. / Si en el momento nefando / Dios me llega a preguntar: / –¿Quiere usted resucitar?, / le diré echándole el humo: / –Mil gracias, Señor, no fumo / porque acabo de botar», declamó Ortega. Y es una lástima que sólo lo hayan escuchado aquellos. Y es una lástima, mejor dicho, que semejante catarata de ficciones no le llegara sino a una de las élites de aquella sociedad. Y que faltara tanto tiempo para que, como Julio Flórez, los artistas fueran todavía más populares.

La primera madrugada en la que se reunió La gruta, la ronda de la policía conservadora que vigilaba el toque de queda de las callejuelas bogotanas estuvo a punto de llevarse a Flórez por borracho, pero el agente que tenía que encerrarlo prefirió dejarlo seguir e irse con él a la fiesta porque nadie en ese pueblo –dijo– era capaz de dañar al poeta que escribió «La araña».

V. TODOS LOS DIOSES DE LOS OTROS PUEBLOS ERAN DEMONIOS

Se ha dicho de mil maneras que es sana la persona que es capaz de narrar su propia historia. Puede decirse también que un pueblo sale del espanto –y que es viable– si consigue contarse. Que la locura del siglo XX en Colombia, la fobia a la izquierda, la guerra civil de la Violencia, los fusilamientos, las torturas, las bombas, los magnicidios, los secuestros, las masacres, fue encarada por los artistas y los periodistas y los historiadores. Y que en el siglo XX y en el siglo XXI nuestros creadores, animados por las nuevas tecnologías y por las nuevas libertades, han sabido poner en contexto y en escena el viaje colombiano. Y esa labor valerosa e ininterrumpida, que ha dado poemarios, dramas, novelas, telenovelas, películas, pinturas, reportajes entre la guerra, no ha sido reconocida como se lo merece.

Hacer ficción es tener a raya la locura, y, como es un ir y venir, no todo el mundo regresa de aquel extravío.

Se habla de las crueles depresiones de Epifanio Mejía: «“Todos estamos locos”, / grita la loca. / Qué verdad tan amarga / dice su boca», escribió unos años antes de acabar en el manicomio. Nadie niega las rarezas infantiles de Rafael Pombo. Es sabido que, en su desbarajustado lecho de suicida, Candelario Obeso se negó a fingir que se había disparado por accidente: «Sí, tiré al blanco y le pegué al negro», exhaló ante el cura. Se insiste en la «depresión melancólica», en la necrofilia, en la ansiedad en la obra de José Asunción Silva. Se citan la traducción de El siglo de los nervios de Baldomero Sanín Cano, el tormento de Porfirio Barba-Jacob, el desequilibrio de José María Vargas Vila, para advertir sobre los riesgos que se corren cuando el oficio de uno es dar un pulso con su mente.

Pues bien, en el demencial siglo XX, que fue una parodia feroz de la Historia,

muchos se jugaron la vida por descifrarlo todo, por exorcizarlo todo, por contarlo todo.

Se hizo lo que se pudo para sobreaguar. Se hizo lo que se pudo para recobrar la cordura. Aparecieron los precursores de los estudios de la mente y los primeros maestros de psicoterapia. Se humanizaron los asilos de locos y de locas del país hasta llamarlos «casas de salud». Se determinaron las enfermedades mentales tratadas en los refugios: entre otras, el delirio de persecución, la locura genital, la dipsomanía, el alcoholismo, la locura puerperal, la neurastenia, la demencia consecutiva, el idiotismo, el cretinismo, la degeneración mental. Se insistió hasta el absurdo, de la mano del doctor López de Mesa, en la controversia sobre la degeneración de la raza. Se luchó contra el alcoholismo nacional: «La maldita chicha», se dijo. De 1968 en adelante, tal como lo demuestra el profesor Jairo Gutiérrez en su *Historiografía de la locura y de la psiquiatría en Colombia*, se siguió investigando no sólo el trato que se le ha dado a la locura en este país, sino el cada vez más sofisticado acercamiento a las enfermedades mentales.

Y una y otra vez se estudió a la familia colombiana, que para bien y para mal es el refugio de este pueblo, en los congresos nacionales de psiquiatría.

Pero poco se ha hecho –recalca el profesor Gutiérrez– por investigar los efectos del conflicto en la salud mental de las víctimas, por profundizar en la historia de la locura en los días de la Violencia, por indagar sobre el daño psíquico que ha sufrido esta sociedad desde las últimas décadas del siglo XX hasta las primeras del siglo XXI.

A comienzos del XX, el doctor Carlos Putnam, jefe de la ambulancia del Gobierno en la Guerra de los Mil Días, reseñó con el deseo –pues seguimos confiando en la magia como seguimos confiando en Dios– el paso del espiritualismo al organicismo en la sociedad colombiana: soñaba, entre las pesadillas de aquella guerra, con un pueblo que se librara por fin de la irracionalidad. El doctor Laurentino Muñoz describió en *La tragedia biológica*

del pueblo colombiano (1935) y en Un informe de nacionalidad (1965) un país varado en sus manías en el que «se desprecia la vida» y un pueblo que «permanece vencido por las enfermedades y por los vicios» porque se niega a superar su machismo: «Si la sociedad está en crisis –escribió–, la causa aparece a la vista de todo el que quiera verla: en la pereza e incapacidad del sexo masculino para el trabajo».

«Si no fuera por el esfuerzo sorprendente y colosal que se impone la mujer, la familia y la sociedad estarían más desquiciadas de lo que están, pues viven tambaleándose por la inseguridad del varón y su ausencia del trabajo, del amor y del sacrificio –agregó–: busca siempre el placer y huye del deber y del dolor que deben sublimarse para engrandecimiento de la especie». De eso se trata: de sublimar –o sea, de elevar o de resolver– el dolor, la ira, la violencia. Se trata de remediar, de conjurar el machismo: el varón derrotado por su fracaso a la hora de expresar su propia furia. Y, aun cuando los narradores y los terapeutas y los violentólogos del país han hecho lo mejor que han podido para denunciar y rectificar la pesadilla de las mujeres y los niños en Colombia, es cierto que sus textos han tardado demasiado en llegarles a todos los lugares de la sociedad.

A finales del año pasado, 2018, seguía hablándose de que más de doce millones de colombianas –seis de cada diez, ni más ni menos– son madres solteras. Y para aquellos que se resisten a pensar que la violencia está en el ADN de la raza colombiana, pues suena a agüero y a sino apenas uno lo dice, es claro que en esta cultura no hemos conseguido que el sexo masculino sea capaz de convertir su frustración en compasión, en creatividad, en arte, en ciencia.

Desde que estuvo claro el siglo XX, que fue el siglo de la ansiedad, se escribieron textos estupendos sobre nuestra Historia que eran verdaderas vacunas contra la pandemia colombiana.

La Historia de Colombia de Henao y Arrubla, que desde el primer centenario de la Independencia, y durante décadas, fue la Historia oficial del país de la

Regeneración, hizo lo posible para contar las cosas como fueron y para hacer viable el presente. Vinieron después las historias y los ensayos de espíritu liberal que –en medio de la lucha bipartidista, y después– se negaron a contar el país como una suma de gestas militares. Se fueron sucediendo, entre muchos, muchos otros, los textos lúcidos de Laureano García, Germán Arciniegas, Germán Colmenares, Indalecio Liévano, Eduardo Caballero, Jaime Jaramillo, Eduardo Lemaitre, Gerardo Molina, Fernando Guillén, Javier Ocampo, Alfredo Iriarte, Álvaro Tirado, Jorge Orlando Melo, Enrique Santos Molano, Marco Palacios, Gonzalo Sánchez, Mauricio Archila, Malcolm Deas, David Bushnell, Alfredo Molano, Eduardo Posada, Miriam Jimeno, Margarita Garrido, Marina Lamus, Alonso Salazar, Antonio Caballero.

En 1983 el escritor caleño Arturo Alape, que dejó la guerrilla cuando se enfermó de paludismo, le presentó su obra maestra *El Bogotazo: memorias del olvido* a una nación que no acababa de entender la ceremonia de sangre que siguió al crimen de Gaitán. La violencia en Colombia, el libro pionero en dos tomos que Eduardo Umaña, Germán Guzmán y Orlando Fals Borda publicaron en 1962, es un texto esclarecedor y político en el sentido serio de la palabra, que redondea el retrato del infierno: en su momento, entre las cenizas de la época de la Violencia, dio a la sociedad colombiana la noticia de que sus dos partidos históricos habían patrocinado una pesadilla y un desangre en el que fue costumbre violar a las mujeres, sacrificar a los niños, decapitar a los hombres.

Valga decir que los sociólogos Umaña Luna y Fals Borda, asqueados por los conflictos como heridas que el bipartidismo había dejado abiertas, fundaron en 1959 la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional con –entre otras voces más– el capellán Camilo Torres Restrepo. Fals Borda participó luego en la revista política *Alternativa*, fue constituyente en 1991 por la Alianza Democrática M-19 e hizo parte de la izquierda hasta convertirse en el presidente honorario del Polo Democrático. Umaña Luna trabajó en todo, de la Radio Nacional a la Biblioteca Nacional, hasta volverse una figura fundamental de la intelectualidad nacional: su hijo, el defensor de los derechos humanos Umaña Mendoza, que buscó justicia en el crimen de Gaitán, el genocidio de la Unión Patriótica y la masacre de Trujillo, fue asesinado por los paramilitares en 1998.

El cura Torres, por su parte, siguió y siguió llamados –vocaciones– desde que tuvo uso de razón: siguió a su madre en la separación con su padre, siguió a su novia en medio de sus arrebatos religiosos, siguió a Dios hasta volverse cura, siguió su indignación ante las injusticias sociales hasta Lovaina, siguió la Teología de la Liberación de la que había estado hablando la Iglesia hasta fundar el Frente Unido del Pueblo en contra de la democracia monárquica del Frente Nacional y siguió al ELN hasta morir en el combate de Patio Cemento el martes 15 de febrero de 1966. Y su destino trágico, y el hecho de que el cura Guzmán sea autor de varios de los textos de La violencia en Colombia, fueron señales –lo son– de que la relación entre barbarie y religiosidad ha sido particular acá en Colombia.

El cura Guzmán es el alma de La violencia en Colombia porque fue el alma de la Comisión Gubernamental Investigadora de las Causas de la Violencia que el presidente Lleras Camargo nombró en 1958. Durante cuatro años, luego de recorrer el país en busca de una respuesta a la debacle, Guzmán conoció de primera mano y documentó el horror de la guerra bipartidista. Tanto Lleras Camargo como la gente de la recién fundada Facultad de Sociología de la Universidad Nacional le pidieron que escribiera un libro sobre todo lo que había visto en esos años. Y era curioso, por decir lo menos, que fuera precisamente un sacerdote el encargado de dar la noticia de aquella Violencia con V mayúscula que tanto azuzó la sombría Iglesia católica.

Dígame usted si no tienen mucho que ver con nuestra fascinación y nuestra ceguera a la violencia –que sólo notamos en los otros– el dogmatismo y el fanatismo del catolicismo traído desde España. En la Conquista, en la Colonia, en la Independencia, en las Nuevas Granadas, en las Repúblicas de Colombia, en la Regeneración se transmitieron a la sociedad la indiferencia ante la barbarie ejercida contra los supuestos bárbaros y –en las palabras siempre precisas de Jorge Orlando Melo– la necesidad de «erradicar de la cultura colombiana las formas de pensamiento contrarias a la tradición católica e hispánica». Y como consecuencia, escribe Melo, he aquí una sociedad en la que no se interioriza la democracia y «la violencia política tiene un alto nivel de justificación».

El padre italiano Ambrogio Adamoli hizo notar en 1996, en su ensayo *Violencia y religiosidad*, que «lo que en otras partes es violencia, entre nosotros es la violencia» porque al volverla persona «lo que se intenta en forma ilusoria es expulsarla de nosotros y garantizar nuestra inocencia». Hemos estado haciendo lo que hicieron los cristianos con el demonio: lograr que el asunto de fondo sea «el mal» de allá afuera, que la violencia no sea un problema de nosotros sino para nosotros, que haya una «época de la Violencia» como un «tiempo del ruido» para que nuestra crueldad quede por encima de la Historia, que se vaya imponiendo la tiranía del mito, y que, como la verdad religiosa, cualquier verdad tenga que ser la verdad para todos.

Dice Adamoli que hemos estado padeciendo la violencia «necesaria» e «invisible» de lo sagrado: que esa violencia engendra –o al menos justifica– todas las expresiones violentas de una sociedad que discute y discute para encubrir su ira santa. «Todos los dioses de los otros pueblos son demonios», dice el salmo citado por el padre italiano, todas las creencias y las verdades ajenas son magias negras. «¿No es esta la situación del país?», se pregunta Adamoli. «¿Todo el mundo violando las libertades de los demás en nombre de la verdad, de la causa, de una u otra bandera? Y todos preocupados por definir el color de la violencia sin querer aceptar que en el fondo es del mismo tipo, engendrada por esa actitud religiosa que nadie se atreve a llamar por su nombre».

Temo que es así. Digo que «temo» porque he querido a la Iglesia como a una era del arte, como a ese mecenas y ese criador de tanta belleza, como a la puesta en escena de un drama hondamente humano, pero creo firmemente que somos tan violentos porque somos tan religiosos, tan sectarios, tan tajantes. Y que nos ha costado librarnos de semejante viacrucis, de semejante padecimiento, porque esta cultura no ha sido educada para librarse del dolor –que de deshacerse del dolor se trata el budismo, por ejemplo– sino para soportarlo hasta nueva orden. No nos hemos encogido de hombros. Hemos pegado gritos. Lo hemos cantado. Lo hemos narrado. Lo hemos señalado. Pero nos hemos resignado a que todo ese coraje no llegue a ser justicia porque para esas cosas está el cielo.

VI. JUGUÉ MI CORAZÓN AL AZAR Y ME LO GANÓ LA VIOLENCIA

Quizás el poema épico de este país sea *La vorágine*, la novela de José Eustasio Rivera de 1924. Ya hablé de libros que aparecieron en el siglo XX pero que son novelas sagaces del siglo XIX: de *De sobremesa*, de *Pax*, de *Diana la cazadora*, de *La marquesa de Yolombó*. Ya hablé de relatos como *suelos* sobre los cuales podría empezar la literatura colombiana: de *María* y de *Manuela*. Ha sido claro que desde la aparición de los primeros cronistas está la vocación a narrar la ceremonia imparabile que es este mundo nuevo. Y que otra sería la vida acá si se supiera que entre los viejos libros hay tantas obras fundamentales. Pero es que *La vorágine* cuenta la violencia con violencia. Sí, el desquiciado Cova, el protagonista, lanza la sentencia «jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia» –como si fuera, en palabras de Adamoli, un católico hablando del demonio–, pero allí no sólo está reconociendo que hay un monstruo que se lo toma todo en esta tierra, sino que, a diferencia de tantos personajes colombianos, está aceptando que él no está por encima del horror y que ha sido poseído por la misma barbarie.

La vorágine es la crónica rabiosa del descenso a un infierno verde y asfixiante, el estómago de las tinieblas, que al final resulta ser Colombia: la República de la Vorágine. Cova, el hombre cueva, el hombre antro, es un intelectual dramático que se define a sí mismo como un amigo de los débiles, como cualquier héroe, pero que en realidad es un antagonista. Viaja al abismo de la espesura cauchera igual que los protagonistas de los viejos poemas nacionales, igual que Eneas, pero no vuelve con la rama dorada, sino con el testimonio de su propia violencia, con el testimonio de la violencia de una sociedad de patronos voraces y de hombres esclavizados sometida a la ley del Talión y a la ley de la selva. «Vorágine» es sinónimo de manga, de espiral, de turbulencia, de este país barroco que sólo parece tener forma en la ficción. Y Rivera, el novelista expedicionario, lo vio con sus propios ojos.

También *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la revolucionaria novela de 1934 de

Eduardo Zalamea Borda, es sobre la escritura y es la autobiografía de una consciencia y es la crónica insaciable de la expedición de un bogotano del siglo XX a un infierno salvaje del siglo XIX. Está allí, asimismo, aunque esta vez suceda en el desierto de La Guajira, la definición de Colombia como una sociedad de explotadores y explotados, como una modernidad que jamás se da del todo. Es estremecedor notar en sus páginas, como en las páginas de *De sobremesa* y en las de *La vorágine*, la vocación a poner en escena, a cuestionar, a hacer responsable al interior de lo que sucede allá afuera: Colombia ya no es sólo un paisaje asolado por una cultura, sino la pesadilla de cada quien.

De sobremesa, La vorágine y Cuatro años a bordo de mí mismo son tres voces interiores que buscan a sus lectores, en un país vasto y habituado al avasallamiento, pues el gran drama colombiano es esta incapacidad de establecer contacto.

Allá arriba, en el pico de la pirámide social, se oficia una y otra vez el rito de la superioridad que se vuelve el rito de la violencia: el padre Adamoli muestra en su texto cómo una buena parte de los caudillos condescendientes y altruistas y cínicos de estos doscientos años, educados como los curas en la búsqueda de una única cultura, de una única lengua, de una única verdad, simulan tolerancia a las ideas ajenas hasta que se vuelven críticas, sugieren que ser crítico es serle fiel a otra patria, lamentan la polarización de la sociedad y llaman a la unidad antes de resignarse a la solución de la violencia. Acá abajo, en este enorme sótano del país en donde a duras penas los padres les han dado a sus hijos su apellido, llega la noticia de que hay que temer y odiar y aniquilar a los agentes del mal.

Es por eso, porque la conducta religiosa de los colombianos, monolítica e inexorable, trasciende las capas sociales y las ideologías, que puede hablarse del género de la novela de la Violencia. Primero que todo están, como las ha descrito la escritora María Mercedes Andrade, aquellas fascinantes novelas del Bogotazo publicadas poco después de los hechos: relatos como *El 9 de abril* (1951) del conservador Pedro Gómez Corena y *El monstruo* (1955) del liberal Carlos Pareja, que cuentan la debacle tras el crimen de Gaitán como una conspiración

de los comunistas o como un complot de los conservadores, son ficciones fundacionales «donde el amor de la pareja heterosexual se convierte en el emblema de nación», pero narraciones como Viernes 9 (1953) del conservador Ignacio Gómez Dávila y Los elegidos (1953) del liberal Alfonso López Michelsen, que también recrean el desastre de ese día e inventan parejas que lo encarnan, muestran la ruptura irreparable de la nación.

El día del odio (1952) de José Antonio Osorio Lizarazo, un alegato contra la injusticia social, sigue a una campesina llamada Tránsito que llega a la Bogotá del Bogotazo luego de escapar una y otra vez de la Violencia: habla Andrade, entonces, de «la utilización del cuerpo femenino humillado como símbolo del sufrimiento de la nación». Y es claro, así, que cuando hablamos de la Violencia hablamos de la bestialidad de los hombres, de cómo toda esa educación en un solo Dios y una sola verdad y un solo sexo –esa educación que invita a la unidad, decía, para luego resignarse a castigar a quienes no se parezcan ni se sometan a ella– ha excluido a las mujeres del proyecto de nación y las ha convertido en la principal víctima de la guerra colombiana.

Se ve el anhelo de sacudirse el mal que corre cuerpo adentro –y se ve el coraje– en las obras maestras de las novelas de la Violencia. En El Cristo de espaldas (1952), Siervo sin tierra (1954) y Manuel Pacho (1962) de Eduardo Caballero Calderón está pintada con buen oído y dolor por lo humano la tragedia colombiana como el esfuerzo inútil de llegar a la tierra prometida antes de la muerte y de alcanzar la redención antes de ser crucificado. En la compilación de relatos Cenizas para el viento (1950) de Hernando Téllez se encuentra un inventario de la crueldad colombiana. En la satírica El gran Burundún Burundá ha muerto (1952) de Jorge Zalamea Borda va la procesión nacional detrás del caudillo que le ha prohibido hablar. En la contenida, amenazante e incómoda Marea de ratas (1960) de Arturo Echeverri Mejía está la calma de antes de la violencia.

Y en las 120 extraordinarias páginas de La casa grande (1962), el collage de diálogos y voces y notas y arquetipos de Álvaro Cepeda Samudio, está la

masacre de las bananeras de 1928, ni más ni menos, el monumento macabro a la explotación, a la costumbre de las matanzas, a la violencia que no es violencia cuando es la violencia de uno.

El periodista Gabriel García Márquez la llamó «una novela hermosa» y «un experimento arriesgado» y «una invitación a meditar sobre los recursos imprevistos, arbitrarios y espantosos de la creación poética». García Márquez había escrito, en 1959, un ensayo sobre lo presionados y obligados que se sienten los escritores colombianos a narrar el horror, pero, en especial, sobre la sospecha de que todas las novelas de la Violencia son malas: «La novela no estaba en los muertos de tripas sacadas, sino en los vivos que debieron sudar hielo en su escondite, sabiendo que a cada latido del corazón corrían el riesgo de que les sacaran las tripas», escribió. Y quizás no había leído Marea de ratas ni Manuel Pacho, que son como él quería y como él escribía.

Pero está clarísimo que todo cambió –en él y en los demás pocos lectores– cuando apareció La casa grande.

García Márquez conoció bien aquella Colombia ensombreada de la primera mitad del siglo XX, cuya capital era, según decían, «la Atenas suramericana», y a la que le gustaba llamarse «un país de poetas». Es que hubo unos muy buenos. Siguieron el sonidito benigno del Siglo de Oro hasta la trascendencia, o el ritmo irónico de Silva hasta la lucidez, o, como el propio García Márquez, el vaivén cargado de hallazgos de tantos parajes que no perseguían la modernidad. Porfirio Barba-Jacob escribió «He vivido con alma, con sangre, con nervios, con músculos, y voy al olvido...». Luis Carlos «el Tuerto» López aceptó «Y yo por mi sendero / cabalgo en rocinante sin humos de chofer». Vinieron, en los años veinte, los poetas que también eran prosistas de prensa que también eran funcionarios: Arciniegas, Lleras, Téllez. Luis Vidales rezó «Señor, / nos aburren tus auroras / y nos tienen fastidiados / tus escandalosos crepúsculos». León de Greiff reconoció «Juego mi vida, cambio mi vida. / De todos modos / la llevo perdida...». Aurelio Arturo señaló «las grandes lunas llenas de silencio y de espanto». Vinieron, en los años cuarenta, los piedracielistas a desempolvar la

tradición española de la poesía colombiana en plena República Liberal: Carranza, Rojas, Camacho. Fernando Charry Lara fue testigo del «subterráneo final de los trenes sin nadie». Héctor Rojas Herazo le predijo «tu nómina de huesos buscándote como un perro enlutado» a un burócrata. Álvaro Mutis deseó «Que te acoja la muerte / con todos tus sueños intactos». Eduardo Cote Lamus rogó «Deja por última vez que mi tacto te sepa». Jorge Gaitán Durán lamentó «Todo se va de mí, se fuga de mi vida». Rogelio Echavarría susurró «Todas las calles que conozco / son un largo monólogo mío».

Y, en las ruinas de la dictadura de Rojas Pinilla, los autodenominados nadaístas – Arango, Escobar, Jaramillo, Arbeláez– no sólo lanzaron poemas brillantes contra la cultura jerárquica y patriarcal del país, sino que fueron precursores de esta época en la que cada quien se presenta y se inventa a sí mismo.

Fue así –cuando los poetas de la revista Mito se negaban a ser relevados por los poetas del nadaísmo, cuando el humo de la «guerra civil no declarada» empezaba a aclararse, cuando el Frente Nacional entre liberales y conservadores comprobaba la sospecha de que éramos incapaces de concebir una sociedad que no fuera monolítica como la Iglesia o el Ejército, cuando la prensa ya no era sólo el refugio de nuestros grandes prosistas sino que empezaba a ser el despacho de verdaderos fiscalizadores del poder– como se fue dando la obra de Gabriel García Márquez. Que, mientras iba dejando atrás el periodismo, escribió una bella e involuntaria trilogía sobre lo que sucede antes y después de la Violencia: La hojarasca (1955), El coronel no tiene quien le escriba (1961) y La mala hora (1963).

Y, de lectura en lectura, de artículo en artículo, de cuento en cuento, de novela en novela, fue llegando al mundo paródico, sublime e irrepetible de Cien años de soledad (1967).

En su magnífica Historia de la psiquiatría en Colombia, el doctor Rosselli lee la novela de García Márquez, un año después de publicada, como rastreando

patologías. Y sí, hay que decir que es un drama nuestro narrado por nuestra poesía, por el oído barroco y por la cadencia caribeña y por el vaivén del horror y la belleza, capaz de llevarnos de una orilla a la otra como si cada página fuera un prodigio. Y sí, puede verse, en su relato lleno de milagros y de bromas, el canto nacional que la literatura colombiana ha estado persiguiendo –y ha estado alcanzando de tanto en tanto– como parte de la búsqueda de un padre que no va a llegar: el espejo en el que estamos todos. Pero la reseña fascinada del doctor Rosselli habla de «amnesia», «psicosis», «demencia senil», «oligofrenia» e «incesto» porque sospecha que Cien años de soledad resume nuestra locura.

Porque su protagonista es una familia, la familia Buendía, que enfrascada en sus miedos fracasa en el esfuerzo de ser la nación y el Estado que no se ve venir allá en la lejanía.

Porque la familia, en su acepción de «refugio», nos ha salvado de la desesperación y nos ha hecho felices, pero, en su acepción de «mafia», nos ha hecho lejana la solidaridad.

Porque la novela sucede en aquel infierno contemporáneo, Macondo, cuyo castigo inapelable es la soledad: la orfandad y la inconexión y la violencia desde la cuna hasta la tumba.

García Márquez, heredero del realismo y del esteticismo colombianos, siguió escribiendo obras maestras sobre este aislamiento, sobre este país en duermevela, y escribió El otoño del patriarca (1975), Crónica de una muerte anunciada (1981), El amor en los tiempos del cólera (1985) y Del amor y otros demonios (1994) en una sola vida, como deshaciéndose poco a poco de la ficción en el viacrucis a la no ficción, como recorriendo el camino que va desde el mito hasta la Historia. Podría decirse que su obra empieza y termina en el periodismo. Podría decirse que su periodismo sospecha, hacia el final, que su destino es volverse la Historia: El general en su laberinto (1989) retrata el fracaso de Bolívar, Noticia de un secuestro (1996) cuenta el papel de los narcos

en la tragedia y Vivir para contarla (2002) ata los cabos y recuerda que la ficción es un método, un modo.

Dígame usted si no dice mucho de nuestra sociedad, de nuestra vocación a lo monolítico y a lo uniforme, que esa obra extraordinaria no haya iluminado, sino aplazado la lectura de esta catarata de novelas brillantes que sirvieron –y sirven– a la cordura de un puñado de colombianos.

VII. ALGO MAYOR QUE EL MAL RIGE ESTOS MUNDOS

Siguieron los tiempos oscuros hasta que llamarlos «tiempos oscuros» fue una tontería. Siguió la paz bipartidista y la represión y la tortura a la diferencia del Frente Nacional, la Violencia oficiada por los ejércitos financiados por la coca, el terrorismo que negó el conflicto armado.

Y, mientras crecían las poblaciones y crecían los males del país, abundaron los novelistas y las novelas de todas las índoles que mostraron la nueva sociedad volcada a las capitales y recrearon el pasado para darle alguna forma al presente: Catalina (1962), de Elisa Mújica, recrea en el contexto de la Guerra de los Mil Días el papel protagónico de un sexo condenado a interpretar personajes secundarios; El hostigante verano de los dioses (1963), de Fanny Buitrago, parodia de modo magistral al mismo tiempo una región bananera de machos en la que «los dioses están viejos» y una vida urbana en la que se despilfarra la juventud; Cóndores no entierran todos los días (1971), de Gustavo Álvarez Gardeazábal, se mete en el cuerpo de los victimarios para retratar el absurdo como es; Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (1975), de Albalucía Ángel, trae a la mesa el hecho de que la mujer es y fue la primera de las víctimas de la Violencia; Los parientes de Ester (1978), de Luis Fayad, revisa a la ensimismada familia colombiana en las turbulentas ciudades de los setenta; ¡Que viva la música! (1978), de Andrés Caicedo, retrata una nueva sociedad con un pie en el mundo y el otro pie en Colombia; La tejedora de coronas (1982), de Germán Espinosa, va hasta los días de la Inquisición como descubriendo que esto de aniquilar la diferencia empezó por «las brujas»; Primero estaba el mar (1983), de Tomás González, ve cómo se va poniendo en escena un mundo espeluznante y dolido en una tierra que no tiene la culpa de nada; Sin remedio (1984), de Antonio Caballero, precisamente parodia en lengua bogotana el empeño constante de dar con un poema épico en estos parajes; En diciembre llegaban las brisas (1987), de Marvel Moreno, pone de manifiesto cómo han lidiado las mujeres el imperio de los hombres en una Barranquilla que resume esta cultura; Un beso de Dick (1992), de Fernando Molano Vargas, es la bella historia de amor entre dos muchachos en un país que encerraba con llave los

amores «diferentes»; las siete novelas de las Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero (1993), de Álvaro Mutis, crean el arquetipo del colombiano que termina volviéndose extranjero para soportar el mundo; Cartas cruzadas (1995), de Darío Jaramillo Agudelo, pinta la decadencia de una cultura piadosa rebarajada por el tráfico de drogas; La marca de España (1998), de Enrique Serrano, no deja olvidar en dónde empezó esta tragicomedia que tiene más de tragedia que de comedia; Rosario Tijeras (1999), de Jorge Franco, consigue encarnar –en una sicaria de los tiempos de Pablo Escobar– la apoteosis de este fracaso de la humanidad; El desbarrancadero (2001), de Fernando Vallejo, lanza el monólogo al que se ve obligado el hombre que se rinde a estos parajes y a estas costumbres y a estos horrores; Delirio (2004), de Laura Restrepo, da en el blanco porque cuenta la historia de una mujer a la que ha enloquecido Colombia y parte de la idea de que «tenemos que estar muy locos para adaptarnos a esta convulsión brutal»; Los informantes (2004), de Juan Gabriel Vásquez, comienza una honda indagación sobre cómo pagan los hijos por las guerras de los padres; El olvido que seremos (2006), de Héctor Abad Faciolince, recrea con un colombianísimo amor por la familia el cuándo, el cómo, el dónde y el por qué mataron a su padre; El crimen del siglo (2006), de Miguel Torres, revisa el asesinato de Gaitán desde lo puramente humano; Los ejércitos (2007), de Evelio Rosero, retoma la novela de la Violencia en la figura de un viejo profesor para dejar en claro que el suspenso que acaba en terror aún no ha querido irse.

Podría uno hablar, con la misma fascinación, de las búsquedas en las obras de Pedro Gómez Valderrama o de Manuel Zapata Olivella o de Fernando Soto Aparicio o de Roberto Burgos Cantor o de R. H. Moreno-Durán o de Álvaro Miranda o de Silvia Galvis o de Jaime Manrique o de Ricardo Cano Gaviria o de Rafael Chaparro Madieto o de William Ospina o de María Cristina Restrepo o de Piedad Bonnett o de Rafael Baena o de Julio Paredes o de Santiago Gamboa o de Mario Mendoza. Y, para probar que también en la experimentación, en la fragmentación y en el fluir de la consciencia se ha buscado el retrato de Colombia, podría invitar a la lectura postergada de los valientes juegos novelísticos de Julio Olaciregui o José Luis Díaz Granados o Rodrigo Parra Sandoval o Álvaro Pineda o Nicolás Suescún: podría uno decir, además, que quizás el verdadero realismo sea esa imitación de las paradojas y de los desvaríos de la realidad.

Por otra parte, es lo mínimo mencionar, pues merecen, como pocos, la reivindicación que poco llega en Colombia, a una serie de poetas desafiantes e incisivos que desde los años sesenta –desde los días paranoicos del Frente Nacional– se empeñaron en dejar atrás las manías formales de su tradición. Mario Rivero confesó «A veces me pregunto qué fue de los amigos...». José Manuel Arango retrató a «Aquel que esperaba y esperaba /pero no sabía lo que esperaba / y era la muerte». Jaime Jaramillo o X-504 advirtió «Os preocupáis demasiado de que vuestra casa esté limpia». Giovanni Quessep vaticinó «Todo está a tu favor, el cielo, la lejanía que se abre». Jotamario Arbeláez concluyó que «El aire de familia que nos une lo tomamos sin duda del mismo pozo». Raúl Gómez Jattin aceptó que «La poesía es la única compañera / Acostúmbrate a sus cuchillos / que es la única». Darío Jaramillo Agudelo reconoció que «Uno debería aprovechar la poesía. Pero no». Ángel Marcel soltó el endecasílabo «sólo podemos dar lo que es ajeno». Piedad Bonnett precisó que «No hay cicatriz, por brutal que parezca, / que no encierre belleza». William Ospina comprendió que «Algo mayor que el mal rige estos mundos». Juan Manuel Roca reveló todo lo que se puede revelar: «Mis luchas con el ego ocurren en un estadio abandonado», escribió.

Habría que hablar de muchos más poetas vivos y muchos más poetas muertos, aunque esté claro ya que lo que ha habido aquí han sido voces, pero quizás sea bueno cerrar este catálogo de versificadores con El canto de las moscas (1998) de María Mercedes Carranza: veinticuatro poemas brevísimos para veinticuatro masacres, «Mapiripán es ya una fecha», «Esta es la boca que hubo», «La vida sabe a mar», «La muerte: carne de la tierra», «Un pájaro / negro husmea / las sobras de / la vida», «El viento / ríe en las mandíbulas / de los muertos», «Puede ser Dios / o el asesino: / da lo mismo ya», como lápidas mínimas sobre pueblos enterrados por esta locura, sobre pueblos que se vuelven pueblos fantasma y que aparecen en el mapa de Colombia cuando sucede una tragedia.

Hablo de las ficciones hechas de palabras porque las palabras son lo contrario a los actos violentos y porque las palabras violentas son modos de aplazar el desmadre.

Y, sin embargo, es claro que también se han dado en las artes plásticas un pulso con el horror y una celebración de la vida y una parodia del montaje social colombiano: una edición extraordinaria de la revista Arcadia de 2014, la edición número 100, reconoce como lecturas únicas de Colombia a obras tan conscientes de la enajenación nacional y tan perturbadoras como Horizontes (1913) de Francisco Antonio Cano, Bachué (1925) de Rómulo Roza, Masacre del 9 de abril (1948) y La República (1958) de Débora Arango, Los obispos muertos (1958) de Fernando Botero, Violencia (1962) de Alejandro Obregón, Los suicidas del Sisga (1965) y Decoración de interiores (1981) y Auras anónimas (2010) de Beatriz González, Primera lección (1970) de Bernardo Salcedo, Aquí no cabe el arte (1972) y Colombia (1976) de Antonio Caro, Agresión al imperialismo (1972) de Taller 4 Rojo, Alacena con zapatos (1978) de El Sindicato, Amarrados (1980) de Fernell Franco, Yumbo (1981) de Alicia Barney, Caín y Abel (1992) de Jesús Abad, Musa paradisiaca (1993) y Variaciones sobre el purgatorio No. 4 (2011) de José Alejandro Restrepo, Cajas fucsia y Anexo 273 (1996) de Juan Fernando Herrán, La bandeja de Bolívar (1998) y Guerra y pa (2001) y Bocas de ceniza (2002) de Juan Manuel Echavarría, Noviembre 6 y 7 (2002) y Shibboleth (2007) y Plegaria muda (2008-2010) de Doris Salcedo, Color que soy (2002) de Delcy Morelos, Re/trato (2003) de Óscar Muñoz, David (2006) de Miguel Ángel Rojas y Treno (2007) de Clemencia Echeverri.

Si uno pasa frente a cada una de ellas, una por una por una como recorriendo un museo de las plegarias y de las catarsis y de los exorcismos que han buscado algo de alivio, es testigo de esa lucidez desgarradora que suele alcanzarse en las posguerras pero que acá ha tenido que darse en los márgenes de la barbarie. El contramonumento Fragmentos (2018) de Doris Salcedo, ese piso ceniciento y rugoso hecho de las armas entregadas por las Farc, y encajado a una cuadra del Archivo General de la Nación, es un ejemplo de la precisión –de la agudeza redoblada– con la que se ha estado lamentando y repugnando esta guerra desde el arte sin caer en la trampa de conmemorarla. Es una guerra sin glorias, ni traumas ni cicatrices porque siempre se está librando. Es, sobre todas las cosas, una fábrica de huérfanos.

Está empezando a hablarse seriamente de las cicatrices que ha dejado la guerra en la salud mental de millones de colombianos. Está empezando a decirse –lo ha

dicho la investigadora Martha Bello— que de tanto sobrevivir aquí no ha habido tiempo para la tristeza: de tanto lidiar desapariciones, violaciones, reclutamientos, estallidos de minas, secuestros, no ha habido tiempo para el alivio. Luego de entrevistar a más de cuatro mil pacientes, la organización Médicos Sin Fronteras concluyó que el 67 por ciento sufre trastornos relacionados con el conflicto, que el 34 por ciento vive con ansiedad, que el 38 por ciento lidia la melancolía: se sospecha que el día remoto en el que por fin pasa el peligro millones de víctimas viven entre la desconfianza, la incomunicación y la incertidumbre. Luego de entrevistar a más de doscientos habitantes de los Montes de María, un estudio hecho en la Universidad de los Andes determinó que el noventa por ciento padece de depresión. Pero quizás la cifra más dolorosa entre las dolorosas cifras sea esta: que, según un informe del Centro de Memoria Histórica, dos millones de niños han sido afectados directamente por la guerra. Y de acuerdo con un estudio de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), la Unicef y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), hecho con más de mil seiscientos niños que fueron testigos de lo peor entre lo peor, el resultado es una generación ahogada por profundos problemas de identidad, pero que, en un gesto típico del coraje colombiano, se resiste a ser definida enteramente por su dolor.

Hay que decir que hubo un tiempo en el que la infancia no fue objeto de estudio, ni en la paz ni en la guerra. Hay que reconocer que las proezas de la literatura infantil colombiana son pruebas de la profunda transformación de una sociedad que durante mucho tiempo dejó a los niños para cuando ya estuvieran grandes.

En un completísimo ensayo sobre el tema, publicado en 1996, la escritora e investigadora Beatriz Helena Robledo, experta en la obra de Rafael Pombo, hace el recorrido de los relatos infantiles desde los años veinte del siglo XX hasta hoy. Recuerda que sólo al final de la Regeneración, pero sobre todo en los años de la modernización de la República Liberal, la sociedad colombiana empezó a pensar en los menores de edad de manera específica: por esos años, de los veinte a los cuarenta, la revista especializada Chanchito se convirtió en una gran divulgadora de ficciones para la infancia y aparecieron una serie de recreaciones de la Historia del país —como la Historia en cuentos de Eduardo Caballero Calderón— en clave de relato para niños. Desde finales de los sesenta hasta hoy, como

probando una transformación de fondo, llegaron la Ley de Paternidad Responsable, el ICBF, el Cerlalc, el Premio Enka, Fundalectura, la Fundación Rafael Pombo y el Taller Espantapájaros. Y entonces, con el trabajo clásico de Jairo Aníbal Niño, Celso Román, Luis Darío Bernal y Triunfo Arciniegas, empezó a tomar forma una literatura infantil colombiana con sus propios hallazgos y sus propios límites.

En los años ochenta y los años noventa, por obra y gracia de la aparición de editoras especializadas y la consolidación de nuevos proyectos editoriales, los textos llenos de humor e irreverencias de Gloria Cecilia Díaz, Ivar Da Coll, Irene Vasco, Pilar Lozano, Evelio Rosero y Yolanda Reyes –que siguen teniendo en mente a los niños mientras escriben– no sólo removieron el panorama hasta convertir esa región de nuestra literatura en un territorio ideal para el juego y para la crítica del mundo, sino que, de paso, le abrieron las puertas a una generación entera de escritores e ilustradores que hasta hoy han estado contándoles a los niños lo que nadie quiso ni se atrevió a contarles en los primeros dos siglos de la república: ni más ni menos que la incertidumbre.

Sí, en Colombia la incertidumbre se ha transmitido de generación en generación. Y, si asumimos como una tesis la hipótesis de que los tres grandes géneros son el resultado de una investigación del tiempo –la narrativa investiga el pasado, la poesía investiga el presente y el drama investiga el futuro–, tiene sentido que el teatro nos haya puesto en escena la tragedia de la incomunicación en este sitio y nos haya servido tantas veces para articular nuestra perplejidad: «¿Y ahora qué...?». Tuvo que ser esa la razón por la que el dramaturgo e historiador Carlos José Reyes presentó hace unos años esa exploración monumental –en tres tomos– que deja las cosas claras desde su título: Teatro y Violencia en dos siglos de historia de Colombia.

En una entrevista con El Tiempo, con motivo de la presentación de su enorme inventario, Reyes señala a Sugamuxi (1826) de Luis Vargas Tejada, Las víctimas de la guerra (1884) de Soledad Acosta de Samper, El monte calvo (1966) de Jairo Aníbal Niño, Los papeles del infierno (1968) de Enrique Buenaventura, I

took Panama (1974) de Luis Alberto García y el TPB, Guadalupe años sin cuenta (1975) y El paso (1988) de Santiago García y el Teatro La Candelaria, La agonía del difunto (1977) de Esteban Navajas, Los tiempos del ruido (1985) de Eddy Armando y La siempreviva (1994) de Miguel Torres como diez obras fundamentales que han puesto en escena con urgencia y con dolor los reveses de la Historia colombiana: la llegada de los españoles, las guerras civiles, la pérdida de Panamá, la Violencia, el fracaso en Corea, el nacimiento de las guerrillas, el desplazamiento, la toma del Palacio de Justicia, el narcotráfico. Pero su recuento completo reúne a los grandes autores teatrales de estos doscientos años, desde Luis Vargas Tejada hasta Carolina Vivas, desde José Manuel Freidel hasta Rolf y Heidi Abderhalden, desde Luis Enrique Osorio hasta Víctor Viviescas.

Reyes se abstiene de nombrar su estupenda versión de la masacre de las bananeras: Soldados (1966). Alcanza a mencionar el trabajo de Fabio Rubiano y del Teatro Petra, eso sí, pero no sobra reseñar aquí Labio de liebre (2016) o Cuando estallan las paredes (2018) como dos pruebas recientes de que el teatro colombiano no ha desfallecido en la tarea de encarnar la vida entre la costumbre de la muerte. Si algo extraordinario han conseguido los dramaturgos nacionales en este par de siglos, ello ha sido, como Reyes lo demuestra, ponerles enfrente a sus espectadores –en carne y hueso– a los fantasmas olvidados y negados del conflicto armado: «¡Julieta está viva!», grita la madre de La Siempreviva a unos pasos del espectro de su hija desaparecida, y uno llega a creer que ahí está dicho todo.

Sin embargo, la locura aún nos ronda y la terapia aún es cuestión de vida o muerte.

Y estas primeras décadas del siglo XXI hay que contar, maravillado, el triunfo de una nueva generación de escritores y de artistas hecha de varias generaciones de escritores y de artistas que –amparada por la industria editorial y promocionada desde las redes sociales– ha encontrado a sus propios lectores como no se veía desde hacía mucho tiempo. No diré nombres ni dejaré caer títulos porque, como ha sido en este siglo, sobre todo, que yo he estado haciendo parte de ese grupo,

corro el riesgo de arruinar el recorrido con una lista de mentores y de amigos. Diré que cuento 139 voces lúcidas, entre novelistas, cuentistas, poetas, artistas plásticos, editores, narradores para niños, ilustradores y dramaturgos nacidos desde los sesenta, que han estado jugándose el sistema nervioso por reinterpretar y rescribir el mundo empezando por Colombia.

Quizás lo más dicente e importante, lo más atípico y lo más esperanzador en un país tan dado a aniquilar la diferencia en su búsqueda de una nación, es que más de la mitad de esas voces sean voces irrepetibles de mujeres. Tal vez lo más significativo es que, aun cuando nuestro complejo de inferioridad se siga dando mañas para ser ciego a nuestros talentos y para despreciar nuestros logros literarios, todas esas voces hayan encontrado sus lectores, sus espectadores, sus públicos. El analfabetismo se redujo, por fin, en la segunda mitad del siglo XX. La industria editorial del país, la cuarta más grande de América Latina, crece año a año. Gracias a las redes sociales, cada día se crean más canales, como clubes de lectura, que consiguen que escritores y lectores se encuentren como lo hacían en las calles del siglo XIX.

Puede ser que lo que se ha dicho y se ha contado de Colombia ya no esté en manos de una élite, sino de todo el que quiera leerlo: pueda ser... Y ojalá que esto que escribo –esta reseña de nuestro arte que siempre ha sido hecho y visto en medio de la beligerancia– sirva de recuento de novedades que contienen el secreto de este «lugar sin límites».

Y que el descenso a los infiernos de esos personajes con vocación de arquetipos, de Fernández, Cova, Zalamea, Siervo, Catalina, Manuel Pacho, los obispos muertos, el Transeúnte, el Padre, la Forastera, Guadalupe el guerrillero, el Coronel, el Cóndor, Úrsula, María del Carmen Huerta, Santiago Nasar, Maqroll, Genoveva Alcocer, Florentino Ariza, Fermina Daza, Jota, Zoro, Ignacio Escobar, la Siempreviva, Felipe el adolescente, Cuchilla, el terror de Sexto B, Rosario Tijeras, Vallejo, Santoro, Aguilar, Abad, Roa, Ismael el profesor, Salvo Castello –y de los demás protagonistas y personajes secundarios de las obras de amigos que no menciono para no enrarecer el álbum–, sean cicatrices y conjuros y

expiaciones para todos los que necesiten y todos los que quieran.

VIII. YO QUIERO PEGAR UN GRITO Y NO ME DEJAN

El hombre es el animal que se cuenta a sí mismo. El hombre es el cuerpo que deja constancia de su paso por la vida aunque esté solo. Pero, desde finales del siglo XIX, las telecomunicaciones le multiplicaron su vocación a narrarse, su necesidad de ser recibido por los otros. En Colombia hubo líneas telegráficas a partir de 1855 y el Estado fue errático luego de la destrucción de las redes en la Guerra de los Mil Días, pero pronto las compañías telefónicas empezaron a crecer hasta dejar de ser un problema: el número de teléfono de don Cupertino Salgado, el editor del Directorio General de Bogotá de 1893, era el 496; el número de teléfono de don Fabio Restrepo, el administrador de El Tiempo en 1925, era el 1246; el número de teléfono del restaurante La Posada del Mar en 1968, «exclusivamente altas calidades», era el 493 656.

La Empresa Nacional de Telecomunicaciones, Telecom, puso orden al asunto desde los años cincuenta. La Universidad de los Andes puso en marcha el servicio de internet desde los años noventa: al día de hoy, cerca del 65 por ciento de los hogares colombianos han caído en la red.

Y, sin embargo, antes de hablar de esta época en la que quince millones de colombianos están en las redes sociales retratándose en vivo y en directo día por día por día, hay que señalar que el pueblo colombiano fue salvado por la radio. Fue, de cierto modo, una hazaña. Que un país rural, mitad selva, mitad incertidumbre, consiguiera conectarse por fin de alguna manera: que el silencio de la guerra encontrara algún alivio, que las narraciones de las capas de la sociedad dejaran de pertenecerles a las élites letradas, que la educación, que ya no era un monopolio de la Iglesia católica, se les saliera de las manos a los poderosos. El miércoles 7 de agosto de 1929, bajo la dirección de la Biblioteca Nacional, empezó a funcionar la HJN. Siguiéron, en las dos décadas siguientes, La Voz de Barranquilla, La Voz de la Víctor, Nueva Granada, Radio Santa Fe, Radio Nacional, La Voz de Antioquia, Radio Sutatenza, Caracol, Todelar y RCN.

Fueron escuchándose, así, las voces que narraron a toda Colombia e hicieron valer la menospreciada oralidad: entre cientos de cientos de voces, se fueron quedando las de Fernando Gutiérrez, María Emma Rebollo, Blanquita Bernal, Víctor Mallarino, Julio Nieto Bernal, Carlos Arturo Rueda, Otto Greiffenstein, Hilda Strauss, Luisa Mahé de Bernal, Jorge Antonio Vega, Humberto Martínez Salcedo, Teresa Gutiérrez, Juan Harvey Caicedo y Alberto Piedrahita.

Sirvió la radio para darles herramientas al amor propio, a la educación, a la cultura, a la información, a la reflexión del país. Presentó nuevas maneras de contar la vida, con los pianos traganíqueles y los estudios de grabación, en el llamado «país de los 1025 ritmos folclóricos»: desde entonces, canciones magistrales como La guaneña de Nicanor Díaz, Prende la vela de Lucho Bermúdez, La gota fría de Emiliano Zuleta, Grito vagabundo de Guillermo Buitrago, Se va el caimán de José María Peñaranda, Señora María Rosa de Efraín Orozco, La múcura y El año viejo de Crescencio Salcedo, La piragua de José Barros, Ay cosita linda de Pacho Galán, Bésame morenita de Álvaro Dalmar, Alicia adorada de Alejo Durán, La casa en el aire de Rafael Escalona, La pollera colorá de Wilson Choperena, Los cucaracheros de Jorge Áñez, Mi Buenaventura de Petronio Álvarez, Ay mi llanura de Arnulfo Briceño, Lllamarada y Me llevarás en ti de Jorge Villamil, Yo me llamo cumbia de Mario Gareña, La cucharita de Jorge Velosa, Rebelión de Joe Arroyo, La creciente de Hernando Marín, La tierra del olvido de Carlos Vives e Iván Benavides o Bolero falaz de Aterciopelados dieron un país y una tristeza y una alegría y una lengua común a los colombianos.

Quizás haya sido la propagación de la cultura popular a través de la radio y a través de las grabaciones, que relativizó la alta cultura y desempolvó el derecho a cantar al pueblo desde el pueblo, lo que obligó a la gran prensa a afinar sus modos y a reconsiderar a sus lectores.

Hubo periódicos críticos con los desmanes españoles, como los de Manuel del Socorro Rodríguez o Antonio Nariño, en las últimas décadas de la Colonia.

Durante el siglo XIX, y durante la primera mitad del siglo XX, los periódicos sirvieron a los hombres de letras para ensayar sus poemas, sus cuadros de costumbres, sus disquisiciones pedagógicas, sus traducciones, sus parodias, sus sátiras, sus declaraciones de principios, sus llamados de auxilio, pero sobre todo fueron un vehículo de los caudillos de turno y de sus ideologías. Superada la larga década de la Violencia, si es que asumimos que aquella época acabó, la prensa insistió en librarse de su vocación –de su manía más bien– a cerrar filas no sólo con uno de los dos partidos, sino, sobre todo, contra el bando enemigo.

Fue en los años sesenta, pues, cuando la prensa colombiana pasó definitivamente de corregir la realidad a plegársele a ella. En consonancia con el Frente Nacional, que quiso enterrar, en todos los sentidos, los horrores de los cincuenta, la prensa de acá fue del compromiso con una ideología partidista al compromiso con los propósitos democráticos. El periodismo radial reunió a las clases populares con las clases altas. Y el periodismo escrito, temeroso de una nueva ruptura del establecimiento, se convirtió entonces en una institución más del Estado que le proponía debates a la clase política –y así, como el Estado, perdió de vista al país–, pero también se dedicó seriamente a la tarea de modernizarse: de hallar las historias de la sociedad colombiana e informar.

El Tiempo y El Espectador dieron la batalla por la libertad de expresión durante la Violencia y durante la dictadura de Rojas Pinilla. El Tiempo, bajo la dirección de Roberto García-Peña, fue clausurado el miércoles 3 de agosto de 1955 por denunciar el asesinato del periodista liberal Emilio Correa. Se convirtió a partir de ese momento en un diario que llevaba un vaticinio en su título, Intermedio, para seguir en la labor de fiscalizar a los saboteadores de la democracia. Y, sin embargo, tendría que caerse el régimen militar y suceder el Frente Nacional con sus logros y sus vicios, para que en el periodismo colombiano –empezando por sus viejos periódicos liberales– se les encontrara un lugar a los investigadores de los secretos y las conspiraciones del poder.

Se les debe a periodistas como Enrique Santos Calderón, Daniel Samper Pizano y Antonio Caballero Holguín, nacidos, los tres, en 1945, la consciencia de un

periodismo irreverente, fiscalizador, obligado moralmente a pronunciar la verdad sin eufemismos. Crecieron, los tres, en el establecimiento puro: los Santos, los Samper, los Caballero. Pero tuvieron, los tres, el coraje para negarse a ser evangelistas del bipartidismo. Junto con voces fundamentales como las de Gabriel García Márquez, Jorge Orlando Melo, Álvaro Tirado Mejía, Orlando Fals Borda, Carlos Duplat, Jorge Restrepo, Cristina de la Torre, Bernardo García, Joe Broderick y Roberto Pombo, hicieron parte de la revista de izquierda Alternativa en los años setenta. Se convirtieron luego, los tres, en los principales columnistas de Colombia.

Samper Pizano y Santos Calderón hicieron sus brillantes carreras en El Tiempo y sobrevivieron a la tragedia de tener hermanos presidentes. En 1972 Samper Pizano se inventó con el estupendo Alberto Donadío –y luego con el excelente Gerardo Reyes– la pionera Unidad Investigativa de El Tiempo, que sigue revelando los desmanes del poder. Coincidió en la sala de redacción con el gran autor colombiano de libros periodísticos, Germán Castro Caycedo, que en medio siglo de carrera ha escrito clásicos del género como Colombia amarga (1976), Mi alma se la dejo al diablo (1982), La bruja (1994) y El palacio sin máscara (2008). Gracias a todos estos nombres, el valiente, vilipendiado e incomprendido periodismo colombiano, que sigue arrastrando tanto su fama de gobiernista como su vocación a hacer parte de las instituciones –y a apagar sus incendios–, ha seguido dando muchos investigadores más en las salas de redacción del país.

Desde los setenta y hasta hoy, ese espíritu investigativo, vigilante de los poderosos y vigilado por el poder, se ha dado en los medios del establecimiento –en revistas como Semana o Cambio, en estaciones radiales de Caracol o de RCN, en noticieros de televisión como 24 Horas o el Noticiero de las 7 o QAP o CM& o Noticias Uno– y en los medios alternativos que han prosperado en tiempos de internet: de Verdad abierta a La Silla Vacía.

Luego del remezón de los setenta y ochenta en los periódicos, las salas de redacción de las revistas, los noticieros de televisión, los programas radiales, fueron apareciendo periodistas incisivos e incansables como José Salgar, Alberto

Aguirre, Juan Gossain, Yamid Amat, Javier Darío Restrepo, Felipe López, Darío Arizmendi, Alberto Casas, Heriberto Fiorillo, Andrés Salcedo, Hernán Peláez, José Clopatofsky, Margarita Vidal, María Teresa Herrán, Alfredo Molano, Juan José Hoyos, Fernando Garavito, Darío Restrepo, Diego Martínez, Amparo Peláez, Amparo Pérez, Laura Restrepo, Patricia Lara, Silvia Duzán, Cecilia Orozco, Judith Sarmiento, Olga Behar, María Elvira Bonilla, María Elvira Samper, María Isabel Rueda, María Jimena Duzán, María Teresa Ronderos, Consuelo Cepeda, Germán Santamaría, Álvaro Sierra, Julio Sánchez, Mauricio Gómez, Antonio Morales, Antonio José Caballero, Héctor Rincón, Ana María Cano, Gloria Congote, Mauricio Vargas, Roberto Pombo, Ricardo Ávila, Jorge Lesmes, Édgar Téllez, Rodrigo Pardo, Roberto Posada, Luis Cañón, Héctor Fabio Cardona, José Luis Ramírez, Pastor Virviescas, Alfonso Cuéllar, Silvia Hoyos, Ernesto McCausland, Alberto Salcedo, Daniel Coronell, Ángela Patricia Janiot, Yolanda Ruiz, Juan Manuel Ruiz, Félix de Bedout, Óscar Montes, Fernando Araújo, Darío Fernando Patiño, Álvaro García, Juan Carlos Iragorri, Martha Soto, Jesús Abad, Pirry, María Elvira Arango, Diana Calderón, Marta Ruiz, Norbey Quevedo, Juan Guillermo Cano, Fernando Cano, Fidel Cano, Ricardo Calderón, Ignacio Gómez, Claudia Morales, Ana Cristina Restrepo, Gustavo Gómez, Juanita León.

Puedo oír, desde ya, las reacciones. Pero si me pongo en la tarea de hacer semejante lista farragosa e insuficiente al mismo tiempo, de la que excluyo a la gente brillante de mi generación y a la gente brillante de las generaciones que siguen para no enrarecer –como dije– el ejercicio, es sólo porque la sociedad colombiana suele olvidar que este país ha requerido de un verdadero ejército de periodistas –de todas las clases de talentos, de opiniones, de indignaciones– para que esto sea un infierno, pero no un apocalipsis. Existe el síndrome de «este país...» con puntos suspensivos en todas las áreas laborales, pero en lo público, en el Estado y en el periodismo, es común encontrarse viejos que se preguntan para qué han dado la vida por esta cadena de horrores.

Y es una tragedia, claro, una señal de que en demasiadas ocasiones Colombia es un amor no correspondido, porque ha sido gracias a esos funcionarios y esos profesores y esas voces que esto no sólo no ha sido peor, sino que también ha resultado ser algo parecido a una celebración de la vida. Me gusta probarles a

estos viejos, cuando me los encuentro, que nada ha sido en vano. Creo en el optimismo sobre la base del horror. Y para mí es claro que se ha requerido esa multitud de periodistas combativos, vengan de donde vengan, porque esta es una democracia en el borde del precipicio. Y quién sabe en dónde andaríamos si el periodismo de estas cinco décadas no hubiera revelado pasados ocultos, negocios turbios, tomas, sobornos, financiaciones dudosas, secuestros, masacres, crímenes, falsos positivos, cohechos, carteles.

Desde los setenta hasta hoy, según la FLIP, en toda Colombia han sido asesinados 158 periodistas por causas asociadas a su oficio. Quizás el símbolo de ese martirio, que también han vivido los jueces y los agentes de la ley, sea don Guillermo Cano Isaza. El miércoles 17 de diciembre de 1986 fue asesinado a la salida de El Espectador, el periódico de su familia que era además el periódico que dirigía en medio del asedio de los brutales carteles del narcotráfico, sin haber cedido en sus principios ni una sola vez. Todos los medios de comunicación del país, en especial los regionales, han estado funcionando en medio de la Violencia con la ilusión de que contarla la detenga. Y recordar a don Guillermo Cano, recobrarlo como un símbolo de la tarea periodística en tierra minada, es recordar por qué en este país es fundamental ponerse del lado del periodismo.

Dígame usted en qué otro lugar del planeta «los libros de secuestrados» son un género literario. Dígame en qué otro país se ha dado el humor político como se ha dado en este. Se cuenta hoy con el valor salvaje de periodistas humorísticos como Daniel Samper Ospina, Vladdo y Matador, incrustados en las salas de redacción de la revista Semana y El Tiempo como encargados de la sanidad mental del grupo, pero ellos – que, dicho sea de paso, han tenido que andar con escoltas– son los últimos eslabones de una cadena de escritores satíricos y de caricaturistas en la que han estado en los últimos cincuenta años Santiago Moure, Martín de Francisco, la gente del programa radial La Luciérnaga, Tola y Maruja, Antonio Morales, Diego León Hoyos, Jaime Garzón, Eduardo Arias, Karl Troller, Daniel Samper Pizano, Antonio Caballero, Alfredo Iriarte, Héctor Osuna, Lucas Caballero Calderón y Ricardo Rendón.

Soy escritor. No merezco el título de periodista porque sólo pongo en riesgo mi sistema nervioso. Pero sí he estado asistiendo a salas de redacción, como parte de equipos extraordinarios, en los últimos veinte años. Y sé bien que las presiones de los poderosos siguen en pie, y tengo claro que los políticos inescrupulosos detestan a los mismos medios que los incautos consideran cómplices de esta trama macabra, pero, teniendo en mente siempre ese pasado en el que el periodismo servía a unos cuantos nomás, puedo dar fe de que una gran parte de los periodistas de hoy –mal pagos y entregados a su labor como los profesores– tienden a aprovechar cada oportunidad que tienen para revelar la verdad, para evitar que esta tierra tenga unos pocos dueños, para impedir que la democracia sea apenas la mejor farsa que puede montar una sociedad.

Vivo agradecido por haber sido testigo de esos cubículos y de esos cierres y de esos ataques de risa.

Si no, andaría por ahí pensando que todo este horror se está fraguando en un cuartito sórdido y penumbroso, bajo una lámpara de billar, por una serie de calvos y de calvas que acarician gatos de angora sin siquiera bajar la mirada.

IX. AQUÍ TAMBIÉN SE DA LA BELLEZA

Fue en la noche del domingo 13 de junio de 1954 cuando llegó a Colombia, por obra y gracia de la dictadura de Rojas Pinilla, el medio de comunicación que le daría una lengua y una memoria y una cultura y una clase social en común a este archipiélago de culturas: la televisión. Fue en un principio un milagro técnico asistido por alemanes, por gringos y por cubanos. Empezó siendo una caja mágica para la educación de un poco más de mil familias: el primer día de emisión hubo recitales, documentales, adaptaciones de cuentos, ballets. Y así fue, una serie de programas serios y de improvisaciones en vivo, hasta que el Gobierno –consciente de lo difícil que era llevar a cabo producciones diarias– comenzó a arrendar los espacios televisivos.

Así llegaron las principales programadoras de producciones nacionales, en orden de aparición, en los veinte años siguientes: Punch, RTI, RCN, Caracol, Promec, Producciones JES, Jorge Barón, Coestrellas, Tevecine. Con el paso de las décadas, se fueron ampliando el número de canales nacionales y regionales. Y entonces, con el empuje de esas compañías dirigidas por personas apasionadas y por ejecutivos sensatos y por artistas cultísimos con vocación a lo popular, empezaron las comedias costumbristas, las telenovelas, los dramatizados, los programas de concurso, los noticieros, los comerciales llenos de frases célebres que –de la mano de los profesionales de la radio y el teatro y el deporte– les dieron a los pueblos colombianos las historias y los personajes que estaban necesitando para entenderse un poco mejor y para reírse tristemente de sí mismos.

Pronto ya no hubo miles, sino cientos de miles de televisores. Se vieron, en los cincuenta, las grandes producciones de teleteatro dirigidas por Bernardo Romero Lozano: de obras de Wilde a obras de Gogol. Se hicieron populares, en los sesenta, los melodramas venidos de las novelas de folletín, de los libretos de radioteatro, de los documentales sobre las regiones colombianas y de las narraciones decimonónicas que corregían las desigualdades y alcanzaban la

justicia social a punta de finales felices. Luego, en los setenta y los ochenta, fue más claro que nunca que las telenovelas colombianas no sólo se diferenciaban de las telenovelas de otros países por su necesidad de contar los hondos dramas del país, sino por un sentido del humor que las convertía en lamento y celebración de la vida al mismo tiempo.

Durante treinta años gloriosos –antes de que, en 1998, los televidentes colombianos se vieran obligados a ver la televisión que tanto les gustaba en alguno de los dos canales privados–, hubo una suma de talentos irrepetibles y de relatos maravillosos que sólo se dan de tanto en tanto en las culturas del mundo. Hubo presentadores imborrables: de Fernando González Pacheco a Gloria Valencia de Castaño. Hubo autores que tendrían que estar en la lista de los grandes escritores de esta historia: Bernardo Romero Pereiro, Julio Jiménez, Pepe Sánchez, Jorge Alí Triana, Martha Bossio, Fernando Gaitán, Mauricio Navas, Mauricio Miranda, Mónica Agudelo, Juana Uribe, Dago García. Hubo estupendas adaptaciones de novelas colombianas, y de novelas escritas en otros lugares, que mostraron la trasescena de la Historia y pusieron en evidencia la riqueza de los relatos de estas tierras: de *El alférez real* (1974), de *Manuela* (1975), de *La mala hora* (1977), de *La marquesa de Yolombó* (1978), de *El caballero de Rauzán* (1978), de *La tregua* (1980), de *La tía Julia y el escribidor* (1981), de *La dama de las camelias* (1981), de *El gallo de oro* (1982), de *El Cristo de espaldas* (1987), de *Los pecados de Inés de Hinojosa* (1988), de *Maten al león* (1989), de *La vorágine* (1990), de *Castigo divino* (1990), de *Cuando quiero llorar no lloro* (1991), de *La otra raya del tigre* (1993). Hubo series literarias e históricas, como *Revivamos nuestra historia* (1979 a 1987), *El cuento del domingo* (de 1984 a 1988) y *Crónicas de una generación trágica* (1993), que documentaron e hicieron ver a los televidentes los cuentos del país que echaban los viejos. Hubo dramatizados geniales: *La abuela* (1979), *Los cuervos* (1984), *El ángel de piedra* (1986), *Amar y vivir* (1988), *Azúcar* (1989), *¿Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha?* (1989), *Escalona* (1991), *La alternativa del escorpión* (1992) y *Hombres* (1996), entre tantos más, supieron recrear la vida como sólo sucede acá. Hubo telenovelas que nadie quiso que se acabaran: *La pezuña del diablo* (1983), *Pero sigo siendo el rey* (1984), *Gallito Ramírez* (1986), *Lola calamidades* (1987), *San Tropel* (1988), *Caballo viejo* (1988), *¡Quieta, Margarita!* (1988), *Café* (1994) y *Yo soy Betty, la fea* (1999) hubieran podido seguir y seguir porque vivir en Colombia fue vivir en los mundos que sus realizadores consiguieron montar.

De cada título de estos podría escribirse un libro. Pero quizás lo más práctico sea destacar tres comedias geniales que consiguieron recrear las particularidades de las familias colombianas: Yo y tú (de 1956 a 1976) de Alicia del Carpio, Don Chinche (de 1982 a 1989) de Pepe Sánchez y Dejémonos de vainas (de 1984 a 1998) de Bernardo Romero Pereiro y Daniel Samper Pizano. En los peores tiempos del siglo XX, cuando el narcotráfico desató los torniquetes que se le habían puesto a la Violencia, cuando el campo colombiano volvió a ser el campo de batalla por cuenta de los cultivos de coca, cuando Colombia empezó a ser reducida a tierra de narcos y de asesinos, estas comedias sirvieron de recordatorio de que aquí sucedía el amor y la vida y la familia y la risa.

En otras palabras, aquí no había monstruos ni extraterrestres, sino seres humanos, simples y extraordinarios seres humanos, obligados a vivir y a ser felices y a levantar una historia propia –y a contarla para recobrar el espíritu, que es el alma que razona– en un país en el que torturan a tantas y matan a tantos por cualquier cosa. Aquí había un diccionario particular, una suma de arquetipos, una belleza propia.

Tanto la radio como la televisión fueron fundamentales para hacer notar y transmitir esas mismas virtudes –los pies en la tierra y el coraje y las ganas de reírse y el amor por la familia, que no tiene por qué salir mal– encarnadas en los deportistas del país. La Vuelta a Colombia empezó a darse en pleno Gobierno de Laureano Gómez, en plena guerra civil y en pleno 1951, para hacerle creer al pueblo que sí era posible recorrer este mapa movedizo, pero lo que consiguió fue convertirse en su alivio y en un poema épico –el evasivo e inasible poema nacional– protagonizado por los primeros héroes de la Historia de la nación que eran héroes indiscutibles para los dos, tres, cuatro bandos de siempre: las hazañas del Zipa Forero, Cochise Rodríguez y el Jardinerito Lucho Herrera, entre tantos otros, probaron que los colombianos podían vivir calvarios con finales felices, ni más ni menos.

También la radio y la televisión narraron las gestas de nuestros futbolistas como

si la suerte de este pueblo mirado de reojo dependiera del Guajiro Iguarán o del Pibe Valderrama o del Loco Higuita. En los ochenta y en los noventa, Colombia era presentada, en las películas de Hollywood, como un infierno lleno de machos cubanos con bigotes mexicanos: «¡Agáchese: está en El Dorado!», le gritan al personaje de Harrison Ford en Peligro inminente. Y todo, desde las estadísticas hasta las malas noticias, parece indicar que esta sociedad se tomaba los pases al fondo y los goles de la selección colombiana como las pruebas reina que necesitaba el tribunal del planeta para declararla inocente. Aquí también se gana. Aquí también se da la belleza.

El sábado 28 de octubre de 1972 el boxeador palenquero Antonio Cervantes, Kid Pambelé, venció a Peppermint Frazer para probar que aquí sí se puede salir de la pobreza. El miércoles 22 y el jueves 23 de mayo de 1991 el matador bogotano César Rincón salió por la puerta grande de la plaza de Las Ventas, de Madrid, para demostrar que aquí sí hay segundas oportunidades sobre la tierra: «¡El sueño se repite!», gritaba el narrador de Radio Caracol, «¡Apoteósico!». El miércoles 20 de septiembre del 2000 la pesista vallecaucana María Isabel Urrutia se ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Sídney, tras levantar 245 kilogramos, para dejar en claro que aquí sí se dan las hazañas y aquí sí se puede surgir.

Pobre Colombia: desde esos días empezó a reaccionar con la ira santa de los impostores atrapados con las manos en la masa, y a pedir rectificaciones y a armar líos diplomáticos y a citar su café y su paisaje, cada vez que un extranjero la reduce a tierra de traficantes o de corte de gallote.

Solamente a los hijos les está permitido renegar y despotricar de sus madres. Y solamente a los hijos acomplejados se les revuelve el estómago, «¡usted no sabe quién soy yo!», cada vez que se ríen de ellos.

Sea como fuere, Colombia halló en la radio, en la televisión y en el deporte una identidad –«una narrativa», como dicen ahora–, que nos reunió a todos más allá

de aquella violencia política que poco a poco se fue volviendo violencia porque sí. Su cine, en cambio, fue sobre todo medio de denuncia.

La primera película colombiana, *El drama del 15 de octubre* (1915) de los hermanos italianos Di Doménico, fue un abucheado documental sobre el asesinato del general Uribe Uribe protagonizado por sus asesinos. *Garras de oro*, de 1926, es una sátira de la pérdida de Panamá de la que sólo quedan cincuenta minutos. En las décadas de los treinta, los cuarenta y los cincuenta se hicieron unos veinte largometrajes rudimentarios con la sensación de que jamás se alcanzaría la calidad de las producciones de Hollywood que se tomaron los teatros del país. Durante mucho tiempo este no fue un lugar apto para cineastas, sino, acaso, para cinéfilos. Y, sin embargo, después de esos largos años de documentales sobre paisajes, y de retratos de la burguesía criolla, y de adaptaciones literarias fallidas, poco a poco se fue asomando nuestro cine.

Y, quizás porque hasta la Ley del Cine de 2003 fue una proeza hacer una película y fue realmente difícil que además saliera buena, se tendió a la denuncia de la explotación y la barbarie: qué haría usted si tuviera una sola oportunidad para decirlo todo.

Fue claro, desde los años setenta, el empeño de filmar comedias criollas que al mismo tiempo se rieran y se enorgullecieran de esta idiosincrasia. *El taxista millonario* (1979) de Gustavo Nieto Roa, *La pena máxima* (2001) de Jorge Echeverri, *Como el gato y el ratón* (2002) y *Soñar no cuesta nada* (2006) de Rodrigo Triana, *La gente de La Universal* (1993) y *El colombian dream* (2006) de Felipe Aljure son retratos certeros –y más o menos compasivos– de las glorias y las miserias de la llamada «malicia indígena». Si uno lo piensa dos veces, *El embajador de la India* (1986) de Mario Ribero tiene algo de poema nacional porque ve un símbolo de lo que somos en la figura de aquel seminarista de Garzón que dejó creer a toda la ciudad de Neiva que era un marajá digno de honores.

Y la taquillerísima *La estrategia del caracol* (1993) de Sergio Cabrera, filmada y estrenada y ovacionada una década antes de que la Ley del Cine le abriera paso a la pequeña industria que se ha dado en el siglo XXI, parece sintetizar las dos principales corrientes de la cinematografía colombiana: por un lado es, como ha anotado el curador caleño Alejandro Martín, la cumbre de la comedia costumbrista que hizo de la televisión nuestra cultura en común, pero, por el otro, en su representación de un inquilinato en el que están juntos los arquetipos, los modos de ser colombianos, también resulta una denuncia de la estafa y del clasismo y del abandono estatal que han sido síntomas de nuestra enfermedad.

Sí, la verdad es que hemos hecho, sobre todo, películas que se niegan a que quede impune esta cultura de la venganza y la pobreza y la explotación y el ensimismamiento: *El río de las tumbas* (1964) de Julio Luzardo, *Chircales* (1972) de Marta Rodríguez y Jorge Silva, *Canaguaro* (1982) de Dunav Kuzmanich, *Carne de tu carne* (1983) de Carlos Mayolo, *Cóndores no entierran todos los días* (1984) de Francisco Norden, *Tiempo de morir* (1985) de Jorge Alí Triana, *Técnicas de duelo* (1988) de Sergio Cabrera, *Confesión a Laura* (1990) de Jaime Osorio, *Rodrigo D. No futuro* (1990), *La vendedora de rosas* (1998) y *Sumas y restas* (2005) de Víctor Gaviria, *La cerca* (2004) de Rubén Mendoza, *La sirga* (2012) de William Vega, *La tierra y la sombra* (2015) de César Acevedo y *El abrazo de la serpiente* (2015) de Ciro Guerra, dan a pensar que nuestro arte es principalmente un llamado de auxilio.

Sigue criticándosele al cine colombiano aquella vocación a narrar la miseria de su sociedad que Carlos Mayolo y Luis Ospina parodiaron cuando filmaron *Agarrando pueblo* (1977). Sigue pidiéndosele, con los titulares sangrientos a las espaldas y con la popularidad de la televisión como referente, que cuente algo más que el fanatismo y el salvajismo de cada quien. Sigue reclamándosele que no se acerque a las historias de esta cultura con el aturdimiento y el espanto de un extranjero. Pero la verdad es que nuestras películas, como el resto del arte aquí en Colombia, sólo dejarán de mostrar las patologías de esta sociedad –el dogmatismo, el machismo, el clasismo, el racismo, el ombliguismo– cuando mostrarlas deje de ser cuestión de vida o muerte.

Dígame usted si esto no está lleno de síntomas físicos y afectivos y cognitivos de trastornos mentales: de dolores y de insomnios, de miedos y de ansiedades, de anarquías y de olvidos. Dígame qué más podemos hacer, aparte de narrarlo y narrarlo y narrarlo otra vez, hasta que un día se nos ocurra una terapia mejor.

X. AQUÍ ESTÁ PASANDO ALGO MUY RARO

Propongo, con un poco de solemnidad, crear una Psiquiatría General de la Nación. Propongo una pequeña reforma constitucional de esas que nunca prosperan. A partir de ahora tendrán que pasar por allí, por ese diván oficial, todos los políticos colombianos que pretendan llegar a los altos cargos de su Estado. Creo que en nuestra democracia se ha venido dando, al tiempo con sus logros que pocos quieren ver, lo que el ponerólogo polaco Andrzej Łobaczewski llamó una «patocracia»: «Un sistema de Gobierno creado por una pequeña minoría patológica que toma el control de una sociedad de personas normales». De verdad pienso que, como prueban sus héroes y sus relatos, el pueblo colombiano ha sido más sano que su dirigencia. Y que se nos ha venido encima la hora de tomarnos en serio la salud mental de quienes nos lideran.

Quizás se trate, en este punto, de un círculo vicioso: nuestros líderes de hoy son hijos de la locura de la patria, de las evangelizaciones y de las regeneraciones, de las violencias y de los caudillismos, de las polarizaciones y de los dogmas, de las frustraciones y de las incertidumbres, y entonces se portan así. Nuestra violencia sin comillas ni mayúsculas, nuestra tendencia a despedazar y a someter porque se puede, no viaja por nuestra sangre, pero sí es una educación, una cultura. Y demasiados dirigentes nuestros, pues demasiados carecen del principio de realidad que suele evitarnos tantos males, han hecho muy poco para que su sociedad supere un pasado doloroso: «Los dirigentes abren a sus sociedades la posibilidad de decir lo que no puede decirse, de pensar lo que no puede pensarse, de realizar gestos de reconciliación que la gente sola no sabe imaginar», explicaba, hace unos años, el ensayista canadiense Michael Ignatieff.

Aquí sigue pasando todo lo contrario. Que hay, sí, líderes que emprenden el camino de los pactos por la convivencia, pero que en todas las regiones sigue habiendo demasiados caciques psicopáticos enquistados en las instituciones: cargan con la doble moral de la guerra, y se portan como esos villanos que no saben que lo son, porque nacieron y crecieron y se abrieron paso en un clima en

el que no estar a favor siempre ha significado estar en contra y no ser un amigo ha sido sin falta ser un enemigo. Han sido un «Yo» en mayúsculas, un «Yo» mesiánico, definido por un «otro» en minúsculas. Han insistido en un «nosotros» en el que no se da la igualdad social sino el deseo exasperado e iluso de someter a un «ellos».

Se ha estado dando la patocracia, como se han dado la plutocracia y la corruptocracia, en medio de nuestra democracia. Łobaczewski advierte que la sociedad vive entre valores patológicos cuando el poder está en manos de una clase política enloquecida. Y que se encoge de hombros ante el quietismo y el entorpecimiento de lo público porque este fracaso «es lo normal». Y, no obstante, Colombia tendría que pegar un grito vagabundo porque están allí, aquí, las principales señales de una patocracia: porque con demasiada frecuencia el ventajismo prima sobre la solidaridad, porque la corrupción no es un fenómeno sino una lengua, porque se gobierna por debajo de la mesa, porque sólo se representa a los ciudadanos en tiempos de campaña, porque se administra el país con las polarizaciones artificiales de las segundas vueltas de las elecciones, porque las desigualdades crecen en medio del discurso contra las desigualdades, porque el periodismo quiere ser reducido a propaganda, porque se siguen violando día por día por día los derechos humanos más básicos.

Tengo en mente la teoría de la terapia primal, del psicólogo norteamericano Arthur Janov, cuando digo que esta sociedad tendría que pegar un grito vagabundo: pienso que nuestros traumas profundos requieren relatos rotundos, símbolos brutales al alcance de todos, versos con estatus de dichos populares.

Pienso que hemos estado cantándolo todo desde que sentimos la locura respirándonos en la nuca, «Jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia», «Juego mi vida, cambio mi vida, de todos modos la llevo perdida», «Yo quiero pegar un grito y no me dejan», «¡Gol!», «¡Colombia, Colombia, Colombia!», pero que este es el momento preciso para redoblar esfuerzos. A finales de los noventa fue común escuchar, en las facultades de Literatura, que la novela había muerto, que la posmodernidad había descubierto el realismo extremo de la

fragmentación y había decretado el fin de las tramas y de los personajes con psicologías. Pero si algo nos han probado estos últimos años es que nada puede darse por sentado, que la novela, por ejemplo, sigue siendo una herramienta contra la psicopatía, y que hay que seguir diciendo y gritando lo que se ve.

Me puse en la tarea de escribir este ensayo maniacodepresivo para darles un contexto a las columnas que he hecho en los últimos años para El Tiempo, el periódico en el que mi abuelo Silva fue linotipista y mi abuelo Romero fue incómodo, pero pronto me di cuenta de que también quería dejar por escrito una plegaria para que no permitamos que, por cuenta de los populismos psicopáticos y de las patocracias, se nos vengán abajo los progresos que habíamos considerado irreversibles.

Es que son días de prueba para la democracia estos de 2019. Son días de prueba para la salud mental de los padres y los hijos de este país. Según la ONG Latinobarómetro, sólo el dieciséis por ciento de los colombianos cree que el Gobierno trabaja para todos. Según la evaluación internacional ICCS, el 73 por ciento de los adolescentes del país aprobaría una dictadura si no se metiera con ellos: ja. Según la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN) y la Universidad Externado, el 31 por ciento de los excombatientes del conflicto armado, 8370 exguerrilleros o exparamilitares, sufre de estrés postraumático: ansiedad, descontrol, psicosis. Según la Organización Mundial de la Salud, el promedio de los colombianos deprimidos, 4,7 por ciento de la población, es más alto que el promedio mundial.

Sí, en efecto, las redes sociales pueden servirles a los quince millones de usuarios de este país para convertir la solidaridad en un criterio, para insistir en los valores de la democracia, para hablar y hablar y hablar hasta librarse de la locura. Pero, en medio de una cultura en la que sigue heredándose la violencia, las redes también pueden propagar el pensamiento de manada, darle al populismo reaccionario la oportunidad para fabricar sus enemigos, permitirles a los frustrados la posibilidad de aniquilar a los demás de un brochazo, contagiarles a los arrinconados el comportamiento de alguna barra brava –como

un mecanismo de supervivencia o un remedio peor que la alienación– y revivirles a los incautos, a modo de trastorno, la megalomanía de la infancia: la ceguera al otro.

Repito: ciertas conquistas mínimas, como los derechos reproductivos de las mujeres o los derechos de la comunidad LGBTI, como la libertad de expresión o la separación de poderes, como la igualdad y la vida, están en riesgo en todo el mundo de este siglo XXI. Y aquí en Colombia tiende a estar en juego, una vez más, el país diverso e incluyente que se pactó en la Constitución de 1991. Se ha vuelto a hablar de «la unidad», de «un pacto nacional», de una «paz política», como proponiendo esa nación temerosa de Dios que –a la espera de un pueblo que se sume a su causa e impaciente con una ciudadanía que ejerce su derecho a la crítica sin pedir permisos– tarde o temprano se ve forzada a justificar la violencia.

¿Vamos a insistir en ser ese archipiélago que persigue la unidad de Dios sea como fuere o seremos capaces de ser la nación a partir de la diversidad de la Constitución de 1991? ¿Podremos dejar atrás definitivamente ese populismo reaccionario, católico e ingenioso, que ha podido incumplirle al pueblo colombiano sus propuestas porque la verdadera promesa del catolicismo es el viacrucis y el cielo? ¿Seremos capaces de sobreponernos al negacionismo, al maniqueísmo, al aniquilamiento y a la agonía perpetua de esta cultura bicentenaria? ¿Seremos capaces de transformar nuestra actitud religiosa, dogmática, violenta, en la convicción de que una Iglesia es sobre todo una asamblea, una reunión, un refugio para la convivencia?

¿Seguiremos empeñados en ser lo uno a costa de lo otro?: ¿podremos encontrar en la rendición a la vida, por ejemplo, un acuerdo mínimo, un piadoso punto en común?

Colombia no es un país, sino muchos. En sus Notas de viaje tomadas hacia 1882, antes, mejor dicho, del imperio del proyecto regenerador, el diplomático

argentino Miguel Cané habla de un país con una constitución «idealmente generosa», capaz de tolerar los insultos en los muros, preparado para que los combates sean de oratorias, liberado del caudillaje militar y hecho a que los dictadores «gocen comúnmente de mala salud»: «Colombia, como la Argentina, se regirá siempre por el sistema federal, porque así lo exige la naturaleza de las cosas; pero sus esfuerzos deben tender sin descanso á combatir los excesos del sistema, á habituar á sus hijos, para dar una forma concreta á mi pensamiento, á decir Colombia, en vez de Los Estados Unidos de Colombia», escribe en la página 121 de sus diarios.

El señor Cané, privilegiado, claro, porque en 1882 tiene enfrente una versión del país de tres millones y pico de habitantes, piensa con sensatez que este país no tiene alternativa a un federalismo coordinado desde una capital que se haga digna de llamarse así. Donde dice «sistema federal» podría decir «pluralismo». Pero Colombia tomó otro rumbo apenas él se fue.

Cané habla, páginas adelante, sobre una población colombiana más bien conservadora, pero ve muy lejos el regreso de los reaccionarios al poder «porque el exceso mismo de sus ideas, que envuelven la negación más absoluta del progreso, les quita esa fuerza»: «fanáticos, intransigentes en materia de religión, no ocultan en política su preferencia por la monarquía y aun creo que no son muy ardientes partidarios de aquellas que tienen por base el régimen parlamentario». Habla Cané de líderes retrógrados para los que «la palabra pública es una sentencia que no puede ni debe cambiar el tiempo: “fuera de la Iglesia no hay salvación”». Insiste, con el filósofo francés Joseph Ernest Renán, en que «se lee mal cuando se lee de rodillas». Y, sin embargo, se pregunta si en esta tierra varada en el pasado el conservatismo podrá superar su absolutismo y el liberalismo su anarquía.

Sigue siendo una buena pregunta: «Empujados por la gravitación conservadora que se hunde en el pasado, los liberales se lanzan al porvenir con una vehemencia terrible», advierte y predice el diplomático Cané. Y luego deja claro que esos mismos liberales, obsesionados con ser el polo opuesto de los

reaccionarios e incapaces de percatarse de que los mueve la misma actitud religiosa degenerada en actitud fundamentalista, llegan al extremo de enseñar la idea de «que el asesinato político es, en ciertos casos, una acción legítima... ¡una vez más, no!». Ay, Dios: los curas que se fueron a la guerrilla, los unos y los otros que se tomaron el Palacio de Justicia, los ángeles vengadores que pusieron bombas en los parques de todos para probar su punto.

Deja constancia el señor Cané de un comportamiento que, 137 años después, ha ido creciendo y es un hecho político: «En el centro de ese campo donde combaten huestes tan opuestas, los independientes, antiguos liberales, se han segregado de la masa, procurando encontrar, al abrigo de la moderación en las ideas, un modus vivendi razonable para la colectividad», escribe. «De un liberalismo templado, manifiestan públicamente un serio respeto por la religión, y en materia política trabajan por introducir cierta reglamentación indispensable para hacer fecundas las libertades y derechos garantizados por la Constitución, pero por el momento el partido independiente no sólo es poco numeroso en Colombia, sino que carece de autoridad moral...».

Creo que esa independencia, que no le arrebató a nadie sus matices ni sus contextos, hoy más que nunca es señal de cordura. Creo que ha crecido. No es fácil ver el plano general en un país de primerísimos primeros planos: mientras termino este ensayo, me entero de que en el Día de la Madre que acaba de pasar hubo 464 casos de violencia intrafamiliar; The New York Times ha revelado una nueva directriz del ejército como la que terminó en los «falsos positivos», que podría poner en riesgo a la población, y el partido de Gobierno sigue haciendo lo que puede para acabar con la justicia especial para la paz. No obstante, me parece claro que, a pesar de las manadas delirantes que reúnen las redes, a pesar de ese Gobierno de las muchedumbres –de esa olocracia– que pretenden unos cuantos, cada día hay más ciudadanos independientes de las viejas jerarquías.

Sigue y sigue la locura. Han vuelto las amenazas por debajo de la puerta, los asedios, los desplazamientos, los asesinatos de los defensores de los derechos humanos. Pero cada día hay más electores sin dueños, más proyectos políticos

que se niegan a la aniquilación del otro típica de los reaccionarios, a la vehemencia terrible contra los tradicionalistas y al desprecio de lo religioso cuando la religión no es una trinchera sino apenas un refugio. Ya la Iglesia católica no pone candidatos presidenciales. Ya nadie tiene la última palabra y ya no hay hijos ilegítimos y ya no se entera uno del horror y del desangre una década después. Será esa generación de generaciones de independientes, creo, la que derrote las alteraciones de nuestra democracia: la plutocracia, la oclocracia, la patocracia.

Sigue el miedo y sigue la intimidación en las zonas de la guerra. Y, sin embargo, cada día hay más electores, más espectadores, más ciudadanos, más lectores que no se resignan a ser extras de una gesta protagonizada por los peores: son hechos verificables que la protesta social y el interés por el pasado del país han crecido en los diez años que cuentan las columnas de este libro.

Creo que el grito vagabundo de la sociedad, que a duras penas reclama el derecho a dormir en paz en la noche, todavía no ha sido oído por la mayoría. Creo que hay que seguir presentando, como novedad, toda la ficción que se ha hecho aquí para digerir la realidad. Creo que hay que seguir escribiendo y reseñando y leyendo lo que pase acá. No hay demasiadas novelas, ni demasiadas películas, ni demasiadas series de televisión, ni demasiadas canciones, ni demasiados ensayos, ni demasiados poemas, ni demasiadas obras de teatro, ni demasiados textos de Historia, ni demasiados documentales, ni demasiadas columnas en un país que sobre todo requiere terapia. No hay mal que dure doscientos años, ni cultura que no pueda volver del infierno. Basta escuchar, por fin, el grito.

Viernes 24 de mayo de 2019

«MARCHA FÚNEBRE»

DIEZ AÑOS DE COLUMNAS EN EL TIEMPO

TAPABOCAS

TITULAR: GRUPO DE ACTIVISTAS AYUNA EN SOLIDARIDAD CON EL GENOCIDIO EN DARFUR

Mayo 29 de 2009

Creo que el futuro del mundo son los viejos. Y las escenas que estoy viendo en mi computador, una procesión de imágenes que obtuvo la prensa la semana pasada, han venido a probármelo. Esa anciana palestina sostiene una llave oxidada, símbolo de los horrores que su pueblo ha tenido que soportar desde mayo de 1948, para que la cámara del fotógrafo de Reuters sea testigo de su protesta. La actriz Mia Farrow, el multimillonario Richard Branson y el compositor Peter Gabriel, de 64, sesenta y 59 años, se relevan en una peligrosa huelga de hambre en nombre de los cinco millones de personas que ahora mismo mueren de inanición en Darfur. Mil quinientos viejos inconformes marchan, en Ciudad de Guatemala, dispuestos a exigirle la renuncia a un presidente sospechoso de asesinato. Y el cantante Leonard Cohen, de 75, les pide a los espectadores de su concierto en Nueva York que agradezcan ese momento como un paréntesis al infierno que estamos viviendo: «Perdón por no morirme», dice.

Y mientras tanto Colombia, que también queda en el mundo, es una suma de huelgas pendientes. Los estómagos deberían vivir revueltos por cuenta de la cacería a los que piensan diferente, el desempleo y los crímenes que cometen los ejércitos que andan sueltos por ahí. La protesta tendría que haberse vuelto parte de nuestra rutina. Pero el tiempo se nos va, como a un pueblito amedrentado, como a los cerdos mezquinos de Rebelión en la granja, en un oficio que prueba que estamos sometidos: el oficio de estar a favor o en contra de este señor que se ha empeñado en reelegirse.

No me importa que se hayan quedado mudas aquellas damas que agitaron las relucientes ollas que no usaban para condenar los hechos del proceso 8000. Me tiene sin cuidado que los políticos de oposición sean incapaces de explicar qué país es el que quieren. Ya me acostumbré a que la gente, enseñada a que se vive a pesar del Gobierno, se encoja de hombros ante los peores escándalos.

Todavía me deprime, sin embargo, que los jóvenes se queden quietos. Porque ¿qué clase de engendro es un joven gobiernista?, ¿qué tipo de monstruo es un joven conservador?, ¿qué variedad de bicho es un estudiante que defiende el derecho de los hijos del presidente a hacer negocios? Y ¿qué tiene que pasar para que un universitario se rinda antes de tiempo?, ¿que no sepa lo que nos ha costado llegar hasta acá?, ¿que no tenga claro que nos hemos desviado porque nadie le dijo nunca a dónde íbamos? Qué triste esa manada de jóvenes encorbatados, hipnotizados y digeridos por el pragmatismo. Su activismo se reduce a frases como «man: qué tal la cara de demente de este mancito en la entrevista con el argentino de la BBC»; «marica: tenaz lo de los falsos positivos»; «güevón: ¿vio a José Obdulio hablando en el tiempo.com como un Cantinflas en saco de rombos?». Su beligerancia se limita a ser hinchas de equipos que jamás han visto ganar, a armar grupos en Facebook, a escribir en los comentarios de internet las canalladas anónimas que antes se escribían en los baños públicos.

Miren ese rebaño patético: es una marcha de zombis con un tapabocas que les sirve para todo.

Y ahora díganme si no tenemos que agradecerles a los viejos que no mueran. Pues viejos son los columnistas que se han embravecido, los caricaturistas que se han agrandado, los magistrados que piden la presencia de la ONU para que el país entienda que el planeta está mirando. De pronto es lo que decía Pablo Picasso: «Se necesita mucho tiempo para volverse joven». Tal vez los famosos estudiantes del 68, que cargan la vergüenza de no haber hecho la revolución, se habían estado preparando, sin saber, para este momento. Y, como los abuelos que

corrigen el rumbo de los nietos, tengan que sacar la cara por todos –ayunar, reírse a carcajadas, dar la vida– hasta que quede claro que el mundo es una empresa corrupta e ineficiente que resuelve las crisis echando a las señoras de los tintos.

TITULAR: EL PRESIDENTE URIBE INSTALÓ LAS SESIONES ORDINARIAS DEL CONGRESO

Julio 24 de 2009

No hay sino un problema filosófico realmente serio: la educación. Y todo apunta a ello esta semana. El profesor Frank McCourt, autor de ese libro magistral titulado *Las cenizas de Ángela*, murió en Nueva York hace unos días: dejó dicho, ante de irse, que un buen educador es un gran narrador. El escritor Daniel Pennac, aquel instructor de secundaria que se hizo un lugar en todas las librerías gracias al ensayo *Como una novela*, acaba de publicar en español un estupendo texto sobre sus días como «pedagogo de zoquetes»: enseñar es, en las 255 páginas de *Mal de escuela*, «sacar del coma a una sarta de golondrinas estrelladas». Y mientras tanto en Colombia, en su discurso frente a los congresistas que no se han ido a la cárcel, el presidente dio una serie de buenas noticias sobre el futuro de la enseñanza en el país.

La cobertura de educación básica se aproxima al cien por ciento porque, entre otros aciertos, el programa de gratuidad educativa ha apoyado a cinco millones de niños. Cada año las escuelas graduarán 650 mil bachilleres, las facultades fabricarán un millón setecientos mil universitarios y el Sena preparará seis millones de trabajadores. Y, como a los maestros se les pagará mejor, y a los estudiantes se les evaluará con más cuidado, muy pronto tendremos instituciones educativas de gran calidad.

De verdad que son buenas noticias: la educación es el refugio, el sentido de la

vida y «el alma de una sociedad que», decía Chesterton, «encarna de generación en generación».

Y un Gobierno que no lo invierta todo en educar a sus ciudadanos no pasa de ser un negocio redondo.

Son buenas noticias. Y más en estos días en los que tan pocos colegios enseñan a leer el mundo. Y más en estos años en los que tantas universidades, reducidas a la vergonzosa labor de prometerles lo imposible –un futuro laboral– a los incautos que reúnen el dinero de la matrícula, han tallado en sus puertas el eslogan «el cliente tiene siempre la razón», se han convertido en el sótano en el que se castiga la creatividad que se premia en el kínder y se han resignado ante los horrores de los últimos años porque no es rentable criticar la barbarie: que no tendría nada de malo, ni más faltaba, si tuvieran la decencia de no llamarse «universidades».

Son buenas noticias: significan que la era de la mala educación está por terminarse. Y que podemos esperar que la academia enfrente el año que comienza, el que va de aquí al siguiente 20 de julio, como es: un año definitivo en la Historia de Colombia.

Quedan 361 días, 361 días de votaciones de vida o muerte, de viajes relámpago a Estados Unidos, de amagos de guerras con los patéticos Gobiernos vecinos, para definir en qué clase de país estamos. Faltan 361 días de lecciones de Historia para que se cumplan los doscientos años de nuestra independencia. Y les corresponde a nuestros maestros transmitir la civilización por la que tantos han entregado la vida, narrar la aventura fascinante de esta cultura que empezó por su decadencia, sacar del coma a un pueblo traumatizado que se ha resignado, como Sísifo, a empujar una roca inhumana que se rueda unos segundos antes de alcanzar la cima, para probarnos que no sólo nos unen los triunfos, las telenovelas y los miedos.

Lo dijo César Augusto Londoño el día en que mataron a Jaime Garzón: «Y hasta aquí los deportes, país de mierda...». Es hora de dar el paso siguiente. Si todo sale como el presidente ha anunciado, si el sistema educativo se vuelve nuestro fuerte, pronto graduaremos personas libres e independientes que sabrán leer entre líneas, que podrán oír las «inconcebibles» opiniones ajenas sin perder la cordura, que no se sentirán ni orgullosas ni avergonzadas de ser colombianas, respetarán las reglas del juego y no se dejarán tentar por la violencia de nadie. Si todo sale como el Gobierno dice, si las estadísticas no son una triste estrategia de campaña, ningún alumno volverá a soportar a un Gobierno como este.

OBAMA

TITULAR: BARACK OBAMA GANA EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ

Octubre 16 de 2009

El mundo giró a la derecha sin precaución hace mucho, mucho tiempo. O tal vez haya sido así, esta brutal cadena alimenticia en la que no tenemos voz ni voto, desde el principio de los tiempos. Y quizás eso que hemos querido llamar «izquierda» no sea más que el gesto de reclamar nuestros derechos. Lo digo porque en los últimos días, con la excusa de que no merecía el premio Nobel de la paz que le dieron, ¡por Dios!, el valiente Barack Obama se ha convertido en el chivo expiatorio de la humanidad: el hombre que no cambió el planeta en nueve meses. Y así ha quedado claro que los pocos dueños de las cosas no están dispuestos a ceder un ápice, que seguimos esperando el regreso de nuestro señor Jesucristo, y que hemos perdido la fe en las palabras y el hábito de interpretar los hechos.

Vivimos bajo el maniqueísmo de los pragmáticos: o se es un idiota o se es un villano. Y Obama, por tonto o por malvado, tiene la culpa de todo. Obama es soviético: sólo a un comunista recalcitrante, dice la cadena Fox, podría habersele metido en la cabeza que todos tienen derecho a la salud. Obama es sionista: ciertos palestinos aseguran que «se ha evaporado toda esperanza» en sus gestiones para lograr la paz en el Medio Oriente. Obama es pequinés: se le critica haber dejado una cita con el Dalai Lama para después de hablar con el Gobierno chino. Obama es guerrerrista: los veteranos lo acusan de prolongar el infierno en Afganistán con el envío de 16 000 soldados nuevos. Obama es débil: los republicanos no le perdonan que se empeñe en la eliminación de las armas nucleares e insista en la salida de Irak. Obama es nazi: un vándalo puso su nombre al lado de una esvástica en el hoyo dieciocho del Country Club de

Lakeville, Massachusetts.

¿Y estos señores suecos, con su actitud de ONG primermundista, se atreven a premiarlo con el Nobel?, ¿querían obligarlo a ser el redentor que parecía?, ¿querían forzarlo a hacer lo que no ha hecho?

No. El presidente del panel, Thorbjørn Jagland, lo dijo el martes que pasó: «Obama ganó el premio por lo que ha hecho».

Ya tenemos la edad para saberlo: los salvadores no existen. Pero si alguien se ha jugado su pellejo por todos nosotros, si alguien ha pronunciado las frases que ofenden a los déspotas, ese es Barack Obama: el primer presidente negro del país que reinventó el racismo, que le ha dado la vuelta al mundo en nueve meses, entiende bien que las palabras son hechos: para borrar de un brochazo la era nefasta de George Doblebush, anunció que nunca más enfrentará los problemas de fondo sin contar con las demás naciones; rechazó sin ambigüedades las torturas de los tiempos de Cheney; le dijo al mundo islámico, mirándolo a los ojos en su propio territorio, que les extendía la mano que se extiende a los aliados; le pareció obvio, en voz alta, el reconocimiento del Estado palestino; y les recordó a los demás líderes que, ya que el planeta es uno solo, la prioridad de todos es enfrentar el cambio climático.

Al tiempo, como en los días de las guerras de independencia, ha dado ejemplo al mundo entero por medio de las luchas que ha librado en su propio país: ha impulsado una nueva legislación para cortar las emisiones de dióxido de carbón, ha invitado a las 564 tribus de nativos americanos a resolver los problemas en una reunión de trabajo en la Casa Blanca, ha condenado «las prácticas depredadoras de la industria financiera», ha lanzado programas de billones de dólares para arruinar la crisis, ha apostado su imagen a una arriesgada reforma del sistema de salud que persigue asegurar a 46 millones de personas que hoy no pueden enfermarse, y de pie, frente a los defensores de los derechos civiles de los homosexuales, ha sido capaz de decir «estoy con ustedes en esta pelea».

Y los poderosos de siempre lo han odiado a muerte, claro, porque su mensaje ha sido: «La era del miedo ha terminado». ¿Y cómo se gobierna a un pueblo que no teme?

NIÑITOS

TITULAR: CALLE 13 LLAMA PARAMILITAR A URIBE Y SE BURLA DE CHÁVEZ EN LOS MTV

Octubre 30 de 2009

Colombia es pasión, pero en el sentido de viacrucis. Colombia es pasión porque pasión es la «acción de padecer». Soportamos, como un destino, las peores primeras planas del planeta: un concejal cristiano de Bogotá es acusado de ordenar, bajo la mirada fija del Señor, el salvaje asesinato de su esposa; otro más jura por el Concejo y por sus hijos que no le pegó a su cuñada; un sicario le concede a un líder de la izquierda un último deseo, llevar a su hija de tres años hasta el paradero, antes de dispararle a sangre fría en una calle de Barranquilla; poco a poco los medios de comunicación descubren que se ha estado llevando a cabo una reforma agraria silenciosa que nos condena a seguir siendo un país de «siervos sin tierra»; y un Congreso fantasmal, plagado, por fin, de sillas vacías, pierde el tiempo en el esfuerzo por restablecer la muy rentable prohibición de la dosis personal.

Descomposición, intimidación, corrupción desvergonzada: dentro de muy poco todos seremos condenados a la casa por cárcel por palabra, obra u omisión.

Pero, como niñitos que cierran los ojos para que no los vean, le exigimos al mundo que niegue con nosotros nuestra crisis.

Que Carla Bruni no cante «eres más peligroso que la blanca colombiana» porque «es una afirmación muy dolorosa para el país». Que esos progresistas desinformados, que trabajan en El País de España, no escriban más artículos que nos hagan quedar como una dictadura por fuera de la ley. Y que el señor Residente, cantante del grupo puertorriqueño Calle 13, no se ponga en vivo y en directo camisetas que acusen al señor presidente de paramilitar. «Constituye un agravio para su buen nombre e investidura y un irrespeto a la dignidad de nuestros connacionales», aseguró el Canciller que tenemos. «¿Qué tal yo opinando de música?», argumentó el alcalde de Manizales, Juan Manuel Llano, tras vetar la entrada de la agrupación en su ciudad porque «se ultrajó a todos los colombianos».

Las pasiones colombianas más oscuras —el arribismo, la envidia, el patrioterismo— son manifestaciones de un complejo de inferioridad que no se vence de la noche a la mañana. Por eso, porque en el fondo nos creemos menos, tenemos esta extraña relación de amor y odio con el resto del planeta: esta incapacidad para soportar las críticas, esta indignación ante lo menos grave, esta obsesión por la buena imagen que nos pone de rodillas ante todo lo de afuera y que padecen quienes tienen mucho qué ocultar. En estos siete años todo se ha agravado. Pues en un país que ha perdido la sana costumbre de no creer en su Gobierno, en un país en el que no hay lugar para el debate porque el presidente es el jefe de la oposición («hay que devolver esa platica», «nadie debe perpetuarse en el poder»), todo aquel que critica el estado de las cosas es considerado un extranjero: un personaje que vive fuera del país real.

Yo me niego a irme del país en el que vivo. Sí, el procurador confunde la moral con la salud, los políticos inescrupulosos se portan como quinceañeros ofendidos cuando los investigan (y ninguno lo es) y los indígenas acá tiritan de miedo. Sí, es un país desbaratado. Pero no es el país de ellos, de los que intimidan. Y yo no me dejo sacar. Y me niego a callarme que no estoy de acuerdo con tantas bajezas. Me gusta una idea de «Colombia es pasión»: «La percepción sobre Colombia comienza por la actitud que adoptemos». Pero creo que esa «actitud» debe ser brutalmente crítica, que debemos reconocer que los demás países tienen derecho a cuestionarnos, que nuestro primer paso hacia la verdadera dignidad debe ser reconocer que esta patria tiene mucho de desastre. Me gusta que en la

página web del Ministerio de Relaciones, cuando se hace clic en la sección «Artículos positivos sobre Colombia», aparezca la frase lapidaria «no hay elementos que mostrar».

Seguro que es un error. Que no salga de acá. Pero es, aquí entre nos, un buen comienzo.

ARIAS

TITULAR: ANDRÉS FELIPE ARIAS ASUME LA LÍNEA DURA DEL CONSERVATISMO EN SU CAMPAÑA A LA PRESIDENCIA

Noviembre 13 de 2009

Se llama Andrés Felipe Arias. Hasta hoy, da más mal genio que miedo. Nació en Medellín el 4 de mayo de 1973. Sus profesores del colegio lo recuerdan como un alumno ambicioso que hablaba de tomarse el mundo. Sus compañeros de estudios superiores le reconocen una extraordinaria capacidad de trabajo. Fue investigador del Banco de la República, obtuvo el título de Doctor en Economía en la Universidad de California en el 2002, hizo una breve pasantía en el Fondo Monetario Internacional. Y de regreso al país, con semejante hoja de vida, se convirtió en el funcionario estrella de este Gobierno de nunca acabar. Ahora mismo lo veo, en las páginas de la revista Semana, en el centro de una foto inquietante que le han tomado con el equipo de su campaña a la presidencia. A su derecha, Enrique Gómez Hurtado. A su izquierda, Fernando Londoño Hoyos.

¿Qué tuvo que pasar para que un tipo de mi generación llegara a posar, sonriente, junto a alguien que se niega a aceptar la Constitución de 1991? ¿Cómo se pasa de ser un rozagante joven ochentero a ser el muñeco de ventrílocuo de la derecha? ¿Qué clase de niño era este Arias?: ¿iba por Gargamel cuando veía Los pitufos?

Arias ha ido armando, en los últimos años, un álbum de imágenes delirantes. Acá está, cuando era ministro de Agricultura, haciendo esa innecesaria campaña contra un despeje que ni siquiera era una opción. Acá se ve defendiéndose con el

Método Uribe de Control Mental («eludir», «culpar», «prender alarmas») de los senadores que lo acusan de entregarles a los latifundistas las diecisiete mil hectáreas de la hacienda Carimagua que se les habían prometido a las familias desplazadas. Mírenlo ahora, en plan de precandidato, enviando mensajitos cínicos desde su Blackberry en el vergonzoso debate sobre el referendo. Y ahora obsérvenlo haciéndose el perseguido, por Dios, como si no tuviera todo el poder de su lado: vocifera, setenta por ciento culebrero, treinta por ciento yuppie, porque han vuelto a acusarlo de repartir el campo colombiano entre los terratenientes de siempre.

¿Qué tuvo que suceder para que aquel estudioso hombre de veintinueve años se prestara para ser este candidato pendenciero y retardatario de 36 que agita los regionalismos, enloda cada vez que puede a una competidora de su propio partido que podría ser su madre y les grita «cobardes» a todos los que no piensan como él? ¿Fue así desde siempre?: ¿de niño pensaba, mientras veía La guerra de las galaxias, que Darth Vader tenía toda la razón?

Por lo pronto, sabemos que, a pesar de los escándalos, no va a renunciar a su candidatura. Primero, porque aquí nadie renuncia a nada. Segundo, porque si algo le queda, de estos siete años de mal ejemplo, es que la clave para reinar es dividir y hacer cara de frentero. Tercero, porque su nueva cruzada es sólo una pose, una pantomima de telonero mientras aparece el verdadero candidato, una campaña más en un país que suele quedarse en las campañas. Sí, la suya, como tantas, es una candidatura «por si acaso». ¿Alguien aquí ha leído su plan de Gobierno? Si la respuesta es sí, ¿podrían explicarme qué clase de propuesta es «liquidación de toda entidad corrupta»? ¿significa que va a acabar con todo?

Acaba de empezar, como una forma de decir «no todos estamos dormidos», «este país es de todos», una Alianza Ciudadana por la Democracia que busca defender, de los inescrupulosos de turno, la democracia, las reglas del juego, la arquitectura, el pluralismo y los derechos que protege la Constitución de 1991. Es una buena señal. Pero a Arias, metido hasta el cuello en el negocio opuesto, todo eso le tiene sin cuidado. Sabe, por los libros de historia, lo que otros países

han tardado en recuperarse de los meses que ahora se nos vienen a nosotros, que una vez pase el referendo no va a ser fácil reparar esa Constitución que tanto nos costó, pero se ha extraviado, como tantos, en la lógica retorcida del poder. Y más temprano que tarde tendremos que encararlo.

DIGNOS

TITULAR: PRESIDENTE SE ENFRENTA A LA CORTE SUPREMA POR NOMBRAMIENTO DEL FISCAL GENERAL

Noviembre 27 de 2009

La siguiente es la declaración del señor presidente de la república el pasado domingo 22 de noviembre: «Es muy grave para las instituciones de Colombia que el presidente de la Corte Suprema de Justicia esté diciendo mentiras de las conversaciones que ha sostenido con el presidente de la República, según aparece publicado en el periódico El Espectador», dice. Y la historia es esta: en medio de una atmósfera enervante, originada por las investigaciones a ciertos congresistas relacionados con el paramilitarismo, patrocinada por un Gobierno errático al que se le han ido dos periodos tratando de quedarse un periodo más, y animada por un puñado de periodistas que han olvidado para qué sirve una Corte Suprema de Justicia, la Corte ha comunicado que no elegirá a ninguno de los tres candidatos a fiscal propuestos por el presidente de la república, porque, aun cuando cumplen con las calidades que exige la Constitución, ninguno reúne la idoneidad y la independencia que deberían reunir los fiscales del país.

El presidente de la Corte asegura que le sugirió al presidente de la república que reflexionara sobre la terna: que, mejor dicho, contemplara la posibilidad de cambiar a los tres aspirantes. El presidente de la república dice que el presidente de la Corte es un mentiroso. Y, cuando se le menciona un documento en el que Colombia prometió a las Naciones Unidas que elegiría fiscales independientes, asegura que traerlo al caso equivaldría a «romper la Constitución», a «dar un golpe de Estado».

Se trata, pues, de otro de esos peligrosos casos de «es su palabra contra la mía» que nos tienen a un paso del precipicio. Quiero decir: del absolutismo. Y yo me quedo con la versión de la Corte sin pensármelo dos veces.

Porque después de siete años de aferrarse al poder a las patadas, de convertir a Colombia en una isla gringa rodeada de nada, de popularizar eufemismos escalofriantes (va una terna: «Falsos positivos», «estado de opinión», «ley superior»), a este Gobierno le queda muy mal hablar de «mentiras» y de «constituciones rotas». Y porque no obstante las presiones de un ministro del Interior al que solo le falta lanzar carcajadas malignas y frotarse las manos cuando dice sus frases de villano de cómic, y a pesar de las intimidaciones que los magistrados soportan todos los días, la Corte Suprema no ha hecho nada aparte de cumplir, de manera digna, prudente y respetuosa, con sus funciones constitucionales: desde juzgar a los congresistas hasta evaluar a fondo las calidades de los abogados que forman parte de esta terna.

Quienes la llaman «mediática» olvidan, veinticuatro años después de la tragedia del Palacio de Justicia, que la Corte sólo se vuelve así de visible cuando el horror está a la vuelta de la esquina. Quienes dicen que está haciendo política sólo se equivocan en decirlo como si ello fuera algo malo: como si el ejercicio del poder –la política– fuera el privilegio de quien gana las elecciones. Repiten, con razón, que el fin de un Estado es la protección del individuo. Pero no recuerdan que lo único que nos protege del Estado, que en las manos equivocadas puede convertirse en un monstruo insaciable (ahí está Hugo Chávez comenzando a pensar que el dictador caníbal Idi Amin, de Uganda, era un patriota), es el equilibrio entre sus tres grandes poderes. Y si le piden a la Corte que ceda, que no ejerza sus funciones para no molestar al delicado presidente de la república, es porque han caído en la trampa: se han cansado de indignarse, se han habituado al autoritarismo, se han comido el cuento de que cumplir las leyes es hacer oposición y se han dejado convencer de que, en un país en el que la crítica sucede por escrito y el Gobierno sucede por televisión, va siendo hora de encogerse de hombros.

Va siendo hora, más bien, de rezarle al Dios que sea para que nadie toque a la Corte Suprema de Justicia. Y de pedir que su dignidad contagie incluso al presidente.

RENCOR

TITULAR: DETENIDO POR AMENAZAS EN FACEBOOK CONTRA HIJO DE URIBE ASEGURÓ QUE FUE UNA BROMA

Diciembre 11 de 2009

Los comentarios en internet han remplazado a las paredes de los baños: es una verdad de dominio público. Son manotazos, estallidos, escupitajos al aire: reacciones en caliente que no alivian a nadie. Pero son así. Y esos comentarios violentos que se suceden en las páginas de los medios colombianos, redactados por seres anónimos que exigen que les den la razón a punta de injurias (yo dejé de leerlos, hace rato, para no caer en la tentación de defenderme), son sólo otra manifestación de un país gobernado por el miedo. Tomemos, como ejemplo, el caso del insensato estudiante Nicolás Castro. Que es, a todas luces, un hombre de veintitrés años común y corriente. Y que tras escribir un alegato adolescente, en Facebook, para inspirar a un grupo autodenominado «Me comprometo a matar a Jerónimo Uribe» (se refiere, claro, al hijo menor del presidente), fue capturado, esposado y exhibido, como un cabecilla del terrorismo, por «instigar a delinquir».

Un día se dejó llevar por el odio: eso fue. Se le subió a la cabeza ese poder cobarde que da internet. Y, cuatro meses después, amaneció convertido en una advertencia: «Que nadie se meta con ningún hijo del Presidente».

No, no «que nadie se meta con nadie», no: está claro que si Castro hubiera sido uno de esos personajes que animan a los demás a matar a alguna senadora de la oposición, si hubiera amenazado de muerte a algún periodista crítico del

Gobierno o hubiera sido aquel ministro que una vez invitó en público, impunemente, a «exterminar» a no sé qué delincuentes, su caso les habría tenido sin cuidado a las autoridades.

Quiero decir que algo de fondo nos está diciendo esta captura. Que este caso insólito debe servirnos para sacar conclusiones.

Por supuesto, que hay cosas que no se pueden hacer cuando se vive en comunidad, que vivir en sociedad es el esfuerzo permanente de convertir el odio en compasión. Pero, también, que vivimos tiempos escalofriantes: de verdad, después de leer los testimonios de los que lo conocen, ¿alguien cree que Castro les dio alguna idea nueva a los dieciséis miembros del grupo virtual al que perteneció o que se pasaba los días organizando un atentado o que hacía parte de una peligrosa red de grupos terroristas?, ¿no es más importante, en este punto, preguntarse de dónde viene tanto odio?, ¿por qué pierde alguien el sentido del humor de semejante manera?, ¿por qué una persona que sólo ha podido votar una vez en su vida, que tendría que tener en mente algún futuro, termina detestando con todas sus fuerzas a alguien que no conoce?

Porque, como no le ve principio ni fin, le teme a este Gobierno como a Dios. Porque eso es lo que pasa cuando el poder se concentra de esta manera durante tanto tiempo. Y porque después de siete años de pequeños escándalos, una montañita en la memoria colectiva, no es nada fácil sentir compasión por los hijos del presidente: se puede lograr, claro, porque a la larga están igual de atrapados que nosotros en esta pesadilla, y a veces, de vez en cuando, la angustia los despertará en la noche (la frase es, sea lo que sea, «que nadie toque a ningún hijo de nadie»), pero estos dos son demasiado visibles, demasiado negociantes, demasiado astutos, demasiado prósperos para esta época hecha ruinas, tan mala para el resto, que ya debería haberse acabado. Y además, como si no bastara, los dos juegan el juego. En el comunicado que emitieron el 3 de diciembre, a través de la oficina de prensa de la Casa de Nariño, aseguran que no le guardan rencor al señor Castro aun cuando repudian «el terrorismo» y «la instigación al homicidio»: es decir, aun cuando ellos mismos, de la mano de las autoridades, ya

lo han declarado culpable.

El torpe señor Castro: su captura nos recuerda que, mientras más nos alejemos de la democracia, mientras más nos extraviemos en la lógica de la derecha, iremos perdiendo la cabeza por turnos. Y cada día caerá alguno de nosotros en la trampa del odio.

U

TITULAR: EL PROCURADOR DA UN ESPALDARAZO A LA SEGUNDA REELECCIÓN DE URIBE

Enero 22 de 2010

Palabras más, palabras menos, esta es la frase del señor presidente: «Mi segunda reelección está en manos de Dios, de la Corte y del pueblo». Y a nosotros, que enfrentamos el tema al desayuno, al almuerzo y a la comida, nos corresponde revisar la lista como una lista de mercado. ¿Dios?: está arreglado. ¿La Corte Constitucional?: notificada por ese procurador de tirantas que va por ahí como una sombra. ¿Y el pueblo?: chuleado a punta de regalos. Así es: Colombia está lista en enero de 2010, doscientos años después de su falsa independencia, a hacer la U. Su idea es volver atrás y en contravía. Su idea es desempolvar el medioevo. Dicen por ahí que se le ha acabado el tiempo al presidente, que los plazos para su reelección se han vencido y se han vuelto a vencer, que este señor maneja el suspenso, como Alfred Hitchcock, para tenernos a todos del cuello hasta el final de su último periodo, pero no hay que creer ni una sola palabra: lo dicen quienes todavía piensan con alguna cordura, con alguna lógica.

Y claro que sí: resulta profundamente conmovedor, en este punto de este partido alargado a la fuerza, que la tribuna siga pensando con las leyes en la mano, que los comentaristas sigan lanzando argumentos que tienen sentido si se respetan las reglas del juego. Pero es hora de enfrentar los hechos.

El presidente va a ganar las elecciones otra vez. Si no ocurre, será una grata sorpresa. Pero así va a ocurrir. Por las razones obvias: porque tiene todo el poder

de su lado, porque alimenta a los monstruos que poseen el país como a peces en una pecera, porque de alguna manera tiene que recuperar la inversión que suponen tres años de campaña, porque a la gente le sigue fascinando que esté en todas partes, y porque los gobernados, si les dan la oportunidad, se acostumbran a sus gobernantes como a los males necesarios. Pero, sobre todas las cosas, porque es el único candidato al que se le entiende lo que dice. Que es, palabras más, palabras menos, que Colombia sigue necesitando un vigilante. Y que todos los aspirantes, menos él, cabecean en las horas más peligrosas de la noche.

¿Qué pasa con los demás candidatos?, ¿dónde están?, ¿van a proponer algo aparte de nobles abstracciones como «la igualdad» o «la paz»? ¿van a aprender a hablar la lengua del país en algún momento de sus vidas?, ¿o van a seguir jalando la sábana cada uno hacia el punto cardinal que le convenga? Vale la pena ver, de Hitchcock, una película de 1944 que se llama Lifeboat: es una historia alarmante, filmada en plena Segunda Guerra Mundial, sobre un barco salvavidas tripulado por un grupo de aliados mezquinos e irresponsables que se ven obligados a pedirle a un nazi, el único en el bote que sabe qué hay que hacer y a dónde ir, que los conduzca sanos y salvos hasta el puerto. El salvador de turno es, claro, un hombre aterrador: un nazi. Pero los aliados, que piensan bien, pero que no tienen ni idea de qué quieren, tienen al menos la mitad de la culpa.

En fin. El presidente va a ganar las elecciones otra vez. Y aunque la gran mayoría de este país patriotero y enrevesado, que ni siquiera ha sido capaz de descifrar su sangrienta Historia reciente, va a estar muy feliz, ya es hora de hacer nuevas preguntas.

¿Se irá ese tercer Gobierno en el esfuerzo de llegar al cuarto? ¿Perderá la razón el presidente como les ha sucedido a tantos reelegidos? ¿Quién va a controlarlo ahora que tiene poder absoluto? ¿Cuánto tardará nuestra democracia en recuperarse del golpe? ¿Qué tan mal nos irá de aquí al 2014? ¿Haremos la U definitiva hacia la Colombia de antes de la independencia? ¿Podremos seguir diciendo lo que pensamos así como así? ¿Caeremos en el cinismo? ¿Dormirán en paz los magistrados de la Corte Constitucional que no vieron nada extraño en la

ley del referendo? ¿Dormirá en paz el pueblo que votó porque «si no es Uribe, quién»? ¿Y Dios?: ¿le echaremos la culpa, al final, de lo que pase?

CÓMPLICES

TITULAR: CORTE CONSTITUCIONAL SE PREPARA PARA DEBATIR LA REELECCIÓN DE URIBE

Febrero 5 de 2010

Colombia tiene seguridad democrática pero no seguridad social. Y todo porque no se puede tener todo en la vida. Y todo porque la existencia de la primera depende de la inexistencia de la segunda. Si no hubiera 2 434 000 desempleados, si nuestra economía no se sostuviera a punta de subempleados y rebuscadores, si la corrupción no fuera una forma de ser, la educación no se limitara a ser una lucha a ciegas contra las cifras, y la salud, a punto de quebrar, fuera respetada por la ley como un derecho fundamental de todos, entonces tendríamos que defendernos de muy pocos monstruos y la famosa seguridad democrática pasaría a un segundo plano en el sórdido paisaje nacional: dejaría de ser un favor magnánimo que cuesta veintiún billones de pesos al año, un pulgar levantado por la carretera, un efectivo eslogan de campaña, para convertirse en lo que debe ser: una simple obligación del Estado.

¿Y quién quiere que pase algo como eso?, ¿quién quiere un Estado cuando tiene un Gobierno que vigila?, ¿quién quiere un pueblo sin hambre y sin miedo que no dé las gracias cuando le respeten sus derechos?, ¿llegaremos alguna vez a un país que proteja a su gente antes de que las cosas se vayan a las armas?

Imaginemos el peor de los futuros posibles: supongamos que el presidente que tenemos finalmente recibe de Dios el permiso constitucional para hacerse reelegir una vez más por el pueblo. Y, sordo a las voces que le gritan «que usted

no use boina roja no lo hace mejor», ciego ante las últimas encuestas que describen el cansancio del electorado sobre el tema de la reelección, continúa esa campaña infinita en la que repite una sola idea: «Yo soy el pacificador». ¿Se imaginan las caras de sus contendores, incapaces de sacar el debate sobre lo social de los terrenos de lo militar, apenas se enteren de la candidatura invencible del hombre de la U? ¿Ven lo inútiles que se ven ahora los amarillos, los azules y los rojos? ¿Ven a Petro renegar, ven a la señora Sanín llamarse a sí misma «señorita» y ven a Pardo perdido en un juego turbio que no se merece? ¿Ven a Vargas fruncir el ceño? ¿Ven a Santos fingir que no le importa? Pues bien: todos son cómplices.

Son cómplices: una suma de fotos en un tarjetón en el que en realidad sólo hay un candidato. Cómplices: un grupo de personajes que, al competir en las elecciones, legitiman la presencia del presidente. Cómplices: una serie de nombres en competencia que le sirven al Gobierno para crear la ilusión, adentro y afuera, de que Colombia sigue siendo la democracia más sólida del continente.

Claro que sí. Y el himno nacional es el segundo más bello del planeta. Y Bogotá es la Atenas suramericana. Y Cartagena no es un camposanto sino una romántica ciudad vieja.

¿Que es muy fácil criticar desde la comodidad del computador? ¿Que las columnas de opinión nunca sugieren nada constructivo?

Pues acá va una propuesta para los aspirantes a la presidencia de Colombia: que renuncien. Que si les queda algo de coraje, renuncien. Que el día que el presidente anuncie que sí es candidato, el día en que se vean enfrentados en la campaña con «el hombre que tuvo una sola idea», renuncien todos en el acto. Que dejen a este señor solo cara a cara con el voto en blanco a ver quién es más fuerte, a ver quién es más bravo. Que se nieguen a participar en esta simulación de democracia. Que se resistan a ser una fila india de idiotas útiles. Que dejen constancia, ya que hoy los libros de historia están en todos los computadores del

mundo en este preciso momento, de que no estaban de acuerdo con un Gobierno cuya gran lección social ha sido ofrecerle dinero a quien quiera convertirse en delator del que sea. Que, en vez de alabar la política de seguridad para no parecer de izquierda, se atrevan a decir en voz alta «primero que todo está el hambre».

Pensándolo mejor, podrían hacerlo ya. Pensándolo otra vez, hoy mismo podrían decir «si él va, nosotros no».

PAISA

TITULAR: DIFÍCIL REUNIÓN ENTRE JOSÉ MIGUEL VIVANCO Y FABIO VALENCIA COSSIO

Febrero 19 de 2010

Sí lo dijo. No fue un sueño, no fue una pesadilla. El señor José Miguel Vivanco, director para las Américas de Human Rights Watch, presentó un abrumador informe sobre el resurgimiento de grupos paramilitares en Colombia. Y nuestro vehemente ministro del Interior, Fabio Valencia Cossio, lo acusó de llevar a cabo una investigación llena de verdades a medias, de no tener en cuenta las violaciones de derechos humanos de las Farc, y, sobre todas las cosas, de no darse cuenta de que estaba armando un escándalo sobre la base de un simple problema semántico: el señor Vivanco estaba confundiendo, como cualquier anglosajón, la idea de «Estado» con la idea de «Gobierno», y no entendía que lo que hay acá hoy no son ejércitos paramilitares, sino «bandas criminales emergentes atravesadas por el narcotráfico», pero «yo le expliqué que acá hablamos es otro lenguaje», le contó Valencia Cossio a la prensa como un niño que presume de una pilatuna. «Le dije que acá hablamos es paisa», agregó.

Yo nunca me he sentido ni orgulloso ni avergonzado de ser colombiano. Pero sí me he preguntado, desde que tengo memoria, si será verdad lo que acabo de ver en el noticiero. Y ya estoy entrenado, a estas alturas de la vida, para saber que la respuesta siempre es «sí».

Sí lo dijo: «Acá hablamos otro lenguaje», dijo, «acá hablamos paisa». Y sonó a «¿por qué no se mete en sus propios asuntos?», sonó a «deje la democracia

colombiana tranquilita», a «usted no tiene ni idea de qué está hablando ni de con quién se está metiendo».

Tuvo algo de espeluznante, claro, porque detrás de aquel pequeño chiste podía oírse la frase «yo le expliqué a este señor Vivanco, que exige, desde lo alto, el respeto por los derechos humanos, que su primer deber es respetar el hecho de que somos otra cultura».

Y que por favor nos entienda. Que nuestras noticias, como las de los caníbales, deberían ser transmitidas en algún programa especial del canal de la National Geographic. Y que no pasamos de ser fabricantes de artesanías resignados frente a su destino.

Sepa, señor Vivanco, en donde está parado. Somos un país rural que les hace creer a todos que se ha vuelto un país urbano. Aquí sigue siendo normal acudir a los regionalismos y al «nada es blanco o negro» cuando se acaban los argumentos. Los derechos humanos son un lío porque no son rentables. Llamamos «decretos de emergencia social» a los decretos que la crean. Llamamos «falso positivo» a un hijo asesinado a sangre fría. Llamamos «gajes del oficio» a una campaña al Congreso plagada de candidatos cuestionados. A fuerza de encarar tanta brutalidad, durante tanto tiempo, nos hemos concedido la licencia de pasar por encima de una que otra regla. Nos cuesta mucho entender por qué los medios hacen tanto ruido por los errores de un Gobierno que ha aterrorizado al terrorismo. Y el cierre de una revista tan valiente como Cambio no es, para nosotros, una afrenta contra el derecho a la libertad de expresión, sino una dolorosa decisión empresarial que se irá olvidando con el paso de los jueves.

Pero tranquilo, señor Vivanco, que pronto se nos vendrá encima la verdad. Y, para citar al ministro, o cambiamos o nos cambian. Y lo cierto será que el mundo tiene toda la autoridad para hablar sobre las miserias y las glorias de Colombia porque el país no está en otro planeta, que esas zonas grises en las que se

refugian los políticos sólo caben en las vidas privadas, que nuestro primer deber es estremecernos (así se consagró, el 10 de diciembre de 1948, en el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos) cada vez que se le violente a alguien «el derecho de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión».

Y que hay un solo lenguaje, un mismo lenguaje con el que todos nacemos, a la hora de decir que la vida de otro es otra vida.

DUELO

TITULAR: LA CORTE CONSTITUCIONAL LE DIJO NO AL REFERENDO REELECCIONISTA

Marzo 5 de 2010

Silencio. Las encuestas de hoy dicen que la mitad más uno del país ha empezado su duelo porque el presidente que tenemos (Dios, me cuesta contener esta sonrisa) ya no volverá a ser presidente. Y no hay duelo que no merezca respeto. La sentencia iluminadora de la Corte Constitucional, que ha declarado inexecutable, por contrahecha y por perturbadora, la ley del referendo reeleccionista, nos recuerda que una nación que cumple doscientos años no puede depender de un gobernante de turno, que la Constitución aspira a que no haya ningún colombiano más importante que los otros, y que todos tenemos el derecho de opinar, ni más faltaba, si lo hacemos dentro de las reglas del juego que acordamos. Es, en verdad, una excelente noticia. La prensa del mundo la ha reconocido como una señal de madurez de nuestra democracia. Y sin embargo, porque nunca antes tuvimos un líder tan visible, estamos rodeados de millones de ciudadanos sinceramente de luto. Y no es el momento de enrostrarles optimismos.

Ya pasará el dolor. El cortejo se irá disolviendo por el camino. Y cumplirá una a una las cinco etapas que la doctora Elisabeth Kübler-Ross describió en Sobre el duelo y el dolor.

Como en cualquier duelo que se respete, primero que todo vendrá la negación: «No puedo creer que no vaya a volver». Y los que más le teman al cambio, los

parásitos del régimen, propondrán resurrecciones de última hora: «Que se vuelva alcalde de Bogotá», «que acepte ser el vicepresidente de Santos», «que lo manden de embajador a Venezuela».

Seguirá la ira: «¿Por qué permitimos que esto sucediera?». Y resultará increíble (será una prueba contundente de la ineptitud de este Gobierno doble) que ni todo el poder, ni todo el menosprecio por las leyes, ni todas las ganas de quedarse, hayan servido para nada: se llegará a pensar, en pleno arrebató, que este último cuatrienio será recordado por una mala idea mal redactada.

Se entrará, después, en la etapa de negociación: «¿Si voto por el que él quiera que vote estaré votando por él?». Y lo más obvio, para que el país «no abandone el rumbo», será nombrar heredero al exministro Santos: ha hecho la fila con la boca cerrada, rompe en público amenazas de las Farc y ya en una columna de octubre de 1996, La nueva campaña libertadora, proponía el «fujimorazo a la colombiana» que hemos estado viviendo: «Pacificar el país sin romper el Estado de Derecho».

Entonces llegará la depresión: «¿Para qué votar si todos son iguales?». Y dará vergüenza ajena ver a tantos candidatos reclamando el dudoso honor de haberle vendido al pueblo la idea de que el poder es esa cosa que sirve para aplastar criminales. Y sin el poder al que cada cual tiene derecho, sin educación, sin ahorros, sin horas extras, sin salud, irán quedando atrás los ocho años pasados porque la gente no le debe nada a nadie cuando le han quitado tanto.

Así aparecerá la aceptación: «La hora de pasar la página». Algunos se resistirán a que el decadente fantasma de las Farc defina las elecciones, por Dios, por cuarta vez consecutiva. Otros se declararán aburridos de que la caridad sea la única política social que se les ocurra a estos Gobiernos. No faltarán los que noten que, a punta de un miedo que cumple ya doscientos años, hemos caído en la trampa de creer que todo será mejor a punta de bombardeos, de cadenas perpetuas y de penalizaciones. Y tendrá sentido –será, de hecho, una verdadera

campana libertadora– una campana a la presidencia que diga que la única manera de pacificar es la educación: la educación empareja, emancipa, reparte el poder, devuelve las riendas de una vida y corrige el rumbo de un país.

Y el candidato que logre transmitírnoslo, el candidato que nos hable de una educación que garantice esa igualdad que hemos esperado en vano tanto tiempo (esa igualdad que da cumplir las reglas de la Constitución), libraré en las urnas un verdadero duelo contra el heredero.

MOCKUS

TITULAR: EL EXALCALDE MOCKUS GANA LA CONSULTA PRESIDENCIAL DEL PARTIDO VERDE

Marzo 19 de 2010

«Político» significa, en Colombia, «aquel que da mal ejemplo al país». «Hacer política» quiere decir, en esta parte del mundo, «hacerse pasar por el que ellos creen que quieren». Y «votar» es, a la larga, sinónimo de «arrepentirse». Pero desde las turbias elecciones del pasado domingo, por encima de las barbaridades, de las ineptitudes y de las mezquindades que llegaron a las primeras planas, reapareció la luminosa dignidad de Antanas Mockus. El presidente le pidió al procurador, en un comunicado perverso y vengativo, que investigue si el registrador estaba borracho el día de las votaciones. El ministro del Interior denunció, como cualquier opositor, como si aún anhelara una hecatombe que obligue a su jefe a quedarse en el poder, que «no existen garantías para las elecciones presidenciales de mayo». Y todo sonó a truco gastado, a resabios de culebrero, a estos ocho años, de jugadas a tres bandas, que ya parecen veinticinco.

Y fue claro que lo que nos pasa con Mockus, la razón por la que de tanto en tanto nos sirve para reunirnos, para despertarnos, para repararnos, es que tenemos claro que no forma parte de la farsa. Puede caernos bien o mal. Puede parecernos sensato o autoritario. Pero sabemos que no conspira, que no roba, que no miente: lo tenemos justo enfrente.

Mockus, que nació en Bogotá, hace 57 años, en el centro de una familia lituana,

vivió una primera vida en la academia. Su publicitado paso por la rectoría de la Universidad Nacional lo empujó en 1994 a una extrañísima campaña que lo llevó a la Alcaldía de Bogotá sin ofrecerle a nadie nada aparte de hacer bien su trabajo. Lo hizo bien: probó que gobernar es tan fácil y tan difícil como hacerle ver a una sociedad que todas las vidas que la componen son igual de importantes. Dejó el cargo antes de tiempo, en 1997, para buscar en vano la presidencia de la república. Pero les pidió perdón a los ciudadanos –es, por supuesto, el único político que lo ha hecho-cuando se dio cuenta de su error. Y así, sobre la base de su transparencia insólita, y para que insistiera hasta el cansancio en que vivir es convivir, en octubre de 2000 fue elegido alcalde de la capital por segunda vez. Y le fue mejor.

Se lanzó a la Presidencia, otra vez, a principios de 2006. Pero lo hizo en lituano. Y era el país equivocado: un pueblo de película del oeste que, paralizado por el miedo, se había creído el cuento de que sólo un hombre podía protegerlo de la violencia de los cincuenta: cualquier cosa valía con tal de estar a salvo.

Pobre Mockus. Quedó reducido al título de «mejor candidato que jamás será elegido». Fue común oír «yo votaría por él si no fuera a perder mi voto».

Pero las cosas cambian. A finales del año pasado se sumó, junto con Enrique Peñalosa y Luis Eduardo Garzón, al esperanzador Partido Verde. Y tras una campaña ejemplar, en la que los tres exalcaldes vencieron sus egos, se volvieron verdaderos amigos y reconocieron en nombre de todos que es hora de trabajar en equipo, el pasado domingo se convirtió en un candidato que en verdad podría llegar a la presidencia. La gente joven, que hibernó en la cueva del pragmatismo durante estos ocho años, salió a la calle a votar por el optimismo realista del Partido Verde, por una sociedad que parta de la educación, por él. Porque, en un país en el que todos acusan a todos de engañar a todos (qué triste espectáculo, por ejemplo, el que han dado los candidatos de la sospechosa consulta conservadora), Mockus resulta un extraterrestre: un político que piensa lo que dice pero además dice lo que piensa.

Colombia es hoy en día, para bien y para mal, un antiguo campo de concentración gobernado por las víctimas. Sería otro país si ese equipo verde encabezado por Mockus, que ha gobernado bien y ha vuelto a gobernar mejor, que es, mejor dicho, una promesa cumplida, nos sacara de la lógica del odio. El corazón se acelera cuando entiende que es posible.

REVERSO

TITULAR: LA OLA VERDE DE MOCKUS SUPERA A SANTOS EN LAS ENCUESTAS

Abril 16 de 2010

Y hoy, un mes después, Antanas Mockus tiene cara de presidente de la república. Y los conmovedores insultos que le llueven día por día, «¡su moral es inflexible!», «¡sería un buen gobernante de Dinamarca!», «¡idealista!», «¡llorón!», «¡profesor!», poco a poco van conformando el catálogo de sus virtudes. Y hacen ver a los políticos de siempre como cazarrecompensas del lejano oeste que no se resignan al imperio de la ley, a los demás candidatos a la presidencia como pasajeros borrosos que se han quedado del tren del presente, y a aquellos analistas de prensa que van «un poco más allá» como viejos nostálgicos que empiezan a anhelar antes de tiempo –sin saber, siquiera, que lo anhelan– ese país sumiso y triste que estaba acostumbrado a vivir a pesar de los vicios de sus líderes.

Simplemente, se resisten a oír a Mockus. Si lo acusan de asumir «posiciones de derecha», cada vez que lo oyen defender una Colombia en la que nadie haga justicia por su propia cuenta y nadie se atreva a presionar a nadie a punta de secuestros, es porque tampoco han comprendido para qué sirven las señales de tránsito. Si se atreven a llamarlo «mamerto», cuando reclama un país equitativo que sepa cruzarse argumentos, respete los Gobiernos ajenos y se pliegue a las decisiones de los jueces, es porque todo, desde decir «no todo vale» hasta invocar los derechos humanos, les suena a ser de izquierda. Si reducen su candidatura a un «show mediático», si les parecen «puras palabras» los quince principios en los que el Partido Verde basa su programa o les suena a «populismo» el gesto inédito de renunciar a 4500 millones de pesos para

ahorrárselos al Estado, es sólo porque «el ladrón juzga por su condición»: porque ya han olvidado que las palabras y los gestos tienen la misma estatura de los hechos.

Y porque no se han dado cuenta de que es imposible fabricar un fenómeno como el que estamos viviendo –este fenómeno verde que es todo un giro en nuestro drama– en una reunión de publicistas.

Las demás campañas han hecho lo mejor que han podido: han conseguido convencernos a todos de que sus candidatos, un grupo de notables apadrinados por políticos de ultratumba, enfrascados en esos lugares comunes que les dan la razón a los abstencionistas («él va a privatizarlo todo», «mi candidatura es la única con un proyecto de cambio», «le he dado mi vida a la patria») y enmarcados por el fantasma ruidoso de un presidente que sólo da declaraciones «bajo la gravedad de juramento» en Radio Santa Fe, se encuentran más que preparados para gobernar este país que ya no se deja intimidar con frases como «las Farc no se acaban con mimos y girasoles» o «las Farc están esperando el 7 de agosto para hacer su fiesta». Las demás campañas han hecho, repito, su trabajo. Pero no pueden hacer mucho más que eso.

Porque en el caso de Antanas Mockus, que brilla con humildad, todo ha sido al revés. No se trata de un buen candidato entregado al oficio de seducir a la gente a como dé lugar, sino de una marcha de votantes más allá de la izquierda y la derecha empeñados en convencer a un buen hombre para que continúe, junto a Fajardo, a Garzón y a Peñalosa, el trabajo que empezó hace algunos años: el de establecer en Colombia un Gobierno de la razón. Las 300 000 personas que se han unido en Facebook, los diseñadores que se han volcado a crear su propia campaña verde (sus afiches, sus camisetas, sus documentales) en sus propios computadores, los 45 artistas que repiten «yo creo en Mockus» en el video que circula por la red, los estudiantes rejuvenecidos que componen canciones porque por fin han sabido qué hacer con su esperanza, los ciudadanos que se inventan caminatas de apoyo en domingos lluviosos: todos ellos hacen lo que hacen porque quieren hacerlo: se les ha metido en la cabeza la extraña idea de que su

país está en sus manos.

Dirán que es una tontería. Palabras nada más. Pero a mí me suena a punto de partida.

PRESIDENTE:

TITULAR: EMPIEZA LA CUENTA REGRESIVA DEL SEGUNDO
MANDATO DE ÁLVARO URIBE VÉLEZ

Abril 30 de 2010

Hoy comienzan los últimos cien días de su Gobierno. Pero todavía está a tiempo de entregarnos un país sin miedo: un país que no elija a sus gobernantes a punta de propagandas terroristas, que se niegue a seguir a un líder irresponsable que se sienta orgulloso de haber bombardeado un país vecino, que entienda que usted ha obrado mal cada vez que nos ha sugerido qué tipo de dirigente tenemos que elegir el próximo 30 de mayo. Todavía está a tiempo de callarse: no le queda bien a su dignidad lanzar frases de doble sentido. Trate más bien de reparar en la trasescena, con el valor de quien acepta sus errores, las relaciones que ha roto en nuestro nombre. Pliéguese así no le guste, como si fuera un ciudadano más, a las consideraciones de los jueces. Pelee a muerte, en silencio, por que estas sean las votaciones más limpias de nuestra triste Historia: no nos permita pensar que estamos condenados a las maquinarias. Dé su vida, convertido en un escolta invisible, por la seguridad de todos los candidatos que tenemos.

Tiene cien días, presidente, para ser el hombre que dijo que era: un líder libre de los defectos más visibles de nuestros políticos. Lamente que haber caído en la tentación de las reelecciones, que rechazaba con vehemencia cuando apenas era un candidato, nos haya traído estos tiempos negros. Reclámele al mundo respeto por nuestro proceso electoral sobre la base de su respeto por los asuntos de los demás países. Pídale perdón a Sudáfrica, en pleno mundial de fútbol, por haberla tratado con semejantes embajadores. Reniegue de una sociedad que se encoge de hombros ante esos funcionarios que piden el diez por ciento del valor de un contrato. Recuérdenos que no les debemos nada a los hijos de los hijos de los

hijos que alguna vez nos gobernaron porque en algún punto de la Historia dejamos de ser un virreinato. Exíjanos en voz alta que por nuestras familias, por lo que más queramos, marquemos en el tarjetón la cara que nos aconseje la conciencia.

Frente al Capitolio Nacional, hoy en día cubierto de hormigas gigantes que pelean, como congresistas, por las sobras alimenticias del presupuesto de Colombia, párese a reconocer que no tuvo presentación pedirles a los parlamentarios que votaran un proyecto de ley antes de que se fueran a la cárcel: pronuncie ante el Congreso las palabras «corrijamos el rumbo: que el mío sea el último Gobierno que poco a poco les entregó sus principios a los padres putativos de la patria».

Que el suyo sea el último imperio de los apellidos. Que sea el último de una larga cadena de regímenes que han menospreciado la idea del trabajo en equipo. Que a usted le corresponda, en nuestra Historia, el lugar privilegiado del presidente que cerró estos doscientos años de mentirnos. Que quede más que comprobado que en mayo de 2010, plena era del internet, les ha llegado el fin a los políticos caritativos. Que a partir de hoy no haya más promesas. Que desde este preciso momento hacer campaña se eleve o se reduzca a jurar que cada artículo de la Constitución será cumplido.

Las calles del país están llenas de uribistas de buena fe: personas trabajadoras que siguen negándose a creer que usted haya hostigado a sus opositores, que siempre encuentran formas ingeniosas de explicar sus salidas en falso, que jamás aceptarán que íbamos camino a la autocracia, que se resisten a pensar que usted acabó convertido en Juan Manuel Santos. Esté a la altura de semejante confianza en los tres meses que quedan. Una película floja puede redimirse en su última secuencia. Una novela sin pies ni cabeza puede llegar a una página final que nos obligue a releerla. Sépase ir. Deje de portarse como una fiera que ve amenazado su territorio por la llegada del hombre: nadie va a quitarle su país.

Si usted vuelve al comienzo, en cambio, si en sus últimos cien días vuelve a ser el hombre que fue en los cien días primeros, será menos difícil la batalla por Colombia.

DIOS

TITULAR: DIOS ENTRÓ EN LA CAMPAÑA Y PUEDE SER CLAVE PARA LA ELECCIÓN DEL PRÓXIMO PRESIDENTE

Mayo 14 de 2010

Dios está en todas partes. La propaganda negra que sabemos lo ha venido invocando, en pleno duelo por la presidencia de Colombia, con la misma cobardía que mueve a quien recurre a brujerías. Un comercial del temerario Partido de la U ha estado lamentando que Él, el innombrable, que ha creado una cuenta en Twitter que el procurador sigue muy poco, no pueda abrir la boca para decir por quién hay que votar. El aspirante a la vicepresidencia Angelino Garzón ha asegurado que sólo Dios, nuestro Señor, va a separarlo del candidato de la U a la presidencia: Juan Manuel Santos. El camaleónico Santos ha declarado al periódico español El Mundo que su gran diferencia con su principal competidor, un profesor llamado Antanas Mockus, es que «yo creo en Dios». Y el tal Mockus, que parece incapaz de mentir, que «¿quién se cree para quitarle a Juan Manuel el puesto que heredó?» y que ha tenido que aprender a las malas que todo lo que diga podrá ser utilizado – sacado de contexto, tergiversado y conducido– en su contra, se ha visto en la absurda obligación de probar que no es ateo.

Todo indica que Dios anda en campaña: ciertos pastores de ciertas iglesias han hallado en la Biblia señales contundentes de que el país debe elegir al exministro Santos y ciertos lectores de ciertas páginas web se han «tropezado» con no sé qué cuartetas de Nostradamus que prueban que el exalcalde Mockus es ese tercer anticristo que hemos estado esperando.

Y es ridículo, claro que sí, pero también es deprimente: ya estamos muy viejos para tener un candidato que menosprecie a los electores, como Santos, hasta el punto de nombrar a Dios en vano para ponerlos de su lado. Tiene uno que estar desesperado por ser presidente, dicho sea de paso, para valerse de esa cuña de radio «pícara» en la que una voz uribesca participa de manera indebida en el proceso electoral; para pronunciar la frase «los pobres son más agradecidos» en busca de una explicación a por qué le va mejor en las encuestas entre los estratos bajos; para copiar las estrategias más viles de las campañas gringas hasta convertirse en el John McCain de turno; para asumir el liderazgo de un escalofriante Frente Nacional hecho por clientelistas de todos los colores; para soportar que la gente vote por uno con argumentos tan perversos como «Colombia no está preparada para una moral inflexible» o «se necesita un cafre para manejar el Congreso».

Pero, sobre todas las cosas, tiene uno que querer el poder a toda costa, como sea, para atreverse a decir en voz alta que es eso lo que lo diferencia de Mockus: ese «yo creo en Dios» que sólo viene al caso cuando se vende el alma al diablo.

A Dios es mejor dejarlo en paz: porque si de verdad se cree en Él, si de verdad es Él ese testigo de todos nuestros actos, entonces estuvo ahí cuando en el DAS hicieron lo posible para intimidar a nuestros jueces, está a un lado cuando Yidis Medina se pregunta por qué es la única que ha pagado por el delito que dio lugar a las pasadas elecciones presidenciales, ha estado presente cuando la campaña uribista chantajea a los electores más acorralados con que si no votan por su candidato serán asediados por los terroristas, se quedarán sin la posibilidad de estudiar y perderán los subsidios del Gobierno. Votar por Santos es, ante semejante cadena de infamias, algo semejante a perder la fe. Votar por Santos es encogerse de hombros. Comenzar a vivir una vida en la que la pregunta «¿tengo la culpa de que el país no haya llegado a su independencia?» vuelva a perderse en las culpas de todos los días.

En fin. Somos soldados advertidos. Sabemos que no hay nada más peligroso que una campaña a la presidencia en el borde de la desesperación: el propio Dios, sea

lo que sea para cada cual, sabe de memoria que la Historia reciente de Colombia es la historia de tres Gobiernos que gobernaron a medias por cuenta de lo inescrupulosas que fueron sus campañas.

ESTILO

TITULAR: JUAN MANUEL SANTOS GANA LA SEGUNDA VUELTA DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Junio 25 de 2010

Colombia no está en el mundial porque tampoco está en el mundo. Por cuenta de esos nefastos dirigentes que se han tomado el fútbol del país como una finca ganadera en la que nadie se voltea a mirar a las vacas, y a punta de directores técnicos borrosos que se quedan con el puesto porque «conocen de memoria la idiosincrasia criolla», la selección nacional no ha sido capaz de clasificar a los últimos tres campeonatos: todo parece indicar que, como ha sucedido en nuestros últimos Gobiernos, como suele ocurrir en nuestras principales organizaciones sociales, tenemos estupendos jugadores, pero somos incapaces de formar buenos equipos.

Creo, sin embargo, que no tenemos por qué dar por sentada nuestra tragedia. Quizás esta nueva etapa del fútbol colombiano, que se parece tanto a la vieja, nos pruebe que estamos equivocados. Y tal vez el nuevo presidente de la república, que subió al poder con el mismo discurso de unidad con el que volvió el Bolillo Gómez a la selección, nos dé la sorpresa de la vida: tal vez haga lo que tiene que hacerse, sacarnos del caudillismo de una vez, para que la pequeña pieza del país encaje en el rompecabezas del mundo.

Hay gente que cree que «a la gente hay que creerle». La experiencia prueba lo contrario: que, por ejemplo, es mejor no dar la espalda a los políticos. Pero este momento, superados aquellos domingos aplastantes en los que pensamos «nos

esperan ocho años de esto mismo», «vámonos a Putumayo» o «¿qué pasó?: ¿había que tachar en el tarjetón al tipo que no le gustaba a uno?», es el momento de leer los gestos del nuevo presidente con algo parecido a la esperanza.

De esta manera: viendo en las primeras planas de los periódicos cómo, con esa sagacidad de villano de película, «el hombre que siempre quiso ser presidente» logra tener contento al gigantesco país que idolatra a Álvaro Uribe mientras establece su propio estilo en una Colombia que tiende a resignarse a su suerte.

«Lo que llaman estilo», decía el conde de Buffon hace tres siglos, «es en realidad el hombre mismo». El estilo es todo. Y si el nuevo presidente logra establecer el suyo, si se convierte en el caballo de Troya de este caudillismo que nos ha aislado en el planeta, si logra montar su «buen gobierno» como quien camina en puntillas para no despertar a la bestia, será más que suficiente.

La lectura de Caudillos, el libro de perfiles de Mauricio Sáenz que, en busca del gen de la autocracia, retrata a dieciséis dictadores latinoamericanos, nos responde por qué cambiar de estilo es todo un logro. Porque, con el cuento aquel de que «así es nuestra idiosincrasia», los líderes de esta parte del planeta han caído siempre en los mismos lugares comunes: un progreso inicial que luce inmenso en naciones tan precarias, un populismo que se regodea en las encuestas, un asistencialismo mezquino que sirve para perpetuarse en el poder, una aniquilación a cuentagotas de los partidos de oposición y una guerra infame contra jueces que simplemente cumplen la Constitución.

Y si el presidente Santos gerencia bien el país, sin que a nadie le moleste más de la cuenta, como uno de esos presidentes gringos que tanto le gustan porque supieron armar buenos equipos de rivales, pronto entenderemos que no tenemos por qué agradecerles a los políticos que garanticen nuestros derechos, que no se puede hablar de choque de trenes cuando el presidente se atreve a irrespetar las decisiones de los jueces, que los partidos tienen que fortalecerse hasta que todos sus miembros sean personajes secundarios, que lo que hicieron los actores es lo

que tienen que hacer las demás agremiaciones colombianas y que se puede tener buenas relaciones hasta con los países más incómodos.

Si Santos lo hace bien, tendremos un Gobierno de cuatro años. Quizás no vayamos al mundial en el 2014. Pero volveremos al mundo como un país sano, posible, en marcha, de esos que no quieren a su presidente.

MEMORIA

TITULAR: PRESIDENTE SANTOS RADICÓ EN EL CONGRESO EL PROYECTO DE LA LEY DE VÍCTIMAS

Octubre 1 de 2010

Lo dijo Gandhi: «Si vivimos “ojo por ojo”, el mundo quedará ciego». Todo parece indicar que el desconcertante Gobierno de Santos, que hasta hoy tiene cara de Gobierno de verdad, ha emprendido la compleja labor de convertirnos en una nación que puede ver: un pueblo que comprende que la justicia hace innecesaria la venganza. ¿Reconoce el nuevo Gobierno, en su curiosa línea de «reformar sin despertar al monstruo del uribismo», que no hay seguridad democrática si no hay seguridad social, que la Corte Suprema de Justicia obra de buena fe en busca de un fiscal que no sólo sea un abogado colombiano sin prontuario, que para que esas guerrillas sin sentido se sometan a la justicia, la justicia tiene que existir?: todo parece indicarlo. Jugársela por la ley de víctimas, por la ley de restitución de tierras y por la ley integral de tierras es empezar por el principio: pedir perdón, por fin, en nombre de un Estado que ha tardado tantos y tantos muertos en ir de la teoría a la práctica.

Si esas leyes prosperan en el Congreso, decía Santos el lunes, si esas leyes logran quebrar nuestra tradición de pasar por encima de los desposeídos, «habrá valido la pena ser presidente».

Habrá logrado que acá, en este lugar del mundo llamado Colombia, la venganza por fin sea remplazada por la justicia.

Será, si acaso sucede, si acaso funciona, como dejarnos a salvo en la orilla de la civilización. La ley del Tali3n de los antiguos, «ojo por ojo, diente por diente», pretendía impedir que los castigos fueran m1s sangrientos que los cr1menes (el C3digo de Hammurabi recogía ese principio, el de reciprocidad exacta, de tal manera que se le concedía al golpeado la atribuci3n de golpear), pero al final convertía a las v1ctimas en victimarios: pocos encontraban la paz transform1ndose en verdugos de sus verdugos. Siglos despu3s, ante la evidencia de que la retaliaci3n no cierra la pesadilla ni cierra sus heridas, se les quit3 a los ciudadanos el derecho a impartir penas: la finalidad de una condena, se dijo, era reparar a las v1ctimas, contener a los victimarios y darle un ejemplo contundente a la sociedad sobre lo que no se debe hacer a los dem1s. El paso a seguir era construir un verdadero Estado.

Y a eso le apuesta Santos con la presentaci3n de esas leyes: a la restauraci3n de un Estado que en verdad defienda los derechos de sus ciudadanos y en verdad merezca la confianza de las v1ctimas.

El camino de la teor1a a la pr1ctica, del freno de la venganza al nacimiento de la justicia, est1 siempre plagado de violencia. Y de indefensos que s3lo mueren en paz si son narrados. Los relatos colombianos de los 1ltimos sesenta a1os, desde El Cristo de espaldas hasta La siempreviva, rescatan, de la fosa com1n de las estadísticas, a los desarmados. Pero esas historias, que reconocen que hemos permitido que millones de personas se pasen una vida entera bajo el peso de la ley del Tali3n, son s3lo un primer paso: una manera de impedir que se apague la llama de la memoria. Para romper el c3rculo vicioso, para no contar nunca m1s la tragedia de esa v1ctima condenada a convertirse en victimario, el Estado tiene que dejar de ser el villano del drama.

Si Santos logra eso, con esas tres leyes que piden perd3n y comienzan de nuevo, «habrá valido la pena ser presidente». Pues ser presidente habrá sido lo mismo que ser un soldado de lo que un informe de la revista Semana llam3 «la batalla por la memoria»: otro soldado junto a esos defensores que se juegan la vida en

comisiones de reparación, a esos periodistas que no descansan hasta nombrar a los caídos y a esos narradores de ficciones que nos llenan de fantasmas. Ser presidente habrá sido darle un rostro a cada cifra, recobrar cada confianza. Y, del lado de los educadores, de los agentes de la ley y de los jueces, comenzar a devolverles sus derechos a los colombianos a partir del derecho a no ser vengadores ni vengados.

DROGA

TITULAR: EL ESTADO COLOMBIANO CONSIGUE UN LUGAR EN EL CONSEJO DE SEGURIDAD DE LA ONU

Octubre 15 de 2010

Es el falso dilema de siempre: se pertenece o a una mayoría conservadora que pocas veces duda o a una minoría liberal que a menudo se encoge de hombros. El punto es que Colombia tiene la autoridad para proponerle al mundo la despenalización de la droga. Colombia es un país conservador oxidado por la droga. Pero hoy, que vive un paréntesis liberal por el que nadie votó, y que acaba de entrar al consejo de seguridad de la ONU, ha pensado seriamente en participar en la discusión global sobre el tema. Ahora mismo, en palabras de nuestra canciller, muchos países «piensan en legalizar y nosotros seguimos metiendo a la cárcel al campesino que siembra media hectárea de hoja de coca». Y aunque no sea esa la idea exacta del Gobierno, e implique soportar la ira de los predicadores, los uribistas y los traficantes, vuelve a ser hora de gritar que el prohibicionismo que inventaron los gringos es una estupidez.

O mejor, para llegarles al bolsillo a los moralistas, que el de la droga es un negocio que sólo les es rentable a unos pocos.

Los suizos permiten las salas de inhalación. Los holandeses prescriben la heroína. Los californianos votarán en noviembre la legalización de la marihuana. Los argentinos debaten «brindarle amparo al adicto y dejar el aspecto represivo para combatir el narcotráfico». Los mexicanos abogan por «separar el problema de la salud del problema de la violencia». Cientos de figuras latinoamericanas,

desde Mario Vargas Llosa hasta Paulo Coelho, repiten que la despenalización es el único remedio. Y es tiempo de probarles a los colombianos, hipnotizados por un autoritarismo que no es la solución sino el problema, que jamás se ha prohibido la droga para protegernos de sus efectos: que vivimos en peligro porque el mundo le ha temido a desmontar un negocio ilegal que sostiene gran parte de su economía.

Si se despenaliza la droga, habrá más drogadictos, más vecinos desbocados y más sembradores de coca: no cabe duda.

Sin embargo, el Gobierno dejará de ser un padre hipócrita al que le preocupa que pongamos en riesgo nuestra salud, pero no tiene problemas con la venta de armas; que nos trata como delincuentes si consumimos droga, pero nos mira como adultos responsables si fumamos. El Gobierno pondrá en su lugar, lejos de los niños y de frente a los adultos, las sustancias que sabemos, y, sometidas a regulaciones de mercado y a controles de calidad, serán sustancias mucho menos peligrosas. El negocio perderá rentabilidad para los empresarios que hoy lo manejan, sí, pues lo que más encarece el producto son los riesgos que trae la penalización, pero Colombia y México dejarán de ser mapas minados. Habrá menos funcionarios públicos para ensuciar, menos víctimas para reparar, menos libertades para recortar. Se recobrará la confianza en ciertas instituciones. Los políticos no tendrán tantos narcotraficantes para corromper. Los equipos de fútbol serán lo que hagan en la cancha.

O mejor, para llegarles al corazón a los pragmáticos, se recaudarán, en impuestos, los mismos billones de dólares que significa el tabaco, y podrán invertirse en seguridad los miles de millones que se malgastan en ese combate perdido.

El mundo es de derecha: lo rige la ley de la selva. Pero de vez en cuando, en esos paréntesis liberales que duran tan poco, se puede convencer a los terratenientes conservadores de una que otra cosa. Si el debate sobre la despenalización por fin

se abre, Colombia, que poco a poco sale de la sombra de un expresidente obsesivo que se pasó ocho años buscando la penalización, tiene hoy la rara oportunidad de convivir con el negocio que la ha estado matando: la sociedad dejará entrar, a las buenas, a otros empresarios que viven del daño que cada cual se hace.

SIEMPREVIVA

TITULAR: SE CUMPLEN VEINTICINCO AÑOS DE LA TOMA Y LA RETOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

Noviembre 12 de 2010

Yo no sé cómo hicimos para no llorar. Si uno se atrevía a hablarle al de la silla de al lado, si miraba de reojo a su vecino para ver si había visto todo eso que acababa de ocurrir, se daba cuenta de que también estaba tragándose las lágrimas. Eran las 6 de la tarde del pasado sábado 6 de noviembre en la librería del Fondo de Cultura. Se cumplían veinticinco años del holocausto del Palacio de Justicia. Y ahí, a solo dos cuadras de la escena del crimen, a unos pasos de esa plaza que es también un camposanto, habíamos sido testigos de una estremecedora lectura de la obra de teatro que no nos ha permitido olvidar lo que pasó: habíamos tenido la suerte de sentir, una vez más, el escalofrío justo que da La siempreviva.

Creo que, más que la lentitud con la que han ido llegando las condenas, lo que nos revuelve el estómago cuando pensamos en el tema es que ni los antiguos miembros del M-19 ni los responsables del ejército ni el presidente de turno han reconocido lo que sucedió a partir de las once de la mañana de ese sangriento miércoles 6 de noviembre de 1985. Por el coraje de los familiares de las víctimas, por la Comisión de la Verdad que se reunió hace cinco años, por los libros de Ana Carrigan, Germán Castro Caycedo, Ramón Jimeno, Adriana Echeverry y Ana María Hanssen, tenemos claro que tanto la toma como la retoma del Palacio de Justicia fueron en realidad una larga matanza, pero ninguno de los involucrados ha tenido la entereza de confesarlo mirándonos a la cara. Yo apuesto que eso nos bastaría: que sería suficiente, para nosotros, que nos tuvieran respeto.

Y que por eso, porque no hemos sido reparados por quienes nos rompieron, porque los fantasmas de los desaparecidos no pueden dormir, porque quieren pasar por nosotros una página de nuestra Historia que no hemos terminado de leer, es que necesitamos tanto a La siempreviva: la literatura es el paso anterior a la justicia.

Miguel Torres escribió esa pieza maestra, La siempreviva, porque la indignación no lo dejaba en paz. La obra, el drama de seis personajes imborrables que esperan, en una pensión de La Candelaria, el improbable regreso de una muchacha desaparecida en la tragedia del Palacio, fue presentada seiscientas veces desde 1994 hasta 2006. Sus actores la engrandecieron. Su público la convirtió en una dolorosa tradición que sucedía todos los noviembre, en Bogotá, en el patio de la casa en la calle Once número 2-78. Pero hace cuatro años, cuando el teatro El Local, el grupo fundado por Torres, se vio en la necesidad de vender el sitio, se despidió de sus seguidores con cierto aire de misión cumplida pero con la tristeza de quien deja atrás una vida.

Hasta el sábado pasado. Tragaluz, la editorial colombiana que nos ha devuelto el amor por los libros, publicó hace unas semanas una impecable versión del libreto de La siempreviva. Y, tanto para celebrar esa edición como para conmemorar los veinticinco años de la tragedia, Torres le pidió a su elenco de siempre que llevara a cabo una lectura pública de la obra. Y así fue. Y desde el comienzo de la lectura entendimos que estábamos viviendo un día de fondo. De nuevo nos sacudieron los noticieros de la época. Volvió a conmovernos la voz de Alfonso Reyes a punto de ser ejecutado. Y al final, cuando la madre huérfana encarnada por Carmenza Gómez gritó otra vez «¡Julietta no está muerta!, ¡nunca ha estado muerta!», caímos en cuenta de que gracias a La siempreviva todos perdimos a alguien adentro del Palacio de Justicia: a esa hija que no quiere morir.

Vino el silencio del final. Y yo no sé cómo hicimos para no llorar mientras aplaudíamos de pie a Miguel Torres, rodeado por sus estupendos actores, pero sé que lo aplaudimos como tarde o temprano se aplaude a un hombre bueno.

OLA

TITULAR: SANTOS ASEGURA QUE VA A PONERLES EL TATEQUIETO A LOS VÍNCULOS DEL FÚTBOL CON LA DELINCUENCIA

Diciembre 10 de 2010

El fútbol colombiano, como el país, tendría que haberse acabado hace mucho tiempo. Y sin embargo está en pie. Ya va a terminarse, por este 2010, la decadente copa profesional que padecemos año tras año. Hemos vuelto a aferrarnos a nuestros equipos de la infancia porque no nos queda más. Hemos leído en alguna parte que asesinaron al revisor fiscal de la Federación, que los paramilitares extraditados han explicado a las autoridades de los Estados Unidos cómo usaron nuestros torneos para lavar dinero, que tal club o tal otro le pertenece a algún empresario con alias, pero hemos pasado las páginas de largo. Miren a esos pobres hinchas de quince años que ahorran para ir a los estadios a ver partidos de tercera: no vale la pena morir ni hacer la ola por un espectáculo con una trasescena tan sórdida, pero ellos lo hacen, mueren y hacen la ola por clubes a los que jamás han visto ganar nada, porque eso es lo único que hay.

Ese fútbol triste jugado por hombres que se desmayan de hambre en los entrenamientos, que a duras penas saben leer y que reclaman que por lo menos les paguen alguna de las últimas quincenas que les deben, es el fútbol que tenemos.

Fue en 1975 que los dueños de los equipos decidieron pedirles a los narcos, con la excusa de la crisis económica y a cambio de una silla en el comedor de la clase dirigente, que se convirtieran en sus socios. Entonces empezó nuestra

Historia reciente. El 16 de diciembre de 1983, dos meses después de pronunciar la frase «la mafia se apoderó del fútbol», el ministro Rodrigo Lara fue asesinado. Seis años más tarde, ante la avalancha de amenazas, escándalos y crímenes, el Gobierno suspendió el torneo días antes de que tuviera un campeón. Por cuenta de aquella extraordinaria selección dirigida por Francisco Maturana pudimos fingir por un tiempo que no pasaba nada malo, pero el 2 de julio de 1994 tuvimos que poner los pies sobre esta tierra: Andrés Escobar, el jugador más limpio de «la familia del fútbol», no habría sido acribillado si no hubiera hecho ese autogol.

El fútbol colombiano tendría que haberse terminado aquella vez. Pero el negocio siguió adelante como un cuerpo sin alma. Y, año por año, nos fue transformando en zombis que hacen la ola.

Y aquí estamos. Hablamos de «los tiempos en los que los carteles de la droga dominaban el fútbol» como hablamos de «la época de la Violencia»: como si en verdad estuvieran en el pasado. Y, como nuestros dirigentes suelen distraernos con palabras como «intervenir» o «reestructurar», hemos sido sordos a las declaraciones del nuevo Gobierno sobre «las manzanas podridas en los clubes». Quizás sea el momento, sin embargo, de recobrar la esperanza: el proyecto de ley que invita a los equipos a convertirse en sociedades anónimas sometidas a las vigilancias estatales y las firmes investigaciones de las autoridades parecen pasos en la dirección correcta. El presidente ha dicho, entre líneas, que no será necesaria una «cacería de brujas» si los equipos cumplen las reglas del juego: si le apuestan a la legalidad los que aún no lo han hecho.

Porque no fue el fútbol, sino el país entero, el que se quiso corromper. Y no lo corrompió una manada de villanos, sino una sociedad deshecha que le entregó sus principios, sus instituciones y sus hijos a la plata del narcotráfico. Así que no es tiempo de hipocresías. Es tiempo, simplemente, de que el fútbol dé el ejemplo: si la familia del fútbol se le sale de las manos a la delincuencia, si como un efecto que se le rebela a su causa se sacude los valores perversos de las mafias, tendremos una prueba de que no estamos condenados ni a la farsa ni a la

trampa. Las víctimas, por fin, no habrán sido en vano. Y entonces sí: que hagan la ola.

RESIGNACIÓN

TITULAR: EL 1º DE ENERO HUBO UNA RIÑA CADA MINUTO EN COLOMBIA

Enero 7 de 2011

Este país es un paso atrás. Si yo fuera el amable profesor alemán con el que hablé hace un par de semanas en una comida, si tuviera que padecer en silencio, como él, las filas maltratadoras e interminables de los centros de servicio de los operadores de celulares, si oyera por primera vez la envidia iracunda con la que se habla de los otros en las salas de las casas, si fuera testigo de nuestra defensa encarnizada de aquellos peligrosos valores de antaño –¡la familia!, ¡la patria!, ¡la hombría!– que nos han puesto tantas veces en el borde del despeñadero, si una noche me aconsejaran habituarme a los trancones en las arruinadas calles bogotanas como al hecho de que alguna vez nos llegará a todos la muerte, si me pidieran, en fin, paciencia y resignación y obediencia a toda hora, pensaría lo que este señor está pensando: Colombia necesita ir a terapia.

Yo nos defendí. Yo, en representación de la patria, le inventé al extranjero la teoría absurda de que «tanta violencia» nos ha enseñado a dar sólo peleas de vida o muerte: contenemos nuestros peores impulsos, le dije, porque, a fuerza de ver tantas tragedias de verdad, hemos aprendido a diferenciar una tormenta de un simple vaso de agua. Armé, mejor dicho, un montón de frases. Pero al final, aquí entre nos, quedé con la sensación de que el profesor tenía toda la razón sobre nuestra sumisión: hace mucho tiempo dejamos de notar que nuestras ciudades viven militarizadas y que vivimos en las puntas de los pies para no despertar a todos los perros guardianes que nos vigilan. Si un colombiano protesta, si reclama sus derechos en filas inútiles o en bancos mezquinos sin acudir a la agresión, lo más probable es que sea un alemán.

Este año también empezó hace mucho tiempo. Pero tampoco queremos despertarlo: como cualquier trabajador que lucha, entre las cobijas, contra su odioso reloj despertador, hacemos lo que está a nuestro alcance para que todavía no empiece.

El caso es que el lunes pasado me tocó reconocer que la tregua había terminado. Sólo pude completar del crucigrama una palabra vertical de cuatro letras que «supone, según Tolstoi, la renuncia a la propia comodidad». Y unas horas después, cuando el segundo aguacero del año me obligó a refugiarme en una tienda de café, me encontré con el profesor alemán que pensé que nunca más iba a encontrarme. Hablamos de cómo cambia Bogotá en los días de enero y de cómo en estos días hay tan pocas noticias –¡las predicciones!, ¡las ferias!, ¡los toros!– que las páginas judiciales dan el salto a las primeras planas. Y, cuando llovió un poquito menos, salí de ahí pensando que en el fondo habíamos vuelto a hablar de lo que la editora mexicana Lolita Bosch ha llamado «nuestra aparente rendición».

Leí los informes especiales de estos días, «el salario mínimo sube un 3,4 por ciento», «uno de cada siete colombianos es una víctima», «cinco niños heridos por balas disparadas al cielo en año nuevo», «hubo 2050 peleas callejeras durante las primeras veinticuatro horas de 2011», «a 517 se elevó el número de quemados con pólvora», «las Farc quieren las gracias por devolver cinco secuestrados», «a juicio cinco militares por falsos positivos», «Cuchillo tuvo que ver con 3000 asesinatos», «se consolida el movimiento machista casanareño», hasta darme cuenta de que cuando no hay grandes titulares sale a la luz, en Colombia, una terrible noticia de última hora: que seguimos siendo un país en vías de extinción, de economía feudal, educación pobre y justicia a la medida, habitado por personas enseñadas a encogerse de hombros.

Pero ya es 2011. Este año no tenemos que resignarnos a ser lo que hemos sido. Podemos salir, aquí entre nos, de esta comodidad tan peligrosa. Podemos perder la costumbre de rendirnos.

OCTUBRE

TITULAR: EL EXPRESIDENTE ÁLVARO URIBE SE LANZARÍA A LA ALCALDÍA DE BOGOTÁ

Febrero 4 de 2011

Yo no vuelvo a poner las manos en el fuego por ningún político: el político da la espalda por naturaleza. Yo no vuelvo a caer en la trampa de pensar que el mundo va a venirse abajo si no elegimos al que piensa lo que pienso: ni este ni el otro ni el de más allá va a rescatarnos de ningún villano. Por supuesto: Bogotá, en las manos que sabemos, ha vuelto a ser esa ciudad sin pies ni cabeza que prueba día a día los nervios de los bogotanos, ha dejado de preguntarse a sí misma qué clase de lugar pretende ser, ha ido rindiéndose a su mala suerte, igual que antes, como si se tratara en verdad de un destino trágico. Pero yo ya no me dejo meter en la cabeza el cuento de que necesitamos un mesías nuevo que nos rescate del mesías pasado: Bogotá no requiere salvadores de última hora, ni exalcaldes que reclamen lo ajeno como suyo, ni expresidentes extraviados en el fondo de sí mismos, ni viejas figuras de la televisión que guñen el ojo justo a tiempo, ni jóvenes promesas respaldadas por firmas tomadas en centros comerciales, sino, como toda Colombia, partidos que pongan la cara.

Hoy, después de años de elegir líderes más o menos independientes a lo largo y lo ancho del país, después de tanto jugarles el juego a esos movimientos políticos hechos a la medida de los caudillos de turno, nos hemos acostumbrado a no comprender qué ideas diferencian a un partido del siguiente.

¿Por qué el Partido Verde no hace parte de la coalición de Gobierno? ¿Tras qué

giro del destino el Polo Democrático se convirtió en socio minoritario del Partido de la U? ¿Qué piensa la U que no se le haya ocurrido primero a Cambio Radical? ¿Por qué Cambio Radical no hace parte del Partido Liberal? ¿Quién es más conservador?: ¿el Partido Conservador o el Partido Verde? Las respuestas son decepcionantes: «Porque sí», «ni idea», «nada», «porque no», «cualquiera». Todo parece indicar, a estas alturas de la Historia de Colombia, que nuestra verdadera ideología es el pragmatismo: que todos, desde los candidatos hasta los votantes, somos tan de izquierda o tan de derecha como sea necesario, tan liberales o tan conservadores como venga al caso.

Las elecciones de octubre nos exigirán, sin embargo, contestarnos una pregunta fundamental: «¿En qué clase de sitio quiero vivir?». Si la responsabilidad imperara en el proceso electoral entrante, si la práctica coincidiera, por fin, con la teoría, cada partido político tendría que proponernos su propia respuesta. Y caería, de una buena vez, la dictadura del carisma.

Pidamos, por lo pronto, que Bogotá no caiga de nuevo en el juego sin salida en el que cayó hace cuatro años: Bogotá no puede verse obligada a votar a favor o en contra del candidato de Álvaro Uribe, no puede resignarse una vez más a convertir sus elecciones en la enésima encuesta sobre la popularidad de Álvaro Uribe. Y no sólo porque se le ve muy falso, a aquel expresidente capaz de hacer consejos de exministros, este amor a segunda vista por una ciudad que durante tanto tiempo él se tomó como un mal necesario, y no sólo porque no resulta fácil creerle su entrega desinteresada por una capital a la que durante ocho años miró de reojo, sino, sobre todas las cosas, porque esta vez no podemos darnos el lujo de elegir a otro alcalde por las razones equivocadas. Por ello estamos como estamos: entre las ruinas y los miedos. Nos corresponde reconocer, de aquí hasta octubre, que somos los autores de nuestros problemas: estamos a tiempo de elegir a un equipo que sepa a dónde vamos.

Yo no pongo las manos en el fuego por ningún político: los políticos vienen y van, son y no son de un día al otro. Pero me declaro en estado de alerta hasta encontrarle a la maltratada Bogotá el equipo serio que le falta.

MISTERIO

TITULAR: MEMORIAL DE OBSERVACIONES CONSERVADORAS AL PRESIDENTE SANTOS

Febrero 18 de 2011

Señores: sus padres gobernaron a Colombia alguna vez, sus padres tuvieron la suerte de Colombia en sus manos derechas y con la ayuda de los años se volvieron monumentos nacionales, pero el país no les debe nada a ninguno de ustedes: salvo, por supuesto, el respeto que se debe a cualquiera. Señores delfines Gómez Hurtado, Ospina Hernández y Valencia López: quizás porque sus padres ayudaron a construir la torre inclinada del conservatismo, tal vez porque sus familias estuvieron ahí, en el lugar de los hechos, mientras este lugar se acostumbraba a ser una suma de violencias, la carta ornamentada que acaban de enviarle al «foro ideológico» de su partido (y que El Tiempo reprodujo, en página entera, en su edición del lunes pasado) parece una carta de tres fantasmas de mediados del siglo pasado que aún extrañan la Constitución de 1886.

Porque el Partido Conservador, en el extraño mundo intacto en el que sucede su carta, mantiene «enhiesto» el programa que José Eusebio Caro y el primer Mariano Ospina publicaron el jueves 4 de octubre de 1849 en el periódico La Civilización: sigue diciendo «hay que conservar la propiedad, hay que conservar la justicia, hay que conservar la sociedad, hay que conservar la República». Y a nosotros nos corresponde, en consecuencia, seguir creyendo que a los valientes miembros de su organización los unen aquellas ideas, que el excandidato Álvaro Gómez Hurtado se inventó el concepto de «lo fundamental» y que tenemos que darle las gracias a un partido político que nunca, en 162 años de Historia, ha sabido hacer oposición.

El Partido Conservador ha gobernado a Colombia en cuerpo ajeno durante los últimos doce años. Figuras suyas han protagonizado, desde los desmanes de Agro Ingreso Seguro hasta el terrible caso de Yidis Medina, algunos de los peores escándalos de corrupción de las últimas décadas. Sus líderes, tan dignos, tan apellidados, tan azules, por más de una década han convivido con personajes escalofriantes como quien sólo piensa en los fines. Y su bendita ideología ha sido en verdad la burocracia: «Hay que conservar los puestos». Pero su carta, señores, se atreve a sugerir que el conservatismo es inocente: que los primeros seis meses del Gobierno rojo de Santos, con esa manía de conciliar, sólo nos han traído inseguridad, reformismo inútil, mala administración, educación sindicalizada, persecución a los militares, clientelismo y pecaminosa amistad con Venezuela.

Según su carta, señores, el Partido Conservador es la salvación. La uribista dirección nacional del Partido, súbitamente crítica, denuncia la inseguridad del país como si no hubiera gobernado doce años seguidos. El expresidente Andrés Pastrana, que como buen conservador sólo es conservador cuando le sirve, llama al orden a las huestes con la cínica lucidez de los expresidentes. El concejal huilense Armando Acuña vuelve de un secuestro de veinte meses, al que las Farc lo sometieron, según dijo, «por pertenecer a un partido corrupto», asqueado del silencio de sus supuestos colegas: «Mi suerte no le importó a la organización a la que le he servido tanto», declara. Pero según la carta de ustedes, señores, la culpa es de los otros: «El Partido Conservador debiera fijarse como objetivo inmediato hemostatar esa hemorragia», dicen.

Señores Gómez, Ospina y Valencia: ustedes, con su frágil autoridad de delfines, capaces de usar la palabra «hemostatar» y a la larga incapaces de ser la oposición, tienen el mismo derecho que cualquiera de nosotros a decir lo que piensan, pero, ya que su voz llega a los otros, le deben a este país en suspenso palabras que eviten las guerras. Señores conservadores: ustedes pueden dormir por la noche. Cómo lo hacen es, en verdad, todo un misterio.

ESCALOFRÍO

TITULAR: PROCURADOR ORDÓÑEZ PIDE INVESTIGAR HECHOS RELACIONADOS CON ARTÍCULO DE SOHO

Abril 1 de 2011

Sólo Dios está en todas partes. Pero el procurador Ordóñez pretende algo parecido. Considera que «Colombia va por un despeñadero moral», que «perdió totalmente el temor a la justicia y el respeto a la vida». Y para sentar ejemplo, como imponiéndose a sí mismo la tarea de regenerarnos, se ve obligado a aparecérsenos día y noche en los más recónditos rincones de los medios. Ahí está. Saca del ruedo público al secretario uribista Bernardo Moreno por el caso de las interceptaciones ilegales; investiga al senador de izquierda Iván Moreno por el escándalo de la contratación en Bogotá; advierte al Ejército, tras el asesinato de los niños de Tame, que esta vez él es «la máxima autoridad»: impone la ley a diestra y siniestra y en vivo y en directo.

Y si alguien le pregunta por qué estamos como estamos, por qué hemos llegado a semejantes grados de corrupción y de violencia, responde sin pestañear que el país perdió el temor a la ley porque perdió el temor de Dios.

Ahí está. A veces, cuando lee nuestras leyes con las gafas de su moral, el procurador Ordóñez se asemeja a aquel Monseñor Builes que en días de la violencia partidista llamaba pecadores a los lectores de El Tiempo porque «el liberalismo es esencialmente malo». Ordóñez cree que de nada sirve su labor pacificadora en el ministerio público si no viene acompañada de una pedagogía de los valores. Habla del «deterioro del tejido social». Y va por el mundo dando

ejemplos osados de nuestra supuesta decadencia: «Se busca desnaturalizar a la familia permitiendo la adopción de parejas del mismo sexo»; «ni el porte ni el consumo de drogas son asuntos propios de la vida íntima de las personas»; «una sociedad que justifica el aborto puede justificar cualquier otro delito».

No está solo en su cruzada por las «buenas costumbres»: los sospechosos de siempre, del Partido Conservador a la Iglesia Católica, van a su lado como una anacrónica marcha de guerra que da pasos atrás.

Un, dos, un, dos. Viene, a su derecha, la jurista Ilva Myriam Hoyos: parece empeñada en revivir, como procuradora delegada para los asuntos de la familia, ciertos casos que perdió en su carrera de litigante de firmes convicciones católicas. Todo indica que aún padece el «fallo injusto» de la Corte Constitucional –eso escribió en Semana en el 2006: «Un fallo injusto»– que permite el aborto en tres casos de vida o muerte. Todo sugiere que se le reaparecen los retratos de aquella «última cena», que también denunció hace cinco años, cada vez que ve las fotografías de Mauricio Vélez que convirtieron la nueva edición de SoHo en una denuncia de los inocultables abusos clericales que han llevado al propio Benedicto XVI a pedirles perdón a miles de niños traumatizados.

Pero el aborto terapéutico no es un delito y quien ve pornografía infantil en las fotos de Vélez está viendo otras fotos. Y, ya que la idea es dar ejemplo, empecemos por pedirle respeto a la Procuraduría por las libertades que garantiza la ley.

Creo en un Dios que se pone en los zapatos de todos. Creo en un Dios que no se cree Dios. No se queja de los tiempos que corren. No agradece fanatismos ni censuras en su nombre. No guarda en un cajón un molde de familia. No entiende de preferencias sexuales ni de intolerancias. Tiene claro que para nadie es un placer abortar. Ha visto nuestra religiosidad sin compasión pasar, de rezo en rezo, como otro escalofrío que habrá de terminarse. Ha sido testigo de la alianza

histórica entre ciertos curas y ciertos políticos para preservar, a punta de impartir temor de Dios, las desigualdades que engendran nuestros peores males: la corrupción, el hambre, la violencia. Sabe que el día que no nos sirva más de excusa daremos, por fin, el paso al frente.

MEZQUINDAD

TITULAR: URIBISTAS INDIGNADOS RECLAMAN EL REGRESO DE LA SEGURIDAD DEMOCRÁTICA

Abril 29 de 2011

Déjenlos que marchen. Que marchen contra la justicia, contra los 208 artículos de la ley de víctimas, contra la buena relación con el aplastante Hugo Chávez. Que reclamen el regreso de la seguridad democrática, señalen a ese Judas bogotano que les hizo creer a los fieles que era Pedro, exijan la regeneración de un régimen, el tal uribismo, que tiende a caer en los lugares comunes –el histrionismo, el maniqueísmo, la retórica– de las tiranías. Que marchen: que nadie les diga «váyanse del país si no les gusta», como suele oírse en tiempos de listas negras, mientras ejercen aquel derecho sagrado tan mal visto de 2002 a 2010. Sí, que marchen. Pero que lo hagan, por favor, bajo este aguacero inclemente que ha dejado en ruinas a más de tres millones de colombianos: que quede claro que su vocación no es Colombia sino las sórdidas redes del poder.

Que marche el excomisionado de paz Luis Carlos Restrepo. Que grite la consigna amarga «¡el uribismo ganó las elecciones pero perdió el Gobierno!» días después de declarar «no quiero saber nada del uribismo». Que siga denunciando al presidente Santos por poner en riesgo los avances del presidente anterior. Y llame a las huestes a recuperar el poder en el 2014 tras susurrar «no tengo cuero para la política». Que diga lo que quiera: que esté siempre en su derecho. Pero que tenga el cuero que no tiene para oír que hay que ser muy mezquino para comparar un escalofriante montaje de ocho años con un aparatoso Gobierno de ocho meses.

Que, mientras millones de colombianos se siguen ahogando, la trastornada familia Uribe se siga desahogando en Twitter. Que siga siendo su prerrogativa soltar frases temerarias a siniestra y siniestra como si las palabras no fueran actos. Si Colombia fuera su prioridad ya se les habría ocurrido usar semejante energía para liderar la reconstrucción de alguna esquina del país. Ya tienen la razón social: Salvarte. Pero no, ellos no. Ellos van por las redes llamando «narcoterrorista» e «hipócrita» a los que les preguntan por sus cosas.

Que marchen los delirantes editorialistas de El Colombiano. Que, contra todas las evidencias, denuncien el desmoronamiento de la seguridad en manos del presidente de la prosperidad. Que acusen a Santos de soñar con el Nobel. Que le repitan al pueblo, quien quiera que sea, «ojo a la traición: el presidente de ahora no es de la entraña del presidente de antes». Que lo hagan: en su amañado mundo en blanco y negro, si el uribismo hubiera seguido en el Gobierno no habría habido ola invernal.

Yo voté para presidente por el único líder que le pidió a Uribe la renuncia. No se me pasó por la cabeza votar por Santos. Pero sí le agradezco, hoy, que nos esté reeducando. Que nos diga que la tortuga de la democracia suele ganarle la carrera a la liebre de la dictadura. Que se tome las críticas de su antecesor «como un baño de agua fría para despertarse y trabajar con más ánimo y vigor». Que ser uribista no sea, en su diccionario, irrespetar a la justicia, rehuir la mirada de las víctimas y tener al país en el borde de una guerra con Chávez. Que nos haya convocado a todos, malacostumbrados a unirnos sólo cuando caen guerrilleros, a aprender una solidaridad que se convierta en hechos. Que su Gobierno no encuentre tiempo para peleas que no valen la pena: que les responda en voz baja «todo va a estar bien» a estos señores que solo saben gritar.

Hay que dejarlos gritar: esa es la lección. Hay que dejarlos marchar. Pero que nunca deje de sorprendernos que sean capaces de sentirse ofendidos, perseguidos, traicionados, por un Gobierno que apenas comienza en pleno diluvio. No sé si la palabra que define su comportamiento sea «mezquindad» o «sordidez»: me gusta como suena la primera.

IMPUNIDAD

TITULAR: DOCUMENTAL COLOMBIANO SE PREGUNTA SI EL PAÍS PODRÁ SUPERAR EL VICIO DE LA ILEGALIDAD

Julio 8 de 2011

Si Colombia se acabara hoy, como se acaban ciertos negocios basados en la explotación, podríamos decir que fue un país que pasó sus páginas sin haberlas leído. Tiene quién le redacte leyes razonables. Tiene quién la narre. Pero, quizás porque aquí no queda tiempo ni dinero ni paz ni tierra para vivir, todas esas palabras llegan a muy pocos. Nuestras normas van bien hasta que llegan a «comuníquese y cúmplase». Nuestros relatos se pierden en el camino como si los narradores no hablaran la lengua del auditorio. Y sin embargo hay que insistir. Impunidad, el devastador documental sobre las glorias y las miserias de la Ley de Justicia y Paz que se presentó hace unas semanas en Bogotá, se resiste a que desconozcamos las dimensiones del horror: sólo en la primera escena una mujer dice que, cuando su hermano de doce años fue torturado y decapitado porque sí, «yo cargué el cuerpo y mi mamá llevó la cabeza».

En Colombia todo se cuenta, sugiere Impunidad, pero al final nada se sabe. Quizás, para que todo se sepa, haya que ir caso por caso. Sí, publicamos las estadísticas de la barbarie de estas décadas, 30 500 homicidios, mil masacres, 2500 desapariciones, pero debemos contar la Historia reciente de Colombia tragedia por tragedia, cadáver por cadáver, pues no es posible sentir compasión por una cifra. Denunciamos la corrupción. Damos las noticias. Hacemos las crónicas. Escribimos las novelas. Filmamos las películas. Pero debemos narrar más, de más maneras, para que más personas se enteren de todo: sin encogernos de hombros porque «no hay nada por hacer», sin acusar recibo de censuras veladas como «la gente está cansada de tantas historias de violencia» o «el

periodista no puede ser idiota útil del terrorismo», sin caer en la tentación de aliarnos, entre el miedo y la fascinación, con los dueños del país.

Si es cierto, como dicen los psiquiatras, que sólo se puede declarar sano quien logra relatar su propia historia, entonces está enferma la nación que no es capaz de narrar lo que ha vivido.

Impunidad articula, para que no pasemos otra página sin haberla leído, lo que nos sucedió antes y después de la promulgación de la Ley de Justicia y Paz: el odio que la guerrilla se ganó a puro pulso; la toma del territorio a sangre y fuego a cargo de los ejércitos privados de algunos líderes regionales; la desmovilización de 32 000 paramilitares a cambio de confesiones que aún no llegan; los veintiocho parlamentarios detenidos por su parentesco con las bandas ilegales; la sorpresiva extradición a Estados Unidos de los trece cabecillas que lo sabían todo; las 936 familias que hicieron la fila para recibir los restos de los suyos; y el momento en el que el sanguinario «alias H.H.», cansado de un país en el que «la deshonra no es que se descuartice sino que se denuncie a un político», pronuncia la frase «Colombia no está preparada para saber la verdad».

Siempre le ha costado saberla. El 28 de enero de 1849 se publicó en Bogotá el primer ejemplar de un periódico satírico, El Alacrán, que denunciaba la corrupción de las élites y hacía temblar a los poderosos con el discurso de la igualdad: sus editores fueron amenazados, demandados y encarcelados dos días después. La censura es, 162 años más tarde, mucho más sofisticada: es esta sensación de que, en un país ensordecido, contar la verdad resulta inútil. No, no lo es. Ver Impunidad, por ejemplo, es despertarse un poco más: cada una de sus secuencias grita que de nada sirven las leyes progresistas si el progreso no es la meta, que un hecho no es un hecho hasta que no se relata, que nunca hay que bajar la guardia en la reconstrucción de nuestra Historia.

Uno termina de verla con la sensación de que en un futuro todo este horror será

el pasado.

TUMACO

TITULAR: EL JUEVES 15 DE SEPTIEMBRE SE LLEVÓ A CABO EN TUMACO LA «MARCHA DE LA DESESPERACIÓN»

Septiembre 16 de 2011

Quiera Dios que el mundo se acabe en el 2012. Que en la tal «era de acuario», para darles la razón a los profetas, la Tierra deje de ser esa pirámide que gira alrededor del Sol. Que no sea más «ese lugar tan duro para los seres pequeños» que se describe en La noche del cazador: que su capitalismo supere la ley de la selva, que sus marchas de protesta, desde Tel Aviv hasta Atenas, no acaben convertidas en sangrientas marchas fúnebres, y que, más por solidarios que por pragmáticos, más «frente al horror» que «contra la pared», sus pocos dueños se atrevan a dar una parte de todo lo que tienen para equilibrar los dramas. Por supuesto: yo mismo pondría los ojos en blanco, yo mismo cantaré con cinismo «la vida sigue igual», si no estuviera probado que incluso las peores historias suelen tener giros inesperados.

Tomemos como ejemplo a Colombia. Desde el lunes se ha repetido que sólo tributan por riqueza 29 618 de sus 46 millones de habitantes y que 16 432 158 colombianos sobreviven con menos de 187 mil pesos mes por mes. Se ha recordado, así, que a veces se ha querido construir aquí una nación. Y que sin embargo, entre las trampas de una geografía monstruosa y los fraudes de un árbol genealógico de poderosos que juran que «hay jerarquías hasta en el cielo», a duras penas se han conseguido instalar Gobiernos en una cuarta parte del territorio. El abandonado resto del país, ese 75 por ciento, regido por la ley del más fuerte, que se ha llamado «tierra caliente» en franca alusión al infierno, ha reclamado a gritos la presencia del Estado hasta quedarse sin voz.

Colombia es una suma de inútiles gritos de independencia, sí. Y desde siempre se ha repetido la frase «la gente algún día va a estallar» como si no lo hubiera hecho ya.

Pongamos el ejemplo de aquel ignorado municipio en la esquina suroccidental del país, Tumaco, que de tanto en tanto osan llamar «la perla del Pacífico». Todo el día de ayer, jueves 15 de septiembre de 2011, sus 170 mil habitantes llevaron a cabo un valiente paro cívico para que llegara hasta acá la noticia de que existen: que no han podido reponerse de los gamonales que los volvieron Haití; que, en los últimos diez años, el narcotráfico llenó las calles de sicarios y de cadáveres; que los mercenarios gringos y centroamericanos son los únicos turistas que se atreven a ir por allá; los helicópteros sobrevuelan como si fuera a empezar otro Vietnam; la plaga de la fumigación está a punto de acabarles la palma africana; y el perverso asistencialismo del pasado Gobierno convirtió en pordioseros a miles de sus ciudadanos.

Si todo sigue como va, si el Gobierno sigue dejándolos morir aplastados por la «ola infernal», estallarán como ya lo hicieron en septiembre de 1988.

El presidente Santos canceló hace poco su esperanzadora visita a Tumaco, claro, pero el pasado martes 13, en su gira por el lejano Pacífico, declaró frente a un grupo de inversionistas japoneses que busca corregir los índices económicos del país «porque cada pobre que sale de la pobreza es un consumidor»: hágalo por lo que lo haga, por justo o por astuto, Santos, en un extraño giro de la historia, está a tiempo de convertirse en el líder que convenció al país de que redistribuir la riqueza es un buen negocio. Quizás la Tierra esté convenciéndose de ello: Warren Buffett, el tercer hombre más rico de este planeta quebrado, publicó en el New York Times del domingo 14 de agosto una columna en la que anuncia su disposición a pagar más impuestos «para aliviar el sufrimiento de mis contemporáneos». Y tiene pinta de primer paso. Y tiene cara de tendencia.

No es optimismo: créanme. Es que si esto no cambia, si el mundo no deja respirar a los «seres pequeños», el famoso 2012 no será un final feliz.

PETRO

TITULAR: EL EXCANDIDATO PRESIDENCIAL DE LA IZQUIERDA
LIDERA LAS ENCUESTAS PARA LA ALCALDÍA DE BOGOTÁ

Septiembre 30 de 2011

Ojalá Gustavo Petro sepa qué está haciendo: ojalá tenga claro el tamaño de su responsabilidad. Porque si los sondeos de estos días tienen la razón, si mañana pasa lo que está pasando hoy, el domingo 30 de octubre se convertirá en el próximo alcalde de lo que queda de Bogotá. Sus persecutores, que tanto lo honran, no paran de llamarlo «exguerrillero», «expresidiario», «exmiembro del Polo Democrático». Sus enemigos más astutos tratan de presentárselo a los electores como el heredero de una administración enervante, la Alcaldía encarcelada de Samuel Moreno, que más bien parece una conspiración. Y uno de sus rivales en las elecciones por venir, el eterno candidato Enrique Peñalosa, lo trata como si se le hubiera colado en la fila de la vida, lo llama «hombre de izquierda» en vez de «hombre peligroso» y de tanto en tanto le lanza la peor ofensa que existe en la Colombia de estos días: «Senador».

Pero los ataques ponen a los bogotanos del lado de Gustavo Petro: Petro sube y se aleja en las encuestas; Petro toma cara de hombre claro rodeado de malos perdedores; Petro es elegido «candidato de los niños»: hay gente que quiere ser Petro cuando grande.

Y, para completar el cuadro, el propio Peñalosa le ha dado el empujón que hacía falta: ha vuelto a recurrir a la figura dramática de Álvaro Uribe como si no entendiera, por Dios, que es una sombra de alas abiertas que pone en guardia a

los electores bogotanos.

Ocurrió el domingo pasado. Uribe saludó a Peñalosa semejante a un pequeño Papa: «Qué hubo, hijo querido», le dijo. Y, tras grabar un comercial para sellar el padrinazgo que acabó con el Partido Verde, se fueron a rescatar al sur de la ciudad de las garras de Petro: de las garras de ese congresista altanero que una vez, a punta de debates, logró amargarles la vida. Por la noche, después de la jornada, apareció en los medios una fotografía tan ridícula que parecía un montaje: Uribe sostenía un megáfono mientras Peñalosa lanzaba su tradicional «denme la oportunidad de servirles», a una multitud del barrio Santa Librada, bajo la mirada orgullosa de aquel Lucho Garzón que hacía apenas un año iba por todo el país denunciando los desmanes del uribismo.

Dirán que el mundo no es en blanco y negro. Dirán la frasecita: «todo sea por el bien de Bogotá». Pero las medidas desesperadas de Peñalosa han convertido a Petro en el rey de la coherencia: el hombre que sí tiene las riendas.

Que levante la mano el que no confíe en Gustavo Petro. No por exguerrillero ni por expresidiario ni por exmiembro del Polo. Sino, como yo, porque se trata del tercer candidato en línea que se tropieza con la Alcaldía de Bogotá sin haber pensado la ciudad en serio.

Creo que, aunque lo ronde ese pragmatismo escalofriante que lo llevó a elegir a un procurador que da los fallos de espaldas a los feligreses (y aunque repita como un culebrero «vamos a dismantelar la corrupción en el distrito» o «vamos a acabar la segregación social» sin decirnos cómo), Petro ha hecho una valiente carrera política en una democracia que no ha logrado dejar de ser una parodia: creo que ha combatido la exclusión, desde las horribles noches del Frente Nacional hasta los días inciertos de la Unidad Nacional, en un país en donde no se han honrado los acuerdos para que nadie sea invisible. Pero me produce desconfianza que se haya encontrado con la Alcaldía de la pobre Bogotá por el camino.

Dentro de un mes, si la alianza entre Antanas Mockus y Gina Parody no da lugar a una candidatura novedosa que saque del trance a los indecisos, Petro será el alcalde de esta ciudad que no aguanta otro alcalde de mentiras. Y dependeremos entonces, todos, de que esté a la altura de semejante destino. Que levante la mano el que le crea.

PROTESTA

TITULAR: EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL COLOMBIANO SE PREPARA PARA TOMARSE LAS PLAZAS DEL PAÍS

Noviembre 11 de 2011

Aquí están los estudiantes, señor presidente, aquí están dándole la cara. Aquí están, sin capuchas ni piedras en la mano, mirándolo fijamente a los ojos: de aquí nadie los mueve hasta que su Gobierno en verdad oiga lo que están diciendo. Su ministra de Educación, cansada de la indignación que despertó su aparatoso intento de reformar el sistema de formación superior, abrumada por aquellas marchas mansas que evitan con gracia los lugares comunes, llegó a decirles «vuelvan a sus clases: no saben el daño que le hacen al bolsillo de sus papás». Su ministro del Interior les mandó a pedir que dieran el debate en el Congreso: «Ese es el escenario natural», les explicó, «las protestas estudiantiles no tienen sentido». Y usted, que sabe que Colombia aún es un croquis, les preguntó «¿por qué protestan si no hay nada para protestar?» como si hubiera llegado tarde a la película.

Pero ellos siguieron marchando, señor presidente. Y seguirán de pie porque tienen claro que no deberían estar pagando dos veces por un mismo derecho, porque han descubierto que decir lo que se piensa no es un acto subversivo y porque tienen toda la razón.

Quizás no haya que pintarle los cachos del diablo a su fotografía, señor presidente. Pero es cierto que su empantanado proyecto de ley, «por el cual se regula la prestación del servicio público de la educación superior», busca a

medias lo que hay que buscar a fondo: que los cupos se multipliquen, que la calidad por fin se eleve, que el aprendizaje deje de ser un privilegio, que los institutos tecnológicos alcancen la dignidad que tanto les falta y que los principios del buen gobierno se tomen el sector. Como dicen los estudiantes, en una lengua anterior al pragmatismo, no se llega a ninguna de las metas que usted pretende por ninguno de los caminos reparchados que usted propone: jamás tendremos un país de iguales si no tomamos, entre todos, la decisión de invertir en la educación mucho más de lo que invertimos en la guerra.

Oiga a los estudiantes, presidente, ógalos bien. Simplemente le están recordando que sus familias no han tenido ni tendrán con qué pagar unas clases que los conviertan en prójimos de los afortunados: que si Colombia no sigue el ejemplo de Brasil, si el Estado –esa extraña manera de decir «nosotros»– no le apuesta diez veces más de su presupuesto a la educación, si no saca de su bolsillo remendado esa «cobertura con calidad» con la que todos estamos de acuerdo, si no construye los salones ni los profesores que se necesitan y no entiende que para darle valor a la formación técnica no es necesario menospreciar la formación universitaria, seguiremos siendo un país de siervos sin nada sometidos por «los benditos créditos educativos»: una larga fila que no va a dar a ninguna ventanilla.

Entienda a los estudiantes: son personas nuevas. Aún no se resignan a vivir a pesar de los Gobiernos ni se acostumbran a pagar impuestos para nada. Todavía no les parece normal tener que comprar de nuevo la seguridad, la enseñanza, la salud. Tienen la rara idea de que el presidente de la república es su empleado. Y creen que lo que llaman «el mundo real» es una excusa: que el mundo es lo que sea que uno quiera. No son los mismos estudiantes de siempre, presidente, saben que marchar por la educación es marchar contra la violencia; no gritan «¡imperialismo!» ni hablan de «neoliberalismo» cuando se quedan en blanco; andan por ahí, con cifras en la mano, diciendo «queremos un Estado que gaste en un estudiante lo mismo que gasta en un soldado».

¿Quiere darle un verdadero golpe a las Farc, señor presidente?: entonces siéntese

a armar con los estudiantes, de igual a igual, un país en el que los padres gradúen a sus hijos en vez de enterrarlos.

TIMOCHENKO

TITULAR: TIMOLEÓN JIMÉNEZ REMPLAZA A ALFONSO CANO COMO COMANDANTE DE LAS FARC

Noviembre 25 de 2011

Está en primera plana: «Alias Timochenko es el nuevo jefe de las Farc». Y quizás porque acabo de leer *Formas de volver a casa*, una novela de Alejandro Zambra que prueba que mi generación nació resignada a ser la generación de «los hijos de aquellos que dieron las grandes batallas», ese alias polvoriento me ha puesto a sospechar que este nunca va a dejar de ser el mundo paranoico que encararon nuestros padres, que hubo un momento, en la esquina de los años sesenta con los años setenta, en el que la Historia de Colombia se detuvo, y que lo que sigue en nuestra agenda no es reaccionar a esta indignación social que ha estado tratando de articularse, sino perseguir a alias Timochenko como si, en vez de un criminal que de tanto correr ya no sabe por qué corre, fuera un descendiente del demonio: un heredero del mal.

Nací, en agosto de 1975, en el segundo piso de esta pirámide colombiana financiada por explotadores impunes, narcotraficantes inverosímiles y empresarios con espíritu de jerarcas. Por las salas de las casas pasaban los mismos fantasmas de hoy: los torturados del Cantón Norte, los fusilados en el Palacio de Justicia, las víctimas de las bombas de Pablo Escobar, los políticos asesinados en el camino a la Constitución de 1991, los desposeídos de una apertura económica que convirtió a los banqueros en pequeños tiranos, los perseguidos por una guerrilla esquizofrénica que se fue convirtiendo en una rentable banda narcotraficante y los ciudadanos a sueldo que saben de memoria que aquí se sobrevive como en el viejo oeste.

Nací en un lugar que sigue siendo reparado a medias por jóvenes de los setenta. Y para probármelo, para que la abrumadora mayoría del país siga gritando «¡ahí vienen los rusos!» porque se siente perseguida por una minoría borrosa que grita «¡abajo el imperialismo yanqui!», para que no nos quepa duda alguna de que seguiremos engendrando los mismos villanos y los mismos héroes mientras no nos portemos como otra generación, en la primera plana del periódico se lee «nuevo jefe de las Farc» como si dijera «nuevo ministro del Secuestro»: como si hubiera habido un simple relevo en otra de nuestras instituciones.

Se habla de «sincretismo religioso», de, por ejemplo, cómo ciertas culturas se apropian de los iconos del catolicismo poniéndoles los ropajes de sus tribus. Lo de Colombia ha sido «sincretismo histórico»: una pobre puesta en escena de aquella historia que los pueblos están condenados a repetir. Desde los setenta, para no ir más lejos, hemos sido un thriller político de bajo presupuesto sobre los grandes problemas de la guerra fría. El tal Timochenko, que se entrenó hace tanto que se entrenó en la Unión Soviética, que ha pasado treinta años, en el delirante planeta de las Farc, dedicado el oficio de justificar lo injustificable, habla la lengua muerta de una guerrilla «marxista» que disfraza los negocios más despiadados con los uniformes de las grandes ideas. Pero nosotros le jugamos el juego de perseguirlo como a un bandolero legendario.

No hay, en los textos de historia, crímenes contra la humanidad tan infames como los secuestros de diecisiete años cometidos por las Farc: no pido bajar la guardia en la lucha contra semejantes delincuentes. Pido que, mientras Timochenko baja las escaleras de su destino con las botas de siempre, seamos por fin otra generación: que, en vez de extraviarnos en batallas anacrónicas, discursos ajenos y enemigos de siempre, tengamos clarísimo que nadie va a ganar esta guerra hasta que se proponga en serio la despenalización de la droga, se combata la criminalidad a punta de una verdadera política social y se publiquen las fotos ensangrentadas de los «nuevos jefes» en un rincón perdido en las páginas judiciales.

IGLESIA

TITULAR: IGLESIA CATÓLICA NO ACEPTA QUE HOMOSEXUALES SOLTEROS PUEDAN ADOPTAR

Diciembre 23 de 2011

La voz de Monseñor Córdoba da un poquito de miedo. Una periodista tan grave que parece tonta le pregunta: «Padre, ¿usted qué opina de que le devuelvan a aquel hombre homosexual, el periodista norteamericano Chandler Burr, los dos niños colombianos que adoptó en febrero?». Y «el sacerdote que no sabía callar», representante del empolvado episcopado del país, deja en el aire un reguero de oraciones alarmantes con esa cadencia perversa con la que ciertos curas acarician las palabras. Dice «yo no juzgo a este señor por su tendencia»; «quizás tenga su inclinación homosexual pero sea una persona madura que controla sus pulsiones»; «me preocupa que a esas edades, trece y nueve años, los dos jovencitos puedan ser atractivos para él», y sus frases dan un poquito de asco.

El ICBF, que solo en este 2011 se ha hecho cargo de 832 niños abandonados por sus padres, que protege a 45 000 de los 711 000 niños que se han perdido en los interminables infiernos de Colombia, ha tenido el descaro de acusar al señor Burr de “ocultar su orientación sexual” como si alguien tuviera derecho a conocerla: como si, a estas alturas del horror, el Instituto no hubiera entendido ya que las familias no son un hecho sino un logro. Y el nefasto procurador Ordóñez, que aparece como un superhéroe “allí donde su moral se vea amenazada” pero que en verdad es el villano de la historia, se ha atrevido a impugnar el proceso de adopción con la convicción de que los hijos de Burr están corriendo el riesgo de contagiarse de homosexualismo: Ordóñez ha emprendido en vano, se sabe, una cruzada delirante hacia la presidencia.

Pero las destempladas declaraciones de Monseñor Córdoba, cuya voz, como la de tantos curas, persigue sin éxito los acentos de la bondad, no solo producen escalofríos, sino que recuerdan por qué la Iglesia católica está viviendo semejante crisis: por qué diablos ha perdido cientos de miles de fieles en los últimos treinta años.

Porque no ha sido aliada de los individuos sino cómplice de sus problemas.

Porque su verdadera búsqueda no ha sido la compasión sino el apaciguamiento.

Ha jugado el juego de hablarle duro al mundo en una lengua que no puede nombrar los males contemporáneos. Y desde el Vaticano, una multinacional tan sórdida e intocable como la Fifa que gasta casi toda su energía en preservar el prestigio de la marca de la cruz, le ha dedicado al oficio ingrato de borrar las huellas de los pedófilos el tiempo que tendría que haberle dedicado al dolor de sus adeptos: y nada podrá reparar a esos miles de niños del mundo –35 000 irlandeses, 10 000 gringos, 10 000 holandeses– que fueron violados por un puñado de curas que no controlaban sus pulsiones.

La Iglesia sigue teniendo personas extraordinarias en sus confesionarios, sí.

Y sí, sigue teniendo en sus manos las riendas de millones de vidas. Pero a punta de monseñores sordos, atrapada en una puesta en escena que excluye a todos aquellos que «yo no juzgo», se ha visto obligada a encarar la deserción de sus seguidores como otro banco con pésima atención al cliente.

El martes pasado treinta personas que alguna vez fueron bautizadas se reunieron frente a la sede del Arzobispado de Madrid, armadas con sus dignas cartas de renuncia, para «dejar constancia de nuestro deseo de no pertenecer más a la Iglesia católica». Querían liberarse de una institución que solo cuenta con ellos para sus estadísticas. Querían recordarse a sí mismos, según confesaron, que no hay nadie más cerca ni más lejos de Dios, que cada quien tiene derecho a su propia navidad y cada quien renace cada año rodeado por la familia que se ha ido ganando en la vida: felices fiestas, Chandler Burr, que ningún dueño de la moral se atreva a quitarle a sus hijos.

PODER

TITULAR: LLEGA A LAS LIBRERÍAS UNA NUEVA EDICIÓN DE LA BIOGRAFÍA DON JULIO MARIO

Febrero 3 de 2012

Hubo una vez, acá en Colombia, que lo mejor era quedarse callado: les salía bien la vida a aquellos que se doblegaban, que miraban a los ojos de reojo, que se iban a la tumba con los secretos horrendos de los poderosos. Si no lo puede creer, si no me cree que este lugar era un mundo de rodillas, entonces lea la nueva edición de Don Julio Mario que acaba de llegar a los escaparates de las librerías como quien entra de puntillas a una habitación: lea Don Julio Mario porque por esa estupenda biografía no autorizada de Santo Domingo, que el periodista Gerardo Reyes se atrevió a escribir hace un poco menos de diez años, pasa la historia sin salida de un país en el que no era necesario amordazar a nadie porque nadie se atrevía a abrir la boca. En esa Colombia, un campo minado en todos los sentidos, daba mucho menos miedo denunciar a los criminales que poner en duda a los empresarios. Cada quien se hacía cargo de su propia censura. Y poco a poco se iba plegando a la única rama del poder.

En los días soleados de enero, por las calles de piedra de aquella Cartagena romántica que queda en un rincón de Cartagena, desfilaban los periodistas serviles que se encogían de hombros mientras dejaban escapar la frase «no volvería a trabajar si dijera lo que sé», los libretistas borrosos acostumbrados a que «aquí no se pueden contar las verdades que se cuentan los gringos» y los escritores súbitamente enmudecidos ante la sofocante presencia de los políticos de turno. Las leyes despóticas –por ejemplo: la penalización de la droga– conducen más temprano que tarde a la doble moral: la gente las cumple de puertas para afuera. Y en la Colombia del siglo pasado, que en las páginas de

Don Julio Mario se va empobreciendo, de negocio en negocio, hasta volverse una sociedad en la que tantos obran «en defensa propia», la ley del silencio convirtió en locos, en ladinos o en jefes de propaganda a los encargados de decir la verdad.

Créame que Colombia era muda: ni el cronista más valiente ni el novelista más temerario ni el cineasta más experto habría podido comprarse la libertad para contar de frente la trasescena de un poderoso.

Las conversaciones de todos los días, llenas de un miedo apodado prudencia, eran malabares de eufemismos: «Conflicto armado», «falso positivo», «paseo millonario». Los presidentes se portaban como expresidentes: iban por ahí diciendo qué hay que hacer, decían «habrá que despenalizar la droga», «habrá que hacer una reforma agraria», «habrá que reconquistar el territorio a punta de justicia», «en Colombia la batalla es entre legales e ilegales», «no se tiene poder, sino fuerza tiránica, en un país en el que nadie puede hablar», como si no fueran malos presidentes con nuestra suerte en sus manos sino buenos columnistas con nuestra historia en la punta de la lengua. Se dirigían a la vejez de la vejez empeñados en la defensa de un Gobierno indefendible mientras una pequeña corte les daba palmadas en la espalda. Se iban volviendo estatuas de abuelitos como Santo Domingo se volvió una biblioteca.

Hubo una vez que era fatal decir las cosas como son. El valiente Gerardo Reyes logró contar el peor siglo del país, en Don Julio Mario, pues no les debía nada a los poquísimos dueños de todo, pero la antigua edición de su libro solía perderse en los anaqueles de las librerías como un recuerdo que va palideciendo. La verdad solía perderse acá en Colombia. Y había que arrodillarse ante cualquiera porque no era poderoso el hombre que tomaba decisiones a favor de todos, sino el monstruo que podía dejarnos sin voz y sin recuerdos. Sí, hubo una vez que se llegó a confundir «poder» con «poseer», «poder» con «someter», «poder» con «fuerza». Hubo una vez, en fin, que ocurre ahora.

TRANSMILENIO

TITULAR: BLOQUEOS AL SISTEMA DE TRANSPORTE TERMINARON EN ACTOS VANDÁLICOS EN LAS ESTACIONES

Marzo 16 de 2012

52 vándalos le parten el alma a Transmilenio. Y en vez de lamentar los mil millones de pesos que se han perdido para siempre, ciegos a las cenizas y a las ruinas y a los vidrios del enésimo bogotazo de la historia, los protagonistas de turno vuelan alrededor del alcalde como buitres que repiten «yo sabía», «yo les dije». Enrique Peñalosa no tiene la menor duda: «Petro cosecha lo que sembró durante años». Héctor Riveros señala con el dedo: «Petro no promovió los daños pero organizó la fiesta». Clara López, que aún se resiste a reconocer que vivimos una pesadilla puesta en marcha por el partido que encabeza, por fin puede pedirle a alguien que se dedique a gobernar. Y el hombre que ocupa la Alcaldía desde hace apenas 66 días, que no logra convencernos de que la víctima no ha sido él, sino la ciudad de Bogotá, va tomando cara de figura trágica con el paso de las horas: al final de la jornada es un chivo expiatorio en busca de un chivo expiatorio, un paranoico que en verdad está siendo perseguido.

Iba a ser una protesta valiente: los maltrechos pasajeros de Transmilenio iban a insistir en que no soportan más las vías agrietadas ni los buses que no pasan a tiempo. Pero pronto se convirtió en otra manifestación vacía sabotada por esos agitadores de oficio –quizás a estas alturas estén en las páginas amarillas– que de marcha en marcha gritan los mismos lugares comunes. Pronto pareció, en fin, otra revuelta perdida.

Quedó claro, sin embargo, que las protestas han dejado de ser una herramienta política: que, empobrecidos por el miedo, arruinados a cuentagotas por tantos Gobiernos e incapaces de encontrar los dramas que los unen, los derrotados manifestantes colombianos ya no salen a la calle a cambiar el orden de las cosas, sino a recordar qué se siente cuando se siente solidaridad. Quedó claro que los más fervientes defensores de Transmilenio son aquellos que jamás lo usan, que Bogotá sigue siendo para los pocos que puedan costearse su propia burbuja, que las empresas privadas pueden ser tan ineficientes como las públicas, que estamos condenados a las telenovelas porque sólo en esa región de Colombia sucede la reivindicación social, y que el terror que todavía produce «la gente de izquierda» –por la plaza de Bolívar va el fantasma de ese comunista fusilado en 1850: José Raimundo Russi– es la prueba reina de que en el país sobre todo ha existido un partido político: un establecimiento fragmentado.

Quedó claro que, si se ejecutara lo planeado, Transmilenio podría volver a ser bueno. Pero que su crisis es la crisis de un Estado que, convencido de su corrupción, de su inoperancia, de su incapacidad para hallar un rumbo más allá de garantizarles a los negociantes sus ganancias, desde hace mucho tiempo se lo ha venido entregando todo a los particulares: el Estado es, hoy, una mayoría cabizbaja ante una minoría, un adicto convencido de que nadie más lo es, una calle pública vencida por el peso de los vehículos privados. Y estamos educados para decir en voz alta «y no hay nada por hacer»: estamos enseñados a aceptar lo absurdo, que el Distrito deba resignarse a que los 735 mil millones que Transmilenio recauda cada año queden en manos de unas pocas familias, porque se cumplen setenta años de proponer un metro que no llega.

Qué lástima que en Colombia –un río revuelto que va a dar a Bogotá– la excepción siga siendo la regla: que cada cual proteste por lo suyo como en las líneas de atención al cliente. Qué triste que las ideas de izquierda estén en manos de fanáticos: un progresista sensato sabría explicarnos por qué «estatista» no es, como cree Peñalosa, una mala palabra. Y qué mal que no nos una la suerte de esta ciudad porque esta ciudad va a estar cuando no estemos.

FIASCO

TITULAR: JOHN SUDARSKY Y ÁNGELA MARÍA ROBLEDO SERÁN INVESTIGADOS POR EL PARTIDO VERDE

Mayo 4 de 2012

Eso es el Partido Verde: un fiasco. Hace apenas dos años, que parecen diez, en los días inverosímiles de la pasada campaña a la presidencia, tenía cara de protagonista de la Historia de Colombia: era el milagroso partido inventado por sus partidarios, el valiente intérprete del malestar de una sociedad resignada a pasar por encima de todos y de todo, la insólita candidatura que en el clímax de la espeluznante era uribista, cuando el lema bajo el escudo era «Presidente: haga lo que tenga que hacer pero que yo no me entere», había conseguido convencer a los electores de que el fin no justifica los medios. Eso era el Partido Verde. Eso fue. Hoy es un triste personaje secundario que trata y trata de venderse, pero que ni siquiera se logra alquilar. Su consigna ha dejado de ser «la vida es sagrada». Su consigna es «así es la vida».

Es cierto que la decepción es mérito del decepcionado: que nunca estamos demasiado viejos para caer en la esperanza. Y sin embargo hay que reconocerle al Partido Verde una inquebrantable vocación a defraudar: su desprecio por las ideas aparentemente simples pero fundamentales de Antanas Mockus, que le dieron 3 587 975 votos en las elecciones de 2010, demostró que no era el cándido partido de los indignados, sino otra fallida conspiración para alcanzar el poder; su penosa campaña a la Alcaldía de Bogotá, una larga y deprimente entrega de principios a aquel Álvaro Uribe que la bendita «ola verde» tanto combatía, dejó claro que sus políticos son tan modernos que sólo se representan a sí mismos; su deslucida entrada a la «Unidad Nacional», una peregrinación de rodillas en busca de un puesto para el pobre Lucho Garzón, probó que lo único

que encarna es la historia que se repite.

Eso es el Partido Verde: otro Partido Liberal, otro Partido Conservador, otro Partido de la U.

Lo único que lo diferencia hoy es su persecución, de tiempos peores, a los dos congresistas que les siguen siendo fieles a los principios de la agrupación: lo único que lo distingue es su encarnizado acoso, de tiempos de toque de queda, al senador John Sudarsky y a la representante Ángela María Robledo. El comité de ética del Partido, atendiendo una queja presentada por no sé cuántas firmas borrosas, a esta hora investiga si los coherentes Sudarsky y Robledo cometieron actos de «sabotaje, desobediencia e indisciplina» cuando se negaron a respaldar la alianza de Enrique Peñalosa con Álvaro Uribe durante las elecciones para la Alcaldía. Yo me hice la misma pregunta cuando supe la noticia: y no, no es un mal chiste.

«Nada que huelga a Mockus», repetía Lucho Garzón durante su nefasto Gobierno de Bogotá, «nada que huelga a Mockus». Poco les servirá a Sudarsky y a Robledo, ahora que los han pasado al paredón, el orgullo que les produce su origen «mockusiano». Poco les servirá haberse opuesto a los planes retardatarios de la senadora verde Gilma Jiménez: Jiménez, la vengadora de los niños de Colombia, no les perdonará el empeño con el que tumbaron el monstruoso referendo de la cadena perpetua y la valentía con la que se enfrentaron a la idea atroz de las cárceles para adolescentes. Poco le servirá a Sudarsky su envidiable propuesta para que el elector en verdad pueda pedirle cuentas a su congresista. Poco le servirá a Robledo que llame a la paz «justicia social», que le desee el bien a la gestión de Gustavo Petro, que ponga la progresista defensa de los derechos por encima de los inciertos intereses del Partido.

Yo digo que los echen a los dos. Que les den a Sudarsky y a Robledo ese premio que tanto se merecen. Que quede enterrada así, de una buena vez, la idea de que el Partido de la V tiene algo que ver con el futuro. Y que vengan por fin para

nosotros mejores decepciones.

1987

TITULAR: SE CUMPLEN VEINTICINCO AÑOS DE LA VICTORIA DE LUCHO HERRERA EN LA VUELTA A ESPAÑA

Mayo 11 de 2012

Repito: yo no me enorgullezco ni me avergüenzo de ser colombiano. Pero me di cuenta de que tenía sentido ser de este país ese viernes de mayo de 1987 en el que Lucho Herrera les ganó a los mejores ciclistas de su tiempo la prestigiosa Vuelta a España. Y me dio espanto haber nacido aquí –me pregunté: «¿Cómo vamos a explicarles esto?»– aquel sábado de julio de 1994 en el que acribillaron al futbolista Andrés Escobar por haber hecho un autogol. Acaba de espantarme escribirlo. Acaba de espantarme leerlo. Me ha puesto a pensar que hace veinticinco años, cuando Herrera dejó atrás a todos, con dignidad y sin aspavientos, en la subida inclemente de Lagos de Covadonga, a Colombia no la había terminado de arruinar esta aberrante devoción por el dinero: que el valiente país del ciclismo seguía resistiéndosele etapa por etapa al temible país del fútbol.

De vez en cuando vuelve a ser mayo de 1987. El Tiempo cuesta sesenta pesos. Sólo hay tres canales de televisión. Promec presenta: Revivamos la historia. Topacio se pelea a muerte con Cristal el rating de las telenovelas del mediodía. El profesor Yarumo es una estrella de rock desde el Amazonas hasta La Guajira. Yuri está de gira. Platoon cumple tres meses en salas de cine. El presidente de la república es un hombre serio que paga caro –con la muerte mediática– su vocación a gobernar lejos de las cámaras. Las Farc le preguntan a Barco: «¿Usted cree, señor presidente, que un pueblo como el nuestro aguantará mucho tiempo ahogándose en sangre sin reaccionar?». Y los vengadores encapuchados de «Muerte a secuestradores» aparecen «dispuestos a acabar con el azote del terrorismo: vamos a poner a los guerrilleros en el lugar que tanto se merecen».

De vez en cuando puede ser mayo de 1987. De vez en cuando la economía sigue siendo más que un juego de mesa. Aquella ultraderecha que habla la misma lengua que habla la mafia, y que, como suele suceder en los países desmoralizados, irá conquistando el Estado rama por rama, aún no se ha dado permiso de quitarse la capucha. El país no queda en todo el país: la Vuelta a Colombia ocurre, igual que el Gobierno, en unos cuantos lugares que no son tierra de nadie. Pero la sociedad todavía no se ha resignado. Y tiene la sensación de que Lucho Herrera, que sigue y sigue aunque se esté muriendo, que no es más ni menos que el orgullo de sus padres («mijo, somos tus hinchas», le dicen los viejos) y siempre que se cae se levanta, en verdad representa en España a una nación que madruga contra todos los pronósticos.

De vez en cuando tiene que ser mayo de 1987. De vez en cuando setenta mil personas felices tienen que reunirse en la plaza de Fusagasugá a celebrar que el tímido «Jardinero» Lucho Herrera ha ganado en franca lid la Vuelta a España. Porque pronto, al tiempo que el Estado pierda batallas y batallas en su guerra a medias contra las mafias, el conmovedor viacrucis del ciclismo será devorado por el paraíso tramposo del fútbol. Pronto todo será fútbol porque todo será plata, todo será juego, todo será fiesta de fin de año. Pronto, como un ciclista que pedalea en vano para que no lo deje el lote, el país dejará de resistírseles a las fortunas de aquellos nuevos señores feudales. Y el buen ejemplo de Herrera, que pierde y gana y vuelve a perder, se irá extraviando con el paso de los Gobiernos y los tiempos: algún día se descubrirá en algún laboratorio que veinticinco años colombianos son cien años comunes y corrientes.

Iba a escribir «veinticinco años colombianos son cien años humanos» como escribiendo que estamos condenados a la indolencia. Pero, viendo, en YouTube, la felicidad que producen los triunfos de Herrera, se me ocurre que nunca será demasiado tarde para que vivir aquí tenga sentido.

OTRO

TITULAR: SENADOR GRITA «USTED NO SABE QUIÉN SOY YO» PARA EVITAR PRUEBA DE ALCOHOLEMIA DE LA POLICÍA

Mayo 25 de 2012

Sucede después de las horas en la nerviosa madrugada de Barranquilla. El tal Eduardo Merlano hace aquella nefasta pregunta –con acentos de amenaza– que suele escapárseles a las empobrecidas celebridades del país: Merlano le pregunta «¿usted no sabe quién soy yo?», entre la indignación, la ignorancia y la insolencia de rigor, a uno de los patrulleros que lo han detenido a la orilla de la calle para hacerle la misma prueba de alcoholemia que les hacen a todos los conductores que pasan por ahí. Y como la respuesta nunca llega, como a ninguno de los policías se les ocurre contestarle «sí señor: usted es un hombre temible», emprende un monólogo mediocre en el que repite y repite «yo soy un senador de la república» como si ello fuera algo bueno. Qué colombiano. Qué triste.

Pero el pobre Merlano no tiene la culpa. Merlano les reclama a los agentes su sagrado derecho a incumplir la ley, con las pocas palabras que le vienen a la cabeza, porque lo ha dado por sentado desde que tiene memoria. Colombia vive en deuda con sus victimarios, Colombia frustra incluso a sus villanos: la rabiosa queja «¿usted no sabe quién soy yo?», que viaja de generación en generación como un título nobiliario, trae adentro respuestas tan patéticas como «yo soy el hijo del hijo de un viejo que estuvo a punto de ser presidente», tan trágicas como «yo soy el cantante de los ochenta que alguna vez salió en El show de Jimmy» y tan perturbadoras como «yo soy el puntero izquierdo que hizo un gol en la semifinal del 87», pero el cándido ciudadano Merlano, cc. 95 527 310, la repite como si él la hubiera descubierto.

Construir el Capitolio Nacional tomó más de 78 años: la fábrica de normas fue levantada, entre las guerras, las mezquindades y los desmanes de rigor, de 1848 a 1926. Y sin embargo bastó sólo un día de comienzos de los ochenta –fue entonces cuando comenzó la decadencia de la decadencia– para que se la tomara del todo una confabulación de mediocres.

Una marcha de políticos improvisados que gritan «¿usted no sabe quién soy yo?» mientras doblegan a sus propios electores y a sus propios jueces a punta de leyes contrahechas que nadie conoce.

El senador Merlano es sólo uno de ellos. Su padre, un excongresista sucreño condenado a ocho años de cárcel por dedicarles sus ratos libres a los paramilitares de la región, le heredó los 37 195 votos con los que fue elegido hace dos años. Y desde entonces camina por los pasillos del parlamento como un fantasma que no propone ni debate. Ninguno de sus diez asistentes ha podido corregirle la redacción de los textos que a veces lee en aquellos salones. Fue empresario, ganadero, diputado de Sucre. Prometió rejuvenecer la política que su propia familia avejentó en apenas un par de décadas. Su ideología no existe: pertenece –cómo no– al Partido de la U. Es un hombre en blanco que cumple 36.

Podría haber sido por siempre lo que era: otro anónimo «padre de la patria» que mira a Colombia de reojo. Pero un par de patrulleros acaban de detenerlo en la terca madrugada de Barranquilla. Y acto seguido, sin pase y muerto de miedo porque él no es él sin sus escoltas, ha declarado en su propio idioma que hacerle una prueba de alcoholemia a un hacedor de leyes es una falta de respeto. Pronto se convertirá en lo que sabemos: el senador que no está capacitado para entender por qué tiene que dar explicaciones, el chivo expiatorio de una arrogante casta de protagonistas enseñada a hacer lo que le venga en gana desde el principio de los tiempos, el representante legal de una sociedad inverosímil que no tiene claro por qué obrar mal es obrar mal.

Pero a esa hora de ese domingo es un tipo lleno de sí mismo –otro– que no siente culpa ni vergüenza porque eso aquí no se usa.

VOZ

TITULAR: DOS MUERTOS Y 54 HERIDOS EN ATENTADO CONTRA EL EXMINISTRO FERNANDO LONDOÑO HOYOS

Junio 1 de 2012

Es una fábula ejemplar. Podría ser una película de vaqueros porque cuenta la historia de una sociedad sin Dios ni ley que está lejos de aprender que matar es matarse. El protagonista es el arrogante exministro conservador Fernando Londoño. 67 años. Mirada fija. Palabras gangosas. Londoño es el hijo de un senador caldense que la prensa llama «el primer secuestrado del país». Todo parece indicar que por siempre y para siempre seguirá siendo el profesor de derecho que lamenta la Constitución de 1991, el periodista acusado de obtener 145 millones de acciones de forma indebida, el redundante general del uribismo –una peligrosa asociación de víctimas de la guerrilla– que por «usar abusivamente su autoridad» fue destituido e inhabilitado por quince años para ocupar cargos públicos.

Pero en la mañana del martes 15 de mayo, en el momento justo en el que se dispone a celebrar una buena noticia de su hijo, sufre un atentado infame que es un atentado a todos. Dos de sus escoltas, Ricardo Rodríguez y Rosenberg Burbano, dan la vida en un segundo. Y Londoño vuelve de la muerte, entre los gritos y la sangre y una voz que le pide «no se entregue», con la sensación de que Dios le ha dado una segunda oportunidad por algo y para algo.

Colombia queda en suspenso. Todo está dado, una vez más, para que esta sociedad se resigne a que su respuesta a la violencia sea la violencia. Un par de

pasajeros del bus llegan a la conclusión de que «hermano: tocó mano dura», un militar retirado propone «remover al presidente» en un e-mail delirante, un taxista nos cuenta, a mi papá y a mí, que la otra noche soñó que Uribe le gritaba «¡comunista!» por recoger a Santos en el aeropuerto, y la señora de la mesa de al lado me confiesa que la serie sobre Escobar le ha hecho sentir que dentro de poco van a volver «los días de las bombas». Los admirables hijos de Londoño piden, en Semana, un país sensato «en el que podamos detestarnos en paz». Pero él regresa igual que siempre, en CM&, en Caracol, en El Espectador, con el mismo monólogo incendiario de esos patriotas escalofriantes que tienen las manos limpias de tanto lavárselas.

Que tenga su voz. Que diga lo que quiera. Que opine en El Tiempo lo que le venga en gana. Que defienda las chuzadas del DAS, que repita hasta el cansancio «¡Santos no pudo!: ¡ahí vienen las Farc!», y llame a Álvaro Uribe, el mezquino, «un hombre providencial». Que muera de viejo ejerciendo ese catolicismo capaz de cualquier cosa, ese colombianoísimo don de sentirse decente sin embargo, ese derechismo mitómano que se llena de nostalgia por aquellos imperios que han contenido el terror en todos los sentidos.

Que siga siendo idéntico a sí mismo. Porque esta es una fábula ejemplar. Y eso significa que la segunda oportunidad no es para el que la protagoniza, sino para el que la lee. Londoño está vivo de milagro para que quede claro que no es necesario matarse, que es posible detestar en paz, que ha llegado el momento de que esta sociedad de caníbales se sacuda su curioso temor infantil a no estar de acuerdo, a gritarse, a confrontarse. La fábula tiene tantas moralejas como espectadores, sí: he oído en buses y taxis y sitios lecciones como «favor recordar que todos somos hijos», «el único mandamiento de la ley de Dios es no matar», «cada cual debe estar a la altura de su suerte», «acá hay que mirar a ambos lados, a la izquierda y a la derecha, antes de cruzar la calle».

Pero la que más me gusta es esa: que el país no se va a acabar –todo lo contrario– si las voces agudas se enfrentan a las graves, si los unos se hieren a los otros a punta de palabras, si, por ejemplo, Santos y Uribe se desconocen de

frente. No me parece un mal primer paso: que la gente se insulte para que no se mate.

MAL

TITULAR: UN COMPAÑERO DE COLEGIO ES EL RESPONSABLE DEL
CRIMEN BRUTAL DE ROSA ELVIRA CELY

Junio 8 de 2012

Hoy, para no perder el hilo, me desperté pensando que el mal es un órgano vital. Pero que no late adentro de los monstruos que de tanto en tanto llegan a las primeras planas, sino en el fondo de todos los que estamos hoy acá: yo, usted, él, nosotros, vosotros, ellos. El mal puede tomarse el cuerpo de un hombre cualquiera –puede volverse una lógica, una adicción, un rito– si lo único que se recibe a cambio de vivir es la indiferencia de la vida, la indiferencia de los otros. No es raro que una mañana, tras un pasado intranquilo, un tipo espeluznante amanezca convertido en protagonista a fuerza de ser tratado como extra. Si da el paso del narcisismo a la psicopatía, si viaja desde el «por qué nadie me ve» hasta el «sólo yo existo», es porque la sociedad no está mirando, porque yo, usted, él, nosotros, vosotros, ellos, no lo hemos mirado a los ojos ni para reconocerlo ni para interpretarlo ni para detenerlo.

El mal es una bola de nieve. El mal es esa corriente que va por el sistema nervioso de, por ejemplo, los hombres que someten, que esclavizan, que masacran a las mujeres por ser mujeres.

Podría decirse, con ejemplos tomados de los libros de historia, que así ha sido siempre este animal: cuentan que una banda de soldados rusos violó setenta veces a una madre de familia alemana en las ruinas de la Segunda Guerra. Podría asegurarse, con las últimas cifras en la mano, que Colombia no es el peor país

del mundo: que sólo se han cometido quinientos feminicidios en lo que va de 2012, que en la Suráfrica de hoy una mujer es violada cada diecisiete segundos, y que en Francia, tan librepensadora, tan leída, suelen reportarse más de 10 000 abusos sexuales por año. Y qué. Ni la vida ocurre en las estadísticas ni es posible descifrar la pesadilla a partir de los inventarios. El mundo sucede caso por caso, mujer por mujer. El horror le pasa a cada quien. Y, para estremecerse, resulta fundamental repetir que Viviana Hernández fue desfigurada, Jennifer Quiceno fue descuartizada y Rosa Elvira Cely fue empalada.

Y que los verdugos no eran fantasmas de cuento de miedo ni crueles villanos de película, sino hombres con nombres y apellidos que conocían de memoria las miserias y las glorias de sus víctimas.

Claro que es vital contar la historia de cada torturado. Pero, para que la indolencia general no los engendre, para que la sociedad sepa leerlos y sea dable cerrarles el paso de una buena vez, también es de vida o muerte hacer uno por uno el retrato de los torturadores. Cientos de miles de personas sufren peligrosos trastornos de personalidad. Y hay que oír la voz y ponerse en los zapatos de cada victimario –como la serie de televisión se ha puesto en el lugar del sociópata caritativo Pablo Escobar o la prensa se ha empeñado en mostrar que el «buen vecino» Javier Velasco se permitía violar hasta matar porque se consideraba a sí mismo «una gonorrea»–, pues relatar caso por caso es el camino para entender de qué se alimenta el mal de un hombre cualquiera.

Qué estoy diciendo hoy: que sabe vivir en sociedad quien sabe interpretar a los demás; que el mal que aparece de golpe en las noticias respira pesadamente en la vida cotidiana; que los hombres están cumpliendo siglos de vengarse de las mujeres, impunemente, por un crimen que ellas no cometieron; que, frente al hecho innegable de la disfunción, Boston Medical Group tendría que convertirse en una agencia del Estado; que ninguno, ni yo, ni usted, ni él, debe perderse de vista a sí mismo; y que hay que castigar a los culpables de forma ruidosa, porque es la justicia la que relata, para que no se repitan, las historias de un pueblo, pero que no hay que aplazar más la sospecha de que los monstruos no son la causa

sino la consecuencia del infierno.

MUJICA

TITULAR: EL PRESIDENTE DE URUGUAY REGAÑÓ AL MUNDO EN LA CUMBRE DE RÍO DE JANEIRO

Julio 6 de 2012

Yo quiero el presidente de Uruguay. Yo quiero un presidente que sea lo que dice. Que deje en paz. Que legalice. Que no tenga cara para decirles a los pobres que los índices de la pobreza han mejorado. Que no niegue su pasado. Que no se maquille. Que a los 77 años descubra que sigue siendo un niño que habla demasiado: «Un nabo». Que vaya al trabajo en un Volkswagen modelo 87 porque «lo que importa de un carro es que me lleve». Que ni se haga el frentero ni se haga el diplomático. Que sea serio. Que sea cierto. Que en vez de quedarse atrapado en los rancios vicios que rondan a tantos políticos –cómo ponerse en escena, cómo cebar a los demás poderosos sin que se acabe la comida, cómo simular la democracia– tenga el valor de pararse frente a los demás líderes de este pobre planeta, en Río, a recordarles en voz alta lo elemental: que no se gobierna cosas sino vidas.

Yo quiero un presidente como el presidente de Uruguay: un tipo como el viejo Pepe Mujica.

Nació en 1935. Creció en los márgenes de un mundo mal hecho. Y en los sesenta confundió la solidaridad con el comunismo –igual que tantos– hasta convertirse en este exguerrillero que sobrevivió a seis balazos, pasó quince años en la cárcel como un rehén de la dictadura y regresó del infierno a la política con la noticia de que venimos a la Tierra a barrer la puerta de nuestra pequeña casa para que al

final el barrio quede limpio. Fue diputado, senador, ministro. Y hoy, elegido por 1 105 262 personas para la tarea de ser un ejemplo, metido en el oficio de montar un capitalismo al servicio de todos, vive en una chacra a veinte minutos de Montevideo, dona a obras sociales 11 250 de los 12 500 dólares que gana «porque otros uruguayos viven con mucho menos» y se atreve a repetir y a repetir que todo el mundo es pobre cuando el sentido de la vida es el consumo.

El expresidente Julio María Sanguinetti lo llamó «un viejo guerrillero que habla vulgar». Pero lo vulgar –decía Billy Wilder– está más cerca de la vida. Y, en un planeta enroscado en sus ficciones en el que pocos entienden por qué los días se van «y pague cuotas y pague cuotas», volver a pronunciar lo elemental es un paso adelante.

El Gobierno sin fin de Hugo Chávez –sumado a estas sangrientas guerrillas que en verdad son carteles de traficantes– ha avivado la paranoia de toda una generación derecha que a estas alturas de la historia sigue cazando comunistas. Pero Pepe Mujica, un hombre de izquierda que sabe que el mundo cambia cuando nadie está mirando, y que los unos y los otros tardamos mucho en entender que en el fondo buscamos lo mismo (llegar sanos y salvos a la casa), se atreve a recordarnos que no hay crisis económica sino crisis política, que cada año ganamos menos y menos dinero «y cuando uno se da cuenta es un viejo reumático como yo y se le fue la vida», y que ha tomado la decisión de legalizar la droga antes que el planeta pues ni los adictos deben ser tratados como criminales ni los traficantes pueden seguir regulándonos los días.

Todo está dado para que en nombre de todos, y porque «alguien tiene que ser el primero», el viejo Pepe Mujica corra el riesgo de convertir el sentido común en programa de Gobierno: quiera Dios que este ateo pruebe, en su gobernable país de 3 251 526 habitantes, que las leyes del mercado sí son capaces de derrotar la violencia aplastante que trae el negocio de las drogas. Yo, pase lo que pase, quiero un presidente así en 2014. Yo no confío en el falso evangelista de ahora ni mucho menos en el falso mesías de antes. Yo voto por un presidente que sí tenga el valor de dedicarse a lo obvio: a la salud, la educación y la justicia. Que pueda

decir «yo meto la pata pero no tengo precio». Que sea de verdad. Que esté de paso.

EVANGELIO

TITULAR: URIBE PROPONE UN FRENTE CONTRA EL TERRORISMO
LLAMADO EL PURO CENTRO DEMOCRÁTICO

Julio 13 de 2012

Hace diez años todo era sombra, todo. Y desde la trasescena de la providencia – según dijo el evangelista Fernando Londoño en su retorcido pero aplaudido discurso en el Club El Nogal– vino a salvarnos del miedo al miedo «un antioqueño sin partidos, sin amigos en las páginas editoriales, sin conexiones en la alta aristocracia»: vino «el puro» Álvaro Uribe Vélez entonces como un «lampo de luz en la más siniestra oscuridad». Reza el evangelio que la guerrilla estaba a punto de tomarse Bogotá, que Dios, el que sabemos, pasaba poco tiempo en las regiones, y que a la pobre Colombia seguía cubriéndola la polvareda blanca de Pablo Escobar porque aquí los gobernantes no tenían pantalones. Pero llegó Uribe Vélez.

Dice el evangelio siniestro que no fueron los siervos sin tierra de los barones de siempre, sino que fue la gente, esa multitud hecha de nadie, la que lo eligió su presidente. Fue «la gente», que según se requiera es sinónimo de «el pueblo» o de «la turba», la que le pidió que se quedara todo lo que fuera posible. Y fue así como gobernó ocho años sin descanso, 2920 días y 2920 noches sin voltear a mirar los fantasiosos titulares de los elitistas medios de la capital, hasta rescatar a Colombia del Apocalipsis.

Y entonces vino la traición. La letra menuda de una Constitución irrazonable no permitió a Uribe Vélez quedarse por siempre y para siempre en la Casa de

Nariño. Y el exministro Santos, al rescate, prometió que haría su mejor esfuerzo para encarnar al que llegó a llamar «el mejor presidente de la historia». Sucedió así. Santos juró ser Uribe. Pero apenas fue elegido por 9 028 943 uribistas agregó que lo sería a su estilo –que solo sería «un uribe»– pues cada hombre es un hombre a su manera. Y, como la forma trae a cuevas su propio contenido, el nuevo Gobierno resultó ser una pesadilla roja para cientos de miles de colombianos: gritaron «¡liberales!», «¡Chávez!», «¡Farc!».

Y todo volvió a ser negro, todo. Se crucificó a los uribistas. Se dijo «paz». Se perdió el control de las regiones. Se desmoralizó a un ejército honorable que estaba a punto de ganar la guerra. Se inventó el clientelismo. Y los pusilánimes políticos bogotanos que se le atravesaron a la segunda reelección del frentero «antioqueño» que pacificó la patria –mírenlos en las páginas sociales: bailan vallenatos tristes, fruncen el ceño junto a los líderes del mundo, van a «tierra caliente» cada vez que van a Colombia– se tomaron el país con sus ineptas sonrisas de dientes para afuera.

Pero viene la resurrección. Uribe presentó en el simbólico Club El Nogal un nuevo partido contra el terrorismo –su terrorismo son los demás– creado para que el más humilde de sus discípulos le quite a Santos la presidencia en el 2014. Y Londoño pronunció la trama del uribismo como si fuera una buena nueva.

Todas las líneas de esta columna que recrea los oportunistas discursos de la semana pasada en el Nogal, todas las líneas desde «hace diez años» hasta «se tomaron el país», son mentiras verosímiles: peligrosas verdades a medias que la mayoría del país repite como el evangelio. Santos, que tiende a gobernar con el deseo, ha dicho que Uribe «es cosa del pasado». Pero tiene claro que el expresidente no es sólo un ultraderechista de ojos extraviados sino un político idolatrado capaz de todo para recobrar lo que considera suyo, tiene claro que su antiguo jefe sigue siendo el dueño del miedo de Colombia y que en 2014 el falso dilema «Santos o Uribe» va a darle chance a un tercero que sepa articular la indignación.

No temo que se nos cuele «un Chávez» por el camino. Nuestro rancio caudillo que morirá de pie sobre el escenario llegó al poder hace diez años haciéndose pasar por inocente. Nuestro Chávez es Uribe.

INTERROGATORIO

TITULAR: EL DIRECTOR DE LOS NOTICIEROS DE CARACOL
INTERROGÓ SIN PIEDAD A DOS LÍDERES INDÍGENAS

Julio 27 de 2012

¿Habrás que temerle a Vélez, a Luis Carlos Vélez, de aquí en adelante? ¿Habrás que comprender de una buena vez y para siempre, después de haber visto el interrogatorio con el que sometió en vivo y en directo a los líderes indígenas Luis Evelis Andrade y Marco Aníbal Avirama, que el reluciente director de los noticieros de Caracol Televisión ha acabado por convertirse en el enésimo vengador de «los colombianos y las colombianas de bien»? ¿Quién lo vio en pleno informativo del mediodía, vestido a las 12:53 en punto como los amenazadores hombres de negro de la película, exigiéndoles a los dos dirigentes que para comenzar «la discusión» le respondieran al país por aquellas imágenes en las que se ve a los indios nasa sacando de su tierra a los hoy indignados soldados del ejército?: ¿no daba miedo?, ¿no se había convertido Vélez, a los 35 años, en otro intimidante embajador del poder?

¿Quién de aquí lo vio subir la voz del pueblo para dejarles en claro a sus dos interrogados que el tiempo en televisión no es mítico sino histórico, que ya es hora de que respondan si las comunidades indígenas del Cauca se dejaron corromper hasta los huesos por la coca y la mariguana y las tres bandas de traficantes que sabemos, y que, por más justos que sean sus ruegos ancestrales, nada –óigase bien: nada– justifica el salvaje comportamiento de los nasa? ¿Quién de aquí lo vio educar, vencer, doblegar durante siete largos, largos minutos a esos dos mortales que entre pregunta y pregunta apenas alcanzaban a repetir que no estaban defendiendo la violencia? ¿Quién lo vio vociferarles, ensoberbecido por el poder a él conferido por la televisión, «quiero que vean

esto», «esa no es mi pregunta» y «responda: sí o no»? ¿no era otro entrevistador sordo extraviado en el oficio de impartir justicia?

¿Por qué confundía ser juez con ser justo? ¿Porque en el fondo tenía miedo? ¿Porque vivía la frase de Slim en De ratones y hombres?: ¿«tal vez todos en todo el maldito mundo se tienen miedo los unos a los otros»? ¿Estaba defendiendo al aire las instituciones?, ¿era eso? ¿Recompensaba a su patria con su cómoda bravura porque las imágenes que tenía en frente eran superiores a sus fuerzas? ¿Encarnaba la ira de un país dentro del país que se declaraba públicamente humillado porque kiwe yase, «el nombrador de la tierra», les había dado el valor a aquellos indios hundidos en la guerra para echar de su casa al ejército a punta de patadas y de escupitajos? ¿Y entonces Colombia era la víctima? ¿Y la fotografía del triste sargento García, de premio, era una imagen que valía más que cuarenta años de lucha nasa?

¿Y por obra y gracia del poder de «las imágenes que estamos viendo» quedaba oficialmente inaugurada, frente a unos 900 000 televidentes, la deslegitimación de aquellos discursos de protesta en una lengua ajena?

¿Y a esa hora de ese mediodía era un acto de violencia reconocer que el Estado ha sido para los nasa una línea de atención al cliente en la que «en este preciso momento todos nuestros agentes están ocupados»? ¿Era una infamia preguntarse si detrás de la visible indignación de Vélez solo estaba el desconocimiento de una causa, si «ustedes allá en sus casas» han dejado de resignarse a que el narcotráfico, las telenovelas y la lagartería sean las únicas tres vías de reivindicación social en Colombia? ¿Era impensable recordar que el infierno no es más aquella cripta de gusanos a la que iban a dar los antiguos ni aquel abismo carente de Dios en donde pagaban los católicos viles una condena a fuego lento, sino la exasperante indiferencia de los otros? ¿Era mejor callar ante el osado Vélez –era mejor temer– porque poco les queda a las palabras en un país que ocurre por televisión? Responda: sí o no.

PROCURADOR

TITULAR: CONTRA VIENTO Y MAREA SIGUE LA CAMPAÑA DE REELECCIÓN DEL PROCURADOR ORDÓÑEZ

Septiembre 7 de 2012

Ya es viernes. Yo no sé cómo lo hicimos, pero otra vez fuimos capaces de levantarnos temprano toda una semana a soportar en el espejo la tragicomedia de ser los que somos, a encarar esas pequeñas frustraciones –esas conjuras de mediocres, esos reveses de fortuna– que son peores en Colombia que en cualquier parte del mundo, a cuidar de memoria a las pocas personas que nos tocaron en suerte con la feliz sospecha de que una familia disfuncional es una redundancia. Yo no sé a qué horas nos preocupamos por la suerte del país, pero también lo hicimos. Es verdad que el tiempo apenas nos alcanzó para decir en voz alta «ojalá nos salga la tal paz», mitad cándidos, mitad insolentes, y para mirar de reojo titulares como «¿Por qué protestan los estudiantes?» o «¿Tiene futuro la salud?», pero al menos lo hicimos.

Debimos reparar en la peor noticia: «el procurador Ordóñez tiene asegurada su reelección». Debimos preguntarnos por qué tantos columnistas retrataban a Ordóñez como un político vil, un moralista de medio tiempo, un inquisidor disfrazado de «defensor de los intereses de la sociedad». Y sin embargo sólo a unos cuantos –al veintiséis por ciento de los encuestados por Gallup– les alcanza la semana para saber quién es el procurador.

Yo lo vi una tarde en el Parque Santander. Se subió a una camioneta de esas, con la mano en alto de las celebridades menores, bajo las burlas de una loca

bogotana. Y se me vino a esta cabeza viciada por el cine la marcha imperial de La guerra de las galaxias. Ya era el procurador de tirantas que respaldó aquel referendo reeleccionista que quiso desmontar nuestra democracia. Ya había aprendido a repetir que él es «la persona más discriminada de Colombia», pobre, sólo porque ha hecho todo lo que la destemplada voz de su conciencia le ha dictado para impedir la despenalización de la droga, el aborto terapéutico y el matrimonio homosexual. Ya sabía su poder para qué. Y era de lejos el político más poderoso del país. Pero esa tarde, en la distancia, no era más que otro invisible candidato a lo que sea.

Yo voto por que tenga voz, por que crea en el Dios que más le sirva, por que defienda sus dogmas hasta declararse perseguido por las minorías, pero en un lugar muy, muy lejano de la Procuraduría: donde sepamos quién es.

Me da vueltas en la cabeza su diciente campaña de reelección: el aberrante comercial de televisión sobre la sexualidad responsable; la aparición especial de la actriz Amada Rosa Pérez en el papel de la hija pródiga que repite la muletilla «Ordóñez es como mi papá»; las mil y una entrevistas en las que habla de lo divino y lo inhumano como si de verdad sintiera que no es otra confabulación de las tres ramas del poder, sino el amor del pueblo colombiano –que «debe dar gracias a Dios de tenerme»– el que va a elegirlo. Me vienen como voces de la conciencia las columnas que han documentado el maquiavelismo, el oportunismo, el clientelismo salvaje que lo hacen un procurador tan peligroso: el último engendro de un mundo autosuficiente, uno y trino, que como una enfermedad silenciosa mira por encima del hombro a esta ciudadanía para la que todo viernes es una conquista.

Y así, mitad iluso, mitad hastiado, se me ocurre que estamos a tiempo de decir en voz alta que a la tal paz –que busca, en pocas palabras, una sociedad de prójimos– le serviría mucho que ese mundo cerrado no reeligiera al sectario Ordóñez. Pocos saben hoy quién es, pero, por cuenta de ese poder contrahecho que ahora mismo encarna, todo es un poco más difícil en Colombia: ser los que somos, prepararnos día a día para enfrentar el día que sigue, llegar al fin de

semana con la familia que nos venga en gana. Eso es. Yo no sé a qué horas lo vamos a hacer, pero estamos a tiempo de decirlo.

MILLONARIOS

TITULAR: DIRECTIVO DEL CLUB CONTEMPLA DEVOLVER LAS DOS ESTRELLAS OBTENIDAS EN ÉPOCA DE GACHA

Septiembre 28 de 2012

Ya es tarde. Ya qué. Ya Millonarios se ganó esas dos estrellas negras que hoy quiere devolver, porque, como reconoció su presidente el martes, fueron alcanzadas por equipos financiados por la mafia. Ya pasó, sí. Ya qué. Ya la infancia se nos fue en el envolvente drama de cada partido, todo el tiempo a punto de pararnos de la silla, gol a gol, con el sistema nervioso empeñado en ganar, haciéndoles fuerza los miércoles y los domingos a la Gambeta Estrada, al Pájaro Juárez y al Guajiro Iguarán. Pero qué bueno que algún miembro de la escalofriante familia del fútbol –el hilo por el que podría comenzar a destejarse la trama– se atreva a decirle a este país, que mira de reojo a los corruptos pero entierra vivos a los aguafiestas, su secreto a voces de siempre: que ese extraordinario onceno azul que se reclutó en los años ochenta fue «el trece veces campeón» gracias a los dineros ensangrentados del tráfico de drogas.

Ya qué. Ya fue. Pero reconocer que sí ocurrió lo que ocurrió –contar la turbia trasescena, desmontar la propia farsa y reunir los hechos sin desconocer las gestas– es hacer algo que no suele hacerse en Colombia: historia.

Puede leerse en el acta de la junta directiva de Millonarios que se llevó a cabo el lunes festivo 5 de julio del 82: «Se registra que de los \$25 000 000 recibidos, como primera cuota de los nuevos socios, se expidió credencial provisional así: a favor del señor Edmer Tamayo Marín la cantidad de 750 derechos por valor de

\$15 000 000 a razón de \$20 000 cada uno y al señor Gonzalo Rodríguez Gacha la cantidad de quinientos derechos por valor de \$10 000 000». Y en la página 147 de Pena máxima, el gran libro perseguido de Fernando Araújo, puede confirmarse que el psicopático Rodríguez Gacha gastó poco sus sentencias de mafioso, pero que en sus asados de los sábados se quedaba viendo su hatillo de jugadores mientras dejaba escapar las palabras «lo único que sé es que si alguno de estos vergajos se llega a ir del equipo, no amanece».

Sucedió en aquellos años ochenta que llamamos «la época del narcotráfico» como si hubiera terminado. Millonarios, mi equipo, tenía la mafia adentro. Y entonces el delirio no acababa nunca: el árbitro Ramiro Rivera nos pitaba un penalti aunque Rubén Darío Hernández hubiera sido derribado a tres metros del área, pero el juez Hernán Silva escupía el silbato para no tener que concedernos una pena máxima clarísima contra «el Guajiro» en la tercera ronda de la Copa Libertadores del 89. Es cierto que todos, desde el Nacional hasta el América, hicieron parte de ese carnaval grotesco. Es verdad que el Santa Fe del 88 sólo pudo empatarle al Quindío en el imposible minuto 102. Pero hoy estamos hablando de Millos.

Que ojalá vuelva a tener once estrellas. Que ojalá que ahora, hecho un equipo chico ridiculizado el miércoles por el Real Madrid, no pierda el coraje de hablar de su propio juego sucio. La historia es un relato que se recrea pero también unas voluntades que se reencarnan. Y en la narración de Colombia, aunque a estas alturas dé algo de vergüenza sentir esperanza, no hay que dejar escapar esos días breves en los que alguien dice la verdad. Ya se dijo, sí, ya qué: la droga financió el fútbol colombiano. Ya viene la pregunta de si hoy todo está en orden. Yo, que pienso que vivir es armar el rompecabezas de la infancia, que no voy a encubrir ni a olvidar a ese equipazo que tuvimos en los ochenta, que aún me acuerdo de mí mismo con mi camiseta número 15 pintándole a mi versión del escudo azul las once estrellas que teníamos, estoy con Millonarios tenga las copas que tenga: así me fui aunque nos metan ocho a cero.

Pero sí me encantaría decir, como otro hincha que no aprende, que este año

vamos por la doce.

OBITUARIO

TITULAR: LA VIEJA CLASE POLÍTICA REACCIONA A LOS RUMORES DE UNA NUEVA NEGOCIACIÓN DE PAZ

Octubre 12 de 2012

Falleció anoche, en la ciudad de Bogotá, el típico político colombiano: nómbrelo usted como quiera. En la madrugada del domingo, consciente de que estaba a punto de vivir una gloriosa muerte de viejo, pero perdido en la liberadora fiebre del final, escribió en su cuenta de Twitter sus últimos 107 caracteres: «Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión», tecléo, «yo bajaré tranquilo al sepulcro». Horas más tarde, rodeado por una pequeña corte en su lecho de enfermo, como un prócer en un óleo moribundo, tosió una por una sus últimas palabras: «Colombianos, las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad, y no podréis probarme nada». El presidente de la república le dio el pésame a toda Colombia en una breve pero sentida declaración. Las páginas de El Tiempo se llenaron de avisos de condolencias. Pero al día siguiente, como si ya no hubiera hombres extraordinarios en el mundo, la vida siguió su marcha fúnebre en todos los rincones del país.

Apoyó la paz, apoyó la guerra. Mató un diablo cada vez que dijo «mi generación no ha visto un solo día sin violencia». Fue Bolívar en la teoría pero Santander en la práctica. Soñó un Estado tan firme como pequeño que dejara «hacer empresa». Se tomó una foto con Gabo. Se tomó una foto con Bush.

El pueblo le dijo «doctor» desde chiquito. Fue exembajador, exconsejero, exfuncionario de estos últimos cinco Gobiernos que en verdad pudieron ser los

últimos. Fue el típico exministro de Educación: algo tenían que darle. Pasó, encogiéndose de hombros, por las tres ramas del poder. Pasó por los partidos liberales más conservadores de la historia de la humanidad. Consiguió ser candidato a todo. Consiguió ser elegido –cómo no– a alguna cosa de esas: alguna superintendencia, alguna corte, algún concejo. Envejeció perdiendo el alma, foto a foto, en las teatrales páginas sociales. Invirtió sabiamente su apellido de hombre que una vez gobernó Colombia. Hizo un poquito de periodismo. Algo estudió afuera. Tuvo el preciado don de sentirse decente a pesar de las evidencias. Ni siquiera fue malo. Simplemente, fue un lugar común. Simplemente, hizo parte de un pequeño grupo de familias que nació viendo el país desde lo alto: como su deporte extremo, como su juego de mesa.

Y fue caritativo. Y bailó con los buenos anfitriones que tuvo en los cuatro puntos cardinales de Colombia, porque, según dijo, «la gente aquí es muy buena». Y lamentó, en los largos almuerzos de los viernes, que la barbarie –la sangre que derramaron los envidiosos, los secuestradores, los idiotas útiles– hubiera rasgado el horizonte de un país tan bello y tan pobre.

Se dijo de él que tranzó con la mafia cuando aún no era mal visto. Se dice que por ahí, en no sé qué cajones de no sé qué servicio de inteligencia, quedan un par de fotografías comprometedoras. Se narra en algún libro de Oveja Negra que se emborrachó con la guerrilla en los procesos de paz de estos últimos treinta años que en verdad pudieron ser los últimos. Se cuenta que un comandante paramilitar que conoció en el lejano oeste colombiano –un bosque de cabezas taladas– le regaló un caballo purasangre. Y que se regodeaba en las derrotas diarias de Colombia porque probaban que «las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra».

Deja a su adorada familia una fortuna por dilapidar. Deja a sus nietos su retrato de abuelito sonrosado: la vejez es una máscara. Deja en paz, por fin, a un país que no sabe que ha estado cambiando, pero que sin su malsano liderazgo, que supo acostumbrarlo a la derrota, quizás deje de ver el futuro como un muro. En el caso remoto, claro, de que en verdad esté muerto el típico político de acá.

ELENCO

TITULAR: PRESIDENTE SANTOS RECHAZA ASPECTOS DEL FALLO DE LA CORTE DE LA HAYA

Noviembre 23 de 2012

Debe ser que no hay nadie más. Debe ser que Colombia es la historia de ellos. Y que nosotros apenas somos sus espectadores. Uno podría sentirse descorazonado –y declararse oficialmente derrotado– cuando ve a esos polemistas apolillados que culpan a los otros por el estado de «la patria», cuando ve a esos negociadores de paz ochenteros que conversan «a buen ritmo» en La Habana o a esas trajinadas figuras públicas que en vano han estado buscando soluciones diferentes a la gallardía y a la resignación y a la vergüenza ante este inapelable fallo de La Haya que acaba de quitarle al país 75 mil kilómetros del mar del mundo, pues tanto los contendientes como los expertos son los mismos de hace treinta años, y Álvaro Uribe y Roberto Gerlein y Julio Londoño y Noemí Sanín y Humberto de la Calle y Luis Carlos Villegas son nuestras jóvenes promesas, pero debe ser que esto es lo que hay: debe ser que este es el elenco.

Colombia debe ser esa telenovela de bajo presupuesto: otra más de aquellas historias alargadas –pongo un ejemplo nostálgico: la enrevesada Padres e hijos– en las que los poquísimos protagonistas que los productores pueden pagar se ven obligados a ocupar todos los roles de la trama.

Debe ser que no hay nadie más. ¿Se acuerdan de las palomas blancas en los muros, del holocausto del Palacio de Justicia, de los escuadrones de la muerte de un tal Yair Klein, de los cuatro candidatos a la presidencia asesinados, del

cadáver bocarriba del sangriento Pablo Escobar, del primermundismo tercermundista que hizo de «apertura» un sinónimo de «desigualdad», de los ocho mil procesos que paralizaron a un país vencido por la mafia? ¿Se acuerdan de los secuestros, de las masacres, de las sillas vacías? ¿Se acuerdan de Uribe? Pues bien: ahí estaba este reparto. Ellos lo vieron todo. Ellos sirvieron a esa patria de ellos en sus ratos libres e interpretaron a medias sus papeles. Y, de Gobierno en Gobierno, nos hicieron creer que la respuesta no era la noble «fue mi culpa», sino la infame «nos robaron».

«Nos robaron la paz». «Nos robaron la tierra». «Nos robaron el mar».

La ficción ha dicho, de Macbeth a Los Sopranos, que los poderosos son villanos entrañables que se caen de su peso, pero aquí, en estos treinta años que parecen cien, no han pasado de ser camaleones que caen parados: cualquier cosa. Quizás lo que guste de Uribe, ese peligroso actor de carácter, es que al menos nunca ha dejado de interpretar el mismo papel: su papelón. Y tal vez Escobar: el patrón del mal, esa serie de televisión tan buena, no pudo retratar a los políticos de estas tres décadas porque ellos mismos no han encarnado a nadie en la realidad. Sea como fuere, El Tiempo del martes abre con una perturbadora foto de todos, el mismo elenco de siempre detrás del presidente de turno, poniendo esas máscaras de viejos sabios que se han vuelto sus caras. Y, viéndolos ahí, uno cae en cuenta de eso: de que han sido siempre los mismos, de que ha dado igual si son negociadores resueltos en La Habana o asesores cariacontecidos en La Haya o ministros. Y debe haber sido raro vivir en su país.

Colombia, ese mapa que se queja, esas cifras que pasan en las primeras planas, ha sido la historia de ellos, sí. Pero, mientras escampaban juntos como una manada de malos perdedores asediados por la tentación de la ilegalidad, como un club de cómplices en el que los insultos que le manda el uno al otro bien se los puede repetir el otro al uno, cada colombiano vivía su propia vida: su historia. También nos ha faltado espíritu. Habla mal de nosotros que nuestra última canción de protesta haya sido El santo cachón.

Pero créanme que cada cual ha ido haciendo una vida que un día, sumada a las demás, va a dar como resultado otro país.

FIN

TITULAR: SEGÚN EL SISTEMA CALENDÁRICO MAYA EL DÍA DEL SOLSTICIO SERÁ EL ÚLTIMO DÍA DE LA TIERRA

Diciembre 21 de 2012

Hoy es el fin del mundo. Hoy a las diez de la mañana. Y lo único que tengo por decir es que en sus últimos tiempos la Tierra fue habitada por una especie ridícula –que se llamó a sí misma «la humanidad», y vino después de los dinosaurios y al tiempo que los mares y los bichos, y armó iglesias y bibliotecas y habitaciones de objetos perdidos– y que a esos últimos inquilinos del planeta se les fueron los siglos de los siglos nombrando las cosas, poniéndose por encima o por debajo de los otros, y pensándose si la vida era episódica o dramática. Qué vergüenza con los extraterrestres. Podría hablarse de la estupidez infinita de la tal humanidad. Podría decirse que su inagotable violencia era un órgano vital. Tendría que describirse su breve pero devastador paso por la Tierra como un huracán plagado de razones. Habría que dejar constancia de su vocación al exterminio.

Pero debería contarse también que fue una raza que rezó: que de noche cada quien elevaba a su manera bellísimas plegarias, tejidas en todas las lenguas y en todas las ficciones como verdaderos poemas a nadie, con la esperanza de que valiera la pena el día siguiente.

«Amo a la humanidad –decía Mafalda–: lo que me revienta es la gente». Y en la última semana, de viernes a viernes, tuvo toda la razón una vez más: otro psicópata americano asesinó a veinte niños «porque sí» en un colegio de un

pueblito viejo llamado Newtown; una mina quiebravidas mató en un segundo a diez niñas afganas que habían ido al bosque a reunir la leña para que sus familias sobrevivieran al invierno; un carro bomba fue activado en un mercado de Jamrud, en el noroeste de Pakistán, como si probar un punto pudiera valer diecisiete vidas; y el ejército israelí no sólo mató en el día de su cumpleaños, en un retén de aquellos, a un adolescente palestino llamado Mohamed Ziad Salayma, sino que después le impidió a sus parientes enterrar el cadáver en el cementerio que había elegido.

De viernes a viernes se hizo claro que la Tierra fue el infierno. Y que lo de hoy a las diez será un alivio.

Y sin embargo la verdad es que si uno hubiera corrido con la suerte de verla desde un lugar del espacio en el que la oscuridad vibrara –eso contaron de sus viajes los astronautas Yuri Gagarin, Frank Borman y Neil Armstrong– entonces habría sentido compasión por todos y por todo y habría ido por ahí hablándoles a los vecinos sobre «el hermoso espectro de este planeta perdido en el polvo del universo», contándoles a los demás cómo desde el sobrecogedor paisaje de la Luna «era claro que todos existimos en una esferita azul que se puede tapar con un pulgar», confesándoles a los demás lo raro que resultaba «pensar que esa pequeña cosa cargaba tantos problemas y tantas frustraciones: ni las iras nacionalistas ni las hambrunas ni las guerras podían verse desde miles de millas de distancia».

Eso fue la Tierra: ese puntico azul inverosímil mal habitado por siete billones de espectadores que el universo nunca va a extrañar (saqué de un documental este epitafio: «les gustaban los demás aunque los odieran»), pero ese puntico en el que no obstante quedaba este gigantesco país sometido a punta de salarios mínimos, esta querida ciudad asediada por su propia basura, este barrio que anoche titilaba como una neurosis, este apartamento hecho cosa por cosa y este arbolito de Navidad en el que alcancé a dejar los libros que pensaba regalarle a la familia de amigos que vine a cuidar.

En fin. Que ya van a ser las diez de la mañana. Y ahora pienso que quizás la Tierra aún no se acabe. Porque el fin del mundo es el fin de todo aquel y todo aquello que alguna vez existió. Y de algo tienen que habernos servido estas plegarias.

CHÁVEZ

TITULAR: EL PRESIDENTE DE VENEZUELA ESPERA EN CUBA PARA ASUMIR SU NUEVO MANDATO

Enero 18 de 2013

Si todas las personas del mundo son en verdad una parábola, si acaso es cierto que de una vida leída entre líneas puede sacarse algo semejante a una lección, vale decir que el comandante Chávez vino al sur del mundo a recordarnos la precariedad de estos países. Tiendo a pensármelo dos veces cuando voy a criticar lo que veo desde lejos –a mí me parece infame que hasta ahora pueda hablarse de un Estado de Palestina o que Silvio Berlusconi esté repuntando en las encuestas italianas, pero, como un turista que apenas conoce el idioma, no consigo decirlo con la contundencia que querría–, y sin embargo, apenas oigo a Oliver Stone y a Sean Penn declarándolo «un gran hombre» en inglés, me viene del estómago decir que el insufrible presidente de Venezuela es un engendro más de nuestra historia: que en Latinoamérica siguen dándose los caudillos porque siguen criándose los siervos.

Al paródico Chávez lo fueron cebando, igual que a López de Santa Anna y Jorge Ubico y Castañeda y Álvaro Uribe y Vélez, los lugares comunes del tercer mundo: la insobornable desvergüenza de las élites, la sombra voraz pero también la excusa de los Estados Unidos, la vigilancia de aquellos encomenderos del siglo XVIII que llegaron al siglo XXI convertidos en sinónimos (en «cabecillas», en «cacaos»), el fiasco de un puñado de partidos políticos que se quedaron en conjuras de mediocres, los hombros encogidos de un pueblo con el agua al cuello que nunca se ha sentido capaz de gobernarse a sí mismo, no ha creído en instituciones ni en constituciones sino en redentores a crucificar, y ha sabido que un país sucede en esa retórica llena de eufemismos tales como «revolución

bolivariana» o «seguridad democrática», y otro muy distinto ocurre casa por casa.

«Nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo a un mismo ciudadano en el poder», dijo Bolívar sobre Chávez, en 1819, en el discurso de Angostura. «El pueblo se acostumbra a obedecerlo y él se acostumbra a mandarlo». Para responder por qué, el cronista Venancio Ortiz hizo este perfil de «el pueblo granadino» de 1855: «Es manso –escribió– i por lo mismo un pequeño número puede oprimir a centenares de hombres sin que estos se rebelen»; «un revolucionario puede tratarlos con crueldad horrible sin temor de que se resuelvan a libertarse de él»; «i el día que los lleva a combatir, combaten como leones sin saber por qué»; «i si son tomados prisioneros por los contrarios, siguen combatiendo contra los que habían sido sus compañeros, i mueren i dan la muerte, sin pararse a examinar por qué».

«Con un pueblo así –concluyó– todo se puede hacer porque cada hombre es una máquina que se mueve al impulso de otra voluntad».

Ese pueblo apenas está comenzando a cambiar, a descubrir su voluntad: dos siglos pasan volando en la región de Trujillo y de Stroessner, y aún falta un rato para que los caudillos sean cosa del pasado, y estos políticos que gritan «¡canalla!» y «¡mentiroso!» acepten su final.

Visto desde afuera, con la mirada condescendiente del turista progresista, con las gafas culposas pero cómodas de seguidores tipo Oliver Stone o Sean Penn, un dictador como Chávez parece un demócrata simpático y mítico que gracias a Dios le quitó la presidencia en las urnas a una exreina de belleza y sobrevivió a todo lo que se puede sobrevivir para encarar a los yanquis y a los oligarcas, y sacar al pueblo de su infierno desde una soleada mansión en Cuba. Ojalá Stone y Penn lo hubieran vivido adentro: en Venezuela. Ojalá hubieran tenido a Chávez eternamente como presidente. Y les hubiera tocado verlo hacer lo que le dio la gana: remontar la historia en vano, gobernar desde la tumba, revender la mentira

de que la única manera de liberar a este pueblo es someterlo.

LUTO

TITULAR: SEGÚN EL ABOGADO DEL ESTADO, NO HUBO
DESAPARECIDOS EN LA RETOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

Febrero 22 de 2013

Mi tío Guillermo murió el domingo en una biblioteca de la que siempre supo salir en paz –era también su casa: su feliz laberinto– con un sentido del humor extraordinario que le sirvió de bastón tanto en la salud como en la enfermedad. Vivía pendiente de todo. Leía las noticias entre líneas. Solía tener alguna teoría envolvente sobre qué estaba ocurriendo en verdad detrás de lo que estaba sucediendo en las primeras planas. Si hubiera alcanzado a oír que Colombia – representada por un abogado caradura que se ha atrevido a desconocer los fallos de los jueces de acá– fue capaz de decirle al mundo que en la retoma del Palacio de Justicia «no hubo desaparecidos», mi tío habría buscado en sus anaqueles de crónica política los contundentes *El Palacio de Justicia: una tragedia colombiana*, *El palacio sin máscara* y *Holocausto en el silencio*, para probarle a alguno de los seis hijos que lo adoran el tamaño que ha alcanzado el cinismo criollo. Qué ingenuidad. Qué indignidad. Qué desvergüenza.

Como si no hubiera pruebas documentales innegables, habría dicho. Como si no hubiera pasado ni un solo día desde el 7 de noviembre de 1985.

La última vez que lo vimos en su casa de libros pensé en contarle a Guillermo, pues me pareció una historia insólita como hecha para él, que según los diarios ingleses un sofisticado estudio de la Universidad de Liverpool acababa de probar que leer poesía es una terapia mucho más efectiva que leer superación personal,

que, cuando se enfrenta al vaivén de los versos, el hemisferio derecho del cerebro se pone en guardia de golpe, y que desde el corazón de la cabeza vienen entonces recuerdos tan profundos que podrían haberse perdido para siempre, pero mi tío estaba empezando a quedarse dormido, y entonces todos pensamos que era mejor dejarlo descansar, y hasta hoy, que escribo esto, se me olvidó por completo la noticia. Que la literatura repara de pronto. Que deja dicho lo que uno va a decirse después como un hallazgo. Que, por ejemplo, articula a tiempo el duelo de los hijos que pierden a sus padres.

William Butler Yeats lo advirtió: «El hombre ha creado la muerte». Emily Dickinson lo aclaró de inmediato: «La muerte es un diálogo entre el espíritu y el polvo». Robert Louis Stevenson lo resumió por todos: «Y ese niño cansado, el cuerpo, anhela entonces su cama». «Mi padre duerme», escribió después César Vallejo, «su semblante augusto figura un apacible corazón». Y Neil Young cerró así la despedida: «Mira mi vida, viejo, que soy tal como tú eras». Y todo, según dice el estudio aquel, para que la pena pueda decirse, articularse, nombrarse. Y todo para que una persona cualquiera de un país cualquiera –en Colombia no: en Colombia, la poesía, como todo, se la quedaron unos pocos– pueda entender qué significa «sólo Dios detecta el duelo» en el momento en el que tenga que entenderlo.

De pronto sí. De pronto mi tío Guillermo murió en medio de cierta nostalgia por la vida que tanto le gustaba vivir. Pero tuvo la fortuna de morir en paz en Colombia. Puede decirse que, en un país que permite que un abogado aplace de nuevo un duelo que cumple veintiocho años en suspenso, en un país que impide que el luto por las víctimas del Palacio de Justicia no consiga pasar de la etapa de la incredulidad a la etapa de la poesía, su familia de buenos amigos que tanto lo quiere tuvo la insólita suerte de despedir a mi tío con la certeza de que lo único que lo derrotó fue la enfermedad. Puede decirse que su funeral sentido dejó en claro que –tal como dice mi papá, su hermano, un gran profesor de física– los padres y los hijos no se crean ni se destruyen sino que apenas se transforman.

Y que quedamos aquí los que quedamos en el empeño de un país que no les quite la paz a nuestros muertos.

TRANCÓN

TITULAR: EL REPRESENTANTE MIGUEL GÓMEZ PREPARA LA REVOCATORIA DEL ALCALDE GUSTAVO PETRO

Marzo 22 de 2013

Tengo que estar a las 7:00 p.m. en La Candelaria: sin mí, quién iba creerlo, no pueden empezar. En la teoría estoy a tiempo. En la práctica viajo por Bogotá: un infierno. Faltan quince minutos para las 6:00 p.m. De aquí al centro, en taxi, tendría que tardar media hora. Pero de nada sirve en esta ciudad que el semáforo esté en verde: a las 5:55 sigo atrapado al otro lado del mundo por cuenta de los choques y las motos y los huecos y los carros que parquean impunemente en las aceras; a las 6:10 un bus medio vacío –los optimistas dirían «medio lleno»– se pregunta «¿cómo conduzco?» mientras nos cierra el paso por un carril izquierdo atiborrado de busetas; a las 6:30 comienza a subírsenos el pulso –quiero decir: al taxista y a mí– pues comienza a ser claro que no voy a llegar: ¿y si me bajo y pego un grito?, ¿y si atravieso a pie esta marcha fúnebre de mezcladoras y de camionetas polarizadas de políticos polarizados y de vendedores ambulantes chantajeados por los dueños del espacio público?

Calma. Querría quejarme, claro, pero nadie me contesta el celular: en el fondo siempre supe que esto iba a pasar. Me quedan las noticias que llegan al teléfono. Que el padre de Roux ve en el Papa «a un hombre que con el correr de los años se libera de las posiciones ideológicas y se concentra en el dolor del ser humano». Que por décima vez, desde 1942 hasta hoy, Bogotá emprenderá los estudios malditos para su bendito metro. Que la alcaldesa izquierdista de Lima fue ratificada en su cargo en una consulta popular. Y que el alcalde Petro, entonces, en vez de gobernar se ha enfrascado de nuevo –Dios: lo persiguen «la oligarquía», «la extrema derecha» y «la corrupción mafiosa»– en una de sus

peleas con el vengador aquel que en vez de debatir se ha empeñado en revocarle el mandato: el representante Gómez.

Par de sordos. Par de narcisos. Con la angustia de las 6:55 leo en El Nuevo Siglo una carta noble que Gómez le envió a Petro el 2 de noviembre de 2011: «En un sistema democrático los intereses generales están por encima de los particulares y en razón de esa circunstancia le ofrezco mi concurso para el efectivo desarrollo y cumplimiento de las tareas que usted se ha impuesto». Con la vergüenza de las 7:15 leo en Semana una entrevista del 20 de diciembre de 2012 en la que Gómez, ya convertido en «el revocador», llama a Petro «peligroso», «chambón», «copia de Chávez». Y con la ira de las 7:30, aún muy lejos de La Candelaria, me parece que el infame trancón de Bogotá –su tenaz ineptitud, su atraso– es culpa de estos políticos anacrónicos y fanáticos y palabreros que aún hoy son incapaces de entender que una ciudad no es su problema ideológico, sino la administración de lo de todos: que no se trata de imponer ni de derrocar una visión de mundo, sino de permitir una ciudadanía.

A las 7:50 p.m. damos la vuelta porque ya se han ido todos. Y es obvio que siempre se hará tarde si seguimos arruinándonos los unos a los otros. El cronista Bernardo Torrente lo llamó, a finales del siglo XIX, «los viceversas de Bogotá»: esta vocación a perder el tiempo de todos en amenazas y en promesas, esta incapacidad para construir una cosa sin destruir de paso el resto, esta convicción de que el futuro no es más que la abolición del pasado –en suma: esta propensión a poner a marchar a la capital entorpeciéndola– que hace que sea demasiado tarde para que Gómez note que su cruzada mediática sólo le conviene a su carrera y vuelve vana la esperanza de que Petro deje de ser algún día esta voz importante con serios problemas de ejecución.

Y sin embargo estamos aquí. Y, de vuelta en la casa, la fe va recobrándose. Pues Bogotá no es del uno ni del otro. Y en el 2015 tendremos otra oportunidad de votar por un gerente.

EXPRESIDENTES

TITULAR: SANTOS ACUSA A URIBE DE HACER PROPAGANDA NEGRA
CONTRA EL PROCESO DE PAZ

Abril 5 de 2013

Ya estuvo bien. Ya fue. Que se acabe de una vez este periodo incierto de la historia de Colombia. Que le pongan, en Wikipedia, el nombre que quieran: «La hegemonía desteñida», «la república neoliberal», «el frente pragmático». Y que en los salones empiece a contarse que de 1990 a 2014, mientras la guerra fría se convertía en la guerra contra el terrorismo, «las economías» iban volviéndose «la economía» y las páginas de internet probaban que no hay en el mundo nadie extraordinario, en el país de la esquina se sucedieron cinco presidentes prematuros que en sus años de pensionados se vieron obligados a darse su propia importancia. De tanto en tanto los expresidentes se echaban los unos a los otros toda la culpa del desastre –la semana pasada se sacaron los ojos– como esas generaciones de nietos arrogantes que van vendiendo por partes el negocio del abuelo. Y era claro que sus partidos desdibujados no daban la cara por ellos. Y que su paso por el poder los había vuelto más astutos que sabios.

Habría que reconocerles sus viacrucis. Harto esfuerzo hace uno para no comerse su propio cuento: el drama de ellos, de Gaviria, de Samper, de Pastrana, de Uribe y de Santos, tiene que ser una tragedia.

Van los cinco por ahí, demasiado jóvenes –en el mal sentido de la palabra– en un país que solía ser gobernado por los viejos, escribiendo y reescribiendo su episodio de la Historia de Colombia como quien corrige su vida en su perfil de

Facebook. Cada cual reclama su personalidad. Son, sin duda, diferentes. Pero también son prójimos así no quieran: los cinco tienen razón cuando critican a los otros cuatro, sufren inoportunos brotes de dignidad e indignidad (y se sacan en cara supuestos pactos con los paramilitares y los guerrilleros y los narcos) como quienes no se resignan al juicio del tiempo, y se inclinan ante los poderes económicos en una sociedad que presume la corrupción de lo público pero poco cuestiona lo privado. Son diferentes, sí. Pero han estado cuidándose el país a los mismos.

Ay donde alguno de los cinco hablara. Ay donde, como se propuso, se levantaran un día las actas de sus reuniones.

Veríamos que fueron los efectos y las causas de su deslucido tiempo. Que no son un quinteto de profesores eminentes, pero que han sabido defenderse. Que, entre la espada de los demás poderosos y la pared de una cultura educada en la ilegalidad y el sálvese quien pueda, mucho les ha costado poner en escena los derechos que reconoció la Constitución de 1991. Que jugaron, maniatados, a la guerra contra las drogas. Y a falta de mejores resultados se vieron forzados a ostentar, en las páginas sociales de los medios que los critican pero los ensalzan, el dudoso honor de ser nuestra farándula. Fueron pragmáticos en el poder, pero idealistas desde la barrera de los ex: eso también. Si Santos ya fuera expresidente, seguro acabaría con Santos.

Que sea él, Santos, quien cierre la puerta de esa generación de presidentes hechizos. Que el último mandatario de «los Estados Unidos en Colombia», que ha hecho parte –como cómplice o conspirador– de estos últimos cinco Gobiernos, lleve a su fin a este aparatoso periodo de nuestra historia. Que acabe con la excusa de las Farc y que se vaya. Y mientras tanto sigan peleándose estas cinco almas en pena como aquellos que en el fondo están de acuerdo. Ver Pastrana contra Santos es como ver Patriotas contra Alianza Petrolera, sí. Así de pobre el duelo. Así de absurdo. Pero quizás la pelea nos sirva para que vuelva la tentación de darles fuerza a los partidos. Confesarse «gavirista», «samperista», «pastranista», «uribista» o «santista» es el primer paso para superarlo.

Y para empezar un tiempo en que los presidentes vuelvan a prepararse para no ser indispensables.

ESTÓMAGO

TITULAR: EL EXVICEPRESIDENTE FRANCISCO SANTOS PONE
VALLAS CONTRA LOS NEGOCIADORES DE LAS FARC

Abril 19 de 2013

Por supuesto: «La paz». Claro que sí: la esperanza de que los negociadores en La Habana –los representantes de la mediocre «república neoliberal» y los marxistas supuestos que cometieron los secuestros más largos y despiadados de la historia– sepan que lo que importa y lo que sirve es la justicia. Y sí: el afán de que se vaya extinguiendo una de las tantas batallas de esta guerra que ya es una forma de vida. Pero ahí están, clavadas en la pantanosa realidad para aquellos que quieran saber qué diablos se nos viene, las vallas que se ha atrevido a poner el candidato uribista Francisco Santos en ciertas orillas de ciertos caminos del país. «Adivine quién ha matado más policías», puede leerse en el centro del cartel, en mayúsculas, entre una foto del traficante Pablo Escobar y otra del guerrillero Iván Márquez. «Queremos la paz sin impunidad», se lee abajo.

Y es útil que esté allí ese letrero pues así es evidente que, si el Gobierno llega al fin a un pacto razonable con las Farc, lo que sigue en la melodramática historia de Colombia es la pregunta de si tendremos el estómago para recibir de vuelta a los que hemos llamado «los violentos» –con la ilusión de que la violencia sea de ellos– en esta sociedad plena de víctimas pero también de moralistas que no creen en la ley: esta red de despreciados, de morenosrojas, de valientes, de vengadores, de incompetentes, de brillantes, de falsos liberales y de falsos conservadores, de royesbarreras, de héroes de puertas para adentro, de próceres que piensan que los negocios son la vida privada, de patronos nefastos y de trabajadores resignados a su suerte, que aún no aprenden a opinar sin someter.

Quién sabe. Quién puede saber si seremos capaces de vivir en un mismo país con «los violentos», si tendremos adentro el coraje y el silencio para dar el paso de la venganza a la justicia.

«Can I forgive him?: no, I cannot», cantan en *The Capeman*, el insólito musical de Paul Simon y de Derek Walcott «basado en hechos reales», las madres de los dos adolescentes que fueron asesinados por el protagonista en agosto de 1959. «¿Puedo perdonarlo?: no, no puedo»: simplemente, como a las víctimas de todas las bandas que han castigado brutalmente la indiferencia de Colombia, les hace falta el estómago para hacerle más fácil al verdugo de sus hijos que pague sus culpas en el mundo de los vivos. Es el Estado –que es la medida de la voluntad de una sociedad– el que debe tener, para todos, ese «estómago». Que se llama «la justicia». Y es la verdad más su contexto, el sí o no y el por qué, el principio, el medio y el fin de cada historia. Y, aunque los negociadores de La Habana sigan colgando el «favor no molestar» en la puerta de los diálogos, pronto tendrá que confesarse cada horror para que todos los que se van a dormir con un fantasma puedan despertarse diciendo «no lo soñé: sí fue una pesadilla».

Adivine quién ha matado, quién ha empobrecido, quién ha sometido más gente en Colombia: ¿vamos a jugar, en verdad, ese juego?, ¿seguirá cada cuál exponiendo en sus propias vallas a sus propios victimarios y negando a los ajenos?, ¿nos reunirá justo a tiempo, en el borde de la aniquilación, la convicción de que tendremos que pasarnos el peor de los tragos si queremos desacostumbrarnos a la guerra?

El trágico expresidente Uribe supo encarnar el anhelo de un Estado de verdad, sí, pero después se hizo reelegir para nada: para el poder. Y sin embargo lo que representa –los riesgos de un Gobierno de víctimas, lo poco que vale la ley en Colombia, la importancia de que la derecha dé la cara– tendrá que ser invitado a la mesa de negociación. Sé que la sola idea revolverá ciertos estómagos. Pero el círculo vicioso empieza cuando las vallas se convierten en anónimos.

MATRIMONIO

TITULAR: CONGRESO COLOMBIANO NIEGA PROYECTO SOBRE MATRIMONIO GAY

Abril 26 de 2013

Antes de lamentar que nuestro desprestigiado Congreso siga siendo homofóbico y sumiso, como tantos otros en el mundo, permítanme recordar que el matrimonio es una larga conversación: que no hay que ser psicólogo ni político, sino simplemente haber dado con una pareja en todo el sentido de la palabra (haber tenido la suerte de encontrar un prójimo, un igual), para alcanzar a imaginarlo. El matrimonio ha sido una buena idea de la sociedad –está en la etimología de la palabra: se trata, en suma, de cuidar a otro– pues para muchos vivir es un poco menos duro si se tiene un testigo, y si se existe hacia alguien. Resulta conmovedor, pues es utópico pero también tiene su lógica, creer con las historias de amor que todo sería menos violento aquí en la Tierra si se le dedicara la vida a que alguno más viviera, sólo a él o sólo a ella, en vez de seguir cometiendo la locura cristiana de amar a Dios y a «la humanidad» sobre todo lo concreto.

El matrimonio –que, por supuesto, no es la única manera de vivir: quién dijo– quiere ser, pues, una conversación que no solamente alivia a quienes la sostienen. Y, para que no sea una batalla sangrienta y perdida desde el principio, conviene a todos que cada quien halle libremente a su interlocutor: a su rival. Por los siglos de los siglos se dijo que era un diálogo entre personas del sexo opuesto, pero hoy, que todo sucede en 3D, se ha visto que el sexo da igual. Yo llamo «matrimonio» a un par de personas que se encargan, la una a la otra, la extraña labor de cuidarse. Y llamo «familia» al lugar en donde uno es uno mismo. Y, porque la sociedad es un infierno si su base, la familia, es una

imposición, y a los conservadores no tiene por qué derrumbárseles el mundo si los liberales pueden también hacer su voluntad, no acabo de comprender del todo qué temen ni qué pierden los que dicen «que se casen pero que no se llame “matrimonio”».

Entiendo al jurista y al cura: sus leyes milenarias tambalean. Conozco a los politiqueros que lanzan aparatosas declaraciones: «Creo que el matrimonio gay debe ser entre un hombre y una mujer», dijo, en su momento, el gobernador Schwarzenegger en busca de votos. Y sin embargo ese vecino godo, que el otro día me decía «pero por qué a los maricas les preocupa tanto que su unión se llame ‘unión solemne’», es todo un misterio para mí. ¡Pero si el matrimonio igualitario es, vecino, un triunfo de su monogamia y su conservadurismo, un triunfo godo, y hasta en la nueva edición del apostólico Diccionario de la Academia «matrimonio» es, «en determinadas legislaciones, la unión de dos personas del mismo sexo»!

Siempre que se debate qué es «lo normal» recuerdo el poema satírico de Villon que les grita «a todos les pido mi humilde perdón» a ciertos personajes de su tiempo. Permítanme entonces decirles a aquellos mal informados que revelan que las hormonas del pollo producen homosexualismo, que ignoran que ser gay no es sufrir un trastorno psicológico e insisten en que la diversidad sexual no está fundada en la naturaleza, que «a todos les pido mi humilde perdón» por decirles rancios y desocupados y violentos. Pero por nada del mundo se los pido a estos congresistas entorpecedores pastoreados por Roy Barreras que el miércoles pasado, haciéndose pasar por defensores de los principios de la mayoría, de nuevo lograron aplazar su obligación de legitimar a las parejas homosexuales para no poner en riesgo su sagrada alianza por conveniencia con cientos de miles de votantes religiosos.

Qué tontería. Terminará la historia en que, gracias a sus maniobras mezquinas, en las notarías se hablará de «vínculo marital o de «unión solemne»: lo que quieran. Pero en las calles y en las casas y en los diccionarios le diremos «matrimonio».

CALDERÓN

TITULAR: RICARDO CALDERÓN, PERIODISTA DE SEMANA, SUFRE UN ATENTADO POR LA CARRETERA

Mayo 10 de 2013

Ya me han preguntado tres veces si estoy bien. Qué día tan extraño este jueves dos de mayo: en el cielo ha sido muy tarde desde muy temprano, sí, y hasta ahí no ha sucedido nada inverosímil, y sin embargo yo, perdido en las cosas de siempre, no he tenido el tiempo ni la cabeza ni los nervios para sentarme a entender por qué desde las 7:00 a.m. me han estado enviando semejantes mensajes de pésame y consuelo. Sólo a las 7:00 p.m., justo cuando me refugio en una librería de viejo mientras me llega la hora de entrar a cine a ver Estrella del sur, sé por un amigo piadoso que en el noticiero del mediodía del Canal Capital – fue, según YouTube, a las 12:06– han revelado que estuvieron a punto de matar a Ricardo Calderón por cuenta de sus investigaciones fundamentales para la revista Semana, pero que en vez de ilustrar la noticia con alguna fotografía de él, el mejor reportero que hay, se han valido de dos retratos míos.

Mi amigo, en honor a la verdad, ha hecho lo que ha estado a su alcance para no reírse. Y después de decir todo lo justo, «qué noticiero», «qué peligro», «qué irresponsabilidad», se ha ganado el derecho a un ataque de risa macabro. «¿Quién habrá sido?», me pregunta secándose las lágrimas, «¿querrán decir que el que ha visto un calvo los ha visto todos?», «¿habrá sido a propósito?». Y yo, que he corrido todos mis riesgos a salvo en las ficciones que escribo, apenas me encojo de hombros.

Y digo que he visto muchas veces a Ricardo Calderón porque, de 2000 a 2012, fui el comentarista de cine de Semana. Y que ya quisiera yo ser, al menos, una foto de él. Calderón, un tipo entrañable que va por ahí sonriendo con el ceño fruncido y el alma en vilo, que no ha caído nunca en la penosa trampa de darse su propia importancia y que en la sala de redacción se ha portado siempre como un hombre que simplemente hace su trabajo (sino que su trabajo ha sido desenterrar la corrupción de los peores: de los agentes de la ley que en verdad son criminales), es uno de esos periodistas que se juegan la vida y la muerte en el empeño de no permitirles a los poderosos que hagan lo que les venga en gana. Mientras los hampones conspiran, y uno piensa que todo eso sólo pasa en las películas, Calderón se dedica como un médico discreto al oficio de hacer visibles los males invisibles antes de que nos devoren a todos por dentro.

Es el momento de darle las gracias. No hay por ahí fotografías de él que lo celebren ni que lo señalen: ni más faltaba. Pero resulta primordial decir en voz alta «yo lo conozco» y «yo soy él», como si, por voluntad propia, pusiéramos todas las fotos de todos bajo su nombre, pues aquí en Colombia –de eso se trata, de paso, la estupenda Estrella del sur– siempre se ha matado al que estorba porque sí, porque se puede; porque «quién me va a decir a mí que no»; porque no suele pensarse «no hay vidas menores», «un asesinato no es una noticia breve», «el lastre no es quien denuncia al corrupto», y porque no va a poner nadie la cara, después, por la justicia. Yo no he sabido nunca cómo reconocerles a esos periodistas tan brillantes, de Daniel Coronell a Ricardo Calderón, que se arriesguen a contar nuestro horror, pero el amargo pretexto de hoy me ha servido al menos para agradecerles que hagan verosímil a este país –de no creer– contándole sus trasescenas.

Hoy han sucedido un par de tramas de Alfred Hitchcock: la pesadilla irrepetible del hombre que sabía demasiado y la pequeña tragicomedia del hombre equivocado. De tanto ir a cine, que de algo tiene que haberme servido, sé que sin embargo semejante cadena de infamias y de equívocos –que repito: al menos hacen visible lo invisible– tiende a acabar en que un puñado de monarcas siniestros se van quedando sin su reino.

PROVINCIANISMO

TITULAR: FAMOSO RESTAURANTE DE EXPERIENCIAS ABRE SU PRIMERA SEDE EN BOGOTÁ

Mayo 17 de 2013

El vigilante de la cuadra nos dice «pero si allá abajo hay restaurantes de carne» cuando ve que vamos a entrar a este lugar. Yo desconfío de él: su mirada encharcada, que nos está diciendo a los cuatro «no, no lo hagan: váyanse de acá mientras puedan», me parece sospechosa en el mejor de los casos. Y entonces, 33,3 por ciento resignados, 33,3 por ciento impacientes y 33,4 por ciento cansados de buscar quién nos deje sentar a la mesa el sábado en la noche, aparecemos en un sitio de paredes de madera (es como un sauna, pero frío: eso es) que no nombro pues sus futuros clientes están en todo su derecho de comerse esa comida rebuscada. Desde el comienzo sentimos que algo está mal. Que los demás comensales hacen parte de una secta temible. Que a la anfitriona, que parpadea cuando se acuerda de hacerlo y nos hace seguir a una salita de espera pedregosa, le han lavado al cerebro.

Ya hay una mesa para cuatro. Y en medio de la sensación de que esto va a salir carísimo, pero, por cuenta de un par de cortesías que nos han traído, es demasiado tarde para arrepentirnos, ya estamos preparados para enfrentarnos a la carta: seguro que, en caso de emergencia, podremos pedir lo más barato. Un tipo dice, en la mesa del lado, una frase que tiende a ponerme de mal genio: «Es que el colombiano es muy provinciano». Y sin embargo no lo comento con Carolina ni con Jimena ni con Carlos porque ha llegado un mesero adiestrado para el primermundismo –noten su plena seguridad en sí mismo– a pedirnos que nos pongamos de acuerdo en «cuál de las dos experiencias sensoriales» vamos a elegir para la mesa. Sí, solo hay dos menús de degustación. Y el criterio para

escoger entonces no tiene discusión: el más barato.

¿Pero quién fue el que nos trajo a este sitio en el que no es el cliente, sino un cocinero a quien todos se refieren como «el autor», el que tiene toda la razón? ¿Qué hago yo aquí, tan lejos de mi casa, bañándome las manos con bolas de gel, cremas de cacao y lonjas perfumadas? ¿No es ridículo descubrirse rodeado de esotéricas humaredas de frutas? ¿Cómo no ir entrando en el terreno incierto del ataque de risa si los pequeñísimos platos que nos traen –un cuadrito de lomo, un purecito de un tubérculo inédito, una laminita de mero, una toronjita nitrogenada, una reduccioncita de no sé qué cosas– se van apenas llegan? ¿Será cierto que, como dijo el chef Gastón Acurio de visita en Colombia, «la gente ya no quiere comida sino experiencias»? ¿Habría que valorar semejante puesta en escena como se valora cualquier otra: una beatificación, un performance, un drama?

Que aquel que disfrute la cocina molecular la siga disfrutando. Qué importa. Que la siga entendiendo y citando como un texto para pocos: entre gustos no hay disgustos. Pero pongámonos de acuerdo, eso sí, en que no hay un gesto tan acomplejado, tan arribista y tan inútil –que no hay nada, en fin, tan provinciano– como andar por ahí denunciando lo provinciano: como pensar que esta comida de acá no es tan compleja, que esta literatura y esta televisión y esta política son muy locales y que esta vida que nos tocó es más o es menos que la vida que les ha tocado por allá. «Listo: ya arreglamos el país», acaba de decir el tipo de la mesa del lado. Porque tarde o temprano todos somos lo que en verdad somos.

Nosotros cuatro somos dos parejas de estafados, sí, pero con una carcajada atragantada que se transmitirá de generación en generación. Pagamos la cuenta con todo el dolor del alma. Salimos del restaurante a reconocerle a la mirada del vigilante de la cuadra, que ahora quiere decirnos «yo les dije, yo sabía», que tenía toda la razón. Y nos vamos de ese lugar, menos sabios y mucho más cansados, en busca de algún perro caliente que por el amor de Dios nos quite el hambre.

UP

TITULAR: IVÁN MÁRQUEZ, DE LAS FARC, ASEGURA QUE LAS ARMAS NO SE ENTREGARÁN SINO QUE DESAPARECERÁN

Mayo 24 de 2013

Es un lugar común. Pero todo podría indicar que, educados para encogernos de hombros como los fatalistas y para olvidar y olvidar como los insensatos, estamos condenados a repetir la historia de la Unión Patriótica: de la trágica UP que las Farc crearon en plenas negociaciones de paz en 1985 y que luego abandonaron a su suerte para probar que la lucha armada sí era necesaria. Ha dicho el curtido Iván Márquez, en nombre de lo que queda del «ejército del pueblo» en las conversaciones de paz de hoy, que de llegar a un acuerdo con el Gobierno las armas no se entregarán sino que desaparecerán: por si acaso. Y ha venido a la cabeza entonces la pregunta de si en este país de Dios y del diablo, después de doscientos años de extirpar al enemigo en vano, después de ver cómo, por cuenta de las vilezas de lado y lado, en una década fue exterminado todo lo que sonara a izquierda, aún se sigue creyendo a diestra y siniestra en eso de «combinar todas las formas de lucha».

Quizás sí. Quizás sólo se llegue a cierta paz el día en que nadie justifique ni una sola muerte.

Quizás digo que «estamos condenados», no que «están», porque ya es hora de que aquella Colombia cruel sea esta misma Colombia: aquel sitio en donde han sucedido genocidios y torturas queda aquí, y es en nuestro silencio en donde volverán a oírse los gritos.

Tal vez sea bueno abrir de nuevo Armas y urnas, el escalofriante libro de Steven Dudley, para que los fantasmas vuelvan a contar su historia: que los delirantes comandantes de las Farc se inventaron aquel «partido de guerra», la Unión Patriótica, pues sabían que su segura aniquilación los obligaría a seguir buscando el poder por la fuerza; que los trágicos líderes de la UP, que supieron siempre que algún día los asesinarían, quisieron separarse de la guerrilla cuando fue claro que ésta no entregaría las armas ni las drogas; que la peor derecha, mafiosa y trastornada, mientras tanto fue entrenando sus ejércitos de verdugos, y que el más visible de los vengadores, Carlos Castaño –no se me olvida la gente diciendo «pero tiene razón en lo que dice»–, confesó después que «la ignorancia era tanta que para nosotros todo lo que sonara a izquierda era el enemigo».

Colombia ha sido, según la versión de Dudley, una nación ambigua, paranoica y anestesiada: una suma de «repúblicas independientes» hecha a puro pulso por padres de familia que de tanto en tanto mandan a matar. Sus peores dueños, de la izquierda a la derecha, no han gritado «armas o urnas» sino «armas y urnas» – todas las formas de lucha– porque no ha habido justicia ni educación que los contenga. Y es una prueba más de lo extraño que es el ser humano que haya habido tanta vida aquí al mismo tiempo. Y que hoy, que el exsenador César Pérez acaba de ser condenado por ordenar la masacre de Segovia, en Antioquia, en la que fueron ejecutados los líderes de la UP que habían ganado las elecciones (sucedió el viernes 11 de noviembre de 1988: los encapuchados llevaban una lista de sus víctimas e iban tachando sus nombres), todo pueda indicar que tenemos una nueva oportunidad para la justicia: para decirnos la verdad.

Podríamos pensar, de nuevo, que estamos condenados a fallar. Pero podríamos pensar que no. Que quizás la UP aún pueda ser enterrada dignamente con una frase de uno de sus mártires, Bernardo Jaramillo, como epitafio: «Ninguna idea, por importante que sea, merece matar a alguien». Tal vez, si en verdad tienen en mente el futuro, las Farc aún puedan entregar tanto las armas como las drogas. Acaso la derecha y la izquierda aún puedan ser tenidas en cuenta, como aliados en la democracia, en este farragoso proceso de paz que ha empezado a dar la cara. Y Colombia aún esté a tiempo de ser, por qué no, un lugar común.

MITOMANÍA

TITULAR: HIJO DEL EXPRESIDENTE URIBE INCREPÓ AL REPRESENTANTE CEPEDA EN EL AEROPUERTO

Junio 7 de 2013

Una voz erizada empujó al representante Iván Cepeda, de pronto y de la nada, en el Puente Aéreo de Bogotá: lo acusaba de mentir, de dañar, de dedicarle la vida a acabar con su familia. Cepeda, que creyó oír un insulto que no le queda, «mitómano», en medio de la queja, tuvo que preguntarle «usted quién es» al hombre que acababa de abordarlo. Y apenas supo que era el empresario Tomás Uribe, ni más ni menos que el hijo del expresidente al que ha denunciado ante la justicia por supuestos vínculos con los paramilitares, le respondió que no se iba a dejar intimidar. Uribe hijo, que después aseguró –la escena sucedió hace tres semanas– que no lanzó ni un improperio en su reclamo, pues le aprendió a su padre «la defensa de la honra» y a su madre «la decencia», le aclaró al congresista que no quería amedrentarlo: «Y le deseé paz interior», dijo.

Y las dos versiones de aquel cuadro de costumbres llevaron a pensar que un escándalo en un aeropuerto es un avance mediocre, sí, pero un avance al menos en una sociedad que se ha estado matando por principio. Y que la expresión «es su palabra contra la mía» impera en un país en el que la justicia cojea un poco más y llega un poco menos.

Hay que aclarar, pues se busca interpretar los hechos, que Cepeda es un político de cincuenta años que ha dedicado su vida a la defensa de los derechos humanos en un país en el que incluso los comunistas siguen cazando comunistas, ha

trabajado por una izquierda que nada tenga que ver con las armas, escribió un libro sobre el paramilitarismo en el que sospecha seriamente del expresidente Uribe, y, desde el día siguiente al día de su asesinato, honró la memoria de su padre –un senador de la UP, Manuel Cepeda, cuyo nombre lleva y enturbia un frente de las Farc–, y en 2011 logró que la Corte Interamericana le exigiera al Estado reconocer en voz alta que el crimen fue cometido por agentes suyos y que «la justicia colombiana fue incapaz de encontrar y juzgar a los responsables».

Hay que agregar que Uribe hijo es un empresario de 32 años que –al lado de su hermano, Jerónimo, pues «llevamos el emprendimiento en la sangre», dicen, y prefirieron lo privado a lo público de tanto ver juzgado a su papá– le ha dedicado la disciplinada y misericordiosa y larga década de su juventud a montar una serie de compañías que han creado suspicacias porque han dado miles de millones desde los años en los que él era el hijo del presidente: hay que reconocerle no obstante, más allá del malestar que causen las exorbitantes cifras de su éxito y de las sospechas que tendrá que aclarar ante las autoridades, esa vehemente defensa de la honorabilidad de su familia que no se despega de un discurso categórico que parece escrito por su padre.

Y ahora sí: qué moralejas lleva adentro el desencuentro de estas dos personas hechas a imagen y semejanza de alguna de esas dos Colombias: que vive en vano quien no consigue honrar su pasado con sus glorias y sus miserias y que un buen hijo sigue siendo aquel que rescata a su padre del olvido y de su propio infierno, pero que esta historia de persecuciones y ejecuciones y destierros, la paródica Historia de Colombia, está muy lejos de empezar un capítulo nuevo, y que a pesar de los avances, aun cuando sea mejor una gritería que una balacera, viene siendo hora de lograr que lo privado les responda a los jueces como les responde lo público, que ante la sociedad no tenga la razón el que más grite sino el que más compruebe y que la versión de los hechos que prime entre nosotros sea la versión de la justicia.

Colombia ha vivido ocupada por mitómanos, sí, por héroes dudosos que van por ahí repitiendo sus propias mentiras hasta creérselas: y es labor de la justicia,

aunque cojee, probarnos que no dicen la verdad.

VIACRUCIS

TITULAR: HA LLEGADO AL FINAL LA DESLUCIDA EDICIÓN 63 DE LA VUELTA A COLOMBIA

Junio 14 de 2013

Que valga la pena la nostalgia si se comete el error de cometerla. Que por ejemplo, al final de la edición 63 de la Vuelta a Colombia, sirva para algo recordar que hubo una vez una sociedad católica, agrietada y patrioterica que en plena guerra civil consiguió hacer del ciclismo su refugio, su tregua y su poema épico: los demás pueblos del mundo supieron unirse a pesar de los odios inventándose monstruosos enemigos («¡ahí vienen los yanquis!», «¡ahí vienen los rusos!»), pero esta parroquia febril, empujada a la brutalidad desde la cegatona Bogotá, solamente pudo parecerse a una nación con el corazón en un puño cuando el Zipa Forero, Ramón Hoyos, Cochise Rodríguez, Rafael Niño y Lucho Herrera conquistaron en sus bicicletas las sangrientas montañas de la tierra.

La prueba de que Colombia existía era que una bandada de ciclistas le daba la vuelta. Los engendros del desastre –en orden de aparición: los chulavitas, los cachiporros, los pájaros, los bandoleros, los guerrilleros, los narcotraficantes y los paramilitares– aplazaban la violencia para mañana porque ya venían los corredores. Y mientras tanto el resto, según escribe Matt Rendell en su Reyes de la montaña, seguía etapa tras etapa el relato reparador de un viacrucis protagonizado por cristos abnegados, disciplinados y agónicos que encarnaban la miseria y la gloria de ser colombianos. Y las decapitaciones y la pésima condición de las carreteras y las «repúblicas independientes», la violencia y el atraso y la derrota del Estado, eran entonces una pesadilla en los márgenes de los periódicos.

La Vuelta era Colombia. Y las voces de los relatores Carlos Arturo Rueda y Julio Arrastía Bricca y Héctor Urrego, latiendo y latiendo en la radio, la iban contando como contando la gesta de una nación cuyo peor adversario era ella misma: en cuerpo y alma. Ocurría una identidad, ni más ni menos, pues aquella narración que se inventó un país con héroes y propósitos –reconoció el filósofo español Jesús Martín Barbero cuando se volvió «colombiano por adopción», por ejemplo– «me proporcionó un verdadero rito de iniciación en la geografía no sólo paisajista sino costumbrista, social y cultural de este país».

Pero si puede hablarse de esto con nostalgia sepia es porque se acabó. Ocurrió en el callejón sin salida de los años noventa: el fútbol, más rentable y más televisivo, se fue quedando gol por gol con el oficio de crearnos la ilusión de una nación; la profesionalización del doping («y de pronto muchos corredores sin rostro empezaron a dejarnos atrás en las montañas», relató Cebollita Cárdenas) consiguió que los héroes fueran remplazados por robots y por espantajos de sangre fría, y entonces los penosos sacrificios y las famas breves del ciclismo dejaron de hacer parte de los hábitos del mundo, y el deporte extremo más bello quedó en manos de sus fieles.

Y la Vuelta a Colombia, que de 1951 hasta hoy se fue acostumbrando, como los colombianos, a suceder en un país en guerra y sin vías, dejó de representar nuestro coraje para significar nuestra indolencia.

Si el Estado colombiano –esa suma de todos que da nadie como resultado– fuera una sola persona, sería un tipejo cruel, un poco más mediocre que mezquino, que sabe pero no hace todo lo que hay que hacer para que la vida colombiana sí sea vida, que respira en paz porque la selección de fútbol va a clasificar de nuevo al mundial, y que patrocina, de puro nostálgico, la arrinconada Vuelta, pero que no tiene el espíritu para reconocer que la pequeñez de la competencia sigue describiendo nuestro viacrucis (el caos, la inseguridad, el retraso en infraestructura), ni tiene el carácter para que la carrera por fin vaya por todo el país: para que deje de recorrer una Colombia entre comillas.

ADOPCIÓN

TITULAR: LAS ADOPCIONES EN COLOMBIA BAJARON DE 2700 A 1400 AL AÑO POR CULPA DEL PAPELEO

Junio 21 de 2013

Son cinco hermanos de diez, siete, cinco, tres y dos años que no tienen paz. Digamos que su apellido es Rivera para que sea claro que sí existen pero que hay que protegerlos. Desde hace meses y meses, rescatados de unos padres fantasmales que ni los cuidan ni los dejan vivir, se han convertido en víctimas de un enrevesado sistema de protección de menores que a la hora de la verdad es otra trampa. El ICBF, que no da abasto en su labor, los trajo en julio de 2011 a este hogar de paso porque la madre apenas les daba de comer. Cinco meses después, en Navidad, les dio la noticia de que vivirían en la asolada casa de su padre. Y sí: así fue. Pero en mayo de 2012, violentados, maltrechos e infestados de piojos según el reporte, fueron trasladados a un centro de protección en el que sobrevivieron –sin educación, sin visitas, sin tratamientos– hasta comienzos de este año.

Han estado bien desde el día en que volvieron a este lugar en donde sí hay remedio. Pasan las madrugadas en vela, sin embargo, porque un defensor de familia ajeno al caso les devolvió a los papás que los abandonaron el poder de prometerles e incumplirles. Y el uno y la otra se la pasan diciéndoles la mentira de que algún día vendrán.

Querrían, los cinco hermanos Rivera, dar con unos padres de verdad, pero lo más posible es que eso no llegue a ocurrir.

Porque su historia está pasando en Colombia. Y Colombia sucede en la letra menuda: es una burocracia representativa y aplican condiciones y restricciones y no se responde por robos ni extravíos. Todo, incluso los sermones en falso de la iglesia del cardenal Salazar («nos oponemos a que los menores de edad puedan ser confiados en adopción a parejas del mismo sexo»), parece tejido para entorpecerles la vida a quienes apenas la tienen.

Si hay miles y miles de niños en la situación de los Rivera es porque el ICBF ha convertido en política la frase «la adopción debe ser el último recurso», porque un documental irresponsable ha hecho creer que aquí adoptar es comprar menores, el miedo a las sanciones disciplinarias ha convertido a ciertos funcionarios en persecutores de los centros privados (a propósito: el próximo martes la emblemática fundación Los pisingos, que padeció a un gerente infame pero pagó ya todas sus deudas, tendría que recobrar la licencia que perdió injustamente), y la Corte Constitucional, llevándoles la contraria a la Ley de la Infancia y la Adolescencia y al artículo 44 de la Constitución, sentenció en 2011 que antes de entregarle un huérfano a la familia que lo espera debe acudirse a sus parientes hasta el sexto grado de consanguinidad: Adán y Eva.

El escritor Jorge Franco, padre adoptivo de una niña a la que llama «el regalo de mi vida», ha estado enviándoles a quienes corresponde una carta en la que le hace frente al absurdo. Por cuenta de ese papeleo miserable, recuerda, «en sólo un año las adopciones en Colombia bajaron de 2700 a 1400». Y, con el propósito de corregir esa estadística que mide nuestra vocación a arruinar lo que funciona y que vuelve invisibles a estos cinco hermanos que esperan en vano, no sólo invita a reconocer que la adopción es «una solución feliz al abandono de los niños», sino que pone en evidencia que el problema de fondo es que el género de esta sociedad aún hoy es la tragedia: que la sangre sigue poniéndose por encima de todo –por encima, incluso, del derecho a una infancia– como una condena.

Podría pensarse que estamos más cerca de la psicopatía que de la compasión, y que la humanidad no es algo que se tiene sino algo que se alcanza, y que estamos

muy lejos de ello. Pero antes hay que seguirles preguntando a quienes corresponde, a los burócratas, los sensacionalistas y los jueces, qué se siente perder el tiempo y la vida de los otros.

FANTASMA

TITULAR: QUEDA EN LIBERTAD LA EXCONGRESISTA QUE VENDIÓ SU VOTO PARA APROBAR LA REELECCIÓN

Agosto 16 de 2013

A esa hora de la madrugada en la que nadie saca nada con mentir, por aquella finca sinuosa llamada «El Uribismo», deambula el fantasma de Yidis Medina con su paso triste de haberlo visto todo. Ha quedado libre. Acaba de pagar cinco años de cárcel por el primer «cohecho» de la historia cumplido –según han dicho los demás sospechosos– por una sola persona. Para obligarla a podrirse en prisión, para sepultarla allí donde nadie pudiera escucharla, sus infames enemigos quisieron hacernos creer que participó en el secuestro de un par de personas, pero hace unos días ha sido más que comprobada su inocencia: la señora Medina fue «una corrupta», sí, pero nunca en su vida fue «una secuestradora». Y ahora va por ahí, la excongresista espectral, repitiendo la letanía «el único delito que yo he cometido es haber votado a favor de la reelección de Álvaro Uribe a cambio de prebendas».

Y entonces dan ganas de condenar a los que se las ofrecieron. Y vienen, después, escalofríos.

Vivir es ir perdiendo el asco: ir aprendiendo a ponerse en los incómodos zapatos de los otros, ir entendiendo que la barbarie y la vanagloria y la mezquindad que se ven afuera están también adentro, ir convirtiendo, en fin, «la condescendencia» en «el respeto». Yo, en el empeño de no caer en la tentación de ningún fanatismo y no permitir que mi vanidad se vaya tomando habitación

por habitación mi forma de ser, he estado tratando de –y no es nada más ni es nada menos que un ejemplo, y jamás lo he conseguido del todo– no perder de vista que el uribismo no viene de la estupidez ni del cinismo ni de la pereza, sino de la terca ilusión de que en Colombia exista un líder que sea exactamente lo que dice. Tengo a la mano a un par de uribistas críticos que saben muy bien por qué lo son, por qué lo han sido. Y reconozco que Uribe se parece mucho al personaje que interpreta: frentero e iracundo.

Y sin embargo, ahora que el expresidente, inhabilitado para volver una vez más a una silla que considera suya y sólo suya, se ha atrevido a lanzar al ruedo a un puñado de candidatos a su imagen y semejanza, pero a escala (y todos andan por ahí declarando, al unísono, que el país es gobernado por «derrochones» que van a entregarnos a «los terroristas»), estoy convencido de que la reaparición del fantasma de Yidis Medina es un giro dramático para recordarnos lo peor que se ha hecho con el pretexto del uribismo.

Yidis Medina acaba de volver al escenario borroso de la política colombiana para que no se nos ocurra olvidar que importantes funcionarios del Gobierno de Uribe le ofrecieron el cielo y la Tierra y una que otra notaría si acaso cambiaba su publicitado voto en contra de la reelección, prepararon montajes siniestros con el propósito de convertirla en este personaje malévolo que tantos siguen condenando al infierno, y luego fueron capaces de dormir en paz mientras ella empezaba a pagar 32 años de cárcel por un crimen –un secuestro– que sabían bien que no había cometido. Yidis Medina es en el peor de los casos la prueba reina que hemos estado encontrando, y olvidando y volviendo a encontrar, de que la temible corte uribista no se quiso ni se supo ni se pudo ir nunca del poder, cruzó los límites de la ley y la cordura y la dignidad con una convicción que suele vérselos a los villanos de los cómics, e hizo todo lo que estuvo a su alcance para quedarse con las tres franjas de la bandera de Colombia.

Dicen los expertos que los fantasmas sí se quieren ir de aquí, pero que nosotros no les permitimos que nos dejen: el fantasma de Yidis Medina estará acá, confesándose una y otra vez en plenas elecciones, hasta que nunca más

volvamos a caer en la trampa de pensar que Uribe es el hombre que parece.

PARO

TITULAR: PRESIDENTE SANTOS PONE EN DUDA LA EXISTENCIA DEL PARO NACIONAL AGRARIO

Agosto 30 de 2013

Si usted está a punto de terminar una amistad por culpa de una tontería, querido lector, que por el amor de Dios no sea por Uribe ni por Santos: que cada uno a su manera ha sabido combinar su cacareada preocupación por el país –y para ser justos: una importante vocación a mejorar ciertos indicadores– con esa vieja inclinación a permitirles a los empresarios favoritos que se vayan quedando con la tierra. Ponga usted, lector, un punto rojo en los lugares del mapa de Colombia que les han sido arrebatados a los campesinos con la Violencia, las tretas legales o los «tratados de libre comercio» que se han dado tan bien en estos climas: tendrá pronto, como resultado, una mancha de sangre. Y ser uribista o ser santista será nomás cuestión de gustos.

Fue en el 1990 del olímpico César Gaviria, después de 170 años de pulsos a muerte, cuando nuestro proteccionismo vergonzante perdió su última batalla con el librecambio. El sentido del Estado fue, a partir de entonces, servirles de garante a los negocios. Todo el mundo fue «igual» ante la ley de la oferta y la demanda. Y ya no hubo más campesinos sino daños colaterales. Que hoy protesten con rabia contra el TLC, que a estas alturas de la economía global –y para ser justos: ahora que los indicadores señalan que en el país ha ido bajando la pobreza– no hayan conseguido ser competitivos, pone incómodos a los tecnócratas que han gobernado la «hegemonía neoliberal» de estos veinte años. Quizás les diga que el papel no lo aguanta todo. Quizás les pruebe que ha sido un error enfrentar a «los labriegos» como a una colonia de la República de Bogotá que no logra sobreaguar su miseria. Quizás les dé lo mismo.

Son, en cualquier caso, días nuevos. El expresidente Uribe, que persiguió el TLC con el fervor de un enemigo, se atrevió a solidarizarse con el malestar de los campesinos: con qué cara. El presidente Santos, ese indescifrable exministro de todos los Gobiernos, fue capaz de declarar «el tal paro nacional agrario no existe», torpe o desalmado, confiando en que lo que no se pronuncia no está allí. Y ser uribista o ser santista fue nomás cuestión de gustos.

Toda la vida se dijo: «Hasta que un día la gente se canse». Pues bien: ya fue. Los campesinos, cercados por los exorbitantes precios de los insumos, pegaron su grito de auxilio en el congreso: «No nos digan que tenemos que ser competitivos porque nosotros nos matamos al sol y al agua», dijeron, «cómo se va a hacer “una paz” cuando hay hambre». Y el viernes pasado, tres meses después, por fin perdieron la paciencia. Ciertos agentes del Esmad quisieron someter a los manifestantes en Tunja, en Fusa, en Sibaté. Se denunciaron saqueos, torturas, violaciones. Pero los agricultores no se dejaron doblegar. Y el presidente de turno, de vuelta de su fin de semana, tuvo que sentarse a hablar con ellos.

«El tal paro agrario» ha encauzado la indignación, la confusión y el oportunismo que se dan tan bien aquí, pero al final, después de la mitología y la violencia, sí que ha valido la pena. Porque ha puesto en claro que un gobernante que merezca una pelea con un amigo pone la cara por los errores y los logros de su tiempo; preserva a su sociedad con cambios de fondo –con una verdadera inversión en educación y una política seria para el campo, por ejemplo– en la selva de este librecambio que no anuncia reversa; y reconoce en voz alta, sin las palabras devaluadas ni los titubeos de quien sólo está jugando el juego del poder, que nada tiene que ver la caridad con la administración de lo público: faltaba más que hubiera que darle las gracias a un Gobierno.

Ser uribista o ser santista es, pues, nomás cuestión de gustos: quiera Dios, señor lector, que se pare algún tercero.

ARROGANCIA

TITULAR: GOBIERNO DE JUAN MANUEL SANTOS PONE EN MARCHA
UNA NUEVA CRISIS MINISTERIAL

Septiembre 13 de 2013

En Villa Amalia, una vereda del corregimiento de El Salado, don Mario me está hablando del peor político que ha conocido: un alcalde que apenas le dio la mano le pidió a su secretaria que le pasara «un jabón desinfectante». No es que don Mario, el cultivador de tabaco, esperara consideraciones ni reverencias de sus gobernantes: «En El Carmen de Bolívar, a una hora de aquí, inauguraron cuatro veces el acueducto porque fueron cuatro las veces que se lo robaron», me recuerda, «y el otro día aquí al compadre el gobernador le gritó “cállate: que yo soy la autoridad” porque tuvo el coraje de decirle que de nada iba a servirles a sus hijos que les pusiera unos burros para que los llevara a la escuela». Repito: no es que don Mario esperara algo bueno. Es que nunca lo habían tratado como si fuera contagioso. «Y yo ya debería sabérmelas todas», señala.

«Pero, como dice mi mujer, es que ahora ni siquiera en campaña se les quita la arrogancia», agrega. «Ya no se les va ni una hora en sus visitas».

Y es contra eso, contra aquella vanidad de colonizadores que no representan a nadie, contra lo que tantos han estado protestando.

Que dejen de prometerles caridad e indulgencia. Que los respeten. Que los

nuevos ministros de la presidencia errática de Santos, una jugada política en tiempos de crisis –«que, como dice mi mujer, todos los son», recuerda don Mario–, sirvan para acusar recibo de un juego que se está perdiendo, para aliviar la trasescena mezquina de la campaña en la que estamos metidos y para probar que este Gobierno de patronos es en efecto «el del futuro» o «el de la gente» o «el del cambio» o «el de la mano firme y el corazón grande» o «el de la prosperidad», o el bendito Gobierno que sea: al menos uno. Que los ministros prueben que se ha comprendido que ha sido la suma de la confusión y la soberbia, que juntas «acatan pero no aplican», lo que ha estado entorpeciendo a la tecnocracia veintejuliera de estos años.

Puede que haya sido un sueño. Quizás sólo estoy recordando lo que quiero recordar. Pero en verdad me pareció oír al expresidente Belisario Betancur, hace ya varias semanas, pidiéndole perdón al país por sus errores. Y sí: algo es algo.

Y algo así es lo que las penosas encuestas le han estado exigiendo al presidente. Es seguro que la realidad es más compleja de lo que parece: que «Santos sí está tratando de hacer algo por el país». Es seguro que es más simple: que «Juan Manuel siempre ha sido así». Que esta apariencia insolente e imperiosa, de hombre demasiado seguro de su destino, no sólo es la de un personaje que ha querido pasar a la historia sumándole un par de noticias, sino la de un hombre que, perdido adentro de sí mismo, hace lo que puede para no ser tan cínico. Sea como fuere, obligados a los símbolos en el escenario de la política, es al personaje Santos –el hoy envalentonado marino que representa, así no quiera, la apolillada displicencia de las élites criollas– al que le corresponde reconocerle a la sociedad que este país contrahecho no ha sido un mal sueño.

Que aquí sí ha ocurrido lo peor de la historia, la barbarie y las colonias francesas y el macartismo y Vietnam y El señor de las moscas, bajo la vigilancia de todos: sí se ha permitido, como en los más tristes lugares del mundo, que la desigualdad tenga estatus de anécdota y el sentido común sea extraordinario.

«Líbrenos, Señor, de la arrogancia», pide el cultivador. Que ni usted ni yo acabemos promocionando nuestra modestia ni terminemos concediéndonos nuestra importancia. Que, si aún falta mucho para que nadie esté por encima de nadie, nos salve por poco el humor de don Mario: «Yo lo que hice el día del alcalde fue lavarme las manos con agua sucia y con jabón», me dice.

ABOGADOS

TITULAR: SE ESTUDIA UN NUEVO PROYECTO PARA ELIMINAR Y SIMPLIFICAR TRÁMITES REGULADOS POR EL ESTADO

Octubre 25 de 2013

Colombia es un juego que sólo saben jugar los abogados. Detrás del escabroso «cartel de los jueces» que esposaron hace poco, de ese temor patológico a ser investigados que paraliza a los funcionarios públicos y de la usurpación de las tierras a sangre y fuego y papeleo, se encuentra alguno de los 212 000 abogados que tenemos. «Buenos días, doctor». «Después de usted, doctor». Para qué estudiar algo más aquí en Colombia si la única lengua que nos sirve, a la hora de la verdad, es la lengua auxiliar del derecho. Que nadie diga que no tenemos leyes y letras menudas y párrafos decimoctavos. Podrá afirmarse hasta el cansancio que este país aún no se ha acabado de escribir, pero no, nunca, que no se haya terminado de escriturar. Colombia es un clima en el que se dan de forma natural «los legisperitos», «los jurisconsultos». «Otrosí» es la primera palabra de miles de niños.

Y es hora de que aquella profesión –y luego la otra y la siguiente: una a una– piense en cuál ha sido su contribución a este enredo: a esta estrepitosa derrota del sentido común.

«Ponga el denuncia», «debe actualizar su RUT», «la fotocopia de la cédula es al 150 por ciento»: algún eminente jurista está detrás de nuestros peores lugares comunes. Y algún otro es cómplice de nuestras malas noticias: la contralora acusa al fiscal de corrupción justo cuando la Fiscalía la investiga «por mal uso

de las interceptaciones»; el alcalde de Bogotá, en sala de espera, sospecha que será destituido por el procurador; los más sesudos asesores del Gobierno piensan en cómo convertir al Estado en la notaría de confianza de los terratenientes; y tres años después, por cuenta de los amagues y las gambetas de los apoderados, la justicia aún no ha respondido la pregunta de si Luis Colmenares fue asesinado: hecha la trampa, hecha la ley. Es claro que aquí las normas tienden a servirle a aquellos que saben torcerlas. Que todo parece dado para que sólo sobreviva bien aquel que tenga a su lado a un abogado que –como un escolta que le abre paso a su jefe– le diga cómo burlar las tretas legales.

Debo decir, en honor a la verdad, que he vivido rodeado de abogados incorruptibles que aún creen que la justicia contará la historia de cuánto nos costó ser una nación. Me sé los chistes: «Por qué se sabe que un abogado está mintiendo: porque sus labios se están moviendo». He recopilado las escenas más dicientes: «Aquí todos somos honorables», se dicen, en una reunión de El Padrino, los peores capos del mundo, «y ahora no vamos a desconfiar del uno y del otro como si no fuéramos más que abogados». Y me ha estado rondando en la cabeza, a la espera de un párrafo como este, el epígrafe de Charles Lamb con el que Harper Lee abre *Matar a un ruiseñor*: «Yo supongo que los abogados también fueron niños».

Y es por eso que –con la esperanza de que los abogados no se rindan del todo al pragmatismo– me he estado preguntando qué diablos les estarán enseñando a los 30 000 estudiantes de las facultades de derecho del país, cómo estarán haciendo en la academia, en los días de la memoria y la reparación, para recobrar la idea de la justicia como puesta en escena de la verdad, y con qué otros adjetivos, además de «decepcionantes» e «irrelevantes», podrán calificarse aquellos programas de estudio ahora que «la jurisprudencia» se ha vuelto una carrera técnica y «el doctor» ha quedado reducido a notario de bolsillo, a secuaz.

Quiero decir que cada país tiene su propio infierno. Y que al noveno círculo del infierno de Colombia, allí donde están los más perversos, tendrían que ir hoy tantos «doctores» de cuello blanco que enmarañan a los indefensos para hacerse

necesarios y legalizan a los que someten con la frase «así es el mundo» como excusa.

URIBISMO

TITULAR: EXMINISTRO ZULUAGA ES ELEGIDO CANDIDATO
PRESIDENCIAL DEL CENTRO DEMOCRÁTICO

Noviembre 1º de 2013

Que nadie desprecie al uribismo: en Colombia hay libertad de cultos. Pero que no se pierda esta oportunidad única y feliz de interpretar las escenas de la convención en la que el movimiento proclamó a su candidato a la presidencia – que sean evidentes la omnipotencia ridícula pero también trágica del expresidente Álvaro Uribe, la sospecha de que la elección de Óscar Iván Zuluaga, un hombre serio reducido a «discípulo amado», no fue democrática sino «a dedo», y la cara de «yo qué diablos estoy haciendo acá» del candidato que ganaba las encuestas hasta el día anterior, Santos, Francisco– como un rosario de pruebas de que estamos frente a la empolvada presencia del populismo reaccionario, frente a la promesa inconfundible, mejor, de un Gobierno que haga por «la gente» el trabajo sucio que alguna vez hizo el caudillo.

«Esta es la nariz de nuestro líder», señala un alienado en El dormilón, de Woody Allen: «Creemos que muy pronto, si logramos clonarla, lo tendremos a él por completo».

Algo así está buscando el uribismo. En sus ceremonias paganas suelen rezarse los cinco pilares que el maestro nos enseñó («seguridad democrática», «confianza inversionista», «cohesión social», «estado descentralizado», «diálogo popular»), pero no se propone una profunda transformación de la sociedad ni

una ampliación de los canales de participación ciudadana ni nada que no sea eslogan, sino que se anuncia, como una amenaza, una reacción belicosa –contra el Gobierno de Santos, Juan Manuel, «el hombre que traicionó a Uribe»– que recobre la popularidad del Estado, restaure un discurso digerible que dé miedo y alivie al mismo tiempo, y devuelva el poder a los uniformados y a los políticos descalzos que hayan perdido la moral en los años de «la paz». En otras palabras, se pregona la resurrección de un salvador que fue traicionado para nada: para cambiar la palabra «terrorismo» por la palabra «conflicto».

Se canta que regresó «la horrible noche» en la que se le tiende a la guerrilla una mano cachaca e indiferente. Y se repite que a Zuluaga le corresponde salir a pedir dulces disfrazado de Uribe.

Hace ocho días conocí el «Centro de memoria, paz y reconciliación» que se construyó en el Cementerio Central de Bogotá. Y, mientras recorría, mudo y con gripa, las seis habitaciones de la exposición que cuenta la historia de nuestra violencia política, tuve la sensación de que quizás el uribismo sea la más popular encarnación de lo que suele llamarse «la versión oficial de los hechos»: esta promesa, reaccionaria y falaz, de un pasado glorioso; esta vocación a sepultar, a la manera de una religión, la historia de las minorías que encararon los autoritarismos; esta tentación de reducir a «terrorismo» todo aquello –lo bueno, lo malo y lo feo– que signifique redistribuir el poder en la sociedad; esta habilidad para convertir a los desposeídos en defensores acérrimos de la propiedad.

Yo espero que no sea así. Pero hay días tan lúgubres, tan lúgubres en los que todo el mundo parece uribista. Y en los que, alimentada por este último Gobierno cuya verdadera traición ha sido su negación de la realidad, su ambigüedad y su desconcierto, la nostalgia por la fuerza va colándose en las conversaciones, en los gestos. Pensaba la semana pasada, en los pasillos de aquel centro de memoria (y, pensándolo bien, lo pienso ahora), que votar por el uribismo es creerse las mentiras de siempre: que va siendo hora de otra retoma del poder, que a la guerra sólo la acaba la guerra, que lo más seguro, en estos

climas malsanos, es respirar por la nariz de Uribe.

El uribismo está plagado de dogmas de fe: «Uribe existe», «Uribe es uno y trina...». Que no haya una sola memoria, sino muchas, es lo que está en juego esta vez.

RECTIFICACIÓN

TITULAR: LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL SE REDUCE, UNA VEZ MÁS,
A LA GUERRA CONTRA LA PAZ

Noviembre 29 de 2013

En la ya lejana columna del viernes primero de noviembre, que titulé «Uribismo» a falta de una realidad mejor en un país mejor en un mundo mejor, me referí al candidato presidencial Óscar Iván Zuluaga como «un hombre serio reducido a discípulo amado». Rectifico aquella frase, a continuación, cumpliéndole una orden terminante a esta sensación de que esto no puede seguir siendo lo mismo. Debí decir allí «un hombre reducido a discípulo amado», simplemente «un hombre», pues nada tiene de «serio» presentárseles a los hastiados electores colombianos como un muñeco de ventrílocuo, como un loro en el hombro que va dejando regadas por ahí las palabras «terrorismo» y «castrochavismo» con el gastado timbre de voz de quien despierta a un ejército dormido. Será sagaz. Será astuto. Será una manera tajante, de antaño, de reducir la campaña que viene a «la paz versus la guerra», a «el uribismo contra lo demás». Pero serio no es.

No es fácil ser injusto con Uribe ni con Santos: para lograrlo, para pasarse de esa raya que queda tan lejos, es menester volverse santista o uribista. Pero no hay que ser un adivino para saber que en los meses que vienen seremos testigos de una batalla rancia e iracunda entre aquellos que hasta hace nada eran los mismos, pues, por muy poco, sí lo son. Ya está. Se ve ya la batalla marchita que viene luego de la aburridísima escena en la que Santos declaró, cansino, que buscaría la presidencia «para terminar la tarea»; Zuluaga se puso de inmediato su máscara de Uribe –o viceversa– con el propósito de lanzar su monólogo justiciero de 1886; y los demás candidatos de siempre, que han estado perdiendo terreno con

el voto en blanco (bienvenidos, señoras y señores, a «la ola blanca»), en vano trataron de probar que hay un punto medio entre la guerra y la paz.

Ya está, sí, se ve venir. Y se verá ese largo domingo de elecciones del cual tengo ya el recuerdo.

Se ve que no hay nada en Colombia «de otra época». Que estamos atrapados en el mismo relato de hace décadas. Que el conflicto armado, que seguimos narrando y leyendo, antes de que termine, como una historia ajena protagonizada por cifras escalofriantes, va a ser de nuevo el corazón de la campaña. Que la misma generación que viene naufragando en la presidencia desde 1990 volverá a disputarse ese «Gobierno» devaluado que, como todo lo que tiene que ver, hoy, con el poder, se ha estado volviendo el problema de un pequeño elenco que interpreta todos los papeles desde hace mucho tiempo. Que los políticos de mi generación, que a fuerza de canas tendrían que rectificar todo esto y deberían ya haberse pensado un país, seguirán cargándoles la maleta a los de siempre como si fueran eternos novatos, pasantes perpetuos.

Si fueran los protagonistas de una novela de iniciación, de La isla del tesoro, por ejemplo, tardarían toda la juventud en aprender la decepción.

Allá ellos. Que la siguiente generación, que no se cree el cuento de que aquí nada es posible, los pase de largo como una rectificación. Mi punto es que ya debería yo haber dicho, a estas alturas de mi calvicie, que Zuluaga no está siendo serio. Dios: otra vez la mentira de que estamos postrados ante el terrorismo, otra vez el embuste de que las tropas están desmoralizadas, otra vez la falsa indignación para demostrar que la derecha culposa de Santos no es la derecha encarnada de Uribe («voto por el doctor Zuluaga porque nos llegó la hora de la venganza», gritó un oyente de la W desde New Jersey) y otra vez el cuentito amañado de que toda la culpa la tiene una Bogotá supuesta, del siglo XIX, en la que no ocurre el país. Dios: eso no es «serio», «serio» no era el adjetivo. Tal vez «obsoleto». Quizás «decadente». De pronto «caduco».

DESTITUCIÓN

TITULAR: EL ALCALDE PETRO ACABA DE SER DESTITUIDO POR EL PROCURADOR ORDÓÑEZ

Diciembre 13 de 2013

A quién le importa Bogotá. A quién le duele. Porque todo parece indicar que a los nefastos protagonistas del «cartel de la contratación», por ejemplo, les da exactamente igual si el lugar que les dio todo termina sepultado y olvidado entre las vísceras de la tierra. Y porque está más que claro que no le preocupa ni un poco a ese procurador solapado que al principio de esta semana no sólo destituyó, sino que además expulsó del escenario político por quince años al alcalde Petro, ¡quince!, como si se tratara de un dios de antiguo testamento que condena «por siempre y para siempre», como si no fuera a ser penoso para la ciudad, y alguien aparte de sus áulicos fueran a llamarlo «héroe». A quién le entristece Bogotá. A quién le afecta.

Pobre esta ciudad. Fue, durante demasiados años, una ensimismada capital en blanco y negro habitada por colombianos vergonzantes. Menospreció. Dio la espalda. Pero siempre, del 9 de abril del 48 al 6 de noviembre del 85, recibió por sus peores errores los peores castigos. Últimamente ha tenido que ver con su suerte, no cabe duda, pues por fin ha tenido en las manos elegir a sus últimos alcaldes. Y lo ha hecho bien y lo ha hecho mal, sí. Pero no se merece esta cadena de desgracias e injusticias que la han cercado en estos años. No se merece que se olvide que un día dejó de ser aquel pueblo atrincherado para preservar sus arribismos, y que logró volverse este sitio en el que no hay que haber nacido para ser llamado «bogotano».

Menos aún se ha ganado que no sea nada fácil responder la pregunta de a quién le importa su destino.

Piense por un momento nada más, señor colombiano, señor bogotano, que usted no es de aquí. Piense por un momento que es un gringo, un español. Olvídese de Petro, de su gestión mediocre, su demagogia y su incapacidad para pensar con cabeza fría (sáquese de adentro, se lo pido, su animadversión), por un solo segundo. Y reciba ahora, como un extranjero, la noticia de que a un alcalde elegido por los ciudadanos –un alcalde que, dicho sea de paso, no se ha robado esta ciudad robada– un señor que llaman «el procurador» no sólo lo ha destituido, sino que además lo ha desterrado por quince años de los cargos públicos por una crisis en la recolección de las basuras. «Pero cómo es posible, pero quién es ese procurador que está por encima de todos», responde usted.

Y, cuando lee en los periódicos que el país le pide al mundo, que anda aterrado por la noticia, que no se meta en sus decisiones judiciales, siente que se está perdiendo algo, que por alguna razón que usted no entiende a los de aquí les parece normal que un político pierda sus derechos si se trata del político que les cae mal. Y, cuando escucha a los unos y a los otros exigiéndole al exalcalde ecuanimidad y buenas maneras, les dice «yo no sé si no estoy entendiendo algo, señores, pero ya querría verlos a ustedes resignándose a una muerte que no sea una muerte natural, entregándose sin chistar, por los próximos quince años, a la interpretación de la ley del tal procurador».

Cuando yo era niño, señor colombiano o señor extranjero, que al final estamos todos en el mismo mundo, aquí a la gente de la izquierda tarde o temprano la mataban. Hemos mejorado: hoy, luego de que la extrema derecha llegara al poder y probara que el asesinato no es el camino, se ha estado acudiendo a la muerte política del que estorba. Es hora, sin embargo, de dar el paso siguiente: de que se dé la justicia en estos climas. De que, vótese por el que se vote (yo, repito, no voté por Petro), a todos nos importe Colombia y nos importe Bogotá y reconozcamos la injusticia. «Como hoy se hace con un hombre –decía Nariño–, mañana se hará con otro»: que esa frase sea de todos.

CORRUPTOS

TITULAR: EN COLOMBIA SE PIERDEN MILES DE MILLONES CADA AÑO EN CASOS DE CORRUPCIÓN

Diciembre 20 de 2013

Ruego a la audiencia el favor de imaginar el villancico Noche de paz, en el fondo de esta columna, como en aquella versión escalofriante que Simon & Garfunkel grabaron en 1966. Que mientras yo voy recordando las billonadas que nos han estado robando en estos años tan cínicos, mientras me paso como cucharadas de veneno los 4000 millones de Invercolsa, los 12 000 de AIS, los 13 000 de Dragacol, los 348 000 de la UAESP, los 500 000 de Cajanal, los 559 500 de Caprecom, los tres billones 900 000 que se pierden al año en sobornos para conseguir un contrato (y mientras aclaro que son las cifras de Semana, de El Espectador, de Transparencia por Colombia, de la Universidad Externado), en los hogares de los corruptos se estén oyendo mansamente los versos «noche de paz, noche de amor, todo duerme alrededor...».

Que vaya subiendo el volumen, «entre los astros que esparcen su luz viene anunciando al niño Jesús...», cuando yo recuerde que un informe de 2012 de la Procuraduría se atrevió a asegurar que cada día se quedan 25 000 millones de pesos en los bolsillos de los funcionarios públicos deshonestos, que el estudio anual de Transparencia Internacional ha vuelto a poner a Colombia entre los países más corruptos de la región, que un sondeo de Ipsos descubrió que el 72 por ciento de los colombianos no cree, con razón, en su justicia. Que apenas diga lo que pienso de esta tormenta que se ha vuelto un paisaje, apenas diga que «la corrupción es tan humana como el sueño de acabar con ella», se escuche «brilla la estrella de paz...».

Me temo que los inquisidores no son la solución. Me temo que los sermones y las reformas son inútiles. Ya se sabe: «Cuanto más corrupto es el Estado, más leyes tiene». Veo las sombras de la Procuraduría en las oficinas de aquellos empleados que no se atreven a mover un dedo «porque –me dice uno aterrado por los desmanes del ministerio público– sólo los pendejos limpios caemos». Busco el epígrafe de Watchmen, la novela gráfica, tomado de una sátira romana del siglo I: «¿Quién vigilará a los vigilantes?». Cito luego a ese superintendente destituido porque sí: «Nadie va a actuar por miedo al procurador», «cada vez es más difícil ser un funcionario público honesto». Y suena «sólo velan en la oscuridad los pastores que en el campo están...».

Y mientras se oye «sobre el santo niño Jesús una estrella esparce su luz...» sólo me queda pensar que quizás no se trate de combatir la corrupción como una plaga a fumigar, sino de acordar lo más básico, de remediar la inequidad, de ocupar el país, de poner las instituciones por encima de sus personajes, con la ilusión de que nadie –ni un apellido, ni un narco, ni un paramilitar, ni un procurador inescrupuloso, ni un oficinista para el que robar sea una reivindicación en un mundo que tantas cosas quita– vuelva a tomarse el Estado como un botín. Nadie le debe nada a Colombia: ese es el lío. Ninguno de estos tipos que se confiesan después, con las dos manos en la masa, se sienten robándose a sí mismos cuando roban lo de todos. Si no hay justicia, si esto no es un país sino un problema, la ley es «sálvese quien pueda».

«Noche de paz, noche de amor...», cantan los pícaros que asaltaron Caprecom, los ladrones que atracaron SaludCoop, los rateros que defraudaron a la pobre Bogotá como diciendo «y qué». Porque la justicia, que es la tortuga de la fábula, está muy lejos de alcanzarlos. Porque al Estado aún le falta aparecerse en más y más lugares de Colombia para que al fin haya solo un país, y el país vaya perteneciéndoles a más y más personas, y entonces defalcarlo sea absurdo. Ese día lejano estaremos mejor. Descansaremos un poco. Ya no tendremos que preguntarles a los corruptos cómo hacen para dormir en paz.

MERMELADA

TITULAR: CENTRO DEMOCRÁTICO ASEGURA QUE EL SUYO NO SERÁ UN GOBIERNO DE MERMELADA

Enero 31 de 2014

A qué hora de este día tan largo comenzamos a usar de esa forma tan amarga la palabra «mermelada». Quién tuvo el estómago, el sistema nervioso para darle semejante sentido. A quién le pareció una buena idea convertirla en un colombianísimo eufemismo de «compra de conciencias», de «botín», de «repartija»: un eufemismo del eufemismo «auxilios parlamentarios». Yo se la oí por primera vez al manzanillo liberal Simón Gaviria, «la mermelada», en el sentido de «que los recursos alcancen para todos», pero ningún político de mi generación se ha inventado nada de nada de nada: «Siga usted, señor senador», «después de usted, señor ministro». Y, tenga el autor que haya tenido, lo cierto es que hoy la manoseada expresión les pertenece enteramente a los caraduras políticos de derecha que han hecho del odio por el desvergonzado presidente Santos («Falcao: estamos contigo») su principal propuesta de campaña.

«El Gobierno de Zuluaga no será un Gobierno de mermelada», declaró cejijunto el expresidente «liberal» Álvaro Uribe unas semanas antes de convertirse en este candidato al senado abucheado de ciudad en ciudad. «La gran derrotada de la convención conservadora fue la mermelada del Gobierno», dijo el expresidente «conservador» Andrés Pastrana, «somos un partido digno». Y no pestañearon, no, y sonrieron a la cámara: jejeje. En el programa de humor Quac: el noticero, siempre que algún político lanzaba, sin tartamudear, una fanfarronada de estas, venía luego un ataque de risa liberador y contagioso: adelante, querido lector. Pues quién, que no se haya quedado dormido en la película, va a creerles a este par de oportunistas su cruzada contra cualquier cosa. Quién, que haya visto y

olido y tocado y sentido estos años de nada, va a creerle alguna escena al Partido Conservador. Quién al Liberal.

Sería serio que se atrevieran a ser lo que han sido, lo que son: el «reformador» Partido Liberal y el «regenerador» Partido Conservador, para bien y para mal, y entre comillas. Sería notable que sus líderes no volvieran a ceder a la tentación de desperdigarse en esos movimientos urgentes, «uniones nacionales», «nuevos liberalismos», «fuerzas democráticas», «cambios radicales», «centros democráticos», que –antes de empezar a morir con sus caudillos– han sido una manera de volver a exclamar que los partidos de siempre no representan a sus electores. Sería bueno, digo, que sí los representaran, que probaran que, para bien y para mal, los representan. Y reclamaran sus logros y sus hallazgos, y reconocieran en voz alta los infiernos que han montado.

Pero la verdad es que desde que fueron fundados, en 1848 el primero y en 1849 el segundo, sus miembros han preferido echarles la culpa a los otros: abandonar el barco, lavarse las manos, denunciar la corrupción ajena. Y eso mismo hemos hecho los demás.

Es –igual que montar disidencias redentoras o volver en puntillas a los partidos ancestrales o declararse «de centro»– una curiosa tradición de los políticos colombianos: renombrar «la coima», «el cohecho», ponerle, por ejemplo, «la mermelada», para que éste no sea el clientelismo de ellos, sino el clientelismo de Santos. Pero no tiene por qué ser una tradición de todos. Aquí, desde la barrera, podemos llamar las cosas por su nombre: aquí podemos decir «izquierda», «derecha», «liberales», «conservadores». Por el amor de Dios: que no se hable más de «la mermelada» como antes se hablaba de «el oxígeno», de «las lentejas». Digámosle «unto». Llamémosla «prebenda». Pongámosle «corrupción».

Y que cuando ellos, Uribe o Pastrana o cualquiera de ellos, se declaren hostigados de tanta «mermelada» untada por ahí, venga con toda su dicha y su

gloria nuestro ataque de risa estruendoso.

RETIRO

TITULAR: INSTITUTO MAX PLANCK DICE QUE EMPLEADOS VIEJOS SUPERAN A LOS JÓVENES EN PRODUCTIVIDAD

Febrero 21 de 2014

Un colega atolondrado le pregunta al profesor P., que tanto quiero, si ahora que va a cumplir 74 está pensando en el retiro. Y él, que vive feliz en su trabajo y sabe de memoria que la vejez no es una derrota sino un triunfo, le responde extrañado que no encuentra ni una razón para hacerlo. Por qué. Para qué. Quién dijo que ese era el paso a seguir. Si las sociedades que valen la pena –las familias, las academias, las empresas que valen la pena– no se vengan ni se pierden de la mirada compasiva pero fija de sus viejos. Si entregarle el protagonismo y el destino a la «juventud», que, cuando se ve a sí misma como una virtud, tiende a refundarlo todo justo en donde estaba (en términos de Les Luthiers: «Funda Caracas en pleno centro de Caracas»), es una mala manera de darnos por vencidos.

Qué manía, tan de hoy, esa de preguntarles a los demás su fecha de vencimiento. Qué torpeza. Desde hace meses, quizás porque volver a ver La vida y la muerte del coronel Blimp, la gigantesca película de 1943 sobre aquel militar incorruptible, me puso de repente en pie de alerta, he estado encontrándome en la prensa noticias reveladoras sobre el futuro de los viejos: que el arquero italiano Lamberto Boranga, de 71, cumplió su primer año con un equipo de divisiones inferiores; que don José Sinaí, un campesino cundinamarqués de 75, se ha convertido en el primer bachiller de su familia; que según el Instituto Max Planck, de Berlín, cada vez es más claro que «los empleados de avanzada edad superan en cuanto productividad a sus colegas más jóvenes».

Martin Scorsese, de 71, presenta una película rabiosa titulada El lobo de Wall Street. Paul McCartney y Ringo Starr, de 71 y 73, cantan en los Grammy una frenética versión de «Queenie Eye». Pepe Mujica, de 78, lidera a su Uruguay en la sensata legalización de la mariguana. Quién, que se tenga a sí mismo adentro, que se cargue a sí mismo con sus vaivenes, podría atreverse a preguntarles a esos cuatro si están pensando en el retiro. Quién, que no se haya quedado atrapado en el pantano de la envidia, que no se haya refundido en el empeño de destronar a su padre en un reino que nadie más ve, podría cometer la tontería de desconocer a un profesor como P. –y a un artista y a un zapatero– con el pretexto de la edad.

Que ningún uniforme sirva de disfraz y ninguna cara de máscara. Que llamen a calificar servicios a esos generales indignos que deshonran a sus soldados, y no voten más por los políticos mediocres. Pero que dejen en paz a quienes hacen bien las cosas.

«¿Acaso estoy muerto? –pregunta el noble coronel Blimp en su película–: ¿se atrevería a decirme que no cuentan mis saberes, mis experiencias, mis habilidades?».

Desde que me repetí esa escena veo en todas partes, del espejo del baño a la pantalla del computador, señales incontestables de que los viejos son el futuro del mundo. Y he estado pensando que si se trata de leer entre líneas las señales que van apareciendo en el camino, las noticias de estos tiempos han estado insinuándonos que quizás sea un buen momento para que la decadente dictadura de la juventud –otra revolución que se volvió una costumbre– le dé paso a una democracia en la que tengan voz todas las edades. Fue en diciembre de 1894, en la primera y última edición de la revista El Camaleón, cuando Oscar Wilde escribió que «el viejo lo cree todo, el maduro lo sospecha todo y el joven lo sabe todo», pero hoy, cuando la vida ha logrado prolongarse a puro pulso e internet nos ha vuelto una sola generación de todas las generaciones, puede ser un buen día para leerlo.

Quiero decir que quizás vivimos más hoy, muchísimo más que cuando un viejo tenía 38 años, para no dejar de saber, de sospechar ni de creer.

CAPITAL

TITULAR: EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FIRMÓ LA DESTITUCIÓN DEL ALCALDE DE BOGOTÁ

Marzo 21 de 2014

Parece que Bogotá no da más. Parece que, a las 7:10 p.m. del miércoles 19 de marzo, se ha vuelto este ejército a punto de estallar. El exalcalde Petro está gritando en su indignado balcón de la Plaza de Bolívar, sobre una multitud de derrocados que repiten en vano «¡no se va!», un monólogo lleno de sentencias justas e injustas contra el presidente Santos: pregona que Santos ha cedido a la tentación de firmar su bárbara, su violenta expulsión del distrito –que el procurador Ordóñez decretó en diciembre, pero la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos objetó hace apenas unas horas–, porque «está incapacitado para hacer la paz de Colombia», porque perseguía «darle un golpe de Estado a la ciudad», porque, en la búsqueda de la reelección, ha caído en «un pecueco cálculo electoral de corto plazo».

Petro sigue su interpretación: 7:20 p.m. No titubea ni baja la guardia ni tiene por qué hacerlo. Es evidente que su discurso es su desquite, «el presidente de la república mintió», «lo que no hizo Uribe lo hizo Santos», «el voto en Colombia no sirve», pero frase por frase se va haciendo claro que también está diciendo la verdad: este procurador sí es un inquisidor impune que va por ahí ajustando cuentas pendientes, este presidente sí es un candidato inescrupuloso que pone cara de estadista cuando se equivoca, cuando desacata fallos internacionales, y esta clase dirigente no es un organigrama de líderes, sino un árbol genealógico de criollos que siguen gobernando en las páginas sociales de las publicaciones más serias del país.

Petro tiene la razón. Petro, el alcalde nefasto que es una voz más que necesaria, tiene toda la razón. Si les hubiera dado la gana hacerlo, entre chiste y chanza y whisky y whisky, habrían podido sancionarlo sin destituirlo y habrían podido destituirlo sin condenarlo a quince años de destierro. Con la misma voz firme con la que pronunciaron su «pero la Constitución le permite al procurador remover funcionarios de elección popular» habrían podido elevar un «pero la Constitución reconoce tratados como el que se firmó con la Convención Americana de Derechos Humanos». Esa banda de abogados que le dio al presidente aquellos sesudos argumentos jurídicos para confirmar la destitución del alcalde habría podido convencerlo de todo lo contrario, sí.

Y sí dice mucho del país que, luego de meses de melodramas y leguleyadas, esta sátira en vivo y en directo haya terminado así: no en cualquier parte del planeta se juega con la suerte de un alcalde que no ha cometido un solo delito.

Petro podría seguir hasta las 10:00 p.m. en pie de guerra: «¡Han matado la Constitución del 91!», exclama. Y sin embargo a las 7:30 p.m., cuando parece que su perorata va a perderse en un peligroso callejón sin salida, da el giro que prueba que ha sido un alcalde esposado e inepto, pero que es un político brillante que entiende bien que en este punto de nuestra historia su salida era lo mejor que podía pasarnos a todos, a él, a los bogotanos, a todos. «La pregunta ahora es qué hacer –se dice en voz alta antes de hacer una pausa histórica, dramática–: cómo comportarnos». Y su respuesta es una lección de astucia: que el camino más fácil sería el levantamiento civil, dice a las 7:40 p.m., pero que no es lo suyo convocar a la violencia y esta clase dirigente no merece más enfrentamientos de pobres contra pobres.

Que entonces se va. Se va convertido en el alcalde que hubiera podido ser, en el político astuto que era, en el martirizado líder de la paz que se despide de sus electores como un pez que viaja al agua. Adiós, Bogotá, hasta pronto. Su batalla, para su alivio y el de todos, será ahora «en toda Colombia». Su capital ha sido siempre su discurso.

CONSTITUYENTE

TITULAR: DE IZQUIERDA A DERECHA TOMA FUERZA, UNA VEZ MÁS, LA IDEA DE ESCRIBIR UNA NUEVA CONSTITUCIÓN.

Marzo 28 de 2014

Ya es una mala palabra: «Constituyente». Desde que la pronuncian vehementemente tanto el exalcalde Petro como el expresidente Uribe suena a amenaza, a refundaciones de aquellas. Habría que pedirles al uno y al otro «con todo respeto», como dicen los irrespetuosos, que dejaran la pendejada de una buena vez («no es no»), pero entonces quedaría en evidencia esta impaciencia a la que nos han estado empujando los fanatismos que vienen gratis con ese par de emancipadores. Tal vez lo correcto sea recordarles que no es necesario convocar una asamblea constituyente porque tenemos una Constitución nueva: de 1991. Que no fue el embeleco de ningún caudillo, sino la declaración de principios de una sociedad con el agua al cuello. Y basta cumplirla para que dé paz.

Señor exalcalde: es verdad que nuestra Constitución se contradice. Que protege los derechos que redimen nuestra humanidad, pero que a un procurador como Ordóñez le concede facultades temibles, despóticas. Es verdad que su suerte tendría que haber quedado en manos de los electores, exalcalde, que lo siguiente tendría que haber sido votar «sí» o «no» por su revocatoria, y que el impúdico «plan de choque para Bogotá» del presidente Santos (en campaña) prueba que la idea sí era extirpar a Petro. Y sin embargo, reclamar una constituyente, sabiendo que para evitar desmanes como los que usted ha sufrido bastaría con proponer una reforma del artículo que da al Ministerio Público «licencia para matar políticamente», «con todo respeto» es un gesto desesperado que sólo debería permitirse un hombre que ha llegado tarde a la película.

Señor expresidente: es cierto que nuestra Constitución necesita remiendos. Que desde que usted, como cualquier Chávez, hizo embutir el artículo aquel de la reelección presidencial para su propio beneficio, se perdió el equilibrio entre los poderes y se sometió a esta democracia en vilo a respirar por la nariz del mandatario de turno. Y sin embargo, pedir con aires de víctima que se convoque una constituyente, sabiendo que no es la Constitución sino la atormentada cabeza colombiana la que hay que reformar (pues serían los mismos de siempre quienes pondrían en marcha un nuevo articulado), «con todo respeto» es una propuesta que suena a ganas incontenibles de volver al poder, y recuerda tristemente a –he aquí un neologismo de la ultraderecha– ese «castrochavismo» al que usted supuestamente teme como los histéricos temieron al comunismo: «¡Ahí vienen los rusos!».

Señor exalcalde, señor expresidente: también aquella guerrilla obsoleta, las Farc, está pidiendo que se convoque una constituyente («es un clamor nacional», dicen sus negociadores de paz en La Habana, y el Gobierno oye y piensa en papeletas), pero ellos al menos tienen la excusa de haberse pasado décadas en el país de nunca jamás. Ustedes sí estaban ahí. Ustedes sí recuerdan por qué llegamos a esta Constitución asediada por los buitres. Ustedes tienen claro que desde el principio la odiaron –por progresista, por reivindicadora– quienes se sintieron por fuera de ella: los nostálgicos de la caverna, los vigilantes del orden, los terratenientes voraces, los ejércitos sin Dios ni ley, las Farc, que luego se sintieron en libertad de derramar su propio país en el país.

Ustedes saben que en este punto de nuestro relato lo democrático es someterse a estas reglas del juego. Que hoy «constituyente» es sinónimo de «caudillo herido», de «desquite». Pero si de nada sirve lo anterior, pues lo suyo no parece ser la sensatez, no olviden la historia de que en 1997 el conspirador Juan Manuel Santos –su enemigo en común– propuso tanto a paramilitares como a guerrilleros una engañosa asamblea de aquellas, pues él también es colombiano.

CONTINUARÁ

TITULAR: LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL SE ENRARECE CUANDO ENTRA EN SUS DOS ÚLTIMOS MESES

Abril 4 de 2014

Supongo que sí: que el sino de las campañas presidenciales es volverse traumas y cicatrices. Sospecho que los pasillos tortuosos de Colombia –que no será un mal ejemplo, este lugar, a la hora de explicarles el mundo a los extraterrestres– están llenos de electores abatidos que aún se preguntan qué país hubiera pasado si Turbay y Gaitán no dividen al liberalismo de 1946, si Rojas no pierde de golpe aquella larga noche de 1970 que dio origen al grupo guerrillero M-19, si Pastrana, el hijo, no recibe los casetes aquellos de 1994, y Mockus no cae en los días más crueles de 2010. En fin. Esto nunca ha estado bien: ha sido esto. Pero ninguna campaña presidencial tan cruel, tan inmisericorde, como la de 1990. Que fue una pesadilla en medio de un proceso de paz. Y tal vez no hemos vuelto de ella.

No hay que haberlo vivido para revivirlo: esa horrenda novela negra sobre un país a bordo del país, un país de castaños y escobares convertido en asesino en serie de candidatos a la presidencia, sigue rondándonos a todos. El domingo 11 de octubre de 1987 a las 3:45 p.m. tres sicarios matan a Jaime Pardo, de la UP, frente a sus hijos. El viernes 18 de agosto de 1989 a las 8:40 p.m. un gatillero cumple la orden de ejecutar, en su última tarima, al liberal Luis Carlos Galán. El jueves 22 de marzo de 1990 a las 8:00 a.m. un suicida ametralla, en el Puente Aéreo, al socialista Bernardo Jaramillo. El jueves 26 de abril de 1990 a las 10:08 a.m. un matón le dispara, en pleno vuelo, al amnistiado del M-19 Carlos Pizarro.

Recuerdo bien, porque tenía ya doce, trece, catorce años (y mi mamá ocupaba un sobrehumano puesto en el Gobierno), la violencia de oficio de esos días. No sólo tengo presentes los carros bomba que estallaron, sino los que no. Pero hoy, que se han puesto en marcha otras elecciones presidenciales, repaso aquella campaña sanguinaria. Y me revuelve el estómago pensar que siguió, en la historia de Colombia, algo semejante a una rendición: que, luego de que el M-19 se desmovilizó, de que tantos dieron la vida y los constituyentes progresistas de 1991 reescribieron este país que ni lee ni ocurre en las palabras, las Farc y el paramilitarismo crecieron como una bola de sangre y de tierra.

«Bienvenidos al futuro», gritó el candidato que en 1990 llegó con vida a la presidencia, pero vino más bien un «haga lo que sea pero que yo no me entere» – un susurro colectivo– que fue un sometimiento.

Colombia cumple tres décadas de ser gobernada por la misma generación. Peor aún: por la misma gente. El país del 90, oscuro, enrevesado y terco, era el país de los candidatos de hoy: Santos estaba en El Tiempo; Vargas iba con Galán, su jefe, camino a esa tarima final; Peñalosa despachaba en la secretaría económica del Gobierno; Zuluaga había sido elegido concejal de Pensilvania, Caldas; Avella seguía siendo una líder sindical de la UP a pesar de todo, y López, una dirigente de izquierda, retomaba una carrera que empezó en los setenta.

Supongo que sí: que hoy basta el procurador para sitiar a los sobrevivientes del M-19 y las bandas criminales ya no están comandadas por megalómanos refundadores. Pero quizás no hemos vuelto de la pesadilla del 90. Y me pregunto si uno de estos cinco candidatos tantas veces vistos, que entre todos apenas suman el 61 por ciento en las encuestas, logrará en la presidencia que las heridas de la campaña se cierren, que la derecha y la izquierda obren por encima de la mesa, que el proceso de paz no dé respiración artificial a la guerra de siempre, que Colombia sea más que una historia de supervivencia, y una generación distinta –mejor aún: gente nueva, neutral, que esté despierta y no crea que esto es imposible– llegue por fin al poder. Mi respuesta por ahora es «ojalá».

INFIERNO

TITULAR: EL ESCRITOR COLOMBIANO GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
FALLECIÓ EN CIUDAD DE MÉXICO

Abril 25 de 2014

García Márquez murió: qué raro suena. Y en medio de unos funerales mediáticos como nunca antes se vieron, justos, sí, pero estridentes, su fantasma tomó nota de las voces que cayeron en el colombiano lugar común de «no jugar el juego», de «ir más allá» siempre que no venga al caso. La representante Cabal, cruel e inoportuna a pesar de su apellido, le vaticinó al novelista el infierno de los castristas como si de verdad creyera en el demonio: qué miedo. La columnista Hernández-Mora, en tono de «yo, con el perdón de ustedes, sí digo lo que pienso», le reclamó al espectro que le hubiera dado la espalda a su pobre lugar en el mapa: su Colombia. Un Hernández más lo llamó «enano moral», por Dios, la mezquindad en los tiempos de la cólera.

En fin. En fútbol se habla de «hacer una de más», de comerse el gol por perder tiempo en lucirse. Y ha habido mucho de eso en este velorio tan revelador.

También los funerales pueden leerse entre líneas, sí. Y en el caso de las honras de García Márquez salta a la vista el país resignado a sí mismo, virulento y disfrazado de alegría, que sus envolventes obras maestras supieron retratar y criticar y conjurar desde el principio. Este sepelio en vivo y en directo, una resurrección gloriosa que se nos fue volviendo viacrucis (en menos de 72 horas fuimos de «¡gloria eterna a Gabito!» a «por lo que más quiera: no más»), cuenta la historia de una nación devota, solemne, huérfana, en busca siempre de «el

hombre más grande que ha dado esta tierra», de su héroe, su padrastro, su culpable, y a la espera de quién sabe qué. Colombia se lo traga todo: aquel mamagallista que supo vivir de puertas para adentro, perito en desacralizar y alérgico a la Iglesia, tenía que terminar velado en la Catedral Primada de Bogotá.

García Márquez es el evangelista de los que en vano esperan, y esperan, y esperan, la llegada de un mesías. En sus novelas monumentales el infierno ya no es el subsuelo al que van a dar los muertos, ni mucho menos la mazmorra en llamas a la que son condenados los pecadores por siempre y para siempre, sino esta sociedad trágica –tan triste que ni siquiera lo sabe– que ha vivido convencida de su propia derrota, que ha preferido regodearse en su propio fracaso: El coronel no tiene quién le escriba retrata la frustración que se vuelve costumbre, Cien años de soledad sigue a una estirpe que se encoge de hombros y se muerde la cola, El otoño del patriarca revela quién ha protagonizado este delirio, y siguen y siguen los ejemplos.

Todo lo que ha pasado esta semana –estos vergonzosos reporteros desde el lugar del último hecho, este «pero no hizo nada por Colombia», esta Bogotá que da vueltas en redondo, este senador pedestre que lamenta que no se fusile al que no crea en la paz, estos soporíferos candidatos presidenciales que andan sueltos por ahí, este expresidente apocalíptico que miente «bajo la gravedad de juramento», y estos líderes a los que, según Credencial, lo que menos les importa del próximo mandatario es que respete la democracia– está en algún párrafo de García Márquez. Tendría que servir. No debería ser necesario un segundo diluvio –tendría que bastar su ficción– para recobrar la compasión por la vida.

Tarde o temprano acabará la misa fúnebre: «Podéis ir en paz». Y quedarán de García Márquez, junto a su obra iluminadora, la convicción de que lo mejor para el país es que cada quien haga bien su oficio, la sensación de que estamos aquí para decir lo que vemos como mejor podamos, la sospecha de que la literatura puede poner las cosas en su sitio, y la certeza de que vive en el infierno quien carece de sí mismo, quien existe porque existe su enemigo y no acude a la ficción como remedio. Es más que suficiente.

NADIE

TITULAR: CINCO CANDIDATOS DISPUTAN LAS CONFUSAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Mayo 2 de 2014

Yo querría votar por alguien. Pero díganme por quién: si ninguno de estos cinco candidatos a la presidencia encarna la utopía. Si Zuluaga es y fue y será el segundo apellido de Uribe, si Ramírez sigue a un paso nomás del fangoso uribismo que tanto lo ha enturbiado todo, si López lleva el lastre de una izquierda que por lo menos en Bogotá no ha conseguido probar su sensatez ni su eficacia, si Peñalosa, el mismo que hace poco pactaba con el diablo («Aserejé, ja, dejé...»), bailaba, entarimado, con los gamonales que tiende a odiar), ahora carga pero no carga pero sí carga pero mejor no carga de ideas políticas su figura de gerente, y si el presidente Santos sigue perdiendo nuestro tiempo tratando de probar que es Juan Manuel en lugar de creerse las instituciones y cerrarle el paso al fanatismo como un líder de paz.

Sospecho que, de ser elegido, ninguno de estos cinco aspirantes que pertenecen a aquella generación inteligente, pero cínica y deslucida y perezosa (Dios: es que ni tomándose fotos con niños...), va a tener la disciplina ni la mala fe para terminar con el país. Esto no se va a acabar, no, esto es a prueba de presidentes y de horrores: y que no lo hayan liquidado los últimos cinco mandatarios, desde 1990 hasta hoy, es la prueba reina de ello. Pero no por eso, no porque el mundo no vaya a desaparecer por lo pronto, va a ser fácil votar por Zuluaga, por Ramírez, por López, por Peñalosa o por Santos: sólo con pensarlo se siente uno traicionándose a uno mismo. Basta con decir en voz alta «juventudes zuluaguistas» para sufrir, en el acto, un pequeño ataque de risa.

Yo querría votar por alguno. Pero díganme por cuál: cuál entre estos cinco candidatos tiene claro que el proceso de paz de este Gobierno sí ha sido serio, que no se puede vivir eternamente del ventajoso negocio de una guerra que poco ha afectado a los poderosos, que ya es tiempo de acudir a soluciones mockusianas, tipo la ingeniosa «línea de atención al celoso» de Barrancabermeja, para irnos desacostumbrando a la violencia, y que el próximo presidente tiene la responsabilidad de impedir a toda costa que –por culpa de la ambigüedad y de la desidia que han sido la marca de estilo de nuestros gobernantes– otro mesías como el del 2002, pero peor, pues peor aún es posible, llegue a la coja silla presidencial cabalgando sobre el desprestigio de nuestras instituciones: Bogotá no es una capital, sino un síntoma.

Nuestras ramas del poder empobrecidas, nuestras empresas armadas de «líneas de atención al cliente», nuestras sociedades resignadas a repetir el mantra «Colombia no puede ser»: elijan ustedes lo que peor esté entorpeciendo sus vidas.

Parece que ninguno de estos cinco candidatos aletargados quisiera ganar. ¿Insultar?, ¿montar vallas confusas?, ¿aplazar los debates?: hecho. ¿Bailar alrededor de Uribe?: listo. ¿Buscarle peros inexistentes a la paz?: chuleado. Quién entre estos cinco va a tener la voluntad para crear vías en todos los sentidos, para invertir su popularidad en la defensa de los derechos adquiridos, para devolverles la dignidad a los profesores y a los jueces y a los médicos, para pasar por fin las páginas del descubrimiento y la conquista y la colonia, para probarnos de una buena vez que no estamos condenados a nada. Quién va a hacer los cuatro años que vienen un Gobierno tan responsable, tan ejecutivo, tan convincente, que le cierre la siguiente presidencia a cualquier salvador de última hora, cualquier curita, cualquier comandante, cualquier comentarista deportivo: «La bola va rodando, el tiempo va pasando».

Quién va a tener el coraje que tendremos que tener todos para resolver los cuatro años que vienen. Quedan veintidós días para encontrarlo. No puede ser que sea

nadie.

URIBE

TITULAR: EL EXPRESIDENTE URIBE ACUSA AL PRESIDENTE SANTOS DE HABER SIDO FINANCIADO POR EL NARCOTRÁFICO

Mayo 16 de 2014

Quién aquí se atreve a decir que Uribe está haciendo lo que está haciendo por el bien de Colombia. Estamos en el infierno de la campaña presidencial: eso es verdad. Pero quién –luego de padecer en vivo y en directo esa letanía de verdades a medias e infamias que aquel ha estado lanzando a siniestra y siniestra– es capaz de poner las manos en el fuego por la cordura del expresidente. Hay que tener muy alto el umbral de la vergüenza para enlodar a su sucesor, envilecer al fiscal y celebrar al procurador en una sola página. Ya no da risa: da miedo. Ya no es una incomodidad, sino un peligro. Pues es claro que, como un caudillo de manual o un genio de la propaganda (como un lector feroz, mejor, de Psicología de las masas), Uribe sabe bien que se nos ha vuelto un vicio y una fe, y que basta con que él repita su hipnótico monólogo sin matices para despertar en «los colombianos» la tentación de la tiranía: del «que yo no me entere...».

Uribe sabe que no es sólo él, sino su pueblo embrujado, el que ha caído en el desprecio de la justicia, en la obstinada negación de la guerra, en la atracción fatal por el avasallamiento: los tiranos son elegidos en las urnas, señoras y señores, y la libertad no es tan popular como uno cree.

Fue escalofriante esa última entrevista en la W en la que en menos de diez minutos Uribe consiguió convertir la noticia «el presidente se negó a hablar con

mafiosos» en el escándalo «Santos fue financiado por el narcotráfico», e imponer de paso la idea de que la obscena campaña uribista –ya es claro que el candidato es él: pierde uno el tiempo hablando de «Zuluaga»– no es una red de espías recalcitrantes, sino una cruzada «integérrima»: Uribe sabe, porque va unas páginas delante de nosotros, que todo lo que él diga, sea la barbaridad que sea, será tomado por hecho por la gran mayoría; que no hay que hablarle a la inteligencia, sino al miedo de los electores; que, como le dijo Stalin al oído, «el arma esencial para el control político es el diccionario»; que Twitter, por ejemplo, también puede servir para sembrar esa confusión que es la esencia de la manipulación de las masas.

Sólo nos quedan nueve días para encontrar un candidato a la presidencia: nueve angustiosos, resbaladizos e indecisos días. Y, como empujándonos al precipicio, una primera encuesta acaba de decir que –gracias a sus golpes de astucia de estos días e igual que hace cuatro años– Uribe va a ganar. Porque no titubea. Porque habrán avanzado las comunicaciones, pero nuestra desinformación sigue y nuestro miedo es el mismo. Porque millones le creen que él es un pobre abuelo de mano firme perseguido por un castrista, que los espías confesos de su campaña (Nixon renunció por menos) trabajaban para estrategias preclaros, y que Santos es el cuerpo cansado de un comunista vendepatrias poseído por el espíritu de Chávez.

Se escucha por los temerosos e irritados pasillos colombianos, a propósito, el vaticinio «a punta de líderes mediocres se nos va a acabar subiendo un Chávez». Creo más bien que estamos corriendo el riesgo de soportar de vuelta «un Uribe». Que, tal como va esta campaña tan sórdida, puede ocurrirnos un próximo presidente que reavive la pelea insensata con la pobre Venezuela, que siga impidiendo, a punta de demagogias, que pasemos del complejo de inferioridad a la resistencia, y estire y extienda esta guerra que está ocurriendo ahora mismo como un hábito –mientras escribo, mientras lee– con la complicidad de tantos incautos hechizados por el monólogo tramposo de «la paz sin impunidad»: la historia del mundo está llena de buenas personas al servicio del horror.

Quedan nueve días para las elecciones: ese es el lío. Y yo cumplo doce años de votar en vano contra Uribe.

ELECCIÓN

TITULAR: ZULUAGA LE GANA A SANTOS EN LAS ENCUESTAS A DOS DÍAS DE LAS VOTACIONES

Mayo 23 de 2014

La paz es que se acabe esta campaña: que por fin le llegue el fin a esta repugnante puesta en escena de lo peor que ha dado Colombia. Yo no voy a perder ningún amigo por ningún político de estos, no, no voy a vaticinar el Apocalipsis criollo si gana el ominoso uribismo (sólo el acabose es el acabose) ni voy a mirar de reojo a la vecina llena de razones que me dijo «usted me va a matar por votar por Uribe, perdón, por Zuluaga, a pesar de la mentira». Que cada quién vote por lo que quiera o el que quiera: por su miedo, por su paz, porque Peñalosa ahora sí hizo una campaña a su manera, porque López supo recrear la crítica del neoliberalismo, porque aún es la primera vuelta, porque no hay por quién o porque por quién más.

Faltan dos días para la primera parte de las elecciones: dos nomás. Pero el lunes quedará el caradura de Zuluaga contra el borroso de Santos. Y sólo se me ocurre hablar por mí por si a alguien le sirve.

Hace cuatro años corrí el feliz riesgo de votar por Mockus pues su campaña era la nostalgia por la democracia en un país habituado a la delincuencia. Y sin embargo el uribismo venció en cuerpo ajeno, devastador y eficaz, como recordándonos de dónde somos: «¡Si no les gusta, váyanse!». Pero el mundo no se acabó –quién iba a creerlo– porque Santos, el opaco presidente ungido por Uribe, cometió la imprudencia de hacer su propio Gobierno: y se negó a seguir

en pie de guerra contra los países vecinos, y respetó a las cortes, y criticó la batalla contra las drogas, y pidió perdón a las víctimas desde Bojayá hasta El Salado, y se jugó nuestra suerte en un proceso de paz con las obtusas Farc, y así fue traicionando paso a paso el legado iracundo de su jefe.

Pero, justo cuando ya no era uribista, sino serio, Santos se derrotó a sí mismo: el príncipe frívolo e irresponsable le ganó el pulso al estadista liberal. Y dijo «la reforma va porque va» y «el tal paro agrario no existe» como recordándonos en dónde estamos.

Estos cuatro años tendrían que haber sacudido a esta generación de generaciones que no se siente parte de partidos ni de religiones, pero se resiste a ejercer una sociedad democrática más allá de las redes sociales. Esta sátira sombría –que el procurador falle, que la guerrilla sufra la crisis de los cincuenta, que Uribe sea Uribe como el actor que se creyó Bolívar, que Zuluaga diga que no vemos lo que vemos–, tendría que empujarnos a dar el doloroso paso del moralismo al realismo. Sí, la política es tan sucia que los políticos tendrían que llevar uniforme. Pero vivir por encima de ella, a salvo y a pesar de ella como si ya sólo pudiera ser el negocio de los peores, nos ha traído hasta esta campaña vergonzosa. Y no es tiempo de encogerse de hombros.

Querría decir «vote este domingo por...», pero hasta por escrito me quedo en puntos suspensivos. Porque la triste realidad, ese lugar en donde suele votarse con el estómago revuelto, es Santos contra Zuluaga: o sea algo contra alguien, la democracia con sus peores defectos contra el uribismo, quedarse con la gloria contra quedarse con el territorio. Cuatro años después del fiasco, camino a otra segunda vuelta, puedo decir que votar por el uno o por el otro no es entregar el país, sino empezar la vigilancia. Que, puesto a elegir entre lo lamentable, prefiero a Santos porque prefiero la mediocridad de las repúblicas a la eficacia de las tiranías, porque sé llevar mejor la decepción que el horror, y desconfío tanto de la izquierda que se esconde en «el pueblo» como de la derecha que se escuda en «la patria», y Santos al menos no es lo uno ni lo otro.

Pero sobre todo lo prefiero por esto: porque cumplo veintipico columnas de decirle «ambiguo» e «incapaz» sin sentir ni un segundo de miedo.

OJO

TITULAR: EL EXMINISTRO ZULUAGA SE IMPONE EN LA PRIMERA VUELTA DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Mayo 30 de 2014

Y ahora, con ustedes, la terca realidad: la abrupta e innegable realidad colombiana. Que puede leerse entre el fango del pesimismo, sí, y puede decirse entonces, en tono de «ahí les dejo su país», que el mismo Zuluaga que juró en vano suspender el proceso de paz está a punto de ser elegido presidente –y que el presidente Santos, su rival, es considerado «un comunista oligarca» por millones y millonas– porque esto no tiene remedio, porque esto no tiene sentido, porque Colombia sigue siendo una chiva rumbera encallada en un trancón, porque nos hemos ganado a pulso nuestros nefastos protagonistas, y aquello de la paz no pegó, aunque el proceso esta vez sí sea firme y sí sea serio, pues sus saboteadores le han dedicado la vida a hacerlo sonar a embeleco, a rendición. Y no queda nada por hacer.

Parece brujería: no me extrañaría que lo fuera. Zuluaga dice que sí se reunió con el espía aquel, pero que no se acuerda, pero que el del video sí no es él, pero que prueben lo que prueben es un vil montaje: y 3 759 971 votantes lo respaldan en la primera vuelta. No estremece ni avergüenza, sino a usted, que el expresidente Uribe ponga en duda las elecciones cuando le conviene; que la senadora Gómez prediga que, con el regreso del uribismo al poder, vendrá «más temprano que tarde» el fin de la prensa irresponsable; que la representante Cabal dé gracias a su Dios «por no dejar caer la patria en manos del comunismo ateo». Ese país es, en realidad, este país. Y demasiados juran que el uribismo –que persiguió jueces, opositores, periodistas– es una reacción en defensa propia: que hay que hacer lo que hay que hacer.

Poner en su lugar a los traidores, a los homosexuales, a las Farc, a Venezuela, a las mujeres: seguir, en fin, en donde íbamos.

Que era en la fundación de una Nueva Colombia que es una Nueva Granada: una venganza de ese pasado pacificador, feudalista, machista, beato («buenas noches, señor procurador»), que aún no nos deja en paz.

Qué se puede hacer con la aplastante realidad colombiana aparte de nada. Leerla sin moralismos, sin fundamentalismos, sin fatalismos (en suma: con humor), para entender por fin que a los uribistas no hay que despertarlos, sino respetarlos, porque están más que despiertos; que la paz también hay que negociarla con ellos; que aquí, en esta esquina de Colombia, hemos vivido del uribismo como el uribismo ha vivido de las Farc; que el domingo pasado al menos se rompió, en veinticinco y veintinueve por ciento, ese unanimismo que era una conjura de las élites pícaras con las temibles; y que es mejor que Santos, por antipático y mañoso que sea, tenga otra oportunidad para asumir la responsabilidad histórica de devolvernos las instituciones, a que Zuluaga restaure ese uriberso de eufemismos en donde tantos creen que ciertas víctimas merecen a sus victimarios.

Pero «cada cual hace sus cosas». Yo no voto en blanco porque me temo que mi conciencia tranquila no le sirve de nada a la realidad. Yo prefiero vigilar a un politiquero a ser vigilado por un predicador. Y quién dijo que votar por Santos es votar por él: el tal santismo no existe, pero existe, eso sí, la defensa de esta democracia inacabada. Que si gana Zuluaga, que esas son las reglas de este juego en el que todos estamos en juego, no sea porque nos da igual, porque hemos perdido la vergüenza, porque aquí no nos toca esa parte de esta guerra que es una rutina macabra, porque nos hemos resignado a que los políticos se queden con la política como los delincuentes con la delincuencia, porque nadie nos advirtió que estaba en riesgo hasta la vida privada.

Ojo: Colombia no se va a acabar hasta que se acabe, pero la idea es, mientras tanto, que no se la queden los que creen que la justicia es la venganza.

EJEMPLO

TITULAR: ANTANAS MOCKUS REVELA QUE VOTARÁ POR SANTOS, SU ANTIGUO RIVAL, EN LA SEGUNDA VUELTA

Junio 6 de 2014

Por ejemplo: el compasivo Antanas Mockus. Sobrevivió a la cruel pero aleccionadora campaña presidencial de 2010. Encaró a un contendor implacable: a Santos vigilado por Uribe. Soportó a punta de mantras la guerra sucia de «la familia de la política», pero el grito «no todo vale» y la súplica «la vida es sagrada», que enmarcaron su candidatura, fueron frustrándose bajo las carcajadas de los caciques. Y sin embargo en las elecciones de hoy, en vez de repetir la calumnia perfecta «Uribe y Santos son iguales», está respaldando sin rodeos la reelección de su antiguo rival porque está en juego el proceso de paz, porque no podemos morir confundiendo «terrorismo» con «conflicto», y este es el momento de probar que para hacer política no hay que ser ni tener un candidato.

Se lo pregunto cara a cara el martes en la tarde: no sólo por qué ha tomado partido, a cambio de nada, por su frívolo e inescrupuloso antagonista de hace cuatro años, sino cómo logró sobreponerse a las infamias de esa campaña hasta sentarse a redactar la frase «vamos a votar por Santos sin traicionar nuestra conciencia». Su respuesta es un autorretrato lleno de humor en el que recuerda que es un bicho raro, que aún le sorprende que seamos tan patriotas pero tan mezquinos, que todavía le enfurece el autoritarismo que juega con los derechos de la gente, que en los formularios sigue prefiriendo escribir «profesor» a «político», pues no logra creerse el cuento, pero a veces se cruza en el barrio con algún niño desinformado que le dice «buenos días, presidente».

«Y siento que puedo servir y que no quiero perderme esta paz que va en serio porque a la política me trajo la idea de que somos mejores de lo que creemos», me dice.

Qué alivio que no menosprecie al uribismo que quiso aplastarlo. Qué bueno que pueda decir que Santos «está haciendo la paz que yo no hubiera podido hacer». Qué raro que no odie a la guerrilla que lo amenazó de muerte. Qué importante que sepa que su campaña de 2010 cometió el error de creer que el que no estuviera allí era indecente. Qué oportuno que esté haciendo política, sin adhesiones ni pactos, en nombre de la confianza perdida, en busca de un pasado en común que no sea un lastre, y a la espera de símbolos que prueben que lo más rentable es la convivencia.

Y qué bien que no sea neutral. No es fácil serlo si uno conoce periodistas espionados, críticos tildados de terroristas, magistrados amenazados, políticos estigmatizados, víctimas injuriadas a punta de eufemismos (los «falsos positivos» de Soacha «no salieron a recoger café», se dijo) en el interminable Gobierno pasado. No es fácil superar el hecho de que el uribismo quepa en Colombia pero Colombia no quepa en el uribismo. Ya sé que estas elecciones deberían tratarse de muchas cosas más, muchas más que Uribe y la guerra y las Farc, pero dígaselo usted a los sobrevivientes de la UP, a los fantasmas de Bojayá, a la comunidad de paz de San José de Apartadó.

De vez en cuando nos gusta Colombia, sí, pero nos hemos acostumbrado a que no sea problema nuestro. Somos buenos para hacerles barra a los ciclistas, pero malos para pedalear. Reelegir al uribismo, ese atajo a la seguridad de la caverna, es quitarse el peso de la democracia de encima. Reelegir a Santos no es, en un curioso giro del destino, librarse de nada, sino tomar ese camino largo –sin constituyentes ni juicios finales populistas– en el que está en nuestras manos exigir un Gobierno responsable que defienda lo público, respete la vida y proteja la Constitución del 91: por ese camino vota Mockus.

Puede ser que, sin embargo, el uribismo retome el poder: son esas las reglas del juego. Quiera el Dios de los puros y los indiferentes que dentro de cuatro años siga habiendo juego.

DEBATE

TITULAR: EL CANDIDATO URIBISTA SE SALIÓ DE CASILLAS EN EL ÚLTIMO DEBATE PRESIDENCIAL

Junio 13 de 2014

Va a empezar el debate presidencial: «El siguiente programa –se advierte– puede contener escenas de sexo y de violencia y requiere la compañía de un adulto». Treinta segundos después, a la izquierda y a la derecha según se mire, Santos sigue siendo Santos y Zuluaga sigue siendo Uribe. Y, mientras los dos candidatos que nos quedan formulan sus remedios a Colombia en esta entrevista de trabajo combinada con reality, tengo el terrible presentimiento de que no hay nada por hacer. Tendría que ser obvio a estas alturas del melodrama que, aun cuando tenga en contra sus faltas de estos cuatro años, Santos es de lejos el mejor para el empleo: el civilista que sí sabe de qué demonios está hablando. Sin embargo, la mitad más uno del país jura por Dios que su salvador es cualquiera que juegue al uribismo.

Zuluaga imita a Uribe: desde la universidad, según cuentan, ha sido este enigma que cobra vida cuando hace imitaciones. Zuluaga hoy es Zuluaga si es Uribe. Si manotea. Si pasa de la vehemencia a la intimidación. Si le lanza a Santos, como un deber, el peor insulto de esta campaña interminable: «Con usted no se puede ser respetuoso». Y en el fragor del debate se da el lujo de contestar cualquier pregunta con cualquier delirio como si su público sólo esperara, de él, el papelón del hijo de la provincia que a grito herido va a librarnos de nosotros mismos. Ya está: da miedo. Tendría que ser evidente que elegirlo es elegir una caricatura peligrosa. Pero los que están con él están con él. Y le celebran la ira. Y punto.

Su tono pendenciero me lleva de vuelta a las 6:15 p.m. del viernes 26 de febrero de 2010. Cuando, luego de un año en el borde de la dictadura, la Corte Constitucional tuvo el valor de confirmar que Uribe no podría reelegirse más. Yo sentí, apenas lo supe, lo que se siente cuando Colombia gana cinco a cero: esa risa hacia adentro. Ya era tarde, pero hacía sol. Porque era el fin, por fin, de esa nube cargada de violencia que nos seguía a los que no estábamos de acuerdo: adiós, Uribe, adiós. La historia del país no sería ya la defensa desalmada de la tierra de unos pocos, sino la defensa corajuda de esta democracia pendiente.

Pero acá está Zuluaga disfrazado de caudillo –de paisano pacificador, de única rama del poder– para el alivio de tantos televidentes.

Y mientras lo veo gritar su falso «dígame la verdad al país» con los dientes apretados, en este debate en el que su máscara se ha vuelto al fin su cara, sé que es el momento de advertir el despotismo, la intolerancia, el guerrerismo cómodo que encarna e iza. Es el momento de decir que este proceso de paz que cumple treinta años, y que aún espera la verdad de los paramilitares, es vital para un país donde los niños desmiembran a los perros «para practicar». Es la hora de entender que la frase «aquí nunca pasa nada», tan urbana, tan cínica, ofende a las 6 500 000 víctimas que ha dejado el conflicto en esa Colombia que queda en Colombia.

Quiera este país que gane Santos: en política es mejor arriar que atajar. Si sigue siendo presidente, si la gritería de Zuluaga deja oír el debate, Santos tendrá que probarle a la mitad menos uno de la población, con la consistencia que tanto le ha faltado, que ni el comunismo ni el terrorismo ni la corrupción se van a quedar con su país. Será reelegido por un electorado diferente al que lo eligió hace cuatro años: por las víctimas de la guerra, por la izquierda libre de sí misma, por una ciudadanía liberal que no anhela el poder pues sabe que lo tiene. Pero tendrá la oportunidad histórica de probarnos a todos, los del uno y los del otro, que Colombia no requiere más la compañía de un adulto: que ya no necesita padrastros, sino presidentes. Y está harta de los gritos.

ODIO

TITULAR: ZULUAGA GANA LAS ELECCIONES EN LOS DOS PRIMEROS BOLETINES DE LA REGISTRADURÍA

Junio 20 de 2014

Cualquiera diría que todo el mundo odia a todo el mundo aquí en Colombia. Cualquiera diría que toda la furia uribista que me llega a esta pantalla –las injurias mecánicas en la línea de tiempo de Twitter, los insultos mediocres en el muro de Facebook, las vilezas insólitas de los foros que he aprendido a no leer– es en realidad puro odio por mí. Pero aquello no es nada personal, no, sino un oficio sombrío: sé que en tiempos de campañas políticas a cientos de estudiantes se les paga un salario mínimo para que en la Plaza de Bolívar de internet, convertidos en espantos con mil identidades (los tristes «troles»), enturbien las palabras ajenas a punta de calumnias como carnadas que es mejor no picar. Colombia quita. Colombia frustra. Y contagiar el odio, que es la tarea amarga de estos fantasmas, es la cosa más fácil del mundo.

El domingo pasado, en el vertiginoso preconteo de las elecciones presidenciales, viví los diez minutos más largos que recuerdo. 4:10 p.m.: la Registraduría anuncia 10 004 votos por Zuluaga contra 9523 por Santos. 4:15 p.m.: 81 131 por Zuluaga contra 76 756 por Santos. Y mi taquicardia imagina el regreso encarnizado del imperio uribista –el regreso del fanatismo, del feudalismo, del «terrorismo»– hasta que a las 4:20 p.m. se habla de 798 010 por Santos contra 681 485 por Zuluaga. Y mi estómago descansa en paz, pues es mejor criticar la incompetencia a denunciar la barbarie, pero en la noche se revuelve de nuevo: porque, como un personaje de ficción que significa la saña, como un Yago que le susurra «fraude», «robo», «comunismo» al oído derecho de Colombia, Uribe sale al país a reclamar su derrota.

Colombia despoja. Colombia malogra. Y Uribe, que cierra la jornada de discursos, en vez de hacerlo los dos candidatos, como si todo esto fuera suyo, le lanza al país una arenga que le recuerda el odio que es capaz de sentir: Uribe es el primer «trol» de la nación.

Este Gobierno nuevo no puede salir mal. Tiene que probarles a siete millones de uribistas –que llevan 120 horas viviendo esos diez minutos eternos– que este es su país, que el domingo no fueron derrotados por nadie ni por nada, que no tiene pies ni cabeza que vayan a ser perseguidos como un pueblo elegido, que la nueva «unidad nacional» no está plagada de personajes empeñados en cumplirle el sueño a Bolívar ni a celebrarle la pesadilla a Uribe a estas alturas de la vigilia, que uno de los objetos de la paz es que sólo tengamos un ejército, que quejarse del capitalismo es tan inútil pero tan humano como quejarse del clima, y es lo mínimo, no lo «comunista», pretender una sociedad respetuosa, libre, atenta, en la que la educación dé paso, reivindique.

Este Gobierno sí tiene que ser bueno. Ya estamos muy viejos para seguir jugando al país. Ya es hora de que dejemos de ser estos que odian al delincuente pero no odian el delito, estos que terminan su trabajo cuando votan entre el asco y la culpa, y no han conseguido ir de una relación filial a una relación laboral con su presidente. Qué hacer para que los parásitos del caudillismo se queden sin razones en estos cuatro años. Qué hacer para que el discurso de Uribe pase de ser una verdad a medias a ser una mentira. Qué hacer, en suma, para que esto salga bien. Yo, como cualquiera que no sólo dice lo que ve, sino que además firma lo que piensa (es decir, como cualquier columnista), contribuiré poniendo en evidencia las faltas, las inconsistencias, las frivolidades de esta clase política que nos ha tenido ante el abismo del populismo.

Colombia usurpa. Colombia entorpece. Sólo si –a punta de Gobiernos justos y de sociedades vigilantes– no hace más lo uno ni lo otro, ese odio que es despecho dejará de servir a los peores.

MUNDIAL

TITULAR: LA SELECCIÓN COLOMBIANA SE ENFRENTA A LA SELECCIÓN URUGUAYA EN OCTAVOS DE FINAL

Junio 27 de 2014

Salí a la calle seguro de que una vez más Colombia no iba a clasificar al mundial. Chile iba ganando 3 a 0 ese viernes. Y yo, que vivo entre goles pero temo a la Fifa como al Vaticano, que quizás investigué más de la cuenta el fútbol, ese mundo que resume el mundo, como quien llega a enterarse de qué están hechas las salchichas (y me tomo a pecho el día en que los futbolistas se atreven a protestar, y repito que al noble Andrés Escobar no lo habrían asesinado si no hubiera hecho un autogol), pensé que semejante marcador en contra era la constatación de mi vaticinio: que no siempre le salen bien las cosas a un gremio que esclaviza a sus trabajadores. Y sin embargo ese viernes, en un barrio lleno de televisores, fui testigo del empate: tres a tres. Y, hecho un niño y hecho un colombiano, me llevé la contraria, y no dije «clasificaron», sino «clasificamos».

Y aquí estamos: nuestros dieciocho jugadores invictos, que se fueron del país, casi todos, antes de creer que «nada se puede acá en Colombia», enfrenarán mañana a los uruguayos en los octavos de final del mejor mundial que recuerdo.

Busco en El Tiempo de la primera copa que entendí, España 82, si Colombia ha estado cambiando a pesar de Colombia. Y sí, en el periódico del martes 15 de junio de 1982 puede leerse este viejo mundo siempre en guerra, siempre por hacer: «Ocho militares muertos en el Caquetá»; «El caos de Bogotá necesita 32 puentes nuevos»; «Acribillado dirigente del Moir»; «Presidente Betancur piensa

un gabinete equitativo»; «Esta es la generación del estado de sitio, del estatuto de seguridad, de las herramientas represivas con barniz constitucional». Pero también está claro en esas páginas que, en aquel lugar asfixiante, sólo nos unía ver la misma televisión: de La mala hierba a El pasado en presente.

Este barrio está, hoy, plagado de banderas. Sin duda esto nos une: aún nos separan la definición de democracia, los límites que le vemos a la libertad, y la historia de Colombia que contamos (yo la contaría en comedias, masacres y conspiraciones), pero el fútbol nos une. Aún no defendemos juntos la ley ni la equidad ni la palabra ni la intimidad ni la paz. Aún nos queda grande lo simbólico. Sigue dándose silvestre ese patriotismo que es complejo de inferioridad vuelto delirio de grandeza. Sigue apareciendo ese triunfalismo que es un gesto paranoico. Sigue faltándonos humor: ya estamos muy viejos para no tener cuero, para pedir, borrachos, la cabeza de quien ose reírse de nosotros, y para matarnos unos a otros el día de la madre, pero seguimos haciéndolo.

Y no obstante hoy se ve, por el fútbol, esa clase de patriotismo que es una forma de decir que no somos superiores a este lugar, que, sea como fuere, vivimos en arriendo, y estamos de paso en una tierra que queremos a pesar de todos y de todo.

Sé que no parece que estuviéramos cambiando: una victoria en el mundial es una reivindicación, sí, pero su celebración no debería ser una masacre: ya van once muertos. Y sin embargo, créanme que la selección de Pékerman funciona, a pesar de las mañas de «la familia del fútbol», porque está hecha por una generación de profesionales que no les temen a los poderes de siempre ni creen eso de que quien nace en Colombia está condenado a repetirla. Si Nairo Quintana, de veinticuatro años, tiene algo en común con James Rodríguez, de veintitrés, es que –colombianos, sí, pero en el mundo– no sólo les suena ajena e inverosímil la vieja idea de que nuestro destino es perder, sino que además salen, cuando salen, a ganar.

Qué alivio el fútbol: crea la ilusión de que por fin se está hablando de otro tema, pero sirve para preguntarse, por ejemplo, si la solución de Colombia será ponerse a la altura de esa generación tan nueva.

ANIVERSARIO

TITULAR: SE CUMPLEN DIEZ AÑOS DE LA PRESENTACIÓN DE LOS PARAMILITARES EN EL CONGRESO

Agosto 1 de 2014

Fue a las 10:30 a.m. del miércoles 28 de julio de 2004 que estuvo más que claro que la cercada Colombia se había rendido, sin saber, al paramilitarismo: el criminal Salvatore Mancuso, que dos años después confesaría, entre sus incontables actos de barbarie, las masacres de El Aro, de Mapiripán y de El Salado, elevó en el Congreso de la República un discurso largo y siniestro y repugnante en el que sin vacilar ni una sola sílaba justificó –como lo hizo todo ese país– la violenta pesadilla que había puesto en marcha, pues «se trataba de defender nuestras vidas, nuestra dignidad y nuestro territorio» y «este Estado nuestro era indiferente, ineficiente, débil, ausente e incapaz de brindarnos la protección que requeríamos». Cerca de sesenta congresistas, asistidos por una tropa de meseros que en verdad eran escoltas, y respaldados por el Gobierno voraz de Álvaro Uribe, aplaudieron a Mancuso como a un héroe: su héroe.

Y todavía hoy da náuseas. Todavía hoy, diez ridículos años después, se siente el desconcierto de la derrota si se escuchan las arrogantes arengas de aquellos comandantes con su propio Dios y su propia ley.

Sólo tres tristes congresistas dieron la cara en vivo y en directo y en nombre del país estremecido: Gustavo Petro llegó a la conclusión de que las autodefensas estaban sometiendo a la justicia, Gina Parody lamentó indignada el mensaje que de espaldas al mundo se les estaba enviando a las víctimas de semejantes

ejércitos, y Rafael Pardo declaró, en resumen, que al fin había quedado claro quiénes eran los que mandaban en Colombia. Arriba, en uno de los balcones de la sala de sesiones, el investigador Iván Cepeda mostraba a las cámaras bajo los gritos de su compañera («¡que el Estado creador del paramilitarismo responda por sus crímenes!») una fotografía de su padre –un político de la UP: el abogado Manuel– asesinado en 1994 por los paramilitares.

Diez infames años después, 52 senadores le han impedido al mismo Cepeda de antes hacerle al expresidente Uribe, su colega en este «Congreso de la paz» hecho de uribistas, exuribistas nostálgicos y antiuribistas, un debate «por presuntos vínculos con paramilitares». Semejante revés podría servir, sin embargo, para sospechar que buena parte del Senado sigue representando no sólo la mentalidad feudalista, sinuosa e implacable que es la primera acepción de «uribismo», sino también, quizás, la peligrosa convicción de que las autodefensas salvaron por muy poco al Estado colombiano de su propio fracaso: «Se trataba de defender nuestras vidas, nuestra dignidad y nuestro territorio».

Como si no bastara, las Farc, obtusas e inaceptables, se han dedicado esta fase del tambaleante proceso de paz a destruirles las torres eléctricas, a contaminarles el agua y a reclutarles a los hijos a sus víctimas como si se tratara de llenar de razones a la guerra de siempre: de volver a 2004, a 1994, a 1984, a 1974, a 1964.

Colombia está en mora de ser un solo país: tiene que rechazar en la calle, «¡no más paras!», «¡no más Farc!», a esas bandas mitómanas pero codiciosas pero salvajes que se fingen «libertadoras de la patria»; tiene que comprender que aquel Estado «indiferente, ineficiente, débil...» no es un viejo edificio en Bogotá, sino la forma de esta sociedad, la suma de todos triunfando o fracasando en el oficio de alertarnos, contenernos y protegernos los unos de los otros; tiene que dejar atrás a todos los victimarios –a todos: guerrilleros secuestradores, paramilitares sanguinarios, militares corrompidos, políticos guerreristas, inversionistas del horror– que cuenten la verdad frente a sus víctimas. Y luego, señores mesías, respetados comandantes de lo que sea, honorables padres de la patria, ya déjennos en paz.

PÁNICO

TITULAR: CORTE SUPREMA DE JUSTICIA DEJÓ EN FIRME LA
CONDENA AL EXDIRECTOR DEL IDU

Agosto 15 de 2014

Hay que estar loco para volverse empleado público: volverse empleado público es entrar, a pesar de todas las advertencias, a un peligrosísimo barrio plagado de vigilantes impunes, mitómanos hastiados y dueños de lo ajeno. Yo, de ser usted, no lo haría: no, no lo haga. Para qué. Si ya tiene trabajo. Si no es su vocación. Si lo suyo no es pagar el karma aquel que es la única explicación que Andrés Camargo le encuentra a la condena de cinco años que se le ha impuesto por no haber previsto una falla técnica cuando era un celebrado director del IDU. Si no está entre sus planes pasarse los últimos años de su juventud sometido, tal como lo advirtió el alcalde de Bogotá en Semana, «por un régimen del terror en el que cualquiera, por un error, puede ir a la cárcel».

Pregúntele a la valiente Natalia de la Vega por qué juró no volver a ser servidora pública. Ella le contará que cuando era la gerente del Fondo de Vigilancia y Seguridad de Bogotá vio que los burócratas enquistados en los entes de control son los que mandan en el Estado: sus auditorías constantes, sus pequeños chantajes, sus «dos días para responder este requerimiento», sus redes de expertos en presentar informes, su jurisprudencia por encima de la jurisprudencia, hacen prácticamente imposible cumplir con el trabajo. «Mi orden es encontrarle cualquier cosa –le dijo una vez un tipo de la personería–: ayúdeme para que sea algo que no la perjudique tanto». Y ella se fue volviendo una figura pública escoltada que temblaba cada vez que en su teléfono aparecía un número desconocido.

El lúcido Jorge Pulecio, que fue Secretario de Desarrollo Económico y Director del IPES, dirá que entró en pánico cuando notó que ciertos funcionarios de los entes de control eran íntimos de los burócratas inamovibles, que ciertos contralores servían bien a los concejales que giraban en el «carrusel de la contratación», que ciertos personeros se reían de sus llamados a la transparencia, que, animados por lo peor de la derecha, ciertos procuradores de Ordóñez estaban –y están– dispuestos incluso al exabrupto de juzgarlo dos veces «por la misma supuesta inhabilidad» con tal de arruinar a Petro, que, en fin, «no podía confiar ni en los unos ni en los otros»: la Constitución de 1991 le abre la puerta a la renovación política, pero «un sistema de control ineficiente, clientelista y a menudo proclive a la corrupción» se la cierra en las narices de un solo golpe.

Y queda ese silencio que es el pavor que paraliza a tantos funcionarios honestos. Y viene la pregunta eterna de quién vigilará a los vigilantes.

Quién se atreve a meterse en el laberinto kafkiano del Estado. Quién se está buscando un trauma a estas alturas de la vida. Camargo, a punto de entrar a una celda por ponerle la cara a esta justicia que no es ciega sino sorda, y en nombre de los próximos funcionarios que desaparecerá aquella dictadura invisible, repite que no puede ser que baste con equivocarse para cometer un delito, que la administración pública pronto será un monstruo donde nadie se moverá por temor a acabar preso, que, ya que el sistema presume que todo funcionario es bandido, no sobrevivirán los profesionales honestos, sino los delincuentes profesionales: quién, que lea esas palabras e imagine el dolor de la familia Camargo, querrá entrar a lo público si lo público es ese lugar del que no se regresa.

Si ahora que se está hablando de reformas no se corrige esta entorpecedora, perversa, lamentable red de inquisidores, que es el dominio de esos corruptos de oficio que no dejan rastro, y que sólo a veces da con los culpables, la respuesta a quién querrá ser funcionario seguirá siendo «el vivo, el loco y el pobre al que le toque».

SINDICATO

TITULAR: LLEGA AL TURBULENTO ESCENARIO NACIONAL LA ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE ACTORES

Agosto 22 de 2014

Es un experimento sociológico: use usted con convicción la palabra «sindicato» en todas las reuniones que tenga en un mismo día, y lo más probable es que, en el mejor de los casos –luego de ser estigmatizado: luego de ser llamado «ingenuo», «mamerto», «guerrillero», «loco», «mártir»–, reconozca del otro lado de la mesa una repetitiva cara de espanto que quiere decir «es mejor no meterse con eso». «Sindicato» ha significado, en la Colombia de siempre, un peligro, una amenaza; una grosería, una indecencia. Que un poco más de novecientos de nuestros actores hayan tenido el coraje de pronunciarla ayer en la mañana en el Congreso, como si sobre aquel escenario hubiera vuelto a significar, igual que en su origen, «hacer justicia con los otros», es un inesperado motivo para la esperanza.

Quien lee Sindicalismo asesinado, la gran investigación de la Corporación Nuevo Arco Iris, ve que de 1984 a 2009 en su propio país fueron ejecutadas por lo menos 2732 personas por pertenecer a organizaciones sindicales; sabe que en la década pasada se cometieron en Colombia el 63 por ciento de los homicidios de sindicalistas que se cometieron en el mundo; y entiende que los protagonistas de ese capítulo horrible de la horrible historia colombiana, desde el sindicalismo ensimismado hasta el Estado estéril, desde la guerrilla enajenada hasta el paramilitarismo megalómano (extraviados todos, cada cual a su manera, en la lógica trágica de la guerra), cumplen un par de siglos de caer en la trampa de justificar los crímenes de los unos por los crímenes de los otros: «Por algo le pegaron un tiro...».

Desde 1848, cuando se fundó, en la fúnebre Bogotá, la perseguida «Sociedad democrática de los artesanos», Colombia ha sabido transmitirse de generación en generación su poderoso pavor a la asociación entre los trabajadores. Pero ese miedo, me temo, también está por cambiar. Los actores son personas frágiles que sin embargo dan sus sistemas nerviosos a los demás: los actores son escritores que dan la cara, ni más ni menos, siempre en el borde de sí mismos. Cada vez que dejan atrás a un personaje, en el teatro o el restaurante o el cine o la calle o la televisión, se dicen a sí mismos «puede que este haya sido mi último papel». Y, después de lo mal que la pasaron los asociados a Acto o al Cica que osaron defenderse, resulta significativo –habla de una ciudadanía menos temerosa, más política: de un país nuevo– que hoy más de novecientos estén reclamándole al Estado derechos de autor, seguridad social, jornadas justas.

El país es su escenario: no por nada han bautizado Acá, Asociación Colombiana de Actores, a su sindicato. Hablan de frente, sí, pero no hay en su voz rezagos de esa ceguera ni de esa mediocridad ni de esa amargura que han sido industria nacional: hay, en su posición, simple cordura. Nombran a los ninguneados que han muerto, de pobres, en camerinos imaginarios. Cuentan la tragedia de un doble de veintidós años, el indefenso Francisco Grisales, que se suicidó luego de sufrir – en el set de una telenovela– un accidente que lo dejó sin piernas. Saben que el pasado que describen los periódicos, ese infierno en donde los señores feudales siguen temiendo al comunismo y los presidentes aún pelean por quedarse con la contraloría, no es lugar para ellos. Suben a los buses a decir lo que están haciendo por sí mismos, conscientes de que ahora nadie es más que nadie, pues sospechan que puede servirnos a todos de ejemplo.

Entienden que la pobre palabra «sindicato», en un mundo de empleadores sensatos y de trabajadores buenos, no es sinónimo de «avispero», sino de «seguridad», «productividad», «calidad», «justicia». Y que, despojada del relato y del adjetivo «colombiano», es hoy cuando hay que ponerla en escena.

FAMILIA

TITULAR: LA CORTE CONSTITUCIONAL AVALA LA ADOPCIÓN HOMOPARENTAL

Septiembre 5 de 2014

Huele al Antiguo Testamento. Suena a los tiempos en los que la homosexualidad era delito. Pero el jueves 28 de agosto la profesora Verónica Botero se vio obligada a esperar nueve horas más –ya había esperado 35 040: cuatro frustrantes e inexcusables años– a que seis de los nueve magistrados de la Corte Constitucional le reconocieran su derecho a adoptar (corrijo: a continuar el espinoso trámite, negado por quién sabe qué funcionario del aparatoso ICBF, para adoptar) a la hija que tuvo en 2008 con su esposa: la ingeniera Ana Leiderman. El fallo de la Corte era lo mínimo: era negarse a negarle a una persona, por su orientación sexual, la igualdad ante la ley; era ponerse las gafas, como cualquier miope, para reconocer una familia; era plantarse, además, del lado de una niña. Y sin embargo, la palabra que venía a la punta del teclado era «histórico».

Ana me cuenta que ese jueves comenzó siendo un simple jueves. Que Verónica y ella se levantaron a las 6:15 a.m. como cada día. Que la niña, de seis, andaba contenta. Que el niño, de cuatro, que no había nacido cuando empezaron a tramitar la adopción de su hermana, jugaba sin prisa. Y que, luego de darles el desayuno, bañarlos y vestirlos a los dos entre las dos (toda familia es una coreografía, una disciplina), no sólo lograron que a los niños no los dejara la buseta del colegio, sino que pudieran montar un rato en bicicleta. Entonces vino la espera: el trabajo de cada cual, el almuerzo en pareja, con la sensación de que la Corte iba a salir con el silencio de siempre. A las 3:30 p.m., cuando los hijos ya habían vuelto, las sorprendió la noticia: podían seguir con los trámites para la

adopción. Pero a los gritos de triunfo, «¡bravo!», respondieron con una sonrisa tímida.

Elizabeth Castillo, la serena abogada que ha protagonizado tantas batallas por los derechos de la ciudadanía LGBTI, coordinadora del llamado «Grupo de mamás lesbianas», recibió el fallo con el mismo cansancio feliz. Escribió para Publimetro un texto valeroso en el que lamentó que la Corte concediera un derecho «solo por razones biológicas» pero reconoció la importancia de ese jueves. Después se fue al Palacio de Justicia a celebrar el nuevo paso adelante: «Ya no nos obligan a esperar en el andén», me dice. Y me cuenta que sólo en la noche, cuando las dos mamás empiyaron, leyeron un cuento y durmieron a sus dos hijos (y capotearon la última entrevista), pudo felicitar a Verónica y a Ana «por este triunfo que es de todos» con su alegría contagiosa.

Apenas estuvieron solas, apenas se fue la suegra que lloraba de emoción, Ana le preguntó a Verónica si esa ilusión por la rutina de mañana sería la igualdad. «Vero: todavía no me cae el veinte», le dijo hacia las 12:00 a.m.

Y la palabra es «histórico». Porque el patético contraataque de «los normales», que empezó ese mismo jueves –y entonces vino el asedio a un par de destacadas ministras por formar una pareja, la persecución a dos admirables congresistas por ser novias, la propuesta de falso demócrata de preguntarle a la mayoría si está bien que la minoría adopte, la santiguada doble de los politiqueros «de la familia» que recaudan votos a costa de los derechos ajenos: todo–, es una señal de que en ese infierno católico y machista y lerdo que solemos llamar «este país» está empezando un país menos tarado. Y si no quiere quedarse atrás, el ICBF, que por orden de un juzgado hace cuarenta días tuvo que devolverle a una mamá el hijo que le quitó «por sostener una relación sentimental con otra mujer», hará bien en pedirles a sus funcionarios que dejen de portarse como inquisidores.

Hay que estar muy extraviado para ponerles en riesgo a Ana y a Verónica el deber de echar a andar a su familia a las 6:15 a.m.

PRIMOS

TITULAR: EXVICEPRESIDENTE DA SU PRIMERA ENTREVISTA COMO CANDIDATO A LA ALCALDÍA DE BOGOTÁ

Septiembre 12 de 2014

Ya sé por qué me aburre tanto que el exvicepresidente Francisco Santos, en su primera entrevista como posible candidato a la Alcaldía de la pobre Bogotá, se atreva a decir en voz alta que el alcalde actual es un corrupto, que el Gobierno de su primo es corresponsable de la crisis de esta ciudad improvisada, que el fiscal es un peligro para nuestra democracia, que él mismo le aconsejó a la contralora investigada que se fuera del país porque en esta Colombia –que él gobernó hace apenas cuatro años– «la justicia mira al reo de reajo», que el presidente está obsesionado con encarcelar a su antecesor, que sin embargo los uribistas de siempre no van a dejar que eso suceda, que el expresidente no está por encima de la ley, no, ni mucho menos, pero que «es que acá no hay garantías», y que «si le ponen un dedo a Uribe se incendia este país».

Ya sé por qué me cansa tanto –por qué no me molesta ni me sorprende: por qué me hastía– esa retahíla temeraria.

No es porque Santos no hable como un exvicepresidente, sino como un columnista impúdico e irresponsable. No es porque a su edad se permita a sí mismo amenazar, calumniar, deshonar en un periódico, como quien, engegucido por una adolescencia inmisericorde, cree que está diciendo la verdad duélale a quien le duela. No es, en fin, porque dilapide semejante entrevista en el oficio antiquísimo de polarizar a la población, ni porque el

personaje público que encarna sea tan injusto con la persona que parece ser (las pocas veces que me crucé con él, cuando volvió a ser periodista, me pareció un hombre amable, generoso) ni mucho menos porque se dé el lujo de ver la paja en el ojo ajeno luego de haber hecho parte de un Gobierno que podría calificarse de «controvertido» si se tratara de usar eufemismos de estadista colombiano.

Es porque su monólogo sucede en el pasado: en aquella Colombia en blanco y negro en la que, sin asomos de internet, sin la vigilancia, por ejemplo, de las redes sociales, aún era posible fabricar la realidad en el periódico; era común negar o difamar o sentenciar en las palabras a quienes se le atravesaban a uno en el camino al poder; era lo usual que los líderes hicieran parte de una misma familia en pugna (y sí: a la hora de la verdad, más que rivales, eran consuegros, yernos, sobrinos, primos carnales, primos políticos) y era lo proverbial que se repartieran en cualquiera de los dos partidos de siempre, pero que de lunes a viernes, como si no estuviera en juego la vida, sino apenas un juego, llamaran a una guerra entre vecinos a ese pueblo de hijos ilegítimos educados en el temor de Dios.

Tienen razón quienes dicen que al relato del conflicto armado que se está escribiendo en La Habana habrá que sumarle el retrato de los líderes que, setenta por ciento mediocres, treinta por ciento mezquinos, juraron en vano terminarlo.

No estoy diciendo que haya que sacar a sombrerozcos, de las oficinas del Gobierno, a ningún apellido del directorio telefónico, a ningún delfín: que sea y siga siendo funcionario todo nombre y todo animal que lo haga bien. Pero en septiembre de 2014 se equivoca profundamente el líder colombiano que, en vez de proponerle, por ejemplo, alguna Bogotá a Bogotá, cae en la penosa apuesta de difamar a sus rivales, pronostica incendios al país con rictus de pirómano y asume que «la gente» no tiene nada mejor que hacer que andar polarizada. Recuerdo el comercial aquel, de tiempos de campaña, en el que el Francisco Santos público se enfrentaba a su primo presidente con las palabras «espero verlo en las reuniones familiares pero no en la Casa de Nariño».

Desde entonces he estado pensando en lo importante que es que a estas alturas de Colombia un par de primos no puedan mandarnos a su guerra.

IMPERIO

TITULAR: EL PRESIDENTE BARACK OBAMA HA ACTIVADO UN PLAN IRREVERSIBLE PARA SIRIA E IRAK

Octubre 3 de 2014

Todo presidente de Estados Unidos –es más: todo presidente– termina protagonizando una tragedia. Pero ninguno tan trágico en la historia reciente como Barack Obama. Que, luego de seis años de explicarle a su país que a nadie conviene usar la fuerza militar norteamericana en los rincones de la Tierra en donde se esconde el fundamentalismo, y después de capotear, a costa de los nervios de su sociedad, los gritos de los astutos fanáticos de la pacificación («la solución es matar a esos bastardos», gritó el más burdo hace unos días), desde el pasado 10 de septiembre ha estado volviéndose un George Bush: uno cualquiera. Qué esclarecedor ha sido verlo hablando de «degradar y destruir» a los terroristas del temible Estado Islámico: ha estado diciendo, como cualquier figura trágica que se rinde a sus dioses, que fue incapaz de escapar al destino manifiesto de su patria.

Ahora que ha puesto en marcha su «plan irreversible para Siria e Irak», unas semanas antes de que la derecha acabe de tomarse el Congreso, es obvio que la derrota de Obama es el triunfo de una guerra que no cesa. Y que su tímida propuesta de dejar sin razones a los extremistas ha sido aplastada por la voluntad del imperio americano.

Yo nunca he lamentado lo gringo, no, no he gritado «yanqui: go home», ni lo he pensado, porque he conocido profesores de allá que no me han permitido caer en

los estereotipos, he visto con mis propias gafas que las valientes ficciones de sus artistas desmienten las exaltadas falacias de sus políticos, he notado que los mejores dramas hechos en Hollywood enmiendan los peores desastres montados en Washington, he tenido a la mano, en fin, esa cultura –y su enorme belleza, de Mark Twain a Richard Ford, de Buster Keaton a Wes Anderson, de Art Spiegelman a Joe Sacco, de Bo Diddley a Tracy Chapman– como cualquier alma en pena en jeans de mi generación. Pero tengo claro que de las buenas intenciones de los líderes norteamericanos está plagado el camino al Oriente Próximo de hoy.

El cineasta Oliver Stone sugiere, en su Historia no contada de los Estados Unidos, que su país perdió el rumbo el día de 1945 en el que el guerrerista Truman remplazó al progresista Wallace en la vicepresidencia. El profesor Howard Zinn señala, en su Historia popular del imperio americano, que las reacciones al horror del 11 de septiembre («cometimos actos terroristas para enviarles un mensaje a los terroristas») probaron que los líderes gringos no aprendieron nada de ese siglo XX «de violencia contestada con violencia». El comediante Jon Stewart recuerda, en The Daily Show, que el 65 por ciento de los norteamericanos apoyan los ataques pero no pueden ubicarlos en el mapa: que, desde aquel diez, el país que piensa dónde usar su poder volvió a ser el país que dispara antes de preguntar.

Ha llegado Obama, pues, a su tragedia: a pronunciar la sentencia «el liderazgo americano es la constante en un mundo incierto», con los ojos entrecerrados de Harry el sucio, muy a pesar de sí mismo. Se ve que el premio nobel de la paz no pudo más, y que se rinde a la guerra. Que sabe que, si no fuera porque las sociedades no son sólo sus Gobiernos, lo que seguiría para su bello país –que es también un imperio cansado– sería la peor de las decadencias. Que cuando dice que «los servicios de inteligencia subestimaron al Estado Islámico», está diciendo que lo eligieron por las mismas razones por las que no lo dejan gobernar. Por algo ha repetido, a quien lea entre líneas, que su serie favorita es Homeland: porque verla es ver que a fuerza de agencias secretas, y de comerciantes de armas, y de espías –y para bien: de una nueva generación que no cree en los poderes de siempre–, el mundo no está en manos de los presidentes.

CORONELL

TITULAR: EL GOBIERNO PASADO HABÍA ESTADO HACIENDO CONTACTOS PARA UNA NEGOCIACIÓN CON LAS FARC

Octubre 10 de 2014

Es imposible desprestigiar a Daniel Coronell. Corrijo: no es nada fácil manchar a un periodista tan serio como Daniel Coronell. Pero no faltará el enemigo cegado por su propio ego –cualquier señor que la columna del reportero haya puesto en evidencia– que se lance, como quien toma un atajo, a la desesperada tarea de enlodarlo; un iracundo que, extraviado en aquella mediocridad de la que jamás se regresa, no sea capaz de controvertir las acusaciones en su contra, sino apenas de vengarse, y entonces recurra a la mentira, y al recuento amañado del pasado, pues bien es sabido que «el ladrón juzga por su condición», y que «de la calumnia algo queda». El sereno Coronell, sin embargo, responderá punto por punto por su vida. Y ante las torpes ofensas de sus denunciados, «¡mafioso!», «¡santista!», él seguirá haciendo su trabajo.

Coronell, de cincuenta años, se ha jugado la vida por el periodismo. Y, del 84 al 14, ha sido todo: redactor, director, investigador. Y todo lo ha hecho bien. Pero me temo que sus lectores no hemos caído en cuenta de lo afortunados que somos por tenerlo, ni lo hemos rodeado lo suficiente con algo semejante a su coraje, ni le hemos agradecido con su misma generosidad que haya atendido la insólita vocación de narrar la trasescena del poder. Su columna en Semana, que le ha revelado a la historia local de la infamia episodios como «el extraño cohecho de Yidis Medina» o «el vergonzoso caso de la zona franca», es sin duda una lección de principios: es imposible no estar de acuerdo con sus textos porque es imposible no estar de acuerdo con sus pruebas.

Yo, quizás porque mi oficio ha sido la ficción, no me he atrevido nunca a llamarme a mí mismo «periodista»: faltaba más. Pero, testigo de los medios, siempre me han parecido de una nobleza sobrehumana –y más aquí, pues aquí matan– aquellos que dedican sus nervios al ilusorio oficio de contar las historias antes de que se terminen. Quien narra lo que está pasando mientras está pasando (que hacerlo es, de cierto modo, una utopía) guarda la esperanza de que el horror pierda el pulso con su propio relato. Quien a pesar de sí mismo se entrega a la labor de describir las escenas de un país, jornada tras jornada, en realidad trabaja para que alguien algún día ate los cabos: aquel que en el futuro lea los textos de Coronell, por ejemplo, descubrirá allí la historia de un puñado de políticos endiablados que se fueron hundiendo hasta que por fin se hundieron con el barco de sus propias mentiras.

Por pura salud mental, he estado evitando, hasta esta triste línea, pronunciar al expresidente Uribe Vélez.

Pero acabo de nombrarlo porque una vez más ha respondido con acusaciones temerarias a las incontestables pruebas de Coronell. El columnista demostró, el domingo pasado, que el uribismo está en contra del proceso de paz porque este Gobierno sí pudo echarlo a andar, y que lo demás es literatura. Y desde entonces el hoy honorable senador, todo un expresidente de la República de Colombia, ha vuelto a portarse como ese hombre fruncido capaz de llamar a los periodistas del Canal Capital «instrumentos serviles del terrorismo» sin siquiera pestañear. Y es lamentable, sí. Pero es también una reacción primaria que no sólo evidencia el drama de un adicto al poder, sino que también nos recuerda que, en una inesperada señal de cordura –desde 1964 más o menos–, los medios del establecimiento se han dejado habitar por periodistas tan valientes como Coronell, por personas de palabra que no van a censurarnos los hechos ni van a permitir que nadie se quede con Colombia.

Piensa Uribe, como cualquier líder del pasado, que aquí sólo pasa lo que él dice que pasa. Y, gracias al periodismo serio, se equivoca.

PENDEJOS

TITULAR: LAS FARC SE RESISTEN EN LA HABANA A RECONOCER AL GENERAL MENDIETA COMO SU VÍCTIMA

Octubre 24 de 2014

No sé qué adjetivo ponerles encima: si «delirantes», si «obtusas». Sin embargo, el hecho es que, como si se tratara de hacernos conscientes de la invención del horror, las Farc fueron capaces de –por ejemplo– tener secuestrado durante once años, cinco meses y trece días al mayor general Luis Herlindo Mendieta («he tenido que arrastrarme en el barro para hacer mis necesidades fisiológicas con la cadena y el candado atados al cuello», le confesó a su esposa en una dolorosísima carta, en diciembre de 2007, en la que aceptaba también que llegó a comer en la olla en la que defecaba), pero hace unos días, en el pasado encuentro en La Habana, los representantes de la guerrilla no tuvieron el coraje de reconocer al oficial de la policía como su víctima.

Pues aún hoy, que se están cumpliendo los dos primeros años de las últimas negociaciones de paz, ninguno de sus cabecillas ha reconocido –como advierte Jorge Orlando Melo– que haberse ido a la guerra fue un error: que fue irse, como una religión camuflada, detrás de una ficción.

Nada, ni una oligarquía que parodia al pueblo, ni una élite que finge ideologías, ni una guerrilla trastornada por la droga, ni una democracia acostumbrada a su violencia, ni un Estado explotador e ineficiente, tiene por qué conducir a una guerra civil. Pero en Colombia sí: aquí sí. Aquí cada quién se cree su versión de los hechos, su mentira. Se da silvestre esa mitomanía que salva a tantos

mediocres de sí mismos, ese sincretismo histórico, mejor, que convierte a cualquier pendenciero dogmático en cualquier libertador de la patria, y entonces los paramilitares no eran los escoltas de los narcotraficantes, sino un ejército contrarrevolucionario, y entonces el humillado Luis Mendieta no era una víctima, sino un prisionero de guerra.

Creo en el proceso de paz a pesar de las Farc, a pesar de los demás señores feudales. Creo en el proceso, así se haya alargado, porque la alternativa es peor, porque cada revolucionario y contrarrevolucionario entre comillas tiene en vilo a su familia, y el tiempo corre contra todos. Pero sé que el fin de este conflicto no será la consagración de los líderes sensatos (no, no habrá acá gandhis ni mandelas), sino la resolución del drama de los ciudadanos extenuados: un pretexto menos para el subdesarrollo, y punto. El temperamento colombiano es dramático: busca en vano el clímax, el juicio final o la reivindicación en la última escena que ocurre en la ficción. Pero hallará cierta paz si de La Habana viene, al menos, la frase «nadie está por encima de la ley».

Nadie, ni el delfín de ocho apellidos ilustres, ni el corredor de InterBolsa que gana doscientos millones al mes, ni el politiquero que calumnia, ni el bandolero que ha tomado clases de filosofía, ni el militar que ha defendido a muerte la vida, tiene por qué estar por encima de la ley. No sobraría que la ira del uribismo dejara de montarle engañosas objeciones al proceso de paz, ni que la soberbia del santismo tomara nota de las críticas, pero que hagan el ridículo si quieren: con que después de La Habana se respeten las reglas, con que eufemismos como «prisionero de guerra» o «falso positivo» no sigan remplazando verdades como «víctima» o «asesinado», sería más que suficiente.

Dice el mafioso Henry Hill, en el final de Buenos muchachos, que ahora que ha vuelto a la legalidad –lejos de la adrenalina, de la megalomanía y de la trampa– va a tener que «vivir la vida como cualquier pendejo». Y «pendejo» es, para él, el que respeta las normas, usted y yo. Y de eso se trata el proceso en el que estamos: de que sea claro que nos cansamos de «los vivos», de que este reguero de avivatos sea capaz de cumplir la ley como cualquier pendejo de ahora en

adelante.

CLIENTE

TITULAR: COLOMBIA ES EL PAÍS DEL MUNDO EN DONDE SE PASA MÁS HORAS AL AÑO EN EL TRABAJO

Octubre 31 de 2014

Mi talón de Aquiles es que me traten como un idiota en las líneas de atención al cliente. Quien quiera sacarme de quicio sólo debe presionar ese botón: que una voz de ultratumba de Comcel me pregunte «si hemos solucionado el motivo de su llamada» luego de haber agravado el problema en cuestión, que una voz libreteada e inclemente de Home Center me pida «disculpas por cualquier inconveniente que le hayamos causado» cumpliendo un protocolo en el que nadie cree, que una voz saturada de Telmex me aconseje que «si esta visita programada no llegase a llevarse a cabo lo mejor sería que se acercara a nuestras oficinas, señor Leonardo» tras obligarme a recorrer el viacrucis de siempre, suele convertirme en un vehemente defensor del consumidor.

Y hoy cumpla un mes de sufrir las afrentas de esas empresas que maltratan a sus clientes porque pueden, porque son como un juzgado o un Gobierno.

Claro que sí: Colombia no sólo es el país del mundo en donde se pasa más horas al año en el trabajo (2770 según la OCDE), sino que además, de acuerdo con el informe de Workforce 2020, SAP y Oxford Economics, un 76 por ciento de sus trabajadores se despierta día a día a las 5:00 a.m. «insatisfecho con su empleo». Por supuesto: las oficinas colombianas han sido ocupadas por una camada de empleados hastiados, derrotados antes de tiempo por esas infamias laborales que han sido la vergüenza del país desde el principio, pero expertos, muchos, en el

arte de parecer ocupados, y convencidos de que trabajar no es trabajar sino conservar el puesto. Y entonces el cliente ya no tiene la razón, ni tiene nada, porque a quién diablos le importa.

Que luego de las promesas en el eficientísimo teléfono de ventas, «marque uno», vengan los abusos nuestros de cada día en las líneas de atención. Que la señora Patricia, patrona de los consumidores vejados, de los clientes que han perdido la razón, siga quejándosele en vano a ese imperturbable asesor de Telmex en aquella grabación que ya ha sido oída un millón de veces en internet. Que sigan los cobros infames a espaldas de esa masa borrosa e informe en adelante llamada «los usuarios». Pues la multa que les pondrán a esas empresas caraduras no será nada comparada con lo que nos han esquilado. Y viene, a continuación, una diabólica risa de vampiro.

Qué mes ha sido este. Telmex, de Claro, no me arregló la señal de internet que uno de los suyos me dañó con el pretexto de siempre, «vamos a hacerle una mejora», ni me ha permitido –a punta de «vuelva mañana»– cancelar el pésimo servicio que me presta. Home Center no sólo hizo lo que pudo para no mandarnos el colchón que compramos con el dolor del alma, sino que su operadora cometió el error de llamarme a mí en vez de al señor de la bodega: «¿Marquitos?: ¿yo qué le digo a ese señor que se puso fue furioso...?». Y ningún asesor de Comcel, de Claro, fue capaz de explicarme por qué de un día a otro me había quedado sin celular: «Apague el equipo...».

Tuve que ir a una de sus relucientes oficinas para que me dieran, de vuelta, la razón. Tomé mi número: 049. Esperé con la mirada fija en el tablero. Puse la mente en blanco: el zen. Y, cuando al fin fue mi turno, le rogué a la persona que me atendió que por lo que más quisiera me reconociera –«yo sé que esto no es su culpa», le dije– que el error sí era de ellos, que me estaban cobrando más de la cuenta, que ninguno de los asesores de la línea tenía la más remota idea de qué estaba diciendo.

–Tal cual, don Libardo, esto es un desastre –me respondió mirándome a los ojos–: sálgase si puede.

Y no es poco: es la verdad. Pero lo que importa es que ni la explotación laboral ni el abuso a «los usuarios» sigan siendo costumbre. Si está de acuerdo conmigo, marque uno.

ESCOLTAS

TITULAR: ¿PODÍA EL PRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA PRESTARLE LOS ESCOLTAS A SU HIJO?

Noviembre 7 de 2014

Es la mañana del viernes pasado: el viernes 31 de octubre de 2014. Un guardaespaldas desciende de una arrogante camioneta de aquellas, disfrazado, el muy impávido, de lugar común de nuestros tiempos, y le da a esta pobre fila de carros la orden de quedarse aún más quieta porque ahí viene la caravana de su «personaje» –y soportar el trancón de la Cien no es más una tortura, Dios, sino un chiste pesado–, y en ese preciso momento el presidente de la República de Colombia lanza en la radio la sentencia por la que será recordado por siempre y para siempre: «Los escoltas no son para hacer mercados ni mandados», dice. Sí, Santos se está refiriendo a un problema concreto, a ciertos apellidos que abusan de la costosa protección que les concede el Estado, pero sin querer está hablando –digo yo– de esa desigualdad, de ese clasismo, de ese arribismo, de esa egolatría, de esa sordidez, que tienden a ganarnos las batallas.

Me lo dijo un niño de diez años, hace poco, en el patio de recreos de un colegio: «Yo quiero tener un escolta cuando grande».

Cuenta Andrés Villamizar, el director de la Unidad Nacional de Protección, que tienen escoltas 2500 de los 7519 colombianos escudados por el Gobierno; que los 3200 guardaespaldas que andan por ahí, en 2000 relucientes carros oficiales, nos cuestan 360 000 millones al año; que mes por mes por mes, al tiempo con los cientos de quejas que le llegan por los abusos de las caravanas, aparecen en

su escritorio unas mil solicitudes de esquemas de seguridad; que, pensándolo bien, «no hay nada comparable a esta Unidad en ninguna otra parte del mundo», y no es esa una buena noticia. Villamizar, que no olvida el día de 1986 en el que trataron de matarle a su padre, ni la jornada de 1990 en la que le secuestraron a su madre, sabe que acá no se juega con eso: que aquí siguen matando periodistas, defensores de derechos humanos, sindicalistas.

Pero tiene claro que ciertos «personajes» siguen enviándose falsas amenazas para conseguir la comodidad, el poder, el estatus que significa aquí tener escoltas.

Colombia es un infierno muy particular. En qué clase de sociedad, si no en una que se ha adaptado a la enfermedad, tener un guardaespaldas no es una desdicha sino una fortuna. En qué tipo de país, si no en uno en el que se ha dado por hecho que la seguridad es un privilegio, que la suerte es un monopolio y hay que armarse, suenan normales titulares como «Escoltas irán a paro por falta de garantías» o «¿Podía el magistrado Miranda prestarle el carro oficial a su hijo?». En qué esquina del mundo, si no en una totalmente resignada a experimentar la violencia, y a perseguir protección en los avisos clasificados («se busca guardia personal...»), este triste trancón de carros tiene que obedecerle a un encorbatado fruncido la orden de dejar pasar a quién sabe qué falso emperador.

En la China capitalista está de moda tener escoltas. Pero en la minada Colombia –en donde el día siguiente es la nada: «El Estado tiene que brindar todas las garantías para que las sesenta víctimas que han pasado por La Habana puedan regresar al país sin acecho e intimidación», reclamó la valiente Jineth Bedoya– tendría que ser una afrenta, una vergüenza, una infamia pedir la protección oficial con el objeto de darse importancia, de lucirse. Que este guardaespaldas le abra paso por última vez a este cortejo, a esta ambulancia para sanos, y vivos, y oportunistas, que ha hecho lo que le ha dado la gana en nuestras calles: sólo eso pido. Que sepa que no es que hayamos dejado pasar su procesión, sino que nos ha pasado por encima.

Y que se vaya yendo con los «personajes» de esta realeza imaginaria que siempre ha creído que vivir en Colombia es vencer a los colombianos.

PERO

TITULAR: LAS FARC ACEPTAN QUE TIENEN «RETENIDO» AL GENERAL ALZATE EN PLENA NEGOCIACIÓN

Noviembre 21 de 2014

Colombia quiere la paz pero es más que todo una frase. Durante 730 días ha estado –han estado, hemos estado– negociando en plena guerra el fin de la guerra con las Farc. Pero el supuesto último acto del conflicto es una prueba para la paciencia de cada quien pues cada cual quiere su paz a su manera. Pero a veces llegan buenas noticias de la mesa de diálogo de La Habana. Pero viene después la indignación porque la guerrilla se ha tomado demasiado a pecho eso de seguir con la barbarie hasta que no se pacte la civilización. Pero es que la misteriosa «retención» del general Alzate no sólo nos recuerda que Santos ha padecido un ejército nostálgico de Uribe, sino que estos revolucionarios de oficio han sido también secuestradores: despojadores, numeradores, vendedores de personas. Pero la clara voluntad de liberar a Alzate, y a los demás protagonistas de este nuevo horror, prueba que lo inteligente es insistir en el proceso de paz. Pero nadie le quita a uno la intuición de que la siguiente palabra va a ser «pero».

Después de esta semana tan larga tiene sentido pensar, mientras las mesas redondas sobre la reconciliación se anuncian en las carteleras de las universidades, las palomitas blancas se fijan en los ojales de las solapas y los cantantes entonan «toma mi mano y caminemos por la paz...», que estamos haciendo el ridículo masiva e inmisericordemente: el posconflicto, ja. Pero no puede perderse de vista que esta parodia es en realidad una tragedia: que aun cuando simulemos un país, y así la vida avance, a esta hora de este viernes de este año seguimos en la guerra de siempre, sí. Pero es que la máquina del

senador Uribe, probablemente el expresidente más mezquino de la historia en una historia plagada de expresidentes tan mezquinos, sigue logrando que las palabras mínimas –«víctima», «reparación», «reconocimiento»– suenen a conspiración de tres tristes mamertos.

Colombia es, a esta hora de este viernes de este año, una larga cadena de peros. Crispa que el aturdido vocero de las Farc, fingiendo verticalidad jerárquica y respaldo popular, balbucee en vivo y en directo que le parece muy raro que Alzate haya sido tan fácil de capturar. Pero la peor vergüenza –de colombiano terminal habituado a la violencia– es olvidar qué es lo que hay extraño en la frase «pero es que el general sí se lo buscó». Pero qué habría pasado acaso si Timochenko, el comandante de las Farc, se paseara un domingo por territorio enemigo como cualquier hijo de vecino. Pero es que eso no tiene nada que ver porque nadie en este mundo se gana su rapto. Pero es perverso ignorar que la guerrilla no es una forma de vida de generación espontánea, sino el estallido de la mundialmente reconocida desigualdad colombiana®. Pero sí que es una infamia matar, secuestrar e intimidar en el nombre de la equidad.

En fin. Esta semana, como un diablo de dibujos animados, esta confusión tan nuestra que al menos no es certeza –y que quizás sea parte de la terapia de nación que nos ha hecho tanta falta– nos ha estado aconsejando que no hablemos en plural porque el diálogo en La Habana es entre ellos, que derrotemos el anhelo que nos tiene hablando del posconflicto en medio del conflicto, que despreciemos las treguas y los «desescalamientos» y las liberaciones esperanzadoras, que dejemos para mañana la creatividad, que es nuestra única salida, y acabemos –para qué: para nada– con el proceso de paz. Pero yo confío en nuestro hastío, en nuestras ganas de sacudirnos las mismas primeras planas de siempre.

Hace muchos muchos muertos nos llegó la hora de ponernos de acuerdo, al menos, en ser un «pero» a la violencia. Y en el fondo sabemos que estamos muy viejos para merecernos esta guerrilla y esta guerra.

[¡2014!](#)

TITULAR: SE CUMPLEN VEINTICINCO AÑOS DE LA DESTRUCCIÓN DEL AVIÓN DE AVIANCA EN PLENO VUELO

Diciembre 5 de 2014

Una idea para un cuento: el señor Bonilla, un pobre colombiano que acaba de perder a su padre en el avión de Avianca que fue destruido en pleno vuelo –y por una bomba que el demente de Pablo Escobar ordenó–, llega inconsciente a una sala de urgencias el lunes 27 de noviembre de 1989. Pero, como el Rip van Winkle del relato de Washington Irving, más o menos, tarda veinticinco años en salir del estado de coma. Y cuando por fin despierta, abrumado por los aparatos imposibles, los teléfonos astutos y los cientos de canales de televisión, sólo consigue pronunciar este año de trama de ciencia ficción: «¡2014!». Y la lectura de los titulares del día, apenas ojea el ejemplar de El Tiempo que ha pedido, le confirma que lo suyo es una pesadilla: «Este sábado será devuelto el general secuestrado», «La Fiscalía busca nexos del DAS con crimen de Pizarro», «Veinticinco años de impunidad en el caso del avión de Avianca».

Su cabeza se quedó en el horror de 1989: en la masacre de La Rochela; en las bombas contra El Espectador, contra Vanguardia liberal, contra el DAS; en el crimen del árbitro que se atrevió a pitar bien el partido equivocado; en el líder de la UP, en la jueza de Medellín, el vicario de San José de Tierralta, el magistrado del Tribunal Superior de Bogotá, el comandante de la policía de Antioquia y el candidato liberal a punto de llegar a la presidencia que fueron brutalmente asesinados por advertir –cada cual solo con su coraje– que el narco paramilitarismo se estaba tomando el país. Y le sorprende que Colombia no se haya acabado en estos veinticinco años. Y le parece muy raro que la vida haya seguido, más o menos, entre la impunidad. Y le suena ridículo e increíble todo lo

que ha ocurrido mientras él dormía.

Cómo pudieron suceder 1982 masacres. Por qué le siguen saltando en El Tiempo palabras tan viejas como «guerrilla», «paramilitarismo», «mafia». Por qué eligieron a esos cinco presidentes que eligieron. Por qué, luego de dar semejantes batallas contra los carteles de la droga, no fueron capaces de impedir que el Estado perdiera a puro pulso el pulso con la ilegalidad. Por dónde se fueron colando los funcionarios vendidos, los magistrados arrendados, los legisladores impedidos, los militares torcidos. Quién entiende la historia de ese general raptado por las Farc por estar salvando al Chocó que iban a salvar hace veinticinco años. Qué pasa en Bogotá. Qué es eso del «uribismo»: por qué grita. En qué momento el hijo de Pablo Escobar, verdugo de los 107 pasajeros –los 107 futuros– que iban a bordo del vuelo 203 de Avianca, se convirtió en el autor de un best seller que absuelve e ilumina.

El señor Bonilla sigue leyendo: lee «perdió a su madre, pero logró perdonar»; «las víctimas de Pablo Escobar hemos sido la cenicienta de la tragedia del país». Y pide a una de las enfermeras, en vano, que lo vuelva a dormir hasta que deje de ser esto.

En los últimos veinticinco años de esta guerra ha avanzado mucho la idea de que nadie está por encima de nadie. Mil la han gritado. Mil la han dicho. Y el Estado, a regañadientes, les ha reconocido a más y más personas su derecho a los derechos humanos. También ha ido creciendo la voluntad de aceptarles a las víctimas lo que han vivido: y la academia, el periodismo, la literatura, la televisión y la radio han narrado el horror de todos estos años para que nunca sea olvidado. Pero el señor Bonilla, que no se ha encontrado, como el viejo gringo Rip van Winkle, con un país que haya alcanzado su independencia, ruega que lo despierten el día en que ni la ficción ni la memoria se vean obligadas a ser nuestra justicia, el día en que a los hijos no se les vaya la vida reclamando la verdad sobre la muerte de sus padres.

ALÁ

TITULAR: DOS FUNDAMENTALISTAS ASESINAN A DOCE PERSONAS EN LA REDACCIÓN DE LA REVISTA CHARLIE HEBDO

Enero 9 de 2015

Es extraño. Pero también es el mismo horror de siempre. Se entera uno a primera hora de la mañana de que dos fundamentalistas islámicos han asesinado bestialmente a doce personas con cualquier futuro en mente –y a cinco viejos caricaturistas entre ellos– en las oficinas tensas de una revista satírica francesa llamada Charlie Hebdo. Pregunta entonces dónde fue: en el barrio número once de París. Pregunta luego por qué diablos como si de verdad pudiera hallarse una respuesta: porque aquella publicación, corajuda, progresista e insolente, se ha estado jugando la vida por ridiculizar hasta la ofensa las alucinaciones de los fanáticos musulmanes. Pero dos horas después, como padeciendo un insomnio a plena luz del día, empieza a sospechar que ese par de encapuchados («¡hemos vengado al profeta!», gritaban durante la masacre) no sólo estaban poniendo en escena su justicia, su guerra santa, sino su delirio. Y no queda más que capturarlos.

Se da uno cuenta al mediodía, entre el hastío del hambre, y el miedo, de que se le ha ido el final de la mañana defendiendo su mundo: su democracia participativa, su defensa de las libertades, su cuerpo libre entre los cuerpos libres, su reivindicación de los menospreciados, su vocación a la ficción, su derecho a la blasfemia, su secularismo, su Dios que da risa. Pero después de almuerzo es claro que este mundo emancipado sucede en el mundo: que, mientras vamos sumándole episodios a la historia –y Europa cumple un año más de aferrarse a sus conjeturas, y la colección de invierno de Benetton se agota, y Boyhood arrasa en la temporada de premios de cine, y Stephen Hawking insiste, con cierta

arrogancia robótica, en que la prueba de que Dios no existe es que el universo no lo necesita para nada— el Corán sigue siendo leído por hombres literales.

Y a esta hora de la tarde, aun cuando se tengan planes para el fin de semana que viene, los fundamentalistas están librando una guerra brutal —se decapita, se viola, se lapida— en nombre de lo que no debe ser parodiado.

Quien duerme en Colombia, que es un agotador compendio de lo que está pasando en el mundo, sabe de memoria que aquel que vive demasiado tiempo entre la guerra un buen día deja de verla, e incluso el horror puede volverse paisaje. Pues bien: este combate que sigue ocurriendo por todo el planeta aunque se acerque la noche no es un combate a muerte contra una religión, ni contra una forma de vida misericordiosa e intraducible, sino contra un ejército de hombres heridos por el insoluble hecho de estar vivos. El fundamentalista no es un conservador ni un musulmán ni un pesado ni un hinchado, sino un tirano de a pie, corajudo, sordo e implacable, que se levanta día por día a vengarse de su orfandad: ejecuta a quien lo irrespeta porque su Dios tiene fe en él, y salvo a Alá no tiene nada que perder, pero lo suyo no es el fervor, sino la violencia.

Y no queda más que combatirla, que encararla. Tal como se pueden abordar los ataques sanguinarios, por supuesto, tal como se enfrenta a un par de hombres encapuchados que se han concedido el permiso de matar a doce hombres más: defendiéndose con los dedos cruzados. Pero sobre todo —lo dice el perseguido Salman Rushdie cuando llega la noche— insistiendo en aquellas conquistas que tanto les ofenden a los fanáticos: en esta ilusión de que Colombia puede corregirse sobre su errática marcha como cualquier relato que no ha acabado de contarse; en este empeño de fingir un mundo bello o trágico o risible que celebre lo poco que entendemos el misterio de las cosas; en esta habilidad inesperada para dar la vida por los amores que nos tocaron en suerte; en este anhelo de no ser gobernado ni abrumado ni impedido por el miedo.

HURTADO

TITULAR: EXDIRECTORA DEL DAS MARÍA DEL PILAR HURTADO SE ENTREGÓ AL CTI DE LA FISCALÍA

Febrero 6 de 2015

Qué celebridad tan triste la suya: por pervertir al envilecido das, por perseguir sin tregua a la oposición de su presidente, por complotar sin pausa contra los magistrados de la Corte, por enlodar a quien fuera necesario cuando fuera inevitable, por guardarse en la conciencia el miedo de los hijos de los asediados, por servirle de chivo expiatorio a quién sabe qué culpable, por llevar a costas una penosa inhabilidad de dieciocho años para ejercer cargos públicos, por huir de una justicia que cojea cuando no está en huelga, por poner en jaque una democracia que ha dependido siempre de un par de enemigos, por disfrazarse de coneja en la peor hora del peor momento, por asilarse hasta el último minuto en una trastienda en Panamá, por terminar una carrera seria convertida en otra colombiana encerrada en una circular roja, por ser capturada días después, por traicionar, en fin, una hoja de vida que alguna vez valió la pena.

Su apellido sería un craso error en la fachada de un negocio: Hurtado. Pero esto tampoco es su culpa. Desde hace más de cinco años, en el final agónico del Gobierno anterior, sus subalternos en el DAS han estado repitiendo que ella abusó de su poder –y que les ordenó espiar a piedras en el zapato como Antonio Navarro, Piedad Córdoba, Gustavo Petro, Yidis Medina o Daniel Coronell, en busca de un estigma– como quien piensa que nadie la verá pues nadie la está viendo, como quien ama a Colombia pero desprecia a los colombianos. Pensó que ese era su trabajo. Fue la enésima protagonista de la tragedia del funcionario servil que «por el bien de la patria» deja la ley para otro día, y procede, y todo vale, y es temible y temida por el bien de nosequé. Y la pregunta entonces es

quién es ella hoy. Y quién va a ser mañana.

Estoy viendo en el periódico la fotografía estremecedora en la que Hurtado, con una cara que significa «esta pesadilla va a acabar conmigo», avanza por el pasillo del tribunal escoltada por cinco impasibles agentes del CTI. Quién aquí tiene el hígado para alegrarse por lo que está pasándole a la vil espía: esa mueca. Quién es capaz de gritarle «¡así la quería ver!», «¡que pague su desvergüenza!», «¡que se pudra!», como enfrente del patíbulo, sin sentir que está haciendo el ridículo y que algo no le cuadra. Y a quién le sirven esos gritos si de nada les sirven a los periodistas ni a los opositores ni a los magistrados espiados en la cacería de brujas del Gobierno pasado: este capítulo de nuestra historia es demasiado definitivo para perderlo celebrando la desgracia ajena.

Tampoco es la escena para lanzar acusaciones calumniosas e impunes, «¡escala la tortura!», «¡medios!», «¡izquierdismo!», aunque de ellas algo quede. La moraleja de la fábula es, precisamente, que ha llegado la hora de tener escrúpulos. Y cuando el líder de un partido de oposición que no sólo tiene veinte senadores, sino toda la libertad para gritar la primera barbaridad que le venga a la cabeza, tiene el descaro de hablar de «persecución política», y de portarse como si la justicia fuera a hacer su trabajo, es claro que somos testigos de una farsa. Y lo más triste no es él, que percude lo que toca, sino que los personajes secundarios de su trama –los una vez prometedores Restrepo, Arias, Hurtado– parezcan condenados a imitarlo: a jugar a su trastorno, a contagiarse.

Yo no quiero para él ni para ellos, que recuperaron el territorio para explotarlo, un pelotón de fusilamiento. Para qué gritar. Para qué pedir sangre. Si millones de colombianos pragmáticos los animaron a que hicieran lo que tuvieran que hacer en nombre de todos sin que se supiera. Y se hará justicia en este caso si poco a poco va cercándolos una sociedad que prefiera los medios a los fines.

NAVARRO

TITULAR: EL SENADOR DESPIDIÓ A SU HIJO EN LA INSTALACIÓN DE LA SESIÓN DEL CONGRESO

Febrero 13 de 2015

Hubo una vez en Colombia un minuto de silencio. Fue hace un par de semanas, el miércoles 28 de enero, cuando se supo que el hijo del senador de izquierda Antonio Navarro se había quitado la vida. Un puñado de guerrillistas de cafetería se atrevió a leer la noticia, demoledora e íntima, como un hecho inevitable: justicia divina. Y sacó a la luz, como si fuera una primicia y además viniera al caso, el pasado guerrillero de Navarro: «Navarro sigue conmovido por suicidio de su hijo. ¿Y por las víctimas del M-19 también?», trinó el más perverso, el menos padre. Pero el resto, que fue todo el mundo, supo callarse. Todos los políticos, desde los viejos copartidarios hasta los adversarios de siempre, desde el desbocado expresidente Uribe hasta el exasperado presidente Santos, fueron capaces de ponerse del lado de esa familia doblegada por el dolor.

Y el duro lamento del senador, «hicimos la paz para que los padres no siguieran enterrando a sus hijos y no pude evitar que me pasara», fue lo único que se oyó en este país.

Durante ese largo minuto de silencio fue claro que, frente a frente con el peor revés que puede sufrir una vida, sólo el más desleal de los rivales podía negarle a Navarro que ha logrado ser un buen hombre: que lo que él ha hecho en este país que olvida pero no perdona –irse a la guerra, asumir en carne propia los horrores del conflicto, reconocer el fracaso del «todo o nada» del fundamentalista, hacer

la paz, rendirse a la imperfecta democracia, evitarle a Colombia la venganza por el asesinato de Pizarro, trabajar cara a cara con el establecimiento en la Constitución de 1991, legislar con seriedad, gobernar con sensatez, pedirles perdón a las víctimas, ser de frente, con lealtad, el hombre que es— lo ha estado haciendo con el corazón en la mano. Vivir es sobreponerse. Y Navarro ya ha sabido volver de su guerra, de la tortura y de la cárcel.

El viernes 6 de febrero, en una conmovedora carta leída en la instalación de las sesiones extraordinarias del Senado, agradeció la compañía de los compasivos, reveló «la decisión familiar de salir adelante juntos», y se dijo a sí mismo «y vamos a lograrlo».

Y de inmediato el país pasó a lo suyo: al ruido. Y aterrizamos de barriga en este lugar en el que un par de imbéciles se permiten asesinar a cuatro niños desplazados porque nadie está mirando, pero una marcha por la vida es un problema. Y arrinconados por los fantasmas de sus espías, como ganándole la carrera a la justicia, los uribistas retomaron la inescrupulosa misión de enlodar a todo aquel que no les crea. Y Uribe llamó enemigo a cualquiera que pasara por ahí —en 2010 fue el noble Mockus, en 2006 fue el propio Navarro— como un general enajenado que insiste en la guerra cuando ya está perdida. Y se fue con sus posesos a Washington, como parodiando a sus víctimas, a defender «las libertades», a declararse «perseguido». Y a sus devotos una vez más no les cupo en la cabeza que no hay que ser santista para cansarse de Uribe.

Iba a escribir «ustedes me van a matar por decir lo obvio...», pero no se debe jugar con esa expresión en esta tierra. Digo, mejor, que el problema de fondo es que la solución a nuestro horror es la compasión, y es el temple, y no sé si vamos a lograrlos. Si algo ha conseguido Navarro en esta vida, por ejemplo, ha sido sacudirse tanto el fanatismo como la mitomanía colombianas, tanto el descaro como el culebreo criollos, para portarse como si Colombia fuera el duelo de todos, para tratar a los demás —para liderarlos, para oponérseles— como si tuvieran hijos, como si tuvieran padres. Pero esa humanidad sigue siendo un talento, una vocación que, como todas, sólo se oye en el silencio.

Y aquí suele gritarse por oficio.

SALUD

TITULAR: EL DRAMA DE UNA PACIENTE TERMINAL A LA QUE NO LE DAN SU DROGA PORQUE LE FALTA UN PAPEL

Febrero 27 de 2015

Respetado doctor cejijunto que «atendió» a nuestro amigo en una clínica de cuyo nombre no quiero acordarme:

El problema del sistema de salud es el mismo problema de Colombia: que su solución es la decencia. Y sus sinónimos: la integridad, la honradez y la conciencia. Sería todo más fácil, mejor dicho, si los médicos se levantaran cada día a honrar su juramento, pero cuántos de ustedes tienen hoy el coraje de encarar este sistema perverso en el que las ips (los centros o los hospitales de turno) se portan como costosos hoteles que les esconden a sus clientes las llaves de la puerta de salida: el mejor amigo de mi familia, I., que usted ya habrá olvidado, se pasó dos meses atrapado en un cuarto –rogándoles a los especialistas que se voltearan a tratarlo, preguntándoles a las enfermeras por qué tantos exámenes, explicándoles a los residentes qué era eso que llamaban «ojo clínico»– para que al final del viacrucis su EPS enriqueciera a los dueños de la clínica del barrio.

Yo estaba ahí cuando su interna de bráquets, que el cielo perdonará, le dijo aquella frase célebre a mi amigo: «La buena noticia es que su cáncer es una pulmonía». Y, testigo de la angustia de una familia chantajeada por el «si se va, se va bajo su responsabilidad», capté que en estos días en los que «cliente» es sinónimo de «paciente» las clínicas se han vuelto rentables prisiones a las que se va a dar por

un delito que no se cometió, y en esos pasillos pasmados no es más un lugar común, sino la simple verdad, eso de que «resultó peor el remedio que la enfermedad»: nuestro amigo se habría ahorrado semanas de suspensos, exploraciones e incomodidades innecesarias, si un médico de los de antes hubiera leído a tiempo sus síntomas.

Y usted, doctor, que un buen día no volvió más, no habría alcanzado a balbucear la sentencia «estos jirones en los pulmones prueban que el cáncer se ha esparcido»: apuesto que no lo recuerda.

Es cierto que el sistema de salud estaría a salvo si no se educara a la gente para la enfermedad, sino para la prevención; si los ciudadanos reclamaran su derecho al saneamiento básico antes de verse en la penosa tarea de exigir los costosos medicamentos que engordan a las farmacéuticas. Pero no sobraría, doctor, que los exámenes sirvieran para confirmar diagnósticos en vez de para «recompensar» a unos cuantos encorbatados que duermen en paz. No estaría de más que fuera escandaloso que, por ser «poco rentable» o por no llevar en la billetera una pinche autorización de la EPS, un paciente se muera a la espera de una remisión de un centro de salud a un hospital. Y tendría que ser evidente que en el sistema se ha esparcido una red de negociantes expertos en echarle la culpa al Estado.

Estimado doctor: el actor Fabio Restrepo ha denunciado, en You-Tube, el drama de una enferma terminal a la que un par de ineptos indolentes le niegan día por día la droga que la alivia porque «mi señora: le falta un papel». La estudiante Camila Abuabara, de veinticinco años, logró en nombre de todos que su retorcida EPS por fin autorizara el trasplante de médula ósea que tanto necesitaba: murió el martes, a pesar de que la operación fue exitosa en un 99,5 por ciento, pues su cuerpo no pudo más, pero su tragedia –como la triste denuncia de Restrepo– ha sido para que no se nos olvide que cuando culpamos al sistema como al destino en realidad estamos diciendo que nuestras vidas dependen de qué tan decentes sean los prestadores de salud que nos toquen en suerte.

Nuestro amigo está bien: gracias por preguntar. Ha tomado la decisión de no enfermarse más. Y me ha pedido aprovechar que este Ministerio de Salud sea serio para exigirles a los mercaderes de la medicina, como usted, que se desmovilicen.

ALOCUCIÓN

TITULAR: PRESIDENTE SANTOS SE PRONUNCIA CONTRA LA CORRUPCIÓN EN LA RAMA JUDICIAL

Abril 10 de 2015

Silencio, silencio. El señor presidente de la república, preocupado por la repugnante crisis de la Corte Constitucional, va a decir todo lo que hay que decir: que en este momento aciago lo fundamental es la defensa de las instituciones, que los corruptos son traidores a la patria, que el paso a seguir es despolitizar a los jueces, que los magistrados no pueden ser clientelistas ni electoreros ni negociantes ni lagartos ni inmunes ni impunes ni intocables, que las cortes deben ser elegidas por concursos de méritos, que vendrá, entonces, una reforma urgente porque una democracia es un texto inacabado e imperfecto que no se debe botar a la caneca, sino simplemente corregir, y que el oficio de los fanáticos y los fatalistas –que azuzan a los ejércitos agazapados a diestra y siniestra– será saltar al vacío una y otra vez a exigir que empecemos de ceros: «¡Persecución!», «¡constituyente!».

Hasta ahí bien. Hasta ahí de acuerdo en todo. Hasta ahí, hasta esta alocución oportunista que una vez más ha resuelto el caos de la realidad en la ficción de los proyectos de ley, hemos llegado siempre.

El señor presidente, como si no reaccionara al país, sino a la prensa, se ha declarado asqueado por el sometimiento de nuestra justicia: «Tutelas compradas», «ternas limpias», «puertas giratorias». Pero lo cierto es, señoras y señores del jurado, que eso hasta yo habría podido decirlo. Según se ha visto en

los últimos tres años, según se ha visto desde aquella noche de junio de 2012 en la que, presionado por la ciudadanía, el señor presidente se sublevó ante la reforma de la justicia que él mismo impulsó, una alocución santista hoy no es mucho más que una columna: luego de revisar las cuarenta alocuciones que han sucedido desde el jueves 23 de septiembre de 2010 hasta el martes 24 de marzo de 2015 –debo cambiar mi vida, sí– puedo declarar que la gran diferencia es que una columna al menos no le promete nada en vano a nadie.

Sí, el presidente ha protagonizado toda clase de alocuciones: fue escalofriante la de 2010 en la que celebró la noticia de la muerte del Mono Jojoy; fue prudente e importante la de 2012 en la que reveló el comienzo de los diálogos de La Habana «gracias a unos canales que había establecido el Gobierno anterior»; fue chistosa la de 2014 en la que, vestido de saquito y rodeado de niños en el borde de un ataque de risa, le deseó Feliz Navidad al país. Pero tantas de las últimas han sido tan lamentables –la del fallo de La Haya, la de la protesta social y la de la destitución de Petro fueron tardías y engañosas– que lo mínimo es pedirle que su perorata sobre la crisis de la justicia no conduzca a otro cambio para que todo siga igual, sino a un verdadero remedio: «Presidente, no se reserve su liderazgo para el proceso de paz»; «primero los jueces, presidente».

Suena imposible. Esta nueva reforma de la justicia, embutida en la desequilibrada reforma del equilibrio de poderes, suena a menjurje improvisado, a haber notado una falla en los cimientos cuando la torre está cayendo. Resulta difícil creerle a este presidente de alocuciones devaluadas, y cabeza en otra parte, que ahora sí será reparada la rama judicial. Y del Congreso se espera esto que está haciendo: reducir toda enmienda a una guerra de pandillas por quedarse con el barrio. El paso a seguir podría ser, en fin, encogerse de hombros como regodeándose en el fracaso de nuestra sociedad: ya qué. Pero quién, que se llame a sí mismo «ciudadano», va a permitir que unos pocos pierdan el tiempo de todos sacando adelante otra reforma deshonrosa.

Quién tiene corazón para quedarse mudo –silencio, silencio– mientras estos políticos mediocres se declaran indignados por lo que ellos mismos han dañado.

CONTRAATAQUE

TITULAR: EL GENERAL MORA RECIBE PRESIONES PARA QUE ABANDONE EL PROCESO DE LA HABANA

Abril 17 de 2015

El nombre de esta estrategia es «azuzar al ejército». Iba a escribir «el nombre de esta perversión», «de esta manía», pero no hay duda de que es eso: una antiquísima estrategia política de enemigo capaz de cualquier cosa. Se trata de repetirles al oído a los militares, como el insidioso Yago al inseguro Otelo, que la presidencia de turno está entregándoles el país al caos, al comunismo, al terrorismo, a la corrupción, al desgobierno. Se trata de sembrar la cizaña. Se trata de aprovechar la ferocidad y la estupidez de la guerrilla, y de susurrarles a las huestes –para que lo oiga hasta «el pueblo» que vive con los nervios de punta– que dentro de poco esto no va a ser un país, sino una catástrofe: bueno, hoy lo llaman «una Venezuela». Y funciona. Y da frutos, frutos podridos, pero da. En 1985 azuzar condujo a Colombia de un fallido proceso de paz a una masacre en el Palacio de Justicia. En 2002 consiguió que el fracaso de un proceso de paz se convirtiera en la llegada de un populista de derecha a la presidencia.

¿Y ahora? ¿A qué nos llevará que este populista provocador, perito en recordarnos la inolvidable crueldad de las Farc, cumpla años y años de filtrar secretos del ejército, de insistir en la desmoralización de la tropa, de repetir que en el nuevo proceso de paz se está negociando con la guerrilla nuestro modelo de sociedad? ¿A qué nos empujará la presión infame a la que las viejas voces de la guerra han estado sometiendo al representante de los militares, al decoroso general Mora, en las negociaciones de La Habana? ¿A qué nos condenará que el procurador se conceda el derecho de enlodar al Gobierno, por «la paz», sin

ningún escrúpulo?: el procurador ha jurado, mas no por Dios, que no quiere ser presidente, pero antes ha conseguido su fuero..., pero antes ha propuesto rebajarles las inhabilidades a los caciques que han cometido «faltas gravísimas»..., pero antes ha empapelado a sus posibles rivales...

En fin. Qué más desgracias lograrán esta vez los azuzadores de profesión. Qué otros incendios tendremos que encarar por culpa de sus falsos arrebatos de dignidad.

Porque lo cierto es que ahí viene, marchando, la derecha: un, dos, un, dos. Como siguiendo un trámite, ya se ha declarado asqueada por la sola posibilidad de que estos guerrilleros pensionados no se quemen por siempre y para siempre en el infierno. Ya se ha sentido engañada, vencida, perseguida por el presidente de la república. Ha rumiado su contraataque, su venganza, como un ejército deshonorado en el campo de batalla. Y, convertida una vez más en ese cortejo disciplinado e incansable que niega a muerte sus cohechos, y sobre la base de la innegable atrocidad de la guerrilla, ha estado repitiendo hasta el delirio las palabras mágicas «a esto le está haciendo falta mano dura» en el impaciente oído de los colombianos: quien lea hoy las noticias verá que este país está siempre en campaña presidencial –«Ordoñez se quita la paloma de la paz», «Uribe Vélez salva a Vargas Lleras»–, y la derecha da pasos hacia el poder mientras dormimos.

Repito: quizás El señor de las moscas sea la mejor novela que se haya escrito sobre Colombia. Porque, como aquellos niños perdidos en una isla en plena guerra, acá tendemos a combatir a ese autoritarismo lleno de falsas certezas con una democracia titubeante enredada en los pulsos del poder, y nos ha costado mucho entender que ningún adulto vendrá a poner orden –a salvarnos– al final. Cómo evitar que el despotismo, que ahí viene, regrese triunfal en el 2018. Cómo lograr que «azuzar» sea un recurso del pasado: habrá que votar bien, sí, que es votar contra las tiranías agazapadas, pero también habrá que negarse a jugar el juego de ser rescatados de repente.

¡MAMERTO!

TITULAR: CRECE «LA POLARIZACIÓN» EN EL PAÍS A RAÍZ DEL PROCESO DE PAZ EN LA HABANA

Mayo 1 de 2015

Si este presidente es «un mamerto», entonces díganme quién no: eso pienso cuando alguien se permite escupirme aquella palabra como una amenaza, como el peor insulto que le acaba de venir a la punta de la lengua, como una primera piedra –el moralista es, necesariamente, un sujeto de doble moral– desde una multitud enardecida porque sí, porque ha llegado la hora de repetir aquello que esté repitiendo el que más grite. Pase usted, querido lector, y lea por mí las infamias que escriben en la pared que sigue después de esta columna. Yo prefiero no hacerlo porque de nada me sirve, y tiendo a encogerme de hombros. De tanto en tanto, sin embargo, un fantasma del pasado me escribe a mi correo personal algún virulento comentario plagado de faltas de ortografía en el que le pide a su Dios mi cabeza (medio en chiste, medio en serio) «por guerrillero», «por enmermelado», «por arrodillado», «por ingenuo», «por mamerto». Y yo, por pura cortesía, cometo el error de leerlo.

Claro que le respondo. Primero: que no sólo nunca le he visto al fanatismo guerrillero otra función aparte de la ruina, sino que –por todo: por matar, por secuestrar, por desdibujar a la izquierda, por permitir el genocidio de la UP– suelo descubrirme detestando a las Farc. Segundo: que me atrevo a reconocer que la guerrilla es un síntoma de nuestras fallas sociales, pues para la inmensa mayoría ser «revolucionario» no es una vocación sino un salario, pero que, quizás porque todos la llevamos por dentro como un órgano dormido e invisible, rechazo día por día cualquier clase de violencia. Tercero: que yo creo, de pie, en

este proceso de paz, porque defenderlo no es defender a la guerrilla, porque me producen náuseas las noticias a medias de la guerra, pero sobre todo porque la otra opción es Colombia: seguir viviendo la propia vida en este tercer mundo disfrazado de primero, seguir lamentando, de tanto en tanto, las malas noticias, las tomas, las venganzas, las torturas, las masacres.

Claro que sigo. Repaso. Retiño. Recuerdo, «por si acaso...», que yo no he tenido ni un solo contrato con el Estado, ni he participado en este ni en ningún otro Gobierno. Repito que yo no pertenezco sino a mi familia, que, dicho sea de paso, ha puesto un par de muertos. Insisto en que yo no estoy en contra de ningún apellido, sino que simplemente creo que la gente que pasa por encima de la Constitución no debe gobernar a Colombia. Reconozco que, al lado de nuestros líderes maquiavélicos, mesiánicos, todos pecamos por ingenuos; que, al lado de semejante gremio de traidores a su patria, incluso aquellos analistas que van siempre «más allá» –y no critican ya a los poderosos, sino a sus críticos–, pecan por incautos, pero advierto que tiendo a resolver la sospecha de que algo se me está escapando poniéndome del lado de lo obvio, de los obvios.

De los que, turbios o no, al menos cumplen la ley e insisten en la democracia. De los que no chuzan ni azuzan ni emplean matones. De los que no dan permiso para la violencia ni animan a linchar. De los que soportan mis críticas sin responderme «cuidece» ni «lo veré aciendo fila pa' pedir un rollo de papel higiénico, perro mamerto».

Cierro mi respuesta, precisamente, diciéndole a mi antiguo amigo que espero que por el bien de nuestro pasado la palabra «mamerto» – que hoy en día, luego de su invención en los años sesenta, quiere decir cualquier cosa: «Izquierdista», «anacrónico», «aburrido», «iluso», «pacifista»– no sea para él ni el insulto ni la amenaza que se siente en su comentario. Mi fantasma, que fue mi vecino cuando a los dos lo único que nos importaba era el fútbol, entonces me responde «pero si era en chiste, hombre...». Y yo le respondo, en broma, «uno no sabe...».

FISCAL

TITULAR: «OPINO PORQUE ADEMÁS DE SER FISCAL SOY UN CIUDADANO», DECLARÓ MONTEALEGRE

Mayo 22 de 2015

Ya sé por qué mi amiga M. me está mirando así: porque le he dicho que voy a escribir una columna lamentando al fiscal Montealegre. No ha sido por valiente, no, ni más faltaba, sino quizás por inconsciente, que he dudado poco a la hora de perfilar a alguno de estos políticos trágicos que empiezan por traicionarse a sí mismos y acaban por traicionarnos a todos. Y me parece importante dejar constancia de que luego de una destacable carrera como profesor externadista e importante funcionario de la rama judicial, después de devolverle a la Fiscalía, en un principio, cierta sensatez que tuvo cara de coraje en un país derechizado, Montealegre ha terminado por unirse a ese vergonzoso espectáculo titulado «en busca de la Presidencia» en el papel del figurante que más grita pero más impedimentos tiene.

Sin embargo, no deja de impresionarme que mi amiga me pregunte con las cejas levantadas y los ojos muy abiertos si no me da miedo escribir lo que voy a escribir.

Que es lo siguiente: que hoy tendría éxito un pasatiempo de periódico titulado «Dónde no está Montealegre», pues no hay noticia colombiana que no termine con la opinión exaltada –contraria a la del procurador, gracias a Dios, pero también delirante, abusiva e inoportuna– del fiscal general de la nación. Que resulta increíble que el fiscal haya convertido en radionovela la investigación a

la escabrosa campaña uribista de 2014; que se sienta cómodo diciéndole al presidente lo que tiene que hacer con la paz; que se dé a sí mismo el permiso de rechazar las invitaciones del Congreso, a discutir cómo restaurar el equilibrio que arruinó aquella reelección comprada, con la insultante excusa de que la agresividad de los congresistas lo ha obligado a dar el debate «ante la opinión pública».

«Opino porque además de ser fiscal soy ciudadano», ha respondido Montealegre cuando se le ha preguntado si no estará metiéndose allí donde no debe, pero lo cierto –ya que el orden de los factores sí altera el producto– es que además de ser un ciudadano es el fiscal: nadie más, nadie menos. Y es por eso que opina y por eso que nos llega a la casa su opinión. Y si él dice que lo mejor para blindar el proceso de paz es convocar a la enésima constituyente o que va a demandar la reforma de equilibrio de poderes si es aprobada en el Congreso o que nosecuál expresidente politizó la justicia que ahora quiere deslegitimar, no está lanzando una opinión como usted y como yo, sino que está produciendo una noticia: las palabras de los poderosos son graves.

Si el expresidente acusa al Gobierno de permitir la recuperación del narcotráfico, si el vicepresidente se declara «fatigado» por las evasivas del ministro de Hacienda, si el procurador acusa al presidente de «culipronto» por suspender las fumigaciones con glifosato, si el fiscal asegura que el ministro del Interior quiere poner de rodillas a la rama judicial, no están reaccionando, no, están fabricando incidentes.

Por supuesto, no se los estoy explicando a ellos, que lo saben de memoria y no tienen remedio, y empezaron la campaña presidencial de 2018 demasiado pronto y cada cual anda ya interpretando su papel –el presidente es «un periódico de ayer» cuando «hacer política» se reduce a ganar el poder, y entonces no hay liberales ni conservadores: sólo actores–, sino que estoy diciéndole a M. que no puede pasar que los políticos sigan haciendo sus carreras en la rama judicial; no puede suceder que, en vez de acabar de hundir la reelección que ha hecho de la farsa una pesadilla, estos candidatos prematuros se valgan de lo descuadernada

que está nuestra democracia para salirse con la suya; ni puede ocurrir que sea inevitable terminar esta columna con la frase «qué miedo el fiscal».

RADICALES

TITULAR: EL SUPERMINISTRO MARTÍNEZ NEIRA SE REÚNE CON «EL GRAN PATRIOTA» URIBE VÉLEZ

Mayo 29 de 2015

Pongámonos de rodillas para pedirles a quienes corresponde, no al presidente ni al cielo –que se encogen de hombros–, sino a los poderosos e inagotables líderes de Cambio Radical, que sus cargos públicos no sean más trincheras para las guerras personales, fachadas para las campañas políticas que vienen, escampaderos, plagados de información privilegiada, de aquí a que queden vacantes los puestos que han estado buscando. Si ellos mismos, del vicepresidente que va por la presidencia al superministro que «lo pensaría» si lo proponen para fiscal, no se resignan a hacer parte del Gobierno actual antes de acabar de tomarse el poder, si no logran ejercer sus cargos actuales en los ratos libres que les deje la ambición, si no disimulan, al menos, que han dado por terminada esta administración tres años y tres meses antes de que termine, entonces no habrá gobernante ni Dios que los convenzan de hacerlo.

Y este Gobierno sitiado seguirá teniendo a sus peores rivales por dentro. Y el problema no será de ellos, como cuando uno ve House of Cards, sino nuestro, porque estas tramas siempre son a costa de los espectadores.

Cambio Radical es un buen resumen de la política colombiana de estos años: de 1998 a 2015 pasó de ser un movimiento de liberales galanistas hastiados del proceso 8000 –y que sin embargo apoyó la candidatura de Uribe desde que le iba mal en las encuestas– a ser la «organización con más congresistas condenados

por parapolítica» que un hijo de Galán quiere pero no puede depurar. Cambio Radical sigue existiendo para crear la ilusión de que estos no son los mismos que los otros, sí, pero sobre todo, luego de perder su lugar como el tercer partido en representación en el Congreso, para que el vicepresidente por fin llegue a presidente. Y llegará. Y así, después de veinticinco años de jugarse la vida, tendrá la oportunidad de probar para qué diablos quería tanto el poder.

Quiera él, Vargas Lleras, pues no hay Dios que valga en estos casos, que no lo consiga aliándose con el recalcitrante, retardatario uribismo.

Ya el Superministro Martínez, que se llama a sí mismo «el decano de Cambio Radical» pues es «el más antiguo de sus miembros», que aceptó administrar la mitad del Gobierno por su «solidaridad fraterna» con el vicepresidente, y la semana pasada propuso su propia reforma de equilibrio de poderes ante la mirada boquiabierta de los ministros encargados (quizás porque, como escudero de las presidencias de Samper y de Pastrana, ya había buscado reformar el poder judicial para devolverle «credibilidad»), ha sacado de una misteriosa reunión con el propio Uribe la devastadora conclusión de que el expresidente es «un gran patriota».

Ya Uribe ha defendido el derecho de Vargas Lleras, su «enemigo», a lanzarse a la presidencia. Ya socios de Cambio Radical se vieron en Cartagena con fieles del Centro Democrático, pues tienen en común las ganas de romper la precaria «Unidad Nacional», para planear cómo habrán de tomarse juntos las dos regiones olvidadas del país en donde suele ganarse la presidencia: Bogotá y la Costa. Y qué clase de futuro nuestro puede ser ese, en manos, una vez más, de esa derecha. Y a quiénes, si no a ellos mismos, puede uno pedirles que tengan escrúpulos, que no olviden que aún quedan tres años y tres meses de Gobierno. Sí, hay gente «muy original» que va por la vida como si la muerte fuera el único lugar común que le tocara, y ni siquiera la suerte de su país estuviera por encima de su suerte.

Sí, no puede pedírsele a un político que no conspire, ni a un vicepresidente que no quiera llegar a presidente, pero conviene retratar su afán e impugnar su juego –«Cambio Radical»: ja– porque de cómo lleguen ellos al poder depende todo.

POSCONFLICTO

TITULAR: EL GOBIERNO Y LAS FARC PACTAN EN LA HABANA UNA COMISIÓN DE LA VERDAD

Junio 12 de 2015

Es la palabra más desconcertante del diccionario colombiano: «Posconflicto». Conmueve, enrarece, pero nadie sabe del todo qué quiere decir. En el país con el agua al cuello que a pesar de todo reeligió a Santos, en donde se cree que lo primero es desacostumbrarse a la guerra, se entiende el proceso de paz en La Habana como un paso inevitable, se piensa que hay que relatar, hasta comprenderla, la marcha fúnebre que ha sido Colombia, y se prefiere la falta de carisma a la falta de escrúpulos, la palabra se pronuncia como un conjuro («¡posconflicto!») con la ilusión de que quizás diciéndola llegue el fin de este sangriento capítulo que ya es la obra entera. Pero en el país de armas tomar, en donde a nadie le cabe en la cabeza –reporta Noticias RCN– que se les haya devuelto la humanidad y el drama social y el estatus político a los bandoleros de las Farc, no es otra cosa que una mamertada, y una trampa: «Posconflicto...».

Quiero decir que mientras se imagina el posconflicto, mientras los militares se preparan para las batallas después de las batallas, los dramaturgos recrean los testimonios de las víctimas, los observadores arman seminarios sobre la reconciliación, los juristas se entregan al hobby de vaticinar asambleas constituyentes, los guerrilleros insisten en que su imagen de revolucionarios no ha sido arruinada por su propia barbarie, sino por una conspiración fascista planeada desde la revista Semana, y los críticos furibundos repiten que este Gobierno está entregándole la sociedad nuestra a unos cuantos delincuentes que –en aquel lugar en donde ha quedado siempre el país: en la teoría– ya habían sido exterminados como plagas (mientras cada cual reacciona a su manera, en

fin, como si de verdad hubiera llegado el «posconflicto», y el país fuera otro), sigue dejándose para mañana la realidad colombiana: la guerra.

La guerra que no sucede por allá, en los 281 municipios en donde están las Farc o el ELN, sino que repta aquí: aquí matan, aquí extorsionan. Ha habido vida en Colombia: ha habido futuro. Millones de niños han conseguido llegar a viejos con frustraciones primermundistas, carreras memorables, envidiables álbumes de fotos. Pero conviene no perder de vista que estamos en guerra, que estamos viviendo el infierno a esta hora de este viernes. Y hora por hora hay torturados y mutilados y violados y huérfanos y viudos y desplazados que mueren de hambre. Y en Buenaventura –dice el incansable Gonzalo Sánchez– pasa «una catástrofe humanitaria». Y en Putumayo esta guerrilla esquizofrénica e infame, que jura en vano el nombre de «el Pueblo», ha respondido con un atentado atroz a la buena noticia de que después del proceso de paz vendrá una Comisión de la Verdad.

Me lo dijo un taxista amable pero derechista pero repleto de razones cuando la oímos en la radio: «A mí me da retorcijones la palabreja “posconflicto” porque en el pueblo de mi mujer, en el Cauca, todos los días matan un amigo».

Sólo tendrá sentido, no será más una palabra desoladora ni quimérica, no será más un eufemismo criollo de los que sabemos, ni esta fórmula mágica que nos exime de servirle al país nuevo, si acaso llega a darse la Comisión de la Verdad: pues si se da la Comisión, ese tribunal extrajudicial en busca de la humanidad perdida, es porque en la realidad por fin se ha agotado esta cara de la guerra, porque las partes se han resignado a algo semejante a la justicia y el Estado ha asumido la responsabilidad de decir en voz alta lo que cometió su sociedad. Suena a especulación. Suena a invención. Pero, si acaso se da, entonces millones de falsos patriotas van a quedarse sin oficio. Y quien diga «posconflicto» no estará haciendo el ridículo por primera vez desde el principio.

FARC

TITULAR: LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS DE COLOMBIA CONTEMPLAN UN CESE AL FUEGO UNILATERAL

Junio 19 de 2015

Según el diccionario es un verdugo. Tiene razón quien le reclama la sevicia, la crueldad. Pero este miembro de las Farc –uno cualquiera– no se ve a sí mismo en su espejo como un bárbaro o como un esbirro, sino como un transformador social corajudo e incansable que nunca jamás se ha dejado aplastar por los poquísimos dueños de las cosas: sí, él es, según él, el heredero camuflado de los indígenas que encararon a los invasores, de los esclavos que enfrentaron a sus amos, de los comuneros que denunciaron a los zánganos del virreinato, de los desarrapados que pelearon contra los españoles en el ejército libertador, de los líderes sindicales que alguna vez arrinconaron a sus patronos, de los gaitanistas enruanados que descubrieron la trampa de la oligarquía, de los campesinos comunistas que denunciaron los despotismos del irreparable pero inevitable Frente Nacional.

Sigue exigiendo lealtad absoluta como cualquier fiel de cualquier secta. Sigue persiguiendo el igualitarismo pequeñoburgués. Sigue sintiéndose «honesto, abnegado en la lucha, modesto» frente a una élite que no ha querido darle al pueblo su apellido. Sigue odiando a aquel que coquettee con el reformismo. Sigue castigando, fusilando, entrando sin orden judicial, como un agente de la derecha. Sigue esperando a la Historia, año tras año, como a su mesías. Sigue siendo el mismo de 1964 para mal y para mal.

Todavía se aferra a su pensamiento marxista de segunda mano, en un algún rincón del país que no sale en las cifras ni en las propagandas de los políticos, pero hoy es incapaz de «la autocrítica». Ya no es el agente de un Estado que reemplaza al Estado en otra Colombia dentro de Colombia, sino un invasor más, un tirano más resignado a acabar con lo propio como si fuera lo ajeno: con el aire, con el agua, con la selva. Ya no libera al pueblo, sino que lo somete, lo desplaza, lo reduce a daño colateral. Aún es un desempleado despreciado por «el sistema», pero también es, aunque sepa negarlo, un victimario que tiene despejado el camino hacia su víctima. Es su peor enemigo: fanático, paranoico e impopular. Desde 1967 está a punto de ser vencido por la vía militar por el Gobierno de Lleras, en la primera plana de El Tiempo, como un bandolero.

Y desde 1982 está negociando la paz en vivo y en directo con la administración de Betancur, pero su as en la manga, que lo convierte, aunque no crea, en el villano, sigue siendo su estúpida violencia.

Se está jugando en La Habana vieja su futuro. Sus comandantes, que todos estos años se refugiaron en Venezuela, a cuerpo de virrey, a la espera de que el sueño bolivariano se hiciera realidad, tienen en las manos la posibilidad de reconocer que han hecho parte –y que han caído en la doble moral, y en la codicia, y en el culto a la personalidad– de «el sistema». Ser colombiano ha sido ser irresponsable: justificarse, negarse, tomarse esta nacionalidad como un estigma, inventarse un país en donde no pueda entrar el país, regodearse en la idea de que los Gobiernos –con sus regueros de leyes, con sus instituciones malmiradas, con sus impuestos evadidos– son los invasores que tendremos que tumbar el día del juicio final. Y la guerrilla hoy puede aceptar que su violencia también ha sido un error.

Quiero decir que a este miembro de las Farc le llegará por fin la Historia, que en verdad es el futuro, si aprovecha esta última oportunidad de hacerse responsable, de pagar. Y que, en una sociedad de ninguneadores, vengadores e insensatos, no estaría de más que los demás dieran ejemplo: no sólo la guerrilla cree que Colombia son los demás, no sólo la guerrilla está varada en el pasado, inventa

códigos para cercar las libertades y vive gritando «usted no sabe quién soy yo».

FRACASO

TITULAR: GOBIERNO AMENAZA CON ROMPER LOS DIÁLOGOS CON LAS FARC SI CONTINÚA LA VIOLENCIA

Julio 10 de 2015

Perfecto: se acaba el proceso de paz porque la paciencia infinita sólo dura tres años. Perfecto: el Gobierno, hastiado e indignado como el 75 por ciento de los colombianos, se levanta de la mesa de La Habana porque las Farc siguen siendo las Farc. Y ahora a dónde vamos. Y ahora qué. Vendrán los titulares de siempre: «Presidente anuncia el fin de los diálogos», «Secretario de la ONU rechaza el rompimiento de las negociaciones», «Fuerzas Armadas intensifican las acciones contra la guerrilla por toda Colombia», «Papa Francisco ofrece sus buenos oficios para reparar las relaciones», «Se recrudece la violencia en las regiones». Y la derecha de la derecha se regodeará en este nuevo fracaso. Y se volverá de «el conflicto interno» a «la amenaza terrorista». Y otra generación hará su vida mientras «por allá lejos», en la asolada Tumaco por ejemplo, cientos de miles de colombianos son acorralados por una banda criminal que en el 2015 perdió su última oportunidad de ser llamada «grupo guerrillero».

«Por allá lejos» habrá víctimas, y ríos envenenados y riberas dragadas y manglares fumigados –una guerra interminable, en fin, contra el hombre y el paisaje–, pero así habrá sido siempre.

Quién, que sepa su lengua, puede contarles a las Farc que a nadie va a sorprenderle que un día se acabe el último proceso de paz de la historia.

Que un cese del fuego de un mes es algo, pero significa un mes sin matar; que ni asesinar ni echar abajo va a hacerlos más fuertes para negociar su justicia allá en La Habana; que a estas alturas el suyo no es el poder de los libertadores, sino el de los delincuentes; que aquel lugar común del uniformado, ese «ustedes no saben ni quieren saber lo que es pelear por su tierra», se les está volviendo sus últimas palabras; que entregársele a esta democracia lamentable no es un final indigno a cincuenta años de lucha; que no es cierto que los medios hayan «lavado el cerebro del pueblo a favor de las oligarquías y el capital transnacional»; que habrán montado sus feudos en los rincones postergados del mapa –y el sol nunca saldrá en su territorio, y aún podrán vivir y morir en su Colombia minada–, pero lo cierto es que en este país, que ellos tanto desprecian pero es el del 99 por ciento de los colombianos, también se libra un duelo.

Quién, que sepa su lengua, puede explicarles a las Farc que aquí también ha habido una lucha.

Que requiere coraje asumir esta democracia asediada e inconclusa. Que en esta decepcionante república sin partidos políticos se han estado dando los vigilantes que persiguen los derechos humanos, los caudillos de poca monta que espían e intimidan, los opositores infames pero disciplinados que se quedan con todo, los senadores culebreros que creen que «gay» es un insulto, los candidatos siniestros que quieren alcanzar el poder para permitirse la violencia, los electores tentados a entregarles las riendas a los tiranos. Pero que también han estado dándose los funcionarios que se parten el lomo, los negociadores de paz serios que entienden que la guerrilla no es un fenómeno de generación espontánea, los reporteros que denuncian la farsa prueba por prueba, los ciudadanos que no sólo detestan la violencia, sino que se niegan terminantemente a interpretar el papel de los mártires del establecimiento.

Perfecto: que no se dé el milagro, y que la guerra siga. Seguro que dentro de quince años un presidente propondrá, como un chiste pesado o una tragedia, la siguiente tregua en vano. Se recordará con nostalgia aquella escena insólita de

julio de 2015 en la que tres guerrilleros consiguieron trabajar con 48 militares en el desminado de los pastizales de la vereda El Orejón. Se dirá que habría sido mejor seguir hablando.

NAIRO

TITULAR: EL CICLISTA COLOMBIANO NAIRO QUINTANA QUEDA DE SEGUNDO EN EL TOUR DE FRANCIA

Julio 31 de 2015

Pero qué diablos le pasa a ese gordo descamisado que, de la mano de una bandera colombiana, XL, y como si hubiera nacido para arruinarlo todo, se ha puesto en la tarea de perseguir al inaudito Nairo Quintana en su ascenso al Alpe d'Huez. Qué enfermedad contagiosa sufren el comentarista patriotero («¡vamos, Nairo, empuñe su caballito de acero en nombre de esta patria encorvada por la guerra...!») y aquella mujer enfundada en la camiseta de la selección de fútbol, que tratan de seguirle el paso a Quintana, un milagro en la edad del cinismo, en la penúltima etapa del Tour de Francia. Por qué en los viacrucis del mundo del ciclismo suelen manifestarse, más que los pabellones de España o Inglaterra, los sudarios amarillos, azules y rojos de Colombia: porque es en la gloria irrefutable del deporte en donde este archipiélago, enfrascado en su guerra civil desde el principio, resulta ser una nación, y nos toma a todos por sorpresa un inesperado e infundado orgullo por haber nacido aquí.

Uno que otro será capaz de reclamarle por no ser más que el segundo del mundo, pero, fuera del manicomio, Quintana será el héroe de un pueblo. Y, como todos los deportistas de acá –Dios: qué peso, qué trampa mental colectiva–, no habrá ganado su copa, sino reivindicado a su tierra. Terminará retratado como una lección de vida. Y será celebrado con lágrimas en los ojos como si por fin les hubiéramos dado su merecido a todos aquellos que nos han humillado.

Fue el lunes 16 de julio de 1984 cuando nació esta nación. El nazareno colombiano Lucho Herrera derrotó en el Alpe d'Huez a todos los ciclistas de todas las nacionalidades bajo la mirada de un planeta que hasta ese momento sólo sabía de Colombia el «corte de franela», la coca. Y desde el delirio de aquella celebración notamos que somos un país de enemigos, por supuesto – azules versus rojos, secuestradores versus vengadores, pacifistas versus pacificadores–, pero tenemos en común la sensación de haber sido derrotados, ninguneados, desde el principio de los tiempos («oh, Columbia, patria de Pablo Escobar...»), y la fantasía de la redención con los dientes apretados. Sí, descubrimos entonces que la nuestra es una nación manchada e injuriada, «¡vamos, Nairo, vamos...!», pero sólo ahora hemos descubierto que no han sido ellos, los extranjeros indolentes, quienes nos han ofendido, sino nosotros mismos; que no sólo hemos sido las víctimas, sino también los verdugos.

Fuimos nosotros: los que no fuimos capaces de acabar con la guerra civil, de reconocer que el narcotráfico vengó e incrementó la inequidad, de sacudirnos estos hampones y estos sociópatas enquistados en el Estado, fuimos nosotros. Y quizás sea mejor cambiar «fuimos» por «somos». Porque la Fiscalía está buscando a 95 desaparecidos en la fosa común de La Escombrera. Porque de 2006 a 2015, según Gallup, la gente que está de acuerdo en sacrificar parte de la justicia para negociar la paz pasó de 56 al veinticuatro por ciento. Porque las Farc son una desgracia, sí, pero no son los únicos que han cavado tumbas infames, y no son tantos los colombianos que creen en la igualdad de oportunidades. Porque aún hay que ver si alguno de los 295 artículos de la nueva ley del deporte –cuál Congreso va a leerlos– en efecto va a servirles a los deportistas. Y está por reconocerse que Nairo Quintana es lo que es porque escapó a tiempo del ciclismo colombiano.

Ojalá tengamos en común, con él, lo poco que le gustan la resignación, la derrota, el melodrama, la fábula mágica del enruanado, ay. Ojalá compartamos su realismo, su maña de llamar las cosas por su nombre. Somos una nación joven: 1984 fue hace muy poco. Pero sólo alcanzan la civilización las naciones que reconocen su barbarie, su escombrera.

TRUMP

TITULAR: EL MAGNATE DONALD TRUMP SIGUE SUBIENDO EN LAS ENCUESTAS EN ESTADOS UNIDOS

Agosto 21 de 2015

El mundo está plagado de vivos y de tontos que compiten a muerte por el papel de «el único que dice la verdad» –y «duélale a quien le duela...» gritan, escandalizan, posan de sincerotes y juegan a no ser formales ni aburridos ni artificiosos como sus colegas–, pero sólo uno entre los desvergonzados quiere ser el cuarentaicincoavo presidente de los Estados Unidos: el famoso por ser famoso Donald J. Trump. Philip Roth supo contar en 2004, en su genial *La conjura contra América*, qué clase de infierno habría pasado si el aviador antisemita Charles Lindbergh hubiera llegado a la presidencia. Si hoy imaginara a su país gobernado por Trump, antes de que suceda y para que no suceda, retrataría el triunfo de la celebridad, la apoteosis del reality. Vería a su nación, que eligió al icónico Kennedy cuando quería parecerse a la publicidad y al exactor Reagan para enaltecer el pragmatismo, extraviada en la ilusión de la franqueza, refundida en la tentación de arrebatarse la política a los políticos y contratar en cambio a un capataz.

Fue el siniestro Roy Cohn, persecutor de comunistas y cazador de homosexuales desde los días de las listas negras de McCarthy, quien le enseñó a Trump a poner incómodo al establecimiento, a fingir honestidad brutal. Trump ha sido un zar de los bienes raíces conocido por torcer la ley, un financiador de políticos, un ícono ramplón de los ochenta. Apareció en *Mi pobre angelito 2*, en *Celebrity*. Compró *Miss Universo*. Pero en 2004 se reencauchó como famoso –como el campechano decidido e implacable– gracias al reality *El aprendiz*: «¡Estás despedido...!». Si arrasa en las encuestas de los republicanos, y según CNN está solo a seis puntos

de la demócrata Clinton, es porque no es un candidato sino un espantajo de la televisión, porque su campaña es una sátira política, grita «¡no más presidentes libretados!» sobre el escenario, y su peluquín es pelo.

Es, según demasiados, «un imbécil». «Pero los votantes no distinguen entre los reality y la política», dijo a The Guardian su exasesor Roger Stone. Y ahí viene.

Si Roth imaginara el novelón de su Gobierno, contaría que –con el eslogan de Reagan: «¡Hagamos a América grande otra vez!»– Estados Unidos eligió al caradura de Trump para vengarse de los legisladores que se le atraviesan como un fardo a cualquier idea ajena, del empobrecimiento de los trabajadores en tiempos de escándalos financieros, de las guerras interminables de estos años. Relataría su campaña como una obra maestra del siglo XXI: la creación de una marca a la que en apariencia no le importa qué piensan de ella, la retahíla paranoica e intolerante («el mundo nos odia...») de un gringo de armas tomar. Vería a Hillary Clinton, perseguida por su pasado, sitiada por Obama, su exjefe, y torturada por su derrota, como el fin de una era en la que la gente se creaba un nombre por su obra. Describiría la presidencia racista de Trump como un estrepitoso descalabro de su país de inmigrantes.

Yo no creo que Trump llegue a presidente. De ser así, será remplazado, en 2020, por una Kardashian. Por el papá, por ejemplo.

Sí, hubo una vez un presidente actor, y cuál no lo es. Y sí, mientras escribo esto dan un reality de nudistas casaderos, Cita al desnudo («soy un hombre maduro», le dice él a ella mientras un circulito borroso le tapa las partes pudendas), que es una señal del Apocalipsis. Pero, apenas leo que Trump está tratando de comprar un equipo de fútbol colombiano –y rezo por que no sea Millonarios–, me convenzo de que nuestra Federación, nido de marrulleros, será su lugar. Y me digo que aún faltan unos años para que, a la hora de la democracia, las grandes esperanzas de la política sean derrotadas por las supuestas realidades de los reality.

MADURO

TITULAR: EL PRESIDENTE DE VENEZUELA ORDENÓ EL CIERRE DE LA FRONTERA CON COLOMBIA

Septiembre 4 de 2015

De Maduro ha pasado a la historia su caricatura: su meneo triste al compás de La pollera colorá («yo a Colombia la amo», dijo, en su sudadera tricolor, luego de cerrarles la frontera en las narices a los colombovenezolanos) ante una multitud picada que coreaba «¡Maduro, avanza, que el pueblo no se cansa!». De Maduro ha pasado a la historia su remedo errático de Hugo Chávez, su fiasco. Pero conviene saber que a sus 53 años no es sólo ese vicepresidente retraído metido a presidente belicoso que se toma demasiado en serio su irreverencia, sino también el niño roto que se sumó a la izquierda a los doce, el chofer de bus que en 1993 peleó a muerte por la liberación de «el Comandante eterno», el discípulo amado que ganó la presidencia de Venezuela por muy poco –7 587 532 contra 7 363 264–, pero la ganó, luego de una campaña desigual que fue en todos los sentidos el fin de los funerales de su Chávez.

De Maduro se olvida la parábola que protagoniza. Toda ideología es una ficción: una frontera riesgosa. Y el chavismo –ese populismo reaccionario que por quince años malgastó el superávit de su país para perpetuarse en el poder– supo contarles a «los descendientes de los derrotados de siempre» que Venezuela traicionó al bienaventurado Bolívar de 1830 a 1999; que la mayoría electoral era un levantamiento popular contra «la Cuarta República», y cada elección un «operativo exitoso», que permitía abatir pluralidades, cercar voluntades e intimidar minorías; que el pueblo no era «un poco e’ gente ahí», sino una respuesta, sentida «hasta en las vísceras», al capitalismo inoculado por el imperio yanqui. Pero en 2013 ya no hubo «Comandante eterno», «¡exprópiese!»,

ni dinero para seguir en las urnas la batalla por la revolución bolivariana.

Y el setenta por ciento de ese «poco e' gente», que votará empobrecida en diciembre, se salió de la película. Y ni el «líbranos de la maldad del contrabando», del «Chavez nuestro que estás en los cielos...», fue escuchado.

Y el parodiado Maduro se sacó de la manga a su enemigo número uno –«el yanquiuribismo» que, según dice, va a matarlo– porque el apogeo del populismo reaccionario es una guerra.

Apareció el contrabando como una mancha recién descubierta por la guardia corrupta a cada lado: «¡Oh...!». Vino el cierre cruel de la frontera. Continuó la expulsión trágica, violatoria del derecho internacional, de 9900 víctimas que un día amanecieron convertidas en colombianos. Ocurrió esta esquizofrenia apoltronada tan de acá, «¡Maduro es un Hitler!», «¡Uribe es un Uribe!», «¡Santos es un arrodillado!», «¡Samper es un traidor!», «¡que viva Gaviria!», «¡que viva Colombia!», «¡Castrochavismo!», seguida de mil «likes». Se perdieron los pliegues, las zonas grises. Se pidió cordura a los gritos. Se supo que «diplomacia» no era sinónimo de «postración» ni «hipocresía», pero luego ya no. Se hizo el ridículo en la OEA. Se vio a Colombia, en plena campaña, como una cueva de hampones que ha corrompido a su vecino. Y viceversa.

Seguirá Maduro en su república sin libertades, en su ficción: qué más le queda aparte de hundirse en la impopularidad con su barco populista. Colombia puede mientras tanto –aparte de redescubrir la complejidad de su vecino y de negarse a menospreciar a Venezuela– unirse en la defensa pero también en la crítica de esta nación; admitir que podría llenarse un estadio con sus desaparecidos; reconocer el paramilitarismo; traer al interior, por fin, esa frontera; librar al periodismo de la tentación del activismo; aceptar que la caridad es la solidaridad a destiempo; dejar de remplazar al Estado por el patriotismo e insistir en la ficción noble de la democracia. Pase lo que pase a su lado, en fin, Colombia puede ser el país decente que declara ser.

REPARACIÓN

TITULAR: LA UNIÓN PATRIÓTICA REGRESA A LAS URNAS DESDE LA MUERTE

Octubre 2 de 2015

Qué es la paz: que nada malo le pase a ningún otro miembro de la Unión Patriótica. Hoy, como en los peores días de 1985, los candidatos de la UP están corriendo peligro de muerte por ser parte de un partido pensado por las Farc –y desarmado, y abandonado a su suerte hace treinta años– luego de los malogrados diálogos de paz de aquel entonces. De nada les ha servido que estemos a 178 días de llegar a un acuerdo con la guerrilla de siempre. Poco les ha beneficiado la supuesta desmovilización de sus asesinos camuflados. Ha dado igual que los historiadores hayan aumentado y corregido el capítulo sobre los crímenes de Estado. Cientos de miles de colombianos han puesto el grito en el infierno convencidos de que en La Habana, el sitiado refugio de los diálogos de ahora, está fraguándose una conspiración de mamertos, una trama macabra. Pero no se ve en el velado horizonte una sociedad que jure por el Dios de su futuro que no va a permitir que ni un solo miembro más de la UP sea perseguido.

Aída Avella, la presidenta de aquel partido que ha vuelto a este ejercicio político de vida o muerte luego del exterminio a plena luz del día de 5000 de sus miembros, no sólo ha denunciado montajes jurídicos, atentados e intimidaciones por todo el país –de Ocaña a Magangué– contra los militantes de la UP que han hallado el coraje para participar en estas elecciones llenas de peros, sino que además ha pedido la protección de sus novecientos candidatos antes de que sea tarde. Sabe que apenas están recobrando su voz. Sabe que muchos siguen asociándolos con las Farc, la guerrilla que los dejó solos, como carne de cañón, cuando el proceso de paz del 85 empezó a fracasar por obra y gracia de los

azuzadores de turno: «Desmovilícense», les gritan. Entiende que la suerte de sus copartidarios probará al país si ha dejado de encogerse de hombros ante la violencia.

Imelda Daza, la emblemática candidata de la UP a la gobernación del Cesar, ha regresado de un exilio de treinta años –que, según le dijo a la revista Semana, fue un infierno aunque fuera en un paraíso– a pedirle a Colombia que por fin le cumpla la promesa de ser una democracia: su triunfo no será quedarse con el poder de su región, sino recobrar el derecho a vivir en paz en el lugar del mundo en el que le tocó nacer. Ya la Unidad Nacional de Protección, que asiste a miles de colombianos amenazados de muerte, se ha propuesto que ni ella ni sus compañeros estén jugando la vida cada vez que piensen en voz alta lo que piensan. Pero sigue haciendo falta que a diestra y siniestra se vuelva impensable que «callar» sea sinónimo de «matar».

Hubo una vez, hace seis o siete guerras de estas, cuando tanto los unos como los otros se sintieron obligados a armarse. La izquierda era el fracaso y la crítica del liberalismo. Y la derecha la frustración y la negación del conservadurismo. Pero tenían en común a una recua de fanáticos librando una sangrienta batalla por la humanidad: «¡Abajo el reformismo!», «¡revolución o muerte!», «¡refundación de la patria!», «¡limpieza social!». La UP tuvo el valor, en el 85, de gritar que transformar la sociedad no se llamaba «política» cuando se hacía con armas. Los extremistas de un lado mataron a sus candidatos presidenciales, a sus representantes, a sus alcaldes, a sus concejales mientras los extremistas del otro –las Farc– se perdían en el monte. Pero para responderle a ese pasado, a 178 días de que se firme algo de paz, la UP está haciendo campaña por Colombia con la ilusión de que sea otro país.

Un país en el que cada quien vote por quien quiera, o vote contra los exguerrilleros o los exparamilitares o los expresidentes, pero un país en el que todo el mundo haga campaña por la vida de la UP.

APLOMO

TITULAR: ENRIQUE PEÑALOSA, RAFAEL PARDO Y CLARA LÓPEZ SE DISPUTAN LA ALCALDÍA DE BOGOTÁ

Octubre 9 de 2015

Bogotá tenía humor. Era clasista, envidiosa, sombría, pero sabía reírse incluso de sí misma. Era malpensada, apartada, retraída («Bogotá no es punto de tránsito para ninguna parte», escribió, en 1882, el diplomático argentino Miguel Cané), pero sabía burlarse de sus famosos «viceversas»: de sus obras demoledoras; de su incapacidad, mejor dicho, para construir una calle sin antes haber destruido otras dos. Hoy no: hoy sólo se victimiza, se queja. Y lo digo porque prefiero a Rafael Pardo, porque entre los tres buenos candidatos a la Alcaldía que están disputándose estos sondeos a la medida, que el de mañana dirá lo contrario al de ayer, yo prefiero a Pardo, pero en medio de semejante griterío, que por todas partes ve espantos y señales del fin, se ha vuelto una proeza explicar por qué: «¡Sólo Peñalosa puede recuperar esto!: ¡mamerto!», «¡sólo López cree en el pueblo!: ¡neoliberal!».

Es cierto que los tres candidatos pueden acusarse hasta el fin, sin temor a equivocarse, de estar mal rodeados. Es posible pensar –en contravía del fatalismo y lejos del regodeo en el hastío de tantos bogotanos– que en caso de llegar a la Alcaldía ninguno de los otros dos convertiría esta meseta en un despeñadero. Es claro que el siguiente alcalde no sólo tendrá que capotear las cuentas de cobro de sus malas compañías, sino que, una vez a cargo de esta burocracia de tiempos peores, tendrá que reconocerle a la ciudadanía que no podrá solucionarlo todo. Y es evidente que, gane quien gane, esto de hacer columnas –de poner los hechos en las propias palabras– seguirá siendo el mismo trabajo: habrá que exaltar, denunciar, tildar, en fin. Pero por lo pronto para mí el

mejor es Pardo.

Agradezco que lo suyo no sea el carisma, que enceguece, sino el humor: esa forma de verse en el espejo, de resignarse a la verdad, de revelar la farsa sin perder, del todo, la vergüenza. Confío en su paso efectivo por el PNR, por la consejería de paz, por el Congreso. Sospecho que su paciencia de historiador puede servirle a este presente: no sobra un alcalde que no quiera inventarse Bogotá. Pienso que su empeño en quedarse en el solitario centro del espectro político, en donde nadie es llamado ecuánime ni responsable, sino apocado, tiene que ver con la convicción de que las sociedades no se refundan ni se rescatan de las garras de ningún villano, sino que se corrigen. Me gusta que su problema no sea con la izquierda, que es una crítica implacable que poco oye razones –pero muchas veces tiene la razón–, sino con la ineptitud.

Creo que luego de esta Alcaldía sorda, adánica, que no debería repetirse ni menospreciarse, su aplomo es un gran alivio. Su búsqueda del poder no suena a desquite ni a castigo. Su respaldo a las negociaciones con las Farc es verosímil. Y según la aplicación de La Silla Vacía, que lo conecta a uno con su candidato, su propuesta es la que a mí más me suena.

Y ya. No es más. Mientras vuelven los gritos de rigor, «¡carrusel de la contratación!», voto por que cada quien vote en paz por quien quiera, pero también por que hagamos un pacto para elegir a un Concejo digno e incansable que de verdad represente nuestro anhelo de apoyar y vigilar –y de no sabotear al mes– a un alcalde que tendrá que sacarnos del trancón y de la paranoia. Qué tal votar por Diego Cancino o por Donka Atanasova o por Mariana Ríos o por Daniel Bejarano o por Fernando Rojas. Qué tal enviar a esa guerra, que una conjura de corruptos y mediocres ha estado ganando por «doble u», a un grupo de concejales serios que se jueguen la juventud para que Bogotá redescubra el humor que tantas veces la ha salvado de la mezquindad, y vuelva, de paso, a ser un amor correspondido. Basta querer. Basta querer a esta ciudad.

DESAPARECIDOS

TITULAR: HALLAN LOS RESTOS DE MARÍA DEL PILAR GUARÍN, LA SIEMPREVIVA, TREINTA AÑOS DESPUÉS DE LA TOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

Octubre 30 de 2015

Qué clase de país obliga a un hombre a quedarse atrapado en noviembre de 1985. Por qué sigue pasando eso acá en Colombia. Para qué. En estos treinta años, que se nos fueron de pronto, de un día para otro, a quienes hemos tenido otra suerte –y estoy de acuerdo: no hay que menospreciar el drama de nadie–, los hijos tuvieron a los nietos, los aparatos fueron volviéndose planos e invisibles, los aguaceros de abril se mudaron para junio y los partidos políticos se volvieron productoras indolentes, pero, pasara lo que pasara de puertas para afuera, el ingeniero René Guarín estuvo día por día por día preguntándole al Estado por la hermana que perdió en el deshonado Palacio de Justicia –aquella Cristina del Pilar que inspiró una obra de teatro magistral, La Siempreviva– hasta que los restos fueron encontrados el martes pasado.

Desde ese martes, el día «más esperado de la vida» que sin embargo lo tomó por sorpresa, René Guarín ha seguido escuchando –según me cuenta– esa frase espeluznante que escuchó en Medicina Legal: «Acá están los restos y acá está el pedazo de la falda escocesa de su hermana, señor Guarín».

Su vida de 1985 a 2015, «en esta Colombia que en los últimos treinta años ha vivido quizás más de mil palacios de justicias», fue la búsqueda alucinada e incesante de Cristina: «Claudicar habría sido peor que la muerte». Guarín tiene

esas tres décadas agolpadas en los pulmones: la última vez que se vieron, en el Bambuco de la Diecisiete con Séptima, para comprar el casete del Grupo Niche en el que suena «te pintó pajaritos en el aire...»; el ring ring del teléfono que nunca dejó de servirle de esperanza; las caminatas por las aceras del centro a ver si alguna cara era su hermana; su entrada a la guerra; su mamá desbaratando en 1995 el cuarto de Cristina, «que era un templo intocable», y quemando sus cosas de una buena vez, y su padre llorando a la niña de sus ojos, en un rincón de la tipografía, luego de marchar por la Plaza de Bolívar su último 6 de noviembre.

«Y ahora encontré lo que pensé que no iba a encontrar jamás», me dice. Y le dio escalofrío. Y le vino a la mente la familia que fue. Y quiso llorarlo todo, y celebrar su fe en la esperanza, pero con su hermana.

Y para qué todo eso: para entender frente a sus hijos –decide– que vivir es no ser inferior al reto, para ser capaz de pedirle al Estado, su Goliat, que le cuente la verdad «no importa cuán dolorosa sea».

Los restos de Cristina, que aparecieron junto a los de Lucy Amparo Oviedo y Luz Mary Portela, estaban en la tumba de María Isabel Ferrer. La señora Ferrer ha pasado a ser, ahora, la desaparecida. Y su hija, Sofía Velásquez, se ha estado sintiendo «como si lo del Palacio hubiera sido hoy», «como si hubiera estado llorando a un muerto que no es de uno». Y todo porque, como probó la CIDH, ciertos agentes del Estado –y esos cómplices sin tripas que ahora repiten con voz normal «ah, pero no estaba desaparecida, sino sólo muerta...»– torturaron, entregaron los restos que quisieron, negaron a muerte. Pregúntenle al señor Eduardo Matson, que sobrevivió por poco: «Llenaron la camioneta de humo para que me asfixiara...», les dirá.

Nadie está pidiendo venganza. Se está diciendo, simplemente, que en los Llanos hay 2292 lápidas sin nombres, que la Procuraduría habla de 2760 personas borradas por las Farc, que la Unidad de Víctimas cuenta 4500 colombianos desaparecidos por agentes del Estado. Se está diciendo, ahora que en La Habana

se ha llegado a un acuerdo para encontrar a los padres y a los hijos perdidos, que estos treinta años tienen que servirnos para no repetirlos, para darnos la cara por fin.

La paz es reconocer, reconocer nomás, reconocer al menos, que el Estado también ha sido infame.

IZQUIERDA

TITULAR: ENRIQUE PEÑALOSA ES ELEGIDO ALCALDE DE BOGOTÁ
POR SEGUNDA VEZ

Noviembre 6 de 2015

Mírennos. Se supone que hoy somos un poquito menos fachos, se da como un hecho que estamos dispuestos a remplazar los estereotipos vergonzosos por los retratos compasivos –mírennos: tan demócratas, tan primermundistas–, pero en la clasista Bogotá cumplimos trece días de celebrar como una clasificación al mundial de fútbol la expulsión de «la izquierda corrupta» de la administración de la ciudad. Siempre es una buena noticia que el poder cambie de manos. Ya era hora de que, luego de doce años de menospreciar los logros sociales de las alcaldías anteriores, estos líderes de la izquierda tuvieran que retirarse a hacerse la pregunta de cuáles son las demás preocupaciones de los bogotanos (el propio Petro ha reconocido, faltando dos meses para irse de la Alcaldía, que gobernó de espaldas a la clase media), pero el resto es venganza.

«¡Recuperemos la ciudad! –escribió nosequién en nosedónde–, ¡fuera pobres que viven felices en el caos!»: puro clasismo, pura venganza.

Un fantasma como la Patasola ha estado recorriendo Colombia desde hace casi un siglo: el fantasma de una bestia con garras –el marxismo, el maoísmo, el castrismo, el chavismo: llene usted el espacio en blanco– que «si seguimos como vamos» va a acabar con esta democracia plagada de patronos. Por culpa de ese miedo, que ha sido también una vocación a cazar brujas, y estigmatizados por los delirios y las crueldades de las guerrillas, decenas de líderes de la izquierda

fueron perseguidos hasta la esquina de su muerte, tres de sus candidatos a la presidencia fueron asesinados en campaña, 5000 miembros de la Unión Patriótica fueron ejecutados, y, según las cifras de la ENS, aún en estos tiempos son asesinados dos sindicalistas mes por mes. Y sin embargo sigue siendo común escuchar, impune, la frase «es que aquí son blandos con la izquierda».

Creo que los tres alcaldes pasados sólo tuvieron en común –increíblemente: mírenlos– que una vez pertenecieron al mismo partido, que también fueron elegidos por electores indignados que se resistían a que un candidato francamente uribista se tomara la capital («Aserejé, ja, dejé...»), bailaban, dichosos, en aquella tarima en 2011), y se encontraron la Alcaldía en el camino destapado hacia sus verdaderas metas: y Garzón hizo chistes, y Moreno hizo males, y Petro hizo experimentos. Pero el problema no fue que hayan sido de izquierda, no, que de izquierda han sido los estupendos Carlos Gaviria, Antonio Navarro y Carlos Vicente De Roux, sino que no tenían ni la menor idea de ser alcaldes.

Y sacar a sombrerazos a «la izquierda corrupta», como si al «carrusel de la contratación» no se hubieran montado corruptos de todos los partidos, son puras ganas de descartar, puras ganas de ponerle adjetivos a lo que se teme.

He visto izquierdistas de todas las izquierdas: el que cree que no hay que corregir el país sino sepultar en la historia a sus élites, el que lamenta más la perestroika que la caída del Muro de Berlín mientras hace mercado en el Carulla de Rosales, el que como cualquier politiquero de cualquier partido chimbo se pierde en peleas mezquinas con sus copartidarios como si se llegara al poder en la cabeza, el que da la vida por sus ideas porque eso es lo que se hace acá en Colombia, el que casa peleas contra la gran conspiración del establecimiento – cómo llamar a «la política del amor» cuando se hace a la fuerza– porque nunca regresó del fanatismo. Pero sobre todo he visto al que, una vez nos sacudamos la excusa perversa de la guerra, seguirá siendo relevante: el que representa a los trabajadores, defiende a esta democracia de la farsa y se toma con humor esos artículos condescendientes sobre lo que debe aprender la izquierda de su

esperada debacle.

CHEQUERA

TITULAR: EL PRESIDENTE SANTOS LE RECUERDA AL
VICEPRESIDENTE VARGAS QUIÉN TIENE LA CHEQUERA

Noviembre 27 de 2015

Cómo son de decentes los políticos cuando no tienen el poder. Se declaran analistas estremecidos mientras escampa, mientras vuelven a ser los autores de la tormenta. Recobran la vista, oh, para ver el clientelismo en el ojo ajeno. Ahora se indignan porque a la antología de grandes frases de nuestra historia, desde «... ved los grillos y las cadenas que os esperan» hasta «la plata que deja una Alcaldía no la deja un embarque...», ha llegado para quedarse el grito de campaña del gobernador del Cesar: «¡Somos amigos del que hoy maneja la chequera: el vicepresidente Vargas Lleras!». Se sublevan cuando el presidente Santos aclara, en tercera persona, que el titular de la cuenta es el presidente Santos. Se crispan cuando el escarmentado Vargas Lleras sale a aclarar que nadie nunca ha puesto en duda que el jefe no es él, sino su jefe. Pero por supuesto: ni la indignación ni la sublevación ni la crispación son de verdad.

No es raro que los políticos acusen a los políticos de ser políticos, ni que los áulicos de los Gobiernos pasados censuren a los funcionarios de los Gobiernos presentes por cometer lo mismo que ellos, ni que desde el burladero se fantasee con los vicepresidentes conspiradores, ni mucho menos que se dé entre un par de poderosos la amistad que se da entre un par de enemigos, un par de ajedrecistas megalómanos. No sólo es habitual que el ladrón juzgue por su condición, sino además, hoy, que los dirigentes vayan por ahí diciendo los primeros titulares que les vengán a la cabeza: hoy todos oímos lo que todos pensamos – todas las voces al mismo tiempo en estas redes, Dios, mundo pequeño, infierno grande– como el protagonista atormentado de Lo que quieren las mujeres. Es usual, o sea muy

colombiano, que se relacione ser el jefe con tener la chequera. Y el fajo.

Y pantalones con correa: suele elogiarse al presidente Lleras Restrepo –abuelo del vicepresidente: mire usted– por haberle dicho con el dedo índice, a una Colombia engañada en las urnas, su dictatorial «a las nueve de la noche no debe haber gente en las calles» ese martes de abril de 1970.

En un país de negreros ha sido usual, en fin, confundir el liderazgo con el despotismo, temerles a quienes tienen la chequera, «sí, señor». Pero no se pierde nada insistiendo en que no tiene por qué ser así.

No es preciso encogerse de hombros cuando el fiscal de turno amenaza con imponerle su voluntad a la historia del país (pretende él solito, según dijo, «revisar» los indultos al M-19 que concedió el Estado en 1990) en los últimos minutos de su ciclotímico cuarto de hora. No es obligatorio acostumbrarse a que elegir a un mandatario sea entregarle nuestra cuenta bancaria. No hay por qué resignarse a que el enésimo nuevo alcalde de Bogotá se dé el lujo de decretar – pues es él quien tiene la chequera, quién más– que no es tan grave como suena perder los cientos de miles de millones nuestros que se gastaron en los penúltimos estudios para hacer el metro. Quién dijo que votar es escoger un amo, un dueño: «¡El rey ha muerto, viva el rey!». Quién les quita a estos gobernantes ese tono de patrones, de padrastros.

Vargas Lleras va a ser presidente: qué duda cabe. Su Gobierno dentro del Gobierno adelanta un necesario e innegable plan de infraestructura que, a la hora de emprender la carrera por el poder, lo convierte en la liebre de la fábula. Y, ya que su silencio sobre la paz es provocador e inquietante, resulta fundamental que se vea obligado a gobernar una Colombia en la que cada vez menos personas crean que era posible ganar una guerra de cincuenta años; resulta vital que en 2018 quede poco de aquel país intimidado –y resignado a los capataces y a la farsa– que aún corre a su casa a las nueve de la noche.

APAGÓN

TITULAR: VIDENTES Y ANALISTAS ADVIERTEN QUE 2016 SERÁ UN AÑO LLENO DE PROBLEMAS

Enero 15 de 2016

Que se acabe mañana el 2016. De una vez. Porque según los titulares de los primeros quince días de este nefasto año bisiesto –y de acuerdo con los adivinos temerarios que desafían los cálculos del Almanaque de Bristol– pronto no habrá agua, ni luz, ni gas, ni empleo, ni salario mínimo, ni patrimonio, ni acciones de Ecopetrol, ni soberanía eléctrica, ni aire, ni fauna, ni presupuesto, ni justicia, ni igualdad, ni decencia, ni paz cuando la paz se firme, ni mucho menos planeta a donde huir: ya qué. Señala el estudio anual que sabemos, ay, que Colombia es el país más feliz del mundo, pero que también es el más pesimista. Y, como un adolescente extraviado en su drama, quiere que este 2016 lo despierten cuando la pesadilla de la realidad por fin haya terminado.

Cómo ser optimista en un país en el que no se dice «es evitable», sino «era evitable». Cómo sobrevivir a duras penas –aquí: en una vida de estas en las que se trabaja para pagar las cuentas del mes, y ni así– a la inflación que ahoga, al IVA que asfixia, al petróleo que cae, al dólar que trepa, a los honorarios que se convierten en impuestos que se convierten en botín, a las fotos como si nada del jet set criollo en las páginas sociales: «Whisky...». Cómo entender que el Gobierno pase por encima de tantas voces, serias u oportunistas, para subastarle a una sola empresa el patrimonio del Estado como si fuera suyo y sin dignarse a explicar bien los beneficios: «Isagen se vende así haya una sola oferta», contestó el tonito del Ministro de Hacienda.

Cómo confiar si no se han ganado la confianza. Cómo creerles el plan de infraestructura que conseguirá que Colombia deje de ser un archipiélago. Y cómo tomarse los rumores de que por la sequía de siempre se acerca un apagón que, como el de 1992, «era evitable».

El Gobierno de entonces, que en los manuales de Historia habrá de ser reconocido como el principio de la República Neoliberal –el primero de estos cinco Gobiernos tan flojos, bienintencionados pero frívolos, más incompetentes que corruptos y más cínicos que infames– decretó un racionamiento de nueve meses. Y la luz se deshizo. Y hubo que adelantar la hora en los relojes. Y no fue el Apocalipsis, no, que horrores de verdad ha habido en Colombia, sino que se hizo necesario encerrarse a leer cerca de las velas, a jugar «ahorcado» con la familia, a oír en las radios de pilas las canciones nuevas aunque sonara siempre Tears in Heaven. Y tocó comprar plantas eléctricas, en los edificios, como haciendo energía por mano propia.

Y en resumen fue un buen recordatorio de que en Colombia nadie vive en Colombia, sino en su barrio, en su familia.

Si los colombianos somos los más felices del mundo es porque no vivimos en Colombia. Si somos los más pesimistas es porque estamos cumpliendo siglos de vivir a pesar de ese país entorpecedor e imposible. Sabemos que allá afuera hay violencia e inequidad. Y corremos el riesgo entonces de creer que no hay nada más, el riesgo de no ver ciertas señales a favor, de regodearnos en el vaticinio de que 2016 va a ser la bancarrota, de ir por ahí repitiendo que este año ya fue el peor del Gobierno y de la Alcaldía y de la historia, de entregarle la responsabilidad a algún vigilante mesiánico –la tentación del fascismo será, mientras no lleguen los extraterrestres, el tema humano de fondo– que traiga la seguridad y la justicia.

El gran desafío de cualquier sociedad es el optimismo, que es una disciplina en medio del espanto, y la única manera de lograrlo es estar despierto, estar afuera.

Este 2016 para olvidar, con su Gobierno arrogante y su oposición oportunista, se acaba en cincuenta semanas. Y aún puede estar en las manos de las voces críticas y de la resistencia.

HONORABILIDAD

TITULAR: COMIENZAN LAS CELEBRACIONES POR LOS QUINCE AÑOS DEL LLAMADO PLAN COLOMBIA

Febrero 5 de 2016

Por qué me da vergüenza ajena esta celebración de los quince años del Plan Colombia. He leído las notas de prensa sobre cómo desde el 2000 los billones de nuestros aliados los gringos nos salvaron en el último segundo de ser un Estado fallido. Hubo una vez un país desigual sitiado por el narcotráfico, por la guerrilla, por el paramilitarismo, que gracias a los Estados Unidos –he leído– recobró las riendas de sus instituciones desbocadas, pero sus últimos mandatarios se detestan y se señalan, y quién puede culparlos. Ay, cómo son de lúcidos los presidentes colombianos, allá en su mundo, cuando son expresidentes. Su pragmatismo cansino es derrotado por la claridad de los comentaristas deportivos un día después del fin de su Gobierno. Y al tiempo su capacidad para engañarse a sí mismos –de hundirse con su versión de la Historia– se vuelve digna de ser estudiada: todo Gobierno es, de cierto modo, un complot, pero son algo nunca visto estos gobernantes triunfales ante nuestra derrota.

Por ejemplo: el expresidente Pastrana Arango. Que como presidente fue un gran canciller: reparó en sesenta viajes internacionales las tensas relaciones del país. Y de acuerdo con los diez millones de votos del mandato por la paz de 1997, y en contra de una sociedad de armas tomar acostumbrada a las retomas, de enero de 1999 a febrero de 2002 tuvo el coraje para jugarse su Gobierno en un diálogo de sordos con las Farc (y se inventó el Plan Colombia, y apostó por el desescalamiento del conflicto aunque ciertos generales le pidieran la renuncia, y fue capaz de decir «nuestra sociedad debe asumir su responsabilidad», «nadie en

la Colombia de hoy puede llamarse inocente»), pero meses antes de irse, cuando todos los ejércitos ya se habían vuelto a armar para la guerra, su paciencia rompió las negociaciones, y vino el que vino y lo que vino.

Pastrana fue en un principio un expresidente de gran imagen negativa que no obstante osaba pedirle a su sucesor, al popular Uribe Vélez, que desligara la política del paramilitarismo, que no cambiara la constitución en beneficio propio. Pero hoy, en vez de sentirse parte de los logros del país más desigual de América Latina, se le ha visto ansioso, fanfarrón e incapaz de pasar las páginas mientras este proceso de paz con las Farc liderado por Santos Calderón va consiguiendo lo que el suyo jamás logró.

Según Pastrana, este proceso, a diferencia del suyo, sí va a incendiar el país. Según Pastrana, Santos es el verdugo de su Plan porque va a recibir a un puñado de narcos en esta sociedad recreada por el narcotráfico. Según Pastrana, allá en su mundo, las Farc no eran un cartel de la droga cuando él dialogó con ellas.

Qué rara sigue siendo su pugna, tan personal, tan visceral, con su exministro Santos: quién sabe quién peleó con quién en la fiesta de quién.

Toda esta celebración del Plan Colombia da vergüenza ajena, en fin, porque olvida que la ayuda «desinteresada» de los gringos no fue lo único que puso en marcha este episodio de la historia; olvida que así se siguió financiando la fracasada guerra contra las drogas; que se nos empujó un poquito más a la sangre y a la pérdida de la soberanía. Pero da coraje sobre todo porque, desde el día en que Barack Obama los invitó a celebrar en Washington los quince años del Plan, estos exmandatarios nuestros han estado probando que son incapaces de ser parte del Estado, que se quedaron atrás contándonos su fábula y echándose las culpas entre ellos. Nada podría reunirlos, ni una guerra, porque cada cual ha gobernado el país de su cabeza. Pobre la Colombia de estos años: vivir lo suficiente como para que Belisario Betancur, que incluso pide perdón, sea un ejemplo de honorabilidad para los expresidentes.

TITULAR: BOGOTÁ SIGUE DIVIDIDA ENTRE LOS SEGUIDORES DE PEÑALOSA Y LOS SEGUIDORES DE PETRO

Febrero 12 de 2016

Todo el tiempo pasa lo que se sabía que iba a pasar, pero lo de Bogotá es obscuro e inverosímil: la crónica de una mezquindad anunciada. Todo parecía indicar que, si por fin era elegido alcalde otra vez, el alucinado Enrique Peñalosa dedicaría sus primeros días de Gobierno a desconocer, a desenmascarar, a desmontar lo hecho por su antecesor: su electorado, un respetable 33 por ciento de los votos que sin embargo es un 33 por ciento, le pedía que como un general sin ejército rescatara a la capital de las garras de «la izquierda». También era de esperar que cuando dejara la Alcaldía, apenas se viera en pijama con su megáfono de agitador de pequeñas masas, el reñidor Gustavo Petro hiciera lo que fuera –así fuera lo último que hiciera– para hacerle imposible la vida a su sucesor: su electorado, ese respetable 32 por ciento en las urnas de 2011 que llegó a 2015 convertido en un 32 por ciento de imagen positiva, lo llamaba a que defendiera la tierra de todos y todas de la aplanadora de «la derecha».

Se sabía que iba a suceder, pero no deja de ser decepcionante que suceda: el 33 por ciento grita «mamertos ineptos» al mismo tiempo que el 32 por ciento pregona «fachos ladrones», enloquecidos, todos, por esta Bogotá a veinticinco grados, como en cualquier país tropical de los setenta.

Peñalosa ha sido Peñalosa: en apenas un mes ha sido tanto celebrado como abucheado por cometer a la brava, a la antigua, la inaplazable recuperación del

espacio público; por echar atrás, dueño de Bogotá e irresponsable, «el metro de Petro», que será un alimentador del maltrecho Transmilenio o no será; por inventarse una serie de experimentos con la movilidad que recuerdan los remedios peores que las enfermedades de su antecesor; por agradecerle a san Pedro, él, tan técnico, que haya apagado el incendio de los cerros; por repetir en la cara de los ambientalistas serios que la reserva Van der Hammen no es más que «potreros ordinarios»; por desconocer todo lo que se hizo por la cultura en estos doce años; por insistir, en fin, con el tonito que sabemos –el peor mal de los emperadores de acá–, en que todo el que se queje es que no sabe.

Petro ha sido Petro: viudo de poder, en este enero eterno, pesimista e hirviente, ha sido tanto respaldado como negado tres veces porque les ha recordado a estos patrones tecnócratas que ni «estatal» es una mala palabra, ni la función del Estado tiene por qué ser «hacer buenos negocios»; se le ha convertido a su sucesor en una pesadilla desde el primer minuto de un Gobierno que está más que a tiempo de ser bueno; ha hecho parte, él, tan sabido, tan al día en lo que no se hizo en los cuatro años pasados, de una marcha de indignados que acaba de oír que estos neoliberales de cemento están cerrando jardines infantiles por doquier; ha caído en la tentación de menospreciar a sus enemigos igual que sus enemigos lo menosprecian a él: con sus propias versiones de los hechos, con sus propias cifras que vaya uno a saber.

Pelear por Petro o por Peñalosa son puras ganas de pelear, puras ganas de regodearse en la frase «no lo dejaron gobernar...». Si uno lo piensa un rato, ahora que ha bajado la temperatura en Bogotá, la verdad es que desde hace mucho tiempo hemos vivido atrapados entre esos dos temperamentos: entre el líder pragmático pero sordo y el opositor crítico pero paranoico. Y es hora de que estos alcaldes mesiánicos, que creen que sus caprichos, por suyos, son más técnicos, dejen de gobernar para su 32 por ciento, su 33 por ciento. Tendría el ciento por ciento que caer en cuenta, porque no es más ni es menos que un hecho, de que a esta Alcaldía aún le quedan 47 meses menos pedantes, menos ansiosos, menos asfixiantes, para hacer las cosas bien. Pero todo parece indicar que nos hemos acostumbrado a que en esta ciudad no se viva sino se pague una condena.

LAPIDACIONES

TITULAR: PUBLICACIÓN DE VIDEO ESCANDALOSO DE
VICEMINISTRO LE CUESTA EL PUESTO A PERIODISTA DE LA FM

Febrero 19 de 2016

Felicitaciones, señor procurador, por arruinarle la vida a ese viceministro en un dos por tres: es humano errar, destruir, ser Dios, pero lo suyo –ese talento endiablado para revivir la inquisición– en verdad sucede por fuera y por debajo de este mundo. Felicitaciones por haber puesto esa carnada, procurador, por haberles susurrado a los medios que tenía la prueba de que «un senador de la república que actual-mente se desempeña en un alto cargo del Gobierno...» había pasado por la supuesta red de prostitutas extorsionistas de la Policía, pues sin pestañear animó a Vicky Dávila, de la radio La FM –perseguida por los policías corruptos que denunció con valor, despreciada por la presidencia, y con el juicio nublado por todo–, a cometer la infamia de publicar aquel video con pinta de chantaje que no sólo no prueba delitos, ni muestra nada aparte de la secreta orientación sexual del hoy exviceministro, sino que de paso ha propagado la sospecha de que ser homosexual se parece a violar la ley.

Felicitaciones, procurador y La FM, por terminar de volvernos una sociedad puritana que crucifica las vidas privadas, por acercar al viceministro al final de su carrera y su familia, y empujar al director de la policía a su renuncia –y para qué la justicia, y para qué la rigurosa búsqueda de la verdad, cuando el jurado ha declarado culpable al acusado antes del juicio–, pero felicitaciones sobre todo, procurador y La FM, por lograr el milagro de que se publique un video en la radio, y además sea un video rastreo que prueba que ya nada es radio ni es televisión ni es prensa ni es justicia, sino este «Gran Hermano» que somos todos lapidándonos a todos y dándonos lecciones de ética y lanzándonos breves

comunicados sobre el cadáver del día como esos participantes de reality que le aclaran «a toda Colombia» lo que piensan.

Felicitaciones por poner en marcha esta marcha iracunda que no opina, sino reacciona: «¡Que también renuncie Dávila!». Felicitaciones por poner en evidencia este nuevo periodismo en caliente sin editores ni correctores de estilo, esta nueva democracia que es un circo romano. Felicitaciones por denunciar las «prácticas homosexuales» de la policía, por acuñar la frase «La FM respeta profundamente las preferencias sexuales de las personas pero...», porque ni lo primero ni lo segundo nos dejan olvidar que seguimos haciendo parte de una sociedad enloquecida por el celibato que no ha podido librarse del placer retorcido que le produce empujar a la gente fuera del clóset: bienvenidos, señores y señoras, a ese país de siempre que no se mosquea ni se sonroja cuando su procurador consigue decir sin decir nada que la homosexualidad es una falla disciplinaria.

Felicitaciones, señor procurador, por probarnos que aunque decretemos el presente seguimos viviendo en el pasado: por supuesto, la situación del director de la policía era irreversible e insostenible – después de las corajudas denuncias por corrupción hechas por Dávila, forzada ayer, también, a renunciar a La FM–, pero el video que el procurador entregó a las fieras era una conversación sexual cualquiera que sólo los hipócritas podrían llamar «sórdida», «escabrosa». Felicitaciones, procurador, por no mencionar ni una sola vez que el problema no es la prostitución, que es permitida por la ley, sino la extorsión; por acabar con el derecho a la intimidad en una breve rueda de prensa; por traer de entre los muertos a los moralistas («que lo cuelguen por engañar a su mujer con un hombre...», le oí a uno) y contagiarles su severidad perversa a los amarillistas.

Felicitaciones, señor procurador, por habernos ganado esta batalla moral que sólo habría podido ganar un juez que no tiene fe en la justicia.

INDEPENDIENTES

TITULAR: DE LA MANO DE EXPERTOS EL GOBIERNO DE SANTOS PREPARA UNA NUEVA REFORMA TRIBUTARIA.

Febrero 26 de 2016

Si la gente tuviera tiempo no estaría en pie ningún Gobierno. Hora tras hora la democracia está siendo traicionada, pero la vida solamente alcanza para darse cuenta de las conspiraciones más ruidosas: un crimen de Estado que jamás se esclarece, un funcionario escandaloso descubierto con las manos en la masa o un presupuesto que un mal día crece igual que un monstruo llevado de su parecer («el descalabro de la refinería de Cartagena no fue corrupción, sino improvisación», se aclara) pueden recordarnos de la peor manera que estamos poniendo plata y más plata, pero no tomamos ninguna de las decisiones. Resulta así de traicionera la asfixiante situación de los trabajadores independientes, sí. Si no se les ve gritando en la calle es porque están haciendo alguna fila en alguna ventanilla como reses hacia un matadero que ni para eso sirve.

Si los trabajadores independientes no vivieran atrapados en esas kafkianas salas de espera, llenando formularios que «desde ahora hay que llenar», pidiendo fotocopias de la cédula al 150 por ciento, reclamando el enésimo certificado de su cuenta, dependiendo de pagar «la seguridad social» para que les paguen sus honorarios, entregándole un poco más del veinte por ciento de sus ingresos a un país donde la corrupción se da por sentada, sometándose, en fin, a ese desgaste mensual que es la prueba incontestable de la existencia del Estado, estarían ahora mismo allá afuera preguntándose –por ejemplo– por qué los Gobiernos no han estado tratándolos como independientes, sino como subordinados: por qué han estado pagando más impuestos que los asalariados, por qué deben ganar un 59,3 por ciento más que los empleados para tener una vida semejante.

Según la Cepal, que sirve, entre otras cosas, para frases como esta, los independientes son el 45 por ciento de los ocupados en Colombia, pero sus Gobiernos han estado tratándolos como si hicieran parte de una secta de privilegiados.

Es como si estuvieran castigándolos por no tener patrones, por no cumplir horarios, por no acatar órdenes sino cumplir fines, por darse el lujo de ir a la oficina de visita. Y estuvieran premiándose a sí mismos, de paso, por haberse librado de ellos.

Pobres trabajadores independientes: no les dan sueldos ni primas ni cesantías ni vacaciones ni licencias ni incapacidades, ni pueden darse el lujo de ser los evasores, pero no es ese el precio que tienen que pagar por la libertad, no, no es ese el precio que tenemos que pagar, sino estas vueltas infernales en las que está uno siempre al borde de convertirse en el ángel vengador de los vejados como el «Bombita» de Relatos salvajes; estas vueltas en las que un cancerbero sentencia «tiene que pedirle otro turno a la máquina, vecino», y un asesor cansino saca de su manga una presentación empresarial –cuánta vida humana se ha perdido en el Power Point– para explicar por qué no ha sido posible «accesar» a la página web donde se paga la EPS que sobre todo sirve para tener con qué pagar la EPS.

Y ahora le hablan al piso sobre una nueva reforma tributaria pensada por expertos, por quién más. Y perfecto: paguemos impuestos, cobremos impuestos. Pero aprendan de los ministros de hace noventa años a redactar sus normas tributarias; supriman las prebendas, si la idea es vencer las desigualdades, en vez de gravar a dependientes e independientes por la espalda; recauden de frente –y bajo vigilancia ciudadana– no lo que necesitan sino lo que necesitamos, y díganos claramente a dónde va a ir a parar el dinero que nos hemos ganado desde las 5:00 a.m., pues no hay peor traición a la democracia que desmoralizar a sus deudos, ni hay nada tan parecido a una dictadura como una economía que vuelve a los contribuyentes ranas en la olla hirviente del costo de la vida.

VENEZOLANIZACIÓN

TITULAR: SE APRUEBAN EN LA HABANA LAS ZONAS DE
CONCENTRACIÓN PARA LOS DESMOVILIZADOS DE LAS FARC

Marzo 4 de 2016

Señores y señoras: aquí nunca va a haber paz. No es raro que los jefes del uribismo sean capaces de pronunciar «la venezolanización de Colombia» sin tartamudear, ve-ne-zo-la-ni-za-ción, pues es sin balbucear que –ahora que un hermano del expresidente Uribe ha sido acusado por «homicidio agravado y concierto para delinquir»– se permiten soltar sambenitos inescrupulosos como «¡Santiago Uribe es un secuestrado de la Fiscalía!», «¡el fiscal dirige un cartel de testigos!», «¡la oposición ha sido judicializada como en Venezuela!», «¡quieren obligarnos a entrar al proceso de paz!», «¡Santos tirano!», «¡Santos indigno!», «¡persecución!», «¡rebelión!», «¡por menos comenzó “la Violencia” en Colombia!». No es insólito que los alfiles uribistas marchen por este tablero de ajedrez para pedirle la renuncia al presidente en la Casa de Nariño, ni es impensable que amenacen con todas las formas de lucha, y luego se vayan a almorzar.

Pero sigue siendo cruel recordar que aquí nunca va a haber paz porque a falta de justicia, y de humanidad, todo el mundo puede irse a la tumba amortajado en su versión de los hechos: «Fui un prohombre», «fui un patriarca».

Uno les cree a las cabezas uribistas lo que ve: que la calumnia es una costumbre nacional; que la justicia colombiana da miedo y habrá que acatarla cuando exista; que el protagonismo ha dado a los jueces el desprestigio de los políticos,

y el montealegrismo del fiscal sólo es comparable con el ordoñismo del procurador. Tienen razón los rectores del uribismo –sobra la felicidad por la captura de Santiago Uribe, por ejemplo– e incluso se ven cuerdos hasta que de pronto empiezan a hacer ficción, y entonces desconocen las investigaciones sobre el paramilitarismo psicopático y refundador de la patria en plena tierra del capturado, y desestiman la lectura de El clan de los doce apóstoles de Olga Behar, y en un caso de sugestión colectiva digno de estudio, en una fascinante muestra de «culto con una sola mente», se portan como mártires perseguidos por «un chavismo», y predicen la violencia del pasado en pleno proceso de paz.

Uno les cree a los amos y señores del uribismo, en fin, hasta que se regodean en el fracaso de la democracia: «Así comenzó Venezuela...». Uno entiende su lógica hasta que cometen la irresponsabilidad de mentirle a su auditorio: ni la justicia está en las manos del presidente, ni en una tiranía puede calumniarse al tirano, ni el proceso contra el señor Uribe comenzó el lunes pasado, ni el hermano de un expresidente es un ciudadano con fuero. Suele repetirse lo que se vio en la infancia, y muchos de los políticos de hoy crecieron viendo a sus padres odiar a muerte, pero tiene que ser el colmo de lo trágico esto de recrear desde los nuevos púlpitos un país partido en dos, simple y pirómano: de «azules versus rojos» a «paramilitares versus guerrilleros».

Quién aquí se va a hacer matar por las peleas entre ellos. Quién aquí se va a dejar conducir, como los padres y sus padres, a la idea de que la única solución es refundar a sangre y fuego.

Por lo pronto, nadie: sólo el excandidato Zuluaga, tan buen uribista y tan mal perdedor, vio el martes esos «millones de colombianos volcados a las calles para evitar la dictadura» que eran cuarenta fieles encorbatados rodeados de noticieros. Creo que los viejos políticos de ahora, empezando por los que fueron criados en el bipartidismo incendiario, están calculando mal una Colombia –ya extinguida– que aún no sabe que los azules se casan con los rojos y vive lista a hacerse matar por sus caciques. Pero me temo que no tendremos paz, así acabe el conflicto con las Farc, mientras estos pobres viejecitos que sólo tienen medio país sigan

llamando a la guerra para probar su inocencia.

ORACIÓN

TITULAR: DENTRO DE UN MES EMPIEZA LA BÚSQUEDA DEL NUEVO FISCAL GENERAL DE LA NACIÓN

Marzo 11 de 2016

Concédenos, Dios, un fiscal que no esté plagado de peros. Danos, Señor, un fiscal que no gobierne, ni milite, ni intimide, ni se estremezca todo cada vez que alguien le diga «buenos días, señor fiscal», ni pierda la cabeza en su poder tremebundo como vengándose de quién sabe qué complejos, sino que cometa la proeza de limitarse a su trabajo como un viejo lejano de los de antes. Que no sea la letra menuda del texto. Que no vaya por el mundo declarándose impedido: «No puedo investigar a esta EPS siniestra porque me pagaba cientos de millones por asesorarla». Que no pierda nuestro tiempo en los acezantes medios de comunicación, citándose a sí mismo alegremente, mostrándose magnánimo e irónico con sus críticos tembleques, lanzando latinismos como «in dubio pro reo» o «probatio diabolica», y se dedique más bien a la justicia.

Te pedimos, benignísimo Dios, por los méritos de tu crucifixión sin defensores y sin pruebas, un fiscal que no dé miedo, ni haga show: es cierto que hoy en día todo el mundo habla demasiado, sí, como una marcha de niños que ya no levantan la mano antes de sentenciar a diestra y siniestra, pero un fiscal de verdad –uno que no improvise cotejos de perfiles para enjaular inocentes, que no le pague miles de ridículos millones a ningún periodista encandilado por hacerles el trabajo a sus investigadores– tendría que ser el único capaz de morderse la lengua antes de lanzar acusaciones ligeras e indelebles en ruedas de prensa pensadas para los titulares. Que el mes que le queda al fiscal Montealegre, en fin, pase en dos días. Y llegue a la Fiscalía una autoridad que no hostigue, sino que encuentre; que no profiera primicias, sino imputaciones.

Provéenos, Señor, algo semejante a una justicia. Si tantos procesos definitivos han estado terminando con el enloquecedor «es su palabra contra la mía», como dramas de vida o muerte sin sus clímax, y tanto inescrupuloso ha conseguido declararse «un perseguido» o un «opositor judicializado» en su amañada versión de los hechos, es porque –a falta de justicia, a falta de un procurador que no haya sido elegido por los beneficiarios de su misericordia, a falta de un fiscal que no esté protagonizando su propia novela de aventuras: El conde de Montealegre– hemos ido acostumbrándonos a que nuestra historia oficial no sea contada por los jueces sino por las partes: también el exalcalde de Bogotá Samuel Moreno pudo llamarse a sí mismo «víctima», de 2011 a 2016, hasta que un juez indignado lo llamó «hampón de cuello blanco».

Permítenos, Dios santo, un fiscal adusto e insociable que no le sirva de pretexto a la derecha para dejar para la vida siguiente el relato sobre la marcha sangrienta del paramilitarismo: quién dijo que el pasado ya pasó. Consíguenos un fiscal tan cuerdo, tan serio, tan prudente, que el uribismo no pueda sumarlo a su prolífera lista de enemigos: «Cepeda, Coronell, Cristo, Giraldo, Maduro, Pérez Esquivel, Santos, Velásquez...». Entréganoslo tú, si tienes tiempo y no estás sordo, empuja al presidente de la república para que envíe la urgente terna de candidatos –y no vaya a dejarnos en manos del fantasma de Montealegre, y a media luz– ahora que la rezagada Corte Suprema de Justicia ha conseguido ocupar sus seis vacantes contra todos los pronósticos.

Líbranos un día, si es que puedes, de este sistema perverso en el que los políticos eligen a sus jueces: no toleres que volvamos a tener un procurador contra «los liberales» y un fiscal contra «los conservadores». Sálvanos, Señor, si acaso vuelves, pues de lo contrario seguiremos dependiendo de la consciencia de los vivos que consiguen llegar a los cargos más peligrosos de Colombia. Y la consciencia nunca ha sido nuestro fuerte.

ABRAZOS

TITULAR: SE PROPAGA EN COLOMBIA, EN EL AÑO BISIESTO 2016, EL MOVIMIENTO SOCIAL NACIDO EN SÍDNEY

Marzo 18 de 2016

Perdónenme el paréntesis, pero es por una causa importante. Hace cinco días, cuando acabábamos de comprar útiles e inútiles en una papelería de las que abren los domingos, tres regordetes desconocidos se nos lanzaron encima que dizque a darnos un abrazo gratis porque «todos necesitamos uno». Yo sabía que me iba a ir peor que al resto –los mimos me persiguen por las aceras populosas y los magos me fuerzan a ser su «un voluntario» en teatros de dos pisos– porque los recreacionistas huelen el miedo. Y entonces hice todo lo que se me ocurrió, desde camuflarme detrás de un par de compradores del periódico hasta evitar el contacto visual con aquel puñado de felices que además regalaban bendiciones, para evitar el peor estrujón de este mundo. Pero era, por supuesto, ineludible: y pronto, en contra de mi voluntad y de mi amor propio, me vi abusiva y brutal y tiernamente abrazado por el trío.

Mi esposa me preguntó «¿pero está bien?», ya en el carro, porque me vio pálido y vejado –y porque aquí en Bogotá tratamos de usted a los que abrazamos libremente–, y desde entonces le he estado repitiendo lo que me molesta de la escena.

Que yo puedo conseguirme mis propios abrazos. Que en el primer trimestre de este año imposible he soportado todas las barbaridades de un país que reza por las vacaciones de Semana Santa, y me he aguantado de buena gana a los

maldecidos taxistas bogotanos que toman la justicia en sus propias manos en vez de rebelárseles a sus abusadores, a un procurador capaz de destituir al hermano del presidente, como hermano, por servir de intermediario con las Farc, y a los políticos más peligrosos del hemisferio sintiéndose perseguidos por sus colegas –tan amigos que fueron, tan amigos que serán– mientras nos anuncian de a poquitos el apagón del 92, pero me niego terminantemente a que un extraño me arrulle con los ojos entrecerrados: este es mi límite.

Por supuesto, estos abrazadores criollos lo asaltan a uno en su buena fe, pero no tienen ni un pelo de originales: imitan un «movimiento social» de campantes y risueños canonizado por la gurú Oprah Winfrey e inventado en Sídney por el peor seudónimo del mundo: Juan Mann. Y el cartelito que se cuelgan al cuello, «abrazos gratis», es el estandarte de este mundo reciente que quiere programarles, forzarles, imponerles a los demás el optimismo: cada quien está en su derecho de acudir a las muletas que quiera, de hallar la sabiduría en otra ocurrente charla TED enviada por WhatsApp o ver la luz en la carta de una hija a su padre trabajólico, pero no sólo habría que tener claro que ningún estudio serio ha probado que ser positivo sane o salve, sino que elegirles a los demás una felicidad suele ser el principio fundamental del fascismo. Que se abracen entre ellos.

Puedo verme fundido en ese último abrazo pegajoso e interminable como una ofensa.

Puedo ver, desde la ventana del carro, a aquellos abrazadores dichosos diciéndonos «adiós» como profetas capaces de pronunciar la palabra «abrazatón». Su positivismo patológico (que según El diccionario del diablo «es hereditario, pero no contagioso») no me suena a coraje sino a negación, a tuteo rampante, a superación impersonal: a «Reduce Fat Fast para ayudarte a mantener la línea», a «Dios te bendiga», a «sé tu propio coach», y a «no eres una víctima porque todo está en tus manos», que es decir una infamia acá en Colombia. Sí, de tanto seguirles la pista a las noticias uno ve todo en llamas y cayéndose a pedazos, y espera que la Semana Santa nos salve del comienzo de este año, pero

lo cierto es que la política es un tema de pocos, la paz es un tema de foros y el país es un tema de nicho: estos tipos juran, por ejemplo, que la clave es obligarnos a abrazarlos.

CLIMA

TITULAR: LA ULTRADERECHA SE INFILTRA EN LA MARCHA DE LA DERECHA CONTRA LA NEGOCIACIÓN DE PAZ

Abril 8 de 2016

Ha diluviado en Bogotá y el clima se ha enrarecido desde la marcha uribista contra la paz. Quedó claro aquella mañana inclemente que la Plaza de Bolívar puede llenarse con cuarenta mil colombianos que no les creen una sola palabra al Gobierno y a las Farc. Pero también fue obvio que camuflados entre los manifestantes legítimos, que están, por supuesto, en su derecho de protestar con el expresidente Uribe, marcharon también puñados de neonazis; de fanáticos religiosos con estandartes y camándulas; de patrioterros como el engafado que llegó a gritarle a la cámara de un noticiero «¡la muerte del tirano es agradable a Dios!»; de nostálgicos incautos que se han comido el cuento de que en La Habana no se está negociando que miles de guerrilleros entren al capitalismo, sino que millones de ciudadanos caigan en el comunismo.

Podría decirse que marchaban –algunos con el uniforme de la selección colombiana– para que nada cambie, para que esto no deje de ser de su Dios del Antiguo Testamento y de sus patriotas que nos libran de los comunistas hijos del diablo, y para que saltarse la ley, y ajusticiar, sigan siendo señales de tener el poder.

En Colombia rebeldía es cumplir la ley. En Colombia resistencia es defender las instituciones. Ha habido aquí desde el principio un pulso desigual entre acatar unas reglas bienintencionadas, que «se obedecen pero no se cumplen», y

entregarse a los regímenes vengadores que ponen las cosas en su sitio –que han prometido, del siglo XIX a hoy, la pacificación, la regeneración, la revuelta, la refundación de la patria– pero someten los derechos a la opinión de las masas como si «democracia» significara «Gobierno de las mayorías». Sería lo ideal –lo democrático al menos– no sacrificar un solo centímetro de libertad por un solo gramo de seguridad, pero tanto la corrupción rampante como la impunidad, tanto la violencia acechante como la morosidad de los Gobiernos suelen crear pueblos que anhelan el autoritarismo.

Y entonces resultan revolucionarios los líderes que a pesar de los gritos repiten que para conseguir el orden no es necesario extirpar los derechos, que la idea es pactar que todos los colombianos regresen a la ley.

No ha vuelto a amanecer desde el día de la marcha. Si uno saca la cara por la ventana, para asomarse a la política colombiana, respira el aire irrespirable que va dejando Uribe a su paso: qué diablos hicimos para merecer este país en donde él decreta el clima. Hace ocho días yo, que en los últimos cuarenta años no he tenido contratos con ningún Gobierno, y creo que todos estos presidentes comparten eso de reducir el Estado a repartidor de negocios, me vi obligado a recomendarle la lectura del título V del Código Penal –«Delitos contra la integridad moral»– a un tipo que me preguntó por Twitter cuánto me había pagado Santos para que ejerciera mi derecho de criticar la marcha uribista. Y pensé «qué habrá que tener adentro para caer en la tentación de la injuria». Y «es increíble que seamos incapaces de tener algo en común».

Dice Enrique Serrano, hablando de su libro ¿Por qué fracasa Colombia?, que nos ha unido el miedo a los peores ejércitos, pero debería congregarnos una educación sobre nuestro destino: el descubrimiento de nuestra historia «sin cortapisas ideológicas». Y sí, tiene que haber cosas mejores que nos unan – mejores que los espantos: el pasado y la suerte de los hijos, por ejemplo– y tiene que haber voces que nos detengan antes de aplastar a los que piensan diferente. Si algo revela la tempranera encuesta presidencial de «Pulso País», que ve a Fajardo ganándoles por poco a los azuzadores de siempre, es que está

despertándose entre nosotros el sano instinto de librarnos de este clima.

CARCAJADA

TITULAR: MENOS DE LA MITAD DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA ESCUCHÓ A LAS VÍCTIMAS EN SU DÍA

Abril 15 de 2016

Resulta completamente normal que un congresista se tome una selfie en su mullida curul, y luego haga corrillos frívolos con sus colegas de sport, y después eche chismes con los demás padres de la patria en un rincón de mármol, mientras una víctima del conflicto pronuncia las palabras más importantes de su vida en el atril de la solemne sesión del pasado sábado 9 de abril. Resulta predecible la bulla indignante en aquella sesión que ciertos miembros del Congreso –los que van– les dedican año por año a los caídos de la guerra colombiana. Pero no deja de sorprender que en plena conmemoración, en pleno 2016, a un legislador se le escape una carcajada estrepitosa justo cuando un mártir está teniendo el coraje de contar su pesadilla, de elevar su plegaria por lo que sea que viene: juajuajua.

Tiene razón la víctima que hacia las 11:00 a.m. se atreve a decirles a los congresistas «nosotros los escuchamos con tanta amabilidad cuando ustedes van a los territorios a pedir voticos, pero cuando venimos al Congreso ustedes no nos escuchan...». Tiene razón el presidente del Senado cuando con resignación de prefecto de disciplina llama al orden a un puñado de alegres congresistas que, según los cronistas, parecen mucho más interesados en las anécdotas del senador Roy Barreras que en la voz dolida que nos ruega a todos que no olvidemos así de fácil a las viudas, a los huérfanos, a los heridos de muerte que sigue dejando el conflicto. Que los legisladores se porten a la altura de su mala imagen, digo yo, que sean su estereotipo, pero no tanto.

El 13 de julio de 1988, mientras se negociaba con el M-19 la liberación de Álvaro Gómez con miras a un proceso de paz, seis «violentólogos» –así los llama El Tiempo del día siguiente– examinaron esta guerra nuestra en el Congreso: el historiador Jorge Orlando Melo leyó una estupenda conferencia en la que recuerda que aquí la inversión pública apuesta por los ganadores, el Estado legaliza la evasión remplazando impuestos directos por indirectos y las reformas agrarias defienden el statu quo; advierte que la peor violencia sucede cuando pocos creen en los mecanismos estatales de solución de conflictos y la desconfianza entre los bandos se vuelve paranoia; y aclara que la violencia en Colombia no existe porque haya injusticia social, sino porque la ciudadanía no se siente representada por sus partidos ni por sus instituciones.

Veintiocho años después demasiados congresistas sólo se representan a sí mismos y sueltan carcajadas cocteleras cuando las víctimas están pidiéndoles que cometan la osadía de escucharlos.

Y la resistente Gloria Gaitán, que perdió a su padre aquel viernes 9 de abril en el que los partidos dejaron de representar a sus electores, está pidiéndoles que por fin caigan en cuenta: juajuajua.

Y sólo los apellidos que han visto la orfandad de la guerra, Cepeda, Cristo, Gaviria, Galán, Navarro, Reyes, Robledo, Uribe, atienden las súplicas de las familias rotas. Y notan que, palabras más, palabras menos, las víctimas están prediciéndoles el pasado: y están diciéndoles que otra vez la derecha tiesa está convencándose de que las mayorías están por encima de la ley; que la izquierda severa está repitiéndose que los poderosos terratenientes de siempre, que todo lo cambian para que todo siga igual, están condenados a irrespetar los acuerdos, y que los paranoicos de un lado y los trastornados del otro están titubeando a la hora de desarmarse. Y entonces, para combatir el miedo y la monomanía que traen los procesos de paz, no sobrará que el Estado sea el primero en creer en el Estado: que apueste por la justicia e invierta en todos lo que cobre a todos. Y sus parásitos dejen de producir estas tristes ganas de reírse.

TONITO

TITULAR: PRESIDENTE DE ECOPETROL SE BURLA DE PROFESOR EN DEBATE POR LICENCIA AMBIENTAL

Abril 22 de 2016

Usted cree que está por encima de todo. Usted está explicándoles la civilización a todos estos indios. Usted llama al ingeniero Vanegas «una persona que con una tarjeta de profesor viene a decirnos que descubrió que el agua moja», y exige hablar con alguien de su mismo nivel, no tanto porque el experto en hidrocarburos acabe de cuestionarle la explotación petrolera en La Macarena, en plena Sección Quinta del Senado, sino porque usted no tiene conciencia de que las cámaras de Noticias Uno están grabando sus declaraciones desdeñosas. Usted es el exdirector de planeación, exconsultor del BID, exdecano, exministro Juan Carlos Echeverry, presidente, a los 53, de Ecopetrol, pero no se dé su propia importancia, ni doblegue a sus contradictores con sarcasmos fallidos, ni acabe convertido en el enésimo tecnócrata que jura que la debacle ambiental es una leyenda urbana: no lo es.

Dijo el conde de Buffon: «El tonito es el hombre...». Y el tonito suyo –de espíritu fino de la época, de hombre de su propia ciencia, de inventor del eufemismo «la mermelada»– es el mismo tonito del alcalde bogotano que llama potrero a una reserva ecológica; el del ministro desconcertado que jura por el establecimiento que no es lo mismo una «bacrim» que un «bloque paramilitar»; el del expresidente destemplado –perdón: el exsecretario de la OEA desmedido– que osa gritarle al mundo «uno en estas cosas no puede simplemente ser sumiso, obediente, reverente: que me jodan...» refiriéndose a un fallo internacional. Bienvenidos a la era del «usted no sabe quién soy yo». Bienvenidos al tonito soberbio, displicente, de la República Neoliberal, que es pura desconfianza en la

inteligencia de «la gente».

Que pase el progreso. Que se hagan a un lado los nostálgicos de aquel país de ríos verdes y de patasolas desplazadas y de siervos reticentes a la historia. Que se abra paso ese tonito.

Que es el tonito ceñudo de quienes repiten que hay que mejorar los índices de pobreza, y hay que vencer el machismo y la homofobia, pero son capaces de decirle a cualquiera que lo atienda –ay, lo he visto– «pero quién le está pidiendo a usted que piense». Y es el tonito de aquellos que, a veces con las mejores intenciones, ven el paisaje –y lo que sea que haya ahí– en planos generales: desde arriba todo es menor y es pasajero, y «hay que romper algunos huevos para hacer una tortilla». Y repiten, exasperados por las taras colombianas, que los ambientalistas no son pragmáticos, sino mamertos, indignados de oficio, desinformadores con agenda. Y cuando ya no haya Colombia, que tampoco habrá país para sus nietos, dirán «es que ahora es muy fácil decir que la explotación minera iba a arruinar Caño Cristales, pero en ese entonces...».

Usted, igual que el profesor Vanegas, debe saber de qué está hablando: seguro que sí. Usted podría explicarle sin sarcasmos a este auditorio, como él al Senado, por qué lo que usted propone es lo mejor para el país. Y en nombre de su amor por la academia, en memoria de todos esos negocios estatales que se hacen «como sea» porque «igual la gente no entiende», y como señal de que alguno allá arriba ha captado que el tonito ha estado haciendo al hombre, podría dejarle un pequeño margen a la duda: porque ¿y si usted no tiene la razón?, ¿y si hay más y más «acuíferas secadas por proyectos petroleros» aunque usted no lo crea?, ¿y si una solución a esta democracia tan tambaleante como todas es justamente el talento de los Gobiernos para escuchar, y hacer sentir escuchados, a quienes se han sentido arando en el desierto colombiano?

YOUTUBERS

TITULAR: FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE BOGOTÁ COLAPSÓ POR LA PRESENCIA DE LOS NUEVOS ÍDOLOS

Abril 29 de 2016

Qué vergüenza con los YouTubers. Qué vergüenza con Garmendia, Martínez, Villalobos. Ellos están en sana paz en sus exitosísimos canales de internet, reinventándoles la rueda a los niños que acaban de empezar a rodar – descubriendo a su modo nuevo máximas arcaicas tipo «conócete a ti mismo», «sigue tus sueños», «cría cuervos y te sacarán los ojos»–, hasta que alguna editorial en la legítima búsqueda de un autor con público les pregunta si de casualidad no han pensado hacer un libro. Y sí, ellos prestan su personaje, prestan su fama hecha clic por clic. Y todo va bien, porque nadie está engañando a nadie, hasta que aterrizan en el viejo mundo de los libros. Y entonces, cuando su encuentro cercano del tercer tipo con la gente es abrumadoramente obvio, se les llama un síntoma de la debacle de la cultura.

Es increíble. De un día para otro son invitados de honor, junto a Alexiévich y Nooteboom –y por qué no–, a la estupenda Feria del Libro de Bogotá. Sus miles de seguidores hacen una fila interminable para conseguir su autógrafo: ¡garmendiamanía! Y –llena de protagonistas acostumbrados a considerarse quiijotes que no dan su brazo a torcer en su batalla cruenta contra los índices de lectura, llena de figuras que se regodean en la idea de la inutilidad de la literatura, llena de autores acomodados que un mal día decidieron que un best seller es una conspiración del establecimiento, llena de espíritus finos de la época habituados a concluir que todas las multitudes son de subnormales– la Feria colapsa bajo una avalancha de fans. Pero, en vez de leer entre líneas la

noticia, el viejo mundo decreta el Apocalipsis que sabemos.

Se atribuye al Sócrates del siglo V antes de Cristo, porque tendría gracia que así fuera, la primera vez que se denunció a «los jóvenes de hoy en día...».

En fin. Si el canal de YouTube de Garmendia tiene 27 408 321 suscriptores a esta hora es porque el nuevo público no está en un sofá pasando canales, sino en cualquier lugar del mapa de Google presionando la pantalla de su teléfono como una ventana indiscreta: no es en los medios de siempre, que pusieron las reglas durante siglos, sino ahí, en YouTube, en Facebook, donde está la gente, donde está el dinero. Si ciertos nostálgicos de la alta cultura desprecian el fenómeno, como elevando una plegaria por una literatura que sólo sea el triunfo de la inmensa minoría, es porque no han visto aún las publicaciones de los héroes de las redes como el camino inesperado para confirmar a los seguidores como lectores, como iguales: quizás –y por qué no– las editoriales logren que esos libros además de leídos sean buenos.

Si los YouTubers tienen derecho a actuar en esta Feria enorme, que mañana sábado sabrá sentarlos, Dios, donde no armen infierno, es porque las librerías están hechas de voces que nadie pudo callar; porque el asunto del evento ha sido la paz en paz que se pretende; porque la experiencia de estos personajes de las redes podría llevar a la pregunta fundamental de «para quién, para qué diablos se escribe», y tendría que servir para sacudirse la idea, de élite, de que toda popularidad es impura. Escribimos lo que escribimos para articular la extrañeza enfrente de quien lo necesite, pero leemos lo que leemos –los libros, los estatus de Facebook, los videos, las columnas– para leer mejor los hechos, para volver de la lectura con noticias del mundo.

Y si va a ser un YouTuber el que llame a la lectura, así no le diga nada nuevo a nadie viejo, pues que sea: conozco un niño que el sábado pasado hizo en vano una fila de seis horas para conseguir la firma de Garmendia, y quedó con ganas de volver al día siguiente por un par de libros, y aprendió que la gente se cuela

acá en Colombia.

PAPÁ

TITULAR: EL PROFESOR EDUARDO SILVA SÁNCHEZ MURIÓ EN BOGOTÁ A LOS 76 AÑOS DE EDAD

Junio 3 de 2016

Mi papá vivió tan bien que su muerte tomó por sorpresa a todo el mundo. Durante los últimos dieciséis años de su vida sólo le funcionó el 39 por ciento del corazón, por culpa de un infarto de aquellos, pero, porque tenía a mi mamá día por día, porque sus ganas de vivir eran envidiables, porque no perdía el tiempo en dramas ni en nostalgias ni en maquinaciones, y no contemplaba la posibilidad de faltarle a su familia o a sus alumnos –el amor era una disciplina en sus manos: era estar siempre–, mi papá se veía como si no fuera a morir. Siguió su rutina hasta el final. Dio sus clases de Física, entregó a tiempo las notas, presidió reuniones de su Escuela Colombiana de Ingeniería. Hizo bromas a todo el que se cruzó. Se sentó con mi mamá a ver sus series en las noches. Dedicó sus fines de semana a nosotros. Y así hasta este lunes que murió.

Él, por él, habría vivido siempre, para recibir estudiantes, para defender una universidad que se quite el vicio de las jerarquías, para ver sus partidos de fútbol. Pero su cuerpo de 76 años no dio más.

En el funeral estuvieron sus amigos, sus hermanos, sus sobrinos, sus compañeros del San Bartolomé, sus aliados de la Universidad Nacional, sus colegas de la Escuela, sus socios de Acofi. Pero sobre todo estuvieron sus alumnos: y fue claro que su obra, su presente, es una multitud de buenas personas que –eso nos dijeron todos, uno por uno, en los abrazos de pésame– han sido, son y serán lo

que son gracias a él. Mi papá, que no tuvo padre, pero fue de lejos el mejor de todos, tenía fe en la educación porque desde niño fue un maestro de sí mismo. Y así consiguió darnos a todos una vida mucho mejor de la que recibió, y su amor inagotable fue correspondido: «Su papá era un abuelo para mí –me reconoció un alumno suyo, de dieciocho, de este semestre– y es la única persona que conozco de la que no tengo nada malo que decir».

Yo le entendí a mi papá, el maestro Eduardo Silva Sánchez, bogotano en el buen sentido de la palabra, que no hay que caer en la trampa de darse la propia importancia: que lo importante de uno son los otros, que nada de malo tiene esto de sólo ser «el hijo de Marcela», «el hermano de Eduardo», «el esposo de Carolina», «el padrastro de Pascual», «el papá de Inés». Cuando yo era niño solía pedirle a Dios que no me dejara ser más alto que mi papá: ahora, a los cuarenta, cada vez más orgulloso de sólo ser su hijo, cada vez más triste de haberle dado el lunes un último abrazo («gracias por todo», le dije), sé que estar a su altura es imposible, pero puedo levantarme temprano, trabajar sin aspavientos en lo que trabajo, estar en la casa por tarde a las seis, leerles a mis niños como él me leía por las noches, y verlo en el espejo cada día más: soy él.

Mi papá, que daba Física pero también leía vidas mejores con el tarot, decía que uno no muere sino que se transforma, que el tiempo no existe, que él ahora mismo no sólo está acá, sino que está haciendo reír a sus nietos, está dejándome en las puertas del colegio a las 7:30 a.m., está pidiéndole a Marcela que se casen al final de 1968, está siendo elegido rector de la Escuela, está fijándose en los ojos brillantes de su primer hijo, está esperándome abajo para que vayamos juntos a peluquearnos las calvas, está sentándose en su cama por última vez, está haciendo el crucigrama del domingo con mi esposa, está jugando fútbol con sus hermanos en el patio de la casa de su madre, está dictando a los trece años su primera clase de la vida, y está diciéndole a un estudiante –otro hijo que es lo que es gracias a él– que no se sienta raro, que no tema.

Quienes lo conocieron dirán «me consta», «así es». Pero la idea es que los demás sepan que en el mundo hay un hombre que nunca faltó a nadie.

ALIVIO

TITULAR: EL GOBIERNO COLOMBIANO FIRMA CON LAS FARC, EN LA HABANA, EL FIN DEL CONFLICTO

Junio 24 de 2016

Tengo en mi escritorio un texto de mi abuelo el político, de 1969, que nos recuerda que ni el Gobierno de Lleras Camargo pudo comprar «con dineros» las voluntades indóciles de los guerrilleros de las Farc, ni el Gobierno de Valencia debió celebrar con un banquete en el Hotel Tequendama –porque era mentira– el exterminio de los insurgentes «a quienes la burguesía y la prensa llaman bandoleros»: hacia el final del texto no sólo asegura que el error trágico ha sido encarar a la guerrilla «con el criterio de la represión», sino que recupera la cita clásica «los muertos que vos matáis gozan de magnífica salud» porque «a Tirofijo y a otros caudillos guerrilleros se les ha enterrado de diez a quince veces» en este país gobernado por unos cuantos apellidos que un mal día prefirieron convertir en política pública esta costosa guerra ajena: que mueran ellos.

Tengo en mi escritorio este texto, digo, porque la noticia del fin del conflicto de medio siglo con las Farc –la noticia del cese al fuego, de la dejación de las armas– no sólo es un alivio para mis niños, sino también para mis muertos. Por demasiado tiempo, como si no supiera nada más, como si sospechara que fuera del horror queda un horror peor, Colombia ha sido un país lleno de fantasmas que no han tenido paz, un país que no ha tenido futuro porque su presente ha sido un pasado que se desconoce (ay, la tropa de Ruiz Novoa, en el 64, masacrada en Marquetalia por los guerrilleros muertos), y que se acabe una de sus guerras es vivir por fin en otro sitio, en otro aire. Bienvenidos todos los lugares comunes, de la palabra «histórico» al hashtag #ElÚltimoDíaDeLaGuerra,

de la alegría inesperada a las ganas de llorar: es que la paz es la paz.

Me decía un ingenioso de aquellos hace ocho días, conociéndome de memoria sin tener ni idea, «usted habla de paz porque no le han matado ni le han secuestrado a nadie». Quise responderle «no sé si un par de tíos cuentan», porque se cansa uno a veces de tanta mezquindad a sueldo, pero pensé a tiempo que esto de la paz se trata de reconocer que todos los que han matado nos los han matado a todos. A las 5:30 a.m. de antes de ayer, que me desperté intranquilo, estaban dando en la televisión el clásico de vaqueros A la hora señalada: y me impresionó, porque no me acordaba, la escena aquella en la que el pueblo no logra ponerse de acuerdo ni en la iglesia –es el lejano Oeste: es Colombia– en que la paz no es contratar la venganza, sino respaldar la justicia así a uno le hayan arrancado a una persona como un órgano.

Dejar de creer que el futuro es problema de los hombres del futuro, dejar de pensar que el pasado es problema de los hombres del pasado.

Estoy viendo en la televisión más vieja de esta casa, ahora, la emocionante declaración en La Habana del fin de esta guerra que siempre ha estado ahí, aquí. Veo a las Farc el día en el que están dejando atrás su propio nombre: «Que este sea el último día de la guerra», repite Timochenko. Escucho al presidente Santos –y no hay un mejor representante de la clase dirigente de estos siglos, y sería una infamia negarle el coraje– esperanzado en que cuando se vea que ya no están las Farc, ni sus armas, ni sus víctimas, será claro que la paz es el alivio: «El fin del conflicto es el punto de partida», dice. Y cómo no sentirse aplacado, como volviendo de una enfermedad, ante la imagen de tantos enemigos vestidos de blanco. Cómo no dormir mejor si hay una guerra menos en el mundo, si hay otra prueba de que no estamos condenados a condenarnos, si es probable lo increíble.

Pienso, al final, en qué dirían mis muertos si pudieran: que no ha sido en vano – imagino– esto de haber vivido reclamando el derecho a morir de viejos en Colombia.

TEATRO

TITULAR: LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA ENTREVISTA A LOS TRES CANDIDATOS PARA SER FISCAL GENERAL

Julio 1º de 2016

Sube el telón. Salen al escenario los tres juristas que esperan convertirse en el fiscal general de la nación: «¡Bravo!», gritan los poquísimos espectadores que aún quedan en el auditorio; «¡ese es!, ¡ese es!», repiten aunque uno de los tres sea mujer. Desde el principio del primer acto la prensa vaticinó que, no obstante aquella convocatoria pública de la presidencia que les partió el corazón a 152 aspirantes, esta –en orden alfabético– iba a ser la terna para elegir al fiscal: Mónica Cifuentes, Néstor Humberto Martínez, Yesid Reyes. Se dijo asimismo que el puesto, que parece rezado porque ha enloquecido a varios, estaba reservado para el candidato que más dudas despierta entre los críticos porque es el que menos dudas despierta –él y James– entre los políticos que se odian en sus ratos de ocio... pero qué otra clase de ratos tienen los políticos.

Se dijo, digo, que el puesto sería para el exasesor, el exministro, el exsuperministro de todos los expresidentes: para Martínez. Y sin embargo aquí estamos: en suspenso.

Salen al escenario, que es la Corte Suprema de Justicia, los tres que fueron finalistas desde un comienzo: Cifuentes, Martínez, Reyes. Cada cual se presenta, como en los reality, «de cara al país»: Cifuentes promete a los veintitrés magistrados de la Corte que no le interesa la politiquería ni el protagonismo (recuerde usted, espectador, «el síndrome de Montealegre»), sino una Fiscalía

eficiente para el pesimista ciudadano de a pie; Martínez propone una serie de soluciones para sacar a Colombia del deshonroso tercer lugar en impunidad en el mundo, pero, en su afán de desatascar la justicia, asegura que no es la violencia intrafamiliar sino su criminalización lo que ha roto tantas familias, Dios; Reyes insiste en articular los organismos de investigación con, por ejemplo, la policía judicial, para evitar desmanes e ineficiencias.

Fin del segundo acto: no creo que la elección de alguno de los tres, que es lo que sigue, sea el acabose de una institución que ha estado tocando fondo desde que fue inventada.

Sería otro país sin embargo si el elegido por la Corte fuera él, el exministro Reyes, que dio su palabra de que una vez cumplido su periodo –si fuera el fiscal– se dedicaría hasta el final a dar sus clases nada más, pero su función en este simulacro parece ser darle la gravedad del drama: su trabajo es ilusionarnos a todos, empezando por él, con que la elección de Martínez no está cantada, con que en el país de las palancas y los recomendados de nosequién existe una mínima posibilidad de que un abogado de las entrañas de tantos poderosos no sea el nuevo fiscal general de la nación. Y la supuesta seriedad de los magistrados de la Corte, que han tratado de reunir los dieciséis votos necesarios para que sea escogido alguno de la terna, ha contribuido a la misma fantasía, al mismo suspenso.

Sería otro país, digo, porque aún no lo es, porque el clímax del tercer acto va a ser el que se veía venir desde el comienzo: el fiscal Martínez. Y cuando caiga el telón, «¡ese era!», y los tres candidatos salgan al escenario a dar la última venia –ante nadie, claro, porque el verdadero drama es que el auditorio está medio vacío, medio lleno–, lo único que quedará será esperar lo mejor. Qué más se puede hacer cuando la idea es seguir viviendo. Fiscalizar al fiscal. Repetir que todas estas sesudas e iracundas discusiones que tenemos sobre la paz y la economía y los derechos y el futuro de la patria son una tontería, palabras malgastadas entre nos y punto, si la justicia sigue siendo el refugio de los políticos perezosos, el castigo que no sucede después sino durante el proceso, la

pesadilla sin fin de aquellos a los que en teoría sólo les queda la justicia.

JURGO

TITULAR: COMIENZA EL ÚLTIMO SEMESTRE DEL SEGUNDO PERIODO DEL PROCURADOR ALEJANDRO ORDÓÑEZ

Julio 8 de 2016

Sólo me sirve la expresión colombianísima «un jurgo» cuando pienso en los seis largos, peligrosos e injustos meses que faltan para que se vaya el ultra religioso procurador Ordóñez de su trono, de su altar: no falta más ni falta menos que «un jurgo», porque un jurgo es un montón y es demasiado, para que termine el segundo periodo de este insaciable vigilante del Estado que –con nostalgia violenta por una democracia que no lo sea tanto: «Cara al Sol con la camisa nueva...»– ha estado luchando para que Colombia vuelva a ser ese país de machos de Dios que ha querido ser y ha sido. Todo lo que no sea él, según él, se ha estado extralimitando aquí en Colombia en estos años: las mujeres, los homosexuales, los liberales, los pacifistas, los animales. Pero, como acá todo vago con cierta notoriedad puede amanecer convertido en «presidenciable», su discurso no parece de moralista sino de doblemoralista, de candidato.

Y seis meses son eternos si los tiene a su favor un candidato que puede inhabilitar a los demás candidatos, pero además son un jurgo de tiempo si no hay nadie que vigile al vigilante.

Por qué vale la pena otra columna sobre Ordóñez: porque no hay que acostumbrarse al hecho de que mes por mes por mes estemos pagándole su salario a un hombre que no elegimos –dicho sea de paso: estamos pagándole un jurgo– para que vaya por ahí repitiendo temeridades como que en el proceso de

paz «sólo hay una parte: el Gobierno y las Farc»; porque se están cumpliendo veinticinco años de una Constitución para todos, la de 1991, que los astutos retardatarios de su talla han conseguido forzar para que siga defendiendo a los temibles de siempre como un manual de exclusión; porque el indescifrable Consejo de Estado, en un giro de aquellos, está a punto de declarar lo evidente: la ilegalidad de la reelección de Ordóñez –pues, violando el artículo 126 de la Constitución, fue ternado por magistrados en deuda con él– en las peores horas de 2012.

Y el Procurador ha estado entorpeciendo el proceso a más no poder, como cualquier Petro con cualquier Ordóñez, a punta de recusaciones contra los consejeros que tienen la destitución entre sus manos.

Y así, con sus mañas de populista que el pueblo desconoce, está cumpliendo tres años y seis meses en un cargo que tendría que habernos devuelto desde el primer día.

Y el Consejo de Estado no sólo ha rechazado su comportamiento «desleal», «dilatatorio» e «indigno», sino que desde la semana pasada ha pedido que sea investigado disciplinariamente: que alguien vigile al vigilante.

Por qué vale la pena seguir escribiendo sobre el procurador: porque su presente es tan peligroso como su pasado; porque denunciar sus métodos no es un ataque personal –que allá él si quiere ir de tirantas o ponerse cilicio o presentar los deportes en Noticias RCN–, sino un llamado a que nadie esté, ni mucho menos se sienta, por encima de la ley; porque va siendo hora de escribir, en un aviso clasificado, que esta próxima vez se busca un procurador que jure por la Constitución de 1991 que va a cumplirla, que dedicará su periodo a la defensa de los derechos de todos, a la paz. Oí ayer, por ahí, que alguien le decía a alguien que aunque sea lo justo no vale la pena ya pelear para que la elección de Ordóñez sea declarada ilegal «porque ya sólo nos quedan seis meses de este suplicio». Y fue entonces que decidí escribir de esto porque lo justo es lo justo.

Y porque seis meses más de abusos del poder, seis meses más de infamias contra el proceso de paz, seis meses más de azuzar a los violentos, seis meses más de estridentes discursos en contra de los derechos de las mujeres, son una pesadilla por delante: un jurgo, sí, pues el tiempo sólo pasa volando si estamos a salvo.

INMARCESIBLE

TITULAR: AGENCIA DE PUBLICIDAD EN LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA ESTROFA PARA EL HIMNO NACIONAL

Julio 22 de 2016

Sí, el Himno Nacional de Colombia es el poema inverosímil de un presidente conservador que dijo ser liberal: «¡Oh, gloria inmarcesible!, ¡oh, júbilo inmortal!». Es una marcha de guerra, compuesta en 1887 por un reticente profesor italiano, denunciada alguna vez por un colombiano de profesión por ser sospechosamente parecida a una ópera de Donizetti llamada Belisario, cómo no. Ha sido celebrado sin temerle al ridículo: «Es el segundo mejor del mundo...». Ha sido parodiado para que se parezca más al país: qué bueno es el Aquí manda el patrón de la película El colombiano dream. Ha sido remplazado por Soy colombiano, por La tierra del olvido, por Qué bonita es esta vida. Fue demandado ante la Corte Constitucional en 1997 por –según dijo el demandante– llamar a la rebelión armada, a la lucha de clases, a la discriminación, a la violencia: «"Deber antes que vida", / con llamas escribió».

Pero hasta la semana pasada, cuando lo planteó una agencia de publicidad, nadie había propuesto hacerle al pobre himno una estrofa nueva que simbolice el nuevo país «en paz».

Puedo imaginarme la adrenalina de «los creativos», «uy, ¿y si le pedimos a la gente la estrofa del posconflicto?», pero no me parece que la idea esté midiendo qué tan capaces somos del optimismo, sino que está recordando que el patriotismo es el as en la manga de los violentos. Qué importa el himno: la

propia Corte dijo en su respuesta a la demanda –en la sentencia C-469 de 1997– que «es patrimonio cultural de la nación», pero que «no tiene en sí mismo fuerza vinculante como norma de derecho positivo». Es un monumento que suena a las seis, sí, un recordatorio de la historia que tendremos que asumir: Núñez escribió «La Virgen sus cabellos / arranca en agonía...», por ejemplo, porque hemos carecido de sentido del ridículo. Y sin embargo, ante la propuesta de reformarlo, demasiados reaccionan como si les estuvieran poniendo en duda a la mamá.

Es que todo el mundo se ha sentido «un patriota» aquí en Colombia: los conspiradores que crucificaron a tiros a tantos candidatos presidenciales; los grupos guerrilleros que secuestraron, extorsionaron, pusieron collares bomba para librarnos del imperialismo; los narcos sanguinarios con ínfulas bolivarianas que llevaron la guerra a las ciudades; los grupos paramilitares que masacraron, descuartizaron, jugaron al fútbol con cabezas para librarnos del comunismo; los caudillos delirantes que propusieron marchar este veinte de julio con banderas y camisas negras («porque negra tengo el alma...») como parodiando los símbolos fascistas, como partiendo de la base de que nadie conoce la historia, y mucho me temo que podría haber escrito este párrafo en presente.

Pueden escribirle al himno la estrofa doce, por qué no si no es más que un experimento, pero la verdad es que se le pide demasiado al lenguaje aquí en Colombia («una palabra tuya bastará para sanarme...») porque se espera muy poco de los colombianos. Pueden cambiar el poema de Núñez, por mí que lo hagan, pero sobre todo para molestar a ese patriotismo arrogante e implacable que ha estado recorriendo el mundo desde Oriente Próximo hasta Estados Unidos: por eso mismo, para que no se sigan cometiendo infamias en el nombre de «la patria» ni de «la democracia, maestro», para que sea claro que creemos que todos los colombianos cabemos en Colombia, para reconocerles a las víctimas esta guerra que no ha sido un embeleco de los campesinos, sino una pesadilla en este país a esta hora de este día, hay que votar «sí» a los acuerdos de paz en el plebiscito aprobado por la Corte.

Nuestra necedad no tiene por qué ser inmarcesible. Para qué una estrofa doce,

para qué diablos la ley, si aquí sigue mandando el patrón.

INTOLERANCIA

TITULAR: JORNADA DE MARCHAS CONTRA LAS CARTILLAS DE EDUCACIÓN SEXUAL DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Agosto 12 de 2016

Era lo que faltaba, sí: una insólita marcha contra la tolerancia. Pero tenía que pasarnos un día, claro, porque podrá decirse lo que sea de Colombia, pero no que aquí no pase lo monstruoso, lo impensable. Un, dos, un, dos: ahí vienen los vengadores de la familia tradicional que sólo existe en sus cabezas; vienen los coleccionistas de señales del fin del mundo hechos a creer en «castrochavismos» o «colonizaciones homosexuales» con tal de confirmar que desde hace un par de siglos se cuece a fuego lento una conspiración judeo-masónica contra los valores católicos; vienen los patronos de las buenas costumbres que, como curas perversos, dan la vida por sus malos hábitos: por el racismo, por el clasismo, por el machismo, por la homofobia que han sido sus ases en la manga, y su patrimonio.

Pero sobre todo vienen los políticos carroñeros e incendiarios de la oposición, de Ordóñez a Rangel, que no van a perderse una sola oportunidad de enrarecerlo todo: de valerse de cualquier pretexto – por ejemplo: de la orientación sexual de la ministra de Educación Gina Parody, por Dios– para convertir el absurdo plebiscito por la paz en la sentencia de muerte del Gobierno: «Si Gina Parody no renuncia votamos no en el plebiscito», dice, en la marcha, uno de los pocos estandartes publicables.

Nadie va a convencer a nadie a estas alturas. Díglele usted a un fundamentalista

criollo que libra su guerra santa allá en su orilla de la zanja de Colombia que el Ministerio de Educación sólo busca lo mínimo: frenar la discriminación en los colegios. Y verá que los quijotes siniestros insistirán en que votar «no» a los acuerdos de paz es votar «sí» a la paz; los curas que denuncian la «ideología de género» morirán defendiendo sus jerarquías de puertas para afuera, y los reaccionarios plantarán pruebas falsas, como las falsas cartillas pornográficas del ministerio, para llevar al paredón a inocentes que cometen el pecado de no ser como ellos –hoy Colombia es, en fin, un solo tema: esta incapacidad para convivir–, pero la solución no es gritar más duro que ellos, sino acudir a la ley.

Dice Isaac, en Manhattan, que a los nazis nostálgicos que marchan por la supremacía de su raza no hay que satirizarlos sino encararlos con un bate, pero lo cierto es que entre irreconciliables –ah, el cielo de los políticos: sí versus no– un buen punto en común es la obligación de cumplir la ley. Nadie va a volverse homosexual si no lo es, nadie va a entregarles el país a las Farc, pero por estos días pocos leen antes de disparar. Que los hay, los hay: senadores que piden colegios para gays, anónimos a sueldo que, porque defiendo esta obviedad de creer en todas las familias, me gritan «lesbiana» como un insulto o «maduro» en su acepción de «dictador», y padres que juzgan por su condición: que creen que la homosexualidad se aprende porque a ellos les enseñaron a odiarla.

Pero la salida no es graduarlos de enemigos, que el infierno de la polarización es, repito, el paraíso de los políticos infames, sino oírlos camino a la ley.

Qué dice la ley 1482 de 2011: que es un delito «impedir el pleno ejercicio de los derechos de las personas por razón de su raza, nacionalidad, sexo u orientación sexual». Qué dice la sentencia T-478 de 2015 de la Corte Constitucional: que el Ministerio de Educación debe «implementar la educación para el ejercicio de los derechos humanos –en particular el derecho a la identidad sexual– e incorporarlos de manera expresa en los proyectos educativos de todos los colegios del país». Mis hijos no tienen prejuicios ni enemigos porque nadie se los ha enseñado en esta familia de raros, pero que el padre que no esté de acuerdo conmigo les enseñe a los suyos, por lo menos, a respetar la ley.

SÍ

TITULAR: COMIENZAN LAS CAMPAÑAS POR EL «SÍ» Y POR EL «NO» A LOS ACUERDOS DE PAZ CON LAS FARC

Agosto 26 de 2016

Es hora de recordar que no es no. Que el «no» en el plebiscito del domingo 2 de octubre significa «no». Que de ninguna manera es, como viene proponiendo la oposición, «un mandato para renegociar» el acuerdo de paz con las Farc. De ningún modo significa «reorientar el diálogo», «volver a la senda del crecimiento», «recuperar la generación de empleo», «dejar en claro que Santos es el peor presidente de la Tierra», «reivindicar a las Fuerzas Militares», «impedir que los terroristas tengan curules», «buscar una paz sin impunidad» o «frenar la persecución al uribismo». Ese «no» no es un «tal vez» ni es un «después» ni es un «sí». Significa «no»: negación e inexistencia del acuerdo final que se negoció durante cuatro años con la guerrilla más vieja del mundo bajo el paraguas de La Habana y en medio de un aguacero de propaganda sucia.

Quiere decir «no» a estos últimos doce meses de tregua que –según el Cerac– han sido de lejos los menos violentos en los 51 años que lleva el conflicto: «No» a esa paz.

Quiere decir «no» a este pacto que no es la entrega del país de la derecha a ninguno de sus enemigos históricos, sino, en últimas, el sometimiento de las Farc a una democracia en construcción que sí que ha sido atacada por dentro: este acuerdo sensato –dicho sea de paso, un sacrificio enorme de sus negociadores– que busca recuperar el campo, desminar la tierra, incentivar la

producción nacional, volver al PNR de tiempos de Barco, desactivar el narcotráfico que ha financiado la guerra, sustituir los cultivos, entender las drogas como un problema de salud pública, reconocer en voz alta la verdad del horror, reparar, librar a la política de armas, concentrar a las Farc en unas cuantas zonas, someter a los guerrilleros a un tribunal temporal –que les dará penas diferentes a la cárcel, sí– y aceptar que sea la ONU la que verifique el cese al fuego y el desarme.

Que vote «no» quien quiera hacerlo, claro, al día siguiente tendremos en común ser colombianos –que no es poco: es estar unidos por el cansancio como esos niños que al final olvidan por qué estaban peleando–, pero que vote «no», como tantos, porque no cree en lo pactado, porque está preparado para asumir el país que venga y para afrontar la suerte de las víctimas si en el plebiscito gana el rechazo a esa paz.

Habría que preguntarse por qué comenzaron las Farc, por qué están cumpliendo 51 años de vida, por qué se volvieron enemigos del pueblo que pretendían liberar, por qué fueron capaces de semejante barbarie a la vista de todos, por qué determinaron por lo menos cinco elecciones presidenciales, por qué por fin llegaron a un acuerdo: las respuestas a estas preguntas nos definen. Habría que saber cómo llegamos aquí porque quien no establece comunicación con su pasado se nos vuelve a todos una pesadilla. Habría que reconocer, al leer el escalofriante «comunicado conjunto 93», que empieza otro capítulo: «El Gobierno y las Farc anunciamos que hemos llegado a un acuerdo final, integral y definitivo...». Pero por lo pronto que el «no» signifique lo que significa, que no conteste una encuesta de popularidad, sino el texto completo de ese pacto.

De aquí al domingo 2 de octubre hay que llamar a la responsabilidad, en paz para estar a la altura, pero también hay que invitar a la trajinada esperanza: pasar del escepticismo vergonzoso del vicepresidente a la emoción cuerda del jefe negociador; no revender miedos, ni forzar amistades, ni pintar paraísos, sino contagiar a nuestro paso la certeza de que no estamos condenados; descubrir en plena campaña por el «sí», al tiempo con todos, que tanto «la revolución» de las

guerrillas como «la refundación» de sus enemigos en realidad será aprender a no matarse.

COMANDANTE

TITULAR: GENERAL DEL EJÉRCITO PIDIÓ «CAMBIAR EL CHIP» A LA DIRECTORA DEL NOTICIERO RCN

Septiembre 2 de 2016

Perfecto: que no se recuerde más que cuando Uribe era apenas aquel presidente de la república que no quería irse –el hoy jefe de la oposición, el hoy comandante del «no» al esforzado acuerdo con las Farc– no sólo indultó a 130 guerrilleros de esos mismos como quien grita «¡exprópiese!», sino que les vaticinó despejes, ceses al fuego, curules en el Congreso si se daba la paz. Perfecto: que nadie le enrostre al senador Rangel, más uribista que Uribe, haber reconocido la «naturaleza esencialmente política» de la guerrilla en 2004 con la candidez de un muchacho de cincuenta, ni haberse quedado sin retahíla apenas el facilitador Henry Acosta le soltó, la semana pasada en Semana en vivo, que cuando su expresidente sólo era el hombre más poderoso del país pensó en mandar a Francia a los miembros de las Farc que entregaran «esos fierros»: «¡Impunidad!».

De acuerdo: que no se les saque a nuestros líderes el pasado porque con el presente es más que suficiente.

Y sí: que a quien vaya a votar «no» en el plebiscito –porque no tiene el estómago para tolerar asesinos, porque sólo ve la muerte en el ojo ajeno, porque tiene en la sala un retrato de su Uribe disfrazado de Sagrado Corazón, porque simplemente no cree– de nada le valga el «sí» de los columnistas, ni el de los izquierdistas, ni el de los soldados mutilados en la guerra: «¡Enmermelados!».

Pero si acaso existe algún dilema, «sí» o «no» a esa paz que está salvando vidas, entonces que no llegue al día de la votación sin haber visto la entrevista histórica que el comandante de las Fuerzas Militares le dio a la directora de Noticias RCN el viernes pasado: la ofuscada Claudia Gurisatti, enrojecida por la tensión alta que le produce el tema, hace sus preguntas penetrantes en nombre de los descreídos y los temerosos y los asqueados ante el acuerdo con las Farc, y el preparadísimo general Mejía, que lleva 36 años encarando la guerra pero resulta capaz de imaginar la paz, responde con una lección de democracia que deja atrás por fin este medio siglo en el que tantos colombianos se llenaron de razones –las caballerizas, los tanques en el Palacio, los falsos positivos– para temer a su ejército.

Sin perderles el respeto a las preguntas, ni olvidar el odio que la guerrilla se ganó a pulso, ni abandonar su vocación a proteger a los colombianos, el articulado general explica que las Farc irán «de la ilegalidad a la legalidad por un túnel que se llama justicia transicional»; aclara que, como el estado de derecho no se acaba por un acuerdo de paz, quien siga extorsionando o secuestrando o rompiendo cualquier ley en pleno cese de hostilidades será capturado; advierte que la ONU monitoreará las zonas alejadas de la población donde se concentrarán los desmovilizados; repite que no es una humillación sino un orgullo vigilar a las Farc en las veredas porque prueba que fue el ejército el que ganó la guerra «con la Constitución en la mano»; recuerda, además, que esta será la primera vez que la guerrilla se reúna para bien: «Es el fin de la marca Farc».

Y como recordándoles el civilismo a los civiles, ya que Noticias RCN sigue reuniéndole pruebas del acabose, el general declara que entiende bien a los incrédulos, y que su «ejército de la democracia» está listo a combatir a las bandas que insistan en asediar a los campesinos, pero que a él no le cabe duda de que si el «no» gana el plebiscito el destino de Colombia será «matar el tigre pero asustarse con el cuero», sufrir «otros cincuenta años de guerra entre los más pobres», truncar, quedarse de la Historia, minar a miles más: no es la periodista, sino él, que ha visto tanto horror, quien dice la frase «hay que cambiar el chip» y quien llama a empezar el presente, y es increíble.

FUERA

TITULAR: CONSEJO DE ESTADO DECLARA NULA LA REELECCIÓN DEL PROCURADOR ORDÓÑEZ

Septiembre 9 de 2016

Te damos gracias, Señor, porque por fin se ha ido bien ido el procurador Ordóñez. Tendría que haber sido muchísimo antes de que se volviera ese curioso fanático más peligroso por politiquero que por fanático; ese villano de cómic contra los derechos reproductivos de las colombianas; ese inspector de tirantas capaz de perseguir a los médicos valerosos que llevaron a cabo la primera eutanasia legal en el país; ese investigador que brindó en la boda de su propia hija con sus potenciales investigados; ese policía de las buenas costumbres que fue implacable con la izquierda pero solidario con la derecha; ese vigilante homofóbico que le dio permiso a su cargo de participar en una de las marchas más violentas de las que yo tenga memoria. Tendría que haberse ido muchísimo antes, Dios, pero aquí es lo mismo justicia que paciencia.

Tendría que haber sido mucho antes, Dios de acá, mucho antes de que sólo le quedaran cuatro meses de abuso de su púlpito, mucho antes de que se hubiera dedicado a enredar su destitución como cualquier político que tiene clarísimo que es mejor no confiar en la justicia, pues –tal como lo reconoció el Consejo de Estado este miércoles– su reelección fue una violación del artículo 126 de la Constitución, pero siempre será mejor tarde que nunca, Dios lento. Habría sido lo ideal que no le hubiéramos financiado siete años, nueve meses y quién sabe cuántos días de tratar de aplastar a la noble fundación Oriéntame –por ejemplo– en su propósito de echar para atrás el estado laico que tanto nos ha costado poner en escena, pero te damos gracias, Señor, por mostrarle la salida: fuera.

Mutará. Amanecerá convertido en un perseguidor perseguido. Machacará la hipótesis de que la ira de las minorías, que quién sabe qué se han estado creyendo, lo han vuelto el hombre más discriminado del país. Repetirá con su voz enronquecida la teoría megalómana de que su salida es uno de los pactos secretos del proceso de paz con las Farc e insistirá en la amenaza risible de que así sea lo último que haga no cesará en su cruzada para demostrar que lo que él ha estado llamando «el acuerdo Santos-Timochenko» es un fraude en marcha –o sea: desconocerá que la Constitución prohíbe ser ternado por magistrados en deuda e injuriará apenas pueda hacerlo–, pero no podrá seguir cometiendo la infamia de amedrentar con la ominosa sombra de su Procuraduría a los funcionarios que quieran hacerle campaña al «sí» a la paz.

Hoy, cuando se lleve en cajas de cartón las figuras religiosas de su despacho, el abogado Ordóñez será aún ese ultraconservador que piensa eso que piensa, y allá él, pero no contará más con la omnipotencia de su cargo. Será un candidato a la presidencia en un país poblado por candidatos a la presidencia. Será un ex. Habrá sido un karma que pagamos entre todos, habrá sido, además, demasiada vida en esto (la expresión precisa es «un jurgo»), pero «habrá sido» será mejor que «es».

Pase usted por esta pequeña puerta, ciudadano Ordóñez, recorra con su propia plata este pobre país impresionable que ha recorrido en los últimos años con la plata nuestra. Atrévase este mes a explicarles a sus damnificados, a las mujeres, a los homosexuales, a los pacifistas, a los izquierdistas, a los animalistas, a los censurados, a los funcionarios que tanto le temieron, su fe en que para este país en vilo será malo que veinte mil hombres armados no sólo regresen a la legalidad sino que dejen de atacar a esa Colombia que no tiene tiempo de pensar en Colombia. Siga usted repitiendo verdades a medias –sobre el glifosato, sobre la interrupción del embarazo, sobre la adopción, sobre el proceso de paz– hasta la náusea. Siga usted persiguiendo e intimidando, pero con sus ahorros.

VÍCTIMAS

TITULAR: SE FIRMA LA PAZ CON LAS FARC A CINCO DÍAS DEL PLEBISCITO SOBRE LOS ACUERDOS

Septiembre 30 de 2016

Esta paz es increíble pero es cierta: está a dos días nomás. Desde que tengo memoria Colombia ha sido un caso de vida o muerte, de sí o no, porque a uno lo pueden matar porque sí, porque qué guardia o qué Dios o qué juez van a impedir en este país minado otra venganza a quemarropa. Pero la escalofriante firma de este lunes 26 de septiembre de 2016 ha sido una forma de decirnos a todos desde Cartagena que, ya que la idea es seguir viviendo, no tenemos por qué resignarnos al aniquilamiento. Para empezar la ceremonia, como llegando a un bello final en el principio, cantaron las alabaoras de Bojayá su canto de resurrección, su esperanza que es derrota del horror: y adiós a los apáticos y a los cínicos y a los plegadores del pliegue que han descubierto que obrar paz va a ser muy difícil –eureka–, y adiós a los debates sesudos que logran olvidar que de lo único que hemos estado hablando es de las víctimas.

Siguieron los discursos: el secretario general de la ONU repitió la obviedad estremecedora «no habrá una política de armas en Colombia»; el jefe de las Farc pronunció, mejor tarde que nunca, la plegaria «en nombre de las Farc ofrezco sinceramente perdón a todas las víctimas del conflicto por todo el dolor que hayamos podido causar en esta guerra»; el presidente dijo un «no más jóvenes mutilados por una guerra absurda: ¡ni soldados, ni policías, ni campesinos, ni guerrilleros!» que significó que ninguna víctima ha sido menos víctima, que ninguna violencia –ni siquiera la violencia estatal– ha sido justa. Dio pánico el avión Kfir que invadió la ceremonia, pues el miedo es un hábito, pero luego coincidieron ambas partes, bajo la mirada del mundo, en que quizás ahora García

Márquez por fin pueda narrar el pasado.

Y los dos invocaron a Dios, quién lo creyera, como si Dios existiera si nos ponemos de acuerdo, como si Dios fuera lo que hay cuando no hay guerra.

Sí, el despechado expresidente Uribe, hecho karma nacional y empeñado en ser el héroe de un pueblo engañado, viajó desde el pasado hasta Cartagena a insultar la firma de la paz. El irritado exprocurador Ordóñez, que juraba ser imparcial, se insoló a la derecha de Uribe días después de salir de su cargo. Y, en busca de un «no» que nunca llegó, la directora de Noticias RCN le preguntó tres veces a una víctima de la bomba de El Nogal si le parecía suficiente la paz que está pasando. Pero ninguna infamia ruidosa, ninguna retórica perversa de aquellas —es que hasta el ELN dio una tregua, hasta los jefes paramilitares desterrados han dicho «sí» a la reconciliación—, pudieron refutar los aplausos a los negociadores, o callar el «sí se pudo» de la gente, o negarles el alivio a las víctimas, que es negarles lo mínimo.

Al día siguiente, Emperatriz Castro, que perdió a su hijo en la toma de Mitú, dijo a El Tiempo que luego de ser testigo de la firma ya no sentía «lo que sentía antes con los señores de las Farc».

Unos días antes de morir mi papá escribió a mano en una hoja que ahora tengo en mi escritorio el famoso poema del pastor Martin Niemöller: «Cuando los nazis vinieron por los comunistas / guardé silencio / porque yo no era comunista...». Andaba pensando en cómo hablarles de la compasión a no sé qué alumnos en no sé cuál conferencia. Pero últimamente creo que lo pasó a limpio hasta el verso final —«no había nadie más que pudiera protestar»— porque él se habría tomado el plebiscito de este domingo como la pregunta de si seguiremos siendo sordos a los cantos de las víctimas, de si seremos capaces de empezar cien años de solidaridad. Habría ido a votar temprano. Habría dicho que esta paz es increíble pero es cierta.

Y que también es asombroso que lo único que se nos esté pidiendo ahora sea decir sí.

NO

TITULAR: EL «NO» GANA POR 55 000 VOTOS EL PLEBISCITO SOBRE LOS ACUERDOS DE PAZ CON LAS FARC

Octubre 7 de 2016

Queridos colombianos que votaron «no» hace cinco días: todo esto que nos ha estado pasando –la incertidumbre; la enorme dificultad para explicarle al mundo qué nos pasa; la vergüenza; los resultados que tomaron por sorpresa al Gobierno y a la oposición y a la guerrilla al mismo tiempo; la tentación de agradecer que el «no» haya ganado el plebiscito por la paz porque estaríamos mucho peor si el «sí» hubiera ganado por 55 000 votos nomás; los artículos frívolos sobre «ganadores y perdedores de la jornada»; el duelo varado en la etapa de la negación; el descubrimiento de que votar «no» sí podía tentar a la guerra; la sospecha de que lo único que uno puede hacer por este país es cuidar a su familia; la nación que es nación si hay fútbol; el regodeo en lo que pudo ser: «Era gol de Santos»– es típico de la Colombia de siempre.

Pero estamos demasiado viejos –y hemos llegado demasiado lejos: a la disputa desarmada ni más ni menos– como para resignarnos a que el resultado del plebiscito resucite y recrudezca y justifique la misma violencia.

Millones de colombianos engañados por la propaganda sucia votaron «no» para que el único Premio Nobel de Colombia siguiera siendo el hombre que narró nuestro fracaso exótico, para proteger su pensión que nadie estaba amenazando, para defender a su familia sagrada de una invasión gai, para rescatar al país de la venezolanización («¡cayó la dictadura!», gritaron el domingo en los cuarteles del

«no» aunque hubiera sido por votación popular), pero ustedes votaron de buena fe contra el acuerdo con las Farc –admirable a mi modo de ver– porque creen que una paz mejor es posible: por favor no desfallezcan ahora, que el tiempo está pasando para mal y la guerrilla empieza a replegarse, en su empeño de conseguir una renegociación que quizás sea sobre todo el reconocimiento de que ustedes tienen voz y voto.

Si hubiera ganado el «sí» por los mismos pocos votos con los que ganó el «no» también habría sido inevitable reconocer que el paso a seguir es probarle al país entero que la paz con las Farc sí es una victoria.

Yo me sumo a su «no» de no más guerra, de no a la violencia, no a este limbo tan temido, no a la superioridad moral, no a la discriminación, no a la indiferencia que nos ha tenido lejos de Colombia acá en Colombia, no a los cínicos que están cansados del dramatismo de «los del sí» y «los del no» pero les da igual el desastre, no a este pulso de candidatos presidenciales de espaldas a las víctimas, no a que ante semejante precipicio los líderes del «no» propongan lo que ya estaba en el acuerdo como creyéndonos pendejos, no a reducir semejante tragedia al reality show de Uribe, no a insistir en «correctivos» al acuerdo de paz que se sepan imposibles.

Queridos colombianos que votaron «no»: pídanles a sus voceros –que gracias al «triunfo» del no, que no esperaban, por fin han perdido la comodidad de su oposición desleal– que asuman la responsabilidad que les corresponde, que no tengan en vilo a la Colombia en guerra, que se dejen ennoblecer por la voluntad que le reconocieron al Gobierno hace dos días, que sepan en qué están metidos ante las imágenes de la bella Marcha del Silencio por la renegociación. Pide paciencia Uribe para renegociar –a quién se la pide: ¿a las Farc?, ¿a las víctimas?, ¿a los que podemos darnos ese lujo?–, pero el país les está pidiendo a sus políticos viejos corregir pronto la implementación de este acuerdo para conseguir la tal «paz que incluya a todos».

Queridos todos: no sé en qué momento creímos que un contrato colombiano podía salir adelante sin un otrosí, no sé si los líderes de ambos monosílabos sepan que esto va a redefinir su lugar en la historia, pero yo voto «no» a rendirnos.

MENTIRAS

TITULAR: EL JEFE DE LA CAMPAÑA DEL «NO» CONFIESA LAS CUESTIONABLES ESTRATEGIAS QUE LE DIERON LA VICTORIA

Octubre 14 de 2016

Qué será de la vida del chivo expiatorio Juan Carlos Vélez Uribe. Poco se sabe de él desde que sin querer queriendo confesó en el diario La República que la campaña del «no» del Centro Democrático –una de las campañas del «no»: la que él gerenciaba– se la jugó toda por engañar a sus electores como despreciándolos, como condenándolos a las tinieblas. De inmediato fue regañado, sermoneado y sacrificado en público por su propio padre político: el expresidente Uribe Vélez. Renunció al día siguiente a su partido en un comunicado urgido: «Me equivoqué», «no calculé el alcance de mis palabras», «ofrezco disculpas a todos aquellos que apoyaron el “no” e hicieron de la convicción su única estrategia», escribió. Luego desapareció: repitió el deseo de que el Premio Nobel sirviera para lograr una paz de todos, y desapareció.

Y todo para que su Centro Democrático –sólo un partido de derecha se llama a sí mismo «democrático»– pudiera seguir portándose como si su campaña no hubiera sido una trampa, como si no se hubieran ganado la responsabilidad de proponer enmiendas razonables al acuerdo de paz con las Farc, sino la reivindicación de una ideología dentro de una ideología: el uribismo.

Vélez Uribe, de 51, fue concejal, senador, candidato a la Alcaldía de Medellín, pero sobre todo fue uribista. «En las regiones ha habido un gran rechazo a la decisión de la Corte», «Uribe no se muere el 7 de agosto», «el país lo va a

presionar para que sea una especie de papá del próximo presidente», dijo a La silla vacía a principios de 2010, convertido ya en portavoz del fenómeno populista y reaccionario, cuando aquella sentencia de la Corte Constitucional impidió por poco la segunda reelección de su jefe. Desde entonces Vélez Uribe emprendió el patético camino para convertirse en el siguiente Uribe Vélez, y si hubo un discípulo amado en el partido alguna vez –y así fue hasta la extraña confesión que le ha valido una denuncia penal– ese discípulo fue él.

Y ahora se ha quedado solo, solo como un loco o un lapidado o un mitómano, para que sus copartidarios sigan posando de estadistas que están protegiendo a la democracia de esos «acuerdos dañinos».

Pero para qué puede servirle a Colombia su patriotismo involuntario, su penoso desliz en las páginas de La República, su descache: puede servir para tener claro que la idea del comité uribista por el «no» no era sólo defender ese país feudal de unos pocos que ha defendido siempre, sino, sobre todo, enrarecer a punta de propaganda sucia lo que falta de este Gobierno rodeado de políticos flojos, de lagartos; puede servir para reconocer que hemos logrado ir de aquella extrema derecha soterrada que impedía los procesos de paz a punta de ejércitos propios – hemos conseguido pasar de aquellas fuerzas oscuras, sí– a una derecha que empantana los acuerdos con mentiras; puede servir para saber cuáles líderes del «no», y cuáles no, están interesados de verdad en sacar adelante un acuerdo centrado en las víctimas.

Ciertos críticos del acuerdo de paz, Andrés Pastrana, Marta Lucía Ramírez y Francisco Santos por poner tres ejemplos, saben dónde están parados después de la victoria del «no»: en un punto de nuestra historia en el que las guerrillas están sometiéndose al fin a esta democracia que sí que ha sido una lucha; en una marcha que reclama un acuerdo ya. Pero al cierre de esta edición el uribismo, que no asistió a la plenaria del Congreso con las víctimas, seguía confundiendo el Centro Democrático con el centro del acuerdo, renegociar con proteger lo suyo y restituir las tierras con ofender a Uribe Vélez, esa especie de papá de hijos ajenos. Y al cierre de esta edición el rechazado Vélez Uribe seguía

pareciendo el único saboteador que gritó «castrochavismo».

HILLARY

TITULAR: LA EXSENADORA CLINTON GANA POR MUY POCO EN LAS ENCUESTAS PRESIDENCIALES AL MAGNATE TRUMP

Noviembre 4 de 2016

Esta es mi humilde plegaria para que Hillary Clinton sea presidente de los Estados Unidos. Significaría, primero, que no hemos quedado en las burdas pero astutas manos del populista reaccionario Donald Trump. Querría decir que el peligroso cansancio de los electores, que cada tanto sueñan despiertos con la llegada de un ángel exterminador que pruebe que todos los políticos son hampones –y que en el mundo no hay diplomacia ni hay democracia, sino una conspiración de los pocos dueños de todo–, no le ha concedido semejante capricho a ese candidato «republicano» que es el punto más bajo en la historia de las elecciones norteamericanas: el hijo misógino de un agente de bienes raíces empeñado en criar «ganadores», el discípulo racista del rastrero cazador de comunistas Roy Cohn, la celebridad patética dispuesta a ser su propia parodia con tal de hacer dinero.

Se le critica a Hillary Clinton «ser una mujer tan ambiciosa»; taparle las infidelidades a un marido que es más bien su socio en una empresa despiadada e impune que lleva su apellido; estar cumpliendo treinta años de hacer política para nada, y, en un giro dramático que prueba que el temible FBI ha escogido candidato, poner en riesgo la seguridad nacional desde su correo electrónico personal cuando fue la cabeza de la diplomacia norteamericana. Se critica a Hillary Clinton, en fin, desde cierto machismo taimado que sabe hacerse pasar por objetividad, pero también se le ataca desde el peligroso punto de vista del narciso Donald Trump: desde ese peligroso «peor malo conocido que malo por conocer» que cree estar castigando a «los políticos», pero en verdad está

condenando a sus sociedades, a sus democracias.

Quizás millones de personas en el mundo entero, que en el mundo entero millones no tienen el tiempo sino apenas para pensar en lo suyo, estén cansándose de la demandante democracia. Quizás las elecciones del próximo martes sean entre una mujer compleja y la caricatura de un hombre para que los resultados nos digan en qué clase de época estamos parados: si seguimos prefiriendo el estallido del populismo falaz a la calma chicha –y a los grises– de la democracia. Si dentro de cuatro días los gringos le entregan su Gobierno al habilidoso Donald Trump, como resignándose a la segregación y a la megalomanía y a la ignorancia atrevida, entonces será claro que la Historia no sucede al mismo tiempo en todas partes: ni siquiera en un mismo país.

Esta es mi modesta plegaria para que la curtida Hillary Clinton sea presidente: presidenta. Porque es el momento preciso para que el mundo de ahora –y en el mundo jamás han sobrado los símbolos– vea gobernar en los Estados Unidos a una exprimera dama, exsenadora, excandidata, excanciller que defiende sin rodeos los derechos de las mujeres, de las personas LGBT, de los inmigrantes. Porque es hora de que Colombia –el país en donde ventidós niñas son violadas cada día, 19 000 mujeres terminan cada año en Medicina Legal, los pastores delirantes persiguen hasta en La Habana los derechos sexuales y reproductivos, los políticos de siempre traman una campaña presidencial centrada en la inexistente «ideología de género»– no sea víctima del experimento de un famoso por ser famoso, sino testigo de la presidencia de una profesional.

Quienes hemos querido a los Estados Unidos a pesar de sus emperadores mesiánicos gobernados por siglas –sometidos por la DEA, el FBI, la CIA– los hemos querido por su vocación a criticarse a sí mismos: por Larry David, por Mark Twain. Hemos dado la excusa «su peor cara han sido sus líderes» a quienes gritan, enmohecidos, contra los yanquis. Pero elegir a Donald Trump sí sería inexcusable.

[2016](#)

TITULAR: CON LA VICTORIA DE TRUMP, EL AÑO 2016 CUMPLE UNA
POR UNA SUS OMINOSAS PROMESAS

Noviembre 11 de 2016

Desde el viernes 1º de enero los profetas del mundo empezaron a susurrar que este 2016 iba a volverse el peor año de los últimos tiempos, pero sólo unos cuantos aguafiestas previeron que el clímax de la historia –el martes 8 de noviembre a las once de la noche– iba a ser el triunfo en las urnas del embustero Donald Trump, rey y bufón a un mismo tiempo. Por supuesto, el resultado probó por enésima vez que la democracia es un riesgo que hay que correr pero es un riesgo al fin y al cabo; que suele olvidarse que las sociedades no suceden sólo en sus discursos y en sus academias y en sus medios y en sus redes, y el mundo es lo que pasa mientras ciertos liberales cazan brujas –mientras señalan con el dedo a los menos liberales, a los más bienpensantes– y se regodean en el fracaso de la especie: también la inteligencia puede ser inútil.

Fue clarísimo el martes pasado, en fin, que los países son un pulso, una partida de equipos que cambian todo el tiempo.

Y sin embargo el editor del New Yorker tituló Una tragedia americana su reacción a la perturbadora elección del fanfarrón de Trump –que había amenazado con no reconocer los resultados– como si para la otra mitad de la gente no hubiera sido una comedia: un final feliz. Porque el talón de Aquiles de los progresistas, que en resumidas cuentas llaman a sus sociedades –llamamos a nuestras sociedades– a ponerse en los zapatos de los otros, tiende a ser esta

incapacidad para entender sin superioridades a quienes reclaman a la defensiva su derecho a proteger lo suyo: es un gran chiste la escena de Todos dicen te quiero, la comedia de Woody Allen, en la que un padre demócrata recibe feliz la noticia de que su hijo era republicano porque tenía un tumor en la cabeza, pero es un gran chiste porque solemos confundir a los conservadores con los enfermos, y caemos en la ridícula tentación de decretar la tolerancia.

Habría que decir sin embargo que, si bien no es necesariamente cierto que sea «el ignorante» quien vota por salirse de la Unión Europea o por el «no» al acuerdo de paz o contra la mil veces mejor Hillary Clinton, sí es verdad que la educación da algo que perder en este mundo, y hace buenos perdedores, y pone de acuerdo a los antagonistas en el respeto por las leyes, por las libertades, por la vida. Dice un espía en la quinta temporada de Homeland que un pueblo tiene dos caminos nomás: la educación o el exterminio. Y sí, es la educación la que matiza, la que se ríe, la que desconfía del fanatismo, la que descarta de plano el populismo tramposo, la que respira hondo antes de actuar, la que sale a votar y se niega a elegir como presidente a un embaucador que es además un exhibicionista, un abusador en paz consigo mismo.

Y si acaso el pícaro gana, que las sociedades se dejan timar cuando los hastiados son un poco más, la educación pone los pies en la realidad y se repite «de malas: son las reglas de este juego» con el estómago revuelto y los nervios de punta.

Y como votar no es el fin del trabajo, ni un presidente es un rey, al día siguiente de las votaciones la educación se dedica a la resistencia: a vigilar, a denunciar, a protestar, a preservar su historia.

Sí que ha sido siniestro este 2016: una insoportable e interminable prueba para los nervios. Pero más nos vale sacarle moraleja –que no hay que tolerarle a ningún farsante de ningún partido que explote la adicción al odio, que no hay que permitirle a ninguna sociedad que trate a las mujeres como cuentas pendientes ni a las minorías como usurpadores ni a los inmigrantes como plagas,

pero que es hora de que la política deje de tomarnos por sorpresa— pues sólo quedan cincuenta días de este traicionero año bisiesto, pero su legado incierto está por verse.

¡SORPRESA!

TITULAR: NEGOCIADORES DEL GOBIERNO Y DE LAS FARC
CONSIGUEN UN NUEVO ACUERDO DE PAZ

Noviembre 18 de 2016

Pero un momento que estamos en Colombia: este nuevo acuerdo de paz –que de verdad cumple el mandato popular de enmendar, de precisar, de completar, de poner en su lugar el acuerdo que perdió por poco pero perdió el plebiscito– no podía ser una buena noticia para todos, no. Es una proeza de los negociadores de ambas partes: 41 días nomás. Es una demostración clarísima de que el Gobierno sí ha estado escuchando desde que dejó de ser sordo al «viejo país», y ha sido el líder del «sí» que hacía tanta falta. Es una prueba incontestable de que la guerrilla sí ha estado tomándose en serio la cenagosa tarea del desarme. Es el gran logro de los líderes del «no» en el nombre de los electores del «no»: según el estudio de La Silla Vacía noventa de sus propuestas están en esas páginas, noventa, como noventa fichas del rompecabezas para la tranquilidad de millones de colombianos que se sintieron ninguneados.

Pero luego de unas cuantas horas de lectura un par de capitanes del «no» que no representan a nadie se declaran «inconformes» con este acuerdo nuevo como si el «no» no fuera una circunstancia, sino una vocación, una ideología, una patria más entre la patria: ¡sorpresa!

Querían que el acuerdo de paz fuera una constitución que no fuera la Constitución. Querían sacarlo del bloque de constitucionalidad. Pretendían que defendiera el capital, la propiedad privada, la tierra, la justicia de colombianos

para colombianos, la fe, la palabra «sexo», la palabra «familia», la libertad de cultos, el compromiso de la guerrilla con la reparación a las víctimas, la salida de las Farc del narcotráfico, la prudente financiación del posconflicto, el frágil cese al fuego, la igualdad, la paz. Buscaban la reivindicación de aquel país defraudado por un establecimiento convencido de que las sociedades no sólo se transforman en la sucia práctica, sino sobre todo –para no salir: para no tener que verse cara a cara con la gente– en la cómoda teoría: en la ley, en el lenguaje. Y al final lo consiguieron casi todo.

Y sí, no consiguieron encerrar a los comandantes en una cárcel diferente del Congreso. Y tampoco pudieron desterrar a la población LGBTI de las 310 páginas del acuerdo, pero la idea es que Colombia siga siendo una democracia: ¿o no?

Quizás lo mejor sea dar por perdidos a ciertos políticos de la derecha: a Londoño, el incendiario, que se permite ridiculizar el drama de las víctimas de las tomas del Palacio de Justicia; a Ordóñez, el pío, que se atreve a jurar en vano que «este es el mismo acuerdo pero maquillado» apenas unas horas después de su publicación; a Uribe, el vivo, que pide tiempo para leer lo que él mismo hizo pues lo suyo es fabricar incertidumbres. Tal vez lo más sensato sea no esperar mucho de los líderes del «no» que andan en campaña: podrían reclamar como propio este nuevo pacto, que gracias a ellos reúne las voces de sus votantes, pero quién aquí se pide convencerlos de que ponerse de acuerdo con el Gobierno en el desarme de miles de colombianos no va a desdibujarlos. Cabe esperar que pronto, en el tal cónclave en el Congreso, unos cuantos defensores del «no» reconozcan sus voces en el nuevo documento: quién quita.

Y sin embargo lo importante no es convencer a los habilidosos jugadores del «no» de que este nuevo acuerdo es una manera de desagraciarlos después de haberlos lapidado por «guerreristas»: lo más importante es explicarles cara a cara a aquellos ciudadanos que votaron «no», cansados de ser embaucados por tantos políticos de papel, cómo gracias a su voto se consiguió una paz que sólo derrota a los violentos, una paz que nos conviene a todos, uno a uno, día a día.

Imposible –o no– que sólo los fanáticos de las Farc sean capaces de regresar de su fanatismo.

ESCRÚPULOS

TITULAR: LOS LÍDERES DE LA DERECHA COLOMBIANA REACCIONAN A LA MUERTE DE FIDEL CASTRO

Diciembre 2 de 2016

Fidel Castro fue un dictador según la definición del diccionario: un mito engendrado por la Historia; una voz capaz de imponer su teoría como si fueran la única práctica posible; un programador de masas, un redentor que no será crucificado, un justificador de horrores que se enquista en el poder porque su paraíso de propaganda está en juego y los gringos quieren quedarse con todo; un patriarca novelesco extraviado en una cabeza que libera, que revoca, que aplaza y que somete a un pueblo desmoralizado e impotente con la excusa insuperable de la innegable desidia de las élites y bajo una tormenta de aplausos que lo calla todo. Qué extraño habrá sido vivir atrapado en ese personaje de uniforme.

Quizás llegué tarde al asunto. De pronto hago parte de una generación educada en la idea de que la solución no es tumbar a nadie, ni sacar corriendo a los políticos por más inútiles que sean, sino votar en contra, corregir el rumbo, proponer enmiendas a la democracia, aunque sea el camino largo. Tal vez fui al colegio cuando las ideologías ya eran uniformes que les ponían los despojadores a los despojados. Y de la gente que he visto de cerca me ha quedado la sospecha de que ser revolucionario es ser un buen padre, un buen hijo. Sea como fuere, sé que Fidel Castro protagonizó el siglo XX –y he oído y he visto que en Cuba ha sucedido una cultura admirable–, pero también fue otro dictador.

Y sin embargo cómo les suena de falsa la crítica implacable a Castro a estas

figuras de la derecha colombiana que como están las cosas regresarán al poder en el 2018.

Por ejemplo Pastrana: que fue presidente en el nombre de la paz; que llegó a tener, como se ve en tantas fotografías de su archivo, una magnífica relación con el dictador; que tuvo el coraje de ir a La Habana, en enero de 1999, a contarle a Castro que se había reunido con las Farc porque «Colombia no puede seguir dividida en tres países irreconciliables, en donde un país mata, otro país muere y un tercer país horrorizado agacha la cabeza y cierra los ojos»; y fue, en suma, un político ennoblecido por su paz fallida, pero hoy no sólo no le basta este acuerdo corregido por él mismo, sino que –con el poder a un paso– es capaz de hacer el papel de este «nuevo líder de derecha» que condena a su amigo Castro cuando ya no puede defenderse.

Se espera de Uribe que sea Uribe: que acuse de «enemigo de paramilitares» al brillante Daniel Coronell, como despertando a los perros salvajes, cuando el periodista apenas le recuerda sus propios discursos a favor de la paz. Se espera de Ordóñez que sea Ordóñez: que vaticine con voz gangosa de ángel vengador un Gobierno conservador «para que las Farc sean extraditadas». Sería insólito que los protagonistas de nuestra derecha, fieles a sus máscaras e incapaces de recordar que sus enemigos son padres o son hijos, tuvieran escrúpulos entre las botas. Pero quién iba a creer que Pastrana no envejecería como el presidente que intentó la paz, sino como el personaje secundario de un movimiento que gritó la mentira «castrochavismo» en su camino al poder.

Fue claro en la agotadora refrendación del nuevo pacto de paz en el Congreso: la defensa de las vidas de todos, que es el objeto del acuerdo, tendría que ser lo poco que tenemos en común, pero esta oposición mesiánica engendrada por la Historia y exacerbada por sus resultados hará lo que sea –será el Estado que este Gobierno critica, desenterrará ideologías, impondrá ficciones, justificará horrores cuando su propaganda esté en juego, deshumanizará enemigos, resucitará a Fidel Castro para mandarlo al Infierno, aplazará a este pueblo si es necesario– con tal de quedarse con todo. Qué raro llevar ese uniforme. Qué

bueno no llevar ninguno.

COSCORRÓN

TITULAR: SALE A LA LUZ UN VIDEO EN EL QUE EL VICEPRESIDENTE VARGAS LLERAS LE PEGA A UNO DE SUS ESCOLTAS

Diciembre 30 de 2016

Yo creo que no hay nada que hacer: que el vicepresidente Vargas Lleras es el próximo presidente de Colombia. Y creo que los tres videos patéticos que se dieron a conocer la semana pasada prueban que la campaña descarada de estos años ha dejado de ser un secreto a voces: en el primer video, que es un hallazgo, el señor vicepresidente le pega un coscorrón a su escolta porque está protegiéndolo demasiado; en el segundo, que parece el consejo de un quijote enloquecido por las encuestas, Vargas le ofrece disculpas públicas al guardaespaldas sin mirarlo a los ojos –«Ahumada: dónde anda», empieza, y el intendente aparece entonces en el escenario y se ve dolido e incómodo– «por un incidente que no debió haber ocurrido», pero luego le pide «que sea más respetuoso con la ciudadanía»; en el tercero, que es de tiempo atrás, Vargas empuja a Ahumada porque se le atraviesa cuando está hablándoles a los micrófonos de los medios.

De vez en cuando es una lástima no ser un extranjero: preguntarse ahora, por ejemplo, «Why Did Colombia's VP Hit His Own Bodyguard?», «¿por qué el vicepresidente de ese país tropical le pegó un cocotazo a su propio guardaespaldas?». Esta semana es una lástima no ser de afuera. Podría uno reírse como cuando se encuentra en internet un video increíble pero cierto titulado «Nueva pelea a puñetazos en el parlamento ucraniano», o como cuando uno era un niño que esperaba el noticiero de los domingos en la noche para ver los videos curiosos que presentaba el locutor Eucario Bermúdez. Podría uno morir de la risa, mejor dicho, porque desconoce que el coscorrón al escolta es un buen

resumen de una sociedad que no ha conseguido evitar que haya familias por encima de la ley: la familia de la política, la familia del fútbol, la familia de la religión, la familia de la guerra. Pero no: uno es colombiano.

Y está cansado de que aquí ciertas personas puedan darse el lujo de resolver las controversias con la respuesta «es que yo soy así», «es que yo soy volado».

Y está harto de que ciertos personajes se permitan a sí mismos humillar a sus subordinados porque quién va a decirles que no: «Muévase: aquí nadie le paga por pensar», se les suele oír a los patrones.

Y está consciente de que los videos han dejado al vicepresidente como un jefe energúmeno de antes de la corrección política, pero también lo han posicionado como el hombre recio que tanto les gusta a ciertos electores: un Uribe, un Trump.

Y sería para morirse de la risa –«Ahumada: dónde anda»– si ese lejano país de coscorrónes a los avasallados no fuera este, si no estuviéramos en juego todos los colombianos.

Bienvenidos, señoras y señores, a 2017. Vargas Lleras está a cuatro semanas nomás de lanzarse a la presidencia que le fue prometida desde el siglo XX. Arranca de primero en las encuestas: quince por ciento. Y su salto al ruedo, en donde la implementación del acuerdo de paz sigue despertando a los ejércitos dormidos, en donde la impopularidad de la reforma tributaria sigue exacerbando las indignaciones, puede enrarecer el país aún más. Sí, una buena parte del país responderá a su carácter, una buena parte de los descontentos le darán su voto si sigue llamando a plantones contra el Gobierno al que perteneció, una buena parte del electorado le reconocerá una trayectoria innegable, pero tampoco le será fácil –ni a él, ni a ningún sincerote de aquellos– vencer a ese liberalismo

que ha conseguido que 2016 termine con la noticia de que en el Hospital Militar solo queda un soldado herido en combate.

Por supuesto, fue claro este año, que es «el año del coscorrón», que ese liberalismo –no el del partido, no, el de verdad– ha estado narrando el mundo a medias. Pero ese liberalismo también es real.

TRUMPLANDIA

TITULAR: TRUMP ASUME LA PRESIDENCIA DE ESTADOS UNIDOS ANTE LA INCREDULIDAD DE MEDIO MUNDO

Enero 13 de 2017

Sólo a una democracia se le ocurre cambiar a Barack Obama por Donald Trump: a un orador por un vociferador; a un demócrata en el sentido serio de la palabra por un gerente de sí mismo; a un hombre bueno que reivindica la participación ciudadana en su alentador discurso de despedida por un narciso que –iba a añadir «en vez de andar en lo suyo», pero es que lo suyo es él– se atreve a llamar a la genial Meryl Streep «una de las más sobrevaloradas actrices de Hollywood» por haberlo criticado en una afónica e indomable diatriba en el escenario de los Globos de Oro. Pero así es: el inclemente e inconsistente e irresponsable Trump es el presidente de los Estados Unidos. Y el problema no es el conservatismo, que es sólo un modo de lidiar con la ficción, sino él. Y lo peor no es él, que es otro perdonavidas a punto de reinventar la rueda, sino los malogrados que reciben sus palabras como un llamado a la violencia.

Si Trump fuera elegido en Colombia –que quizás ya lo fue– podría convertir en su feudo a este mapa parado en un pie, reducirlo, como lo haría cualquier déspota, a su dominio, pero es de esperar que un país mejor hecho lo obligue a mantener cierto equilibrio. Y que su personaje no sólo les dé permiso a los fanáticos de la ultraderecha para ir por la calle gritándoles a los inmigrantes que vuelvan a sus casas, que es, en el mejor de los casos, lo que han hecho desde que su candidato ganó las elecciones, sino que sobre todo sirva para ir despidiendo a esos faraones que se niegan a cuidar sus palabras en una sociedad en pugna que –por ejemplo– acaba de condenar a un supremacista blanco por oficiar una masacre de nueve feligreses negros en una iglesia que es símbolo de la lucha

contra la esclavitud: «Sentía que tenía que hacerlo y todavía siento que debía hacerlo», dijo el martes al jurado.

Que sirva Trump para que Trump no vuelva: en la misma desastrosa rueda de prensa en la que amenazó a la CNN alcanzó a decir, entre otras temeridades, que él bien podría gobernar su país mientras gerencia su imperio, pero que, como una prueba de su grandeza, dejará sus empresas en manos de sus hijos, ja. Pero que sirva Trump también para que desde nuestro liberalismo dejemos de ver como bárbaros a quienes votaron por él; para que dejemos de pensar que sólo dentro del progresismo sucede una civilización, una cultura, y nuestra ira deje de servirles a los populistas. Si un liberal es un actor camaleónico que se convierte en sus personajes, como Meryl Streep, con la ilusión de un mundo en el que quepa el mundo entero, entonces un conservador es un actor de carácter que, como Clint Eastwood, consigue ser fascinante toda la vida en el mismo papel para que el mundo siga siendo el mundo.

Pero no es necesario ser lo uno o ser lo otro –corregir la ficción o asumirla– como no es necesario valerse de un solo hemisferio del cerebro.

Es posible ser un liberal con los pies en la tierra, un liberal que vote, que crea en Dios sin vergüenza, que entienda a los conservadores, que defienda la libertad de expresión aun cuando se caiga en la incorrección política.

Es posible ser un conservador que no quiera sermonear ni convencer a nadie, que celebre la ciencia, que desconfíe de los autoritarismos, que defienda las igualdades como cualquiera que defiende la democracia.

Ojalá que los delirios de este magnate con ínfulas de presidente, insensato e impopular desde el principio, prueben que en efecto – como dijo Obama– los ciudadanos de un país están amarrados a una misma suerte.

Pero creo que la presidencia de Trump va a ser sobre todo un desastre: por él, por nada más. Y creo que pronto habrá que protestar para que esa pobre nación de expatriados no quede reducida a Trumplandia.

SORDIDEZ

TITULAR: EL EXSICARIO DE PABLO ESCOBAR SE REGODEA EN LA NOTICIA DE QUE SE ESTRENARÁ UNA SERIE SOBRE SU VIDA

Febrero 10 de 2017

Busque en Google a Popeye el asesino. Basta escribir «Popeye de Colombia», que fue lo que yo hice hace un momento, para que en el lado derecho de la pantalla –bajo una serie de fotografías que ya querría un inocente– no sólo aparezca el nombre de «John Jairo Velásquez», sino su oficio indiscutible: «Sicario». Sí, ese hombre de 54 años no es sólo aquel trastornado de mirada fija que se queja de la corrupción colombiana en un canal de YouTube que al cierre de esta edición sumaba 228 927 suscriptores, ni es sólo el canoso espeluznante por lo lenguaraz que hace apenas unos meses anunciaba su sueño imposible de lanzarse al Senado. Es sobre todo eso: un «sicario». Él dirá, por supuesto, que no lo es, sino que lo fue. Repetirá que es un arrepentido a la espera del perdón de Dios. Pero seguirá viviendo de haber vivido del «Patrón» Pablo Escobar.

De haber asesinado él solo a trescientas personas, 300, en menos de una década.
De haber participado en tres mil homicidios más: 3000.

De haber participado en los secuestros y los bombazos que arrinconaron a este país sórdido pero anestesiado –mejor: narcotizado– que es el segundo país más feliz del mundo.

Eso es lo que molesta de Velásquez: que haya vivido de matar, claro, pero sobre todo que viva hoy de haberlo hecho; que haya pagado una condena de veintitrés años como pagando un reality show, siempre presumiendo de ser la verdad, pero sobre todo lo que perturba es que, luego de cumplir su pena, no se haya ido a una casa perdida en la nada –como el viejo pistolero de Los imperdonables, por ejemplo– a rumiar los gestos de horror de sus víctimas unos segundos antes de que las asesinara, sino que, cínico, desafiante, nostálgico de un «Patrón» al que dice haber amado «porque nunca me quedó debiendo dinero por mis asesinatos», se haya instalado en aquella ciudad que acorraló y sea capaz de escribirle a un lector como dedicatoria –en las memorias que publicó en el 2015– «Popeye, el asesino de confianza de Pablo Escobar».

Hace unos años, cuando el engominado autor de El cartel de los sapos empezó a aparecer en las revistas de farándula al lado de Sofía Vergara, me preguntaba por qué me indigna que estos exconvictos se conviertan en seres del jet set después de cubrir su deuda con la sociedad; por qué me asquea que estos expícaros amanescan convertidos en best sellers si relatan cómo esta cultura ha engendrado a sus propios monstruos y ha encarado tarde a sus hijos endiablados. Pues bien: Velásquez fue atracado por un par de motorizados en las calles de Medellín, en diciembre de 2016, como probando que se ha reintegrado a la sociedad, y entonces, cuando tuiteó «no tenemos alcalde», fue claro que lo que repugna es que lo haga desde una cuenta macabra que –como él– vive de su alias: @Popeye_leyenda.

Hace unos días, en la sala de espera de una sala de urgencias, me puse al día en la programación mortecina de estos dos canales de televisión nuestros que remedan al otro como si no fuera un pecado forzar a tantos talentos enormes a la medianía. Pronto los pacientes de la sala de espera comenzamos a envidiar a los pacientes de la sala de urgencias, sí. Y sin embargo, luego del lodazal de las noticias –que el comité de ética del Centro Democrático, que existe, va a investigar la campaña de Zuluaga, pero que el uribista Bula dice que él donó un millón de dólares de Odebrecht a la campaña santista– quedamos notificados, mitad espantados, mitad derrotados, de la serie de Caracol basada en el libro de alias Popeye. Quizás sea buena. Tal vez no. Pero que Velásquez se permita pasear descarado y altivo y feliz por Colombia, en vez de redimirse por allá en

algún silencio, sólo puede pasar en una sociedad sin amor propio.

BALANCE

TITULAR: INVESTIGAN SI DINEROS DE LA CONSTRUCTORA
BRASILEIRA ODEBRECHT ENTRÓ A LAS CAMPAÑAS
PRESIDENCIALES

Marzo 17 de 2017

¿Puede un colombiano ser presidente de la república sin valerse de trampas?, ¿así sea a sus espaldas? ¿Puede una persona llegar a la Casa de Nariño –digo: llegar al trono de la democracia colombiana– sin llegar a las malas?: ¿sin el respaldo de los carteles de la droga, sin el concurso de los paramilitares, sin los afiches de los sobornadores brasileños, sin los votos amarrados de esos barones electorales que terminan en la cárcel, sin las toneladas de dinero que rebozan los límites que le pone la ley a la financiación de las sórdidas campañas presidenciales? «Narcopolítica», «parapolítica», «farcpolítica», «yidispolítica», «odebrechtpolítica»: ¿es el peor de nuestros males un establecimiento subversivo que se ha resignado a pasar por encima del país con tal de seguir en el poder?

Pregúnteselo usted al vicepresidente Vargas Lleras. Entregó su cargo este martes en una costosa puesta en escena con el patrocinio desvergonzado del Gobierno – y allí documentó lo que hizo por el país, y por sus aspiraciones presidenciales, en los últimos seis años y siete meses–, pero lo que importa ahora es cómo va a hacer para llegar a la presidencia sin mañas de tiempos peores, sin financiamientos que se nos vuelvan a todos una pesadilla, sin caciques como los que su partido llegó a avalar en las últimas elecciones: si se trata de librarse de las malas costumbres, ¿no es un mal presagio esta faraónica despedida a todo color que costó 120 millones de pesos?, ¿y no es de mal gusto semejante despilfarro como primer acto de campaña en el país de las campañas vergonzosas?

Nadie está buscando otra prueba de que lo único serio de la política colombiana ha sido su violencia, pero es el colmo de lo grotesco que un par de uribistas renegados anden por ahí denunciando las faltas de la campaña de 2010: porque si usted lo recuerda, desocupado elector, en ese entonces no había centro democrático, ni santismo vergonzante, ni adalides del no, ni enmermelados, ni pastores espeluznantes, sino un implacable e imponente establecimiento uribista –una sola sombra larga que venía con su propio enemigo: las Farc– dispuesto a todo con tal de reelegirse de aquí a la eternidad. Santos, o sea Uribe, podía perder las elecciones. Mockus punteaba, de lejos, las encuestas. Y entonces la desesperada campaña gobiernista se vio obligada a redoblar esfuerzos.

El señor Prieto, desmemoriado gerente de la aplanadora uribista, mandó a imprimir dos millones de afiches que le costaron \$400 000 dólares a Odebrecht: «¡Santos presidente!». Pero eso fue lo de menos en medio de aquella apoteosis de la propaganda sucia.

Cada día que pasa, la campaña de 2010 resulta más útil para comprender esta Colombia. Con cada escándalo se ve más claro que la llamada «Ola verde» falló porque no sabía a qué se estaba enfrentando –fue maniquea cuando pensó que todo el que estuviera con Santos era corrupto, fue ingenua cuando soñó ganarle limpiamente a ese inescrupuloso leviatán electoral–, pero la voz digna de Mockus, que el uribismo ridiculizó sin piedad, sigue diciéndole al país cosas que no sabe: que la vida es sagrada, que los recursos públicos son intocables, que no todo vale en la disputa por el poder. Sí, la historia reconocerá que Santos ganó para legarle a Vargas un establecimiento al fin hecho pedazos –sin unanimismo uribista, sin Farc–, pero dirá que la derrota de Mockus es la victoria de quien se resiste a la trampa.

Mockus, que en otra lección de democracia no ha salido a deslegitimar los seis años y siete meses de Santos –ya perdonó: ya qué–, sólo ha dicho que sin tretas quizás habría perdido por menos.

Y su figura de buen perdedor es la reivindicación del país que se resiste a responderle a la bajeza con bajeza.

HISTERIA

TITULAR: PASTRANA Y URIBE SE HABRÍAN ENCONTRADO CON EL PRESIDENTE TRUMP EN UN CLUB DE MIAMI

Abril 21 de 2017

Quizás el infierno no sea una asamblea de copropietarios, como se ha dicho, sino una discusión acalorada en las redes sociales. Cuando no había Twitter, ni Facebook, los frustrados sólo eran dogmáticos e histéricos a veces. Era lo usual ser estúpido e injurioso en privado. Fanfarronear era un desliz. Y lapidar no era una costumbre porque había que salir a la calle para hacerlo. Ahora el mundo se acaba día de por medio. Y el expresidente Pastrana, de vejez innoble, no es más el estadista que reparó las relaciones internacionales de Colombia, sino el tuitero que presumió de arruinarlas: el viernes pasado tuiteó «gracias a @realDonaldTrump por la cordial y muy franca conversación...» como si se hubiera reunido con el presidente gringo –él mismo una vergüenza– a diagnosticar «la región».

Pero luego se supo que la cumbre había sido una charla de pasillo de magnates preocupados por estas democracias.

Fue así. Pastrana se pavoneó por las redes sociales de viernes a domingo como si hubiera puesto en jaque a este Gobierno impopular. El lunes CNN redujo la reunión de trabajo a breve corrillo de lagartos en el club Mar-a-Lago. Pero la resentida «comunidad de los ex» llevaba ya dos días saltando de emoción porque el caradura e irresponsable de Donald Trump iba a salvarnos de ser Venezuela: el exministro Lozano ya había declarado «la cita Trump-Uribe-Pastrana» de

«enorme importancia para Colombia»; el exprocurador Ordóñez ya había llamado «esperanzadora» la falsa velada, pues su idea, dijo luego, es sacar a Santos «a patadas»; el expresidente Uribe había enviado al Congreso gringo una patética e inexcusable carta de auxilio en la que –tal como lo prueba La Silla Vacía– sólo tres de veintisiete afirmaciones son ciertas: cuatro si se cuenta la fecha.

Pobre ex. Se ve forzado a pedir ayuda en la tierra de la libertad, a repetir en inglés lo que repite día y noche en todos los medios de aquí, porque es un perseguido del régimen sin nadita de poder: el último demócrata.

Qué ganas de armar infierno. Qué abuso de la mezquindad. Qué incapacidad de emprender una campaña presidencial sin incendiar el país a su paso. Qué adicción a la histeria en este mundo que ya no cuenta hasta diez –tres, dos, uno apenas– antes de estallar.

Trump dijo una vez, cuando no era un chiste macabro, sino apenas un chiste pesado, una mentira esperanzadora: que Estados Unidos rompería con la tradición de conjurar las crisis de adentro bombardeando villanos de afuera, que dejaría de portarse como el sheriff de disciplina del mundo. Digo esto porque la costumbre de estos déspotas criollos ha sido, en cambio, partir el país en países irreconciliables, armar guerras civiles que enceguezcan, prender las alarmas porque ya viene el comunismo –que en la práctica no ha pasado de ser la teoría–, para conservar el poder. Colombia ha bombardeado a Colombia para seguir siendo esto. Pídale usted a «la comunidad de los ex» que dedique su semana a rechazar, con la vehemencia de siempre, el llamado a asesinar a Santos de aquel miembro del Centro Democrático. A ver qué.

Para qué buscan al sinvergüenza de Trump –pienso en Mel Brooks, en La loca historia del mundo, relamiéndose en la frase «It's good to be king»– estos caudillos de la oposición cuando el oficialismo está liquidado en las encuestas: ¿qué puede hacer Trump?: ¿evitar que en Colombia se perpetúe un tirano que

compre su reelección, espíe a la oposición, persiga a la prensa?, ¿rearmar a las Farc para bombardearlas?, ¿poner orden, él, el rey del caos, en la Venezuela que financió su inauguración? Buscar a Trump es buscar a un mentiroso con las manos en la masa. Buscar a Trump por detrás del Gobierno es venderle el alma a una farsa grotesca. Pero a quién estoy diciéndole esto.

TRIZAS

TITULAR: CENTRO DEMOCRÁTICO LANZA CAMPAÑA PRESIDENCIAL
CON PROMESA DE «HACER TRIZAS» EL ACUERDO

Junio 2 de 2017

Quién no está de acuerdo con esta paz. Quiero decir: quién no celebra que se hayan salvado 2670 vidas –según cifras del Cerac– nueve meses después del cese al fuego; quién no cree que es una buena noticia la aspiración estatal de reivindicar a 12 000 000 de campesinos devolviéndoles las oportunidades; quién, que vea las noticias del Pacífico, no acepta que nuestra historia es la de este Estado que no ha sido capaz de llegar a todas partes ni de permitir todas las regiones; quién no ve que hemos llegado al capítulo en el que incluso las Farc quieren que se acaben las Farc; quién no reconoce como un paso adelante que termine el silencio, por ejemplo, sobre la violencia contra 18 544 mujeres en tiempos del conflicto; quién no desprecia aquí en Colombia, mejor dicho, esta violencia «porque sí», porque así somos y así vamos a ser.

Respuesta: miles de colombianos. Quizás no sean la mitad del país, como solemos decir regodeándonos en nuestro fracaso –y como quieren hacernos creer los expertos en reclutar frustrados y en despertar barbaries y en vaticinar venezuelas–, pero sí son demasiados los ciudadanos que sufren como una epidemia, como un síndrome de Estocolmo, la nostalgia por aquella Colombia empeñada en pacificarse a sangre y fuego de aquí a que el mundo se acabe. Nadie ha dicho «expropiar», pero ellos quieren cuidar que el país de los siervos sin tierra siga siendo el país de los señores feudales por siempre y para siempre. Tienen el desafío –según Fernando Londoño– de «volver trizas ese maldito papel que llaman el acuerdo final con las Farc». Lamentan –con José Obdulio Gaviria– que se apruebe la ilegalidad del paramilitarismo.

Se quejan porque los siete mil miembros de las Farc sólo van a entregar las armas en veinte días, y lo hacen sin reconocer lo mucho que han cambiado las quejas.

Comparten con las guerrillas envejecidas tanto el patriotismo como la extraña reivindicación del derecho al delito: «La patria...», «no había alternativa...», «no había Estado...».

Poco hablan de los 35 líderes sociales asesinados desde la firma de la paz. Poco condenan los desplazamientos masivos en el Chocó o los 6000 hombres armados que buscan tomarse las zonas del conflicto. Pero hacen tanto ruido que nuestro estado –incluso con mayúscula– suele ser la desesperación. Y todos pensamos que la definición de «delincuente» es «aquel que piensa lo contrario».

Se llama «paz» al final de la debacle, al regreso desde el infierno con la rama dorada, pero tal vez sólo es la vocación a convivir. Y, como cualquier vocación, como cualquier llamado de la propia vida, no es fácil escuchar sus razones cuando tantos se la pasan gritando. La solución no es gritar más duro: la comedante gringa Kathy Griffin, por ejemplo, cometió el error que cometen los liberales que toman el atajo de la indignación a la superioridad moral –es decir: cayó en la violencia que tanto critica– cuando le pareció chistoso e ingenioso posar con una cabeza ensangrentada del presidente Trump. La solución es, acá en Colombia, seguir desminando las tierras y los discursos y las lógicas: convertir este posconflicto en medio del conflicto, que no es una venganza sino una reparación, en una política de desarrollo.

Pero también insistir en la protección de una ciudadanía acechada por redentores; en una reforma política que nos libre de las mafias electorales; en una reivindicación diaria de las minorías; en un pacto nacional para empezar por no matarse, por no hacerse trizas cada vez que ocurra un pulso: le dije al taxista

de ayer, cuando me dijo que votó «no» al acuerdo porque un par de guerrilleros mataron a su padre, que yo voté «sí» porque quiero que las Farc se acaben, pero sonó a estar de acuerdo.

SUBSECRETARIO

TITULAR: NOTICIAS UNO REVELA PENOSA ACTUACIÓN DEL
SUBSECRETARIO DEL SENADO DE LA REPÚBLICA

Junio 9 de 2017

Que no pase una columna más sin darle las gracias a Noticias Uno. Que no se nos llegue este fin de semana sin reconocerles a los valerosos periodistas de Noticias Uno aquello de no haberse dejado amedrentar –de estar cumpliendo quince años de no dejarse aniquilar– por tantos políticos inescrupulosos de la era de la bulla. El periodismo, cuando sí lo es, recolecta las pruebas, recuenta los hechos, critica las apariencias, descubre las farsas antes de que se vuelvan la historia. Y Noticias Uno no ha bajado la guardia desde que empezó, sino que ha reconstruido las tramas macabras de los poderosos vengan de donde vengan, y, en un país más atento y menos desmoralizado, millones ya habrían dejado de votar por estos populistas de manual: ¿soñé que «el que diga Uribe» iba punteando las encuestas presidenciales del 2018?

Palabras que empiezan por «sub»: subterráneo, subrepticio, subsecretario. «Sub», el prefijo, indica «por debajo». Y pienso, como cualquiera que se resista a la infamia, en aquel vergonzoso subsecretario del Senado con vocación de lobista que el miércoles pasado no sólo fingió ser golpeado por un camarógrafo de Noticias Uno al que embistió dos veces, ¡dos!, sino que con voz trémula se atrevió a denunciar el hecho ante el Congreso –y sí, su patraña decadente fue probada por el noticiero, y lo que hizo es el fracaso de la política y de la decencia y de la vida adulta–, pero también pienso en esos diez senadores sublevados que aprovecharon la absurda invitación a «discutir los hechos», que les hizo, olímpico, el presidente de la corporación, para aplastar sin piedad a los periodistas: adiós, democracia, adiós.

El martes 6 de junio, cuando fue evidente que no era el agredido sino el agresor, el subsecretario Cruz ofreció desde Cancún las peores excusas de la historia de las excusas: «Fue un hecho accidental...». Y el rectificador José Obdulio Gaviria –el que dijo Uribe– se disculpó por haber sido uno de los diez congresistas que calumniaron e injuriaron a los reporteros, pero con las palabras calumniosas e injuriosas «asumí que era un hecho cierto porque me consta que ese noticiero es una escuela de agresiones morales»: en la noche, cuando pocos colombianos se enteran, un puñado de buenos senadores trataron de pedir la renuncia de Cruz como haciéndole un guiño a la democracia, como reconociendo que el periodismo no puede estar en la mira de los políticos, pero fue otra vergüenza porque sólo catorce senadores votaron la proposición.

Cómo pueden los colombianos pelear, perder amigos, arruinar comidas familiares, ser violentos por líderes como estos: tiene que ser que pocos se enteran.

Cómo puede encontrar el Senado de la República de Colombia una versión de los hechos que rescate del despido al subsecretario.

Cómo puede el expresidente Uribe –sí, mal ejemplo– decir que basta con que Cruz pida perdón.

El infierno ya no es la gruta polvorienta de los antiguos ni la caldera ejemplar de los católicos, sino la tal posverdad, la tal subverdad: el empeño de los populistas caraduras de negarnos la verdad e imponernos su mentira. Hay quienes osan negar, por ejemplo, la grabación en la que el exgerente del «no» no sólo cuenta cómo engañaron a la gente, sino que imita, con sorna, el llanto de las víctimas. «Saulito» Cruz, que así le han dicho los padrastros de la patria en sus quince años de subsecretario, tiene que irse del Senado: se inventó que un camarógrafo de Noticias Uno lo había agredido –y habrá que repetirlo hasta que suene tan

grave como es—, y los hechos, hechos son. Y una vez más es lo fundamental dejar en claro que los enemigos de la libertad de expresión son enemigos de la ley, y son violentos: subsecretarios, subcongresistas, subpresidentes.

DESINTOXICACIÓN

TITULAR: LAS FARC DEJAN LAS ARMAS, ANTE LOS VERIFICADORES DE LA ONU, MEDIO SIGLO DESPUÉS

Junio 16 de 2017

Favor leer dos veces la siguiente frase: hay colombianos que piensan que el desarme de las Farc es una mala noticia. ¿En qué Colombia paralela puede darse semejante proeza? ¿Por qué para ciertos ciudadanos la entrega de miles de armas no es una victoria de nuestra democracia, sino, solamente, la prueba reina de que las Farc fueron agentes del horror? ¿Qué está pasando por dentro de una persona que desprecia el fin de una guerra? Quizás está sucediendo la sospecha de que esta paz verificada es también un triunfo de la guerrilla, tal vez la certeza infundada de que el castigo a «esos bandidos» no será ejemplar, de pronto la convicción de que sigue ahora –en el orden del día del Apocalipsis– la tan temida «ve-ne-zo-la-ni-za-ción» del país: «¡Ahí vienen los rusos!». Pero sin duda alguna está ocurriendo el odio.

Odiar es más claro. Odiar es más fácil. Odiar define, compromete, aviva, pero también intoxica. No hace mucho, a finales del año pasado para seguir siendo imprecisos, investigadores del laboratorio de neurobiología del University College de Londres comprobaron –pues todos los dichos populares serán demostrados por la ciencia– que el amor y el odio comparten un par de estructuras cerebrales: el amor desactiva ciertas regiones del cerebro para echar a andar sus ficciones, y el odio las activa, como despejando el horizonte, para urdir sus venganzas despiadadas, pero puede convertirse en una búsqueda patológica, en una esclavitud, en una adicción como cualquiera: la «odiopatía», sí, que se satisface en los rumores, en las redes sociales, en los fundamentalismos.

Quien se ha vuelto adicto al odio no lee las historias, sino los titulares. Siempre está confirmando sus sospechas. No vota: se venga. Generaliza, «fachos», «mamertos», «uribistas», «santistas», porque es más fácil aniquilar a quienes no tienen nombre ni apellido.

Hubo una vez un puñado de guerrilleros sobrevivientes de la Violencia, que en 1964, luego de un pacto de paz traicionado por el Estado del Frente Nacional, se alzaron en armas en las montañas del Tolima: 53 años más tarde, después de combinar todas las formas de lucha para alcanzar poco más que una violencia sin comillas, ni ortografías eufemísticas –después de participar en vano en varios procesos de paz con varios Gobiernos extraviados, después de ser testigos del exterminio de su propio partido, después de perderse una Asamblea Constituyente, de hacer el papel del enemigo en la farsa del establecimiento y de justificar el secuestro, el tráfico de drogas y la extorsión para atizar la tragedia–, se encuentran a punto de entregar las últimas armas en su posesión a ver qué tan capaces somos todos de vivir en el mismo país.

Pero quien lea este párrafo con odio no notará que es un párrafo contra las Farc: un párrafo que se refiere a su desarme como un triunfo histórico sobre nuestras violencias.

Quedan cuatro días para que estén todas las armas de las Farc en manos de los verificadores de la ONU: cuatro días nomás. Sigue, en el orden del día, desintoxicarse: sí, irrita que Márquez el exguerrillero empiece a ser Márquez el político con un par de ataques a la libertad de expresión, desespera la mediocridad insolente de tantos gobernantes de ahora, indigna que el Congreso siga consintiendo el ausentismo de los congresistas, enfurece que en una sola frase aquel concejal pereirano trivialice tanto la violencia contra la mujer como la cultura de la ilegalidad –enerva, en suma, nuestra actual banalización del despotismo, de la politiquería, de la corrupción, del delito: estamos listos para la llegada de otro falso mesías–, pero hay que librarse de esta adicción al odio porque los zánganos del poder cuentan con ella para 2018.

ANTICORRUPCIÓN

TITULAR: CAPTURADO POR CORRUPCIÓN EL FISCAL DE LA UNIDAD
ANTICORRUPCIÓN DE LA FISCALÍA

Julio 7 de 2017

A mí lo que no me parece es que uno tenga que temerle a tanta gente aquí en Colombia. Teme uno, como tantos ciudadanos del planeta, a los dementes sin nada que perder: a los fleteros, a los escopolaminadores, a los extorsionistas, a los fanáticos setenteros que ponen bombas que no prueban su punto, sino su estúpida arrogancia. Teme uno a los guerrilleros perdidos en sus laberintos sangrientos y a los para militares –que no existen, pero que los hay, los hay– acostumbrados a pacificar por la vía del exterminio y a cazar comunistas aunque ya no haya. Teme uno cuando tropieza con las siglas «DAS», «EPS», «DIAN». Pero por estos días también tiembla de miedo, porque siente que ya no hay a dónde ir, apenas escucha que el fiscal anticorrupción acaba de ser capturado por corrupción: quién va a vigilar a estos vigilantes.

En Colombia hay 230 000 abogados, 355 por cada cien mil habitantes, pero –no me pregunten por qué: porque pasó la prueba del polígrafo, porque tenía amigos en la rama, porque esa Colombia se empeña en ser esa Colombia– no fue posible encontrar un mejor candidato que un corrupto para liderar la lucha contra esta corrupción que ya parece una moneda de cambio, una lengua. Sí, el tercero al mando después del Papa ha sido acusado de pedofilia. Y sí, el Secretario de Seguridad de Medellín ha sido acusado de concierto para delinquir. Pero el repugnante caso del señor Moreno Rivera, que así se llama el jefe de la Unidad Anticorrupción de la Fiscalía, no sólo ha probado que somos pastoreados por los lobos, sino que ha hecho evidente la perversa solución que hemos estado dándole a la corrupción: decir «es que así somos».

Digo esto que digo porque lo peor de la noticia, que pertenece al género «ahora sí tocamos fondo...», ha sido aquella carta cínica en la que el señor Moreno Rivera pide empalagoso perdón abogadil a sus jefes, y a sus colegas, y a sus compañeros de trabajo, y a sus familiares, y a sus amigos, y a sus alumnos, y a los colombianos y –ya que hoy la justicia sucede, primero, en el paredón de las redes– a los líderes de opinión: no es bueno leer la carta sin haber comido antes, ojo, porque se le revuelve el estómago a uno leyendo frases como «suplico de ustedes su Perdón»; «sencillamente caí»; «lamento haberme reunido con el investigado Alejandro Lyons»; «ante las autoridades explicaré las razones de este fatídico encuentro»; «hoy sé que a cualquiera de nosotros le puede pasar»; «nadie camina la vida sin haber pisado en falso».

Digo que se le revuelve a uno el estómago porque –según El Tiempo– el exfiscal Moreno no tuvo un «fatídico encuentro» con Lyons, el exgobernador de Córdoba, sino que lo buscó para pedirle un soborno de un millón de dólares que, luego del regateo de rigor, terminó siendo de cuatrocientos millones de pesos. Pero si insisto en que el caso asquea es porque no es cierto que Moreno simplemente haya caído, ni es seguro que haya dado un paso en falso como quien tuvo un mal día, ni es verdad que a cualquiera de los funcionarios de la Fiscalía o a cualquiera de los abogados o a cualquiera de los colombianos nos pueda pasar: claro que no. Sí, aquí hemos estado tolerando y engordando a los corruptos, igual que a los violentos, como si tuvieran la sartén por el mango y así fuera «nuestra cultura», pero la defensa del exjefe anticorrupción es la salida de los curas pedófilos: «Caí», «somos humanos», «ay».

No se me olvida que el técnico de computadores que nos robó un millón de 1997, a mi papá y a mí, nos dijo la última vez que lo vimos que estaba aterrado con la corrupción colombiana: el problema es tan hondo que a los corruptos les indignan los corruptos, pero empezará a solucionarse si nos obligamos a pensar que así no somos todos.

ADVERTENCIA

TITULAR: APARECE, EN MONTERÍA, UNA VALLA PREMATURA QUE DICE «YO VOTO POR EL QUE DIGA URIBE»

Julio 14 de 2017

Por qué «el que diga Uribe», sea quien sea esa pobre alma hipotecada, puede ser nuestro próximo presidente amado al principio e impopular al final: porque una buena parte de Colombia quiere seguir votando «no» a las Farc aunque no existan, «no» a «el traidor de Santos» aunque él sí vaya a irse, «no» a los apellidos de siempre aunque los líderes de la derecha estén cumpliendo cuarenta años en las vísceras del poder, «no» a esta economía estrangulada que es la misma desde hace ya cinco Gobiernos, «no» al aborto, «no» al matrimonio entre colombianos del mismo sexo y no a la adopción gay, y «no», en general, a tantos derechos para las minorías. Y mientras el ungido sólo tendrá que gritar «castrochavismo» y «ateísmo», pues ser «la oposición» de un país hastiado le lava la imagen a cualquiera, los líderes del «sí» aún no digieren la lección del plebiscito.

Por qué la frase «yo voto por el que diga Uribe», que puede leerse en una valla prematura en Montería, es la huella de un lío de fondo: porque nos recuerda que desde principios de este siglo, sobre la base de aquel derrotismo que ha sido el peor vicio colombiano –esas ganas de creer que esto es Sodoma y Gomorra y Siria–, un puñado de empresarios y terratenientes y líderes inescrupulosos han querido embarcarnos en un proyecto populista. Votar por «el que diga Uribe» es renunciar, como un recluta, a la voz. Votar por «el que diga Uribe» es votar por un pariente del caudillo, como se ha vuelto costumbre cuando un político nuestro no puede quedarse para siempre, pero también es votar por el que digan los patrones: por el que no les quite tiempo, ni nada, a los pocos dueños de las cosas

del país.

Todo está dado, en Colombia, para que llegue «el que diga Uribe»: vean a los políticos profesionales, que viven de eso porque de qué más, subiéndose al barco mesiánico como si fuera siempre el desolado 2002; vean a los congresistas jadeantes tratando de revivir la ley del transfuguismo para ejercer la tradición de cambiarse al partido ganador, sin ser sancionados, antes de que se nos vengán encima las elecciones; vean a los exfuncionarios de este Gobierno, que consiguió el desmonte de las Farc y sin querer dio un golpe al monoteísmo político de 2010, vueltos exsantistas negando a su exjefe una, dos, tres veces –y repitiendo lo que sea: lo que toque– antes de que cante el gallo de las encuestas: «Yo habría revisado los acuerdos...», «esa reforma tributaria ...», «esa plata de Odebrecht...».

Noten su ansiedad: significa que están convencidos de que «el que diga Uribe» va a ganar, que están descubriendo justo a tiempo, oh, que eran piadosos, que desde niños eran de derecha, que pueden ser, en fin, lo que les diga Uribe.

Pero nada está perdido hasta que todo esté perdido. Nadie está peleando por políticos oportunistas, ni está comiéndose el cuento de que Colombia es lo que quiera el colombiano que gane, ni está odiándose en los lugares importantes de la vida: en los ascensores, en los mercados, en los cines nadie está bloqueando a nadie. El Partido Conservador –el termómetro, el pulpo Paul de las elecciones colombianas– no se ha entregado aún a algún aspirante. Quién quita que lo candidatos liberales, incluso los que siguen en el Partido, sean capaces de reconocer que perdieron el plebiscito por mediocres y por superiores morales y por flojos; de quitarse la maña de señalarse los unos a los otros bajo la mirada de Gaviria y compañía; de dedicarse a la crítica de aquel que justifique la violencia, de emplearse en la defensa de los derechos de todos y armar una coalición cuya ideología sea el sentido común.

Nada se ha perdido: Colombia no es la misma de hace quince años. Y no estoy

diciendo una esperanza sino un hecho.

REGUERO

TITULAR: EXPRESIDENTE URIBE DEBE RETRACTARSE POR CALUMNIAR AL PERIODISTA SATÍRICO DANIEL SAMPER OSPINA

Julio 21 de 2017

Qué cansancio de país. Qué reguero de país. Qué estarán dando en cine para recordar que la vida es otra cosa. La última vez que entré a los comentarios de esta columna en eltiempo.com, que jamás los leo, lo hice porque le había escrito una despedida a mi papá al otro día de su muerte: quería ver si sus alumnos aprovechaban los foros pegajosos que sabemos para darle las gracias a su maestro, pero salí corriendo cuando leí al segundo trol que celebraba mi duelo. Yo no he sido de ningún partido, ni he recibido un solo peso de ningún Gobierno, ni he justificado la violencia de ningún violento: mi ideología ha sido el sentido común. Pero ese día alcancé a contar dos anónimos felices por mi pérdida. Y me encogí de hombros porque es un hecho, como el horror, que las redes sociales están llenas de malogrados adictos al odio, pero también porque aquí siempre ha sido imperdonable opinar.

Digo esto que digo porque esta semana sí que ha sido claro que ante semejante torrente de violencia lo mejor que puede hacer uno es precisamente negarse a la violencia, rehusarse a la bajeza, hablar la lengua recta de la ley: es en nuestro Código Penal, no en su versión de los hechos ni en la mía, donde está escrito que «el que impute falsamente a otro una conducta típica incurrirá en prisión de dieciséis a 72 meses»; donde está dicho, sin adjetivos ni afanes de venganza, que el expresidente Álvaro Uribe Vélez debe retractarse por haberse atrevido a acusar de «violador de niños» al periodista satírico Daniel Samper Ospina –su crítico más popular– sin aportar las pruebas. No es más. Aquí tendría que terminar esta columna. Pero el expresidente ha vuelto a jugar la carta que ha

cebado la violencia colombiana desde antes de 1948: ha dicho «usted empezó».

Y parece necesario repetir, a ver si alguna frase abre al fin la puerta, que no es lo mismo ser un humorista que irrespeta a los poderosos que un expresidente que calumnia a sus críticos.

Qué desgaste inútil de país. A finales de febrero de 2005, cuando empezaba a quedarse en la presidencia, Uribe reaccionó a la masacre de San José de Apartadó –que fue un descuartizamiento– acusando a algunas de las víctimas de «auxiliar a las Farc»: ocho años después la Corte Constitucional ordenó al Estado retractarse por mancillar a esa comunidad y justificar la matanza. Desde hace mucho tiempo Uribe se ha estado permitiendo las calumnias, como si él fuera su ley, con la certeza de que las primeras planas de hoy serán las minúsculas notas de mañana: pregúnteselo usted a los magistrados de la Corte Suprema a los que acorraló, a los once muchachos de Soacha asesinados que según él «no fueron a recoger café», a los periodistas de buena memoria que ha emparentado con el terrorismo, y entonces será claro qué es matar un nombre.

Y por qué en la era de los muchedumbres, en la Torre de Babel de las redes, lo único que le queda al calumniado por un poderoso –respaldado, a tientas, por tanto país– es hablar la lengua de la ley.

Podría intentar yo otras columnas: la que no puede creer que miembros decentes del Centro Democrático, Santos, Valencia, Duque, Nieto, Trujillo, insistan en que Uribe sí le dijo «violador de niños» a Samper, pero no en ese sentido; la que no está de acuerdo con la idea desdeñosa de que el pulso de esta semana es un pulso entre las élites, ni con la teoría de que la solución a todos nuestros problemas es negarle el micrófono a un hombre que tiene su propio megáfono; la que se pregunta cómo librar del odio a un país en el que tantos celebran que un sicario llame sicario moral a un periodista. Pero esta es sólo mi columna sobre cómo hasta un expresidente debe irse a la cárcel o retractarse si calumnia. No voy a leer los comentarios.

MANCHA

TITULAR: VISITA DEL PAPA FRANCISCO DEMOSTRÓ QUE LA FE CATÓLICA SIGUE VIVA ENTRE LOS COLOMBIANOS

Septiembre 8 de 2017

Parecía como si a Colombia la hubiera agarrado vieja, cansada, esta visita del papa: «Otro más...». Porque en las benditas redes sociales – que vuelven sentencias los lapsus y elevan a eterno lo efímero, pero son la realidad también– podía uno ver a esos opositores envidiosos, asaltados en su mala fe, jurando por Dios que la gira es un hecho político y que el agua moja; a esos teóricos de la conspiración llamando «hereje», «castrochavista» y «enmermelado» a Francisco por apoyar la paz y devolverle algo de sentido común al catolicismo; a esos lagartos resbalosos, «Su Santidad: una selfie...», rogando por una boleta para las misas de este fin de semana; a esos dueños de carro renegando por los cierres de las calles porque Bogotá no aguanta más procesiones: «¿Por qué no lo hicieron el domingo?».

De tanto oírles los sermones a los falsos profetas podía uno creer que los «sumos pontífices» habían dejado de importar desde que –gracias a Dios– la Constitución no tuvo más el mismo protagonista de la Biblia, la Real Academia ordenó que la palabra «papa» se escribiera con minúscula y se supo que ya no son católicos el noventa sino el 79 por ciento de los colombianos. Pero entonces avanzó Francisco por la calle Veintiséis de Bogotá. Y fue claro que la fe sigue siendo la fe, y el afán de estar en paz no ha dejado de ser cierto, y ceguera es y ha sido negarlo.

En 1986, cuando Juan Pablo II vino a este suelo tan árido a «sembrar un mensaje de perdón y reconciliación», el centro del país era un camposanto desde Armero hasta el Palacio de Justicia: sobrevive la foto de aquel papa de rodillas con la frente apoyada sobre una cruz enorme. Francisco recorre un camposanto aún más grande: el camposanto que han dejado los agentes del Estado, los guerrilleros, los para militares y los narcoterroristas, pero sobre todo el triste desfiladero de odios que siguen engordando a los peores. Decía un profesor mío que las visitas sirven para ver las manchas que se han ido quedando en el piso de la casa: y los caminos fáciles tan nuestros –el odio, la violencia, la indiferencia ante la ley– han sido evidentes desde que se anunció la visita del papa.

Se ha visto el rencor en carne viva de esos políticos que empiezan siendo un síntoma pero terminan volviéndose la enfermedad. Se ha repetido la idea perversa de que querer al país, que suele volverse «querer el país», es un atenuante. Se ha dicho que el partido de las Farc no es una derrota de la guerra como lógica y como negocio, sino una estafa más. Que proyectar su logo sobre la fachada de la catedral es un acto de violencia, Dios, qué desmemoria. Que el cese del fuego con el ELN es otra farsa. Que el sometimiento del Clan del Golfo no es sino un anuncio. Que Francisco es el anticristo: 666. Y que su visita es otra trampa de Santos. Y uno se pregunta cómo se hace para odiar sólo a los unos por las mismas razones por las que también podría odiarse a los otros.

Quiero decir que, siendo rigurosos, pensando en masacres y en llamados a la violencia, aquí habría que odiarlos a todos o a ninguno: a la Iglesia, al Partido Liberal, al Partido Conservador, al Estado, a las Farc, al ELN, a las AUC, al Clan del Golfo. Y que ya sólo queda que se sigan sometiendo y contar esas historias que sirven a la justicia y aprovechar el fin de cada horror para seguir viviendo. Se dijo alguna vez –Enrique Santos Molano lo recuerda desde el título de su gran novela de 2015– que quienes nacían en este hallazgo español nacían con la «mancha de la tierra», pero la mancha ha sido este masoquismo, este regodeo en el desprecio de nosotros mismos.

Es una buena noticia que esté aquí un papa que ha pedido perdón por unas

cuantas cosas: a ver si el odio deja de ser útil.

CHUZADAS

TITULAR: CONDENADO EXDIRECTOR DEL DAS POR SEGUIR E INTERCEPTAR A LA OPOSICIÓN DEL GOBIERNO PASADO

Septiembre 15 de 2017

Qué tanta indiferencia hay aquí en Colombia. Por ejemplo: ¿tenemos claro que Jorge Noguera, exdirector del viejo DAS, acaba de ser condenado a siete años de prisión por seguir e interceptar ilegalmente a la oposición del Gobierno pasado? ¿Recordamos que ya había sido condenado a veinticinco años de cárcel por – entre otras atrocidades y otras cobardías– el homicidio del profesor Correa de Andreis? ¿Conocemos así sea por encima la historia que cuenta Julián Martínez, terco en el mejor de los sentidos, en su libro Chuzadas?: ¿sabemos que hasta comienzos de 2005 Noguera seguía presumiendo de hacer parte de una máquina que, con el fin de quedarse el poder y con el pretexto de encarar una «guerra política» que nadie estaba librando, desprestigió, estigmatizó, persiguió e intimidó a defensores de derechos humanos, magistrados, periodistas?

Vale la pena hacer clic en los nombres de algunos exfuncionarios del DAS de ese Gobierno, hacer clic en Rafael García o Martha Leal o José Miguel Narváez, para acabar de enterarse de que la idea desde el principio hasta el final fue espiar a «personas de tendencia opositora». Vale la pena notar que la cacería brutal a los enemigos de aquel régimen no paró con la captura de Noguera: María del Pilar Hurtado, la exdirectora del DAS de 2007 a 2008 que recibió asilo político en la Panamá de tiempos del discutible Ricardo Martinelli –hoy requerido en su país por chuzar a sus opositores–, fue condenada a catorce años de prisión por seguir cometiendo algunos de los delitos de su antecesor. Vale la pena recordar que el desaparecido DAS, que dependía directamente de la presidencia, interceptó 183 millones de llamadas durante el Gobierno anterior.

Odiaría decir que lo nuestro ha sido «complicidad». Querría probar que no ha sido más que «desinformación»: a qué horas va a enterarse uno de tanta bajeza. Uso la palabra «indiferencia», por ahora, porque no parece que nos doliera haber vivido mientras las víctimas del DAS no tenían vida: mientras recibían coronas de flores o muñecas descuartizadas o amenazas contra sus hijos. Es como si nos sonara predecible, «cuénteme algo que no sepa...», cualquier acto violento cometido en Colombia. Es como si despreciáramos a los victimarios en la teoría –repetimos que no está bien matar, ni chuzar, ni calumniar–, pero en la práctica pensáramos que algunas víctimas son menos graves que otras.

Según Chuzadas, el documentado libro de Martínez, fueron víctimas de ese DAS –es decir, tuvieron ansiedad, mareo e insomnio durante años– los líderes de las ONG de paz, los miembros del Colectivo de Abogados «José Alvear Restrepo», los magistrados de aquella Corte Suprema que aún no se desprestigiaba sola; los líderes Piedad Córdoba, Luis Eduardo Garzón, Carlos Gaviria, Gustavo Petro, Alirio Uribe, Ramiro Bejarano; los periodistas Daniel Coronell, Félix de Bedout, Claudia Julieta Duque, Carlos Lozano, Alfredo Molano, Hollman Morris: ¿quién, que sepa lo que está diciendo y se limite a la ley, puede justificar la asquerosa persecución a cualquiera de ellos?, ¿quién, que conozca las condenas a los exfuncionarios de ese DAS, puede negar lo que pasó, excusar lo que pasó, votar por lo que pasó?

Sigue siendo una vergüenza todo lo que hizo para quedarse aquel Gobierno que no quería irse. Es bueno que se sepa para que se vuelva impensable –porque además su jefe no ha querido dejar de hacerlo– eso de asesinar moralmente a los opositores. Todos los políticos, por más cobardes e inescrupulosos que sean, se vuelven viejos y se van, pero algunos no tienen problema en dejar esto peor de lo que lo encontraron. Y nosotros, que siempre nos quedamos, no podemos darnos el lujo de ser sus cómplices, sus desinformados, sus indiferentes.

CATÁSTROFE

TITULAR: EXPRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA INVESTIGADO POR DELITOS CONTRA LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

Septiembre 29 de 2017

No es un mal título: Catástrofe. Podría ponerse al pie de la infame foto de reo del expresidente de la Corte Suprema: Francisco Ricaurte. Podría resumir la historia de estos magistrados que están siendo investigados por delitos contra la administración de justicia. Es la palabra que viene a la cabeza cuando se piensa en los pagos de Odebrecht, en los sobornos de los legisladores a los jueces, en los justos que están pagando por los pecadores. Pero también es la mentira que han estado usando los políticos colombianos para tomarse el poder. La cabeza del Gobierno pasado, que consiguió montar la ficción del bienestar y la seguridad que montan las empresas populistas, soltó hace diez años –qué triste aniversario– la frasecita «reelección sólo si hay una hecatombe». Pero ya lo había dicho el aspirante Rafael Núñez en 1878: «Regeneración o catástrofe».

«País en crisis» es una redundancia. Pero sí: ver la denigrante foto de Ricaurte preso es ver lo peor. Decir «magistrado corrupto» es tan desolador como decir «cura pedófilo»: es no tener a dónde ir, tocar fondo después del fondo, descubrir que la guerra está sucediendo en el refugio. Sería justo hablar de catástrofe, claro, porque ha sido probado que los peores de la justicia han contraído lo peor de la política, porque a ciertos fiscales se les nota a leguas el ansia de ser implacables en los casos mediáticos, porque uno ya no sabe si aquello de defender a los funcionarios inocentes –perseguidos para mostrar resultados en las redes– puede agravarles la vida a ellos. Pero hay que tener cuidado a la hora de usar esa palabra: «Catástrofe». Porque sirve a los fundamentalistas. Porque termina en reformas inútiles y en Gobiernos tramposos.

Y no señala un estado sino un hecho: no somos una catástrofe, sino que la estamos viviendo.

Quizás el gran riesgo que corremos cuando decretamos el desastre –y más en los tiempos de Twitter– es el de permitirnos la justicia por mano propia: ¿se sentirán héroes de a pie, vengadores como los de antes, estos genios que condenan a los políticos por las calles en vivo y en directo?, ¿tendrán claro que no son los valientes sino los cobardes?, ¿estarán sirviéndole gratis a la idea perversa, de campaña, de que esto se fue por el despeñadero? Colombia está mal. Pero también lo estaba en 2010 y en 1878: también entonces las soluciones eran la decencia y el respeto por la ley, y uno de los peores problemas era que lo común no era tener como aliados, sino como abusadores, a los ejércitos, a los policías, a los empleados públicos, a los cobradores de impuestos, a los jueces.

Colombia ha sido un Estado desmembrado, y no el Estado fallido que pinta el populismo apostólico, pero hoy puede dejar de ser un Estado temible. Los escándalos de estas semanas han despertado la vergüenza de las facultades de Derecho; han vuelto presos a un puñado de pícaros a voces –por fin– justo cuando otra generación iba a resignarse a la lengua de la corrupción; han recordado, en suma, la utilidad de los síntomas. Los tropiezos durante la implementación de los acuerdos con las Farc han recordado, como las fotos de un álbum, la lentitud, la maraña, el calvario estatal que nos trajo hasta aquí, pero también es cierto esta semana que en unos meses siete mil colombianos desarmados se dirigirán a un tribunal especial –y serio– que podría servir para recobrar la confianza en la justicia.

«Desastre», «hecatombe», «catástrofe» se nos han vuelto muletillas. Nos gusta pensar que no somos un país, sino un estado del alma: un charco. Pero el trabajo es –más aun cuando una de las guerras se ha acabado– darle forma a una sociedad libre. Y ahora sigue, en el orden del día, pactar una justicia que le quite sentido a la venganza.

FÚTBOL

TITULAR: COLOMBIA CONSIGUIÓ CLASIFICAR AL MUNDIAL DE
RUSIA LUEGO DE UNA LARGA ELIMINATORIA

Octubre 13 de 2017

Por qué nos volvemos una nación mientras juega Colombia: porque es entonces cuando descubrimos que busquemos lo que busquemos, vengamos de donde vengamos, compartimos esta extraña fantasía de que el resultado del partido nos reivindique de aquí a Tombuctú; compartimos esta curiosa necesidad de demostrar que este lugar no es tan grave; compartimos esta levísima esperanza – pero esperanza al fin y al cabo– de que aquí no sólo se dan las miserias sino también las glorias que suceden en las demás esquinas del planeta. Tengo la impresión de que hemos mejorado: en 1994 perdimos la cabeza porque la selección no sepultó en Estados Unidos la noticia de que éramos una sociedad reestructurada por el narcotráfico. Hoy deliramos menos. Y, quizás porque empezamos a estar en manos de generaciones que temen menos al mundo, el fútbol ya no es sólo un paliativo, un atenuante: es, también, un reflejo de lo que estamos siendo.

Ni el Vaticano ni la Fifa han sido capaces de acabar con nuestra fe: el fútbol, que es una puesta en escena como una misa, como un rito, sigue recordándonos que vivir es vivir en suspenso. Y ni siquiera se nos ha arruinado la emoción infantil de siempre por culpa de estas absurdas, larguísimas e impredecibles eliminatorias para el Mundial que aparte de dinero sólo han conseguido que ningún equipo del mundo sea el mismo equipo durante más de dos partidos: la Colombia brillante de la Semana Santa de 2016 no es la Colombia espantada de octubre de 2017. Pero es justo decir que esa fe, esa gritería que pone a temblar mi barrio, ese trastorno que vuelve cada partido de fútbol una pasión –y también

en el sentido de calvario—, no nos ha impedido esta vez seguir dando los pulsos que hemos estado dando como sociedad en los últimos tiempos.

No nos cegó el fútbol, que durante tanto tiempo se ha sentido por encima de las leyes, a la hora de relatar la caída estrepitosa del presidente de la Federación Colombiana de Fútbol por protagonizar la corrupción vergonzosa de la Fifa: que siga el estruendo. No nos calló el fútbol, que en su nombre hemos normalizado tantos horrores, a la hora de criticar la convocatoria del jugador de la selección que fue arrestado por violencia doméstica. No nos impidió el fútbol encarar el manoseo de esos comentaristas deportivos que desde el principio, como chulos, como negociantes de trastienda, desearon el fracaso del técnico Pékerman. Esta vez se dijo a tiempo que estamos lejos de ser los mejores, que la selección representa a un país al que le cuesta sangre trabajar en equipo y nuestra hinchada va de la beatificación a la lapidación en un par de minutos.

Sí, el partido contra Paraguay probó este miedo proverbial a dejar de ser niños. El partido contra Perú demostró este coraje que es sólo nuestro. Pero una vez superada la zozobra de estas últimas dos fechas, que semejante incertidumbre a mí me ahogó la celebración, he ido entendiendo por qué me gusta que esta selección haya vuelto a clasificar a un Mundial: porque el temple de Falcao García se lo merecía; porque la ansiedad de James Rodríguez se había ganado el derecho a un alivio; porque la mala leche de los dueños del fútbol tenía que recibir su castigo; porque este equipo impredecible no será ese show lleno de protagonistas que fue la Colombia de 1990 a 1998, pero es, sin duda, un conjunto de personajes secundarios incapaces de encogerse de hombros ante la derrota: y quizás sea mejor un país así.

Por qué me gusta que esta selección colombiana haya clasificado al Mundial de 2018: porque encarna a este país que no ha perdido la fe en el drama del fútbol, ni en las demás incertidumbres, pero cada día parece menos interesado en decirse las mismas mentiras de siempre.

REPUGNANCIA

TITULAR: LA CAMPAÑA DE REDES #YOTAMBIÉN PONE EN EVIDENCIA LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

Octubre 20 de 2017

Cuántas mujeres han sido acosadas sexualmente alguna vez por algún hombre: todas. El caso del omnipresente productor Harvey Weinstein, que ya ha sido retratado como un abusador por 49 actrices de Hollywood, ha terminado en una campaña de redes sociales que ha conseguido detener el mundo para que sea claro que la violencia contra las mujeres ha sido una costumbre y un régimen. «Si has sido acosada o agredida sexualmente escribe “yo también” como respuesta a este tuit», escribió la actriz Alyssa Milano el domingo en la tarde. Y el resultado es una cadena estremecedora e infinita de «yo también». Y es una estadística escalofriante: cien por ciento. Y es una manera de plantársele a esa ola de vengadores envalentonados que desde el año bisiesto andan reclamando tolerancia con la intolerancia: con el abuso del poder.

Este debería ser un tema de la próxima campaña presidencial: esta cultura violenta que señorea, que avasalla a la mitad del país como encadenando a una minoría. Desde la Constitución de 1991, que puso fin, en el papel, a la discriminación contra la mujer –que hasta entonces a duras penas podía votar, administrar sus bienes e ir a la universidad–, se han expedido leyes importantes y se han proferido sentencias cruciales que retiñen que las colombianas pasaron de ser sujetos de protección a ser sujetos autónomos. Pero este Estado en guerra sigue siendo el mejor ejemplo de que, por palabra, obra y omisión, el camino de la norma a la cultura puede ser eterno. Y en los últimos diez años diez mil universitarias, más o menos, han denunciado el acoso de sus profesores. Y en los últimos cinco 875 437 mujeres fueron víctimas de violencia sexual.

Someter a la mujer dejó de ser legal, en fin, pero siguió siendo normal: la vida privada. El hombre es el animal que puede irse llenando de violencia, el animal que puede irse volviendo un depredador a la vista de todos, pero su logro en el mundo tendría que ser no serlo. Qué hay que hacer. Qué falta. Yo he tenido mucha suerte: me dedico a decir lo que siento para que no se me vuelva violencia, no tuve un papá que hablara por mi mamá ni tengo una mamá que se aguante una sola injusticia, estoy casado con mi ejemplo y nuestro hijo no le dice a nuestra hija «brava» sino «señora presidente» cuando ella frunce el ceño. Pero, a pesar de esas ventajas, apenas esta semana me pareció claro que no basta con procurar no ser un macho: que es vital que no esté sólo en manos de ellas notar a quien se regodee en serlo.

«Yo también» tengo, a los 42, visión limitada: nadie me ha gritado atrocidades por la calle cuando he ido solo, y entonces he vuelto a la casa sin caer en cuenta y he vivido resignado a la lógica de los machistas y he dejado la solidaridad y la empatía para mañana y he aceptado que todo termine en esos testimonios urgentes que tantos leen como gajes del oficio de ser mujer y me ha faltado ser más que un parodiador de esa violencia. He usado las gafas de Elizabeth Castillo, de Mónica Roa, de Cristina Villarreal, para sobreponerme a esta miopía magna. He escuchado a Jineth Bedoya y he visto Las igualadas y he revisado los libros de Susana y Elvira para entender y participar sin caer en la trampa de darle voz a una voz. Pero sé que saberlo no es practicarlo.

Para un hombre, creo, es cuestión de perderle el miedo a los riesgos que trae el tema: a la vergüenza y a la responsabilidad, claro, pero también a los vigilantes que no consiguen creer en este feminismo torpe de los hombres.

Ya es 2017, sí, ya es el futuro, pero el presidente de Estados Unidos es un viejo que presume de matonear a las mujeres. Y aquí sigue ocurriendo una masacre: 731 feminicidios el año pasado. Y lo normal tiene que ser la repugnancia.

DESCONFIANZA

TITULAR: SEGÚN GALLUP, EL 89 POR CIENTO DE LOS COLOMBIANOS NO SE SIENTE REPRESENTADO POR LOS PARTIDOS

Noviembre 10 de 2017

Yo sé que al humor de mi papá, que murió el año pasado, le habría fascinado – por delirante y por diciente– la noticia de que no hemos podido presentar su declaración de renta de 2015 ni su declaración de renta de 2016 porque los cálidos funcionarios de la Dian siempre están pidiéndonos un papel autenticado más: «Registro Civil de Matrimonio al día», por ejemplo, «Acta de Defunción actualizada». Por otro lado, nuestra gran amiga E., que volvió a Colombia hace tres meses luego de doce años de vivir feliz fuera de aquí, no ha logrado afiliarse a una empresa prestadora de salud porque sin falta a última hora algún oficinista agobiado y agobiante se saca de la manga un documento nuevo que dizque le hace falta: el certificado de nosequé, la constancia de cualquier cosa, la fotocopia de la cédula ampliada al 150 por ciento, que ya es patrimonio cultural.

Es la desconfianza elevada al grado de estupidez: demuéstrenos que el difunto sigue siéndolo, convéncenos de que usted sí es el pobre que debe pagarnos, pruébenos que usted sí es usted así tenga su cédula en la mano.

Sí, nuestras instituciones no confían en nosotros por esta fama de ladinos, de vivos que viven de los bobos. Pero además es mutuo: según la encuesta bimestral de Gallup, que acaba de salir, el 89 por ciento de los colombianos no se siente representado por los partidos políticos, el 84 sigue desconfiando del sistema judicial del país, el 82 no cree en este Congreso turbio que sabotea la

paz, aún «no hay quórum...», y el 72 tiene serias dudas sobre la Corte Suprema. Señores de Gallup: pregunten por la Dian. Averigüen qué pensamos de que el Sena haya vuelto a ser un feudo, de que el ICBF haya vuelto a ser manoseado por los politicastos, de que el Ministerio de Cultura haya vuelto a portarse como un funcionario caradura ante la evidencia de que ni ve ni busca ni reconoce a las escritoras colombianas: tarde o temprano la mediocridad se vuelve violencia.

Quizás sea el momento de desempolvar la frase «hay que defender las instituciones». Tal vez sea de vida o muerte restaurarla, en procura de que signifique lo que significa, antes de que venga otro vivo a convencernos por enésima vez de que no son las personas sino las instituciones –y no somos nosotros, sino el Estado, ese leviatán con vida propia– lo que no está funcionando, lo que debe corregirse antes de que empiece el fracaso. Estamos en el momento preciso para cometer el gran error que las democracias siempre están a punto de cometer: encogerse de hombros y solidarizarse con el despotismo. Somos un cuerpo deprimido y una mente hastiada que tiene la tentación de entregarle este enredo a un mesías que lo resuelva mientras dormimos. Seguimos creyendo que la solución no es ser decentes, sino cambiarle el nombre al DAS, refundar la patria, elevar la pena, aumentar el trámite, extender la desconfianza.

Colombia, en fin, tiende a llenarse de patriotas que sueñan con una nueva Constitución para cumplir un día alguna.

Pero si la idea sigue siendo convivir y llegar a salvo al futuro, como decía mi papá, resulta clave saber que de nada sirve un pentagrama sin un intérprete capaz. Por ejemplo: el Partido Liberal pocas veces ha sido leal a su nombre, pero, en medio de este reguero de candidatos que fingen ser nacidos de una Virgen, está bien que se porte como una institución y que busque en las urnas un aspirante que crea en la paz, en la igualdad, en la laicidad, en la democracia: un aspirante que sea, en suma, un liberal. Poner la cara, decir «hago parte de estos errores y estos logros», es una buena manera de recobrar la confianza, de evitar que este país de vigilantes sordos y normas obtusas se pase la historia

actualizando su acta de defunción.

CONSULTA

TITULAR: HUMBERTO DE LA CALLE SE PERFILA COMO EL CANDIDATO PRESIDENCIAL DEL PARTIDO LIBERAL

Noviembre 17 de 2017

Sigo donde iba: el Partido Liberal pocas veces le ha sido leal a su nombre, pero, en medio de esta ciudadanía agotada que por principio desconfía de sus instituciones, en medio de este reguero de candidatos «por firmas» que se fingen nacidos de una Virgen, en medio de este basurero de disidencias calculadas y derechas agazapadas y partidos liberales vergonzantes –así es: Cambio Radical, el Partido de la U y el Centro Democrático son secuelas y fracasos del viejo liberalismo–, no es poco que una institución que lleva a costas la Historia se atreva a portarse como una institución, ni es poco que este domingo 19 de noviembre se les dé a los colombianos la oportunidad de elegir en los puestos de votación de siempre a un candidato presidencial tan serio como el expoeta, exregistrador, exministro, exvicepresidente, exnegociador de paz Humberto de la Calle.

De la Calle no es un aparecido, ni un oportunista, ni un populista, ni un mesías de última hora, ni un ángel vengador, ni un dealer de odio, ni un pequeño tirano, ni un lavaperros de un pequeño tirano, ni un renegador de su pasado, ni un fanático, ni un fabricante de eufemismos, ni un liberal vergonzante, ni un falso liberal, ni un persecutor de críticos, ni un intimidador de periodistas, ni un asesino de prestigios, ni un injuriador en serie. De la Calle sería incapaz de llamar a alguien «castrochavista» o «fariano» como lanzándolo a las fieras. De la Calle habría sido incapaz de calumniar al profesor Mauricio Archila Neira, al comisionado Alfredo Molano Bravo y al director de Human Rights Watch en apenas una semana. De la Calle es incapaz, en fin, de obrar como ha venido

obrando el expresidente Uribe, pero también es incapaz de asediar al uribismo: De la Calle no cree en los círculos viciosos.

Paréntesis: ¿no es raro que tantas personalidades despóticas sobrevivan en las encuestas presidenciales de Colombia en pleno ocaso de los abusadores y de los jefes matones?

No creo que nadie le tema a De la Calle: en un país en el que el liberalismo ha sido otra clase de sectarismo, y se ha creído en la igualdad a medias, y se ha pensado que buscar un país laico es desprestigiar la religiosidad, y se ha confundido paz con pacificación, De la Calle no sólo ha estado haciendo campaña por un país que tendrá que alcanzar para todos o seguir muriendo, sino que además ha tenido la sensatez de atar su suerte a la del partido errático que ha representado desde el comienzo de su carrera política. De la Calle no está borrando sus huellas: en la edición de El Tiempo del lunes 16 de julio de 1984 puede leerse que, mientras el registrador liberal De la Calle emprendía la tarea de purificar el censo electoral, el canciller del M-19 Everth Bustamante –hoy uribista y opositor de la paz– declaraba que en los próximos días su guerrilla se sumaría a las Farc en la búsqueda de un acuerdo de paz.

Quiero decir que De la Calle, que dice lo que piensa sin insultar a nadie, siempre ha sido el mismo defensor de la paz y el mismo defensor de la democracia. Que ha hecho parte de los Gobiernos frágiles de su generación: de Gaviria a Santos. Y ha regresado de ellos, de sus errores y sus fiascos y sus farsas –y de sus buenas intenciones–, a dar la cara e insistir en el liberalismo que es sinónimo de democracia. De la Calle no está jugando a ser otro, sino a ser el mismo pero corregido. De salir ganador de la consulta de su partido desteñido, esta ciudadanía cansada del miedo, que votó por «la ola verde» en 2010 y por «la paz» en 2014 –y crece lentamente, pero crece–, tendrá otro buen candidato para el 2018. Dónde está escrito el Gobierno de Vargas Lleras y «el que diga Uribe». Por qué esta campaña tiene que terminar por el principio.

¡CALMA!

TITULAR: LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL COMIENZA A EXACERBAR LAS PEORES PASIONES DE LOS COLOMBIANOS

Diciembre 15 de 2017

No podemos seguir votando entre el asco y el miedo. No vale la pena –porque es volver a caer en la trampa– seguir repartidos entre el asco que cebe a «la derecha» y el miedo que empobrece a «la izquierda». Sería un poco más ridículo que triste envejecer creyendo que el dictador venezolano Nicolás Maduro no es una vergüenza por tiránico, corrupto e inepto, sino por «socialista». Habría que dejar atrás esta tentación de pensar que lo peor de este Estado bienintencionado pero mediocre –«bienvenidos al futuro», advirtió el olímpico César Gaviria– no ha sido su violencia, ni su complicidad con el horror, ni el desprecio de la ley que es una manía, ni su tonito imperial entre la pobreza, ni su incompetencia atrevida, sino su «neoliberalismo». Tendríamos que tener calma: humor y calma.

Y resistirnos a esta histeria colombiana que ha sido tan bien explotada por las campañas presidenciales –que se volvieron permanentes y sucias desde que hay redes sociales– y que nos empuja a tomarnos las elecciones como acaboses, como colmos: «Mi candidato o muerte».

Visto con calma, el exnegociador de paz De la Calle no es un actor de la guerrilla que desarmó, sino un candidato presidencial de primera: un hombre del establecimiento hecho a corregir el establecimiento, un demócrata empeñado en que el país sea de todos, un cierre digno de la generación de la posguerra. Visto sin rabia, el exgobernador Fajardo no es el falso gurú que repite «nosotros la

política la hemos hecho de frente», sino un gran candidato presidencial: cree que puede solo, sí, pero no es poco proponer un Estado sobre la base de la educación, ni es nadar en aguas tibias llamar a la ciudadanía a que se resista a la polarización. Visto sin fanatismos, el excongresista Duque no es un castrochavista camuflado en el uribismo, ni un uribista nomás, sino un candidato decente de mi generación en un país más complejo de lo que queremos.

El abogado Duque, hijo de un recordado exministro liberal que murió el año pasado, hizo su primera carrera política de la mano de Santos cuando Santos seguía gritando a voz en cuello –Dios mío– que Uribe era el mejor presidente que había tenido Colombia: la derecha de su recalcitrante partido de derecha sigue sacándole en cara, como si fuera un pasado judicial, cosas tan poco misteriosas como haber escrito para El Tiempo desde la Fundación Buen Gobierno, haber criticado la gestión del general Bedoya y haber recibido una beca del multimillonario George Soros, pero lo cierto es que Duque siguió ejerciendo el uribismo –habiendo tantas cosas para ejercer– mientras Santos pasaba de ser «el que diga Uribe» a ser «el que traiciona a Uribe»: no ser Uribe ya es volteársele a Uribe.

Este martes, en Rionegro, el moderador de una convención de su partido llamó al escenario a Iván Duque con las palabras «invitamos al candidato a la presidencia de la república por el Centro Democrático: ¡el doctor Iván Márquez!». Y sólo quedaba reírse –qué más puede hacerse aquí–, pero para los teóricos de la conspiración de la derecha, que quieren hacer «trizas» el acuerdo de paz y creen que «moderado» es sinónimo de «traidor», el lapsus fue, como lo es el alivio de sus rivales, una prueba más de que es la hora de respaldar de cara al Sol al exprocurador Ordóñez «como única opción para la restauración de Colombia», pues con Duque «la izquierda agazapada», «el ala marxista», «la solución socialista» acabará por tomárselo todo: jajaja. Y usted que pensaba que la derecha era la derecha.

En fin. Que es una falta de respeto pedirles calma a los enajenados, y allá ellos mientras obren dentro de la ley, pero resulta un respiro que siga llegando a esta

campana gente que no crea en apagar los incendios con fuego.

MÁSCARAS

TITULAR: VEINTICINCO LÍDERES SOCIALES VIAJARON A BOGOTÁ, ENMASCARADOS, PARA RECLAMAR SU DERECHO A LA VIDA

Diciembre 22 de 2017

A estas alturas del año querría yo escribir de las cosas que nos redimen, desde las películas de vacaciones hasta las finales de fútbol bogotanas, pero en plena Novena de Aguinaldos el Gobierno sigue tratando de aprobar a la brava las necesarias curules para la paz; el expresidente Pastrana, que hace unos años reía con Tirofijo y pedía que simplemente lo llamaran Andrés, sigue concediéndose a sí mismo la autoridad que pocos más le conceden para –entre muchas otras inutilidades– pedirle al Congreso que enjuicie al presidente Santos; el ministro de Defensa Luis Carlos Villegas, que tendría que dedicarse a oficios menos graves, sigue alimentando la indolencia ante el asesinato de cerca de cien líderes sociales –104 este año según la ONU– con esas declaraciones tan suyas que buscan relativizar uno de los peores horrores que estamos viviendo.

«Corro el riesgo de generar muchísimos comentarios por lo que usted me va a oír», reconoció Villegas a una periodista del noticiero Noticias Uno el fin de semana pasado. Y luego, en su empeño de convencer a la opinión de que estamos ante decenas de casos aislados –y entonces se trata de una enorme coincidencia en un país tenebroso en el que la gente mata porque puede, y ya–, se permitió declarar que los asesinatos de los líderes han sido «en su inmensa mayoría fruto de un tema de linderos, de un tema de faldas, de un tema de reivindicaciones, de un tema de peleas por rentas ilícitas...». No fue citado fuera de contexto. No era la primera vez que se le escapaba esa tesis ni era la primera vez que pensaba con el deseo: «Es un fenómeno que está en franca caída», dijo en agosto una semana antes de que mataran al líder chocono Manuel Ramírez.

Tampoco titubeó esta vez. Dijo a Noticias Uno lo que advirtió. Y, en el mejor de los casos, ocasionó los «muchísimos comentarios» que imaginaba. Y, en el peor, volvió a conseguir que la sociedad colombiana deje para después el grito frente a un exterminio.

No es que el exembajador Villegas sea el villano de la semana. Es que se ha estado portando como un dirigente desconectado e irresponsable que –para dejar constancia de que el Estado no está perdiendo la guerra contra ciertos terratenientes de ciertas regiones– quiere aclarar que la aniquilación de los líderes sociales no ha sido un plan macabro, sino apenas una suma de desgracias, como si de verdad no se diera cuenta de lo violento que es minimizar la violencia, como si él no hubiera visto con sus propios ojos ese Estado negacionista que suele prometer «investigaciones exhaustivas...» que años más tarde son concluidas por el Centro de Memoria Histórica. El martes, dos días después de las apoltronadas declaraciones a Noticias Uno, el líder comunitario Alfonso Pérez fue asesinado por la espalda en el corregimiento de Pan de Azúcar.

Hace ocho días veinticinco líderes sociales tuvieron que venir hasta Bogotá porque sus peticiones siguen siendo plegarias que no llegan ni al cielo ni acá: eran veinticinco colombianos con máscaras blancas y manos temblorosas, veinticinco enmascarados que por reclamar la restitución de sus predios ahora mismo enfrentan a cientos de encapuchados, atreviéndose a decir –según cuenta El País español– oraciones desesperadas como «nos están matando uno por uno», «ladrones vestidos de empresarios se han apropiado de estas tierras», «el Gobierno dice que se trata de ajustes de cuentas, ¿pero qué cuentas tenemos nosotros con ellos?».

La foto de esas máscaras mirando a la cámara es la foto del año: de enero a diciembre tuvimos un país lejos de Bogotá en el que sistemáticamente se asesina a quienes reclaman sus derechos y tuvimos una sociedad que ha dejado la justicia en las manos de los historiadores.

UNIÓN

TITULAR: CIUDADANÍA PIDE A LOS CANDIDATOS HUMBERTO DE LA CALLE Y SERGIO FAJARDO QUE SE UNAN

Enero 19 de 2018

Por qué la campaña verde de Sergio Fajardo no ha querido unirse a la campaña roja de Humberto De la Calle. Porque ya no hay agua con qué tragarse las listas del Partido Liberal. Porque el país no soporta una estrategia más ideada por el expresidente César Gaviria. Porque nadie cree en lo urgente: en enderezar los partidos por las buenas. Porque no fue suficientemente raro que haya sido Antanas Mockus –que hace ocho años aprendió a las malas a no menospreciar a los inescrupulosos– el primer pragmático en llamar a la unidad de los candidatos del «no todo vale». Porque es demasiado temprano para ir perdiendo las elecciones. Porque una vez más se está negando a la izquierda, como pidiendo disculpas por no ser reaccionario y por tenerle fe a la democracia, para darles gusto a los viejos que van a morir vaticinando el comunismo.

Porque, salvo los políticos habituados e incorregibles que han ganado siempre, la mayoría de los colombianos estamos acostumbrados a perder y a comentar la Historia de Colombia como un partido que pudo ganarse.

Por qué dos políticos que le devuelven la dignidad a la palabra «político», que es una palabra que no tiene por qué llevar implícita su decadencia, están demorándose tanto en unirse. Porque sólo hasta esta semana la Registraduría anunció cuáles de los candidatos por firmas pueden aspirar a la presidencia. Porque será el domingo 11 de marzo, el día de las elecciones legislativas, cuando

tendremos claro en qué clase de país seguimos parados. Porque otra vez se está subestimando a la derecha. Porque las jugadas de los azuzadores del fundamentalismo suenan tan descabelladas –qué va a hacer Ordóñez para acabar con la paz: ¿armar a ocho mil desmovilizados?–, que su efectividad va a tomarnos por sorpresa. Porque sigue pensándose que Pastrana, el eterno reencauchado, no es más que el chiste de la semana.

Porque sigue pensándose con el deseo que Uribe Vélez ha dejado de ser Uribe Vélez.

Pienso votar por una alianza que no se avergüence de los acuerdos de paz, ni de la defensa de los líderes sociales, ni de la reivindicación de los trabajadores, ni de las conquistas del liberalismo de verdad, ni de la revisión de la guerra contra las drogas, ni de los derechos reproductivos de las mujeres, ni de la igualdad ante la ley de los sexos, las razas, las clases y las orientaciones sexuales. Pienso votar por una alianza digna e imperfecta que no justifique ninguna de las violencias, que no tenga en salmuera una venganza, que no vaya por ahí negando los horrores de la Historia, que crea en los partidos y no se sienta dueña de la decencia. Pienso votar por una coalición que se juegue la vida por la libertad de expresión ahora que las cortes ordenan a los periodistas revelar sus fuentes.

Desde afuera, que es donde se ganan las elecciones presidenciales, no es nada fácil entender por qué no se ha dado la unión: quizás sea mucho más fácil predecir y recrear el pasado que sacudirse un sino. Pero yo ya no voy a temerle al que gane. Habrá que reconocer que, salvo un par de populistas sinvergüenzas y un par de parásitos de los fanatismos, tenemos una serie de candidatos responsables que ya han demostrado que no van a ser peores que los peores que hemos visto. Habrá que vigilar al presidente sea quien sea el pobre, la pobre. Pase lo que pase, habrá que opinar, que criticar, que poner en evidencia. Hemos tenido ocho largos años para aprender que no se necesita una ola verde sino una cultura blanca para que Colombia sea una reivindicación de la vida. Hemos aprendido a las malas que vivir no tiene por qué ser sobreponerse a las elecciones.

Por qué De la Calle y Fajardo no se han unido a cuatro meses de las votaciones:
porque nos gusta el drama.

EMPATÍA

TITULAR: PERIODISTA DEFIENDE SU DERECHO A RESERVARSE EL NOMBRE DEL TODOPODEROSO QUE LA VIOLÓ

Enero 26 de 2018

Atrás, atrás. Por favor, rebobinar. De vuelta a ese viernes 19 de enero en el que la periodista Claudia Morales, una de las más serias y más compasivas y más corajudas que conozco, encuentra dentro de sí misma el valor para contar –en su columna semanal de El Espectador– que hace más de diez años un repugnante jefe que tuvo la violó en el cuarto de un hotel con la certeza de todopoderoso de que a él nada iba a pasarle. De vuelta al título del breve texto de Morales: «Una defensa del silencio». De vuelta, en orden de aparición, a la rabia, a la vergüenza y al agradecimiento que sentimos mientras estábamos leyendo el testimonio de aquella voz tan digna que hasta hace poco oíamos en La Luciérnaga: una reivindicación de las víctimas de abuso sexual que callan porque están en su derecho y en Colombia es mejor callar.

Porque acá uno nunca sabe. Porque aquí los hijos de puta sí mueren de viejos. Porque ni esta cultura ni esta sociedad ni esta justicia han sido capaces de ponerse en el lugar de las víctimas. Porque la impunidad en relación con el delito de abuso sexual sigue siendo del noventa por ciento: ¡el noventa! Porque desde hace ya cuatro años, cuando empezó a funcionar, la línea 155 «de orientación gratuita para mujeres víctimas de todo tipo de violencias» ha recibido un millón de llamadas, pero 120 mujeres fueron asesinadas por sus parejas en el 2017. Porque, según las cifras de Medicina Legal, el año pasado –que está a la vuelta de la esquina– hubo 18 647 casos de violencia sexual contra mujeres, y, sin embargo, aun cuando ello significa que se presentan 56 denuncias por día, apenas se conoce una pequeña parte de la barbarie.

Sé que en Colombia es difícil pensar, recobrar el corazón del asunto, volver atrás: en Colombia las historias zigzaguean como las pesadillas hasta que por fin nadie entienda qué pasó. Pero creo que hay que deshacerse del ruido sordo de esta larga semana de bajezas –de los matones por naturaleza que desconfían de las valientes que se lanzan al vacío de la denuncia, de los iluminados enloquecidos por las redes que se sienten en la obligación de exigirles a las víctimas que griten, de los troles que saltan a la arena como perros bravos a sueldo– para tener claro que la columna de Claudia Morales no es parte de un complot de tiempos de elecciones, como asegura el temerario Centro Democrático, en bloque, en defensa de su líder –que ha sido confrontado porque fue uno de los jefes de Morales–, sino un llamado a insistir en un cambio de fondo.

Claudia Morales está diciendo que el «Yo también», el movimiento contra el abuso sexual que estalló en octubre, no es una marcha de zombis ni un eslogan de biempensantes de Hollywood: que, ya que se trata de reclamarle a la democracia que cumpla sus promesas de justicia y de libertad y de igualdad, están diciendo «Yo también» las mujeres que han sido violadas, las subalternas que han sido abusadas por sus jefes, las investigadoras que conocen las cifras de la violencia sexual en este país en guerra, las analistas que advierten que este río nuevo debe desembocar en la justicia, las intelectuales que no quieren que semejante oportunidad termine en puritanismo, las ciudadanas que no quieren identificarse como víctimas, las víctimas que prefieren guardar silencio y los hombres que están –que estamos– entendiendo que no sólo hay que asumir sino defender la igualdad entre los géneros.

Favor volver a la empatía. Favor volver a la manía humana de ponerse en los zapatos de los personajes que consiguen sobreponerse a la violencia ajena. Esto no es sobre él, sino sobre ella: esta es la historia de una víctima que tan pronto se atrevió a hablar sobre su victimario recordó por qué tenía tanto miedo.

MANADA

TITULAR: EL PENSAMIENTO DE MANADA DE LAS REDES SOCIALES SE TOMA LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

Febrero 2 de 2018

Creo que, en el fondo, todas las columnas de hoy son sobre las tales redes sociales. Pues, como usted mismo puede ver, las redes le sirven a la solidaridad, a la articulación de las realidades, a la celebración de lo humano. Pero también – y no sé si sea mejor decir que «sobre todo»– le han estado haciendo las cosas mucho más fáciles a la peligrosa mentalidad de muchedumbre, de manada. Que empezó cuando empezaron las tribus. Que ha sido estudiada minuciosamente por los psicólogos sociales desde finales del siglo XIX hasta ayer: desde Las leyes de la imitación (1890) hasta The Tipping Point (2000). Que en estos últimos años sí que ha convertido al prójimo en pandilla, en barra brava. Ha estado sustituyendo la justicia como la sustituye la venganza: sin verdad ni reparación ni pena. Y ha entorpecido la política hasta ponerla entre comillas.

Por obra y gracia de la mentalidad de hashtag, que en el peor de los casos es mentalidad de estigma, esos portales editados por los esbirros de los inescrupulosos sueltan titulares que son lápidas al gusto del consumidor; los troles a sueldo expelen por WhatsApp rumores como –qué carajo– que los repugnantes atentados del ELN estaban pactados o que el censo se les entregará a las Farc; los que piensan diferente a «los decentes unidos» prefieren quedarse callados para no morir tan jóvenes en ese Gólgota; los uribistas linchan a Vargas porque los varguistas están linchando a Uribe hasta que los dos desayunan juntos; los coleros derechosos de las encuestas prometen que acabarán con una paz que ya va en la justicia y los punteros progresistas sopesan cada palabra y cada gesto y cada socio antes de publicarlo en su Facebook.

Dice Semana que las presidenciales de este año son una «lucha de egos» de esas que sólo supera la derecha. Cuenta El Tiempo que esta es la «primera campaña en la que los aspirantes por firmas son la mayoría». Creo que las redes han empujado a nuestros candidatos a renegar de los impopulares partidos como si no fueran políticos curtidos sino bachilleres sorprendidos por Colombia: «El Partido Liberal es una ratonera», «el Partido Conservador es una pocilga». Creo que las redes les han enseñado que hoy no hay partidarios sino seguidores con vocación de fanáticos –firmas huecas, votos arrepentidos desde ya– que seis meses después pueden volverse sus lapidadores e inaugurar el desgobierno. Creo que las redes los han llenado de miedos: todo se les ha vuelto tóxico, desde «la paz» hasta «la equidad», porque en las redes cualquier palabra puede ser usada en su contra.

Y en las redes hay demasiados publicadores de verdades a medias y demasiados repartidores de odio listos a lanzar pedazos de sus rivales a las fieras.

Dan ganas de salir de allí: de aquí. Pero salirse de las redes sociales, que hoy es el equivalente a escaparse de este ruido sordo y mudarse a una casita en las montañas que tenga el cielo más cerca, es igual que callarse por el bien de uno mismo y dejarles el mundo a las turbas: «Me rindo». Facebook, como diciendo que ya no da un peso por la humanidad, ha cambiado su algoritmo para privilegiar las publicaciones de los amigos e impedir la propagación de las noticias falsas. Y sin embargo hay que dejar de temer. Hay que plantárseles a los cínicos y a los fabricantes de listas negras y a los repetidores de mentiras –hay que plantársele a la mentalidad de manada– hasta el último día. Hay que seguir celebrando que todo el mundo tenga una voz.

Y en plena campaña hay que saber que esta derecha, que siempre va unida porque su ideología es el poder, no va a pensárselo dos veces a la hora de gritarle a la multitud histérica que ahora sí viene el comunismo: es como si el ELN trabajara para ellos.

PERSONAJE

TITULAR: EL CANDIDATO DUQUE ASEGURA QUE ENCARCELAR A URIBE ES «EL ACUERDO NO ESCRITO CON LAS FARC»

Febrero 23 de 2018

Voy a ahorrarme los adjetivos para no enrarecer la discusión en el primer párrafo. Voy a enumerar los hechos –a compilar, por ahora, los titulares de este último mes– y no más. El Mundo: «Centro Democrático rechazó acusaciones de abuso contra Álvaro Uribe». El Colombiano: «Nuevamente compulsan copias contra Uribe por masacre de El Aro». El Nuevo Siglo: «Uribe sería investigado por manipular testigos». Caracol Radio: «Don Berna negó que Uribe tenga relación con la muerte de Pedro Juan Moreno». Quiero decir simplemente que ante estas noticias, que algún día tendrán que ser aclaradas por los tribunales colombianos –y no sólo porque el protagonista sea un expresidente de la república que representa a millones de ciudadanos–, han salido de la tierra las protestas de siempre, pero yo he apuntado tres reacciones que me han extrañado porque no me resigno a caricaturizar a sus autores.

Un abogado uribista, que cuando me ve me dice «usted y yo no estamos de acuerdo en nada» –y siempre le suena a elogio–, me preguntó si yo creo que el expresidente «es capaz de hacer cosas como esas»: era una pregunta de verdad, de ciudadano que está considerando la posibilidad de la desilusión, pero yo le dije «habrá que tenerle paciencia a la justicia» porque me conozco a los abogados. Un analista de derecha, que suele ser justo en las discusiones y suele defender el derecho a no pensar como él, tuiteó –y por respeto lo parafraseo– que no le importaría que le probaran que Uribe cometió el peor de los delitos porque el hoy senador «sacó a este país del barro». Y ahora el candidato Iván Duque, un político decente de 41 años apenas, ha calmado al uribismo con una

declaración irresponsable e inescrupulosa de viejo bipartidista.

Comienza con una noticia falsa en la tradición de Donald J. Trump: «El acuerdo no escrito con las Farc es encarcelar a Álvaro Uribe». Continúa con una frase digna de un acólito exaltado en la defensa de un mesías: «Las Farc no le perdonan que los hubiera acorralado». Termina con una reacción digna de su jefe –a la noticia «Corte Suprema sospecha que Uribe fabricó falsos testigos»–, que no es el razonable apoyo a su líder ni un argumento en contra del fallo ni un llamado a respetar la presunción de inocencia ni una afirmación de una persona a la que le interese reconocer que en Colombia hay separación de poderes: «Los colombianos debemos defender a quien con compromiso patriótico nos protegió y nos devolvió la esperanza», dice, sobreactuado, como declarándoles la guerra a los magistrados que deben investigar al expresidente.

El problema de Duque es que no es un buen actor. Es que como ya se le ha visto la cara de candidato responsable e inteligente, de colombiano nuevo que entiende que ni los del «no» son enemigos de la paz ni los del «sí» somos amigos de las Farc, cuesta creerle el personaje de ultraderechista que no ve ni oye ni entiende. Para ser un caudillo, como Uribe, resulta indispensable hacer el mismo papel –hablar igual, parecer igual– hasta la muerte. Y a Duque se le ve la tragedia del candidato que deja su personalidad para después, para cuando sea elegido si es que pasa. Se le siente perdido, apostándole su humanidad a la nada, entre reaccionarios que creen en una democracia en la que aplican condiciones y restricciones. Se le nota el estratega de campaña susurrándole «écheles carne a los leones», «uribícese». Y produce, entonces, decepción.

Yo no sé por qué aún no se ha entendido que hoy es más cierto que nunca aquello de que «todo lo que usted diga podrá ser usado en su contra». Yo no sé en qué momento se nos olvidó que lo que uno dice también es lo que uno es. Yo no quiero un presidente que llame a sus colombianos contra la justicia.

CRISPACIÓN

TITULAR: HUBO 3 500 000 VOTANTES MÁS EN LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DEL PASADO DOMINGO

Marzo 16 de 2018

Todo colombiano que dice «buenos días» corre el riesgo de que le respondan «qué tienen de buenos». Pero se pone mucho peor en las campañas presidenciales: la gente con humor tiene raptos de superioridad moral, los pecadores de oficio se vuelven catequizadores de WhatsApp, los cuerdos se comen las uñas ajenas mientras repiten que si sube el uno o sube el otro van a tener que irse de Colombia por fin, los espíritus finos de la época se regodean en la idea de que este país es una trama macabra e inagotable porque comenzó por su decadencia.

Desde que supe los resultados de las elecciones legislativas, rodeado de sermones fatalistas –y cansado, de antemano, de mí mismo–, puse lo malo antes del «pero». Sí, el dictador venezolano ha aprovechado nuestras chambonadas para asegurar que el proceso electoral de aquí «parece un programa cómico», los candidatos derechosos reclutan caciques y los candidatos progresistas no logran unirse porque lo nuestro es el drama, y el Congreso se ha llenado de farsantes y secuaces. Pero no hay que ser un satisfecho para ver lo que ha salido bien.

Se quemaron un montón de zánganos de esos que apenas contestan los llamados a lista en el Congreso. Se quemaron los vengadores de la «ideología de género». Aparecieron en las urnas 3 500 000 ciudadanos más de los que aparecieron en el 2014 como si hubiera sido claro que estas eran las elecciones fundamentales de

2018. Se dio la fotografía histórica aquella en la que el exguerrillero Iván Márquez sonríe mientras vota con ve pequeña. Se hundió el castrochavismo para siempre. Y fueron elegidas decenas de voces que van a defender nuestra Constitución y nuestra democracia.

Y, como si no bastara, Mockus consiguió 540 783 votos de opinión, con la única promesa de cumplir con su trabajo, porque su franqueza tan rara, su cuidado de lo público y su vocación a la convivencia siguen siendo un alivio entre tanta hipocondría: de Mockus no viene violencia ni sordidez, sino –como se le vio en las entrevistas de esta semana– una creatividad sólo suya que cuando da en el blanco es una suerte para todos y pone incómodos a los solemnes y a los paranoicos que no descansan hasta que el mundo fracasa a su manera.

En la egocracia de las redes –donde se dan silvestres los personajes públicos y el mundo se empequeñece hasta volverse infierno– se dice que esto no tiene arreglo, que el centro es el cómplice de la derecha, que nosecuál es tóxico, que, en fin, no habrá una segunda oportunidad sobre la Tierra si no es así y asá. Y piensa uno en el verso de The Boxer: «Un hombre escucha lo que quiere escuchar e ignora el resto». Y viene a la cabeza el título de Rafael Baena que resume la histórica historia reciente de Colombia: Siempre fue ahora o nunca.

Pues esta crispación y este hastío, que se dan mientras los políticos juegan su ajedrez bajo la mesa, no son nada raros en Colombia: sentirse viejos e irreparables es un vicio de los jóvenes. Pero hay que tener ganas de sufrir para no notar que el país que fue definido por las elecciones del pasado domingo es un país lleno de taras y estigmas y vacíos, pero también es un país de más y más voces en el que ya no es tan fácil quedarse con todo.

Quizás fueron las altísimas votaciones de Mockus, de Robledo, de Lozano. Pero hoy, que empieza en serio la campaña y aún falta todo, pienso que hay que dejar de temer: que al próximo presidente, sea quien sea y así sea el que uno quiere, habrá que exigirle que ponga en escena esta Constitución que es un acuerdo de

paz y un llamado a la equidad y una reivindicación de los principios de la democracia. Y pienso que no hay que esperar el cambio que prometen los políticos, sino contar el que se está dando ya a pesar de ellos.

ENCUESTAS

TITULAR: SEGÚN LOS SONDEOS, DUQUE Y PETRO DISPUTARÍAN LA PRESIDENCIA EN UNA SEGUNDA VUELTA

Marzo 23 de 2018

¡Rápido! Saquemos una encuesta apresurada, como un sondeo a boca de urna en las consultas del 11 de marzo, antes de que se disipe la tal polarización que nos arrastra, antes de que la gente se dé el lujo de respirar y de pensar que todavía faltan 85 días para que no sea posible votar por el candidato que se prefiere, antes de que el horizonte sea más que Duque y el anti-Uribe y Petro y el anti-Petro, antes de que los enardecidos electores progresistas vayan dejando de despreciar a los electores de la derecha y de cazar a los electores progresistas que no están viendo exactamente lo mismo que ellos están viendo: «¡Apostólicos!», «¡moralistas!», «¡biempensantes!», «¡liberales!», «¡cómplices de la derecha!».

Creo que en demasiadas ocasiones las teorías de conspiración son modos de encubrir la mediocridad humana –y de, de paso, dramatizar lo prosaico: uno mismo–, pero aquí en Colombia, donde los paranoicos son perseguidos, tiene sentido preguntarse para qué apurar tanto las encuestas: ¿para oír ya mismo la frase «Duque cuarenta por ciento y Petro veinticuatro»?

Pienso que tanto De la Calle como Fajardo, rezagados en las encuestas de la semana de las consultas, serían buenos presidentes de este monstruo que nadie ha acabado de conocer. Pero estoy convencido de que las elecciones legislativas del 11 eran las más importantes del año porque un país democrático tiene que estar preparado –con unas cortes independientes, con unos medios dispuestos a

decir la verdad, con un Congreso hecho de todas las voces y una ciudadanía en estado de alerta— para soportar los desvaríos de los gobernantes de turno. Y quizás sea un buen momento para que los progresistas, los candidatos y sus electores, saquemos una serie de lecciones críticas de estos entusiasmos nuestros que suelen terminar en decepciones.

Seguir las campañas progresistas tipo «ola verde» es como ver un partido de fútbol que se sabe que se va a perder, como ver el montaje nuevo de una vieja tragedia. Pero estamos a tiempo de no ir por ahí gritando «fraude» como gritando que «era gol de Yepes»; de no partir de la base de que el resultado de las elecciones va a ser una condena porque este monstruo no tiene remedio; de no caer en la pequeñez, de liberal típico, de declarar al otro «menos liberal», y de notar que ha sido lo usual —desde Platón— que ciertas mentes finas, de académicos e intelectuales, resulten de golpe fascinadas por las figuras autoritarias como viéndose en el espejo de los genios: no sobra leer las columnas de 2002 que celebraban la lucidez de Álvaro Uribe.

Y, ya que sale a flote ese nombre, estamos a tiempo de dejar de repudiar a los electores ajenos, de dejar de concluir que los votantes uribistas son corruptos o son brutos, de dejar de pensar, por nuestro bien, que sólo se llama «voto de opinión» cuando es el voto de uno. Quizás sea el momento de tener claro que, gústenos o no, una gigantesca parte de los votos que eligieron a Uribe ese 2002 fueron no sólo votos libres sino votos contra esas maquinarias que siguen dando de comer a tantos: que no es que el cuarenta por ciento de «la gente» no sepa lo que hace, ni es que el país esté habitado por enemigos, sino que el progresismo — quiero decir: el liberalismo de verdad— está cumpliendo décadas de no tener un encuentro cercano del tercer tipo con las mayorías.

Sigue faltando mucho para las elecciones. Y, mientras llega el día y las encuestas urgidas tantean su poder y trastornan a todos, hay que continuar haciendo campaña. Para que el candidato que llegue de segundo —¿me soñé que va a tener una curul en el Senado?— lidere una oposición digna que no tuitee con rabia desde el 8 de agosto. Para que nadie vuelva a tomarse el Estado como una torre

de francotirador.

GAVIRISMO

TITULAR: GAVIRIA ASEGURA QUE SU PARTIDO AÚN NO SABE SI APOYARÁ A VARGAS O A DUQUE EN LA SEGUNDA VUELTA

Abril 13 de 2018

Yo no digo que el expresidente César Gaviria no sea un tipo brillante ni un sagacísimo intérprete de la política colombiana: yo lo que digo es que es el fundador de una clase política hecha de frívolos sin votos propios –33 por ciento bien intencionados, 33 por ciento buenas vidas, 33 por ciento cínicos– que no sólo ponen cara de tecnócratas cuando no están portándose como manzanillos, sino que se van de shopping a París para olvidar las elecciones que pierden por culpa de «este país de cafres que no cambia...». Yo no digo que Gaviria no tenga claro a dónde irá a dar esta campaña sin fin que nos tiene a todos haciendo cábalas inútiles. Yo lo que digo es que hay que ser muy frío para andar por ahí ofreciéndole al mejor postor el viejo Partido Liberal, que él preside, como sepultando en vida a su extraordinario candidato: Humberto de la Calle.

Me explico: el domingo 8 de abril, justo a la hora en la que uno empieza a pensar que este país es un lunes, se me atragantó aquella entrevista en El Tiempo en la que Gaviria parece listo a creer que –dado que «es evidente que no hay suficiente asociación de nuestro candidato Humberto de la Calle con el pueblo liberal»– lo mejor es irle ofreciendo el antiguo «partido de las mayorías» a la derecha uribista de Duque o al «centro» de Vargas. Quizás la palabra sea «pragmatismo». Tal vez la palabra sea «astucia». Pero al día siguiente, en la conmemoración de ese 9 de abril en el que el jefe liberal fue asesinado por la espalda y el país cayó en la tentación de destruirse a sí mismo de una buena vez, me pareció claro que la palabra precisa era «decadencia»: adiós, Partido Liberal, he aquí otro ejemplo de la historia convertida en farsa.

El lunes 9 el exguerrillero Jesús Santrich fue capturado por supuesto tráfico de drogas, a petición de la DEA, para que cada quien dijera su propio «yo les dije». Pero sólo a De la Calle, que estuvo al frente de la Constitución pacifista de 1991 y se pasó cinco años en La Habana liderando el milagro de acabar con las Farc, le sonó justo el «yo les dije que el acuerdo de paz no les entregaba ni un centímetro de país a las Farc»: «Quien no cumpla con lo pactado deberá enfrentar el rigor de la justicia» y «ni se tomaron el poder, ni permitimos la impunidad», escribió en su cuenta de Twitter como un líder liberal del lado de la ley. Hay que ser César Gaviria, y estar haciendo historia de tanto despreciarla, para reducir la enorme autoridad de De la Calle –cincuenta días antes de la primera vuelta– a una inversión en la campaña que gane: uribista o varguista.

El martes 10 los congresistas del Partido Liberal confirmaron su tardío respaldo –o lo que sea– a De la Calle. Y les sonó forzado y cansino, a plan B del propio Gaviria, en un país vivo y con ganas de vivir que el 11 de marzo probó que está votando más que nunca, que está recobrando la pasión por celebrar y cuestionar a sus candidatos, que en la noche de ese martes temblaba porque, luego de un debate sobre la corrupción en los POT, el senador Carlos Fernando Galán –hijo del jefe liberal asesinado cuya imagen heredó Gaviria– había encarado las calumnias iracundas del expresidente Uribe con la frase «mi padre me enseñó que la política es incompatible con los negocios». Quiero decir que si al «liberalismo» de hoy le da igual todo lo de este país reavivado, De la Calle, Uribe o Vargas, es porque lo que ha llegado tambaleando hasta acá se llama gavirismo.

Dios mío: concédenos al menos expresidentes que nos dejen en paz, que traicionen la tradición de portarse como amos y señores de lo nuestro, que se vayan por fin a cumplir con el lugar común de ser viejos sabios en vez de dedicarse a intrigar y a reducir su legado a la maquiavélica defensa de su legado.

JOTAJOTA

TITULAR: EL ESTRATEGA J. J. RENDÓN ANUNCIA A JAIME BAYLY QUE HARÁ CAMPAÑA PRO BONO CONTRA PETRO

Abril 20 de 2018

Pero claro que estamos pagando un karma aquí en Colombia: el que sobrellevan las personas que dan por hecho que ser un ciudadano es ser muy poco, el que sufren los individuos liderados por explotadores con vocación de extranjeros que consideran que sus negocios son parte de su vida privada, el que cargan los pueblos que no pueden, ni quieren, ni aceptan vivir en su propia tierra. Por supuesto que estamos pagando un karma. Henos aquí, varados en este siglo XXI que alguna vez sonó a ciencia ficción, repitiéndonos los unos a los otros vocablos tan manoseados como «Uribe», «Pastrana», «Santos», «Castro», «Chávez», «Farc», «autodefensa», «narcotráfico», «DEA». Henos aquí, en pleno 2018, en otra campaña presidencial asediada por un recién afeitado de kimono negro llamado «Jotajota».

Como si no tuviéramos suficientes anomalías enrareciendo nuestras elecciones, como si no nos bastaran las encuestas, los datos de Facebook, los gringos, la guerra por las drogas, el uribismo, el miedo al castrochavismo, las barras bravas que apedrean a los candidatos, las campañas turbias que el país entero acaba pagando en 48 cuotas, las maquinarias que tendrían que ser estudiadas como un renglón más de la economía, últimamente nos toca lidiar con las jugadas del estratega político venezolano Jotajota Rendón.

Resulta fascinante ver a Rendón –un psicólogo de 54 años que se ha dedicado a

asesorar y enardecer y entorpecer campañas– concediendo entrevistas perversas sobre lo que debería pasar en nuestras elecciones.

En una charla risueña con Jaime Bayly, perito también en estas tierras de ciegos, agradece al expresidente Uribe los espacios que le abrió en Colombia, recuerda cómo domó «la ola verde», reconoce su decepción ante el proceso de paz del expresidente Santos, y, lleno de sí mismo, suelta titulares como «me estoy ocupando de Petro por mi cuenta y riesgo», «voy a hacer todo para que pierda», «le duele y le va a doler más» hasta que Bayly exclama, extasiado, «¡estás diciendo cosas realmente espectaculares!». En un diálogo un poco más serio con Vicky Dávila, convertido en activista contra los socialismos del siglo XXI, Rendón sigue advirtiendo que lo veremos allí donde «el pulpo de la izquierda» quiera tomarse el poder y que trabajará pro bono contra Petro porque Petro todavía puede ganar.

Vaya usted a saber qué más hicimos, quizás permitir que maten a los líderes sociales sin parar el país, para tener que soportar la sombra de esta sombra de elección en elección, pero el inclemente Jotajota Rendón está aquí para quedarse. Véalo usted mismo. Aquella frase astuta que Petro le soltó a Semana como empezando a sentirse cómodo en el papel de jefe de la oposición, «cuando yo subo, arrastro a Duque», no va a bajarle la guardia a semejante experto en campañas negativas. Todo lo contrario: el gran anhelo de su derecha miamense ha sido volver cuarenta, cincuenta, sesenta años atrás, como los Estados Unidos de Trump, a los tiempos en los que el progresismo no era sino una fuerza valiente condenada a señalar los desmanes del poder.

Yo estaba a unos pasos la noche en la que Jotajota capoteó con condescendencia los reclamos de Adriana Córdoba, «tranquila, Adriana, desahógate», en el estreno de un triste documental sobre cómo el poder puso en su lugar a «la ola verde». Quería decir el estratega medio zen, como se lo repitió a Dávila y a Bayly en estos días, que sentía verdadera simpatía por esos candidatos buenos –y por esos electores cándidos– que quieren que la política sea el arte de convivir y que prefieren perder a seguir haciéndole el juego a este karma, pero que quizás

lo mejor era que se dedicaran a otra cosa. Habrá que seguir votando hasta que el gurú se equivoque.

BAJEZA

TITULAR: SERGIO FAJARDO PIDE QUE SE MIRE CON CUIDADO QUIÉN RODEA A LOS DEMÁS CANDIDATOS

Abril 27 de 2018

A Sergio Fajardo se le ve en los debates la ambivalencia terrible del hombre que, en vez de responder lo que le viene en gana, considera por un momento la posibilidad de contestar lo que acaban de preguntarle. Pero en medio de esa extrañeza suya, que se le nota aún más al lado de la destreza de los demás candidatos presidenciales, hacia la mitad de cada encuentro de aquellos Fajardo suele tener un momento de gloria en vivo y en directo en el que les dice a los colombianos «miren los partidos, miren las fotos, miren las alianzas» como advirtiéndoles que un candidato es también –quizás sobre todo– lo que lo rodea. Colombia tiene una trasescena tan sucia, tan violenta, tan despiadada, que es probable que el 99 por ciento de los colombianos ahora mismo estemos pecando de ingenuos. Pero para algo sirve el ejercicio que propone Fajardo.

Cuando uno ve quiénes rodean a los candidatos –que para aliviar el drama, para empujarnos de la realidad al reality, parecen haberse hecho amigos de tanto echarse aguas sucias– cae en cuenta de que las «familias» de la política están pisando sus votos, negociando lo nuestro y vendiéndonos sus almas a unos cuantos diablos, mientras perdemos almuerzos enteros en cálculos que sólo tienen sentido en la ficción y arruinamos mañanas de trabajo en discusiones de sordos más cándidas que cuerdas. Cuando uno está a punto de llamar al uribista Iván Duque «un buen candidato...», por lo hábil y lo conciliador, su jefe político pone a circular un mensaje en el que se le llama «un buen muerto...» a un exparamilitar asesinado –un hombre de apellido Areiza– que había sido testigo en un par de casos que tienen penando al uribismo.

En fin. Si no me alargo en el contexto, descrito en las valientes columnas de Daniel Coronell y Cecilia Orozco, es porque el contexto sobra cuando todo un expresidente de la república promueve la idea de «un buen muerto...».

Tengo subrayada, en mi edición de 1962 de *La violencia en Colombia*, la siguiente conclusión: «La ferocidad se operó como reacción que superó a los atropellos recibidos». Se me vino hoy a la memoria porque, ante las reacciones desmedidas del expresidente Uribe, ante la «justicia» de manada que se da en las redes y el cúmulo de ejecutados y de masacrados y de desaparecidos que no han podido hallar su paz ni en los tribunales ni en la Historia, me ha parecido claro que nuestras violencias han ido amontonándose y librándose de tabúes – Popeye, el exsicario, pontifica– y que la trasescena ha acabado por tomarse la escena en el país: todo lo que antes llamábamos «bajeza», de las calumnias a las amenazas, sucede ahora a la altura de los ojos, y qué Colombia es experta en sobrevivir –e incluso en progresar como la tortuga de la fábula– a pesar de sus caudillos. Colombia ha estado procediendo con «temor de Uribe» para evitarse una calamidad peor. Y yo estoy de acuerdo en que gritar más duro resulta inútil e imposible. Pero también en que todos, uribistas o no, tenemos derecho a reclamar un país menos sórdido, a proponer que esta nación varada por sus explotadores encuentre su identidad en la superación de la violencia, a exigir que, en esta tierra habitada por 48 millones de personas, deje de ser lo común elegir un puñado de personajes inciertos. ¿Que aquí no hay tiempo para no repetir la Historia ni para pensar con cabeza tibia ni para contestar lo que se está preguntando? Entonces seamos pragmáticos.

Miremos, claro, los personajes y las truculencias que se suben a las tarimas con los candidatos. Pero sobre todo pensemos que ni siquiera a los negocios va a salirles bien el regreso al poder de un puñado de temibles que viven con un pie en las páginas políticas y el otro en las páginas judiciales.

CHISPEROS

TITULAR: INVESTIGACIÓN DE NYU PRUEBA QUE VIDA ACADÉMICA PUEDE ACRECENTAR PREJUICIOS E HISTERIAS

Mayo 18 de 2018

¿Y si se nos está yendo la vida, y esta campaña, viendo sólo lo que queremos ver? ¿Y si nuestra idea de paz aún es «cambiar de víctimas»? En el diccionario de colombianismos de fray Julio Tobón, de 1953, el académico de la lengua de El Carmen de Viboral define «chulavitas» –los agentes conservadores de la Violencia– así: «Esta voz viene de una vereda de la población boyacense de Boavita, y para algunos es sinónimo de criminal, pero para la mayoría de los colombianos significa valiente, integérrimo, fiel defensor de la Religión y de la Patria». Por supuesto, 65 años después Colombia no sólo está plagada de pruebas, sino contagiada de las atrocidades cometidas por los sanguinarios chulavitas: el repertorio de la crueldad. Pero no sobra recordar que en el 53 la mitad del país juraba por Dios que aquella policía estaba cumpliendo con su deber.

Dice Woody Allen en la comedia Deconstructing Harry: «Compartimos una verdad: que nuestras vidas dependen de cómo elegimos distorsionarlas».

Y en campaña se agrava. Por estos días es común e increíble que valiosos críticos del uribismo –perdidos en el mismo delirio que han condenado– reduzcan a toda la prensa colombiana a un ente corrupto vendido al peor postor, sepan mejor que usted lo que usted está pensando, sean incapaces de considerar la posibilidad de que no hay maldad ni estupidez ni cobardía en el hecho de no

votar por su candidato, defiendan sin ruborizarse la tesis de que su presidente sí puede pasar por encima de un alcalde, sin deshonorar la democracia ni caer en el «estado de opinión» uribista en el proceso, porque él sí está interpretando al pueblo, y amenacen con las tildes que les pondrán a las íes a partir del miércoles 8 de agosto: refundarán la patria, pero con otras palabras.

Por recomendación de un amigo –que sí existe– acabo de leer una oportuna investigación de la revista *Public Opinion Quarterly* en la que los profesores P. J. Henry y Jaime Napier, de NYU, concluyen que la vida académica puede acrecentar los prejuicios negativos y los ataques histéricos contra los oponentes ideológicos. Y sí: se ve.

Por obra y gracia de la campaña –y he aquí un problema: hoy, en los días de las redes, vivimos en campaña–, los odios se parecen a sus dueños, «el pueblo» es ese veintipico o treintipico por ciento que piensa como uno, miles de criollos sensatos repiten «vamos a recobrar el poder que nos quitaron hace doscientos años», demócratas probados pasan de ver señales de despotismo a justificar maniobras de dictadura, analistas serísimos concluyen que la única manera de que su candidato pierda es que haya fraude como convirtiéndose en aquellos adalides del «no» que juraban que el Gobierno iba a robarles el plebiscito, como reduciéndose a sí mismos a lo que el diccionario de fray Julio Tobón llama «chispero»: «El que alarma con noticias anónimas o falsas».

Siento decirlo a estas alturas del lío. Pero cada vez veo menos claro qué va a pasar el 27. Sé mi voto. Sé que jamás votaría por un Duque: por lo que lo empuja, lo que lo rodea, lo que avala y lo que propone. Y, sin embargo, creo que la moraleja de esta campaña tendría que ser que aquí en Colombia, donde todo Caín se considera Abel, el reto sigue siendo dejar en paz a todos los electores –y escuchar, sin condescendencia de adultos, su versión de la historia– si están del lado de la ley. Toda obra nos saldrá chueca mientras sigamos fracasando en esa tarea: la de dejar en paz al que esté en paz. Y mientras no reconozcamos nuestra parte del delirio, y mientras la propia violencia sea el enemigo y crezca el menosprecio a «el pueblo» de los rivales, seguiremos gritando «fraude»

–«chocorazo», según el fraile– hasta el siguiente casting de mesías.

CONVIVIR

TITULAR: DUQUE Y PETRO PUNTEAN LAS ENCUESTAS A DOS DÍAS DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Mayo 25 de 2018

Siento decirlo, porque empiezo a perder lectores desde la primera línea, pero Colombia no se va a acabar a las 6:00 p.m. este domingo. Si por un momento dejamos de creer en ángeles y en demonios, que no es fácil en la última semana de una campaña presidencial de veintiún meses, la verdad triste e impopular es que –ahora que el mundo está olvidando por qué se resignó a las democracias– estamos al otro lado no sólo porque ninguno de los cinco candidatos que quedan en pie se está portando como un Maduro o un Trump, sino, sobre todo, porque gane el que gane vamos a estar pendientes de que no se le ocurra hacerlo, gane el que gane vamos a seguir haciendo nuestro oficio y señalando los desmanes.

Si se quiere, si el día está suficientemente despejado, puede verse aquí el Apocalipsis: qué otro país se ve obligado a elegir a su presidente mientras suceden el sabotaje de la JEP; la guerra que queda después de la guerra; la marcha reptante de las maquinarias; los inmarcesibles gritos de fraude; los ruidosos datos de los votos en el exterior; las encuestas desprestigiadas; los bandazos de la Registraduría; la sombra de la abstención de más del cincuenta por ciento de los colombianos; el llamado de un exsicario de Pablo Escobar, que aún vive de haber sido un matón, a enfrentar con las armas a los legítimos seguidores de Petro, y la estigmatización despiadada de todo aquel que no piense, no vote, no sea como uno.

Si se quiere, si la idea sigue siendo desde decir sin someter y elegir sin idolatrar, sin embargo, puede repetirse como un mantra «pero que cada quien vote por quien quiera» porque cada cual tiene sus razones: cada quien persigue sus propias reivindicaciones.

No habrá historiador ni analista ni profeta que sepa si estos cinco candidatos, que han soltado lucideces, olvidos, salidas en falso, lugares comunes e infamias en mil y un debates, serán capaces de liderar lo que han conseguido encarnar. Pero podría decirse que –de abajo a arriba en las tales encuestas– votar por De la Calle es reivindicar nuestros derechos fundamentales; votar por Vargas es reivindicar el desarrollo a como dé lugar; votar por Fajardo es reivindicar la educación para la convivencia; votar por Petro es reivindicar a un pueblo explotado, desplazado, aplazado por la Historia, y votar por Duque es reivindicar al uribismo –una innegable fuerza popular– ahora que, en busca de las mayorías perdidas, ha tenido que completarse con la ultraderecha religiosa.

Podría votar por De la Calle, aunque el gavirismo comercie con su figura, pues le creo lo que encarna y le agradezco los pactos de paz que ha conseguido desde 1991. Pero, puesto a elegir, pienso votar por el equipo que encabeza Fajardo: por él, por López, por Mockus, por Navarro, por Robledo, por Lozano. He votado por Mockus, incluso cuando se ha puesto conos en la cabeza, porque le creo que seguiremos avanzando como quien empuja una roca cuesta arriba hasta que seamos capaces de transformar esta cultura articulada por la violencia. Y ahora, que todo indica que este establecimiento decadente no quiere ponerse de acuerdo en la paz, creo que el grupo que lidera Fajardo sabrá librar de su pasado sangriento a la palabra «convivir».

Santos libró al país del caudillismo, pero, lejano a los dos electorados que lo hicieron presidente, acabó exacerbando la nostalgia por el uribismo: aquella añoranza por el paternalismo, que suena a retroceso que ya es hora de que acabe, también me mueve a votar por ese equipo de ciudadanos infiltrados en la política.

Colombia no va a amanecer en ruinas este lunes. Pero no tiene por qué seguir entorpeciendo sus transformaciones innegables, ni tiene por qué seguir negándose una sociedad que se haga responsable de sus actos.

CENTRO

TITULAR: DUQUE Y PETRO SE PELEAN VOTO A VOTO, DESDE AHORA, A LOS LLAMADOS ELECTORES DE CENTRO

Junio 1 de 2018

Que le estoy diciendo que a mí no me tiene que convencer de nada: que yo no he votado por Duque desde que puedo votar, 1994, ni voy a empezar a hacerlo a estas alturas. Pero si la idea es animar al centro a que vote por Petro a pesar de Petro, ahora que todos resultamos ser de centro y el centro sí existe, quizás sea buena idea dejar de llamar «clasistas», «reaccionarios», «blandos» y «cómplices de los falsos positivos» a los mismos electores que en la otra esquina del ring son llamados «mamertos», «enmermelados», «castrochavistas» e «idiotas útiles del terrorismo». Tal vez sea mejor no perder estos quince días lanzando sentencias como «sólo ganarán si hay fraude», «esta segunda vuelta es entre la vida y la muerte» o «el voto en blanco es un voto manchado de sangre»: si la idea es vencer el miedo lo mejor es no causarlo.

Pienso que el regreso del uribismo es un futuro turbio, pero también que exigirle a la Coalición Colombia que endose o libere a su electorado libre es no haber entendido que nadie milita en el centro. Creo que hay que evitar el melodrama: no más «somos el pueblo que cruzará las aguas» ni «echaremos a los criollos que se tomaron esto en 1810». Creo que, aun cuando por momentos parezca que estamos ante un pulso entre el electorado de Santos de 2010 y el electorado de Santos de 2014, si el objetivo sí es ganar es un error reducir las elecciones del domingo 17 a «la guerra contra la paz»: «Ayer» es historia patria aquí en Colombia y es prehistoria ya el 2 de octubre de 2016, pero para algo, al menos para que estas votaciones no sean otra vez sobre este Gobierno, tendría que servir la lección del plebiscito.

Por qué a este paso el senador Duque va a ser el paradójico primer presidente de mi generación: porque nuestro rancio y repugnante establecimiento –fracturado por el proceso 8000, por la parapolítica y por el acuerdo de paz con las Farc– ha hallado en la figura de Petro un cínico pretexto para reagruparse; porque, en el afán de pasar una página llena de errores e indignidades, no hemos querido entender el uribismo como una expresión y una reivindicación de uno de los países más grandes del país; porque, educados en la aniquilación de los opositores e incapaces de separar a los políticos salvajes de sus electorados, no sólo se ha cometido la torpeza de temerle a Duque, sino que se ha caído en la vieja trampa de estigmatizar –de llamar inmorales e indecentes– a los que votan por otro: por él.

El fundamentalismo vive a punto de sacarnos de quicio. El fundamentalismo obligó el otro día a nuestro niño a preguntarnos si es cierto, como se dice en el recreo, que habrá que irse del país si gana Petro. Hace cuatro años, mientras presentábamos un libro de mi amigo Daniel, el fundamentalismo animó a un espía de la ultraderecha a hacerse pasar por enviado de las Farc para arruinar el evento. Y a mediados de los setenta empujó a esa disidencia del EPL, el PLA, a asesinar izquierdistas sensatos –como el hermano de mi mamá– por «oportunistas y traidores de la revolución». Por eso, porque quejarse de los extremos en Colombia ha sido en verdad pedir auxilio, creo que el centro terminará votando por el candidato más proclive a respetar las reglas: la Constitución de 1991, las cortes, los derechos, las libertades, los acuerdos.

Desde 2016 es claro que no se han superado, como se creía, los tiempos en los que un loco suelto rodeado de parásitos podía hacer lo que le diera la gana con su país. Creo que no hay que temerle al que gane, oveja con piel de lobo o lobo con piel de oveja, porque todos estaremos mirándolo, pero sospecho que la gente de centro acabará votando –la que vote– por el candidato que se vea más resignado a su rama del poder.

QUIEBRE

TITULAR: JUAN MANUEL Y CARLOS FERNANDO GALÁN
RENUNCIAN A SUS PARTIDOS EN BUSCA DEL NUEVO LIBERALISMO

Junio 8 de 2018

Pegué una calcomanía de Galán, en mi pared del cuarto, en la mañana del domingo 30 de mayo de 1982. A mis papás, que acababan de votar por López, no les pareció una mala idea. Me la había entregado un galanista de jeans, como si todo en la vida fuera a largo plazo, en una calle del barrio llena de arengas y de propagandas y de camionetas llenas de belisaristas encandilados, pero, ahora que la recuerdo, era una calle mucho más pacífica que una red social. Yo estaba a unos meses de cumplir siete. Y sin embargo metí el dedo índice en la tinta roja e indeleble –bajo la mirada de mi mamá la liberal– para que quedara constancia de mi voto. Y, de regreso a nuestro apartamento, pegué junto a mi cama la imagen de ese líder dando un grito vagabundo contra la violencia. Y allí siguió varios, varios años.

Vi a Galán una vez, en un carro de campaña en la carrera Quince, pero no pude votar por él: el viernes 18 de agosto de 1989, mi mamá, que trabajaba en el Gobierno de Barco y esa noche no pudo llegar a la casa, me dio la noticia irrespirable de que lo habían asesinado. Y entonces comenzó este capítulo de nuestro delirio que por fin está por terminar.

El estudiante Juan Manuel Galán, de diecisiete, entregó las banderas de su padre al exministro César Gaviria. Gaviria asumió el liderazgo del Partido Liberal para sacar adelante la Constitución garantista de 1991. Pero, luego del proceso 8000,

del remezón uribista y de la parapolítica, el partido no sólo se dividió en tres maquinarias electorales con fines burocráticos, sino que se volvió este desdibujado aliado de la derecha colombiana que una vez fue la casa de progresistas de la talla de Álvaro Uribe o Viviane Morales: ja. El Partido Liberal ha muerto. Dale, Señor, el descanso eterno. Brille la luz perpetua para su mezquindad, para su farsa, que lo convirtió en el peor de los amores no correspondidos. Que sirva su muerte para que el liberalismo viva. Que empiece otro capítulo que ya se ha dado el quiebre.

El senador Carlos Fernando Galán ha renunciado al impresentable Cambio Radical para no terminar en la campaña de Uribe: «Mi padre me enseñó que la política es incompatible con los negocios», le gritó al caudillo, encarándolo, hace dos meses. El senador Juan Manuel Galán ha renunciado a los 45 al vergonzoso Partido Liberal, arrepentido por haberle entregado aquellas banderas a Gaviria, para recobrar su fe en la política. Y es como si el apellido Galán hubiera recobrado su significado. Y es como si el liberalismo hubiera recibido el empujón definitivo para librarse del partido ese. Y es una buena noticia, claro, pues si el liberalismo funciona –escribió mi abuelo el radical– entonces los extremismos se vuelven risibles, inútiles. Y el país se va alejando de la raíz de su guerra eterna: esto de confundir «odiar» con «callar», «aniquilar», «matar».

Quizás esto de tener hijos aquí, donde nos han matado a tantos, sea forzarse al optimismo. Pero creo que, así el domingo 17 de junio sea un revés, ya se ha dado el quiebre. Desde el domingo 11 de marzo se ha estado viviendo la «revolución electoral» que anhelaba Galán en el 82. Millones de indiferentes han conocido este año la tusa electoral: «Era gol de Fajardo». El voto en blanco ya no aparece en las encuestas solo como la soberbia de unas cuantas conciencias, sino como una marcha de protesta del catorce por ciento de los electores. La izquierda ha sepultado el estigma de la lucha armada con una campaña memorable que ha desempolvado también las causas liberales. La derecha ya ha sido notificada en las urnas de que esta sociedad que va a su propio paso no está para venganzas ni para inquisiciones.

Ya han sido pegadas las calcomanías de esta vez y es raro y es serio seguir teniendo fe entre tanto horror.

DESCANSO

TITULAR: DUQUE AVENTAJA A PETRO EN TODAS LAS ENCUESTAS PARA LAS ELECCIONES DE ESTE DOMINGO

Junio 15 de 2018

Esto pasó en esta casa hace tres días: que Pascual, nuestro niño de siete años, volvió a preguntarnos si era cierto que tendríamos que irnos del país si gana Petro, pero esta vez no sólo le repetimos que de aquí no nos saca ningún político, sino que le confirmamos que vamos a votar por esa candidatura –sin fatalismos ni superioridades morales ni excusas ni biblismos ni petrismos– porque de las dos que quedan en pie es la única que defiende ciertas causas que he defendido yo en este periódico en el que cumplo nueve años de decir lo que he querido: voto por que nadie esté por encima ni por debajo de nadie ante la ley, por que sean protegidos de los inquisidores los derechos sexuales y reproductivos, los derechos LGBT y los derechos de las mujeres, y por que sean implementados sin rodeos los acuerdos de paz, empezando por la Constitución de 1991.

Eso dijimos. Eso dije. Pero sobre todo repetí –se vuelve uno la persona de la casa que insiste en que hay que leer las instrucciones– que nadie tiene por qué ser matoneado, ni estigmatizado, ni perdonado por su voto. Sé de gente serena que, en vez de votar por Petro a pesar de Petro o por Duque a pesar de Uribe, va a votar en blanco para dejar constancia de que el tono refundador con el que empezaron las dos campañas no es el tono de la democracia: en una democracia cuerda los que pierden las elecciones no son los ciudadanos que se quedan, sino los políticos que vienen y van. Sé también que reducir el éxito de Duque al trabajo de las nauseabundas maquinarias es injuriar a sus electores, omitir que buena parte del pueblo es uribista, caer en la trampa, en fin, de estos entusiasmos nuestros que atisban el poder pero apenas logran la nostalgia.

He tenido gripa desde que empezó esta Campaña Boba como la patria: «El abrazo de Uribe». Pues desde el puro principio, cuando un poseso me gritó «¡viva las Farc!» en la calle, como asaltándome por mi apoyo a los acuerdos y anunciándome el regreso de la derecha, me temí de extremo a extremo esta derrota del humor, esta manía de creerse el bueno de la película en la vida real, esta predisposición a apoderarse de las polarizaciones de los políticos, esta dificultad para entender que votar no es vender el alma, esta criminalización del que piensa lo contrario y esta sordera al otro que es la raíz de nuestra guerra. Si en 2010 tendríamos que haber aprendido que hay que estructurar los entusiasmos, y en 2014 que siempre hay que votar sin tapabocas, en 2018 tendría que quedar claro que no sabemos ser sin prevalecer, ser sin temer.

Mi amigo José Luis, que ya es mucho tenerlo, ve todos los días en un pasillo de la OEA la frase aquella que Benito Juárez pronunció cuando asumió el poder: «Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz». Y sí: es justo eso lo que he querido decir. Y, apenas me envía una foto de la placa para probármelo, decido que voy a hacer de cuenta que esto sí es una democracia: que Colombia ya no tiene por qué descuadernarse gane quien gane el domingo; que este no es más el país desmoralizado en el que el uribismo arrasaba en la primera vuelta para quedarse con todo; que puede haber dos candidaturas irreconciliables, pero las dos están obligadas a poner en marcha la misma Constitución; que es posible votar desde el centro, sin conjeturas ni coartadas ni moralismos, para defender unas cuantas ideas, y ya.

De aquí no nos vamos, pase lo que pase este domingo, como si hubiéramos perdido. Pascual no va a votar con miedo, ni va a recibir los resultados de los escrutinios como el fin del mundo, ni va a creernos que hubo un tiempo en el que la gente iba a votar entre la guerra. Y el lunes no va a ser un dolor, sino un alivio.

SABOTAJE

TITULAR: COLOMBIANOS EN EL MUNDO ENTERO PROTESTARON POR LOS ASESINATOS DE LÍDERES SOCIALES

Julio 13 de 2018

Es que no están haciéndole oposición al Gobierno sino al Estado: cuando algún miembro del Centro Democrático –otro político de presa: otro más– se atreve a reducir a «sabotaje al Gobierno entrante» las pacíficas marchas por los asesinatos sistemáticos de los defensores de derechos humanos, o se lanza a preguntarse en Twitter, o sea para sus propias barras bravas, si «escándalo por muerte de “líderes sociales” es para tapar el verdadero escándalo de conversaciones sobre tema Odebrecht», no está señalando a la izquierda de los años setenta, ni está estigmatizando a los muertos, ni está demostrando que un exterminio es una suma de ajustes de cuentas, ni está poniendo en jaque al presidente Santos, sino que está desconociendo que la finalidad del Estado es proteger y reivindicar y mejorar la vida.

Todavía no hemos domado estos tiempos. Sabemos que hoy en día todo, desde las lesiones del diez James Rodríguez hasta las llamadas del señor Roberto Prieto, es relatado en clave de escándalo: «¡Oh...!». Sabemos que en un mundo de pastorcitos mentirosos, de trumps, se entera uno de las noticias en los libros de Historia. Tenemos visto que, por obra y gracia de las redes sociales, los baladistas románticos de corbatín ya no son los únicos esclavos que se les deben a sus públicos; suele perderse de vista que el fracaso de las repúblicas es la aniquilación de los opositores, y –he aquí una nueva definición de infierno– las campañas políticas ya no comienzan ni terminan sino que se transforman. Pero aún no hemos conseguido que estos fenómenos dejen de entorpecer los propósitos de las sociedades democráticas.

Cómo convencer a los políticos de la derecha colombiana de que, superadas las épocas en las que aún podía echárseles la culpa del horror a las manos negras y a las fuerzas oscuras y a las juntas secretas sin huellas digitales, se encuentran ante una oportunidad única para velar a las víctimas, para apropiarse de la defensa de la vida. Cómo explicarles a los políticos de la ultraderecha, que han sido capaces de buscarle el lado malo a que se acabe una guerrilla y han confundido «democracia» con «izquierda», que la cumbre del pragmatismo, de la rentabilidad, de la inversión, no es la guerra, sino la inclusión. Cómo enterarlos de que Santos se va, se está yendo, se fue. Cómo notificarles que cada vez que ponen entre comillas a los líderes sociales están dándole coraje a un verdugo. Cómo animarlos a que defiendan en Colombia lo que exigen en Venezuela.

Cómo demostrarles que seguir enredando los acuerdos de paz, seguir pensando en «no» y en «sí» con los dientes apretados, no es sabotear al Gobierno saliente, sino al Gobierno entrante.

Es que el poder es suyo. Es que ya no están saboteando a Santos, ni al fantasma de la guerrilla, ni al castrochavismo, sino al Estado, al jefe del Estado, al propio Duque. Es que cada vez que Duque se porta como el presidente que firma el «Pacto de rechazo a la violencia contra líderes sociales», y que promete defender la libertad de expresión de todos los colombianos, algún miembro del Centro Democrático sale a hacer trizas el debate público como varado en la lógica histórica de la campaña. Y entonces la voz del Gobierno entrante no es aún la voz de Duque, que insiste en la democracia, sino aquella voz revanchista e infame que es capaz de minimizar una matanza: «No recogían café...». Y entonces la figura de Duque se pastraniza: no es la del líder nuevo que no teme a conciliar, sino la del frívolo que hace cabecitas mientras sus copartidarios juegan sucio.

Qué tanto querrán ellos que el país funcione. Qué tanto se perderá este llamado a que aprovechen su victoria democrática para dejar de ser opositores de su Estado: de sí mismos.

SISTEMÁTICO

TITULAR: EL NUEVO MINISTRO DE DEFENSA PROPONE REGULAR LA PROTESTA SOCIAL PARA QUE REPRESENTE A TODOS

Julio 20 de 2018

¿Se acuerdan de una era terrible en la que no podían ir a las fincas los que tienen fincas? ¿Se acuerdan de las escabrosas amenazas de muerte a los líderes sociales, a los políticos progresistas, a los periodistas que decían la verdad, a los colombianos, en fin, que osaran asomar la cabeza? ¿Se acuerdan de los días en los que lo mejor era callarse e ir a cine a fantasear con mundos más justos? ¿Se acuerdan de los tiempos lúgubres de la extorsión, de las masacres, del secuestro, del pavor en las calles? ¿No? Pues aquí están los viejos agentes del pánico –con sus declaraciones «duélanle a quien le duela», sus tuits de capataces, sus titulares inverosímiles que siguen haciéndole ruido al nuevo presidente– listos a recrear la fábula del país sitiado que otra vez tendrá que ser salvado por un Mesías.

Quieren recobrar la Colombia unánime, «ay, qué bonita es esta vida...», de julio de 2010. Asegura la valerosa revista Semana, con las palabras equivocadas, que los ejércitos que viven de la guerra contra las drogas están listos a devolvernos a la horrible noche que cesó. Dice el próximo ministro de Defensa, pues aquí todo el mundo va diciendo lo que va pensando, que para empezar a componer esto habrá que «regular la protesta social»: «Debe ser una protesta ordenada que verdaderamente represente los intereses de todos los colombianos y no sólo de un pequeño grupo», declaró como un Maduro. Anuncia el expresidente Uribe, en su gramática equívoca, que al comienzo del nuevo Gobierno vendrá «el asesinato aplazado»: que cualquier horror que venga, mejor dicho, será culpa del Gobierno anterior, y ya fue.

Y entonces, cansado de que quieran reducirnos a la ficción que les sirva, de que quieran ponernos en escena el Apocalipsis y se porten como si sólo ellos supieran qué está pasando acá, piensa uno al fin «no más». No más mayoristas del miedo. No más cobardes armados de tiempos sin Dios ni ley. No más matones megalómanos de redes sociales que a fuerza de ser celebrados recobran ese ser ciego al otro que suele perderse con el paso de los años. No más barras bravas de políticos de paso. Nunca más esta cultura en la que la frase «que no maten a la gente» –una plegaria con vocación de regla– suele ser reducida a «que no maten a mi gente»: cómo no va a ser sistemático este nuevo exterminio, el de los líderes sociales, si en Colombia la violencia ha sido el sistema.

Si los han matado así, sin más, porque estaban vivos en Colombia. Si en cualquier otro país habrían estado a salvo. Y la idea es repetirlo, de derecha a izquierda, para que no se dé más: «No más».

Es una suerte vivir aquí como lo hizo nuestro amigo el exmagistrado Augusto Ibáñez: sin dejarse amargar por los viles, sin dejarse callar por los perdonavidas, sin asumir el acabose que termina en mesianismos, sin extraviar el humor, sin perder de vista los logros que se dan de puertas para adentro, sin sacrificar un solo minuto de la familia irrepensible que se haya querido hacer, sin caer en la trampa de deseárselo un mal Gobierno al Gobierno que eligieron otros, sin olvidar que la mejor respuesta a tanta intimidación y tanto odio y tanta bajeza es seguir viviendo para que la vida de uno sea cada vez más la vida que uno quiere. Eso es. De eso se trata. De negarse a la ruindad. De rechazar la violencia contra cualquiera: contra María Jimena Duzán o contra Fernando Londoño. De tener en común al menos el hecho de estar vivos: no es poco.

Que acaben las conjeturas de una vez. Que empiece el nuevo Gobierno a honrar aquí –repito– la democracia que exige para Venezuela: que honre el derecho a la protesta, a la libertad de expresión, a la oposición. Y que estemos muy viejos para ser gobernados a punta de cuentos de horror.

PÉSAME

TITULAR: TERMINA EL EMPALME ENTRE LOS FUNCIONARIOS DEL GOBIERNO SALIENTE Y EL GOBIERNO ENTRANTE

Agosto 3 de 2018

Va mi más sentido pésame a los ignorados funcionarios del Estado. Que están pagando un karma por haber cometido el error de ser colombianos. Que ponen la cara por un sistema inhóspito –«hostil» es la palabra– estructurado e impedido por la suspicacia. Que trabajan de sol a sol bajo vigilancia, bajo sospecha, miles de justos que pagan por decenas de pecadores: «Usted lo que quiere es que yo me meta en un lío con las “ías”», oí el lunes en un ascensor de edificio público. Que lo miran a uno brevemente desde sus cubículos, en Colpensiones o la Dian o la UGPP, como diciendo «si estoy mirando la pantalla del computador con el ceño fruncido es porque sé que esto es absurdo e injusto, pero que no salga de aquí». Que ahora mismo no saben qué esperar de los publicitados jefes que se tomarán las oficinas de los últimos pisos desde el próximo martes.

Pero que no tienen más tiempo que perderle a la farsa en vivo y en directo de tantos prohombres entre comillas, tantos expresidentes que se detestan entre ellos con toda la razón: avísenles a nuestros empleados públicos, por favor, apenas los políticos se hayan puesto de acuerdo en que nuestra guerra no se acaba porque es la interminable guerra contra las drogas, apenas sea claro cuáles fueron los delitos que se cometieron en el reguero de Odebrecht, apenas sea innegable si el expresidente era o no era culpable.

Hay un millón doscientos mil funcionarios –un millón doscientos mil almas, más

o menos, cansadas de soñar con el sector privado, de motivarse a sí mismas, de tratar de revertir la desconfianza del 76,1 por ciento de la ciudadanía encuestada para el World Value Survey de 2016 y de insistir en la profesionalización de la función pública— que jamás podrán permitirse a sí mismos desplantes a la justicia, ni cartas de renuncia como ases en la manga, ni tuits injuriosos: si uno lo piensa con cuidado, si uno lo piensa, al menos, antes de decirlo, quizás sean los empleados públicos los únicos afortunados que hoy —cuando los likes de las redes han devuelto a tantos adultos a la megalomanía de la infancia— tienen la obligación de desahogarse con sus amigos en vez de perderse en algún monólogo iracundo en sus perfiles de Facebook.

Hace un par de años nomás una completa investigación de la Escuela de Gobierno de la Universidad de los Andes determinó que había que afinar los procesos de selección para la carrera administrativa en el Estado, pero que también, por ejemplo, era necesario inventarse modos de reivindicar el trabajo de los servidores públicos. Colombia ha sido tan triste, tan jerárquica a la fuerza, que los políticos han sido su jet set, sus protagonistas convencidos de que los demás en efecto son extras. Y no sobra rezarnos a nosotros mismos para que los 573 675 funcionarios de la rama ejecutiva, que se conocen de memoria a esos jefes que llegan a inventarse la rueda e incumplir planes maestros, corran con suerte a partir de este martes: para que no terminen volviéndose caraduras con tal de no volverse chivos expiatorios, sacrificios.

Va mi voz de aliento a los funcionarios serios, como monjes zen que se sonrojan cuando uno se da cuenta de que llevan años en el ICBF o en el Ministerio de Cultura o en el Sena o en la Corte Suprema o en la Armada porque de verdad creen en servirle al país, que a esta hora están sudando frío porque ahí vienen los nuevos a empezar de ceros. Que este Gobierno que ha estado coqueteando con la vieja idea de reducir el Estado, como si el objeto del Estado fuera la rentabilidad, sepa respetar lo que se ha venido haciendo en aquellos despachos entre bambalinas. Que los políticos voraces se queden con las estatuas que nadie voltea a mirar. Pero los empleados públicos tengan el respeto.

POSESIÓN

TITULAR: IVÁN DUQUE MÁRQUEZ TOMÓ POSESIÓN COMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

Agosto 10 de 2018

Es, en efecto, una posesión: un intento de posesión. Porque una entidad desencarnada, que se hace llamar «el Centro Democrático» como haciéndonos un guiño, está tratando de tomarse el mapa entero de una vez. Y no parece interesado en ahondar la democracia, sino en ganarse un juego lleno de reglas estorbosas –y de Cortes y de mamertos– que desde el 26 de febrero de 2010 han estado impidiéndoles el predominio. Yo no recuerdo una oposición tan irracional como la que hizo el Centro Democrático en estos años. Yo no recuerdo, ni en las peores páginas de nuestra Historia, ni en las memorias de la violencia bipartidista, un partido de Gobierno capaz de publicar un aviso contra el Gobierno pasado, aquí en El Tiempo, el 7 de agosto feliz en el que el presidente de su entraña va a tomar juramento.

Yo no recuerdo otro discurso tan burdo, tan contraproducente, tan violento –el expresidente Uribe, jefe del Centro Democrático, lo llamó «necesario» en un corrillo grabado por Noticias Uno–, como el discurso que leyó el martes el presidente del Senado luego de tomarle juramento al presidente Duque. Era su momento para hablarle al mundo, pues acá estamos, pero el senador Macías, que hasta hace poco propagó la idea de que en el 2018 Santos entregaría el Gobierno a las Farc, prefirió conseguir las ovaciones de su país, de su barra: «¡Uribe, Uribe!». Y lo hizo a modo de panegírico uribista, como explicándonos que el bien del Estado es la gloria de su expresidente, pero sobre todo a manera de ajuste de cuentas, de desquite, plagado de cifras sueltas y condenas borrosas: «¡Apártate, Santos!».

¿Y después qué pasó? Hoy pocos lo recuerdan, pero el presidente Duque dio un discurso como un empate a ceros en el que insistió en gobernar sin espejos retrovisores, en superar los odios, en buscar una nación más allá de la violencia. Duque siempre dice lo que hay que decir, pero como que no se le oye, como que sólo nos lo tomamos en serio los que asumimos que no existen clanes ni políticos por encima de la democracia. El Centro Democrático asiente pero no lo escucha. El Centro Democrático vive en la oposición. Ya ha aclarado la vicepresidenta Ramírez, que también habla la lengua del Estado, que no es lo mismo el Gobierno que el partido del uribismo. Pero, en el video de Noticias Uno, la senadora Valencia, risueña, se toma la frase como una licencia para seguir jugando al policía bueno y el policía malo y oponiéndose a lo que pasó.

Yo no recuerdo –quizás me falten un par de Gobiernos para ser un viejo– un 7 de agosto como este. Yo no recuerdo una posesión entre un vendaval más efectivo y más diciente que cualquier marcha por la paz. No parecía un primer día de nada, sino una lánguida reunión de exalumnos: «¡Bienvenida Promoción 2006!». Parecía una fiesta de cumpleaños, con magos, payasos y colados, en la que pocos celebraban al que estaba cumpliendo. Y sí, a toda hinchada le cuesta creer que el mundo sea más que su equipo: «¡Equidad, Equidad!». Y a todo necio le sirven los «likes» de las redes para morir engañado en su ley. Pero aquí no está en juego ningún juego, sino una sociedad mucho más grande que el uribismo: sólo uno de los países del país, por ejemplo, se empeña en negar el conflicto.

Dicho de otro modo, presidente Duque, no es a los que no votamos por usted, pero que respetamos su figura porque creemos en el estado de derecho, a quienes tiene que convencer de firmar un pacto por Colombia: es a su propia bancada, que ha tenido todas las garantías para ser mezquina y que sin reparar en las cámaras de Noticias Uno se ríe de la consulta anticorrupción que dijo apoyar, a la que hay que persuadir para que se una a esta lucha por lo mínimo que el diccionario llama democracia.

CORRUPCIÓN

TITULAR: EL PRÓXIMO DOMINGO 26 DE AGOSTO SE LLEVARÁ A CABO LA ESPERADA CONSULTA ANTICORRUPCIÓN

Agosto 17 de 2018

Sé que no damos más. Sé que no queremos saber de tarjetones ni de urnas por unos meses. Pero me temo que salir a votar la consulta anticorrupción es tan importante como salir a votar por la paz. Porque –aun cuando nuestro Estado en mora esté plagado de leyes que no atajan su descomposición sino que la demuestran– votar este domingo 26 es decirles siete veces «sí» en voz alta, siete veces «sí» entre signos de exclamación, a la reducción del salario, a la transparencia, a las rendiciones de cuentas, a la extinción de dominio de las ganancias injustificadas, a la limitación a tres periodos, a la expulsión por corrupción y a la vigilancia ciudadana de los padres putativos de la patria. Pero sobre todo es decir «sí» a dejar de ser una cultura –que se roba a sí misma–

en la que «familia» es sinónimo de «mafia», de «clan».

Y en la que cada una de las necesidades humanas, de la salud a la justicia, tarde o temprano es acechada por algún cartel.

Adiós, palabra «cartel», hasta nunca: ya ha habido «cartel de los medicamentos», «cartel de los enfermos mentales», «cartel de la contratación», «cartel de la alimentación escolar», «cartel de la toga», ya qué.

«Corrupción», por su parte, es sinónimo de «podredumbre», de «infección», de «unto». «Corrupción» fue el grito de la semana. La Universidad Externado presentó el lunes, ante los principales vigilantes de la nación, una investigación de cuatro tomos sobre el tema. El martes en la mañana, en una corte en Miami, el exfiscal anticorrupción que se encogió de hombros ante su propia corrupción reconoció haber cometido «conspiración para lavar dinero con el fin de promover sobornos en el extranjero», entre otros delitos. Luego, en la tarde, el contralor saliente reveló que en estos cuatro años se perdieron catorce billones en «irregularidades administrativas»: «Se están robando todo», dijo. Y en la noche, cuando la cifra del saqueo resultó ser 85 000 millones, el presidente anunció la creación de un Plan de Alimentación Escolar que sí lo sea.

Sé que la gran mayoría de los empleados públicos no merecen estos vigilantes a los que nadie vigila. Sé que estamos hartos de que el Estado sea un viacrucis lleno de trampas, como un panóptico inútil al que sólo sobreviven los peores. Sé que sólo en un infierno tiene sentido el verbo «empapelar». Pero voy a votar «sí» en la consulta del domingo 26 pues es votar contra esta cultura de torcidos que se ven rectos a sí mismos: esta nación de sobornadores queridos; de colados indignados; de desfalcadores frenteros; de dirigentes del fútbol que acaban convertidos en revendedores de boletas; de honorables parlamentarios listos a encajar en la contraloría, a la brava, a los dos candidatos más cuestionados entre los diez; de altos funcionarios que se ganan el derecho a robar luego de toda una vida de ser decentes.

Damos al Estado por perdido. Damos por hecho que esta gente llega a robar como lo hizo su padre y el padre de su padre: «Y a mi primogénito le dejo mi curul...». Contamos con que los políticos –los vivos disfrazados de políticos– nos engañan, nos chantajejan, nos asaltan: así fue, así es, así va a ser. Pero de vez en cuando tenemos oportunidades como la consulta anticorrupción para devolverle la legitimidad a esta ciudadanía que suele regodearse en la ruina. Creo que al Estado, en las manos pasajeras del presidente Duque, también le conviene que todo salga bien ese 26, pues tienden a ser más prósperas las sociedades que se sienten escuchadas, pero tanto el Gobierno como su errático

partido se han pasado los últimos días enrareciendo la consulta que hasta hace poco apoyaban con vehemencia.

Yo sé que no damos más. Pero vale la pena votar contra una cultura que no tiene palabra.

BROMA

TITULAR: EXPROCURADOR ORDÓÑEZ ES EL NUEVO EMBAJADOR DE COLOMBIA EN LA OEA

Agosto 31 de 2018

Cada país tiene el suyo: ese político de ultraderecha con vocación de inquisidor –ese orgulloso persecutor de los derechos de las mujeres, de la comunidad LGBT, de los blasfemos apátridas que defienden la separación de la Iglesia y el Estado– que, atrapado en su propósito de reconquistar el país en nombre de su Dios, consigue que la clase política lo elija procurador general de la nación, ni más ni menos, y entonces, dueño y señor de semejante atalaya, se vale de todo su poder para reducir las leyes a su doble moral, para matonear y enlodar y detener y suspender a sus rivales políticos, para hacerle oposición al progresismo como haciendo su campaña presidencial con el dinero de nuestros impuestos. Cada país tiene el suyo: ese percutido e inescrupuloso político de ultraderecha. Pero sólo en Colombia logra hacerse nombrar embajador ante la OEA.

Sólo a un Gobierno nuevo de este cojo Estado americano, que a duras penas se acuerda del mundo si el mundo lo desprecia, le cabe en la cabeza que una figura tan sectaria –¡Ordóñez!– puede ser un buen representante ante una organización creada para promover los derechos humanos y defender los valores democráticos.

Se supo la semana pasada: que Ordóñez, el pensador torvo que escribió contra el reconocimiento de las parejas homosexuales en su tratado Hacia el libre desarrollo de la animalidad, el ángel exterminador que lanzó sus langostas contra

las leyes del aborto y la eutanasia y la adopción gay, el vigilante de la corrupción que renunció a su puesto horas antes de ser notificado de su destitución por nombrar en altos cargos de la Procuraduría a familiares de los magistrados que lo postularon, es nuestro embajador en la OEA. Como si el Gobierno no supiera lo importante que ha sido la organización para el país, lo progresista que viene siendo la secretaría de Almagro y lo deshonroso que es que en change.org 212 833 espontáneos ya hayan rechazado la designación de Ordóñez en la OEA y 25 388 ordoñistas ya hayan contraatacado en el nombre de la moral.

También la semana pasada, el domingo, 11 672 122 colombianos votaron la consulta anticorrupción contra los políticos que ven el Estado como un botín o una trinchera. Y el jueves, en el mismo Gimnasio Moderno de Bogotá en el que la OEA fue creada, la activista Elizabeth Castillo lanzó su libro No somos etcétera –las memorias fascinantes del movimiento LGBT en Colombia– con una advertencia vital: seguimos pagándoles el sueldo a los fundamentalistas, a los farsantes que mintieron hasta el último minuto para sabotear las votaciones del domingo, a los politiqueros recalcitrantes que pretenden que no sean los funcionarios ni los médicos, sino las instituciones, las que acudan a la objeción de conciencia a la hora de interrumpir un embarazo, de practicar una eutanasia, de casar a una pareja homosexual que quiere tener hijos.

Pero el presidente Duque, que tan bien conoce los pasillos de Washington, que tan alto ha izado la idea de un cerco diplomático a la dictadura venezolana, que tan claro ha entendido lo costoso que es para una democracia despreciar los derechos de las minorías y tan rápido ha captado la necesidad de desoír a los fanáticos de su partido y de destejer la cultura de la corrupción y de desterrar el clientelismo salvaje de los regímenes criollos, ha nombrado en la OEA a un insultador de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Tal vez se trate de reconocerle a Ordóñez su derecho al trabajo: a otro trabajo. Puede ser que no haya otra garita dónde acomodarlo. Puede ser que todo sea una broma. Y este sea un buen momento para silbar el himno nacional como silbando una ironía, como encogiéndonos de hombros ante los pasos en falso que damos

en el mundo.

SILVA

TITULAR: LÍDER SOCIAL FUE ASESINADO EL MIÉRCOLES 22 DE AGOSTO, EN MAPIRIPÁN, AL LADO DE SU HIJO

Septiembre 7 de 2018

Ricardo Silva iba a ser asesinado en su propia casa por ocho encapuchados, pero, luego de una balacera como un aguacero de frente, todo salió peor porque a su lado le mataron a su hijo. Fue el miércoles 22 de agosto a las 11:30 p.m. en la vereda de San Antonio, en el municipio de Mapiripán, en el departamento del Meta: Ricardo Silva, que horas antes había conseguido que su esposa saliera corriendo del lugar con sus otros hijos, pidió auxilio a la fuerza pública apenas escuchó las ráfagas de los fusiles y las explosiones de las granadas de fragmentación, pero llegó a la madrugada con una rodilla destrozada a plomo, y custodiado por la policía en su larguísimo viaje al hospital, y desolado porque, mientras él sobrevivía y recobraba el pulso, se llevaba a cabo la inspección al cadáver de su niño.

Colombia es el Lejano Oeste: Ricardo Silva iba a ser asesinado –y ahora mismo trata de volver del miedo– porque es otro líder comunal que se ha atrevido a denunciar otra disputa de tierras en este país.

El mismo país martirizado a espaldas del país en el que –esto fue el día anterior: el martes 21– el campesino Jefferson Arévalo, hijo de una sobreviviente del exterminio de la Unión Patriótica acribillada luego por paramilitares, tuvo que ver cómo otros encapuchados de oficio violaban a su esposa unas horas antes de ser asesinado por los lados de Puerto Rico (Meta). Yo he estado leyendo un

informe fundamental del Centro Nacional de Memoria Histórica: Todo pasó frente a nuestros ojos. El genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002. Y, cuando leí en la prensa lo de Jefferson Arévalo, me pareció que aquel título podía ponerse en presente continuo: «Todo está pasando frente a nuestros ojos». Y, cuando un compasivo profesor de Derecho me puso al tanto de la pesadilla de Ricardo Silva, me pareció una oportunidad para acusar recibo del horror.

Siguen matándonos hijos y homónimos y prójimos frente a nuestros ojos, en un espejo, porque los acuerdos de paz les suenan insolentes a los escuadrones que patrullan los puntos ciegos del Estado; porque «Estado», dicho sea de paso, aún no significa lo mismo en todo el país; porque esta guerra por la tierra ha sido una guerra contra los civiles; porque nuestras sociedades aún disimulan la economía, la cultura, la violencia que trae la prohibición; porque esta maldad porque sí, de victimarios que se declaran víctimas de «el sistema», es la suma de la desigualdad más la hostilidad institucional más la impunidad: la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, de la OEA, acaba de presentarle al mundo el caso de 11 227 militantes de la UP estigmatizados o desaparecidos o silenciados o torturados o desplazados o asesinados.

Quizás el reconocimiento de las Farc como fuerza política, fuera de la guerra y sometida a nuestra versión de la democracia, sea lo más importante del pacto contra la corrupción de todos los partidos convocado la semana pasada por el presidente Duque. La corrupción es la resignación a la violencia. La corrupción –la corrupción a la colombiana: la podredumbre– es la sumisión al infierno: al hábito de la trampa, a las empresas electorales, a las ambulancias que llevan cocaína, a los toques de queda de las mafias. Y seguirá siendo rampante si no paramos todo hasta que termine el desangre, si no llamamos a las tres ramas del poder a centrarse en que aquí nadie más muera porque estorba, si no empezamos por cumplir los pactos nacionales por la vida de los líderes sociales que ha firmado el Estado en pleno en los últimos dos meses.

Yo, de ser Ricardo Silva, estaría preguntándome para qué servirle a esta tierra con vocación de camposanto, pero recibiría el cumplimiento de ese pacto como

un camino hacia el consuelo.

TENDENCIA

TITULAR: EL ALCALDE PEÑALOSA SIGUE SORPRENDIENDO A LOS BOGOTANOS CON SUS SALIDAS EN FALSO EN LAS REDES

Septiembre 14 de 2018

Uno: odio la expresión «dar papaya». Dos: no había hallado la semana perfecta para criticar el comportamiento errático del alcalde Peñalosa –no había podido ni había querido hacerlo– porque estaba esperando que sus descaches configuraran un patrón de conducta, aún espero que la ciudad esté avanzando más allá de su tonito y vivo evitando el lugar común que llevo a cuestras desde que soy papá: «Yo les dije». Pero, luego de dos años, ocho meses y catorce días de papaya, es justo decir que no hay un mejor ejemplo que Peñalosa de cómo Twitter puede acabar con un político: «Se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio», se advierte al principio de El Quijote.

El exalcalde Petro, antagonista por naturaleza, desde el primer minuto hizo oposición inmisericorde e irresponsable. Pero sobre todo innecesaria porque el peor enemigo de Peñalosa es Peñalosa: «El diseño del metro lo hizo un funcionario del IDU mientras se lavaba los dientes», «No sería raro que pronto tuviéramos venados en las calles de Bogotá», «A la gente le parece sexy meterse como ratas en un metro subterráneo», «Un bus en un trancón es tan injusto como no permitirles a las mujeres votar», «En 1200 hectáreas de potreros ordinarios de la llamada reserva podrían vivir 250 000 personas», «A diferencia de otros antes y ahora, jamás desobedezo un semáforo con motos, jamás motos o carros con licuadoras luminosas, discreción, casi sin escoltas frecuentemente sin ellos...», ha dicho, ensimismado, desde 2016.

Podría citar hasta el fin su torpeza: redujo a Soacha a «hueso», se refirió a la disminución de embarazos adolescentes como «prevención de delincuencia», se lanzó a llamar a los ciclistas «productos de mi invención». Pero no quiero reducir su Alcaldía a sus frases sordas, sino señalar que, justo cuando más necesitamos un alcalde que no sólo lo sea sino lo parezca, cuando más requerimos un administrador hecho y derecho que nos libre de lo que en el siglo XIX se llamó «los viceversas de Bogotá» –la manía de construir sobre lo destruido–, Peñalosa ha venido portándose como un polarizador, un talador, un trol. Yo no voté por él: «Yo les dije». Pero no pensé que fuera a vararse mirando por el retrovisor o que fuera a dedicarle dos años de su Alcaldía a la contradictoria tarea de probarles a sus críticos con desdén, pero de claro en claro, de turbio en turbio, que es superior a lo que piensan de él.

Está visto que las redes, que también dan forma a la solidaridad, pueden chiflar a los desprevenidos. Está claro que las redes, que giran alrededor de uno como un estadio o un corrillo, pueden revivirles a ciertos adultos penitentes la megalomanía de la infancia –el delirio de grandeza, el narcisismo, la supremacía de naturaleza infantil que aprendemos a contener para vivir con los otros– hasta reducirlos a omnipotentes paranoicos a punto de dar declaraciones sobre el tema que sea «tendencia» hoy: «Quiero decirle al país...». Súmeles a esos adultos un poquito de fama. Súmeles la amenaza del poder de cada quién. Y es así como hay jueces y políticos y periodistas que firman los veredictos de las redes. Y es así como Peñalosa se la pasa diciéndoles a los que no lo quieren que le tiene sin cuidado.

Ojalá ría de último. Ojalá libre a la ciudad de la manía de empezar de ceros. Porque todas esas decisiones tuyas que parecen provocaciones –la tala de los árboles se ha oficiado como dándoles la espalda a los ciudadanos, y qué– describen la Alcaldía lánguida, anacrónica, de un antiguo experto en Bogotá que vive hastiado de los bogotanos.

PERDONAVIDAS

TITULAR: PRESIDENTE DUQUE DEMUESTRA ANTE EL PRESIDENTE TRUMP SU COMPROMISO CON EL PROHIBICIONISMO

Septiembre 28 de 2018

Todo indica que ahora sí arrancó la campaña del presidente Duque. De tanto gobernar, de tanto llevarles la contraria a los fundamentalistas a punta de sensateces y de pactos de demócrata y de posturas antibelicistas, había olvidado ir por ahí haciendo promesas de candidato uribista, pero esta semana en Nueva York, ante el perdonavidas de Trump, se ha valido de la lucha contra las drogas para aplazar la indignación de los gringos, de los padres de familia que envejecerán diciendo «a este país lo que le hace falta es mano dura» y de los derechistas irredentos que aún le buscan la cola de diablo con los ojos entrecerrados. Duque repitió con el dedo índice que en su Gobierno se decomisará a todos la dosis personal de droga. Y que se estudia la fumigación con el viejo herbicida que según la OMS puede producir cáncer y según la PNAS puede acabar con las abejas.

Y, en el vaivén de sus declaraciones de presidente de los noventa, recobró la exitosa letanía de campaña «no queremos ver a más familias destrozadas por las drogas ilegales».

Fue en esa reunión donde el tambaleante de Trump vaticinó, encogido de hombros y pensando en otra cosa, que si Duque cumple su promesa de luchar contra las drogas será «el mejor», pero si no lo hace, si no logra pacificar esta nación de cultivos de coca, no será más que «otro presidente de Colombia».

Claro: Duque será cualquier presidente de este país acompañado si volvemos a relacionarnos con los gringos como pidiéndoles perdón por sus abusos, si seguimos poniendo en escena la fracasada guerra contra las drogas y repetimos que la ONU ha revelado que en esta tierra hay 171 000 hectáreas de coca, pero olvidamos que también ha probado –como recordó la representante Goebertus– que el 91 por ciento de las familias que se registraron en el proceso de sustitución erradicaron de manera voluntaria. Claro: a Trump le da igual.

Colombia no puede, ni debe, ni tiene por qué pelear con Estados Unidos, pero, luego de treinta años de esta guerra sin fondo que nos tiene así, se ha ganado la autoridad para hacer las cosas a su manera, para volverse una prueba viviente de que la prohibición recrudece la violencia de cualquier sociedad, para no asumir la culpa del narcotráfico –semejante negocio exacerbado por el mundo entero– como una víctima atrapada en una relación abusiva. Y es importante que Duque, así nombre hacedores de lapsus en cargos diplomáticos, y esté rodeado de enemigos del periodismo, de uribistas que insisten en acabar con las altas cortes y de gente capaz de anhelar una intervención militar en Venezuela, vuelva de su campaña y siga reconociendo el valor de dar con lo que nos une.

Nos une el miedo al país. Nos unen el círculo vicioso de la violencia, las promesas altisonantes de los populistas, la desconfianza correspondida por el Estado. Nos une esta guerra contra las drogas que no derrotará el negocio ni acabará nunca –y, como insinuó el propio Duque ante la ONU, hasta el fin montará ejércitos de trastornados, pondrá en peligro a millones de incautos, librá a los padres de familia de sus responsabilidades, animará a los gringos a meterse donde quieran, enturbiará, corromperá, engendrará a la clase política– por obra y gracia de la prohibición. Nos une que a este paso no quedará mundo: que a este paso la deforestación, la fumigación, la quema de la guerra va a volver irrelevante cualquier discusión porque no habrá donde tenerla.

Tenemos en común que sobrevivimos al mismo lugar al mismo tiempo: es más que suficiente. Pero ser colombiano tiene que dejar de ser un complejo. Y el pacto por Colombia que propone Duque tendría que incluir la no repetición de

los errores que se han cometido de rodillas en la lucha contra las drogas.

PÚBLICO

TITULAR: ESTUDIANTES COLOMBIANOS EMPRENDEN HISTÓRICA PROTESTA EN DEFENSA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

Octubre 12 de 2018

Pero cómo no va fantasear la gente con largarse de acá. Si esta sociedad sigue hablando de «lo público» –de este espacio de todos para la reflexión, el conocimiento, la participación y la acción, ni más ni me-nos– como si hablara de un repugnante y temible callejón sin salida, como si de lejos prefiriera el ordenamiento feudal a la libertad política. Si día a día se sigue traicionado «la esfera pública» en «la esfera privada». Si se responde con medidas hostiles a la crisis de representación, a la desilusión de las instituciones, a la desconfianza en los Gobiernos. Si el Estado, que a los trabajadores independientes a duras penas nos reconoce los deberes, sigue cositiéndole retazos a su colcha tributaria, pero cada año invierte menos dinero de nuestros impuestos en nuestros estudiantes públicos: en estas décadas de vaivenes, de 1996 a 2017, pasó de invertir \$10 300 000 pesos a invertir \$5 140 000 en cada uno de ellos.

Fue por eso –porque nuestro sistema educativo tiene que cubrir un hueco de más de tres billones de pesos, porque se están viniendo abajo los techos de los salones de clases, porque cada mes desaparece un nuevo cargo en las instituciones académicas, porque el Gobierno ha estado hablando de nuevos recortes a los presupuestos, porque la famosa Ley 30 de 1992 ha estado impidiendo que se pueda aumentar la inversión, porque el déficit de la Universidad Nacional ha llegado ya a los 60 mil millones, porque protestar suele ser una manera de reclamar más democracia, porque pedir la fortaleza de lo público es ponerse del lado del Estado, porque la medida de un país es la suerte de su educación– que nuestros estudiantes y nuestros profesores y nuestros

trabajadores salieron a marchar una vez más el miércoles pasado.

Por supuesto, los colombianos, desde los gobernantes hasta los electores, deberíamos marchar contra nosotros mismos: contra nuestro desprecio de lo público. Por supuesto, podríamos marchar, también, por una buena administración de los recursos de las 32 universidades estatales, por el fin del machismo en las facultades anquilosadas e intocables, por el respaldo a un sistema educativo que en realidad empieza en la primera infancia. Pero este miércoles 10 de octubre, luego de los desoladores resultados de aquel estudio internacional –que reveló, a comienzos de abril, que el 73 por ciento de nuestros alumnos de octavo grado se pondrían del lado de una dictadura–, fue un alivio ver las caras y los puños y las pancartas y las voces de protesta de tantos estudiantes colombianos: «Desfi-nancia-ción».

Fue un consuelo porque estaban reclamando lo justo: que dejen de embaucarlos con el falso dilema entre la libertad y la seguridad; que las reformas tributarias anuales no asfixien más a sus profesores; que esta marcha no sea otro álbum de fotos para mostrarles a los nietos, sino un tercer llamado para que la educación sea reconocida como un derecho fundamental, como un vehículo para la equidad, como un puente a la reivindicación de lo de todos. Fue una alegría verlos pegar su grito, pues, en este país bipolar que va de la derrota a la histeria sin escalas, una marcha de estudiantes es una apuesta por la democracia, una prueba de que una nueva generación tiene claro que la historia está pendiente, que ningún mesías vendrá a poner la vida en orden, que cada salida a la calle es un recordatorio, un simulacro de las elecciones.

En la República de Colombia siempre se ha marchado por la misma razón: para demostrar que, a pesar de todo, aún es posible hacerlo.

Pero después de las imágenes del miércoles pasado he tenido la sospecha de que a todos, desde los electores hasta los gobernantes, nos conviene no quedarnos de esta marcha de estudiantes.

SANIDAD

TITULAR: UNA SERIE DE NEGACIONISTAS SUENAN PARA LA DIRECCIÓN DEL CENTRO DE MEMORIA HISTÓRICA

Octubre 19 de 2018

Claro que sí: es hora de que todos, empezando por los becarios del Centro Democrático –empezando por mí, mejor, que acabo de llamarlos «becarios»–, superemos de una buena vez los traumas y los vicios que trajeron las pasadas elecciones. Por supuesto: «Polarizar, sitiar, estigmatizar, vilificar y aniquilar» son las cinco fases de cierta política de hoy. Sin duda: el Gobierno pasado también estuvo lleno de amigotes que amanecían convertidos en diplomáticos, en ministros o en manos derechas que se sacrificaban por su versión de la patria. Y de acuerdo: cada presidente de la república está en su derecho de nombrar al que quiera en el cargo que quiera. Pero a estas alturas del partido tendría que ser claro que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) no es una notaría para pagar favores ni un refugio de investigadores con «un sesgo».

Estuvo a punto de tomarse el CNMH la tesis maniquea, negacionista, irresponsable e insostenible –de película floja de los años cuarenta– de que la bucólica Colombia no ha engendrado sus propios monstruos, sino que ha sido atacada por villanos de generación espontánea, como virus, como plagas. Estuvo a punto de dirigir el CNMH, ¡a punto!, un historiador que considera el organismo «otra de esas estructuras infiltradas», «pagadas por el Estado para deslegitimar al mismo Estado», «cargadas de omisiones tendenciosas que pretenden minimizar los horrores de las Farc». Pero justo a tiempo el Gobierno se dio cuenta de que nombrar a un estigmatizador del CNMH en el CNMH era como nombrar a un fanático religioso en la embajada ante la OEA. Y que el tal «sesgo» del CNMH en realidad es el de la perpetua búsqueda de la democracia.

¿Por qué esta semana víctimas, académicos e investigadores han salido en defensa del CNMH en tantos idiomas? ¿Por qué se han tomado este nombramiento como un asunto de vida o muerte? Porque el trabajo que el cnmh ha estado haciendo desde antes de ser una organización gubernamental –aquello de narrar en detalle las masacres y los despojos y los desplazamientos y las desapariciones y los genocidios y la violencia sexual del conflicto armado colombiano, aquello de documentar hecho por hecho, cifra por cifra, la barbarie de las Farc y el ELN y el EPL y el M-19 y los grupos paramilitares y el ejército, y de reflexionar sobre el Estado y su relato en tiempos de guerra, con el sesgo de la compasión, bajo la dirección de intelectuales de la estatura de Gonzalo Sánchez o María Emma Wills– es un ejemplo citado en todo el mundo.

Repito una idea que no me deja en paz: si puede declararse sano a quien puede narrar su propia historia, como sugieren ciertos terapeutas, entonces lo que ha estado haciendo el CNMH es devolverle algo de salud mental a este país: su monumental informe ¡Basta ya! sigue siendo el gran libro de historia –el gran mural del horror– de la Colombia violenta de las últimas décadas.

Faltaba más: el presidente Duque puede nombrar a quien quiera en el puesto que quiera. Pero no coincide con su constante llamado a la unidad de los colombianos esto de designar en los cargos de la reconciliación a figuras revanchistas, con ánimo de «poner orden», que además se niegan a aceptar que aquí la historia no ha sido escrita por los triunfadores, sino por los sobrevivientes. Como puede notarlo cualquiera que lea sus informes, así sea por encima, el valiente CNMH no ha sido nunca una trinchera para las venganzas ni para las fantasías de ninguna ideología. Y al frente tiene que estar una persona ecuánime que, como Sánchez o como Wills, continúe con la tarea de aclararle a esta sociedad –en nombre de todas sus víctimas– lo que ha estado encarando y permitiendo y olvidando desde un pasado que no ha podido serlo.

CONEJO

TITULAR: LA EXSENADORA LÓPEZ ACUSA AL PRESIDENTE DE IGNORAR LOS RESULTADOS DE LA CONSULTA ANTICORRUPCIÓN

Octubre 26 de 2018

Colombia tiene 199 años, pero sigue perdiendo su tiempo en cortinas de humo, en cortinas de ruido. Siempre que prende uno un aparato, que ese es el tic de esta era nuestra, está sucediendo un debate a muerte en vivo y en directo –el circo romano en streaming– entre un par de antagonistas que han sido elegidos para el programa de hoy porque se odian a muerte de antemano, porque hacen parte de alguna manada acezante, porque están dispuestos a encarnar al héroe de los unos y al villano de los otros. «Fuerte enfrentamiento...», «Duro agarrón...», «Rifirrafe entre nosecuál y nosequién», puede leerse unos minutos después en todas las pantallas. Y es la pelea y la distracción histórica y la cortina de ruido del día: «¡Castración para violadores!», «¡La JEP es de bolsillo de las Farc!», «¡Duque es un títere!».

Y, como nadie está mirando, como todo espectáculo produce una trasescena plagada de susurros, les permite a los peores exponentes de la clase política colombiana dedicarse a su verdadero trabajo: aferrarse al poder.

«Conejo» es la palabra. La exsenadora Claudia López la suscribió el martes pasado –están haciéndonos «conejo» a los doce millones de colombianos que votamos la consulta del 26 de agosto– mientras retaba al presidente Duque a cumplir su propio pacto nacional contra la corrupción. Y la suscribió sin titubear, supongo, porque señala una tradición de este país: «Conejo», en su acepción de

estafa, de engaño, de gazapo perverso, de negar una deuda e irse sin pagar la cuenta, se encuentra en Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano (1885) de Rufino José Cuervo, en Colombianismos (1953) de Julio Tobón, en Bogotólogo (2011) de Andrés Ospina, en Diccionario de colombianismos (2018) del Instituto Caro y Cuervo. «Conejo» están haciéndonos a esta hora de este día los herederos de la más rancia política colombiana.

Pues no sólo han saboteado las medidas que acordaron sus partidos cuando los resultados de la consulta estaban frescos, sino que le han dedicado sus días hábiles a todo lo contrario: a buscar cómo atornillarse al poder. Si han tramitado reformas esperpénticas como golpes bajos a la democracia –si retoman la tradición de tapar articulitos con artículos, si defienden el transfuguismo y la reelección y el Consejo Nacional Electoral sin sonrojarse, si insisten en elevar los umbrales electorales para que sólo puedan buscar el poder quienes lo tienen, si proponen prórrogas o unificaciones de periodos sin caer en cuenta de que es una manera de arruinar el sistema de pesos y contrapesos de la Constitución de 1991, si hablan de inmunidades para ellos mismos– es porque les temen a las próximas elecciones como a Dios.

Porque no entraron a la política para cumplir las promesas de la democracia, sino para quedarse. Porque su proyecto político es el poder. Porque lo suyo es hacer las reformas necesarias para seguirle ganando el pulso a esta ciudadanía creciente que jamás va a votar por ellos, lo suyo es reformarlo todo para que todo siga igual. Es probable que su maquiavelismo se vea arruinado por su mediocridad, sí, es probable que su ambición desmedida –«¿y si de paso le metemos que el presidente elija al fiscal?»– vuelva a conducirlos al fracaso. Que una vez más estemos cayendo en la trampa de perder días, debates radiales, columnas, pulsos tuiteros e insomnios en discutir propuestas descabelladas que no se van a dar: «¡Gran garrotera en el Congreso...!». Y que perdamos de vista lo que está sucediéndonos más allá del ruido.

Que los partidos están tratando desesperadamente de que Colombia vuelva a ser su feudo impune, su Estado a espaldas de todos, su conejo, pero cada vez vota

más gente que se niega a aceptar que esto no tiene remedio.

IVA

TITULAR: GOBIERNO DEL PRESIDENTE DUQUE ANUNCIA EL ENÉSIMO INTENTO DE GRAVAR LA CANASTA FAMILIAR

Noviembre 9 de 2018

No es claro si nuestra vieja clase política es cínica o mediocre o insensata. Pero es un hecho que nos pasamos la vida explicándoles lo obvio. Por ejemplo: por qué les recibimos cada aumento del iva –y cada «ley de financiamiento»: cada retazo cosido a nuestra colcha tributaria– como una puñalada por la espalda. Pues porque, mientras nuestros tecnócratas estiran la definición de «rico» hasta volverla sinónimo de «endeudado», mientras nuestros analistas nos explican que debemos dar las gracias porque en el primer mundo el impuesto de renta de las personas se multiplica por diez, mientras se nos pide más y más y más dinero para un Estado hostil en el que tocará seguir creyendo, la vieja clase dirigente se niega a encarar sus paraísos fiscales, sus evasiones, sus negocios que serán sucios «pero no son ilegales...».

¿Por qué ante los titulares sobre las reformas tributarias no reaccionamos con un comprensivo «todos ponemos para que todos prosperemos», sino con un hastiado «pero si no hacen más que repetirnos que “los corruptos” nos roban nose cuántos billones al año»? ¿Por qué el acrónimo IVA nos revuelve el estómago?

Pues porque no es la primera vez, sino la enésima, que nos aumentan los impuestos directos e indirectos con la promesa de que dentro de poco se verán los resultados y con la amenaza de que habrá que quitar subsidios si no pasa la

ley.

Y no es la primera vez que nos amenazan con enquistarle el IVA a nuestro derecho a saber –para qué la censura si se les va a poner IVA a los libros, a los periódicos, a los textos escolares– hasta la madrugada en la que se echan atrás como perdonándonos la vida.

Y no es la primera vez que los promotores del IVA a la canasta familiar, que gritan que vamos mal ante el mercado internacional, terminan haciéndose los indignados: «¡Pero a quién se le ocurre ponerle IVA a la canasta familiar...!», «¡pero qué desalmado se atreve a gravar las pensiones...!».

Y no es la primera vez que todo termina en que la clase media, por cometer la insolencia de ser la clase media, es graduada de élite que debe pagar: «En Francia la gente le da al Estado más de la mitad de su sueldo...» –suelen decir los expertos–, pero en Francia no se le va a uno la otra mitad en las necesidades básicas.

Y no es la primera vez que la vieja clase política, negacionista, impúdica y nuestra, nos ordena que financemos el país –con el ceño fruncido del padre que se cansó de mantener a sus hijos– sin haber recobrado la autoridad.

«¡Paguen más si quieren más!», decretan los reyes de las puertas giratorias, los congresistas que se niegan a publicar sus declaraciones de renta, los señores feudales que no van a permitir que les sean gravados sus rendimientos, los líderes que, como engendrando la desesperanza en un laboratorio, están dejando hundir una por una las normas contra la corrupción por las que hace muy poco votó el treinta por ciento de esta Colombia mal censada: quiero decir que el círculo vicioso de la desconfianza, que ha empujado a la ciudadanía a confundir impuestos con extorsiones y ha puesto en aprietos a sus gobernantes a la hora de

llevar a cabo las tareas aplazadas, sólo se supera del todo cuando los dirigentes se atreven a administrar, a ejecutar, a dar ejemplo.

Hay economistas con sensibilidad política como hay cuerpos con alma. Camilo Herrera propuso, en Portafolio, un IVA universal del ocho por ciento que simplifique, evite evasiones y motive a la formalidad. Salomón Kalmanovitz habló, en El Tiempo, de la necesidad de que los grandes grupos empresariales del país pongan el 37 por ciento de todos los dividendos que reciben.

Pero cualquier propuesta sonará violenta e inútil mientras pagar impuestos no signifique invertir en lo de todos.

RETROVISOR

TITULAR: EL 78 POR CIENTO DE LOS COLOMBIANOS CONSIDERA QUE EL PAÍS VA POR MAL CAMINO

Noviembre 23 de 2018

Esto no es lo que era. Uno se imagina a los presidentes de ahora en pijama – tumbados bocarriba, en el precipicio de la cama, entre la oscuridad de las 4:59 a.m.– incapaces de dejar para más tarde la amarga tarea de revisar en la pantalla luminosa del teléfono quién está hablando de ellos en las redes: «Ya no gobierno para las encuestas». Uno se imagina a un puñado de asesores preguntándose qué hacer para que el presidente Duque suba en los sondeos letales de estos días: del viernes 16 al lunes 19 se supo que sólo una tercera parte de los consultados aprueba su gestión, conciliadora pero no, luego de los primeros cien días de Gobierno. Y en un principio fue una sorpresa. Pero un par de días después, pensándolo mejor, fue claro que aquella imagen estropeada no era un revés, sino una cosecha.

Porque este pesimismo que las encuestas han estado notando –el 78,8 por ciento, según Invamer, cree que el país va por mal camino– es el pesimismo que sembró la oposición vil de estos años. Durante demasiado tiempo se les fueron los días inventándose enemigos de Colombia, «los traidores», «los mentirosos», «los mamertos», «los chuzadores», «los cómplices del terrorismo», «los corruptos», «los enmermelados», «los persecutores de Uribe», «los castrochavistas», «los vendepatrias», que ahora son ellos mismos –nuestra rancia clase política– porque son ellos quienes están en el poder. Simplemente, la gente les creyó la inviabilidad de este país. Simplemente, la gente les creyó que no hay muerto malo, ni político bueno. Y ni todos los uribistas ni todas las uribistas podrán rescatar a Duque otra vez.

Si Uribe anda poniéndose en manos de Mockus, contra todos los pronósticos, es porque ya ni siquiera a él le está saliendo bien en las encuestas eso de ser un político que señala a los políticos. Si ha habido 340 protestas en cien días es porque los ciudadanos tienen claro que sus «líderes» sólo quieren de ellos likes, votos e impuestos. Si se están quebrando las popularidades en cuestión de semanas, ¡crac!, es porque no nos cuadra el presidente conciliador con sus nombramientos incendiarios, porque vemos la comprometedor pantalla del teléfono del fiscal en vivo y en directo, y notamos que el mundo del poder de estos últimos treinta años se les ha vuelto un sórdido entretejido con demasiados frentes que lidiar, demasiados testigos que callar. Pero siguen prometiéndonos futuros como la orquesta del Titanic.

Y sí: ni todas las propagandas en todas las telenovelas, ni todos los consejos comunales como misas llenas de promesas, ni todas las estrategias de redes de consejeros remangados, ni todas las cuentas de Twitter que pretenden fabricar la realidad como los periódicos de los días de la Violencia, ni todas las entrevistas en todos los medios misericordiosos, van a salvarlos del naufragio de nuevo.

Quizás sirva, en plena cosecha de tempestades, cumplir el valeroso e inesperado pacto contra la corrupción que firmaron a finales de agosto todos los partidos que tenemos –desde el Centro Democrático hasta las Farc– en la Casa de Nariño: ¿qué clase de líder alcanza la proeza de reunir a todas las fuerzas políticas para nada, para darles la espalda al día siguiente? Tal vez sea conveniente dejar de pensar que recibir a los estudiantes, que no se van a rendir en esta época que poco cree en jerarcas ni en bufones, es una señal de debilidad: ¿qué clase de presidente le muestra los dientes a la causa que puede darle un norte a su Gobierno?, ¿qué clase de régimen pierde la oportunidad de marchar detrás de los pocos optimistas que quedan en la época del pesimismo y el horror?

Esto no es lo que era. Hoy se le ven las costuras al poder. Hoy no hay salida aparte de pactar con la ciudadanía.

CENSURA

TITULAR: EXPRESIDENTE URIBE TUTEA CONTRA CINE COLOMBIA POR EXHIBIR EL DOCUMENTAL «LA NEGOCIACIÓN»

Noviembre 30 de 2018

Esta es mi plegaria por nuestra libertad de expresión. Comienza con la pregunta «¿qué más quieren?» porque estos políticos negacionistas, reaccionarios e irresponsables, que son unos pocos intimidándonos a todos, pero no hemos sabido ni podido dejarlos atrás, han estado pretendiendo –desde las tres ramas del poder– que los electores paguen IVA por leer la verdad, que los estudiantes no marchen a cambio de la dignidad de todos, que los periodistas serios que tenemos no puedan señalar los abusos que se han estado cometiendo para borrar las huellas de los corruptos, que el Centro de Memoria Histórica no sea más una victoria de nuestra cordura, sino otro fortín de los cínicos, y que un documental sobre el milagroso acuerdo con las Farc, La negociación, termine en el cementerio de la censura.

Colombia ha vivido acostumbrada a lo impensable. Su mecanismo de defensa ha sido la memoria reprimida. Su estrategia para ser el país más feliz del mundo ha sido una clase de olvido que sólo se da aquí: «Aquí no ha pasado nada: Colombia nomás». Y en ese sentido, el de una nación que lo es porque su gente lee en diagonal las páginas del horror y es ciega a lo aberrante, no se ve grave que el expresidente Uribe –preocupado por la agonía de su imagen– tuitee contra Cine Colombia por exhibir un documental que según él lo pinta como un enemigo de la paz, y no se ve vergonzoso que Cine Colombia, que ya ha proyectado joyas contra la guerra como El silencio de los fusiles, Ciro y yo, La mujer de los siete nombres y El testigo sin que el uribismo acuse recibo, se estremezca y se acobarde y se resigne a estrenarlo.

A una empresa que se precia de «llevar la magia del cine a los lugares más recónditos del país» le quedaba mal negarlos.

El cine es una alegoría de la verdad: un presente que se enciende en semejante oscuridad. Y quien ve *La negociación*, el documental estupendo de Margarita Martínez, ve con sus propios ojos que los acuerdos con las Farc fueron un extraño paréntesis de voluntad política, una paz a pesar de nosotros mismos, un giro en U en la lógica de «aquí las oportunidades sólo las da la violencia», un pulso a muerte de seis años protagonizado por un par de grupos de negociadores que consiguieron hablar una misma lengua en La Habana. Quien asiste a *La negociación* ve y oye y revive lo que pasó tal como pasó: que, a pesar de esa oposición rastrea liderada por el expresidente Uribe, aquí por fin se pudo reconocer que todo –incluso la guerra– es cuestión de costumbre y no estamos condenados a nada.

Sí fue una proeza, sí fue una redención, sí fue una reivindicación de Colombia aquella paz: *La negociación* lo prueba sin revanchismos ni desprecios.

Esta es mi plegaria para que la libertad de expresión sea el asunto de fondo: para que *La negociación* sea criticada después de verla, para que el presidente del Senado respete el derecho de la oposición a cerrar los debates que ella convoca, para que la solidaridad le gane al matoneo el duelo permanente en las redes sociales, para que las alocuciones presidenciales no interrumpen nunca más los debates en el Congreso, para que no sea lo normal que el fiscal acose e intimide a periodistas fundamentales como Cecilia Orozco o María Jimena Duzán, para que defendamos, como defendemos lo nuestro, el periodismo digno que ha estado salvándonos por poco de tantos reprimidores de la memoria: para que dejemos atrás, de izquierda a derecha, la maña de lapidar a «los medios» en abstracto como si fuera inevitable que pagaran justos por pecadores.

Quizás no sea necesaria esta plegaria, pues una vez más estos nostálgicos de la censura están olvidando que la historia oficial ya no es posible, pero yo cumpla con elevarla por si acaso.

MAÑAS

TITULAR: EL DEBATE DEL MARTES CONTRA EL FISCAL GENERAL DE LA NACIÓN TERMINÓ EN UN DESASTRE VERGONZOSO

Diciembre 7 de 2018

Si no fuera el país de uno, repito, no sería repugnante sino fascinante el desmadre del Congreso. Si fuera el cruel experimento de un científico loco, si fuera un zoológico humano del siglo XIX o un partido de fútbol dominado por un equipo marrullero echado atrás, sería mucho más fácil concluir que el ser humano –y el colombiano, a su manera, lo es– suele deshonrarse a sí mismo sin remedio en su pulso por el poder. Pero esta vieja clase política que ha estado tratando de aniquilar a la oposición en las plenarias del Senado es una vergüenza hecha aquí: podrá gritar que nuestro problema no es esta presidencia que nació extraviada e impopular, ni esta Fiscalía que se porta como la cancerbera del establecimiento, sino Petro el del video turbio, pero a la larga está condenándose a sí misma.

La sesión del martes que acaba de pasar fue la cumbre de la pobreza de espíritu. Quedó clarísimo que no hay una coalición de Gobierno sino una coalición de Fiscalía: por segunda vez el presidente del Senado impidió que la oposición cerrara el debate del martes anterior –el famoso debate sobre el manejo que le ha dado el fiscal a la investigación de Odebrecht: «Jijiji»– como si concluir la discusión que se propuso no fuera un derecho consagrado por la ley. Pero lo peor del asunto fue constatar que nuestros rancios partidos defienden sus causas como conservan un cero a cero los mañosos equipos de fútbol que se están viendo perdidos: sí, fingen faltas en el área, mandan el balón a cualquier parte y queman tiempo como los senadores que el martes pasaron al frente a proponer lo primero que se les vino a la cabeza.

Yo, que creo en tantas cosas, no creo en vaticinar el Apocalipsis ni en reducir esta democracia coja a tiranía. Creo, eso sí, en señalar a esas mayorías del Congreso que reducen su argumentación a «que lance la primera piedra el que no haya echado fajos en bolsas», que fuerzan a la oposición a acabar los debates en las redes, que saben bien –pero les tiene sin cuidado– que sabotear a un senador es sabotear a su electorado. Creo en señalar a los protagonistas de esa vieja clase política enquistada en los Gobiernos, y atrapada en un lamentable vaivén de la mediocridad a la vileza, que responden a todas las críticas con sentencias como «váyanse si no les gusta» o «dejen gobernar al presidente Duque»: déjenlo cantar, «golpe a golpe, verso a verso», que a nadie le está haciendo mal.

Puedo ver a estos caraduras dotar de alma a la tragedia de hacer empresa aquí, «es un emprendimiento», susurran, sin tener idea del viacrucis de los trabajadores independientes en Colombia.

Puedo verlos en sus fincas, con la vista puesta en un paisaje pródigo que nadie más ha visto, preguntándose en shorts de qué se queja la gente si esta patria es tan bella: «Qué pereza la oposición», se dicen.

Esa misma oposición, que representa a dos millones quinientos mil colombianos, se vio obligada a salirse de la sesión del martes pasado con el propósito de dejar constancia de que han estado pasándole por encima a punta de jugadas sucias. Sirvió su indignación, al menos, para que se reunieran de verdad, para que invitaran a no bajar la guardia a todos los ciudadanos que aspiran a que el Congreso de la República no se resigne a ser un escenario desprestigiado e inútil. Si lo del martes hubiera sucedido en otro país, en Suecia o en Bulgaria, no sería tan exasperante, tan descorazonador: estaríamos hablando de una mala jornada para que no se volviera a repetir, y ya.

Pero una de las peores mañas de Colombia ha sido aquello de aplastar la

oposición. Y la suerte de todos, empezando por la de este Gobierno querido por el veintitrés por ciento, más que nunca está atada a que ese imperio cobarde deje de pasar.

CONTRAMONUMENTO

TITULAR: DORIS SALCEDO PRESENTA, EN EL CENTRO DE BOGOTÁ,
UNA OBRA HECHA CON LAS ARMAS DEJADAS POR LAS FARC

Diciembre 14 de 2018

Silencio, por favor, para que sea claro qué dice el contramonumento de Doris Salcedo. Que está en el centro del centro de Bogotá, entre las ruinas de una casa del siglo XIX, pero no es otra estatua envanecida e inútil, sino un piso de losas grises, como lápidas arrugadas y sin nombres, hecho a punta de fundiciones y de martillazos –por varias mujeres silenciadas por la violencia sexual de la guerra– con una buena parte de las 8112 armas que entregaron las Farc. Se llama Fragmentos porque no es una obra definitiva, sino un futuro, una página en negro: tres largas salas de exhibición, que estarán mudas durante los 51, 52, 53 años que duró el conflicto, para que decenas de artistas pongan en escena sus miradas de la barbarie y hagan palpable el remoto horror de ocho millones y medio de víctimas.

Silencio, por favor, para que el bello contramonumento de Salcedo –ese piso espectral lleno de cicatrices y de abolladuras– sea la prueba incontestable de que aquí en Colombia el hombre sí fue capaz de lo peor y la paz sí se dio después de semejante crueldad y las armas sí se entregaron a pesar del odio. Silencio para escuchar a las víctimas que por fin pueden pararse sobre las mismas ametralladoras que las sometieron con sevicia, pero también, hoy, para que el presidente Duque aclare de una buena vez en dónde está parado: cuál es su piso. Pues el contramonumento sugiere narrar desde todos los flancos, como si fuera el pasado, aquel país en el que muchos llegaron a creer que el pueblo sólo podía ser interlocutor del poder por medio de las balas, pero Duque no tiene tiempo para nuestro tema de fondo.

Duque pide a la JEP que sea implacable con aquellos actores del conflicto que no cuenten todo lo que cometieron, pero no asiste a la ceremonia de instalación de la Comisión de la Verdad –ni manda a nadie– a escuchar los penetrantes testimonios de aquellas víctimas que no le pertenecen a ninguno. Duque no logra encontrar entre sus grupos de WhatsApp un director del Centro Nacional de Memoria Histórica que sepa que aquí el pulso no es ni ha sido un pulso entre versiones, sino entre silenciados y silenciadores. Duque, que fue elegido por uribista pero también por contrario al sectarismo, y que ha estado presidiendo un Gobierno que pasa el sombrero antes de dar la misa, deja con la mano estirada a los personajes del año de El Tiempo: los 11 674 951 colombianos que votaron en la consulta anticorrupción.

Y no es claro a qué pueblo está escuchando, ni de qué están hechas las láminas del suelo por el que camina.

Dónde anda mientras el agua hierve y la marea sube y el rumor crece. Dónde está su voz conciliadora mientras llueven ratones en el Congreso y el periodismo es matoneado a diestra y siniestra. Qué puede ser más determinante para cualquier Gobierno que lograr que la paz sea irreversible. Qué puede ser más grave –más parecido a ese enmudecido país del pasado– que este desmadre en el que la vicepresidenta se permite lapidar a una columnista por «amargada» y la Fiscalía habla de incautar audios en poder de Noticias Uno. Por qué tanto su reforma de la justicia como su pacto contra la corrupción con todas las fuerzas políticas pueden naufragar sin pena ni gloria, pero su ley TIC debe ser aprobada ya, a la brava, sin que él mismo le ponga la cara al futuro en riesgo de la autonomía de la televisión pública que nos ha redimido tantas veces.

Silencio, por lo que más quieran, para que este Gobierno rodeado de estatuas empiece a funcionar como el contramonumento de Salcedo: no va a salir bien esta presidencia, que cuatro meses después sigue pareciendo una presidencia ad hoc, si no se dedica a liderar una sociedad que no se muera de miedo y no se resigne a las mordazas.

UNIDAD

TITULAR: EL GOBIERNO DE COLOMBIA SE LEVANTA DE LA MESA DE NEGOCIACIONES ANTE ACTO TERRORISTA DEL ELN

Enero 25 de 2019

«Unidad» es la palabra de estos meses: «Duque llama a la unidad en su primer discurso como presidente», «Duque llama a la unidad para lograr un país más equitativo», «Duque llama a la unidad contra el terrorismo». Por supuesto, esa unidad es cierta e innegable aquí en Colombia: todos, liberales y conservadores, aguafiestas y nacionalistas, laicos y uribistas, hemos vivido en Colombia a pesar de Colombia como a bordo de un avión en turbulencia, hemos tenido la misma ley y el mismo Dios en la manga y la misma lengua, hemos lidiado este Estado hostil que sigue en obra gris, y hemos narrado a medias, a nuestro gusto, una Historia que ha sido un conteo de víctimas. Pero no es esa unidad la que pide Duque. Y no es creíble la unidad que está pidiendo.

Podemos tener en común el rechazo a la violencia, el duelo nuestro de cada día en este país en suspenso, el hastío que da seguir hablando del ELN, tan mitómano, tan bárbaro, tan obsoleto, a estas alturas de la vida: 55 años después. Pero el constante llamado de Duque a la unidad, que suena genuino, termina siendo vano e incoherente porque está hecho desde el negacionismo del conflicto, desde la resistencia a asumir que todo presidente es un jefe de Estado obligado a honrar los compromisos internacionales, desde la restauración de un orden feudal que combate al terrorismo con Dios de su lado, desde el desprecio de las salidas negociadas a estas guerras perversas, desde un prohibicionismo lleno de soberbia que seguirá engordando a esas bandas de traficantes disfrazadas de ejércitos revolucionarios.

De acuerdo: ojalá que estos años de diálogos en La Habana, de plebiscitos trágicos y de comisiones de la verdad hubieran logrado ya que en Colombia la violencia política fuera aberrante e impensable hasta para el aberrante e impensable ELN. Y claro que estamos todos, la gran mayoría al menos, del lado de la Constitución y de la ley. Pero reducir la lucha por la paz a la lucha contra el terror es insistir en ese país que prefiere sentirse acorralado por los monstruos –y entregarse a ciegas a sus vigilantes– a trabajar por el campo, por la reparación de las víctimas, por la reincorporación de tantos niños reclutados a la fuerza, por el cumplimiento de esa promesa con aires de leyenda urbana, el Estado, que se aparece y se va como un circo en tantos lugares borrosos de este mapa.

Cuando una sociedad no sabe que está unida –amarrada a la misma suerte: a Colombia, ni más ni menos–, sólo es una comunidad en los días de fútbol y en los días de horror. Sí, nos repugna el terrorismo: veinte cadetes asesinados, por Dios, para mostrar un poder que se pierde en el acto. Y sí, sirve a una parte del establecimiento para realinearse. Pero, aun cuando la derecha gobierne a su antojo, en estos días de redes es imposible volver a aquel país confesional que prefiere la caridad a la solidaridad, que confunde el unanimismo con la unidad, que cree que es peligroso e ilegal no estar de acuerdo: «Te quitas la camiseta o te pelamos», «guerrillero hijueputa», «plomo es lo que hay», les gritaron, en la marcha del domingo, a algunos que salieron a protestar contra todas las violencias.

Es porque estamos irremediabilmente unidos que somos críticos con el Gobierno. Es porque nos importa Colombia, es porque lo que le pase a Colombia tarde o temprano nos pasará a todos, que nos parece un desatino desconocer los protocolos de un proceso de paz. Y es porque «el recrudecimiento de la guerra» no sólo significa resolver el terror con más terror en un país que estaba dando menos miedo, sino abandonar a su suerte, en los márgenes, a tantos inocentes que a esta hora se santiguan, que insistimos en pactar el fin de la violencia que nos une.

PARANOIAS

TITULAR: SIGUEN LAS QUEJAS POR LOS COMPORTAMIENTOS DE
CIERTOS POLÍTICOS CERCANOS AL GOBIERNO DE DUQUE

Febrero 1 de 2019

Se dijo a los cuatro vientos que las treguas terminarían si el uribismo volviera al poder: que una vez más la paz negociada sería remplazada por el negocio de la pacificación. Se advirtió que aquel que pudiera ser llamado «mamerto», que por estos días significa cualquier cosa que le sirva a la violencia –«el que critique», «el que proteste», «el que hable de derechos humanos», «el que crea en acuerdos de paz», «el que use la palabra “conflicto”»–, sería apartado y acallado y perseguido por los defensores refractarios del nuevo Gobierno. Se advirtió el regreso de los estigmatizadores, de los nacionalistas, de los fanáticos que han jurado librarnos del comunismo aunque no exista. Se predijo una venganza implacable que empezaría por la censura.

Se temió todo lo que se puede temer, en plena campaña presidencial, cuando se contempla la posibilidad de que llegue a gobernar una oposición que se ha portado como un despótico e innecesario Gobierno en la sombra.

Se sospechó que, de regresar el establecimiento uribista a la Casa del pobre Nariño, en el mejor de los casos acabaríamos en manos de un puñado de funcionarios de media tabla que terminarían siendo inferiores a la tarea de garantizar la convivencia. Se imaginó un Gobierno voraz sin vocación de Estado. Se sudó frío preventivamente cuando se pensó qué sería de nuestras relaciones internacionales –fortalecidas por los acuerdos de paz– en manos de

los líderes del «no». Se pidió a Dios que nuestra postración ejecutiva ante los Estados Unidos no se volviera sintonía con el proyecto de Trump: la política del desprecio de la política. Se temió que las trémulas relaciones con Venezuela amanecieran convertidas en pretexto para la guerra.

Se supuso que, en el caso de que el presidente Duque no lograra contagiarles su tono conciliador a todos sus aliados, tendríamos que soportar la retórica del estado de sitio –el estado de excepción permanente– que en el nombre del pueblo colombiano legitimó tantos horrores.

Se vaticinaron los ajustes de cuentas en los corrillos de los paranoicos perseguidos de siempre. Se esperó lo peor de lo peor. Y sí: se dio.

Yo sinceramente creí que, obligado, por los hechos, al pragmatismo que algunos llaman «el centro», el nuevo Gobierno iba a entender más temprano que tarde que este no era el viejo país, alucinado y sitiado. Creo que va a entenderlo antes de que una presidencia llena de matices termine reducida a un reencauche de apellidos anacrónicos y de siglas obsoletas, a un catálogo de soluciones que tienden a volverse problemas, a una caricatura ominosa que ni siquiera dé risa: al jinete Duque sobre un brioso corcel negrísimo, en guardia e implacable, en ese artículo de Semana que se pregunta si las banderas de la seguridad serán las banderas que el Gobierno ha estado buscando por cielo, mar y tierra.

Por lo pronto, no pasa una semana sin que se injurie a algún crítico de los nuevos círculos del poder, sin que se agrave el clima en el que desde hace años han estado asesinando a los líderes sociales, sin que nos llegue clarito el mensaje de que para ciertos revanchistas la idea sigue siendo que este país sea de ellos. Y no pasa una semana sin que queden expuestas las contradicciones de un Gobierno que no ha alcanzado la verosimilitud: resulta chocante, por ejemplo, enterarse de que tanto el exsenador Bustamante como el exvicepresidente Garzón contactaron al ELN hace unos meses, pero al tiempo ver al «comisionado de paz» dedicado, en memoria de los veinte cadetes asesinados, a la labor de cerrarles las puertas

con llave a los diálogos.

Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para hacer realidad las
paranoias. Es como si lo más seguro que tenemos fuera su mediocridad.

TRASTORNADOS

TITULAR: DIRECTOR DE TELEVISIÓN DE PRESIDENCIA SE VE OBLIGADO A RENUNCIAR POR DECLARACIONES DESTEMPLADAS

Febrero 15 de 2019

Respetado funcionario del Gobierno de Duque: favor contar hasta diez –hasta cien– antes de estigmatizar a los críticos o de calumniar a los opositores o de perseguir a los antagonistas o de irrespetar a su propio presidente en los miles de medios de comunicación de hoy. Es verdad que en estos tiempos la estupidez y la megalomanía y la mitomanía y la vileza tienen a la mano un altavoz. Es innegable que por estos días campean los farsantes que se decretan a sí mismos famosos y los perdonavidas que caen en la tentación de decir unas cuantas verdades a medias. Y es cierto que las irreversibles redes sociales permiten voces potentes o abusadores del poder. Pero de un funcionario se espera algo mejor: un poco de cordura, un poco de rigor.

Día a día, desde que empezó este Gobierno, se me viene a la cabeza la máxima hastiada de mi amiga M.: «Todo eso se puede hacer mentalmente».

Esta semana el periodista Ignacio Greiffenstein, que no tenía fama de impresentable, se vio obligado a retractarse y a disculparse y a renunciar a la dirección del servicio de televisión de la presidencia luego de preguntarse en Twitter por qué en aquella red había «tantas fanáticas petristas con pinta de putas». Ya los tres candidatos a dirigir el Centro de Memoria se habían hecho célebres por sus trinos envenenados e injuriosos. Ya desde las redes de la directora del partido de Duque se había atacado con sevicia al periodismo

colombiano. Ya era lo común matonear, propagar noticias falsas, calumniar a los incrédulos. Pero faltaba ver a Greiffenstein enloquecido, en apenas seis meses de Gobierno, para señalar el fenómeno.

Se trata del Síndrome de Lucifer: «¡Qué sabio soy! ¡Qué bello soy! ¡Cuán poderoso soy!». Se trata de la peor acepción de la palabra «empoderamiento»: de la licencia para ignorar, para negar, para aniquilar al que pase por ahí. Es eso de concederse a uno mismo, en gavilla, el permiso de ser soberbio e inescrupuloso como el columnista de El Colombiano que se atrevió a llamar «activista de la guerrilla» a la impecable Ana Cristina Restrepo. Pero también es hacer parte de un Gobierno lleno de funcionarios encarnizados e infantiles, como troles de Twitter, que no han sabido llegar al poder. Y cuyos pocos adultos son un expresidente volátil, una vicepresidenta decepcionante y un canciller que ya anunció su campaña a la presidencia.

Es una ridiculez convertir el Plan de Desarrollo de un país bicentenario en evangelio uribista: «Y Uribe nos salvó del despeñadero y Uribe dijo...». Es una peligrosa tontería atravesársele a la implementación de los acuerdos de paz. Pero esto de irrespetar al presidente Duque desde su propio Gobierno, lanzándole campañas presidenciales tres años antes de tiempo, deshonrándole periodistas a diestra y siniestra, persiguiéndole enemigos que no están huyendo y enlodándole amigos imaginarios de la guerrilla en un país habituado a los exterminios, sólo podría suceder en estos tiempos luciferinos plagados de trumpcitos mucho más preparados para imperar que para convivir: «¡He dado la vuelta por la Tierra!».

Se dice que Freud, retratista de patologías, gritó antes de morir «¡esto es absurdo!». Pero no imaginaba a estos empleados públicos trastornados por las redes.

Respetado funcionario de este Gobierno que un día habrá de serlo: favor contar hasta mil antes de concederse el derecho inexistente de la injuria; antes de comerse el cuento de que los que no estén de acuerdo con la restauración uribista

son mamertos o petristas o santistas o guerrilleros o free lance de una conspiración; antes de conducir de la mano, a una democracia que merece mucho más, a la conclusión trágica de que lo mejor que le puede pasar al país es que su Gobierno salga mal.

FUTBOLISTAS

TITULAR: DOS JUGADORAS SE ATREVEN A DENUNCIAR ABUSOS EN LA SELECCIÓN COLOMBIANA DE FÚTBOL

Marzo 1 de 2019

Por estos días mediocres e inverosímiles, que parodian los días de los dictadores y las amenazas nucleares y los maniqueísmos y las segregaciones, se me viene todo el tiempo a la cabeza la expresión «a estas alturas de la vida...». Pues a estas alturas de la vida, cuando los males colombianos ya han sido diagnosticados y narrados hasta la náusea, y cuando los dirigentes misóginos y cínicos tendrían que ser una especie en vías de extinción, puede uno descubrir que lo obvio aún no lo es. Que, por ejemplo, hay que repetir –de tal modo que la verdad por fin sea escuchada– que nuestras futbolistas no sólo han padecido la desigualdad de género, que se ha reducido apenas en la teoría, sino que han sobrevivido a los tradicionales pisoteos de las condiciones laborales de los deportistas colombianos.

Contar la historia de nuestro fútbol femenino es contar la fábula de nuestra precariedad. Es llegar a la peor moraleja del mundo conocido: «Colombia es así». Y es notar que los abusos que algunas jugadoras se han atrevido a denunciar en estos días, a riesgo de cerrarse las puertas que suelen cerrarse aquí, han estado sucediendo desde el principio: dos futbolistas de la selección sub-17 narraron a La Liga Contra el Silencio los acosos de los cuales fueron víctimas en su paso por el equipo; varias profesionales anónimas salieron a ratificar los relatos de las coacciones en las concentraciones; la delantera Melissa Ortiz y la mediocampista Isabella Echeverri confirmaron, en un video definitivo, que en la selección no les pagan, ni les dan uniformes nuevos, ni les permiten criticar a su federación por esa negligencia que acaba siendo despotismo.

Hubo fútbol femenino desde los setenta. Pero sólo hasta los noventa, cuando empezaron los campeonatos nacionales, se dio en el público el paso de la estigmatización a la resignación. En los últimos diez años, que por un momento parecieron años mejores, vimos en los medios las conquistas de la selección de mujeres: las clasificaciones a los mundiales, las participaciones en los juegos olímpicos y las finales gloriosas en los torneos más importantes del continente. Poco se nos dijo del entrenador que pedía plata, de seiscientos mil a diez millones, a cambio de convocar a ciertas jugadoras que muchas veces no llegaban a jugar: «Yo lo que quiero es un botincito», decía. Nada se supo de los contratos negados, ni de los auxilios cortados, ni de las cartas ignoradas, ni de los enfrentamientos con el técnico Taborda.

Dio rabia que en 2017, a pesar de una década de logros, no fuera una de nuestras futbolistas –sino una modelo– la llamada a vestir por primera vez la nueva camiseta de la selección. Pero el desprecio del fútbol de mujeres sólo se hizo evidente en estos días.

El exsenador Camargo, jefe eterno del Deportes Tolima, violó todas las normas de la Fifa contra la discriminación cuando se lanzó a definir nuestro fútbol femenino –en diciembre del año pasado– como un fracaso, como «un caldo de cultivo para el lesbianismo», como una prueba de que «las mujeres son más tomatrigo que los hombres». El tosco presidente de la Difútbol, González Alzate, salió esta semana a reducir las graves denuncias de las futbolistas a «un afán desmedido de figuración y de protagonismo inmerecido». Y la moraleja fue –y es– que en la impune Colombia, tierra de vetos, de censuras, de abusos de poder, de chantajes y de poquísimas oportunidades, lo mejor es callarse. Y que es más duro en un mundo que, como el fútbol, insiste en tener reglamentos por encima de la ley. Y que es aún peor si uno es mujer.

Hace un mes el presidente Duque anunció que Colombia se postulará para ser la sede del mundial femenino de 2023. Ojalá haya fútbol de mujeres de aquí allá.

JEP

TITULAR: UN FISCAL DE LA JEP ES CAPTURADO POR PEDIR DINERO
–SUPUESTAMENTE– PARA FAVORECER A SANTRICH

Marzo 8 de 2019

Contar una historia mientras está pasando es una proeza inútil. Opinar sobre una noticia a medio camino suele conducir a lugares comunes de «estadista» entre comillas: «Que las autoridades investiguen esta trama macabra hasta sus últimas consecuencias», se repite, «que les caiga a los culpables todo el peso de la ley». Piense usted en el sórdido caso del fiscal de la JEP que andaba por ahí vendiendo influencias y drogas y prórrogas: puede uno lamentar, en la tortuosa espera de lo que resuelvan los jueces, que la corrupción y el clientelismo hayan llegado tan pronto al tribunal de la paz, pero quizás sea más justo, por lo pronto, reflexionar sobre esta manía tan colombiana –en el mal sentido de la palabra– de despreciar hasta enlodar nuestras instituciones.

Es un hecho histórico que el expresidente Uribe cambia de opinión más de lo que parece, y que a veces pide que se elimine la JEP, y a veces pide que se reforme un poco, y a veces exige que se reforme mucho –y de paso, ante la imagen de unos niños que defienden la nueva institución en los asolados Montes de María, propone educación privada «sin adoctrinamiento» pagada por el Estado–, pero es claro que los uribistas más uribistas, que creen en el Acuerdo de Santa Fe de Ralito pero denuncian el Acuerdo de La Habana, repudian el tribunal de paz como una jugada de la izquierda para salirse con la suya: hace menos de un año se propagó por las redes, como el odio, la hipótesis delirante de que la justicia transicional era un complot para encarcelar al expresidente.

No hubo que cerrar la Corte Suprema cuando empezó a hablarse del cartel de la toga, ni fue necesario suprimir la Fiscalía cuando el fiscal anticorrupción resultó ser el fiscal corrupto, ni tocó acabar con el Ejército cuando se reveló el horror de las ejecuciones extrajudiciales. Hay estructuras como árboles en los que sólo se dan las manzanas podridas, sí. Pero es claro, hasta donde es posible que algo sea claro acá en Colombia, que de escándalo en escándalo han estado tratando de tejerle el fin a la JEP –un árbol recién sembrado– para que la guerra no quede por escrito. Y, a pesar de la ONU, de la Corte Penal Internacional y de los dos mil militares que hasta el cansancio le pidieron al presidente Duque sancionar la ley estatutaria del nuevo tribunal, es posible que el ataque desde todos los flancos derechos no cese.

Esta es la era del catastrofismo: «Si Duque no endereza...». Esta es la época de la paranoia entre el estruendo: «Tiene apagado el teléfono...». Este es el siglo de la aversión a las instituciones públicas, el siglo de la burofobia, que reclama castigos ejemplares e irracionales a cambio de seguir teniendo fe en un sistema que es el menos malo que se nos ha ocurrido: pronto, si la desconfianza sigue siendo el criterio, les cerraremos el paso a las ambulancias. Colombia es el reino del recelo. Y si de hemisferio a hemisferio del planeta está pagando ser un político inescrupuloso, de aquellos que son capaces de azuzar a los pueblos contra sus democracias y de recrear la Guerra Fría con tal de llegar al poder, por qué no serlo en esta sociedad que ha sido el resultado del desprecio de sus instituciones.

Yo sé que una buena parte de la clase dirigente de Colombia, la parte que no pasa las páginas sino que las arranca, se ha estado portando como esa gente que aprovecha el fin del mundo para saquearlo.

Yo entiendo esta tentación constante de narrar el hundimiento del país: un fiscal ofrece los favores de la JEP justo cuando las antiguas Farc empiezan a responder ante el tribunal por sus repugnantes secuestros.

Pero créame que no puede narrarse el fracaso de nada –ni siquiera de un pulso por la paz– cuando apenas acaba de empezar.

CONTEXTO

TITULAR: EL GOBIERNO DEL PRESIDENTE DUQUE LE HIZO SEIS OBJECIONES A LA LEY ESTATUTARIA DE LA JEP

Marzo 15 de 2019

Hay que defender la paz. Hay que reivindicar el milagro de haber acabado a punta de palabras con una guerra de sesenta años. Hay que decir, con esta oposición fortalecida por la vocería brillante, sin eufemismos y de buena fe de la representante Goebertus, que las seis objeciones del presidente Duque a la JEP son necias e improcedentes: que se ponen «juristas» cuando les conviene. Hay que repetir hasta el agotamiento que corregir la JEP –revisada tanto por el Congreso de la República como por la Corte Constitucional– no parece una jugada de «estadista» para unir a Colombia, sino un ardid de politicastro para devolvernos a los días bisiestos del «sí» y el «no». Hay que defender sin pudores el criterio de la convivencia.

Pero también hay que poner las cosas en su contexto. Hay que volver al plebiscito maldito de 2016: el «sí» a los acuerdos de paz con las Farc venció en las zonas de la guerra, pero perdió con el «no» en las ciudades que apenas se enteran del horror. Sólo entonces el Gobierno reconoció que, para darle un verdadero cierre a la negociación, habría que haber contado con los líderes del «no» desde el principio. Se consiguió la proeza de renegociar el pacto –e incorporar las ideas de los antagonistas del proceso– con aquella guerrilla rancia. Se firmó de nuevo, en el Colón, el fin de esa barbarie. Pero ya era tarde: el grupo encabezado por el expresidente Uribe se negó a reconocer «la paz de Santos» porque se olió, en el país en blanco y negro que nos dejó ese plebiscito, su regreso al poder.

Volvió. Y vino esa presidencia de Duque, la presidencia errática, concertadora e impopular del principio, que quiso ser un escenario para la reconciliación –hay que recordar esa foto en una oficina del Senado, como un escalofriante óleo de museo, en la que rivales enconados como Uribe, Petro, Cepeda, Valencia, Lozano, Lara, Lozada y Goebertus parecen capaces de firmar la paz que le estaba haciendo falta a la paz–, pero que una mañana, después de la enésima encuesta intranquila, amaneció convertida en la tercera presidencia del uribismo: otra Casa de Nariño plagada de supuestos enemigos que, a punta de planes de desarrollo improvisados, empuja tanto a los colombianos del «sí» como a los del «no» a servirles a unos cuantos patrones nomás.

Hay que advertir que estamos en un país en el que ha sido usual que los políticos se nieguen a hacer política.

Hay que aclarar que nuestro contexto es esta Colombia que, en los paranoicos años cincuenta, acabó metida en una guerra civil porque ni los Gobiernos conservadores ni las oposiciones liberales fueron capaces de reconocerse.

Hay que defender esta paz quebradiza que, aún a media marcha, ha librado a tantos de la violencia. Hay que hacer respetar la separación de poderes. Hay que rescatar, de las sucias estrategias de siempre, las elecciones regionales de este año: «Estábamos buscando que la gente saliera a votar berraca...», confesó el cándido gerente del «no». Hay que dejar de estigmatizar a los que votaron contra los acuerdos, pero, teniendo en cuenta que los políticos, empezando por Uribe, son mucho más pragmáticos y mucho menos ideológicos de lo que uno cree –mucho menos, sin duda, que sus fanáticos–, hay que tener claro que ya nos habríamos reconciliado si en verdad dependiera de seis objeciones y si reconciliarnos fuera la idea: que no es que este país lleno de matices siga reducido a «sí» y a «no», sino que el nuevo Gobierno de este Gobierno ha empujado a liberales y conservadores a la rentable política de dividirnos.

Hay que votar, sí. Hay que ganar las elecciones para no pasarse la vida marchando. Pero, si se pierde, hay que conseguir del presidente de turno un Gobierno en el nombre de todos.

CURULARIO

TITULAR: EXPRESIDENTE URIBE LE GRITA «SICARIO» AL EXALCALDE PETRO EN EL RECINTO DEL SENADO

Abril 26 de 2019

¿Y si la época de la Violencia es esta? Mejor dicho: ¿y si la Violencia no fue aquella década larga en la que los colombianos se mataron con saña por ser liberales o por ser conservadores, sino que es una cultura que muere y que renace de las cenizas de su predecesora, una pandemia, un problema de salud pública –como un virus que muta– que no hemos podido controlar? El expresidente Uribe le grita al exalcalde Petro «¡sicario!, ¡sicario!, ¡sicario!» en el recinto del Senado, luego de declarar «prefiero ochenta veces al guerrillero en armas que al sicariato moral difamando...», pues el exalcalde Petro ha acusado al expresidente Uribe no sólo de estarle poniendo «trabas filibusteras» a la paz, que es evidente, sino de haber apoyado en los últimos treinta años ideas que beneficiaban a los narcos.

Y uno se entera porque #UribeSicarioMoral compite con #PetroSicarioMoral en las tendencias de las enajenadas redes sociales. Y uno piensa que esto de la Violencia es una plaga de nunca acabar: que aquí están otra vez las manadas enfurecidas y las sentencias irresponsables y las licencias para aniquilar.

El Congreso ha sido escenario de nuestros debates de vida o muerte, pero también ha sido arena para las tragedias, los sainetes, las infamias, las vergüenzas. El Congreso fue cerrado unas semanas después de la balacera de octubre de 1949: «¡Yo al menos soy hijo legítimo!», «¡Miente, malnacido!», se

gritaron con el arma al cinto. El Congreso aprendió a ser de bolsillo durante la dictadura: atizó la Violencia, defendió con su vida el bipartidismo que sujetó a la sociedad colombiana durante tanto tiempo, vendió su alma a un par de diablos, tramitó reformas de verdad y reformas para que todo siguiera igual. Sirvió de tribuna a los jefes paramilitares, en junio de 2004, cuando el país naufragó en el unanimismo. Y hoy tendría que representar a un país que no teme a los poderes de siempre ni cree en aplastar la oposición.

Escribir una columna de opinión aquí en Colombia es como levantarse en la madrugada de un lunes –«otra vez...», se dice uno, con los ojos entrecerrados, a punto de rezar– porque esto se niega a dejar de ser esto, porque seguimos regodeándonos en los fracasos de nuestra memoria colectiva, porque no puede ser que uno le esté pagando el sueldo a un senador que, en este país que lleva setenta años padeciendo de estrés postraumático, y ahora que han vuelto los panfletos sanguinarios por debajo de las puertas, prefiere ochenta veces a los armados que a los difamadores: ¿vivimos varados en aquella época en la que – según dice Eduardo Santa en su texto de 1960 sobre la crisis de los partidos– «se es una u otra cosa por tradición» y «el individuo nace con el carnet político atado al cordón umbilical»?

No. No creo. Ya no. Es cierto que tenemos encima políticos educados por la Violencia. Que ni la valiosa representante Ángela María Robledo, que ha legislado del lado de las víctimas, ni el irrepetible senador Antanas Mockus, que no ha hecho una carrera sino una obra política en busca de que en este país se respete la vida, tendrían por qué estar defendiendo a estas alturas sus curules. Que la relación del Gobierno con el Congreso, en pleno debate cenagoso del Plan Desarrollo, está lejos de ser transparente. Que sería lo mínimo que el partido del presidente, que no representa a la mayoría, dejara de sabotear a la oposición en la discusión de las objeciones a la ley de la JEP. Y que sigue esa pandemia empujando a muchos al allanamiento, a la estigmatización, a la liquidación de aquellos que se les salen de las manos.

Pero ya no se nace con carnés políticos, ni se debe atar uno a un bando para

sobrevivir, ni hay hijos ilegítimos aquí en Colombia.

DIPLOMACIA

TITULAR: EL EMBAJADOR DE COLOMBIA EN LA OEA ASEGURA QUE ÉXODO VENEZOLANO ES UN PLAN CALCULADO

Mayo 10 de 2019

Pero es que a quién puede ocurrírsele, en sano juicio, que Ordóñez sea su embajador. Se les llamó diplomáticos, en la Antigüedad, a los portadores de una comunicación privada. Luego, cuando los romanticismos engendraron las naciones, se les llamó diplomáticos a los autorizados a susurrar en nombre del Estado. Y desde entonces se habla de diplomacia cuando se habla de la alternativa a la guerra: de la mesa que reemplaza al campo de batalla. Pero el exprocurador Ordóñez, que no es el embajador de Colombia en la OEA en una realidad paralela, sino en esta, aseguró el jueves pasado que este dolorosísimo éxodo venezolano de tiempos de dictadura –mírelo usted mismo en las calles– «hace parte de una agenda global para irradiar en la región el socialismo del siglo XXI».

Hay que ser Ordóñez. Hay que seguir creyendo en una conspiración judeomasónica, como cualquier supremacista o franquista o ultracatólico del siglo pasado, para soltar semejante barbaridad en semejante foro: en el consejo permanente de aquella organización, la OEA, que fue creada en pleno Bogotazo para promover los derechos humanos, las democracias, las paces de América. Desde el principio, desde el descabellado nombramiento de aquel político que convirtió a la Procuraduría en una aplanadora de progresismos, se sabía que algo así iba a pasar. Pero, obligados a concederle el beneficio de la duda, no era fácil vaticinar que Ordóñez se iba a atrever a reducir a los migrantes a enemigos: a agentes secretos de «un plan fríamente calculado».

Y mucho menos en el contexto de los esfuerzos que ha estado haciendo el Estado colombiano para conjurar la xenofobia y para encontrarles un lugar en el país a esas familias desfallecidas que se ven todos los días en las orillas de las carreteras.

El señor Vivanco, de Human Rights Watch, lo resumió de modo inmejorable: «Es de no creer». Tanto el canciller Trujillo como el presidente Duque desautorizaron a su embajador horas después. Y sin embargo, ya que no le pidieron la embajada de vuelta, sino que apenas le recomendaron una rectificación que al cierre de esta edición no había llegado, quedó en el contaminado aire colombiano la sensación de que vivimos una época en la que no se entiende del todo la palabra «diplomacia». Tendría que irse el señor Ordóñez. Tendría que defender sus teorías conspirativas lejos de este Gobierno que, en busca de sí mismo, ha insistido en la solidaridad con el drama venezolano. Pero es que aquí no se ha usado renunciar.

Tampoco se ha usado cuidar las palabras. Y hoy, en la era de la lapidación en las redes, sí que estamos rodeados de gente que empieza los juicios por las sentencias, de irresponsables que pronuncian la violencia y voces sueltas que detonan la crueldad. Para enterarse de que «diplomacia» viene de «diploma», y saber que en un principio un diploma fue un papel doblado en dos para que sólo el destinatario supiera qué había adentro, debe acudir a un diccionario etimológico. Pero basta con tener corazón para entender que hay que pensarse tres veces todo lo que se diga en un país en guerra, basta con haberle prestado atención a la historia –con tener tripas o vergüenza– para saber de memoria, por ejemplo, lo riesgoso que ha sido estigmatizar aquí en Colombia.

No es un tema menor. Son tiempos de prueba, tiempos de Putin y de Trump, para las organizaciones internacionales que vinieron al mundo a conjurar las guerras azuzadas por los nacionalismos. Para zanjar el descache de ese embajador de sí mismo, la vicepresidenta Ramírez, en contravía de su Gobierno, ha llamado a Ordóñez «un general de cuatro soles». Pero yo no llamaría así a un diplomático

que no habla la lengua de la diplomacia ni la lengua de la compasión

«INCERTIDUMBRE»

TITULAR: EL CENTRO DEMOCRÁTICO PROPONE UNA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PARA SALIR DE LA CRISIS INSTITUCIONAL

Mayo 17 de 2019

Párrafo abrumado: Cuando César Gaviria suena, cuando se vuelve el líder que da la cara a esa ultraderecha que azuza la guerra y azuza a los gringos, es que el país otra vez está en las últimas: y esta semana al expresidente se le vio rearmando una suerte de bloque liberal para hacerle frente a la contrarreforma de los señores feudales y se le oyó diciendo que el juego perverso con las visas de los magistrados es una intimidación tanto del Gobierno de Trump como del Gobierno de Duque. Quizás sospechaba este falso Apocalipsis: la violencia contra los que dejaron las armas; la campaña de desprestigio contra las cortes; la discutible libertad del señor Santrich; la renuncia de un fiscal que da pocas puntadas sin dedal; la manía de pensar que sólo una constituyente nos librárá del abismo.

Párrafo indignado: Es sabido que hay líderes cínicos e inescrupulosos que son expertos en fabricar incertidumbres, pero no deja de ser inverosímil el empeño del Centro Democrático de probarnos que el fiscal Martínez no es el conjurado que se ha valido de una providencia de la JEP para sonar a estadista, ni el especialista en renunciar triunfalmente días antes de que sea obvia su derrota, sino un gran «maestro para la sociedad colombiana» –eso le dijo el senador José Obdulio Gaviria a El Tiempo– que puede liderar «una gran constituyente o una pequeña constituyente» que convierta estas desprestigiadas cortes –que supuestamente sueltan guerrilleros, refugian magistrados turbios, entorpecen la guerra contra las drogas e impiden reelecciones– en una sola corte larga.

Párrafo histórico: Ha pasado mil veces acá. Que un Gobierno de derecha llama a «la unidad», con la condescendencia de los curas altruistas e impíos, para que los repetidos e inevitables desacuerdos terminen graduando a los críticos de enemigos, para que empiece a parecer lógica una cruzada por la salvación del alma de esta nación tan dada a los viacrucis, para que regrese a la escena la convicción religiosa de que sólo se llama violencia cuando la cometen los otros. Pero aún cabe esperar que Duque, el presidente que no quiso tranquilizar al país en su alocución del miércoles pasado, no juegue el juego de una constituyente que trate de enterrar los progresismos de la Constitución de 1991 tal como la asamblea de 1952 quiso erradicar los liberalismos de las décadas anteriores.

Párrafo insomne: ¿Hasta dónde llegarán esta vez? ¿Tendrán claro que por la vía de la constituyente, de la venganza, de la abyección, de la farsa, este Gobierno puede terminar siendo el desastre que su partido le ha estado vendiendo al país desde que era oposición? ¿Qué pepa para dormir tomará un vendepatrias que se la pasa en la embajada gringa susurrando «quitémosle la visa a ese»? ¿Qué tendrá por dentro un político dispuesto a varar a Colombia en la guerra con tal de quedarse en el poder? ¿Será capaz la JEP de comunicarles a las víctimas un fallo que suena a favor de un reincidente, de un victimario? ¿Y los evasivos excomandantes de las Farc?: ¿entenderán qué país están pisando, por fin, luego de un año lleno de pruebas de que siguen abiertas las heridas que causaron?

Párrafo terco: No sobra saber que esta es una «incertidumbre» entre comillas. No sobra repetir que no hay que cerrar la Iglesia por sus curas pederastas, ni el Ejército por sus falsos positivos, ni las Cortes por sus magistrados sombríos, ni la Fiscalía por sus fiscales cuestionados, ni la JEP por sus peritos viciados, ni el Congreso por sus senadores inútiles, ni la presidencia por sus funcionarios desencajados. Sobra «la unidad». Pero hay que estar de acuerdo, eso sí, en que de nada sirve una nación ni sirve un Dios si cada cual sigue llamando justicia a su barbarie

Otros títulos publicados por Intermedio Editores

Jaime Echeverri Prohíbo decir mi nombre 15 x 23 cm, 232 páginas. Tapa rústica.

El Mesías, el Salvador, el líder refundador de la patria, se encuentra postrado en una cama de hospital. Tal vez esté en coma o simplemente soñando, quizás está conversando con alguien, o consigo mismo, aunque en realidad no puede hablar. Pero allí están sus recuerdos, o sus pensamientos, o sus ideas, o sus justificaciones para contarnos sobre su vida, la manera “predestinada” con la que llegó a cumplir su deber con la patria, sus modos, técnicas y trapizondas políticas para acceder al poder y mantenerse allí a costa de su carisma, de la adoración ciega de sus votantes o seguidores, de los aduladores a los que usa y abusa, aunque también, claro está, de sus negocios y torcidos, de sus socios –no pocos de ellos ocultos e ilegales–, en fin, de lo que hizo o dejó de hacer con tal de mantenerse siempre en el poder, de servir a la patria, de trabajar por la patria y tratando en lo posible de no morir nunca, por la patria...

Jaime Echeverri (Manizales, 1943) es un reconocido escritor. Psicoanalista de profesión, ha publicado las novelas Reina de picas (1992) y Corte final (2002), y los libros de cuento Historias reales de la vida falsa (1979), Las vueltas del baile (1993), Versiones, perversiones y otras invenciones (2009) y El mar llega a todas las playas (2010). Actualmente es profesor de la maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional y tutor de la especialización en Narrativa de la Universidad Central. También se le reconoce entre escritores de renombre por sus asesorías creativas.

Bocas Grandes entrevistas con grandes escritores 15 x 23 cm. 280 páginas. Tapa

En septiembre de 2011 la revista BOCAS circuló por primera vez con la edición dominical del periódico EL TIEMPO. Ha publicado, mes a mes, domingo a domingo, cerca de 500 entrevistas con grandes personajes de la política, el deporte, el arte y la cultura. Son conversaciones frescas, llenas de anécdotas y de historias de vida que han inspirado a sus lectores.

Este libro compila 23 conversaciones con los escritores que han marcado la historia de la revista: Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Salman Rushdie, Junot Díaz, Fernando Vallejo, Irvine Welsh, Evelio Rosero, Alfredo Bryce Echenique, Guillermo Arriaga, Ray Loriga, Eduardo Sacheri, Arnoldo Palacios, Tomás González, James Rhodes, Plinio Apuleyo Mendoza, Leonardo Padura, Laura Restrepo, Jorge Franco, Paolo Giordano, Umberto Eco, Hanif Kureishi y Eduardo Escobar. En las palabras de todos ellos hay un homenaje a la escritura, la cultura y los mundos literarios.

Leopoldo Villar Borda Virgilio Barco El último liberal 15 x 23 cm, 368 páginas.

Virgilio Barco Vargas, uno de los presidentes colombianos menos conocidos de los últimos tiempos, ya cuenta con una biografía de largo aliento. Una investigación de varios años realizada por Leopoldo Villar Borda, que incluyó decenas de entrevistas y la consulta de diversos archivos en Cúcuta, Bogotá, Boston, Londres, Washington y otras ciudades. Todo esto añadido al conocimiento directo del autor para completar el retrato de la vida de este gran colombiano, que, paralelamente, refresca la historia del país en buena parte del siglo veinte. El libro descubre facetas ignoradas y sorprendentes del mandatario que gobernó durante el período en el que el Estado colombiano enfrentó el mayor desafío criminal de su historia y, al mismo tiempo, se efectuaron los primeros acuerdos de paz con movimientos insurgentes en el siglo veinte y se sentaron las bases de la Constitución que rige al país desde 1991.

Leopoldo Villar Borda nació en 1936 en Funza (Cundinamarca) y es periodista desde los 21 años, cuando ingresó como redactor a El Tiempo. Después fue corresponsal del mismo periódico en Venezuela, México y Estados Unidos. Ha sido director de la revista Visión, de The Latin American Times, del noticiero Cinevisión y del departamento de prensa del Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C. Entre 1984 y 1986 fue director de Información y Prensa de la campaña presidencial de Virgilio Barco. Posteriormente fue embajador de Colombia en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y representante de la misma Organización en el Paraguay. También fue Defensor del Lector de El Tiempo y actualmente es columnista de este diario.



BATALLA DE BOYACÁ

Este libro se terminó de editar el 23 de julio de 2019, a quince días de cumplirse el bicentenario de la independencia, doscientos años de vida autónoma, que no autosuficiente ni menos adulta, de Colombia. Se utilizaron en esta edición las fuentes Alegreya y Minion Pro.



intermedio

**Otros libros
publicados por
Intermedio Editores**



PROHÍBO DECIR MI NOMBRE

Jaime Echeverri



GRANDES ENTREVISTAS CON GRANDES
ESCRITORES

Revista Bocas



VIRGILIO BARCO, EL ÚLTIMO LIBERAL

Leopoldo Villar Borda



GRANDES CONFLICTOS SOCIALES Y
ECONÓMICOS DE NUESTRA HISTORIA

Indalecio Liévano Aguirre



A OTRO PERRO CON ESE HUESO

Gabriel Silva y Matador



CRÓNICAS EL TIEMPO,

2013-2018

«La Historia de Colombia ha sido y es un drama protagonizado por caudillos –liberales o conservadores: qué más da– que ha ido y que va enloqueciendo a todo el que se encuentra a su paso. La Historia de Colombia ha pasado por encima de su pueblo como una conquista española o una guerra civil o un Bogotazo o un fusilamiento de la dictadura o un incendio del Palacio de Justicia o una toma guerrillera o una masacre paramilitar. Podría decirse, sin temor a exagerar, que aquí no ha habido colombianos sino daños colaterales. Y que, sin embargo, desde *Las convulsiones* hasta hoy hemos tenido suficientes narradores del horror como para no acabar sepultados por el delirio y por el trauma».

El novelista Ricardo Silva Romero ha escrito en los últimos diez años, para la edición de los viernes de *El Tiempo*, una popular columna que lleva el colombiano título de «Marcha fúnebre». El libro que usted tiene en sus manos es una selección de doscientas que, sumadas, cuentan los viejos dramas que hemos vivido desde mayo de 2009. Hubiera podido llamarse *La Patria Loca* este compendio, en vez de la Patria Boba del periodo histórico, pues más que tonta nuestra nación ha sido demente, chiflada, delirante, peligrosa. Y porque, en un prólogo que es un libro entero, Silva Romero ha contado la historia de la locura llamada Colombia, pero, más que un análisis psicológico de la manera de ser colombiana, ha hecho una radiografía, una disección precisa y aguda de nuestra vida pública: «Síndrome de Colombia: este empeño maldito de que no se dé entre nosotros la solidaridad, sino apenas la caridad, y que engendró una sociedad en la que es común reclamar, por las buenas o por las malas, el derecho inexistente a mirar a los demás hacia abajo», escribe. Y ese texto introductorio es también –pues por algo hemos acá, subsistiendo a nuestra propia alienación– la historia de los modos milagrosos que nos han permitido sobreponernos a tanta barbarie, a esa violencia que parece definirnos: la burla, el humor, la sátira, la ficción, la opinión, la palabra, en fin, la vocación de sacar a la luz la verdad que quieren tapar con sangre, fuego y lodo.

Se trata, en resumen, de un recuento histórico que pone en contexto una columna sagaz y esclarecedora que en esta década pasada nos ha permitido ver al país de hoy sin sus máscaras ni sus mentiras. Un país que insiste en malos vicios pero en el que también se forja una nueva ciudadanía sin retrovisores, que está dispuesta a luchar por sus derechos, y que alienta a sembrar las semillas de la esperanza de que algún día, ojalá no doscientos años ni doscientas columnas después, seamos capaces de derrotar la indiferencia y la corrupción para abrazar la solidaridad, la cordura y la sensatez.



intermedio

